Versión Biblia Libre

Nuevo Testamento

Español
Texto continuo

only.bible

Versión Biblia Libre

Nuevo Testamento

Español

© 2022 Jonathan Gallagher
CC BY-SA 4.0
Traducción del Dr. Jonathan Gallagher, versión 1.1 beta (freebibleversion.org).

Preparado por only.bible
Leer esta edición en línea
only.bible/es/bible/vbl
Texto continuo
Fecha de creación: 2026-11-25
El proyecto only.bible resaltó las palabras de Cristo.
En esta versión se han quitado los números de capítulo y versículo, los subtítulos y las notas al pie.
only.bible no tiene publicidad ni acceso de pago.
Apoyar el proyecto
only.bible/es/donate

Contenido

Mateo 4
Marcos 25
Lucas 39
Juan 62
Hechos 79
Romanos 101
1 Corintios 110
2 Corintios 119
Gálatas 125
Efesios 129
Filipenses 132
Colosenses 135
1 Tesalonicenses 137
2 Tesalonicenses 139
1 Timoteo 141
2 Timoteo 144
Tito 146
Filemón 148
Hebreos 149
Santiago 156
1 Pedro 159
2 Pedro 162
1 Juan 164
2 Juan 167
3 Juan 168
Judas 169
Apocalipsis 170

Mateo

Evangelio según Mateo

Este libro es el registro de Jesús el Mesías, Hijo de David, Hijo de Abraham, comenzando con el linaje de su familia:

Abraham fue el padre de Isaac; e Isaac el padre de Jacob; y Jacob el padre de Judá y de sus hermanos; y Judá fue el Padre de Fares y Zarah (su madre fue Tamar); y Fares fue el padre de Esrom; y Esrom el padre de Ram; y Ram fue el padre de Aminadab; y Aminadab el padre de Nasón; y Nasón el padre de Salmón; y Salmón el padre de Booz (su madre fue Rahab); y Booz el padre de Obed (su madre fue Rut); y Obed el padre de Isaí; e Isaí el padre del Rey David. David fue el padre de Salomón (su madre había sido la esposa de Urías); y Salomón el padre de Roboam; y Roboam el padre de Abías; y Abías el padre de Asa; y Asa fue el padre de Josafat; y Josafat el padre de Joram; y Joram el padre de Uzías; y Uzías fue el padre de Jotam; y Jotam el padre de Acaz; y Acaz el padre de Ezequías; y Ezequías el padre de Manasés; y Manasés el padre de Amón; y Amón el padre de Josías; y Josías el padre de Joaquín y de sus hermanos, durante el tiempo del exilio a Babilonia. Después del exilio a Babilonia, Joacím fue el padre de Salatiel; y Salatiel el padre de Zorobabel; y Zorobabel el padre de Abiud; y Abiud fue el padre de Eliaquim; y Eliaquim el padre de Azor; y Azor el padre de Sadoc; y Sadoc el padre de Aquim; y Aquim el padre de Eliud; y Eliud fue el padre de Eleazar; y Eleazar el padre de Matán; y Matán el padre de Jacob;

y Jacob fue el padre de José, quien fue el esposo de María, de quien nació Jesus, el que es llamado el Mesías.

Así que todas las generaciones desde Abraham hasta David suman catorce; desde David hasta el exilio de babilonia, catorce; y desde el exilio de Babilonia hasta el Mesías, catorce.

Así fue como ocurrió el nacimiento de Jesús el Mesías: su madre, María, estaba comprometida con José, pero antes de que durmieran juntos ella quedó embarazada por obra del Espíritu Santo. José, su prometido, era un buen hombre y no quería avergonzarla públicamente, de modo que decidió romper el compromiso de manera discreta.

Mientras José pensaba en todo esto, un ángel del Señor se le apareció en un sueño y le dijo: "José, hijo de David, no temas casarte con María porque ella está embarazada por obra del Espíritu Santo. Ella tendrá un hijo y tú le llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados". Y todo esto ocurrió para cumplir lo que el Señor dijo a través del profeta: "Una virgen quedará embarazada y tendrá un hijo. Y le llamarán Emanuel", que significa "Dios con nosotros". José se despertó e hizo lo que el ángel del Señor le dijo que hiciera. José se casó con María, pero no durmió con ella hasta después que tuvo un hijo, a quien llamó Jesús.

Después de que Jesús nació en Belén de Judea, durante el reinado del rey Herodes, unos hombres sabios vinieron desde el oriente hasta Jerusalén.

"¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?" preguntaron. "Vimos su estrella en el oriente y hemos venido a adorarlo".

Cuando el rey Herodes escuchó esto, se preocupó mucho, y toda Jerusalén con él. Entonces Herodes llamó a todos los jefes de los sacerdotes y a los maestros religiosos del pueblo, y les preguntó dónde se suponía que nacería el Mesías.

"En Belén de Judea", le dijeron ellos, "pues eso fue lo que escribió el profeta: 'y tu, Belén, en la tierra de Judea, no eres la menor entre las ciudades reinantes de Judea, porque de ti saldrá un gobernante que será el pastor de mi pueblo Israel'".

Entonces Herodes llamó a los sabios y se reunió con ellos en privado, y logró saber por medio de ellos el momento exacto en que había aparecido la estrella. Los envió a Belén, diciéndoles: "cuando lleguen allí, busquen al niño, y cuando lo encuentren, háganmelo saber para yo ir a adorarlo también".

Después que los sabios escucharon lo que el rey iba a decirles, siguieron su camino, y la estrella que habían visto en el oriente los guió hasta que se detuvo justo sobre el lugar donde estaba el niño. Cuando los sabios vieron la estrella, no pudieron contener la felicidad. Entraron a la casa y vieron al niño con María, su madre. Se arrodillaron y lo adoraron. Entonces abrieron sus bolsas de tesoros y le obsequiaron regalos de oro, incienso y mirra. Advertidos por un sueño de no regresar ante Herodes, se marcharon a su país tomando otro camino.

Después que se fueron los sabios, un ángel del Señor se le apareció a José en un sueño, y le dijo: "Levántate, toma al niño y a su madre, y huyan a Egipto. Quédense allí hasta que yo se los diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo".

Entonces José se levantó y tomó al niño y a su madre, y partió hacia Egipto en medio de la noche. Permanecieron allí hasta que Herodes murió. Esto cumplió lo que el Señor dijo a través del profeta: "De Egipto llamé a mi hijo".

Cuando Herodes se dio cuenta que había sido engañado por los sabios, se enojó mucho. Entonces envió hombres para que matasen a todos los niños de Belén y de las regiones cercanas que tuvieran menos de dos años de edad. Esto se basaba en el marco de tiempo que escuchó de los sabios. Así se cumplió la profecía del profeta Jeremías: "En Ramá se oyó una voz, llanto y gran lamento. Raquel llora por sus hijos, se niega a que la consuelen, porque están muertos".

Después que Herodes murió, el ángel del Señor se le apareció en un sueño a José en Egipto, y le dijo: "¡Levántate! Toma al niño y a su madre y regresa a la tierra de Israel, porque los que trataban de matar al niño están muertos".

Entonces José se levantó y tomó al niño y a su madre, y regresó a la tierra de Israel. Pero José tenía miedo de ir allá después que supo que Arquelao había sucedido a su padre, el rey Herodes, como rey de Judá. Habiendo sido advertido por medio de un sueño, José se fue a Galilea, y se estableció en Nazaret. Esto cumplió lo que los profetas habían dicho: "Él será llamado Nazareno".

Tiempo después, apareció en escena Juan el Bautista, predicando en el desierto de Judea: “Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos está cerca”. Él era de quien hablaba el profeta Isaías cuando dijo: “Se oye una voz que clama en el desierto: ‘preparen el camino del Señor. Enderecen la senda para él’”.

Juan tenía ropas hechas con pelo de camello, con un cinturón de cuero puesto en su cintura. Su alimento era langostas y miel silvestre. La gente venía a él desde Jerusalén, de toda Judea y de toda la región del Jordán, y eran bautizados en el río Jordán, reconociendo públicamente sus pecados.

Pero cuando Juan vio que muchos de los fariseos y saduceos venían a ser bautizados, les dijo: “¡Camada de víboras! ¿Quién les advirtió que huyeran del juicio que vendrá? Muestren a través de sus actos que están verdaderamente arrepentidos, y no se jacten de decirse a ustedes mismos: ‘Abraham es nuestro padre’. Les digo que Dios podría convertir estas piedras en hijos de Abraham. De hecho, el hacha está lista para derribar los árboles. Todo árbol que no produce buen fruto, será derribado y lanzado al fuego.

“Sí, yo los bautizo en agua para mostrar arrepentimiento, pero después de mi viene uno que es más grande que yo. Yo no soy siquiera digno de quitar sus sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. Él tiene el aventador listo en su mano. Limpiará la era y almacenará el trigo en el granero, pero quemará la paja en el fuego que no se puede apagar”.

Luego Jesús vino desde Galilea hasta el Río Jordán para ser bautizado por Juan. Pero Juan trató de hacerlo cambiar de opinión, diciendo, “Yo soy quien necesito ser bautizado por ti, ¿y tu vienes a mí para que yo te bautice?”

“Por favor, hazlo, porque es bueno que hagamos lo que Dios dice que es correcto”, le dijo Jesús. Entonces Juan estuvo de acuerdo en hacerlo.

Justo después de haber sido bautizado, Jesús salió del agua. Los cielos se abrieron y él vio al Espíritu de Dios como una paloma que descendía, posándose sobre él. Entonces una voz desde el cielo dijo: “este es mi hijo a quien amo, el cual me complace”.

Entonces Jesús fue guiado por el Espíritu hasta el desierto para ser tentado por el diablo. Después de haber ayunado por cuarenta días y cuarenta noches, tenía hambre. El tentador vino y le dijo: “Si realmente eres el hijo de Dios, ordena a estas piedras que se conviertan en pan”.

Jesús respondió: “Como dicen las Escrituras, ‘los seres humanos no viven solo de comer pan, sino de cada palabra que sale de la boca de Dios’”.

Entonces el diablo lo llevó hasta la ciudad santa y lo puso en la parte más alta del Templo.

“Si realmente eres el hijo de Dios, tírate”, le dijo a Jesús. “Tal como dicen las Escrituras: ‘Él mandará a sus ángeles para que te guarden del peligro. Te atraparán para que no caigas al tropezarte con una roca’”.

Jesús respondió: “Tal como dicen también las Escrituras, ‘No tentarás al Señor tu Dios’”.

Entonces el diablo llevó a Jesús a una montaña muy alta y le mostró todos los reinos del mundo en toda su gloria. Le dijo a Jesús: “Te daré todos estos reinos si te arrodillas y me adoras”.

“¡Vete de aquí Satanás!” dijo Jesús. “Tal como dicen las Escrituras: ‘Adorarás al Señor tu Dios y le servirás solo a Él’”. Entonces el diablo lo dejó, y los ángeles vinieron a cuidar de él.

Cuando Jesús escuchó que Juan había sido arrestado, regresó a Galilea. Después de salir de Nazaret, se quedó en Capernaúm, a orillas del mar, en las regiones de Zabulón y Neftalí. Esto cumplió lo que el profeta Isaías dijo: “En la tierra de Zabulón y en la tierra de Neftalí, camino al mar, más allá del Jordán, en Galilea, donde viven los gentiles: La gente que vive en la oscuridad vio una gran luz; la luz de la mañana ha brillado sobre aquellos que viven en la tierra de la oscuridad y la muerte”. Desde ese momento, Jesús comenzó a declarar su mensaje, diciendo: “Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos está cerca”.

Mientras caminaba por el mar de Galilea, Jesús vio a dos hermanos: Simón, también llamado Pedro, y su hermano Andrés, que estaban lanzando una red en el mar. Ellos vivían de la pesca.

“Vengan y síganme, y yo les enseñaré cómo pescar personas”, les dijo. Ellos dejaron sus redes de inmediato y lo siguieron. De camino, vio nuevamente a otros dos hermanos: Santiago y Juan. Ellos estaban en un bote con su padre Zebedeo, reparando sus redes. Él los llamó para que lo siguieran. Ellos inmediatamente dejaron el bote y a su padre, y lo siguieron.

Jesús viajó por toda Galilea, enseñando en las sinagogas, contando las buena nueva del reino, y sanando todas las enfermedades que tenían las personas. Entonces comenzó a difundirse la noticia acerca de él por toda la provincia de Siria. La gente traía delante de él a todos los que estaban enfermos: personas afligidas por todo tipo de enfermedades, personas poseídas por demonios, enfermos mentales, paralíticos, y él los sanaba a todos. Grandes multitudes le siguieron desde Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y la región que estaba al otro lado del Jordán.

Cuando Jesús vio que las multitudes le seguían, subió a una montaña. Allí se sentó junto con sus discípulos. Y comenzó a enseñarles, diciendo:

“Benditos son los que reconocen que son pobres espiritualmente, porque de ellos es el reino de los cielos. Benditos son los que lloran, porque ellos serán consolados. Benditos son los que son bondadosos, porque ellos poseerán el mundo entero. Benditos son aquellos cuyo mayor deseo es hacer lo justo, porque su deseo será saciado. Benditos aquellos que son misericordiosos, porque a ellos se les mostrará misericordia. Benditos son; los corazón puro, porque ellos verán a Dios. Benditos aquellos que trabajan por traer la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Benditos aquellos que son perseguidos por lo que es justo, porque de ellos es el reino de los cielos. Benditos ustedes cuando las personas los insulten y los persigan, y los acusen de todo tipo de males por mi causa. Estén felices, muy felices, porque recibirán una gran recompensa en el cielo—pues ellos persiguieron de esa misma manera a los profetas que vinieron antes de ustedes.

“Ustedes son la sal de la tierra, pero si la sal pierde su sabor, ¿cómo podrán hacer que sea salada nuevamente? No sirve para nada, sino que se bota y es pisoteada. Ustedes son la luz del mundo. Una ciudad

que está construida sobre lo alto de una montaña no puede ocultarse. Nadie enciende una lámpara para luego ocultarla bajo una cesta. No, se le coloca sobre un candelero y así da luz a todos los que están en la casa. De la misma manera, ustedes deben dejar que su luz brille delante de todos a fin de que ellos puedan ver las cosas buenas que ustedes hacen y alaben a su Padre celestial.

"No piensen que vine a abolir la ley o los escritos de los profetas. No vine a abolirlos, sino a cumplirlos. Les aseguro que hasta que el cielo y la tierra lleguen a su fin, ni una sola letra, ni un solo punto que está en la ley quedarán descontinuados antes de que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que desprecia el mandamiento menos importante, y enseña a las personas a hacer lo mismo, será considerado como el menos importante en el reino de los cielos; pero cualquiera que practica y enseña los mandamientos será considerado grande en el reino de los cielos. Les digo que a menos que la justicia de ustedes no sea mayor que la justicia de los maestros religiosos y de los fariseos, no podrán entrar nunca al reino de los cielos.

"Ustedes han escuchado que la ley dijo al pueblo de hace mucho tiempo: 'No matarás, y cualquiera que cometa asesinato será condenado como culpable'. Pero yo les digo: cualquiera que está enojado con su hermano será condenado como culpable. Cualquiera que llama a su hermano 'idiota' tiene que dar cuenta ante el concilio, y cualquiera que insulta a la gente, de seguro irá al fuego de Gehena".

"Si estás delante del altar presentando una ofrenda, y recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda sobre el altar y ve y haz las paces con él primero, y luego regresa y presenta tu ofrenda. Cuando vayas camino a la corte con tu adversario, asegúrate de arreglar las cosas rápidamente. De lo contrario, tu acusador podría entregarte ante el juez, y el juez te entregará a la corte oficial, y serás llevado a la cárcel. En verdad te digo: no saldrás de allí hasta que hayas pagado hasta el último centavo.

"Ustedes han escuchado que la ley dijo: 'No cometerás adulterio'. Pero yo les digo que todo el que mira con lujuria a una mujer ya ha cometido adulterio en su corazón. Si tu ojo derecho te lleva a pecar, entonces sácalo y bótalo, porque es mejor perder una parte de tu cuerpo y no que todo tu cuerpo sea lanzado en el fuego de Gehena. Si tu mano derecha te lleva a pecar, entonces córtala y bótala, porque es mejor que pierdas uno de tus miembros y no que todo tu cuerpo vaya al fuego de Gehena.

"La ley también dijo: 'Si un hombre se divorcia de su esposa, debe darle un certificado de divorcio'. Pero yo les digo que cualquier hombre que se divorcia de su esposa, a menos que sea por inmoralidad sexual, la hace cometer adulterio, y cualquiera que se case con una mujer divorciada, comete adulterio.

"Y una vez más, ustedes han escuchado que la ley dijo al pueblo de hace mucho tiempo: 'No jurarás en falso. En lugar de ello, asegúrese de cumplir sus juramentos al Señor'. Pero yo les digo: no juren nada. No juren por el cielo, porque ese es el trono de Dios. No juren por la tierra, porque es allí donde descansan sus pies. No juren por Jerusalén, por que es la ciudad del gran Rey. Ni siquiera juren por su cabeza, porque ustedes no tienen el poder de hacer que uno solo de sus cabellos sea blanco o negro. Solamente digan sí o no; cualquier cosa aparte de esto viene del Maligno.

"Ustedes han escuchado que la ley dijo: 'Ojo por ojo, diente por diente'. Pero yo les digo, no pongan resistencia a alguien que es malvado. Si alguien les da una bofetada, pongan la otra mejilla también. Si alguien quiere demandarte en una corte y toma tu camisa, dale tu abrigo también. Si alguien te pide que le acompañes una milla, acompáñale dos millas. Da a quienes te pidan, y no rechaces a quienes vengan a pedirte algo prestado.

"Ustedes han escuchado que la ley dijo: 'Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo'. Pero yo les digo: amen a sus enemigos y oren por los que los persiguen, a fin de que ustedes lleguen a ser hijos del Padre celestial. Porque su sol sale sobre buenos y malos; y él hace que la lluvia caiga sobre aquellos que hacen el bien y también sobre los que hacen el mal. Porque si ustedes solamente aman a quienes los aman, ¿qué recompensa tienen por eso? ¿No hacen eso incluso los recaudadores de impuestos? Si ustedes solo hablan de manera amable con su familia, ¿qué estarán haciendo que no hagan todos los demás? ¡Incluso los paganos hacen eso! Crezcan y sean completamente fieles, así como su Padre que está en el cielo es fiel".

"Asegúrense de que sus buenas obras no sean delante de la gente, solo para que los vean. De lo contrario, no tendrán ninguna recompensa de su Padre que está en el cielo. Cuando den a los pobres, no sean como los hipócritas que se jactan anunciando en las sinagogas y en las calles lo que hacen para que la gente los alabe. Yo les digo la verdad: ellos ya tienen su recompensa. Cuando den a los pobres, que su mano izquierda no sepa lo que está haciendo su mano derecha. De esta manera, lo que den será secreto, y su Padre que ve lo que ocurre en secreto, los recompensará.

"Cuando oren, no sean como los hipócritas, porque a ellos les encanta ponerse en pie y orar en las sinagogas y en las esquinas de las calles para que la gente los vea. Yo les prometo que ellos ya tienen su recompensa. Pero ustedes, cuando oren, entren a su casa y cierren la puerta, y oren a su Padre en privado, y su Padre que ve lo que ocurre en privado, los recompensará. Cuando oren, no usen palabrerías incoherentes como hacen los gentiles, que piensan que serán escuchados por todas las palabras que repiten. No sean como ellos, porque su Padre sabe lo que ustedes necesitan incluso antes de que ustedes se lo pidan. Así que oren de esta manera:

"Nuestro Padre celestial, que tu nombre sean honrado. Venga tu reino. Que tu voluntad sea hecha en la tierra como se hace en el cielo. Por favor, danos hoy el alimento que necesitamos. Perdona nuestros pecados, así como nosotros hemos perdonado a quienes han pecado contra nosotros. No dejes que seamos tentados a hacer el mal, y sálvanos del Maligno.

"Porque si perdonan a quienes pecan contra ustedes, su Padre celestial también los perdonará. Pero si no perdonan a quienes pecan contra ustedes, entonces su Padre celestial no les perdonará sus pecados.

"Cuando ayunen, no sean como los hipócritas que ponen caras tristes y un semblante espantoso para que

todos vean que están ayunando. En lugar de eso, cuando ayunen, laven sus rostros y luzcan elegantes, a fin de que las personas no vean que ustedes están ayunando, y su Padre que es invisible y que ve lo que ocurre en privado, los recompensará.

"No acumulen riquezas aquí en la tierra donde la polilla y el óxido las dañan, y donde los ladrones entran y las roban. En lugar de ello, ustedes deben acumular sus riquezas en el cielo, donde la polilla y el óxido no las dañan, y donde los ladrones no entran ni las roban. Porque donde acumulen su riqueza, allí es donde estará su corazón también.

"El ojo es como una lámpara que ilumina el cuerpo. De manera que si tu ojo es sano, entonces todo tu cuerpo tendrá luz. Pero si tu ojo es perverso, entonces todo tu cuerpo estará en tinieblas. Si la luz dentro de ustedes está en tinieblas, ¡cuán oscuro es eso! Nadie puede servir a dos amos. Odiarán a uno y amarán al otro, o serán devotos a uno y despreciarán al otro. Ustedes no pueden servir a Dios y al dinero a la vez.

"Por eso les digo que no se preocupen por sus vidas. No se preocupen por lo que van a comer, o por lo que van a beber, o por la ropa con la que van a vestir. ¿Acaso no es la vida más importante que la comida, y el cuerpo más que la ropa? Miren las aves—ellas no siembran ni cosechan, ni guardan alimento en los graneros, porque el Padre celestial las alimenta. ¿No son ustedes más que las aves? ¿Quién de ustedes puede, por mucho que se afane, añadir un minuto a su vida? ¿Y por qué se preocupan por la ropa? Miren las hermosas flores del campo. Miren cómo crecen: No trabajan ni hilan. Pero les digo que ni siquiera Salomón en todo su esplendor se vistió como una de esas flores. De modo que si Dios decora los campos así, la hierba que está hoy aquí y que mañana es lanzada al fuego, ¿no hará mucho más por ustedes que son personas que creen tan poco? Así que no se preocupen diciendo '¿Qué comeremos?' o '¿Qué beberemos?' o '¿Qué vestiremos?' Todas estas son las cosas que por las que los paganos se afanan, pero el Padre celestial ya sabe todo lo que ustedes necesitan. Busquen su reino en primer lugar, y su senda de justicia, y todo se les dará. Así que no se preocupen por el día de mañana, porque el mañana puede preocuparse por sí mismo. Cada día trae su propio mal.

"No juzguen a otros, para que ustedes no sean juzgados. Porque cualquiera que sea el criterio que usen para juzgar a otros, será usado para juzgarlos a ustedes, y cualquiera que sea la medida que ustedes usen para medir a otros, será usada para medirlos a ustedes. ¿Por qué miras la astilla que está en el ojo de tu hermano? ¿No te das cuenta de la viga que está en tu propio ojo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: 'Déjame sacarte esa astilla de tu ojo' mientras tu tienes una viga en tu propio ojo? ¡Estás siendo un hipócrita! Primero saca la viga que tienes en tu propio ojo. Entonces podrás ver con claridad y sacar la astilla del ojo de tu hermano.

"No den a los perros lo que es santo. No tiren sus perlas a los cerdos. Así los cerdos no las pisotearán, y los perros no vendrán a atacarlos a ustedes.

"Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, toquen a la puerta y la puerta se abrirá para ustedes. Todo el que pide, recibe; todo el que busca, encuentra; a todo el que toca, se le abre la puerta. ¿Acaso alguno de ustedes le daría una piedra a su hijo si este le pide un pan? ¿O si le pidiera un pez, le daría una serpiente? De modo que si incluso ustedes que son malos saben dar cosas buenas a sus hijos, cuánto más el Padre celestial dará cosas buenas a quienes le piden.

"Traten a los demás como quieren que los traten a ustedes. Esto resume la ley y los profetas. Entren por la puerta estrecha. Porque es amplia la puerta y espacioso el camino que lleva a la destrucción, y muchos andan por él. Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que llevan a la vida, y solo unos pocos lo encuentran.

"Tengan cuidado con los falsos profetas que vienen vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos feroces. Pueden reconocerlos por sus frutos. ¿Acaso las personas cosechan uvas de los matorrales de espinos, o higos de los cardos? De modo que todo árbol bueno produce frutos buenos, mientras que un árbol malo produce frutos malos. Un buen árbol no puede producir frutos malos, y un árbol malo no puede producir frutos buenos. Todo árbol que no produce frutos buenos, se corta y se lanza al fuego. Así que por sus frutos los conocerán.

"No todo el que me dice 'Señor, Señor' entrará al reino de los cielos, sino solo aquellos que hacen la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Muchos me dirán el día del juicio: 'Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos, nos sacamos demonios e hicimos muchos milagros en tu nombre?' Entonces yo les diré: 'Yo nunca los conocí a ustedes. ¡Apártense de mi, practicantes de la maldad!' Todo aquél que escucha las palabras que yo digo, y las sigue, es como el hombre sabio que construyó su casa sobre la roca sólida. La lluvia cayó, hubo inundación y los vientos soplaron fuertemente contra aquella casa, pero no se cayó porque su fundamento estaba sobre la roca sólida. Pero todo aquél que escucha las palabras que yo digo y no las sigue, es como el hombre necio que construyó su casa sobre la arena. La lluvia cayó, hubo inundación y los vientos soplaron fuertemente contra aquella casa, y se cayó. Colapsó por completo".

Cuando Jesús terminó de explicar estas cosas, las multitudes se maravillaban de su enseñanza, porque él enseñaba como alguien que tenía autoridad, y no como sus maestros religiosos.

Grandes multitudes siguieron a Jesús cuando bajó de la montaña. Un leproso se acercó a él, y se arrodilló, adorándolo, y le dijo: "Señor, si quieres, por favor sánaME". Jesús se extendió hacia él y lo tocó con su mano. "Quiero", le dijo. "Queda sano". Inmediatamente este hombre fue sanado de su lepra.

"Asegúrate de no contárselo a nadie", le dijo Jesús. "Ve y preséntate ante el sacerdote y da la ofrenda que Moisés ordenó, como evidencia pública".

Cuando Jesús entró a Capernaúm, un centurión se le acercó, suplicándole su ayuda, "Señor, mi siervo está en casa, acostado y sin poder moverse. Está sufriendo una terrible agonía".

"Iré y lo sanaré", respondió Jesús.

El centurión respondió: "Señor, no merezco una visita a mi casa. Solo di la palabra y mi siervo quedará sano. Porque yo mismo estoy bajo la autoridad de mis superiores, y a la vez yo también tengo soldados bajo mi mando. Yo le ordeno a uno: '¡Ve!' y él va. Mando a

otro: '¡Ven!' y él viene. Digo a mi siervo: '¡Haz esto!' y él lo hace".

Cuando Jesús escuchó lo que este hombre dijo, se quedó asombrado. Entonces le dijo a los que le seguían: "En verdad les digo que no he encontrado este tipo de confianza en ninguna parte de Israel. Les digo que muchos vendrán del este y del oeste, y se sentarán con Abraham e Isaac en el reino de los cielos. Pero los herederos del reino serán lanzados a la oscuridad absoluta, donde habrá lamento y crujir de dientes".

Entonces Jesús le dijo al centurión, "Ve a casa. Lo que pediste ya fue hecho, como creíste que pasaría". Y el siervo fue sanado inmediatamente.

Cuando Jesús llegó a la casa de Pedro, vio que la suegra de Pedro estaba enferma en cama y tenía una fiebre muy alta. Entonces Jesús tocó su mano y se le quitó la fiebre. Ella se levantó y comenzó a prepararle comida a Jesús. Cuando llegó la noche, trajeron ante Jesús a un hombre endemoniado. Con solo una orden, Jesús hizo que los espíritus salieran de él, y sanó a todos los que estaban enfermos. Esto cumplió lo que el profeta Isaías dijo: "Él sanó nuestras enfermedades y nos libertó de nuestras dolencias".

Cuando Jesús vio las multitudes que lo rodeaban, dio instrucciones de que debían ir al otro lado del lago. Entonces uno de los maestros religiosos se acercó a él y le dijo: "Maestro, te seguiré adonde vayas".

"Los zorros tienen guaridas y las aves silvestres tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostarse y descansar", le dijo Jesús.

Otro discípulo le dijo a Jesús: "Señor, primero déjame ir y sepultar a mi padre".

"Sígueme. Deja que los muertos sepulten a sus propios muertos", le respondió Jesús.

Entonces Jesús subió a una barca y sus discípulos se fueron con él. De repente, sopló una fuerte tormenta, y las olas golpeaban fuertemente contra la barca, pero Jesús seguía durmiendo. Los discípulos se acercaron a él y lo despertaron gritándole: "¡Sálvanos, Señor! ¡Vamos a hundirnos!"

"¿Por qué tienen tanto miedo? ¿Por qué tienen tan poca confianza?" les preguntó Jesús. Entonces se levantó y ordenó a los vientos y las olas que se detuvieran. Y todo quedó completamente en calma. Los discípulos estaban asombrados y decían: "¿Quién es este? ¿Incluso los vientos y las olas le obedecen?"

Cuando llegaron al otro lado, a la región de los gadarenos, dos hombres endemoniados salieron del cementerio para encontrarse con Jesús. Estos hombres eran tan peligrosos que nadie se atrevía a pasar por ese camino. Y ellos gritaban: "¿Qué tienes que ver con nosotros, Hijo de Dios? ¿Has venido a torturarnos antes de tiempo?"

A lo lejos, había un gran hato de cerdos comiendo. Los demonios le suplicaron a Jesús: "Si vas a sacarnos de aquí, envíanos a ese hato de cerdos".

"¡Vayan!" les dijo Jesús. Los demonios salieron de los dos hombres y huyeron hacia el hato de cerdos. Todo el hato de cerdos corrió, descendiendo por una pendiente, hasta que cayeron al mar y se ahogaron. Los que cuidaban el rebaño de cerdos, salieron corriendo. Entonces se fueron hacia la ciudad y le contaron a la gente que estaba allí todo lo que había sucedido y lo que había ocurrido con los dos hombres endemoniados. Y toda la ciudad salió para encontrarse con Jesús. Cuando lo encontraron, le suplicaron que abandonara su ciudad.

Entonces Jesús tomó una barca para cruzar nuevamente el lago hacia la ciudad donde él vivía. Allí le trajeron a un hombre paralítico acostado en una estera. Cuando Jesús vio cuánto confiaban en él, le dijo al paralítico: "¡Anímate, amigo mío! Tus pecados están perdonados".

En respuesta a esto, algunos de los maestros religiosos decían para sí mismos: "¡Está blasfemando!"

Pero Jesús sabía lo que ellos estaban pensando. Entonces les preguntó: "¿Por qué tienen pensamientos malvados en sus corazones? ¿Qué es más fácil decir, 'tus pecados están perdonados', o 'levántate y camina'? Pero ahora, para convencerlos de que el Hijo del hombre tiene autoridad para perdonar pecados..." Dirigiéndose al hombre paralítico, le dijo: "¡Levántate, toma tu estera y vete a casa!" El hombre se levantó y se fue a su casa. Cuando las multitudes vieron lo que había sucedido, estaban atemorizados. Entonces alabaron a Dios por haber dado a los seres humanos semejante poder.

Cuando Jesús se fue de allí, vio a un hombre llamado Mateo que estaba sentado en su cabina de cobro de impuestos. Jesús lo llamó diciéndole "Sígueme". Entonces él se levantó y siguió a Jesús. Mientras Jesús comía en la casa de Mateo, muchos recaudadores de impuestos vinieron y se sentaron en la mesa con él y sus discípulos. Y cuando los fariseos vieron esto, le preguntaron a los discípulos de Jesús: "¿Por qué el Maestro de ustedes come con los recaudadores de impuestos y pecadores?"

Cuando Jesús escuchó la pregunta, respondió: "Los que están sanos no necesitan de un médico, pero los que están enfermos, sí. Vayan y descubran lo que esto significa: 'quiero misericordia, no sacrificio. Porque no vine a llamar a los que hacen el bien—Vine a llamar a los pecadores'".

Entonces los discípulos de Juan vinieron y le preguntaron: "¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y tus discípulos no lo hacen?"

"¿Acaso los invitados a la boda lloran cuando el novio está con ellos?" respondió Jesús. "Pero viene el tiempo cuando el novio ya no estará y entonces ayunarán. Nadie pone un parche nuevo en ropas viejas, de lo contrario, se encogerá y hará que la rotura luzca peor. Nadie echa tampoco el vino nuevo en odres viejos, de lo contrario los odres podrían romperse, derramando así el vino y dañando los odres. No, el vino nuevo se coloca en odres nuevos, y así ambos perduran".

Mientras él les decía esto, uno de los oficiales principales llegó y se postró delante de él. "Mi hija acaba de morir", le dijo el hombre a Jesús. "Pero sé que si tú vas y colocas tu mano sobre ella, volverá a vivir".

Jesús y sus discípulos se levantaron y lo siguieron. En ese momento, una mujer que había estado enferma con sangrado durante doce años, venía detrás de él y tocó el dobladillo de su manto. Ella había pensado para sí: "Si tan solo puedo llegar a tocar su manto, seré sanada".

Jesús se dio vuelta y la vio. “Alégrate hija, pues tu confianza en mi te ha sanado”, le dijo. Y la mujer fue sanada de inmediato.

Jesús llegó a la casa del oficial. Vio a los que tocaban las flautas y escuchó a la multitud que lloraba a gritos. “Por favor, salgan” – les dijo – “porque esta niña no está muerta, sino que simplemente está dormida”. Pero ellos se rieron y se burlaron de él. Sin embargo, cuando la multitud había sido despedida, Jesús entró y tomó a la niña por la mano y esta se levantó. Y la noticia sobre lo que había ocurrido se esparció por toda esa región.

Al seguir Jesús su camino, dos hombres ciegos lo seguían y le gritaban: “¡Hijo de David, ten misericordia de nosotros!” Y cuando Jesús entró a la casa donde se alojaba, los hombres ciegos entraron también.

“¿Están convencidos de que yo puedo hacer esto?” les preguntó.

“Sí, Señor”, respondieron ellos.

Entonces Jesús tocó los ojos de ellos, y dijo: “¡Por la confianza que tienen en mí, así será!” Y ellos pudieron ver. Jesús les advirtió: “Asegúrense de que nadie sepa esto”. Pero ellos se fueron y dieron a conocer acerca de Jesús por todas partes.

Cuando Jesús y sus discípulos ya se marchaban, trajeron ante Jesús a un hombre que estaba mudo y endemoniado. Cuando el demonio fue expulsado de él, el hombre habló, y las multitudes estaban maravilladas. “Nunca antes había ocurrido algo como esto en Israel”, decían. Pero los fariseos comentaban diciendo: “el echa fuera los demonios con el poder del jefe de los demonios”.

Jesús iba a todas partes, visitando ciudades y aldeas. Enseñaba en sus sinagogas, les enseñaba acerca de la buena noticia del reino, y sanaba todo tipo de enfermedades. Cuando veía las multitudes, Jesús sentía gran compasión por ellos, porque estaban atribulados y desamparados, como ovejas sin pastor. Entonces le dijo a sus discípulos, “la cosecha es grande, pero hay apenas unos pocos trabajadores. Oren al Señor de la cosecha, y pídanle que envíe más trabajadores para su cosecha”.

Jesús llamó y reunió a sus doce discípulos y les dio poder para echar fuera espíritus malos y para sanar todo tipo de enfermedades.

Estos son los nombres de los doce apóstoles: primero, Simón (también llamado Pedro), su hermano Andrés, Santiago el hijo de Zebedeo, su hermano Juan, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo el recaudador de impuestos, Santiago el hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el revolucionario y Judas Iscariote, quien entregó a Jesús.

A estos doce envió Jesús, diciéndoles: “no vayan a los gentiles, ni a ninguna ciudad samaritana. Ustedes deben ir a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Donde vayan, díganle a la gente: ‘el reino de los cielos está cerca’. Sanen a los que estén enfermos. Resuciten a los muertos. Sanen a los leprosos. Echen fuera demonios. ¡Ustedes recibieron gratuitamente, entonces den gratuitamente! No lleven oro, plata, ni monedas de cobre en sus bolsillos, ni lleven una bolsa de provisiones para el camino, ni dos abrigos, o sandalias, ni un bastón para caminar, porque todo trabajador merece su sustento. Donde vayan, cualquiera sea la ciudad o aldea, pregunten por alguien que viva conforme a buenos principios, y quédense allí hasta que se marchen. Cuando lleguen a una casa, dejen bendición en ella. Si esa casa la merece, dejen su paz en ella, pero si no la merece, la paz regresará a ustedes.

“Si alguien no los recibe bien, y se niega a escuchar el mensaje que ustedes tienen que decir, entonces váyanse de esa casa o de esa ciudad, sacudiendo el polvo de sus pies mientras se marchan. Les digo la verdad: ¡Mejor será el Día del Juicio para Sodoma y Gomorra que para esa ciudad!

“Miren que los estoy enviando como ovejas entre lobos. Así que sean astutos como serpientes y mansos como palomas. Cuídense de aquellos que los entregarán para ser juzgados en los concilios de las ciudades y que los azotarán en sus sinagogas. Ustedes serán arrastrados ante gobernantes y reyes por mi causa, para dar testimonio a ellos y a los gentiles. Pero cuando ellos los lleven a juicio, no se preocupen por la manera como deben hablar o por lo que deben decir, porque a ustedes se les dirá lo que deben decir en el momento correcto. Porque no serán ustedes los que hablarán, sino el espíritu del Padre quien hablará por medio de ustedes. El hermano entregará a su hermano y lo mandará a matar, y el padre hará lo mismo con su hijo. Los hijos se rebelarán contra sus padres, y los entregarán a la muerte. Todo el mundo los odiará a ustedes porque ustedes me siguen a mi, pero todo aquél que persevere hasta el fin, será salvo.

“Cuando ustedes sean perseguidos en una ciudad, huyan a otra. Les digo la verdad: no terminarán de ir a las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre. Los discípulos no son más importantes que su maestro; ellos deben estar satisfechos con llegar a ser como su maestro, y los siervos como su amo. Si a quien es la cabeza del hogar le han llamado demonio Belcebú, ¡aún más llamarán demonios a los demás miembros de esta casa! Así que no les tengan miedo, porque no hay nada encubierto que no salga a la luz, ni hay nada oculto que no se llegue a saber. Lo que yo les digo aquí en la oscuridad, díganlo a la luz del día, y lo que han oído como un susurro en sus oídos, grítenlo desde las azoteas. No tengan miedo de aquellos que pueden matarlos físicamente, pero que no pueden matarlos espiritualmente. En lugar de ello, tengan miedo de Aquel que puede destruirlos física y espiritualmente en Gehena. ¿No se venden dos gorriones por el precio de un solo centavo? Pero ninguno de ellos cae al suelo sin que el Padre lo sepa. Incluso los cabellos que ustedes tienen en sus cabezas han sido contados. Así que no se preocupen. ¡Ustedes valen más que muchos gorriones!

“Si alguno declara públicamente su compromiso conmigo, yo también declararé mi compromiso con él ante mi Padre que está en el cielo. Pero si alguno me niega públicamente, yo también lo negaré ante mi Padre en el cielo. No piensen que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz sino espada. He venido ‘a poner al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra. ¡Sus enemigos serán los de su propia familia!’ Si ustedes aman a su padre o su madre más que a mi, no merecen ser míos; y si aman a su hijo o hija más que a mi, no merecen ser míos. Si no cargan su cruz y me siguen, no merecen ser míos. Si tratan de salvar su vida, la perderán, pero si pierden su vida por causa de mí, la salvarán. Aquellos

que los reciban a ustedes me reciben a mi, y aquellos que me reciben a mi, reciben al que me envió. Aquellos que reciben al profeta por ser profeta, recibirán recompensa de un profeta. Los que reciben a quien hace el bien, recibirán la misma recompensa como quien hace el bien. Les digo la verdad: los que den una bebida de agua fresca al menos importante de mis discípulos, no perderán su recompensa".

Cuando Jesús hubo terminado de darles instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí para ir a enseñar y predicar públicamente en las ciudades cercanas. Estando Juan en prisión, escuchó sobre lo que el Mesías estaba haciendo, así que envió a sus discípulos para que preguntaran en su nombre, "¿Eres tú el que estábamos esperando, o debemos seguir esperando a alguien más?"

Jesús les respondió: "Regresen y díganle a Juan lo que ustedes oyen y lo que ven. Los ciegos pueden ver, los paralíticos pueden caminar, los leprosos son sanados, los sordos pueden oír, los muertos han vuelto a vivir y los pobres escuchan la buena noticia. ¡Benditos son los que no me desprecian!"

Cuando los discípulos de Juan se fueron, Jesús comenzó a hablarles a las multitudes sobre Juan. "¿Qué esperaban ver cuando salieron al desierto? ¿Una caña zarandeada por el viento? ¿Entonces qué salieron a ver? ¿A un hombre vestido con ropas finas? Las personas que visten así viven en los palacios de los reyes. ¿Qué salieron a ver, entonces? ¿A un profeta? Sí, ¡Y les digo que él es mucho más que un profeta! Él es de quien habló la Escritura: 'Yo envío a mi mensajero por anticipado. Él preparará el camino para ti'. Les digo la verdad, y es que entre la humanidad, no hay ninguno más grande que Juan el Bautista, pero incluso el menos importante en el reino de los cielos es más grande que él. Desde los tiempos de Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos sigue estando bajo ataque y personas violentas están tratando de apoderarse de él a la fuerza. Pues todos los profetas y la ley hablaron por Dios hasta que vino Juan. Si ustedes están listos para creerlo, él es Elías, el que debía venir. ¡Todo el que tenga oídos, oiga!

"¿Con qué compararé esta generación? Son como unos niños que están en la plaza del mercado y se gritan unos a otros diciendo: 'tocamos la flauta para ustedes y no danzaron; cantamos canciones tristes y no lloraron'. Juan no vino para festejar o beber, entonces la gente dice: 'él está endemoniado' Pero el Hijo del hombre, por el contrario, vino y festejó y bebió, y la gente dice: '¡Miren, es un glotón y bebe mucho; es amigo de los recaudadores de impuestos y de los pecadores!' Pero la sabiduría demuestra ser correcta por los resultados de lo que hace"...

Entonces Jesús comenzó a reprender a las ciudades donde había hecho muchos de sus milagros porque no se habían arrepentido. "¡Qué vergüenza tienes, Korazin! ¡Qué vergüenza tienes, Betsaida! Si los milagros que hice entre ustedes se hubieran hecho en Tiro y Sidón, hace mucho tiempo ellos se habrían arrepentido en silicio y cenizas. ¡Pero les digo que el Día del Juicio será mejor para Tiro y Sidón que para ustedes! Y ¿qué decir de ti, Capernaúm? ¿Serás exaltada hasta el cielo? No, ¡Tú irás al Hades! Si los milagros que hice entre ustedes hubieran sido hechos en Sodoma, aún hoy existiría Sodoma. ¡Pero te digo que a Sodoma le irá mejor en el Día del Juicio que a ti!"

Entonces Jesús oró: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas de las mentes de los inteligentes y sabios. Por el contrario, las has revelado a personas comunes. ¡Sí, Padre, te complaciste en hacerlo así! El Padre lo ha confiado todo en mis manos, y ninguno entiende verdaderamente al Hijo, excepto el Padre, y nadie entiende verdaderamente al Padre, excepto el Hijo, y aquellos a quienes el Hijo elige para mostrarles al Padre. Vengan a mí todos ustedes que luchan y están cargados. Yo les daré descanso. Acepten mi yugo, y aprendan de mí. Porque yo soy bondadoso y tengo un corazón humilde, y en mí encontrarán el descanso que necesitan. Pues mi yugo es suave, y mi carga es ligera".

En esos días, Jesús caminaba por los campos de grano en el día Sábado. Sus discípulos tenían hambre, así que comenzaron a recoger espigas y a comérselas. Cuando los fariseos vieron esto, le dijeron a Jesús: "¡Mira a tus discípulos! ¡Están haciendo lo que no se debe hacer en Sábado!"

Pero Jesús les dijo: "¿No han leído lo que hizo David cuando él y sus hombres tuvieron hambre? Él entró a la casa de Dios, y allí él y sus hombres comieron del pan sagrado que no debían comer pues este pan estaba reservado solo para los sacerdotes. ¿No han leído en la ley que los sacerdotes que están en el Templo quebrantan el sábado pero no son considerados como culpables? Sin embargo yo les digo a ustedes: ¡Aquí hay alguien que es aún más grande que el Templo! Si ustedes conocieran el significado de lo que dice la Escritura: 'misericordia quiero y no sacrificio', no habrían condenado a un hombre inocente. Porque el Hijo del hombre es Señor del Sábado".

Entonces Jesús se fue de allí y entró a la sinagoga de ellos. Allí había un hombre que tenía la mano tullida. "¿Acaso permite la ley sanar en Sábado?" le preguntaron ellos, buscando así un motivo para acusarlo.

"Supongan que tienen una oveja y ésta se cae en un hueco, en Sábado. ¿Acaso no la agarran y tratan de sacarla?" les preguntó Jesús. "¿No creen ustedes que un ser humano vale mucho más que una oveja? De modo que sí, es permitido hacer el bien en Sábado". Entonces le dijo al hombre: "Extiende tu mano". El hombre entonces extendió su mano y fue sanada, quedando como la otra mano que estaba sana.

Pero los fariseos salieron y conspiraban sobre cómo matar a Jesús. Sabiendo esto, Jesús salió de allí, con una multitud que le seguía. Y Jesús los sanaba a todos, pero les decía que no dijeran quién era él. Esto cumplió lo que dijo el profeta Isaías:

"Este es mi siervo a quien Yo he escogido,
Mi siervo a quien amo, el cual me complace.
Yo pondré mi Espíritu sobre él, Y él le dirá a los extranjeros lo que es correcto. Él no peleará, no gritará, Y ninguno oirá su voz por las calles. Él no quebrará ni una caña dañada, Y no apagará una mecha que titila, Hasta que haya demostrado que su juicio es justo, Y los gentiles pondrán su confianza en él".

Entonces trajeron delante de Jesús a un hombre que estaba endemoniado, ciego y mudo. Jesús lo sanó,

y el hombre mudo pudo hablar y ver. Todas las multitudes estaban asombradas, y preguntaban, "¿Será que este es el hijo de David?"

Pero cuando los fariseos escucharon esto, respondieron: "¡Este hombre solo puede echar fuera demonios mediante el poder de Belcebú, el jefe de los demonios!"

Pero sabiendo lo que ellos estaban pensando, Jesús les dijo: "Cualquier reino que está dividido contra sí mismo, será destruido. Ninguna ciudad que está dividida contra sí misma puede permanecer. Si Satanás echa fuera a Satanás, entonces está dividido contra sí mismo, ¿cómo podría entonces permanecer su reino? Si yo estoy echando fuera los demonios en el nombre de Belcebú, entonces, ¿en nombre de quién echan fuera demonios los exorcistas de ustedes? ¡Ellos mismos son prueba de que ustedes están equivocados! ¡Pero si yo echo fuera demonios mediante el poder del Espíritu de Dios, entonces el reino de Dios ha venido a ustedes!

"¿Puede alguien entrar a la casa de un hombre fuerte y robar sus pertenencias sin atarlo primero? Si haces esto, entonces puedes robar todo lo que hay en su casa. Los que no están conmigo, están contra mí, y los que no se reúnen conmigo hacen lo contrario: están dispersos. Esa es la razón por la que les digo que cada pecado y blasfemia que ustedes cometan será perdonada, excepto la blasfemia contra el Espíritu Santo, la cual no será perdonada. Aquellos que digan algo en contra del Hijo del hombre serán perdonados, pero aquellos que digan algo contra el Espíritu Santo no serán perdonados, ni en esta vida ni en la siguiente. Un árbol bueno se conoce porque su fruto es bueno, y un árbol malo se conoce porque su fruto es malo, pues un árbol se conoce por su fruto. ¡Cría de víboras! ¿Cómo pueden ustedes decir algo bueno siendo malos? Pues la boca de ustedes solo dice lo que pasa por sus mentes. Una buena persona saca cosas buenas de las cosas buenas que tiene guardadas, y una persona mala saca cosas malas de las cosas malas que tiene guardadas. Yo les digo, ustedes tendrán que dar cuenta en el Día del Juicio de cada cosa que hayan dicho de manera descuidada. Porque lo que ustedes digan los vindicará o los condenará".

Entonces algunos de los maestros religiosos y fariseos que estaban allí le dijeron: "Maestro, queremos que nos muestres una señal milagrosa".

"Las personas malvadas que no creen en Dios son las que buscan una señal milagrosa. A esas personas no se les dará ninguna señal sino la señal del profeta Jonás", les dijo Jesús. "De la misma manera que Jonás estuvo en el vientre de un gran pez durante tres días y tres noches, el Hijo del hombre estará en el corazón de la tierra por tres días y tres noches. El pueblo de Nínive se levantará en el juicio junto con esta generación y la condenarán, porque ellos se arrepintieron como respuesta al mensaje de Jonás— ¡Y como pueden ver, aquí hay alguien más grande que Jonás! La reina del Sur se levantará en el juicio junto con esta generación y la condenará, porque ella vino desde los fines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón— ¡Y como pueden ver, aquí hay alguien más grande que Salomón! Cuando un espíritu maligno sale de una persona, anda por lugares desiertos buscando descanso, y no encuentra dónde quedarse. Entonces dice: 'regresaré al lugar de donde salí,' y cuando regresa, encuentra el lugar vacío, limpio y organizado. Entonces va y trae consigo otros siete espíritus mucho peores que él, y entra y vive allí. De modo que entonces la persona termina siendo peor de lo que era al comienzo. Así sucederá con esta generación malvada".

Mientras Jesús hablaba a las multitudes, su madre y sus hermanos llegaron y lo esperaban fuera, y querían hablar con él. Entonces alguien vino y le dijo: "mira, tu madre y tus hermanos están afuera y quieren hablar contigo".

"¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos?" preguntó Jesús. Entonces Jesús señaló a sus discípulos y dijo: "¡Miren, ellos son mi madre y mis hermanos! Porque los que hacen la voluntad de mi Padre celestial, ¡ellos son mi hermano, mi hermana y mi madre!"

Más tarde, ese día, Jesús se fue de la casa y se sentó a enseñar junto al lago. Pero se reunieron a su alrededor tantas personas, que tuvo que subirse a una barca y allí se sentó a enseñar, mientras que todas las multitudes se quedaron de pie en la playa. Él les enseñaba muchas cosas, usando relatos para ilustrarlas.

"El sembrador salió a sembrar", comenzó a decir. "Mientras sembraba, algunas de las semillas cayeron por el camino. Entonces las aves vinieron y se las comieron. Otras semillas cayeron en suelo rocoso y porque no habia mucha tierra, germinaron pronto". El sol salió y las chamuscó y se murieron porque no tenían raíces. Otras semillas cayeron entre espinos que crecieron y las sofocaron. No obstante, otras semillas cayeron en buen suelo. Esas semillas produjeron una cosecha— algunas cien, otras sesenta, y otras treinta veces lo que se había plantado. ¡Todo el que tenga oídos, escuche!

Los discípulos vinieron a Jesús y le preguntaron, "¿Por qué usas ilustraciones cuando hablas a la gente?"

"Ustedes son privilegiados porque a ustedes se les han revelado los misterios del reino de los cielos, pero ellos no tienen ese conocimiento", respondió Jesús. "Aquellos que ya tienen recibirán más, más que suficiente. Pero aquellos que no tienen, lo que lleguen a tener se les quitará. Esa es la razón por la que les hablo a ellos a través de ilustraciones. Porque aunque ellos pueden ver, no ven; y aunque pueden oír, no oyen; ni entienden tampoco.

"La profecía de Isaías se cumple en ellos: 'aunque ustedes oigan, no entenderán, y aunque vean, no percibirán. Ellos tienen un corazón duro, no quieren escuchar y han cerrado sus ojos. Si no fuera así, entonces podrían ver con sus ojos, oír con sus oídos y entender con sus mentes. Entonces podrían regresar a mí y yo los sanaría'.

"Benditos los ojos de ustedes, porque pueden ver. También sus oídos, porque pueden oír. Les digo que muchos profetas y personas buenas anhelaron ver lo que ustedes están viendo ahora, pero no lo vieron. Ellos anhelaban escuchar lo que ustedes están escuchando, pero no lo escucharon.

"Así que escuchen el relato del sembrador: Cuando las personas oyen el mensaje del reino, y no lo entienden, el maligno viene y arranca lo que fue sembrado en sus corazones. Esto es lo que ocurre con las semillas que cayeron en el camino. Las semillas sembradas en el

suelo rocoso son las personas que escuchan el mensaje e inmediatamente lo aceptan con alegría. De esta manera permanecen por un tiempo, pero como no tienen raíces, cuando los problemas llegan, se apartan rápidamente. Las semillas que fueron sembradas entre los espinos son las personas que escuchan el mensaje, pero luego las preocupaciones de la vida y la tentación por el dinero ahogan el mensaje y éste no produce fruto. Las semillas sembradas en buen suelo son las personas que escuchan el mensaje, lo entienden, y producen buena cosecha—algunos cien, otros sesenta, y otros treinta veces lo que fue sembrado".

Entonces les contó otro relato ilustrado: "El reino de los cielos es como un granjero que sembró buena semilla en su campo. Pero mientras sus trabajadores dormían, llegó un enemigo y sembró maleza encima del trigo. Y se fueron. Cuando el trigo creció y produjo espigas, la maleza también creció. Los trabajadores del granjero vinieron a preguntarle: 'Señor, ¿acaso no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde salió esta maleza?'

"'Algún enemigo hizo esto', respondió él. '¿Quieres que vayamos y arranquemos la maleza?' le preguntaron. 'No,' respondió él, 'al arrancar la maleza podrían arrancar de raíz el trigo también. Dejen que crezcan juntos hasta la cosecha, y entonces le diré a los segadores: reúnan primero la maleza, átenla en bultos y quémenlos. Luego reúnan el trigo y almacénenlo en mi granero'".

Les dio otra ilustración: "El reino de los cielos es como una semilla de mostaza que sembró un granjero en su campo. Aunque es la semilla más pequeña de todas, ésta crece y llega a ser mucho más grande que las otras plantas. De hecho, se convierte en un árbol tan grande, que las aves pueden posarse en sus ramas".

Y les contó otro relato ilustrado: "El reino de los cielos es como la levadura que una mujer mezcló con una gran cantidad de harina, hasta que toda la masa creció". Y Jesús le enseñaba todas estas cosas a las multitudes por medio de relatos ilustrados—de hecho, él no les hablaba sin usar relatos. Esto cumplía las palabras del profeta: "Hablaré por medio de relatos, y enseñaré cosas ocultas desde la creación del mundo".

Jesús se fue de donde estaba la multitude a una casa. Sus discípulos vinieron donde él estaba y le dijeron: "Por favor, explícanos el relato de la maleza en el campo".

"El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre", les explicó Jesús. "El campo es el mundo. Las semillas buenas son los hijos del reino. Las semillas de maleza son los hijos del maligno. El enemigo que sembró las semillas de maleza es el diablo. La cosecha es el fin del mundo. Los segadores son ángeles. Así como la maleza se recoge y se quema, así será en el fin del mundo. El Hijo del hombre enviará ángeles, y ellos recogerán todo lo que es pecaminoso y a todos los que hacen el mal, y los lanzarán en el horno abrasador, donde habrá llanto y crujir de dientes. Entonces aquellos que viven justamente brillarán como el sol en el reino de su padre. ¡Todo el que tiene oídos, oiga!

"El reino de los cielos es como un tesoro escondido en un campo. Un hombre lo encontró, lo volvió a enterrar, y lleno de alegría se fue y vendió todo lo que tenía y entonces compró ese campo. El reino de los cielos es también como un mercader que busca perlas preciosas. Cuando encontró la perla más costosa que alguna vez conociera, se fue y vendió todo lo que tenía y la compró. Una vez más, el reino de los cielos es como una red de pescar que fue lanzada al mar y atrapó todo tipo de peces. Cuando estaba llena, fue sacada a la orilla. Los buenos peces fueron colocados en las canastas, mientras que los malos peces fueron echados a la basura.

"Así serán las cosas cuando llegue el fin del mundo. Los ángeles saldrán y separarán a las personas malas de las personas buenas, y las lanzarán en el horno abrasador, donde habrá llanto y crujir de dientes.

"¿Ahora lo entienden todo?" "Sí", respondieron ellos.

"Todo maestro religioso que haya aprendido acerca del reino de los cielos es como el propietario de una casa que saca de su despensa tesoros nuevos y viejos", respondió Jesús.

Después que Jesús terminó de contar estos relatos, se fue de allí. Entonces regresó a la ciudad donde se había criado y allí enseñaba en la sinagoga. Las personas estaban asombradas, y preguntaban: "¿De dónde obtiene su sabiduría y sus milagros? ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No es este el hijo de María, y hermano de Santiago, José, Simón y Judas? ¿No viven sus hermanas entre nosotros? ¿De dónde, entonces recibe todo esto?" Y por esta razón se negaban a creer en él.

"Un profeta es honrado en todas partes, excepto en su propia tierra y entre su familia", les dijo Jesús. Como ellos no lograron creer en él, Jesús no hizo muchos milagros allí.

En ese tiempo, Herodes el tetrarca escuchó lo que Jesús hacía y le dijo a sus siervos: "¡Él debe ser Juan el Bautista que resucitó de entre los muertos, y por eso tiene tales poderes!" Herodes había arrestado a Juan, lo había encadenado y lo había puesto en prisión por petición de Herodías, la esposa de Felipe, su hermano. Esto lo hicieron porque Juan le había dicho: "No es legal que te cases con ella". Herodes quería matar a Juan pero tenía miedo de la reacción del pueblo, pues ellos consideraban que él era un profeta.

Sin embargo, el día del cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó en la fiesta, y Herodes estaba contento con ella. Así que le prometió con juramento darle cualquier cosa que ella deseara. Impulsada por su madre, Herodías dijo: "Dame aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista". Entonces el rey se arrepintió de la promesa que había hecho, pero por los juramentos que había hecho frente a todos los invitados a su cena, dio la orden de hacerlo. La orden fue enviada y Juan fue decapitado en la cárcel. Trajeron la cabeza de Juan en un plato y le fue entregado a la joven, quien lo entregó a su madre. Entonces los discípulos de Juan vinieron y se llevaron el cuerpo y lo sepultaron. Luego fueron a decírselo a Jesús.

Cuando Jesús escuchó la noticia, se fue lejos en una barca a un lugar tranquilo para estar solo, pero cuando la multitud supo dónde estaba, lo siguieron a pie desde las ciudades. Cuando Jesús salió de la barca y vio a la gran multitud, se llenó de simpatía por ellos, y sanó a los enfermos que había entre ellos. Al llegar la noche, los discípulos se le acercaron y le dijeron, "Este lugar

está a millas de distancia de cualquier parte y se está haciendo tarde. Despide la multitud para que puedan irse a las aldeas y comprar comida para ellos".

Pero Jesús les dijo: "Ellos no necesitan irse. ¡Denles ustedes de comer!"

"Lo único que tenemos son cinco panes y un par de peces", respondieron ellos.

"Tráiganmelos", dijo Jesús. Entonces les dijo a las multitudes que se sentaran en la hierba. Luego tomó los cinco panes y los dos peces, miró al cielo y los bendijo. Después de esto, partió los panes en pedazos y dio el pan a los discípulos, y los discípulos lo daban a las multitudes. Todos comieron hasta que quedaron saciados. Entonces los discípulos recogieron las sobras y llenaron doce canastas. Aproximadamente cinco mil hombres comieron de aquella comida, sin contar las mujeres y los niños.

Justo después de esto, Jesús llamó a los discípulos a que subieran a la barca para cruzar al otro lado del lago, mientras despedía a la multitud. Después que los despidió a todos, subió a la montaña para orar. Llegó la noche y él estaba allí solo. En ese momento, ya la barca estaba lejos del suelo firme, las olas la arrastraban porque el viento soplaba contra ella. Cerca de las 3 a.m. Jesús los alcanzó, caminando sobre el mar. Cuando los discípulos lo vieron caminando sobre el mar, se asustaron. Entonces gritaron con terror: "¡Es un fantasma!"

Pero inmediatamente Jesús les dijo: "¡No se preocupen, soy yo! ¡No tengan miedo!"

"Señor, si eres tú realmente, haz que yo llegue donde tu estás, caminando también sobre el agua", respondió Pedro.

"Ven", le dijo Jesús. Entonces Pedro salió de la barca y caminó sobre el agua hacia Jesús. Pero cuando vio cuán fuerte soplaba el viento, se asustó y comenzó a hundirse. "¡Señor! ¡Sálvame!", gritaba. De inmediato Jesús se extendió y lo tomó, y le dijo: "Tienes tan poca confianza en mi. ¿Por qué dudaste?" Y cuando entraron a la barca, el viento dejó de soplar. Y los que estaban en la barca lo adoraban, diciendo: "¡Realmente eres el Hijo de Dios!"

Después de cruzar el lago, llegaron a Genesaret. Cuando la gente de allí se dio cuenta de que era Jesús, lo hicieron saber a todos en la región. Entonces trajeron ante Jesús a todos los que estaban enfermos, y le imploraban que dejara que los enfermos tan solo tocasen su manto. Todos los que lo tocaban eran sanados.

Entonces algunos fariseos y maestros religiosos de Jerusalén vinieron a Jesús y le preguntaron: "¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de nuestros antepasados al no lavar sus manos antes de comer?"

"¿Por qué ustedes quebrantan el mandamiento por causa de su tradición?" respondió Jesús. "Pues Dios dijo: 'Honra a tu padre y a tu madre', y 'Cualquiera que maldice a su padre o a su madre debe ser condenado a muerte'. Pero ustedes dicen que si alguno le dice su padre o a su madre 'todo lo que yo deba darles a ustedes ahora lo doy como ofrenda a Dios,' entonces no tiene que honrar a su padre. De esta manera ustedes han anulado la palabra de Dios por causa de sus tradiciones. ¡Ustedes son unos hipócritas! Bien los describió Isaías cuando profetizó: 'Este pueblo dice que me honra pero en sus mentes no hay interés hacia mí. Su adoración hacia mi es inútil. Lo que enseñan son solo exigencias humanas'".

Entonces Jesús llamó a la multitud y les dijo: "Escuchen y entiendan esto: No es lo que entra por la boca lo que los contamina, sino lo que sale de ella".

Entonces los discípulos de Jesús vinieron a él y le dijeron: "Ciertamente te das cuenta de que los fariseos se ofendieron por lo que dijiste".

"Toda planta que no haya sembrado mi Padre será arrancada", respondió Jesús. "Olvídense de ellos—ellos son guías ciegos. Si un hombre ciego guía a otro hombre ciego, los dos caerán en una zanja".

Entonces Pedro dijo: "Por favor, dinos lo que quieres decir con esta ilustración".

"¿Aún no lo han entendido?" respondió Jesús. "¿No ven que todo lo que entra a la boca pasa por el estómago y luego sale del cuerpo como un desperdicio? Pero lo que sale de la boca viene de la mente, y eso es lo que los contamina. Porque lo que sale de la mente son pensamientos malos, asesinatos, adulterio, inmoralidad sexual, hurto, falso testimonio, y blasfemia, y esas son las cosas que los contaminan a ustedes. Comer sin lavarse las manos no los contamina".

Jesús se fue de allí y se dirigió hacia la región de Tiro y Sidón. Una mujer cananea de ese lugar vino gritando: "¡Señor, Hijo de David! ¡Por favor, ten misericordia de mi, pues mi hija sufre grandemente porque está poseída por un demonio!" Pero Jesús no respondió en absoluto. Sus discípulos vinieron y le dijeron: "Dile que deje de seguirnos. ¡Sus gritos son muy molestos!"

"Yo fui enviado únicamente a las ovejas perdidas de la casa de Israel", le dijo Jesús a la mujer. Pero la mujer vino y se arrodilló delante de él, y le dijo: "¡Señor, por favor, ayúdame!"

"No es correcto tomar el alimento de los hijos para dárselo a los perros", le dijo Jesús.

"Sí, Señor, pero aun así, a los perros se les deja comer las migajas que caen de la mesa de su amo", respondió ella.

"Tu confías en mí grandemente", le respondió Jesús. "¡Tu deseo está concedido!" Y su hija fue sanada de inmediato.

Entonces Jesús regresó, pasando por el mar de Galilea. Se fue hacia las montañas cercanas y allí se sentó. Grandes multitudes vinieron a él, trayéndole a aquellos que estaban cojos, ciegos, paralíticos, mudos y también muchos otros que estaban enfermos. Los ponían en el piso, a sus pies, y él los sanaba. La multitud estaba asombrada ante lo que ocurría: los sordos podían hablar, los paralíticos eran sanados, los cojos podían caminar, y los ciegos podían ver. Y alababan al Dios de Israel.

Entonces Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: "Siento pesar por estas personas, porque han estado conmigo por tres días y no tienen nada que comer. No quiero que se vayan con hambre, no sea que se desmayen por el camino".

"¿Dónde podríamos encontrar suficiente pan en este desierto para alimentar a semejante multitud tan grande?" respondieron los discípulos.

"¿Cuántos panes tienen ustedes allí?" preguntó Jesús.

"Siete, y unos cuantos peces pequeños", respondieron ellos.

Jesús dijo a la multitud que se sentara en el suelo. Entonces tomó los siete panes y los peces, y después de bendecir la comida, la partió en trozos y la dio a los discípulos, y los discípulos la daban a la multitud. Todos comieron hasta que estuvieron saciados, y entonces recogieron las sobras, llenando así siete canastas. Cuatro mil hombres comieron de esta comida, sin contar a las mujeres y a los niños. Entonces Jesús despidió a la multitud, subió a la barca, y se fue a la región de Magadán.

Los fariseos y los Saduceos vinieron para probar a Jesús, exigiéndole que les mostrara una señal del cielo.

Jesús les dijo: "Por la noche, ustedes dicen, 'mañana habrá buen tiempo, porque el cielo se ve rojo,' pero por la mañana dicen: 'habrá mal tiempo hoy, porque el cielo está rojo y nublado'. ¡Ustedes saben predecir el clima por cómo se ve el cielo, pero no son capaces de reconocer las señales de los tiempos! La gente mala que no confía en Dios es la que espera una señal milagrosa, y a esas personas no se les dará ninguna señal excepto la señal de Jonás". Y entonces se fue de allí.

Cuando iban hacia el otro lado del lago, los discípulos olvidaron llevar pan. "Cuídense de la levadura de los fariseos y los Saduceos", les dijo Jesús.

Los discípulos comenzaron a discutir entre ellos. "Está diciendo eso porque no trajimos pan", concluyeron. Pero Jesús sabía lo que ellos estaban diciendo y les dijo: "¡Ustedes confían muy poco en mi! ¿Por qué están discutiendo entre ustedes por no tener pan? ¿Acaso aún no lo han entendido? ¿No recuerdan los cinco panes que alimentaron cinco mil personas? ¿Cuántas canastas sobraron? ¿Y qué hay de los siete panes que alimentaron a los cuatro mil? ¿Cuántas canastas sobraron? ¿No se han dado cuenta aún de que yo no hablaba sobre el pan? ¡Cuídense de la levadura de los fariseos y los Saduceos!" Entonces se dieron cuenta de que él no les estaba advirtiendo sobre levadura de pan, sino sobre las enseñanzas de los fariseos y los Saduceos.

Cuando llegó a la región de Cesarea de Filipo, Jesús le preguntó a sus discípulos: "¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?"

"Algunos dicen que Juan el Bautista, otros dicen que Elías, y otros dicen que Jeremías o uno de los otros profetas", respondieron ellos.

"¿Y ustedes?" preguntó él. "¿Quién dicen ustedes que soy yo?"

"Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente", respondió Simón Pedro.

"Verdaderamente eres bendito, Simón hijo de Juan", le dijo Jesús. "Porque esto no te fue revelado por carne ni sangre humana, sino por mi Padre que está en el cielo. También te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y los poderes de la muerte no la destruirán. Te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que prohíbas en la tierra, será prohibido en los cielos; y todo lo que permitas en la tierra, será permitido en los cielos". Entonces le advirtió a sus discípulos de no decirle a nadie que él era el Mesías.

A partir de entonces Jesús comenzó a explicarle a sus discípulos que él tendría que ir a Jerusalén, y que sufriría terriblemente en manos de los ancianos, de los jefes de los sacerdotes y de los maestros religiosos, y que lo matarían, pero que él se levantaría otra vez al tercer día.

Pedro llevó a Jesús con él aparte y comenzó a decirle que no era bueno que hablara así. "¡Dios no permita, Señor, que algo así llegue a ocurrirte!" le dijo.

Jesús se volvió hacia Pedro y le dijo: "¡Aléjate de mi, Satanás! ¡Eres una trampa para hacerme tropezar, porque estás pensando humanamente, y no como Dios piensa!"

Entonces Jesús le dijo a sus discípulos: "El que quiera seguirme, debe negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirme. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá, y el que pierda la vida por mi causa, la ganará. ¿Qué beneficio tiene ganar el mundo entero y perder la vida? ¿Qué darán ustedes a cambio de su vida? Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, junto con sus ángeles. Entonces le dará a cada uno lo que merece conforme a lo que haya hecho. Les digo la verdad: hay algunos aquí que no morirán antes de que vean al Hijo del hombre venir en su reino".

Seis días después Jesús llevó consigo a Pedro, a Santiago, y a su hermano Juan hacia una montaña alta para estar solos allí. Entonces Jesús se transformó frente a ellos. Su rostro brillaba como el sol. Sus vestiduras se volvieron blancas como la luz. De repente, aparecieron Moisés y Elías delante de ellos, y estos dos estaban hablando con Jesús.

Pedro los interrumpió diciéndole a Jesús: "Señor, qué bien se siente estar aquí. Si tú quieres haré tres enramadas—una para ti, una para Moisés, y una para Elías".

Mientras Pedro aún hablaba, una nube brillante los cubrió. Entonces se escuchó una voz que salía desde la nube, que decía: "Este es mi hijo a quien amo, el cual me complace. Escúchenlo". Cuando oyeron esto, los discípulos cayeron sobre sus rostros, completamente aterrorizados. Jesús se acercó a ellos y los tocó. "Levántense", les dijo. "No tengan miedo". Cuando levantaron la vista, no vieron a nadie más allí, excepto a Jesús.

Cuando descendieron de la montaña, Jesús les dio instrucciones precisas: "No le digan a nadie lo que vieron hasta que el Hijo del hombre se haya levantado de entre los muertos", les dijo.

"¿Por qué, entonces, los maestros religiosos dicen que Elías debe venir primero?" preguntaron sus discípulos.

"Es cierto que Elías viene a poner cada cosa en su lugar, pero déjenme decirles que Elías ya vino y sin embargo la gente no reconoció quién era él. Hicieron con él todo lo que quisieron. De la misma manera, el Hijo del hombre también sufrirá en manos de ellos". Entonces los discípulos se dieron cuenta de que Jesús se estaba refiriendo a Juan el Bautista.

Cuando se aproximaban a la multitud, un hombre llegó y se arrodilló delante de Jesús. "Señor, por favor, ten misericordia de mi hijo", le dijo. "Él se vuelve loco y sufre ataques tan terribles que a veces hasta se lanza al fuego o al agua. Lo traje ante tus discípulos pero ellos no pudieron sanarlo".

"¡Este pueblo se niega a confiar en mi, y todos están corruptos!" respondió Jesús. "¿Cuánto tiempo más tengo que permanecer aquí con ustedes? ¿Cuánto tiempo más tendré que aguantarlos? ¡Tráiganmelo aquí!" Jesús confrontó al demonio y éste salió del joven, y quedó sano de inmediato.

Después de esto, los discípulos vinieron a Jesús en privado y le preguntaron: "¿Por qué nosotros no pudimos sacarlo?"

"Porque ustedes no creen lo suficiente", les dijo Jesús. "Les digo que aún si la confianza de ustedes fuera tan pequeña como una semilla de mostaza, ustedes podrían decir a esta montaña 'muévete de aquí para allá,' y esta se movería. Nada sería imposible para ustedes".

Mientras caminaban por Galilea, Jesús les dijo: "El Hijo del hombre será traicionado y la gente tendrá poder sobre él. Lo matarán, pero el tercer día, él se levantará de nuevo". Los discípulos se entristecieron.

Cuando llegaron a Capernaúm, los que estaban encargados de recolectar el impuesto de medio siclo en el Templo, vinieron donde estaba Pedro y le preguntaron: "Tu maestro paga el medio siclo, ¿no es así?"

"Si, por supuesto", respondió Pedro.

Cuando regresó donde estaban todos, Jesús se anticipó al hecho. "¿Qué piensas tu, Simón?" le preguntó Jesús. "¿Acaso los reyes de este mundo le cobran los impuestos a sus propios hijos o a los otros?"

"A los otros", respondió Pedro. Entonces Jesús le dijo: "En ese caso, los hijos están excentos. Pero para no ofender a nadie, ve al lago y saca un pez con un anzuelo. Saca el primer pez que atrapes, y cuando abras su boca encontrarás una moneda estatera. Toma la moneda y paga por ti y por mi".

En esos días los discípulos vinieron a Jesús, y le preguntaron: "¿Quién es el más grande en el reino de los cielos?"

Jesús llamó a un niño pequeño. Puso al niño de pie frente a ellos. "Les digo la verdad: a menos que cambien su manera de pensar y se vuelvan como niños pequeños, nunca entrarán en el reino de los cielos. Pero cualquiera que se humilla y se vuelve como este niño, ese es el más grande en el reino de los cielos. Cualquiera que acepta a un niño como este en mi nombre, me acepta a mí. Pero cualquiera que hace pecar a uno de estos niños que cree en mí, sería mejor que atase a su cuello una piedra de moler y se lance a las profundidades del mar.

"¡Cuán grande es el desastre que sobrevendrá en el mundo por todas sus tentaciones a pecar! ¡Las tentaciones ciertamente vendrán, pero será un desastre para la persona por quien viene la tentación! Si tu mano o tu pie te hacen pecar, córtalo y bótalo. Es mejor que entres a la vida eterna siendo paralítico o cojo, que tener dos manos o dos pies y ser lanzado al fuego eterno. Si tu ojo te hace pecar, sácalo y bótalo. Es mejor que entres a la vida eterna con un solo ojo que tener dos ojos y ser lanzado al fuego de Gehena. Asegúrense de no menospreciar a estos pequeños. Yo les digo que en el cielo sus ángeles siempre están con mi Padre celestial. ¿Qué piensan ustedes? Si un hombre tiene cien ovejas y una de ellas se pierde, ¿acaso no dejará él las noventa y nueve en la colina e irá en búsqueda de la que está perdida? Y si la encuentra, yo les digo que ese hombre se regocija más por esa oveja que por las noventa y nueve que no se perdieron. De la misma manera, mi Padre celestial no quiere que ninguno de estos pequeños se pierda.

"Si un hermano peca contra ti, ve y muéstrale el error a él, solo entre ustedes dos. Si te escucha, habrás convencido a tu hermano. Pero si no escucha, entonces lleva contigo a una o dos personas, para que con dos o tres testigos pueda confirmarse la verdad. Si aun así él se niega a escucharte, entonces dilo a la iglesia. Si se niega a escuchar a la iglesia, entonces trátalo como a un extranjero y recaudador de impuestos. Les digo la verdad: todo lo que prohíban en la tierra será prohibido en el cielo, y todo lo que permitan en la tierra, será permitido en el cielo.

"También les digo que si dos de ustedes se ponen de acuerdo aquí en la tierra acerca de algo por lo que están orando, entonces mi Padre celestial lo hará por ustedes. Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy con ellos".

Entonces Pedro vino donde estaba Jesús y le preguntó: "¿Cuántas veces debo perdonar a mi hermano por pecar contra mi? ¿Siete veces?"

"No, siete veces no. ¡Yo diría hasta setenta veces siete!" le dijo Jesús. "Por eso el reino de los cielos es como un rey que quería saldar cuentas con los siervos que le debían dinero. Cuando comenzó a saldar cuentas, fue presentado delante de él un siervo que le debía diez mil talentos. Como este hombre no tenía dinero para pagar, su amo dio la orden de venderlo, junto con su esposa, sus hijos y todas sus posesiones para poder pagar la deuda. El siervo se arrodilló y le dijo a su amo: '¡Por favor, ten paciencia conmigo! ¡Yo lo pagaré todo!' El amo tuvo misericordia del siervo, lo liberó y canceló la deuda. Pero cuando ese mismo siervo salió de allí, se encontró con uno de sus consiervos que le debía apenas cien denarios. Lo tomó por el cuello y ahorcándolo, le decía: '¡Págame lo que me debes!' Su consiervo se lanzó a los pies de este hombre y le rogó: '¡Por favor, sé paciente conmigo! ¡Yo te pagaré!' Pero el hombre se negó, y fue y puso a su consiervo en prisión hasta que le pagara lo que le debía.

"Cuando los otros siervos vieron lo que había pasado, se aturdieron y estaban molestos. Fueron a decirle a su amo todo lo que había ocurrido. Entonces el amo volvió a llamar a aquél hombre y le dijo: '¡Siervo malo! Te perdoné toda la deuda porque me rogaste que te perdonara. ¿Acaso no deberías haber sido misericordioso con tu consiervo también, así como yo lo fui contigo?' Su amo se enojó y lo entregó a los carceleros hasta que pagase toda la deuda. Esto es lo que mi Padre celestial hará con cada uno de ustedes a menos que con sinceridad ustedes perdonen a sus hermanos".

Cuando Jesús terminó de hablar se fue de Galilea y se dirigió a la región de Judea, al otro lado del Jordán. Grandes multitudes le seguían, y él sanaba a los que allí estaban enfermos.

Entonces ciertos fariseos vinieron para probarlo. "¿Se le permite a un hombre divorciarse de su esposa por cualquier razón?" le preguntaron.

Jesús respondió: "¿No han leído que Dios, quien creó a las personas en el principio, los creó hombre y mujer? Entonces dijo: 'Esta es la razón por la cual el hombre se irá de donde su padre y su madre y se unirá a su esposa, y entonces los dos se convertirán en uno'. Ahora no son dos, sino uno. Lo que Dios ha unido, nadie debe separarlo".

"¿Entonces por qué Moisés entregó una ley que dice que un hombre puede divorciarse de su esposa

entregándole un certificado de divorcio escrito y despidiéndola?" le preguntaron.

"Por la actitud insensible de ustedes, Moisés les permitió divorciarse de sus esposas, pero no era así al comienzo", respondió Jesús. "Les digo que cualquiera que se divorcia de su esposa – a menos que sea por inmoralidad sexual –, y luego se casa con otra mujer, comete adulterio".

"¡Si esa es la situación entre el esposo y la esposa, es mejor no casarse!" respondieron sus discípulos.

"No cualquiera puede aceptar esta instrucción, solo aquellos a quienes se les da", les dijo Jesús. "Algunos nacen siendo eunucos, algunos se vuelven eunucos por causa de otros hombres, y otros deciden ser eunucos por causa del reino de los cielos. Los que aceptan hacerlo, deben aceptar tal enseñanza".

Entonces la gente traía niños pequeños delante de él para que los bendijera y orara por ellos. Pero los discípulos les decían que no lo hicieran.

Pero Jesús dijo: "Dejen que los niños vengan a mi. No se lo impidan. ¡El reino de los cielos pertenece a quienes son como ellos!" Entonces él puso sus manos sobre ellos para bendecirlos y luego se fue.

Un hombre vino a Jesús y le dijo: "Maestro, ¿qué cosas buenas debo hacer para recibir vida eterna?"

"¿Por qué me preguntas a mi lo que es bueno?" respondió Jesús. "Solo hay uno que es bueno. Pero si quieres tener vida eterna, entonces guarda los mandamientos".

"¿Cuáles?" preguntó el hombre.

"No mates, no cometas adulterio, no robes, no des falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo", respondió Jesús.

"Yo he guardado todos estos mandamientos", dijo el joven. "¿Qué más debo hacer?"

Jesús le dijo: "Si quieres ser perfecto, entonces ve y vende todas tus posesiones, da el dinero a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Entonces ven y sígueme".

Cuando el joven escuchó la respuesta de Jesús, se fue muy triste, porque tenía muchas posesiones.

"Les digo la verdad", dijo Jesús a sus discípulos, "a la gente rica se le hace difícil entrar al reino de los cielos. También les digo esto: es más fácil que un camello pase a través del ojo de una aguja que un rico entre al reino de los cielos".

Cuando los discípulos oyeron esto, se sorprendieron, y preguntaron: "¿Quién puede salvarse entonces?"

Jesús los miró y dijo: "Desde un punto de vista humano, es imposible, pero con Dios todas las cosas son posibles".

Pedro le respondió: "Mira, hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué recompensa tendremos?"

Jesús respondió: "Les digo la verdad: cuando todo sea hecho de nuevo y el Hijo del hombre se siente en su trono glorioso, ustedes que me han seguido también se sentarán en tronos, y serán jueces de las doce tribus de Israel. Todos los que dejan su hogar, a sus hermanos, a sus hermanas, a sus padres, a sus madres, a sus hijos y sus campos por mi causa, recibirán cien veces más y recibirán la vida eterna. Porque muchos que son los primeros serán dejados de ultimo, y muchos que son los últimos, serán los primeros.

"Porque el reino de los cielos es como un terrateniente que salió temprano por la mañana para contratar trabajadores para su viña. Él decidió pagar un denario por día a los trabajadores, y los envió a trabajar en ella. Cerca de las 9 a.m. salió y vio a otros que estaban sin trabajar en la plaza del mercado.

"'Vayan y trabajen en la viña también, y yo les pagaré lo justo', les dijo. Entonces ellos se fueron a trabajar. Entre el medio día y las 3 p.m. salió e hizo lo mismo. A las 5 p.m. salió y encontró a otros que estaban allí. '¿Por qué están por ahí todo el día sin hacer nada?' les preguntó. 'Porque nadie nos ha contratado', respondieron ellos. 'Vayan y trabajen en la viña también', les dijo.

"Cuando llegó la noche, el propietario de la viña le dijo a su administrador: 'Llama a los trabajadores y págales sus salarios. Comienza con los trabajadores que fueron contratados al final y luego continúa con los que fueron contratados al principio'. Cuando entraron los que fueron contratados a las 5 p.m., cada uno recibió un denario. Así que cuando entraron los que fueron contratados al principio, ellos pensaron que recibirían más, pero también recibieron un denario. Cuando recibieron su pago, se quejaron del propietario. 'Los que fueron contratados al final solo trabajaron una hora, y les pagaste lo mismo que a nosotros que trabajamos todo el día en medio del calor abrasante,' refunfuñaban.

"El propietario le respondió a uno de ellos: 'Amigo, no he sido injusto contigo. ¿No estuviste de acuerdo conmigo en trabajar por un denario? Toma tu pago y vete. Lo mismo que te pagué a ti, lo quiero pagar a los que fueron contratados al final. ¿Acaso no puedo decidir qué hacer con mi propio dinero? ¿Por qué deberías mirarme con desprecio por querer hacer un bien?' De esta manera, los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos".

Cuando iba de camino hacia Jerusalén, Jesús llevó consigo a los doce discípulos aparte mientras caminaban y les dijo: "Miren, vamos hacia Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y los maestros religiosos. Ellos lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen. Pero el tercer día será levantado de entre los muertos".

Entonces la madre de los hijos de Zebedeo vino a Jesús con sus dos hijos. Se arrodilló delante de él para hacerle una petición.

"¿Qué es lo que me pides?" le dijo Jesús.

"Por favor, aparta a mis hijos para que se sienten a tu lado en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda", le pidió ella.

"No sabes lo que estás pidiendo", le dijo Jesús. "¿Pueden ustedes beber la copa que yo estoy a punto de beber?" .

"Sí podemos", le dijeron.

"Sin duda alguna ustedes beberán de mi copa", les dijo, "pero el privilegio de sentarse a mi derecha y a mi izquierda no me corresponde darlo a mi. Mi Padre es el que decide quién será".

Cuando los otros diez discípulos escucharon lo que ellos habían pedido, se molestaron con los dos hermanos. Jesús los llamó y les dijo: "Ustedes saben que los gobernantes extranjeros se enseñorean sobre sus pueblos, y los líderes poderosos los oprimen. No será así para ustedes. Cualquiera entre ustedes que quiera

ser el más importante, será siervo de todos. Cualquiera entre ustedes que quiera ser el primero, será como un esclavo. De la misma manera, el Hijo del hombre no vino a que le sirvan, sino a servir, y a dar su vida como rescate para muchos".

Cuando se fueron de Jericó, una gran multitud siguió a Jesús. Dos hombres ciegos estaban sentados junto al camino. Y cuando escucharon que Jesús iba pasando por allí, clamaron: "¡Ten misericordia de nosotros, Señor, hijo de David!" Y la multitud les decía que se callaran, pero ellos gritaban aún más fuerte: "¡Ten misericordia de nosotros, Señor, hijo de David!"

Entonces Jesús se detuvo. Los llamó, preguntándoles: "¿Qué quieren que haga por ustedes?"

"Señor, por favor, haz que podamos ver", respondieron ellos.

Jesús tuvo compasión de ellos y tocó sus ojos. Ellos pudieron ver de inmediato, y le siguieron.

Entonces Jesús y sus discípulos fueron a Jerusalén. Cuando se acercaban, llegaron a la aldea de Betfagé sobre el Monte de los Olivos. Entonces Jesús envió a dos discípulos para que se adelantaran, y les dijo: "Vayan a la aldea. Apenas lleguen, encontrarán allí un asno amarrado junto a un pollino Desamárrenlos y tráiganmelos. Si alguien les pregunta qué hacen, solo díganle: 'El Señor los necesita', y ellos los enviarán de inmediato".

Esto cumplía lo que el profeta dijo: "Di a la hija de Sión: 'Mira, tu rey viene hacia ti. Es humilde, y monta un asno y un pollino la cría de un asno'".

Los discípulos fueron e hicieron lo que Jesús les había dicho. Trajeron el asno y el pollino. Colocaron sus mantos sobre ellos y Jesús se sentó encima. Muchas personas que estaban entre la multitud extendían sus mantos en el camino, mientras que otros cortaban ramas de los árboles y las colocaban en el camino. Las multitudes que iban delante de él y las que lo seguían gritaban: "¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito es el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!"

Cuando Jesús llegó a Jerusalén, toda la ciudad estaba alborotada. "¿Quién es este?" preguntaban.

"Este es Jesús, el profeta de Nazaret, en Galilea", respondieron las multitudes.

Jesús entró al Templo, y sacó de allí a todas las personas que estaban comprando y vendiendo. Volteó las mesas de los cambistas y las sillas de los vendedores de palomas. Entonces les dijo: "La Escritura dice: 'Mi casa será llamada casa de oración', pero ustedes la han convertido en una guarida de ladrones".

Los ciegos y los paralíticos venían a Jesús al Templo, y él los sanaba. Pero cuando el jefe de los sacerdotes y los maestros religiosos vieron los milagros asombrosos que él hacía, y a los niños que gritaban en el Templo, "Hosanna al hijo de David", se sintieron ofendidos.

"¿Escuchas lo que dicen estos niños?" le preguntaron.

"Sí", respondió Jesús. "¿Acaso no han leído que la Escritura dice 'Preparaste a los niños y a los bebés para ofrecerte alabanza perfecta'"? Y dejándolos allí, se fue entonces a las afueras de la ciudad para quedarse en Betania.

A la mañana siguiente, mientras caminaba de regreso a la ciudad, Jesús sintió hambre. Entonces vio una higuera junto al camino, y se dirigió hacia ella pero no encontró ningún fruto, sino solamente hojas.

Entonces le dijo a la higuera: "¡Ojalá que nunca más puedas producir fruto!" E inmediatamente la higuera se marchitó.

Los discípulos se asombraron al ver esto. "¿Cómo pudo marchitarse la higuera así de repente?" preguntaban.

"Les digo la verdad", respondió Jesús, "Si ustedes realmente creen en Dios, y no dudan de él, no solo podrían hacer lo que acaba de suceder con la higuera, sino mucho más. Si ustedes dijeran a esta montaña, 'levántate y lánzate al mar', ¡así sucedería! Ustedes recibirán todo lo que pidan en oración, siempre que crean en Dios".

Entonces Jesús entró al Templo. Los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo vinieron a él mientras enseñaba y le preguntaron, "¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Quién te dio esta autoridad?"

"Yo también les haré una pregunta", respondió Jesús. "Si me responden, yo les diré con qué autoridad hago estas cosas. ¿Con qué autoridad bautizaba Juan? ¿Acaso su autoridad venía del cielo, o de los hombres?"

Entonces ellos discutían unos con otros: "Si decimos que venía del cielo, entonces nos preguntará por qué no creímos en él. Pero si decimos que venía de los hombres, entonces la multitud se podrá en contra de nosotros, porque todos ellos consideran a Juan como un profeta". Entonces le respondieron a Jesús: "No sabemos".

"Entonces yo no les diré con qué autoridad hago estas cosas", respondió Jesús. "Pero ¿qué piensan de esta ilustración? Había una vez un hombre que tenía dos hijos. Entonces fue donde el primer hijo y le dijo: 'Hijo, ve y trabaja en la viña hoy', Y el hijo le respondió, 'No iré', pero después se arrepintió de lo que dijo y fue. Luego el hombre fue donde el segundo hijo y le dijo lo mismo. Y él le dijo: 'Iré', pero no lo hizo. ¿Cuál de los dos hijos hizo lo que su padre quería?"

"El primero", respondieron ellos.

"Les digo la verdad: los recaudadores de impuestos y las prostitutas están entrando al reino de los cielos antes que ustedes", les dijo Jesús. "Juan vino para mostrarles a ustedes la manera correcta de vivir con Dios, y ustedes no creyeron en él, pero los recaudadores de impuestos y las prostitutas creyeron en él. Después, cuando vieron lo que sucedió, ustedes tampoco se arrepintieron ni creyeron en él.

"Esta es otra ilustración: había una vez un hombre, un terrateniente, que plantó una viña. Puso una cerca alrededor de ella, hizo un lagar y construyó una torre de vigilancia. La alquiló a unos granjeros, y luego se fue a otro país. Cuando llegó el tiempo de la cosecha, el hombre envió a sus siervos donde los granjeros para recoger el fruto que le pertenecía. Pero los granjeros atacaron a sus siervos. Golpearon a uno, mataron a otro y a otro también lo apedrearon. Entonces el terrateniente envió más siervos, pero los granjeros hicieron lo mismo con ellos. Entonces el terrateniente envió a su hijo. 'A mi hijo lo respetarán', pensó para sí. Pero los granjeros, cuando vieron al hijo, se dijeron unos a otros, '¡Aquí viene el heredero! ¡Vamos! ¡Matémoslo para quedarnos con su herencia!' Lo agarraron, lo sacaron de la viña y lo mataron. Entonces, cuando el dueño de la viña regrese, ¿qué hará con esos granjeros?"

Entonces los jefes de los sacerdotes le dijeron a Jesús: "Mandará a matar a esos hombres malvados de la manera más atroz, y alquilará la viña a otros granjeros que de seguro sí le darán su fruto en tiempo de la cosecha".

"¿Acaso no han leído las Escrituras?" les preguntó Jesús. "'La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en la piedra angular. El Señor ha hecho esto, y es maravilloso ante nuestros ojos'. Por eso les digo que a ustedes se les quitará el reino de Dios. Será entregado a un pueblo que producirá el fruto apropiado. Cualquiera que tropiece con esta piedra, será destruido, pero esta aplastará por completo a quien le caiga encima".

Cuando los jefes de los sacerdotes y los fariseos escucharon sus ilustraciones, se dieron cuenta de que Jesús estaba hablando de ellos. Querían arrestarlo, pero tenían miedo de lo que el pueblo pudiera hacer porque la gente creía que él era un profeta.

Jesús les habló usando más relatos ilustrados. "El reino de los cielos es como un rey que organizó una celebración de boda para su hijo", explicó Jesús. "Envió a sus siervos donde todos los que estaban invitados a la boda para decirles que vinieran, pero ellos se negaron a ir. Entonces envió más siervos con las siguientes instrucciones: 'Díganles a los que están invitados que he preparado un banquete de bodas. Se han matado toros y becerros. ¡Todo está listo, así que vengan a la boda!'"

"Pero ellos ignoraron la invitación y se fueron. Uno se fue a sus campos; otro fue a ocuparse de su negocio. El resto tomó a los siervos del rey, los maltrataron, y los mataron. El rey se puso furioso. Entonces envió a sus soldados para destruir a esos asesinos y quemar su ciudad.

"Entonces el rey le dijo a sus siervos, 'el banquete de la boda está listo, pero los que estaban invitados no merecían asistir. Vayan a las calles e inviten a todos los que encuentren para que vengan a la boda'. Así que los siervos salieron a las calles y trajeron a todos los que pudieron encontrar, tanto buenos como malos. El salón de la boda estaba lleno.

"Pero cuando el rey llegó a ver a los invitados, se dio cuenta de que había un hombre que no tenía puesto el vestido adecuado para la boda. Entonces le preguntó: 'amigo, ¿cómo entraste aquí sin vestido de bodas?' El hombre no sabía qué decir. Entonces el rey dijo a sus siervos: 'Aten sus manos y pies y láncenlo a la oscuridad, donde habrá llanto y crujir de dientes'. Porque muchos son invitados, pero pocos son escogidos".

Entonces los fariseos se fueron de allí y se reunieron para conspirar la manera en que podrían atraparlo por las cosas que decía. Y enviaron a algunos de sus propios discípulos donde él junto con algunos de los seguidores de Herodes.

"Maestro, sabemos que eres un hombre veraz, y que el camino de Dios que enseñas es el verdadero", comenzaron ellos. "Tú no te dejas influir por ningún otro, y no te preocupa el rango o la posición social. Así que déjanos saber lo que opinas. ¿Es correcto pagar los impuestos del César, o no?"

Jesús sabía que sus intenciones eran malvadas. Entonces les preguntó: "¿Por qué están tratando de ponerme una trampa, hipócritas? Muéstrenme la moneda que se usa para pagar el impuesto". Entonces le trajeron una moneda de denario. "¿De quién es la imagen y el título que está inscrito en ella?" les preguntó.

"Es del césar", respondieron ellos.

"Ustedes deben dar al César lo es del César, y a Dios lo que es de Dios", les dijo. Cuando escucharon la respuesta de Jesús, se quedaron asombrados. Entonces se marcharon y lo dejaron allí.

Más tarde, ese mismo día, vinieron unos Saduceos a verlo. (Los saduceos son los que dicen que no hay resurrección). Entonces le preguntaron: "Maestro, Moisés dijo que si un hombre casado muere sin haber tenido hijos, su hermano debe casarse con la viuda y así tener hijos en representación de su hermano. Pues bien, supongamos que había siete hermanos. El primero se casó y murió, y como no había tenido hijos, dejó la viuda a su hermano. Lo mismo ocurrió con el segundo y el tercer esposo, hasta que llegaron al séptimo. Al final, la mujer también murió. Así que cuando ocurra la resurrección, ¿cuál de todos ellos será su esposo si ella se casó con todos?"

Jesús respondió: "El error de ustedes es que no conocen la Escritura ni lo que Dios puede hacer. Porque en la resurrección las personas no se casarán ni serán entregados en matrimonio tampoco, pues en el cielo son como ángeles. En cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no han leído lo que Dios les dijo a ustedes: 'Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob?' Él no es Dios de los muertos, sino de los que viven". Cuando las multitudes oyeron lo que dijo, se quedaron asombrados de su enseñanza.

Cuando los fariseos oyeron que Jesús había dejado sin palabras a los Saduceos, se reunieron y fueron a hacerle más preguntas. Uno de ellos, quien era un experto en la ley, le hizo una pregunta para probarlo: "Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley?"

Jesús les dijo: "'Ama al Señor tu Dios en todo lo que piensas, en todo lo que sientes, y en todo lo que haces'. Este es el mandamiento más importante, el primer mandamiento. El segundo es similar: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo'. Toda la ley bíblica y los escritos de los profetas dependen de estos dos mandamientos".

Mientras los fariseos estaban allí reunidos, Jesús les hizo una pregunta: "¿Qué piensan ustedes del Mesías?" les preguntó. "¿De quién es hijo?"

"El hijo de David", respondieron ellos.

"¿Cómo pudo David, bajo inspiración, llamarlo 'Señor?'" les preguntó Jesús. "Él dice: 'El Señor le dijo a mi Señor: siéntate a mi diestra hasta que derrote a todos tus enemigos'. Si David lo llamó Señor, ¿cómo puede el Mesías ser su hijo?" Ninguno pudo responderle, y desde entonces ninguno se atrevió a hacerle más preguntas.

Entonces Jesús le habló a la multitud y a sus discípulos: "Los maestros religiosos y los fariseos tienen la responsabilidad de ser intérpretes de la ley de Moisés, así que obedezcan y hagan lo que ellos les digan. Pero no imiten lo que ellos hacen, porque ellos no practican lo que predican. Ellos colocan cargas pesadas en los hombros del pueblo, pero ellos mismos no mueven ni un dedo para ayudarles. Todo lo que hacen es con el fin de hacerse notar. Ellos se alistan grandes cajas de oraciones para usarlas y colocan largas borlas en sus vestidos. Les gusta tener lugares de honor en los ban-

quetes y tener los mejores asientos en las sinagogas. A ellos les gusta que los saluden con respeto en las plazas del mercado, y que la gente les llame 'Rabí'.

"No dejen que la gente los llame 'Rabí'. El Gran Maestro de ustedes es solo uno, y ustedes son todos hermanos. No llamen a nadie con el título de 'Padre' aquí en la tierra. El Padre de ustedes es solo uno, y está en el cielo. No dejen que la gente los llame 'Maestro'. El Maestro de ustedes es solo uno, el Mesías. El más importante entre ustedes tendrá que ser siervo entre ustedes. Cualquiera que se enaltezca a sí mismo, será humillado, y cualquiera que se humille, será enaltecido.

"¡Pero qué desastre viene sobre ustedes, maestros religiosos y fariseos hipócritas! Ustedes cierran de golpe las puertas del reino de los cielos en el rostro de la gente. No entran ustedes mismos, ni dejan entrar a quien está tratando de hacerlo. ¡Qué desastre viene sobre ustedes, maestros religiosos y fariseos hipócritas! Porque ustedes viajan por tierra y mar para convertir a un solo individuo, y cuando lo convierten, lo convierten dos veces más en un hijo de Gehena como lo son ustedes. ¡Qué desastre viene sobre ustedes los que dicen: 'si juras por el Templo, no tiene importancia, pero si juras por el oro del Templo, entonces debes cumplir tu juramento!' ¡Cuán necios y ciegos están ustedes! ¿Qué es más importante: el oro o el Templo que santifica el oro? Ustedes dicen: 'si juras sobre el altar, no tiene importancia, pero si juras sobre el sacrificio que está sobre el altar, entonces debes cumplir tu juramento'. ¡Cuán ciegos están ustedes! ¿Qué es más importante: el sacrificio, o el altar que santifica el sacrificio? Si ustedes juran por el altar, están jurando por el altar y por todo lo que está sobre él. Si juran por el Templo, están jurando por el Templo y por Aquél que vive allí. Si juran por el cielo, están jurando por el trono de Dios y por Aquél que se sienta en él.

"¡Qué desastre viene sobre ustedes, maestros religiosos y fariseos hipócritas! Pagan el diezmo de la menta, de la semilla de anís y del comino, pero son negligentes en los aspectos vitales de la ley: hacer lo correcto, mostrar misericordia, ejercer la fe. Sí, es cierto que deben pagar sus diezmos, pero no olviden estas otras cosas. ¡Ustedes son guías ciegos que cuelan la bebida para no dejar pasar una mosca, pero se tragan un camello!

"¡Qué desastre viene sobre ustedes, maestros religiosos y fariseos hipócritas! Limpian el exterior de la taza y del plato, pero por dentro ustedes están llenos de glotonería y autocomplacencia. ¡fariseos ciegos! Limpien primero el interior de la taza y del plato, para que entonces el exterior esté limpio también.

"¡Qué desastre viene sobre ustedes, maestros religiosos y fariseos hipócritas! Son como sepulcros blanqueados, que se ven bien por fuera, pero por dentro están llenos de esqueletos y todo tipo de putrefacción. Ustedes son simplemente una vergüenza. Por fuera parecen buenas personas, pero por dentro están llenos de hipocresía y maldad.

"¡Qué desastre viene sobre ustedes, maestros religiosos y fariseos hipócritas! Construyen sepulcros en memoria de los profetas, y decoran las tumbas de los buenos, y dicen: 'si hubiéramos vivido en los tiempos de nuestros ancestros, no habríamos participado en el derramamiento de la sangre de los profetas'. ¡Pero al decir esto testifican contra ustedes mismos, demostrando que hacen parte de esos que mataron a los profetas! ¡Entonces sigan y acaben la obra de una vez por todas usando los métodos de sus antepasados! Serpientes, camada de víboras, ¿cómo escaparán del juicio de Gehena?

"Por eso yo les envío profetas, hombres sabios y maestros. A algunos los matarán, a otros los crucificarán, y a otros los azotarán en las sinagogas, y los perseguirán de ciudad en ciudad. Como consecuencia de ello, ustedes tendrán que dar cuenta de la sangre de todas las personas buenas que se ha derramado sobre la tierra: desde la sangre de Abel, que hizo lo correcto, hasta la sangre de Zacarías, el hijo de Berequías, a quien ustedes mataron entre el Templo y el altar.

"Yo les digo que las consecuencias de todo esto caerán sobre esta generación. ¡Oh Jerusalén, Jerusalén, tu matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! Tantas veces he querido reunir a tus hijos así como una gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, pero no me dejaste. Ahora mira, tu casa ha sido abandonada, y está completamente vacía. Yo te digo esto: no me volverás a ver hasta que digas: 'Bendito es el que viene en el nombre del Señor'".

Cuando Jesús iba saliendo del Templo, sus discípulos venían hacia donde él estaba y mostraban con orgullo los edificios del Templo. Pero Jesús respondió: "¿Ven todos estos edificios? Les digo la verdad: no quedará piedra sobre piedra. ¡Cada una de las piedras que queden serán derribadas!"

Cuando Jesús se sentó en el Monte de los Olivos, los discípulos vinieron donde él estaba y en privado le preguntaron: "Por favor, dinos cuándo ocurrirá esto. ¿Cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?"

"Asegúrense de que nadie los confunda", respondió Jesús. "Muchos vendrán diciendo que soy yo, y dirán 'yo soy el Mesías', y engañarán a muchas personas. Ustedes oirán de guerras de y rumores de guerras, pero no estén ansiosos. Estas cosas tienen que pasar, pero este no es el fin. Habrá naciones que atacarán a otras naciones, y reinos que pelearán contra otros reinos. Habrá hambrunas y terremotos en diferentes lugares, pero todas estas cosas son solo el principio de los dolores del parto.

"Entonces a ustedes los arrestarán, los perseguirán y los matarán. Todas las personas los odiarán por mi causa. En ese tiempo muchos que eran creyentes dejarán de creer. Se entregarán unos a otros con traición y se odiarán unos a otros. Muchos falsos profetas vendrán y engañarán a muchas personas. El aumento del mal hará que el amor de muchos se enfríe, pero aquellos que se mantengan firmes hasta el fin serán salvos. La buena noticia del reino será proclamada en todo el mundo de tal modo que todos la escucharán, y entonces vendrá el fin. Así que cuando vean el 'mal que profana' en el lugar santo del cual habló el profeta Daniel (los que leen esto, por favor, examínenlo cuidadosamente), entonces las personas que viven en Judea, deben huir a las montañas. Todo el que esté en el tejado de la casa no debe descender para buscar lo que hay en ella. El que esté en los campos, no debe regresar a buscar el abrigo. ¡Cuán terrible será para aquellas que estén embaraza-

das y para las que estén amamantando a sus bebés en esos días! Oren para que no tengan que huir en invierno, o en día Sábado. Porque en ese tiempo, habrá una persecución terrible, más terrible que cualquier cosa que haya ocurrido desde el principio del mundo hasta ahora, ni ocurrirá jamás. A menos que esos días sean acortados, nadie será salvo, pero por el bien de los elegidos, esos días serán acortados.

"Así que si alguien les dice: 'miren, este es el Mesías,' o, 'allá está,' no lo crean. Porque aparecerán falsos mesías y falsos profetas también, y harán señales y milagros increíbles para engañar a los escogidos, si fuera posible. Noten que les he dicho esto antes de que siquiera ocurra. De modo que si les dicen: 'miren, está en el desierto,' no vayan a verlo allá; o si dicen: 'miren, está oculto aquí,' no lo crean. Porque la venida del Hijo del hombre será como el relámpago que ilumina desde el oriente hasta el occidente. 'Los buitres se amontonan donde está el cadáver'.

"Pero justo después de estos días de persecución, el sol se oscurecerá, la luna no brillará, las estrellas caerán del cielo, y las potencias del cielo se conmoverán. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, y todos los pueblos de la tierra se lamentarán. Verán al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Con el toque de una trompeta él enviará a sus ángeles para reunir a sus escogidos de todas partes, desde un confín del cielo y de la tierra hasta el otro.

"Aprendan una ilustración de la higuera. Cuando sus brotes se vuelven más blandos y comienzan a salir las hojas, ya ustedes saben que se acerca el verano. De la misma manera, cuando vean que están ocurriendo todas estas cosas, ya sabrán que su venida está cerca, ¡de hecho, está justo en la puerta! Les digo la verdad: esta generación no morirá hasta que todas estas cosas hayan pasado. El cielo y la tierra podrán perecer, pero mis palabras no morirán.

"Pero nadie sabe el día ni la hora en que esto ocurrirá, ni siquiera los ángeles en el cielo, ni el Hijo. Solo el Padre lo sabe. Cuando el Hijo del hombre venga, será como en los días de Noé. Será como en los días antes del diluvio, donde todos comían y bebían y se casaban y se entregaban en matrimonio, hasta el día que Noé entró al arca. Ellos no se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que el diluvio vino y se los llevó a todos. Así será la venida del Hijo del hombre.

"Dos hombres estarán trabajando en los campos. Se tomará a uno y se dejará al otro. Dos mujeres estarán moliendo grano en un molino. Se tomará a una y se dejará a la otra. Así que estén prevenidos, porque ustedes no saben qué día viene el Señor. Pero consideren esto: si el dueño de la casa supiera a qué hora vendrá el ladrón, permanecería vigilando. No dejaría que entre y robe en su casa. Ustedes también necesitan estar listos, porque el Hijo del hombre viene en un momento en que ustedes no lo esperan.

"Pues ¿quién es el siervo fiel y considerado? Es el que su amo pone a cargo de la familia para que provea el alimento en el momento adecuado. ¡Cuán bueno es que el siervo se encuentre haciendo esto cuando su amo regrese! Les digo la verdad: el amo pondrá a ese siervo a cargo de todas sus posesiones. Pero si fuese un siervo malo, diría para sí mismo: 'mi señor se está demorando', y comenzaría a golpear a los otros siervos, a festejar y a beber con los borrachos. Entonces el amo de ese siervo regresará cuando este no lo espera, en un momento que no sabe. Entonces el amo lo hará pedazos, y lo tratará como a los hipócritas, enviándolo a un lugar donde hay lamento y crujir de dientes".

"El reino de los cielos es como diez jovencitas, que llevaron sus lámparas para ir al encuentro del novio. Cinco de ellas eran necias, y cinco eran sabias. Las jóvenes necias llevaron sus lámparas pero no llevaron aceite, mientras que las sabias llevaron frascos de aceite junto con sus lámparas. El novio se demoró mucho y todas las jóvenes comenzaron a sentirse somnolientas y se durmieron. A la media noche se escuchó el grito: '¡Miren aquí está el novio! ¡Vengan a su encuentro!' Todas las jovencitas se levantaron y cortaron la mecha de sus lámparas. Las jóvenes necias le dijeron a las jóvenes sabias: 'Dénnos un poco de su aceite porque nuestras lámparas se están apagando'. Pero las jovencitas sabias respondieron: 'No, porque así no habrá suficiente aceite para ustedes ni para nosotras. Vayan a las tiendas y compren aceite para ustedes'. Mientras fueron a comprar el aceite, llegó el novio y los que estaban listos entraron con él a la boda, y la puerta se cerró con llave. Las otras jóvenes llegaron más tarde. 'Señor, Señor', llamaron, '¡ábrenos la puerta!' Pero él respondió: 'En verdad les digo que no las conozco'. Así que estén alerta, porque ustedes no saben el día ni la hora.

"Es como un hombre que se fue de viaje. Llamó a sus siervos y los dejó a cargo de sus posesiones. A uno de ellos le entregó cinco talentos, a otro le dio dos, y a otro le dio uno, conforme a sus capacidades. Luego se fue. De inmediato, el que tenía cinco talentos fue y los invirtió en un negocio, y obtuvo otros cinco talentos. De la misma manera, el que tenía dos talentos obtuvo otros dos. Pero el que recibió un talento se fue y cavó un hoyo y escondió allí el dinero de su amo. Mucho tiempo después, el amo de estos siervos regresó y se dispuso a ajustar cuentas con ellos. El que recibió cinco talentos vino y presentó otros cinco talentos. 'Mi señor', le dijo, 'me diste cinco talentos. Mira, obtuve una ganancia de cinco talentos más'. Su amo le dijo: 'Has hecho bien, eres un siervo bueno y fiel. Has demostrado que eres fiel en cosas pequeñas, así que ahora te colocaré a cargo de muchas cosas. ¡Alégrate porque estoy muy complacido de ti!' El siervo que recibió dos talentos también vino. 'Mi señor', le dijo, 'me entregaste dos talentos. Mira, he obtenido una ganancia de dos talentos más'. Su amo le dijo: 'Has hecho bien, eres un siervo bueno y fiel. Has demostrado que eres fiel en cosas pequeñas, así que ahora te pondré a cargo de muchas cosas. ¡Alégrate porque estoy muy complacido de ti!'

"Entonces vino el hombre que recibió un talento. 'Mi señor', le dijo, 'sé que eres un hombre duro. Siegas donde no sembraste y recoges cosechas que no plantaste. Así que como tuve miedo de ti fui y enterré tu talento. Mira, aquí tienes lo que te pertenece'. Pero su amo le respondió: '¡Eres un siervo malo y perezoso! Si crees que siego donde no sembré, y que recojo cosechas que no planté, entonces debiste depositar en el banco la plata que me pertenece y así yo habría recibido mi

dinero con intereses al regresar. Quítenle el talento que tiene y dénselo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene se le dará aún más; y al que no tiene nada, incluso lo que tenga se le quitará. Ahora lancen a este siervo inútil en la oscuridad donde habrá llanto y crujir de dientes'.

"Pero cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, y todos los ángeles con él, se sentará en su trono majestuoso. Traerán a todos delante de él. Entonces él separará a los unos de los otros, así como un pastor separa a las ovejas de los cabritos. Entonces colocará a las ovejas a su derecha, y a los cabritos en su mano izquierda. Entonces el rey dirá a los de su derecha: 'vengan ustedes, benditos de mi Padre, hereden el reino que ha sido preparado para ustedes desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y me dieron alimento para comer. Tuve sed, y me dieron de beber. Fui forastero y me hospedaron. Estuve desnudo y me vistieron. Estuve enfermo y cuidaron de mí. Estuve en la cárcel y me visitaron'. Entonces los de la derecha responderán: 'Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos como forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y te visitamos?' El rey les dirá: 'en verdad les digo que todo lo que hicieron por uno de estos de menor importancia, lo hicieron por mi'.

"También dirá a los de su izquierda: '¡apártense de mi, ustedes malditos, vayan al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles! Porque tuve hambre y no me dieron nada de comer. Tuve sed y no me dieron de beber. Fui forastero y no me hospedaron. Estuve desnudo y no me vistieron. Estuve enfermo y en la cárcel y no me visitaron'. Entonces ellos también responderán: 'Señor, ¿cuándo te vimos con hambre, con sed, o como forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel y no cuidamos de ti?' Entonces él les dirá: 'en verdad les digo que todo lo que no hicieron por uno de estos de menor importancia, no lo hicieron por mi'. Ellos se irán a la condenación eterna, pero los justos entrarán a la vida eterna".

Después que hubo dicho todo esto, Jesús le dijo a los discípulos: "Ustedes saben que en dos días es la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado y crucificado".

Entonces los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio de Caifás, el sumo sacerdote. Allí conspiraron para arrestar a Jesús bajo algún pretexto engañoso y matarlo. Pero dijeron: "no hagamos esto durante el festival para que no haya disturbios en el pueblo".

Mientras Jesús estaba en la casa de Simón el leproso, en Betania, vino una mujer que traía un frasco de alabastro que contenía un perfume muy costoso. Ella lo derramó en la cabeza de Jesús mientras él estaba sentado y comía. Pero cuando los discípulos vieron lo que ella hizo, se incomodaron por ello.

"¡Qué gran desperdicio!" objetaron. "¡Este perfume pudo haberse vendido por mucho dinero y lo habríamos regalado a los pobres!"

Jesús sabía lo que estaba pasando y les dijo: "¿Por qué están enojados con esta mujer? ¡Ella ha hecho algo maravilloso por mí! Los pobres siempre estarán entre ustedes, pero no siempre me tendrán a mí. Al derramar este perfume en mi cuerpo, ella me ha preparado para mi sepultura. Les digo la verdad: dondequiera que se difunda esta buena noticia, se contará lo que esta mujer ha hecho, en memoria de ella".

Entonces Judas Iscariote, uno de los doce discípulos, fue donde estaban los jefes de los sacerdotes y les preguntó: "¿Cuánto me pagarán por entregarles a Jesús?" Y ellos le pagaron treinta monedas de plata. A partir de ese momento, Judas buscaba una oportunidad para entregar a Jesús.

El primer día del festival del pan sin levadura, los discípulos vinieron donde Jesús y le preguntaron: "¿Dónde quieres que preparemos la cena de la Pascua para ti?"

Jesús les dijo: "vayan a la ciudad y busquen a cierto hombre que está ahí y díganle que el Maestro dice: 'Se acerca mi hora. Voy a celebrar la Pascua con mis discípulos en tu casa'". Entonces los discípulos hicieron lo que Jesús les dijo, y prepararon allí la cena de la Pascua.

Cuando llegó la noche, Jesús se sentó allí a comer con los doce. Mientras comían, les dijo: "En verdad les digo que uno de ustedes va a entregarme".

Ellos estaban extremadamente incómodos. Uno por uno le preguntaban: "Señor, no soy yo, ¿cierto?"

"El que ha metido su mano conmigo en el plato, me entregará", respondió Jesús. "El Hijo del hombre morirá tal como fue profetizado acerca de él, pero ¡qué desgracia vendrá sobre el hombre que entregue al Hijo del hombre! ¡Habría sido mejor que nunca hubiera nacido!"

Judas, el que lo iba a entregar, preguntó "¿Seré yo, Rabí?"

"Tu lo has dicho", respondió Jesús.

Mientras comían, Jesús tomó del pan y lo bendijo. Entonces lo partió y lo repartió entre los discípulos. "Tomen este pan y cómanlo porque este es mi cuerpo", dijo Jesús. Entonces cogió la copa, la bendijo y se la entregó a ellos. "Tomen todos de esta copa", les dijo. "Porque esta es mi sangre del pacto, derramada por muchos para el perdón de pecados. Sin embargo, les digo, yo no beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que vuelva a beberlo nuevamente con ustedes en el reino de mi Padre". Después que terminaron de cantar, se fueron al Monte de los Olivos.

"Todos ustedes me abandonarán esta noche", les dijo Jesús. "Como dice la Escritura: 'Yo golpearé al pastor, y el rebaño estará completamente disperso'. Pero después que me haya levantado, yo iré delante de ustedes a Galilea".

Pero Pedro objetó: "incluso si todos los demás te abandonan, yo nunca te abandonaré".

"Te digo la verdad", le dijo Jesús, "esta misma noche, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces".

"¡Aun si tengo que morir contigo, nunca te negaré!" insistió Pedro. Y todos los discípulos dijeron lo mismo.

Entonces Jesús se fue con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní. Les dijo: "Siéntense aquí mientras yo voy allá a orar". Entonces llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a sufrir tristeza y aflicción agonizantes. Entonces les dijo: "Estoy tan inundado de tristeza, que siento morir. Esperen aquí y estén en vigilia conmigo". Entonces se fue un poco más lejos, se postró sobre su rostro y oró.

"Padre mío, por favor, si es posible, quítame esta copa de sufrimiento", pidió Jesús. "Aun así, que no sea lo que yo quiero sino lo que tu quieres".

Entonces regresó donde estaban los discípulos y los encontró dormidos. Le dijo entonces a Pedro: "¿Cómo es que no pudieron estar despiertos conmigo apenas una hora? Estén despiertos y oren, para que no caigan en tentación. Sí, el espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil". Entonces se fue por segunda vez y oró.

"Padre mío, si no puedes quitarme esta copa sin que yo la beba, entonces se hará tu voluntad", dijo. Regresó entonces y encontró a los discípulos durmiendo, porque no pudieron mantenerse despiertos. Entonces los dejó allí una vez más y se fue y oró por tercera vez, repitiendo las mismas cosas. Entonces regresó donde estaban sus discípulos, y les dijo: "¿Cómo es posible que aún estén durmiendo y descansando? Miren, el momento ha llegado. ¡El Hijo del hombre está a punto de ser entregado en manos de pecadores! ¡Levántense, vámonos! Miren, acaba de llegar el que me entrega".

Cuando dijo esto, Judas, uno de los doce, llegó con una gran turba que estaba armada con espadas y palos, y habían sido enviados por los jefes de los sacerdotes y por los ancianos del pueblo. El traidor había acordado que les daría una señal: "Al que yo bese, ese es... ¡arréstenlo", les dijo.

Judas llegó inmediatamente donde estaba Jesús y dijo: "Hola, Rabí", y lo besó.

"Amigo mío, haz lo que viniste a hacer", le dijo Jesús a Judas. Entonces vinieron y tomaron a Jesús y lo arrestaron.

Uno de los que estaban con Jesús alcanzó su espada y la sacó. Atacó con ella al siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja. Pero Jesús le dijo: "Guarda tu espada. Todo el que pelea con una espada, morirá a espada. ¿Acaso no crees que yo podría rogar a mi Padre, y él enviaría más de doce legiones de ángeles de inmediato? Pero entonces ¿cómo podría cumplirse la Escritura que dice que esto debe ocurrir?"

Entonces Jesús le dijo a la turba: "¿Han venido con espadas y palos para arrestarme como si yo fuese algún criminal? Todos los días me sentaba en el Templo a enseñarles y en ese momento no me arrestaron. Pero todo esto está ocurriendo para que se cumpla lo que escribieron los profetas". Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.

Los que habían arrestado a Jesús lo llevaron a la casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los maestros religiosos y los ancianos. Pedro los seguía a la distancia, y entró al patio de los sumos sacerdotes. Se sentó allí con los guardias para ver cómo terminaban las cosas.

Los jefes de los sacerdotes y todo el concilio estaban tratando de encontrar alguna prueba falsa contra Jesús para mandarlo a matar. Pero no podían encontrar nada, aun cuando habían venido muchos testigos falsos. Finalmente, llegaron dos e informaron: "Este hombre dijo: 'yo puedo destruir el Templo de Dios, y volver a construirlo en tres días'".

El sumo sacerdote se levantó y le preguntó a Jesús: "¿No tienes nada que responder? ¿Qué tienes para decir en tu defensa?" Pero Jesús se quedó en silencio.

El sumo sacerdote le dijo a Jesús: "En nombre del Dios vivo, te coloco bajo juramento. Dinos si eres el Mesías, el Hijo de Dios".

"Tu lo has dicho", respondió Jesús. "Y también te digo que en el futuro verás al Hijo de Dios sentado a la diestra del Todopoderoso, y viniendo en las nubes de los cielos".

Entonces el sumo sacerdote rasgó su ropa, y dijo: "¡Está diciendo blasfemia! ¿Para qué necesitamos testigos? ¡Miren, ustedes mismos han escuchado su blasfemia! ¿Qué veredicto dan ustedes?"

"¡Culpable! ¡Merece morir!" respondieron ellos. Entonces escupieron su rostro y lo golpearon. Algunos de ellos lo abofetearon con sus manos, y dijeron: "¡Profetízanos, 'Mesías'! ¿Quién es el que te acaba de golpear?"

Mientras tanto, Pedro estaba sentado afuera en el patio. Una joven criada vino donde él estaba y dijo: "¡Tu también estabas con Jesús el galileo!" Pero él lo negó delante de todos. "No sé de qué hablas", dijo él.

Entonces regresó a la entrada de la casa, donde otra persona lo vio y le dijo a las personas que estaban allí: "Este hombre estaba con Jesús de Nazaret". Una vez más, Pedro lo negó, diciendo con juramento: "Yo no lo conozco". Un poco más tarde, las personas que estaban allí vinieron donde estaba Pedro y dijeron: "Definitivamente tu eres uno de ellos. Tu acento te delata". Entonces comenzó a jurar: "¡Que me caiga una maldición si estoy mintiendo! ¡No conozco al hombre!" E inmediatamente el gallo cantó.

Entonces Pedro recordó lo que Jesús le había dicho: "Antes de que el gallo cante, negarás tres veces que me conoces". Entonces salió y lloró amargamente.

Temprano en la mañana, todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron a consultar y decidieron mandar a matar a Jesús. Lo ataron, se lo llevaron y se lo enviaron a Pilato, el gobernador.

Cuando Judas, el que había entregado a Jesús, vio que Jesús había sido condenado a muerte, se arrepintió de lo que había hecho y devolvió las treinta monedas de plata a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos. "¡He pecado! ¡He entregado sangre inocente!" les dijo.

"¿A nosotros qué nos importa eso?" respondieron ellos. "¡Ese es tu problema!" Judas lanzó las monedas de plata en el santuario y se fue. Huyó y se ahorcó. Los jefes de los sacerdotes tomaron las monedas de plata y dijeron: "Este es dinero de sangre, es contra la ley poner este dinero en la tesorería del Templo". Entonces se pusieron de acuerdo para comprar el campo del alfarero para usarlo como el lugar donde sepultarían a los extranjeros. Por eso hasta hoy a ese campo se le llama el "Campo de Sangre". Esto cumplió la profecía dicha por el profeta Jeremías: "Tomaron treinta monedas de plata — el 'valor' de aquel que fue comprado por el precio que le pusieron unos hijos de Israel— y las usaron para pagar el campo del alfarero, como el Señor me mandó a hacerlo"

Jesús fue llevado delante de Pilato el gobernador, quien le preguntó: "¿Eres tu el Rey de los Judíos?"

"Tú lo has dicho", respondió Jesús. Pero cuando el jefe de los sacerdotes y los ancianos presentaron cargos contra él, Jesús no respondió.

"¿No escuchas todos los cargos que ellos están presentando contra ti?" le preguntó Pilato. Pero Jesús no dijo nada, ni una sola palabra. Esto sorprendió en gran manera al gobernador.

Y era costumbre del gobernador, durante la fiesta, liberar delante de la multitud a cualquier prisionero que ellos quisieran. En esa época, estaba preso un hombre llamado Barrabás. Así que Pilato le preguntó a las multitudes que se habían reunido: "¿A quién quieren que libere: a Barrabás, o a Jesús, llamado el Mesías?" (Él se había dado cuenta que ellos habían arrestado a Jesús por celos para juzgarlo). Mientras estaba sentado en la silla de juez, su esposa le envió un mensaje que decía: "No le hagas nada a este hombre inocente, porque he sufrido terriblemente en el día de hoy por un sueño que tuve sobre él".

Pero los jefes de los sacerdotes y los ancianos convencieron a las multitudes de pedir a Barrabás, y mandar a matar a Jesús. Cuando el gobernador les preguntó: "¿A cuál de los dos quieren que les libere entonces?" ellos respondieron: "Barrabás".

"¿Entonces qué hare con Jesús, el Mesías?" les preguntó.

Todos gritaron: "¡Que lo crucifiquen!"

"¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido él?" preguntó Pilato. Pero ellos gritaban aún más fuerte: "¡Crucifícalo!"

Cuando Pilato vio que la causa estaba perdida, y que se estaba formando un motín, trajo agua y lavó sus manos frente a la multitud. "Soy inocente de la sangre de este hombre. ¡Su sangre estará sobre sus cabezas!" Todo el pueblo respondió: "¡Que su sangre sea sobre nuestras cabezas y las de nuestros hijos!" Entonces Pilato liberó a Barrabás, pero mandó a azotar a Jesús y a crucificarlo.

Los soldados del gobernador llevaron a Jesús hasta el Pretorio y toda la tropa de soldados lo rodeaba. Entonces lo desnudaron y pusieron un manto de color escarlata sobre él. Hicieron una corona de espinas y la colocaron sobre su cabeza, y le pusieron un palo en su mano derecha. Y se arrodillaban frente a él y se burlaban diciendo: "¡Salve, Rey de los judíos!" Luego lo escupieron, y tomando el palo que tenía, le golpeaban la cabeza con él. Cuando terminaron de burlarse de él, le quitaron el manto y volvieron a ponerle su ropa. Entonces se lo llevaron para crucificarlo. En el camino, se encontraron a un hombre llamado Simón, de Cirene, y lo obligaron a llevar la cruz de Jesús.

Cuando llegaron a Gólgota, que significa "Lugar de la Calavera", le dieron vino mezclado con hiel. Pero después de probarlo, se negó a beberlo. Después de haberlo crucificado, lanzaron unos dados para dividir su ropa entre ellos. Entonces se sentaron y se quedaron allí vigilándolo. Colocaron una señal sobre su cabeza con el cargo que fue presentado contra él. Decía: "Este es Jesús, el Rey de los judíos". Entonces crucificaron a dos criminales con él, uno a su derecha, y el otro a su izquierda. Los que pasaban por ahí le gritaban insultos, sacudiendo sus cabezas, y decían: "¡Tú que prometiste destruir el Templo y reconstruirlo en tres días, por qué no te salvas a ti mismo! Si realmente eres el Hijo de Dios, entonces bájate de la cruz". Los jefes de los sacerdotes se burlaban de él de la misma manera, igual que los maestros religiosos y los ancianos. "¡Salvó a otros pero no puede salvarse a sí mismo!" decían. "¡Si realmente él es el rey de Israel, que se baje de la cruz y le creeremos! Él cree en Dios con tanta seguridad, —pues entonces que Dios lo rescate si lo quiere, pues él decía 'yo soy el Hijo de Dios'". Y los criminales que estaban crucificados con él también lo insultaban de la misma manera.

Desde el medio día hasta las tres de la tarde hubo tinieblas en todo el país. Aproximadamente a las tres de la tarde, Jesús gritó fuertemente diciendo: "Eli, Eli, lama sabachthani?" que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Cuando algunos de los que estaban allí lo escucharon, dijeron: "¡Está llamando a Elías!" E inmediatamente uno de ellos tomó una esponja, la sumergió en vinagre y se lo dio a beber a Jesús. Pero los otros decían: "Déjalo solo. Veamos si Elías viene y lo salva".

Jesus gritó otra vez a gran voz, y dio su último respiro. Justo en ese momento, el velo del Templo se rasgó de arriba a abajo. La tierra tembló, las rocas se partieron, y las tumbas se abrieron. Muchos de los que habían vivido de manera justa y habían muerto, fueron levantados a la vida. Y después de la resurrección de Jesús, estos salieron de los cementerios y entraron a la ciudad santa donde muchos los vieron.

Cuando el centurión y los que estaban con él vigilando a Jesús vieron el terremoto y lo que había ocurrido, se atemorizaron y dijeron: "¡Este era realmente el Hijo de Dios!" Muchas mujeres también miraban a la distancia, las que habían seguido a Jesús desde Galilea y lo habían apoyado. Entre estas estaba María Magdalena, María la madre de Jesús, María la madre de Santiago y José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

Cuando llegó la noche, un hombre rico llamado José, de Arimatea, (quien también era discípulo de Jesús), fue donde Pilato y pidió que le entregaran el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato ordenó que se le entregara. José tomó el cuerpo y lo envolvió en un paño nuevo de lino, y lo puso en su propia tumba que estaba nueva, hecha de roca sólida. Entonces rodó una gran piedra que estaba puesta a la entrada de la tumba, y se fue. María Magdalena y la otra mujer llamada María, estaban allí sentadas al otro lado de la tumba.

Al día siguiente, después del día de la Preparación, los jefes de los sacerdotes fueron juntos a ver a Pilato. Y le dijeron: "Señor, recordamos que el impostor cuando estaba vivo dijo: 'Después de tres días me levantaré de nuevo'. Da la orden para vigilar la tumba hasta el tercer día. Así sus discípulos no pueden llegar y robar el cuerpo y decir al pueblo que él se levantó de entre los muertos, y que la decepción al final llegue a ser peor que lo que era al principio".

"Les daré una guardia de soldados", les dijo Pilato. "Ahora vayan y aseguren la tumba tanto como puedan". Entonces ellos fueron y aseguraron la tumba, sellando la entrada con una piedra y colocando soldados como guardas de ella.

Después del Sábado, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra mujer llamada María, fueron a ver la tumba. De repente, hubo un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo, rodó la piedra, y se sentó sobre ella. Su rostro resplandecía

como un relámpago, y sus ropas eran blancas como la nieve. Los guardias temblaban de miedo, y cayeron como si estuvieran muertos.

El ángel dijo a las mujeres: "¡No tengan miedo! Yo sé que ustedes buscan a Jesús, el que fue crucificado. Él no está aquí. Se ha levantado de entre los muertos, tal como dijo que lo haría. Vengan y vean donde estuvo puesto el Señor. Ahora vayan rápidamente y digan a sus discípulos que Jesús se ha levantado de entre los muertos y que va delante de ustedes hacia Galilea. ¡Les prometo que allí lo verán!"

Con miedo y a la vez muy felices, las mujeres se fueron rápidamente de la tumba, e iban corriendo para decírselo a los discípulos. De repente, Jesús llegó a su encuentro, y las saludó. Ellas se lanzaron hacia él, se aferraron a sus pies y lo adoraron. Entonces Jesús les dijo: "¡No tengan miedo! Vayan y díganle a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán".

Cuando se fueron, algunos de los guardias fueron a la ciudad y le contaron a los jefes de los sacerdotes todo lo que había ocurrido. Después que los jefes de los sacerdotes se hubieron reunido con los ancianos y hubieron elaborado un plan, sobornaron a los soldados con una gran cantidad de dinero.

"Digan así: 'Sus discípulos vinieron por la noche y robaron el cuerpo mientras dormíamos,'" dijeron a los soldados. "Y si el gobernador llega a saber de esto, nosotros hablaremos con él y ustedes no tendrán que preocuparse".

Así que los soldados tomaron el dinero e hicieron lo que les habían dicho. Esta historia se ha difundido entre el pueblo judío hasta el día de hoy.

Pero los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús les había dicho que fueran. Cuando lo vieron, lo adoraron, aunque algunos dudaban. Jesús vino donde ellos estaban y les dijo: "Se me ha entregado todo el poder del cielo y de la tierra. Así que vayan y hagan discípulos entre la gente de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Enséñenles a seguir todos los mandamientos que yo les he dado a ustedes. Recuerden, yo estoy siempre con ustedes hasta el fin del mundo".

Marcos

Evangelio según Marcos

Este es el principio de la buen noticia sobre Jesucristo, el Hijo de Dios.

Tal como escribió el profeta Isaías: "Yo enviaré a mi mensajero delante de ti para que prepare tu camino. Una voz clama en el desierto: '¡Preparen el camino del Señor! Enderecen sus sendas'".

Juan vino y bautizaba en el desierto, anunciando un bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados. Los habitantes de de Judea y de Jerusalén iban a él, confesaban públicamente sus pecados y eran bautizados en el río Jordán.

Juan usaba vestiduras hechas de pelo de camello, con un cinturón de cuero. Comía langostas y miel silvestre. Y esto era lo que predicaba: "Después de mi viene uno que es más grande que yo. Yo no soy digno de agacharme y desatar sus sandalias. Yo a ustedes los bauticé con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo".

Entonces Jesús vino de Nazaret, en Galilea, y fue bautizado por Juan en el río Jordán. Cuando Jesús salió del agua, vio que los cielos se abrieron y vio al Espíritu que descendía sobre Jesús como una paloma. Entonces una voz del cielo dijo: "Tú eres mi hijo, al que amo. Estoy muy agradado de ti".

Justo después de esto, el Espíritu lo envió al desierto, donde fue tentado por Satanás durante cuarenta días. Allí estaba con los animales salvajes y los ángeles cuidaban de él.

Más adelante, después que Juan fue arrestado, Jesús fue a Galilea, anunciando la buena noticia acerca de Dios.

"El tiempo que estaba predicho ha llegado", decía. "El reino de Dios está cerca. Arrepiéntanse y crean en la Buena Noticia".

Mientras caminaba junto al Mar de Galilea, Jesús vio a Simón y a su hermano Andrés lanzando una red al agua, pues ellos se ganaban la vida como pescadores. "Vengan y síganme", les dijo, "y yo haré que sean pescadores de personas". Entonces ellos dejaron inmediatamente a un lado sus redes y lo siguieron.

Entonces Jesús caminó un poco más y vio a Santiago y a su hermano Juan, los hijos de Zebedeo. Ellos estaban en una embarcación, arreglando sus redes. De inmediato los llamó para que lo siguieran, y ellos dejaron a su padre Zebedeo en la embarcación con los trabajadores, y siguieron a Jesús.

Partieron de allí hacia Capernaúm, y el sábado Jesús entró a la sinagoga y allí enseñaba. La gente estaba maravillada de su enseñanza, porque él hablaba con autoridad, no como los maestros religiosos.

De repente, allí en la sinagoga, un hombre con un espíritu malo comenzó a gritar. "Jesús de Nazaret, ¿por qué nos molestas?" gritaba. "¿Has venido a destruirnos? ¡Yo sé quién eres! ¡Tú eres el Santo de Dios!"

Jesús interrumpió al espíritu malo diciéndole: "¡Cállate! Sal de él".

El espíritu malo gritaba, luego hizo convulsionar al hombre y finalmente salió de él.

Todos estaban asombrados ante lo que había ocurrido. "¿Qué es esto?" se preguntaban unos a otros. "¿Qué enseñanza nueva es esta, que tiene tanta autoridad? ¡Hasta los espíritus le obedecen!" Y las noticias acerca de Jesús se esparcieron rápidamente por toda la región de Galilea.

Entonces ellos salieron de la sinagoga y se fueron a la casa de Simón y Andrés, junto con Santiago y Juan. Pero la suegra de Simón estaba enferma, acostada en la cama, y con fiebre. Entonces se lo dijeron a Jesús. Jesús fue donde ella estaba, la tomó de la mano y la ayudó a levantarse. De inmediato la fiebre se le quitó, y entonces ella les preparó una comida.

Esa tarde, después de la puesta del sol, trajeron delante de Jesús a muchos enfermos y endemoniados. Toda la ciudad se reunió afuera. Él sanaba a muchas personas que padecían diferentes enfermedades y expulsaba muchos demonios. Jesús no permitía que los demonios hablaran, porque ellos sabían quién era él.

Muy temprano en la mañana, mientras aún estaba oscuro, Jesús se levantó y se fue a solas a un lugar tranquilo para orar. Simón y los otros discípulos fueron a buscarlo. Cuando lo encontraron, le dijeron: "Todos te están buscando".

Pero Jesús respondió: "Tenemos que ir a otras ciudades cercanas para contarles la Buena Noticia a ellos también, pues por eso vine", les dijo.

Así que Jesús se fue por toda Galilea, hablando en las sinagogas y expulsando demonios.

Entonces un leproso vino a él pidiéndole ayuda. El hombre se arrodilló delante de Jesús y le dijo: "¡Por favor, si quieres, puedes sanarme!" Jesús se extendió hacia él con compasión y lo tocó, y le dijo: "Quiero. ¡Queda sano!"

Entonces la lepra se fue por completo de su cuerpo, y quedó sano. Jesús lo envió de regreso con una advertencia muy importante: "Asegúrate de no decirle a nadie acerca de esto", le dijo. "Ve donde el sacerdote y preséntate delante de él. Da la ofrenda que exige la ley de Moisés por tal limpieza, para que el pueblo tenga una prueba de ello".

Pero el hombre que había sido sanado se fue y le contó a todos lo que había ocurrido. Como resultado de ello, Jesús ya no podía ir más a las ciudades abiertamente, sino que tenía que quedarse en el campo, donde las personas venían a buscarlo desde todas partes.

Pocos días después, Jesús regresó a su casa en Capernaúm y se difundió la noticia de que él estaba allí. Mucha gente se amontonó dentro de la casa, tanto que se llenó y la multitud llegaba hasta fuera de la puerta. Jesús les hablaba de la buena noticia. Cuatro hombres habían traído a un hombre que estaba paralítico, pero no pudieron acercarse a Jesús por la multitud que estaba allí. Así que subieron al techo y lo abrieron. Después que hicieron una abertura sobre el sitio donde estaba Jesús, bajaron la camilla con el hombre paralítico sobre ella.

Cuando Jesús vio la fe que tuvieron estos hombres, le dijo al hombre paralítico: "Amigo, tus pecados están perdonados".

Entonces algunos de los maestros religiosos que estaban sentados allí dijeron para sí: "¿Por qué habla

él de esta manera? ¡Está blasfemando! ¿Quién puede perdonar pecados? ¡Solo Dios puede hacer eso!"

Pero Jesús supo inmediatamente lo que ellos estaban pensando. Entonces les dijo: "¿Por qué piensan así? ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico 'tus pecados están perdonados,' o 'levántate, toma tu camilla y camina'? Pero para que se convenzan de que el Hijo del hombre tiene autoridad para perdonar pecados, yo te digo (dirigiéndose al paralítico), 'Levántate, recoge tu camilla y vete a casa'".

Entonces el paralítico se levantó, recogió su camilla y caminó frente a todos los que estaban allí. Y todos estaban asombrados, y alababan a Dios, diciendo: "¡Nunca hemos visto algo así!"

Luego Jesús salió y se ubicó junto al mar una vez más y le enseñaba a las multitudes que venían a él. Mientras caminaba, vio a Leví, el hijo de Alfeo, sentado en la mesa de los recaudadores de impuestos.

"Sígueme", le dijo Jesús. Entonces Leví se levantó y siguió a Jesús.

Esa noche Jesús cenó en la casa de Leví. Muchos recaudadores de impuestos y "pecadores" se unieron a Jesús y sus discípulos para la cena, porque muchos de ellos lo seguían.

Cuando los líderes religiosos de los fariseos vieron a Jesús comiendo con tales personas, le preguntaron a los discípulos de Jesús: "¿Por qué Jesús come con los recaudadores de impuestos y pecadores?"

Cuando Jesús escuchó esto, les dijo: "No son las personas sanas las que necesitan de un médico, sino las que están enfermas. No he venido a invitar a los que hacen lo correcto, sino a quienes no lo hacen, a los pecadores".

Aconteció que los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando. Algunos de ellos vinieron donde Jesús estaba y le preguntaron: "¿Por qué los discípulos de Juan y los fariseos ayunan, pero tus discípulos no lo hacen?"

"¿Acaso los invitados a una fiesta de bodas ayunan mientras el novio está con ellos?" preguntó Jesús. "No. Mientras el novio está con ellos, ellos no pueden ayunar. Pero viene el día en que el novio será arrebatado de en medio de ellos, y entonces ellos ayunarán. Nadie coloca un parche nuevo en ropas viejas. De lo contrario el parche nuevo se encogería y se despegaría de la ropa vieja y la rasgadura sería peor. Nadie echa vino nuevo en odres viejos. De ser así, el vino rompería los odres y se dañaría tanto el vino como los odres. No. La gente echa el vino nuevo en odres nuevos".

Sucedió que un día sábado, mientras Jesús caminaba por los campos de trigo, sus discípulos comenzaron a recoger espigas por el camino. Los fariseos le preguntaron entonces a Jesús: "Mira, ¿por qué ellos están haciendo algo que no está permitido hacer en sábado?"

"¿Acaso ustedes no han leído lo que hizo David cuando él y sus hombres tuvieron hambre?" les preguntó Jesús. "Él entró a la casa de Dios cuando Abiatar era el sumo sacerdote, y comió del pan de la consagración, del cual no podía comer nadie, excepto los sacerdotes, y lo dio a comer a sus hombres también".

"El sábado fue hecho para beneficio de ustedes, y no ustedes para beneficio del sábado", les dijo. "Así que el Hijo del hombre es Señor incluso del sábado".

Una vez más Jesús fue a la sinagoga. Allí estaba un hombre que tenía una mano lisiada. Algunos de los que estaban allí estaban observando si Jesús lo sanaría en sábado, pues estaban buscando un motivo para acusarlo de quebrantar la ley. Jesús le dijo al hombre con la mano lisiada: "Ven y párate aquí frente a todos".

"¿Es lícito hacer el bien en sábado, o hacer el mal? ¿Debemos salvar vidas o matar?" les preguntó. Pero ellos no dijeron ni una palabra.

Jesús los miró con enojo, muy molesto por la dureza de sus corazones. Entonces le dijo al hombre: "Extiende tu mano". Y el hombre extendió su mano, y le fue sanada. Los fariseos salieron, e inmediatamente comenzaron a conspirar con los aliados de Herodes sobre cómo podían matar a Jesús.

Mientras tanto, Jesús regresó al Mar, y una gran multitud lo seguía. Había gente de Galilea, de Judea, de Idumea, de Transjordania, y de las regiones de Tiro y Sidón. Muchas personas venían a verlo porque habían escuchado todo lo que él hacía.

Jesús les dijo a sus discípulos que tuvieran una embarcación pequeña en caso de que la multitud comenzara a aglomerarse sobre él, porque había sanado a tantas personas que todos los enfermos seguían tratando de amontonarse y empujarse para poder tocarlo. Cada vez que los espíritus malos lo veian, caían frente a él y comenzaban a gritar: "¡Tú eres el Hijo de Dios!" Pero Jesús les ordenaba que no revelasen quién era él.

Entonces Jesús se fue al monte. Llamó a los que quería que lo acompañaran, y ellos fueron con él. Eligió a doce para que estuvieran con él, y los llamó apóstoles. Ellos estarían con él, y él los enviaría a anunciar la buena noticia, dándoles autoridad para expulsar demonios. Estos son los doce que él escogió: Simón (a quien llamó Pedro), Santiago, hijo de Zebedeo y su hermano Juan (a quienes llamó Boanerges, que quiere decir "hijos del trueno"), Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el revolucionario, y Judas Iscariote (quien lo entregó).

Jesús se fue a casa, pero la gran multitud se volvió a reunir y él y sus discípulos ni siquiera tenían tiempo para comer. Cuando la familia de Jesús escuchó acerca de esto, fueron a buscarlo para llevárselo, porque decían: "¡se ha vuelto loco!" Pero los líderes religiosos de Jerusalén, decían: "¡Él está poseído por Belcebú! ¡Es en nombre del príncipe de los demonios que los expulsa!"

Pero Jesús los llamó para que se acercaran a él. Y a través de ilustraciones les preguntó: "¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? Un reino que pelea contra sí mismo no puede mantenerse. Una casa dividida está destinada a la destrucción. Si Satanás está dividido y pelea contra sí mismo, no durará y pronto llegará a su fin. Sin duda, si alguien entra a robar a la casa de un hombre fuerte y trata de llevarse sus pertenencias, no lo logrará a menos que ate al hombre fuerte primero".

"Les digo la verdad: los pecados y las blasfemias pueden ser perdonados, pero si alguno blasfema rechazando al Espíritu Santo, no podrá ser perdonado, porque es culpable de un pecado eterno". (Jesús dijo esto porque ellos decían: "Él tiene un espíritu maligno").

Entonces la madre de Jesús y sus hermanos llegaron. Lo esperaron afuera y mandaron a alguien para que le pidiera que saliera. La multitud que estaba sen-

tada afuera le dijo: “Tu madre y tus hermanos están allá afuera preguntando por ti”.

“¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos?” respondió él. Y mirando alrededor a todos los que estaban sentados, les dijo: “¡Aquí está mi madre! ¡Aquí están mis hermanos! Todo aquél que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”.

Jesús comenzó a enseñar junto al mar una vez más. Vinieron tantas personas a escucharlo que tuvo que montarse en una barca y se sentó en ella, mientras esta flotaba en el agua, y la multitud lo oía desde la orilla. Desde allí ilustraba sus enseñanzas por medio de relatos.

“Escuchen”, les dijo. “Un sembrador salió a sembrar. Sucedió que cuando estaba esparciendo las semillas, algunas cayeron en el camino, y las aves vinieron y se las comieron. Otras semillas cayeron en terreno rocoso donde no había mucha tierra. En ese suelo sin profundidad las plantas comenzaron a crecer con rapidez, pero como el suelo no era suficientemente profundo, se quemaron apenas salió el sol. Y como no tenían raíces profundas, pronto se marchitaron. Otras semillas cayeron entre espinos. Estos crecieron y ahogaron las semillas que germinaban, así que no dieron fruto. Otras semillas cayeron en buen suelo y allí germinaron y crecieron. Produjeron cosecha treinta, sesenta, y algunas hasta cien veces lo que había sido sembrado. Si tienen oídos para oír, oigan lo que les digo”.

Estando a solas con Jesús, sus doce discípulos y otras personas que estaban con él le preguntaron lo que significaban tales ilustraciones.

Entonces les dijo: “El misterio del reino de Dios ha sido entregado a ustedes para que entiendan. Pero los incrédulos solo escuchan las historias, de modo que aunque pueden ver, en realidad no ‘ven,’ y aunque pueden oír, no entienden, de lo contrario podrían convertirse y ser perdonados”.

“¿No entienden este relato?” les preguntó Jesús. “Si no pueden entenderlo, ¿cómo podrán entender todos los demás?”

“El sembrador siembra la palabra. Las semillas en el camino donde se siembra la palabra representan a aquellos que escuchan el mensaje, pero inmediatamente Satanás llega y se lleva la palabra que ha sido sembrada en ellos. De la misma manera, las semillas en el suelo rocoso representan a los que oyen la palabra y la aceptan inmediatamente con felicidad. Pero como no tienen raíces profundas, solo permanecen por un tiempo, hasta que llega la persecución, y pronto se apartan. Aquellas semillas sembradas entre los espinos representan a quienes oyen la palabra, pero las preocupaciones de este mundo, la tentación por las riquezas, y otras distracciones ahogan el crecimiento de la palabra, y se vuelve infructuosa. Pero las semillas que fueron sembradas en el buen suelo representan a aquellos que escuchan la palabra, la aceptan, y produce fruto, produciendo treinta, sesenta y hasta cien veces más lo que originalmente se sembró.

“¿Quién pone una lámpara debajo de un balde, o bajo la cama?” les preguntó Jesús. “No, una lámpara se coloca sobre un candelabro. Todo lo que está oculto, será revelado, y todo lo que está en secreto, saldrá a la luz. Si tienen oídos para oír, oigan lo que les digo. Presten atención a lo que están oyendo”, les dijo, “pues se les dará en la medida que ustedes quieran recibir, medida por medida. Se le dará más a los que ya tienen entendimiento, pero los que no quieren saber, el poco entendimiento que tengan se les quitará.

“El reino de Dios es como un hombre que siembra las semillas en el suelo”, dijo Jesús. “Este hombre va a dormir y se levanta cada día, pero no sabe cómo germinarán y crecerán las semillas. La tierra produce la cosecha por sí sola. Primero aparece un brote, luego se ve el grano, luego el grano maduro. Cuando el grano está maduro, el granjero lo siega con una hoz, pues la cosecha está lista.

“¿Con qué podríamos comparar el reino de Dios? ¿Qué ilustración podríamos usar?” preguntó. “Es como una semilla de mostaza, la más pequeña de todas las semillas. Pero cuando se siembra, crece y se convierte en un árbol que es más grande que las demás plantas. Y tiene ramas tan grandes que las aves pueden posarse bajo su sombra”.

Jesús usaba muchos de estos relatos ilustrados cuando hablaba a la gente a fin de que pudieran entender cuanto fuera posible. De hecho, cuando hablaba públicamente solo usaba relatos, pero en privado él les explicaba todas las cosas a sus discípulos.

Ese mismo día por la noche, él les dijo a sus discípulos: “Vayamos y crucemos hasta el otro lado del Mar”. Y abandonando la multitud, los discípulos se subieron con Jesús en una barca. Y otras embarcaciones iban con ellos. De pronto, comenzó a soplar una fuerte tormenta, y las olas chocaban contra la barca, llenándola de agua. Jesús estaba dormido en la parte trasera de la barca, con su cabeza recostada sobre un almohadón. Entonces los discípulos lo despertaron, gritándole: “¡Maestro! ¿No te preocupa que estamos a punto de ahogarnos?”

Jesús se despertó. Entonces le dijo al viento que se calmara y a las olas les dijo: “¡Cállense! Estén quietas”. Entonces el viento se calmó y el agua se quedó completamente tranquila. “¿Por qué están tan asustados? ¿No han aprendido a confiar en mí?” les preguntó.

Ellos estaban aturdidos y aterrorizados. Se preguntaban unos a otros, “¿Quién es este? ¡Hasta el viento y las olas le obedecen!”

Entonces llegaron al otro lado del lago, a la región de los Gadarenos. Cuando Jesús bajó de la barca, un hombre con un espíritu maligno salió del cementerio a su encuentro. Este hombre vivía entre las tumbas, y ya era imposible hacerle más ataduras, incluso con una cadena. A menudo había sido atado con cadenas y grilletes, pero fácilmente rompía las cadenas y hacía pedazos los grilletes. Nadie tenía la fuerza suficiente para dominarlo. Siempre estaba gritando, día y noche, entre las tumbas y en las colinas cercanas, cortándose con piedras filosas.

Al ver a Jesús desde la distancia, corrió y se arrodilló frente a él. Y con voz alta gritó: “¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús, hijo del Dios Todopoderoso? ¡Jura por Dios que no me torturarás!” Pues Jesús ya le había dicho al espíritu maligno que saliera del hombre.

Entonces Jesús le preguntó: “¿Cuál es tu nombre?”

“Mi nombre es Legión, ¡porque somos muchos!” le respondió. Además le imploraba a Jesús repetidas veces que no los enviara lejos.

Un gran rebaño de cerdos se alimentaba en la ladera que estaba cerca. Entonces los espíritus malignos le imploraron: "Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos". Y Jesús permitió que lo hicieran. Entonces los espíritus malignos salieron de aquél hombre y se fueron hacia el lugar donde estaban los cerdos. Y todo el rebaño, cerca de dos mil cerdos, salió corriendo cuesta abajo por un precipicio hacia el mar y se ahogaron. Los hombres que cuidaban el rebaño de cerdos salieron corriendo, y difundieron la noticia por toda la ciudad y en el pueblo. La gente vino a ver lo que había pasado. Cuando encontraron a Jesús, vieron al hombre endemoniado sentado allí, vestido, y en su sano juicio—y se asustaron. Los que habían visto lo que había ocurrido con el hombre poseído por el demonio y con los cerdos lo contaron a los demás. Comenzaron a suplicarle a Jesús que se fuera de su región. Cuando Jesús subió a la barca, el hombre que había estado poseído por el demonio le rogó que lo dejara ir con él. Pero Jesús no aceptó, y le dijo: "Ve a tu casa, a tu propio pueblo, y cuéntales todo lo que el Señor ha hecho por ti y cuán misericordioso ha sido contigo".

Así que el hombre siguió su propio camino y comenzó a contarle a la gente de las Diez Ciudades todo lo que Jesús había hecho por él, y todos estaban asombrados.

Jesús regresó nuevamente en la barca al otro lado del lago donde había una gran multitud reunida a su alrededor en la orilla. Un líder, llamado Jairo, de una de las sinagogas vino donde él estaba. Cuando vio a Jesús, cayó a sus pies y le suplicó diciendo: "Mi hijita está a punto de morir. Por favor, ven y coloca tus manos sobre ella para que sea sanada y viva".

Entonces Jesús fue con él. Todos lo seguían, al tiempo que lo empujaban y se arrimaban sobre él. Allí había una mujer que había estado enferma por causa de un sangrado durante doce años. Había sufrido mucho bajo el cuidado de muchos médicos, y había gastado todo lo que tenía. Pero nada había sido útil; de hecho, había empeorado. Ella había escuchado sobre Jesús, así que se levantó para ir tras él, en medio de la multitud y tocó su manto. Pues ella pensaba dentro de sí: "Si tan solo logro tocar su manto, seré sanada".

El sangrado se detuvo de inmediato, y ella sintió que su cuerpo quedó sano de su enfermedad. Jesús, al percibir que de él había salido poder, se dio la vuelta en medio de la multitud y preguntó, "¿quién tocó mi manto?"

"Mira la multitud que te empuja. ¿Qué quieres decir con eso de 'quién me tocó?'" respondieron los discípulos.

Pero Jesús seguía mirando la multitud a su alrededor para ver quién lo había hecho. Entonces la mujer, al comprender lo que le había sucedido, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad.

"Hija mía, tu fe en mí te ha sanado. Vete en paz. Has sido completamente sanada de tu enfermedad", le dijo Jesús.

Mientras aún hablaba, algunas personas vinieron de la casa del líder de la sinagoga. "Tu hija murió", le dijeron. "Ya no necesitas molestar más al Maestro".

Pero Jesús no prestó atención a lo que ellos dijeron. Entonces le dijo al líder de la Sinagoga: "No temas, confía en mí". Él no dejó que ninguno fuera con él, excepto Pedro, Santiago, y Juan, que era el hermano de Santiago.

Cuando llegaron a la casa del líder de la sinagoga, Jesús vio toda la conmoción de las personas que lloraban y gemían. Jesús entró y les preguntó: "¿Por qué están haciendo tanto alboroto con tanto llanto? La niña no está muerta, ella solamente está durmiendo". Entonces todos se rieron de él con menosprecio.

Jesús mandó a todos salir. Entonces entró a la habitación donde estabala niña, llevando consigo al padre y a la madre de la niña y a tres discípulos. Luego sostuvo la mano de la niña y dijo: "Talitha koum", que quiere decir: "Pequeña niña, ¡levántate!"

La niña, que tenía doce años, se levantó de inmediato y comenzó a caminar. Todos estaban completamente asombrados de lo que había ocurrido. Entonces él les dio orden estricta de no contárselo a nadie, y les dijo que le dieran algo de comer a la niña.

Jesús se fue de allí y se dirigió a Nazaret con sus discípulos. El sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga, y muchos de los que estaban allí escuchando estaban sorprendidos.

"¿De dónde saca tales ideas?" Preguntaban. "¿De dónde recibe tal sabiduría? ¿De dónde saca el poder para hacer milagros? ¿Acaso no es este el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago, José, Judas y Simón? ¿No viven sus hermanas entre nosotros?" Entonces se sintieron ofendidos y lo rechazaron.

"Un profeta es tratado con respeto excepto en su propia ciudad, entre sus familiares, y en su propia familia", les dijo Jesús. Por ello, Jesús no pudo hacer milagros allí, sino apenas sanar a algunas personas enfermas. Y estaba sorprendido por su falta de fe.

Jesús viajaba por las ciudades cercanas, enseñando a su paso. Reunió a los doce discípulos y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus malignos. Les dijo que no llevaran nada con ellos, excepto un bastón. No llevarían pan, ni bolsas, ni dinero en sus cinturones. Podían usar sandalias, pero no debían llevar ropa adicional.

"Cuando sean invitados a una casa, quédense allí hasta marcharse", les dijo. "Si no son bien recibidos ni escuchados, entonces sacudan el polvo de sus pies al salir como señal de que han desistido de ellos". Así que los discípulos iban por todos lados llamando a las personas al arrepentimiento. Expulsaron muchos demonios, y sanaron a muchos que estaban enfermos, ungiéndolos con aceite.

El Rey Herodes llegó a escuchar sobre Jesús desde que se había vuelto reconocido. Algunos decían: "Este es Juan el Bautista que ha resucitado de entre los muertos. Por eso tiene tales poderes milagrosos". Otros decían: "Es Elías". Y otros también decían: "Es un profeta, como los profetas del pasado".

Pero cuando Herodes escuchó esto, dijo: "¡Es Juan, el que yo decapité! ¡Ha regresado de entre los muertos!" Pues Herodes había dado órdenes de arrestar y encarcelar a Juan por causa de Herodías, la esposa de su hermano Felipe, con la cual él se había casado. Juan le había dicho a Herodes: "Es contra la ley casarte con la esposa de tu hermano". De modo que Herodías tenía resentimiento contra Juan y quería que lo mataran.

Pero ella no era capaz de mandar a hacerlo porque Herodes sabía que Juan era un hombre santo que hacía lo recto. Herodes protegía a Juan y, aunque lo que Juan le decía lo inquietaba, aun así Herodes se complacía en escuchar lo que él decía.

Herodías tuvo su oportunidad en ocasión del cumpleaños de Herodes. Él ofreció un banquete para los nobles, los oficiales militares y líderes importantes de Galilea. Entonces la hija de Herodías llegó y comenzó a danzar para ellos. Herodes y los que estaban comiendo con él estaban deleitados por su presentación, así que le dijo a la niña: "Pídeme lo que quieras, y te lo daré". Y confirmó su promesa con un juramento, "Te daré hasta la mitad de mi reino".

Ella salió y le preguntó a su madre: "¿Qué debo pedir?"

"La cabeza de Juan el Bautista", respondió ella.

La joven se apresuró para regresar y le dijo al rey: "Quiero que me des ahora la cabeza de Juan el Bautista en un plato".

El rey estaba muy descontento por esto, pero como había hecho juramento frente a sus invitados, no quiso negarse a lo que ella pidió. Así que inmediatamente envió a un verdugo para que le trajera la cabeza de Juan. Después de decapitarlo en la prisión, el verdugo trajo la cabeza de Juan en un plato y se lo entregó a la niña, y ella se lo entregó a su madre. Cuando los discípulos de Jesús oyeron lo que había ocurrido, vinieron y tomaron su cuerpo y lo colocaron en una tumba.

Los apóstoles regresaron y se reunieron alrededor de Jesús. Le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado.

"Vengan conmigo, solo ustedes. Iremos a un lugar tranquilo, y descansaremos un poco", les dijo Jesús, pues surgían tantas cosas por todas partes que ni siquiera tenían tiempo de comer. Así que se fueron en una barca a un lugar tranquilo para estar a solas.

Pero la gente los vio partir y los reconocieron. Así que las personas de todas las ciudades vecinas se apresuraron para seguirlos. Cuando Jesús descendió de la barca, vio una gran multitud, y entonces sintió compasión de ellos, porque estaban como ovejas sin pastor. Así que comenzó a enseñarles sobre muchas cosas.

Ya se hacía tarde ese día y los discípulos de Jesús vinieron donde él estaba. Y le dijeron: "Estamos a millas de distancia y es muy tarde. Deberías decirles a las personas que se vayan y compren alimentos en las aldeas y pueblos cercanos".

Pero Jesús respondió: "Denles ustedes de comer".

"¿Qué? Necesitaríamos más de seis meses de salario para comprar pan para alimentar a todas estas personas", respondieron los discípulos.

"Bueno, ¿cuánto pan tienen allí?" preguntó Jesús. "Vayan y vean".

Entonces ellos fueron y revisaron, y le dijeron: "Cinco panes, y un par de peces".

Jesús ordenó a todos que se sentaran en grupos sobre la hierba verde. Ellos se sentaron en grupos de cien y de cincuenta. Entonces Jesús tomó los cinco panes y los dos peces. Mirando al cielo bendijo el alimento y partió el pan en pedazos. Entonces lo entregó a los discípulos para que lo repartieran entre las personas, y dividió los peces entre todos ellos. Todos comieron hasta que quedaron saciados. Entonces recogieron las sobras de los panes y los peces: doce canastas. Un total de cinco mil hombres además de sus familias, comieron de esa comida.

Inmediatamente después de esto, Jesús dio órdenes a sus discípulos de regresar a la barca. Irían a Betsaida, al otro lado del lago, mientras él despedía a las personas para que se fueran. Cuando terminó de despedirse, subió a las montañas para orar.

Ya tarde en la noche la barca estaba en medio del lago, mientras Jesús aún estaba a solas en tierra. Pudo ver que estaban a merced del mar mientras remaban, pues el viento soplaba contra ellos. En las primeras horas de la mañana, Jesús se acercó a ellos, caminando sobre el agua. Ya los iba a alcanzar, pero cuando lo vieron caminando sobre el agua, los discípulos pensaron que era un fantasma. Entonces gritaron porque todos podían verlo y estaban completamente horrorizados.

Inmediatamente Jesús les dijo: "No se preocupen, soy yo. ¡No tengan miedo!" Entonces se dirigió hacia ellos y subió a la barca, y el viento se detuvo. Todos estaban sorprendidos, pues no habían entendido el significado del milagro de la alimentación de la multitud a causa de su terquedad y por la dureza de sus corazones.

Tras haber cruzado el Mar, llegaron a Genezaret y allí anclaron la barca. Mientras subían, la gente enseguida reconoció a Jesús. Y corrían por todas partes en la región para traer los enfermos en sus camillas hasta el lugar donde Jesús estaba. Dondequiera que él iba, en las aldeas, en las ciudades o en los campos, la gente ponía a los enfermos en las plazas del mercado y le rogaban a Jesús que permitiera que los enfermos tocaran aunque fuera la punta de sus vestiduras. Y todos los que lo tocaban quedaban sanos.

Los fariseos y líderes religiosos que habían descendido desde Jerusalén para conocer a Jesús se dieron cuenta de que algunos de sus discípulos comían con las manos "impuras" (es decir, sin lavárselas). (Los fariseos y los judíos no comen sin lavarse las manos previamente, siguiendo la tradición de sus ancestros. De la misma manera, no comen cuando regresan del mercado hasta que no se hayan lavado. Observan muchos otros rituales, como lavar las tazas, las ollas y los recipientes).

Entonces los fariseos y los líderes religiosos le preguntaron a Jesús: "¿Por qué tus discípulos no siguen la tradición de nuestros ancestros? Pues ellos comen los alimentos con las manos impuras".

Jesús respondió: "Isaías tenía la razón sobre ustedes, pueblo hipócrita, cuando dijo: 'Este pueblo dice que me honra, pero sus mentes están lejos de mí. Su adoración no tiene sentido, pues lo que enseñan como doctrinas son solamente normas humanas'. Ustedes ignoran la ley de Dios, y por el contrario observan con mucho cuidado las tradiciones humanas", les dijo.

"¡Con cuanta astucia ustedes han dejado a un lado la ley de Dios para poder fundamentar sus tradiciones! Moisés dijo: 'Honra a tu padre y a tu madre;' y también dijo: 'Cualquiera que maldice a su padre o a su madre, debe morir'. Pero ustedes dicen 'está bien si alguien dice a su padre y a su madre, Todo lo que recibían de mí ahora es *Corbán*', (es decir, dedicado a Dios), y entonces ustedes no permiten que ellos hagan nada más en favor de su padre o su madre. Y por medio de esta tradición que ustedes han transmitido, anulan e invalidan la pa-

labra de Dios. Y ustedes hacen muchas otras cosas como estas".

Una vez más Jesús llamó a la multitud para que vinieran donde él estaba y les dijo: "Por favor, escúchenme todos y entiendan. No es lo que está afuera y entra por su boca lo que los hace impuros. Es lo que sale de ella lo que los hace impuros".

Entonces Jesús entró para alejarse de la multitud, y sus discípulos le preguntaron sobre esta ilustración.

"¿Ustedes tampoco lo entienden?" les preguntó. "¿No ven que lo que ustedes comen no es lo que los vuelve impuros? Lo que comen no entra en sus mentes, sino en sus estómagos, y luego sale del cuerpo. Así que todos los alimentos están ceremonialmente 'limpios'.

"Lo que sale de ustedes es lo que los hace impuros. Es desde adentro, desde la mente de las personas, que salen los malos pensamientos: la inmoralidad sexual, los robos, los asesinatos, el adulterio, la glotonería, la malicia, el engaño, la indecencia, la envidia, la calumnia, el orgullo y la inconsciencia. Todos estos males vienen desde adentro y contaminan a las personas".

Entonces Jesús se marchó de allí hacia la región de Tiro. No quería que nadie supiera que estaba quedándose allí en una casa, pero no pudo mantenerlo en secreto. Tan pronto como una mujer, cuya hija tenía un espíritu maligno, escuchó acerca de él, vino y se postró a sus pies. La mujer era griega, nacida en Sirofenicia. Ella le rogó a Jesús que sacara ese demonio de su hija.

"Deja que los hijos coman primero hasta que estén satisfechos", respondió Jesús. "No está bien tomar el alimento de los hijos para tirárselo a los perros".

"Eso es cierto, Señor", dijo ella, "pero aún los perros que están debajo de la mesa comen de las migajas que los hijos dejan".

Entonces Jesús le dijo: "Por tal respuesta que has dado, puedes irte. El demonio ha salido de tu hija". Y ella se fue a casa y encontró a la niña acostada en la cama, y el demonio se había ido.

Al salir de la región de Tiro, Jesús pasó por Sidón y luego por el Mar de Galilea y por el territorio de las Diez Ciudades. Allí le trajeron a un hombre sordo que tampoco podía hablar bien. Ellos le pidieron a Jesús que tocara al hombre con su mano y lo sanara. Y después de llevarlo aparte, lejos de la multitud, Jesús puso sus dedos en los oídos del hombre sordo. Entonces tocó la lengua del hombre con saliva. Luego miró al cielo, y con un suspiro dijo: "Efata", que quiere decir, "¡ábrete!" Y los oídos del hombre se abrieron, y ya no tenía impedimento para hablar, y comenzó a hablar con claridad. Entonces Jesús dio órdenes estrictas de no contarlo a nadie, pero cuanto más él decía esto, tanto más la gente difundía la noticia. La gente estaba completamente asombrada y decían: "Todo lo que él hace es maravilloso. Incluso hace que los sordos oigan y que los mudos puedan hablar".

En esos días se reunió otra gran multitud y de nuevo no tenían nada para comer. Entonces Jesús reunió a los discípulos y les dijo: "Siento gran pesar por ellos, pues ya han estado aquí conmigo por tres días y no tienen nada que comer. Si los despido sin comer, se desmayarán en el camino. Y algunos han venido desde muy lejos".

"¿Dónde podría alguien encontrar suficiente pan para alimentarlos aquí, en este desierto?" respondieron sus discípulos.

"¿Cuántos panes tienen?" preguntó Jesús.

"Siete", respondieron ellos.

Entonces le pidió a la multitud que se sentara en el suelo. Luego tomó los siete panes y dio las gracias por él. Partió el pan y entregó los trozos de pan a sus discípulos para que los dieran a la multitud. También tenían un pescado, así que después de bendecirlo, dijo: "Tomen estos y compártanlos también".

Y comieron hasta que quedaron saciados, y luego recogieron siete canastas con lo que había sobrado. Había allí cuatro mil personas. Y después de despedirlos, Jesús subió a una barca con sus discípulos y se dirigió a la región de Dalmanuta.

Los fariseos llegaron y comenzaron a discutir con él, queriendo que les mostrara alguna señal milagrosa del cielo, tratando así de probarlo. Entonces Jesús suspiró profundamente y preguntó: "¿Por qué la gente quiere una señal? Les digo la verdad: No les daré una señal".

Entonces los dejó allí, subió a la barca, y volvió a cruzar el lago. Pero los discípulos habían olvidado llevar pan. Lo único que tenían en la barca era un solo pan.

"¡Estén alerta y cuídense de la levadura de los fariseos y de Herodes!" les advirtió.

"Él lo dice porque no trajimos pan", concluyeron ellos.

Pero Jesús sabía lo que ellos estaban diciendo y dijo: "¿Por qué están hablando acerca del pan que no trajeron? ¿Aún no están pensando ni están entendiendo? ¿Han cerrado sus mentes? ¿Acaso no tienen ojos para ver y oídos para oír? ¿No recuerdan que repartí cinco panes entre cinco mil personas? ¿Cuántas canastas sobrantes recogieron?"

"Doce", respondieron ellos

"Y los siete panes que se repartieron entre cuatro mil. ¿Cuántas canastas sobrantes recogieron ustedes?"

"Siete", respondieron.

"¿Aún no entienden?" les preguntó.

Entonces partieron hacia Betsaida, donde unas personas trajeron a un hombre ciego ante Jesús. Ellos le rogaban a Jesús que lo tocara y lo sanara. Entonces Jesús tomó al hombre ciego por la mano y lo llevó fuera de la aldea. Luego escupió en los ojos del hombre y lo tocó con sus manos.

Entonces Jesús le preguntó: "¿Puedes ver?"

El hombre miró a su alrededor, y dijo: "Puedo ver a la gente, pero lucen como árboles que caminan". Entonces Jesús tocó una vez más los ojos del hombre, y pudo ver claramente. Había sido curado y su vista estaba clara. Entonces Jesús envió al hombre a su casa, y le dijo: "No pases de regreso por la aldea".

Jesús y sus discípulos se marcharon para ir a las aldeas de Cesarea de Filipo. Y cuando iban de camino, le preguntó a sus discípulos: "¿Quién dice la gente que soy?"

"Algunos dicen que eres Juan el Bautista, otros dicen que eres Elías, y otros dicen que eres uno de los profetas", respondieron ellos.

"¿Pero quién dicen ustedes que soy yo?" les preguntó.

"¡Tú eres el Mesías!" respondió Pedro.

Jesús les advirtió acerca de no contarle a nadie sobre él.

Entonces comenzó a explicarles que el Hijo del hombre sufriría muchas cosas y sería rechazado por los ancianos, por los sumos sacerdotes, y por los maestros religiosos. Sería llevado a la muerte, pero tres días después se levantaría de nuevo. Jesús les explicaba esto de manera muy clara. Pero Pedro lo llevó aparte y comenzó a amonestarlo por decir tales cosas.

Entonces Jesús se dio vuelta y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro. "Apártate de mí, Satanás", dijo. "No estás pensando como Dios piensa, sino como piensan los humanos".

Jesús entonces llamó a la multitud y a sus discípulos para que se acercaran a él, y les dijo: "Si alguno quiere seguirme, debe renunciar a sí mismo, cargar su cruz y entonces seguirme. Si alguno quiere salvar su vida, la perderá, pero si alguno pierde su vida por mi causa y por causa de la Buena Noticia, la salvará.

"¿De qué le servirá a alguien ganar todo en el mundo, y perder su vida? ¿Qué darían ustedes a cambio de su vida? Si ustedes sienten vergüenza de reconocerme a mí y lo que yo digo entre este pueblo infiel y pecaminoso, entonces el Hijo del hombre se avergonzará de ustedes cuando venga con la gloria de su Padre, con los santos ángeles".

Jesús les dijo: "Les digo la verdad: algunos de los que están aquí no morirán antes de que vean venir al reino de Dios con poder".

Seis días más tarde, Jesús llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan, y los condujo a lo alto de una montaña para estar allí a solas. Su apariencia cambió por completo. Su ropa brillaba de lo blanca que era, más blanca que lo que cualquier persona sobre la tierra pudiera emblanquecer. Entonces Elías y Moisés se aparecieron frente a ellos tambiény hablaban con Jesús.

Pedro alzó la voz y dijo: "¡Rabí, para nosotros es maravilloso estar aquí! Deberíamos preparar tres albergues. Cada uno de nosotros haría uno: para ti, para Moisés y para Elías". (¡En realidad, él no sabía qué decir porque los tres discípulos estaban muy asustados!)

Entonces una nube los cubrió, y de la nube salió una voz que decía: "Este es mi Hijo, al que amo. Escúchenlo".

De repente, mientras los discípulos miraban, ya no había nadie. Solo Jesús estaba con ellos.

Mientras descendían de la montaña, Jesús les dio instrucciones de no contarle a nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre se hubiese levantado de entre los muertos. Ellos guardaron esto para sí, pero discutían sobre qué significaba eso de levantarse de entre los muertos.

"¿Por qué los maestros religiosos afirman que Elías tiene que venir primero?" le preguntaron.

"Es cierto que Elías viene primero para prepararlo todo", respondió Jesús. "Pero, ¿por qué, entonces, dicen las Escrituras que el Hijo del hombre tiene que sufrir mucho y ser tratado con deprecio? Sin embargo, les digo que Elías vino, y ellos lo maltrataron de todas las formas que quisieron, tal como las Escrituras dicen que lo harían".

Cuando regresaron donde estaban los demás discípulos, vieron que estaban rodeados de una gran multitud y había allí algunos maestros religiosos discutiendo con ellos. Pero tan pronto como la multitud vio a Jesús, se asombraron, y corrieron a recibirlo.

"¿Sobre qué están discutiendo ustedes con ellos?" les preguntó Jesús.

Una de las personas de la multitud respondió: "Maestro, te traje a mi hijo. Él tiene un espíritu malo que no lo deja hablar. Cada vez que lo ataca, lo tira al suelo, y lo hace botar espuma por la boca, cruje sus dientes y su cuerpo se pone rígido. Le pedí a tus discípulos que sacaran este demonio de él, pero ellos no pudieron hacerlo".

"¡Pueblo incrédulo!" respondió Jesús. "¿Por cuánto tiempo debo permanecer aquí con ustedes? ¿Por cuánto tiempo tengo que soportarlos? ¡Tráiganmelo aquí!"

Así que ellos lo trajeron donde Jesús. Cuando el espíritu malo vio a Jesús, de inmediato le produjo convulsiones al joven y lo lanzó al suelo, donde este comenzó a rodar de un lado al otro y a botar espuma por la boca.

"¿Por cuánto tiempo ha tenido esto?" le preguntó Jesús al padre del joven.

"Desde que era pequeño", respondió el padre. "A menudo lo lanza al fuego para quemarlo y matarlo, o lo lanza al agua para ahogarlo. Por favor, ten misericordia de nosotros y ayúdanos, si puedes".

"¿Por qué dices, 'si puedes?'" respondió Jesús. "¡Todo es posible para el que cree!"

"Yo creo en ti", gritó el hombre de inmediato. "Ayúdame a no desconfiar de ti".

Jesús, viendo que la multitud se aproximaba más, le dio orden al espíritu malo: "Espíritu que causa sordera y mudez, te ordeno que salgas de él y no regreses más".

El espíritu gritó y lanzó al joven al piso, causándole graves convulsiones. Entonces salió del joven y lo dejó casi muerto, al punto que muchas de las personas decían: "Está muerto".

Pero Jesús tomó al joven por la mano y lo ayudó a levantarse, y éste se puso en pie.

Después, cuando Jesús estaba en casa, sus discípulos le preguntaron en privado: "¿Por qué nosotros no pudimos sacar al espíritu?"

"Este tipo de espíritu no puede sacarse si no es con oración", les dijo Jesús.

Entonces se marcharon y pasaron por Galilea. Jesús no quería que nadie supiera donde estaba él porque estaba enseñándole a sus discípulos. "El Hijo del hombre será entregado a las autoridades humanas", les dijo. "Ellos lo matarán, pero tres días después se levantará de nuevo". Pero ellos no entendieron lo que él quiso decir y tenían mucho miedo como para preguntarle al respecto.

Llegaron a Capernaum, y cuando estaban dentro de la casa donde se hospedaban, Jesús les preguntó: "¿De qué venían hablando durante el camino?" Pero ellos no dijeron nada porque habían estado discutiendo sobre quién de ellos era el más importante.

Entonces Jesús se sentó y reunió a sus discípulos. "Si alguno quiere ser el primero, tendrá que ser el último, el siervo de todos los demás", les dijo. Luego tomó a un niño pequeño y lo hizo sentarse justo en medio de ellos. Entonces tomó al niño y lo abrazó, y les dijo: "Cualquiera que recibe a un niño como este en mi

nombre, me recibe a mí, y cualquiera que me recibe a mí, no me recibe a mí, sino al que me envió".

Juan le dijo a Jesús: "Maestro, vimos a alguien sacando demonios en tu nombre. Nosotros tratamos de detenerlo, porque no era uno de nosotros".

"No lo detengan", respondió Jesús. "Porque ninguno que esté haciendo milagros en mi nombre, puede maldecir al mismo tiempo. El que no está contra nosotros, está a favor de nosotros. Todo el que les brinde un vaso de agua a ustedes en mi nombre, porque ustedes pertenecen a Cristo, créanme que no perderá su recompensa.

"Pero si cualquiera conduce a uno de estos pequeños que creen en mí, a pecar, mejor sería que fuera lanzado al mar con una piedra de molino atada en su cuello. Si una mano te hace pecar, ¡córtala! Es mejor entrar a la vida eterna como un lisiado que ir con ambas manos al Gehena, al fuego que no puede apagarse. Si el pie te hace pecar, ¡córtalo! Es mejor entrar a la vida eterna cojo, que teniendo ambos pies y aun así ser lanzado al Gehena. Si el ojo te hace pecar, ¡sácalo! Es mejor entrar al reino de Dios con un solo ojo que ser lanzado al Gehena con ambos ojos, donde los gusanos no mueren y el fuego no se apaga. Todos serán 'salados' con fuego. La sal es buena, pero si pierde su sabor, ¿cómo podría alguien salarla de nuevo? Ustedes necesitan ser como la sal: vivan en paz unos con otros".

Jesús partió de Capernaúm y se fue a la región de Judea y Transjordania. Una vez más la gente se amontonó para verlo, y él les enseñaba como de costumbre. Entonces algunos fariseos vinieron a verlo. Trataron de probarlo haciéndole la pregunta: "¿Es legal el divorcio?"

"¿Qué les dijo Moisés que hicieran?" les preguntó como respuesta.

"Moisés permitía que un hombre escribiera un certificado de divorcio y desechara a la esposa", respondieron ellos.

Entonces Jesús les dijo: "Moisés solo escribió esta regla para ustedes por la dureza de sus corazones. Sin embargo, en el principio, desde la creación, Dios los creó hombre y mujer. Esa es la razón por la que el hombre deja a su padre y a su madre y se une en matrimonio con su esposa, y los dos se vuelven un solo cuerpo. Ya no son más dos, sino uno. Que nadie separe lo que Dios ha unido".

Cuando volvieron a estar adentro, los discípulos comenzaron a preguntarle sobre esto.

"Todo hombre que se divorcie de su esposa y vuelva a casarse, comete adulterio contra ella", les dijo. "Y si la esposa se divorcia de su esposo y se casa nuevamente, comete adulterio".

Aconteció que algunas personas trajeron a sus hijos donde estaba Jesús para que los bendijera, pero los discípulos los echaban y trataban de mantener a los niños lejos de Jesús. Pero cuando Jesús vio lo que estaban haciendo, se molestó mucho y les dijo: "¡Dejen a los niños venir a mí! No se los impidan, porque el reino de los cielos pertenece a todos los que son como estos niños. Les digo la verdad, y es que todo aquél que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él". Y Jesús abrazaba a los niños y colocaba sus manos sobre ellos, y los bendecía.

Cuando Jesús se dispuso a seguir su camino, vino un hombre y se arrodilló delante de él. "Maestro bueno, ¿qué debo hacer para asegurarme de que tendré la vida eterna?" le preguntó.

"¿Por qué me llamas bueno?" le preguntó Jesús. "Nadie es bueno, solo Dios. Ya conoces los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no engañarás, honra a tu padre y a tu madre..."

"Maestro", respondió el hombre, "ya he obedecido todos esos mandamientos desde que estaba pequeño".

Jesús lo miró con amor y dijo: "Solo te falta una cosa. Ve y vende todo lo que posees, da el dinero a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Entonces ven y sígueme".

Ante esto, el rostro del hombre se desanimó y se fue sintiéndose muy triste, porque era muy rico.

Entonces Jesús miró a su alrededor y les dijo a sus discípulos: "¡Será muy difícil para los ricos entrar al reino de Dios!"

Los discípulos quedaron impresionados por esto. Pero Jesús siguió: "Amigos míos, es difícil entrar al reino de Dios. Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios".

Y los discípulos estaban aún más confundidos. "Entonces ¿quién podrá ser salvo en toda la tierra?" se preguntaban unos a otros.

Mirándolos, Jesús respondió: "Desde un punto de vista humano, es imposible, pero no con la ayuda de Dios. Con Dios todo es posible".

Pedro levantó la voz y dijo: "Nosotros lo hemos dejado todo para seguirte..."

"Les digo la verdad", respondió Jesús, "cualquiera que deje todo por mi causa, y por causa de la Buena Noticia, su casa o sus hermanos, sus hermanas o a su padre y su madre, sus hijos o sus tierras, recibirá como recompensa cien veces tantas casas y hermanos, hermanas e hijos y tierras, mas persecución. En el mundo por venir recibirán vida eterna. Sin embargo, muchos de los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros".

Ellos siguieron su camino hacia Jerusalén, mientras Jesús iba adelante. Los discípulos estaban ansiosos y los otros seguidores estaban asustados. Así que Jesús llevó a los discípulos aparte para explicarles lo que estaba a punto de ocurrirle. "Vamos a Jerusalén", les dijo, "y el Hijo del hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y a los maestros religiosos. Ellos lo condenarán a muerte y lo entregarán en manos de los extranjeros. Se burlarán de él, lo escupirán, lo azotarán y lo matarán. Pero tres días después, él se levantará de nuevo".

Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, vinieron a verlo.

"Maestro", dijeron ellos, "queremos que hagas por nosotros lo que te pidamos".

"¿Qué quieren que haga por ustedes?" respondió Jesús.

"Cuando estés victorioso y sentado en tu trono, haznos sentar a tu lado, uno a la derecha y el otro a la izquierda", le dijeron.

"Ustedes no saben lo que están pidiendo", respondió Jesús. "¿Pueden ustedes beber la copa que yo bebo?

¿Pueden ustedes ser bautizados con el bautismo de dolor que yo voy a sufrir?"

"Sí, podemos", respondieron ellos.

"Ustedes beberán la copa que yo bebo, y serán bautizados con el mismo bautismo que yo", les dijo Jesús. "Pero no me corresponde a mí decidir quién se sentará a mi derecha o a mi izquierda. Esos lugares están guardados para aquellos para quienes han sido preparados".

Cuando los otros diez discípulos escucharon sobre esto, comenzaron a sentirse molestos con Santiago y Juan. Entonces Jesús reunió a los discípulos y les dijo:

"Ustedes pueden darse cuenta de que aquellos que afirman gobernar a las naciones oprimen a su pueblo. Los gobernantes actúan como tiranos. Pero entre ustedes no será así. Cualquiera de ustedes que quiera ser gobernante, tendrá que ser siervo de todos, y todo aquel que quiera ser el primero entre ustedes, debe ser el esclavo de todos. Porque incluso el Hijo del hombre no vino para que lo sirvieran sino para servir, y para dar su vida en rescate para muchos".

Entonces pasaron por Jericó. Y cuando Jesús y sus discípulos salían de la ciudad junto con una gran multitud, Bartimeo, un indigente ciego, estaba sentado a un lado del camino. Cuando este escuchó que era Jesús de Nazaret, comenzó a gritar: "¡Jesús, hijo de David, por favor, ten misericordia de mí!" Y muchas personas le decían que se callara, pero eso solo lograba que él gritara aún más, "¡Jesús, hijo de David, por favor, ten misericordia de mí!"

Jesús se detuvo y dijo: "Díganle que venga". Entonces lo llamaron, diciéndole: "¡Buenas noticias! Levántate. Él te llama". Bartimeo se levantó de un salto, tiró su abrigo al suelo, y se apresuró a llegar donde estaba Jesús.

"¿Qué quieres que haga por ti?" le preguntó Jesús.

"Maestro", le dijo a Jesús, "¡Quiero ver!"

"Puedes irte. Tu confianza en mí te ha sanado". De inmediato Bartimeo pudo ver y siguió a Jesús por el camino que iba.

Cuando se acercaban a Jerusalén, estando cerca de Betfagé y Betania, Jesús envió a dos discípulos para que se adelantaran. Y les dijo: "Vayan a la aldea que sigue, y tan pronto como entren allí, encontrarán un pollino atado, el cual ninguno ha montado todavía. Desátenlo y tráiganlo aquí. Si alguno les pregunta qué están haciendo, díganles: 'El Señor lo necesita y lo devolverá pronto'".

Entonces ellos partieron de allí, y encontraron un pollino atado a una puerta, afuera en la calle, y lo desataron. Y algunos de los que estaban allí cerca de ellos les preguntaron: "¿Qué hacen desatando a ese potro"? Entonces los discípulos respondieron tal como Jesús les había dicho, y las personas los dejaron ir.

Entonces le trajeron a Jesús el pollino, le pusieron sus abrigos encima y Jesús se sentó sobre él. Y muchas personas extendían sus abrigos por el camino, mientras otros colocaban ramas que habían cortado en los campos.

Los que iban al frente y los que seguían atrás, todos gritaban: "¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor. ¡Bendito el reino de nuestro padre David que ya se acerca! ¡Hosanna en las alturas!"

Jesús llegó a Jerusalén y entró al Templo. Allí comenzó a mirar a su alrededor, observando cada cosa, y entonces, como se hacía tarde, regresó a Betania con los doce discípulos.

Al día siguiente, después de salir de Betania, Jesús tuvo hambre. Y desde cierta distancia, vio una higuera con hojas, así que fue hacia ella para ver si tenía algún fruto. Pero cuando llegó allí, se dio cuenta de que solo tenía hojas, porque no era la temporada de higos.

Entonces le dijo a la higuera: "Que de ti no vuelva a salir más fruto". Y sus discípulos escucharon sus palabras.

Llegaron nuevamente a Jerusalén, y Jesús entró al Templo. Y comenzó a sacar a las personas que estaban comprando y vendiendo dentro del Templo. Volteó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas. Entonces detuvo a todos los que llevaban cosas para el Templo.

Y les explicó: "¿Acaso no dice la Escritura: 'Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones'? ¡Pero ustedes la han convertido en una guarida de ladrones!"

Los jefes de los sacerdotes y maestros religiosos escucharon lo que había ocurrido, y trataban de encontrar la manera de matar a Jesús. Pero le tenían miedo, porque todos estaban muy impresionados por sus enseñanzas.

Cuando llegó la noche, Jesús y sus discípulos se marcharon de la ciudad. A la mañana siguiente regresaron, vieron la higuera, y se había marchitado toda desde la raíz. Y Pedro recordó lo que Jesús había hecho, y le dijo: "Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha marchitado".

"Crean en Dios", respondió Jesús. "Créanme cuando les digo que si ustedes le dijeran a esta montaña: 'Vete de aquí y lánzate al mar,' y no dudan en sus corazones, sino que están convencidos de lo que están pidiendo, ¡entonces así pasará! Les estoy diciendo que todo aquello por lo que oren, todo lo que pidan, crean que lo han recibido, y así será. Pero cuando estén orando, si tienen algo contra alguien, perdónenle, para que así el Padre, que está en el cielo, también pueda perdonar los pecados de ustedes".

Entonces regresaron a Jerusalén, y mientras caminaba en el Templo, los jefes de los sacerdotes, los maestros religiosos y los líderes se acercaron a él. "¿Con qué autoridad estás haciendo todo esto?" le reclamaron. "¿Quién te dio ese derecho?"

"Déjenme hacerles una pregunta", les dijo Jesús. "Si me responden, yo les diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿provenía del cielo, o de los hombres?"

Entonces ellos debatían entre sí. Y decían: "Si decimos que venía del cielo, el responderá '¿Por qué no creyeron en él?' Pero si decimos que era de origen humano, pues..." Y tenían miedo de la multitud, porque todos creían que Juan era un verdadero profeta.

Entonces le respondieron a Jesús: "No sabemos".

"Entonces yo no les diré quién me dio la autoridad de hacer estas cosas", respondió Jesús.

Entonces Jesús comenzó a hablarles usando relatos ilustrados.

"Un hombre plantó una viña. Colocó un cerco a su alrededor, cavó un hueco para que hubiera un lagar y

construyó una torre de vigilancia. Entonces se la alquiló a unos granjeros y se fue de viaje.

"Cuando llegó el tiempo de la cosecha, envió a uno de sus siervos donde los granjeros a quienes había alquilado su viña, para que recolectaran las uvas de la viña. Pero ellos lo agarraron y lo golpearon, y lo enviaron de regreso sin nada. Entonces el propietario envió a otro siervo. Ellos lo golpearon en la cabeza y lo maltrataron. Entonces e propietario envió a otro siervo, y a este lo mataron. Luego el propietario envió a muchos otros siervos, y a unos los golpearon y a otros los mataron. Al final, el único que quedaba era el hijo a quien amaba, y lo envió, pensando: 'ellos respetarán a mi hijo'. Pero los granjeros pensaron para sí: 'Aquí viene el heredero del propietario, ¡si lo matamos, podremos quedarnos con toda su herencia!' Así que lo tomaron y lo mataron, y lo lanzaron fuera de la viña. ¿Qué hará ahora el dueño de la viña? Vendrá y matará a esos granjeros, y entonces alquilará su viña a otros.

"¿No han leído la Escritura que dice 'la piedra rechazada por los constructores se ha convertido en la piedra angular. Esto viene del Señor, y desde nuestro punto de vista es maravilloso'?"

Los líderes judíos trataban de atraparlo porque se dieron cuenta de que la ilustración estaba dirigida a ellos, pero tenían miedo de la multitud. Así que lo dejaron solo y se fueron. Luego le enviaron a unos fariseos y a otros que estaban a favor de Herodes para tratar de atraparlo en las cosas que decía.

Llegaron y dijeron: "Maestro, sabemos que eres una persona honesta y que no buscas aprobación, porque no te interesa el estatus o la posición. Por el contrario, enseñas el camino de Dios conforme a la verdad. Dinos entonces, ¿es correcto pagar o no el tributo al césar? ¿Deberíamos pagarlo, o deberíamos negarnos a hacerlo?"

Pero Jesús, dándose cuenta de lo hipócritas que eran, les preguntó: "¿Por qué intentan atraparme en algo? Muéstrenme una moneda".

Ellos le dieron una moneda. "¿De quién es esta imagen y la inscripción en ella?" les preguntó Jesús. "Es del césar", respondieron ellos.

"Entonces devuelvan al césar lo que le pertenece al césar, y a Dios lo que le pertenece a Dios", les dijo Jesús. Y ellos estaban sorprendidos de su respuesta.

Entonces los Saduceos, quienes no creen en la resurrección, vinieron también y le hicieron una pregunta:

"Maestro, Moisés nos enseñó que si un hombre muere y deja a su viuda sin hijos, entonces su hermano debe casarse con ella, y darle hijos por él. Digamos que había siete hermanos. El primero se casó y murió sin tener hijos. El segundo se casó con la viuda, y murió, sin tener hijos. El tercero hizo lo mismo. De hecho, los siete murieron sin tener hijos. Al final, la mujer también murió. En la resurrección, ¿cuál de todos será su esposo, siendo que ella fue esposa de los siete hermanos?"

Jesús les dijo: "Esto demuestra que ustedes están equivocados, y que no conocen las Escrituras o el poder de Dios. Cuando los muertos se levanten, no se casarán, y no se darán en casamiento. Serán como los ángeles que están en el cielo. Pero respecto a la resurrección, ¿no han leído en los escritos de Moisés el relato de la zarza ardiente, donde Dios habló con Moisés y le dijo: 'Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob?' Él no es Dios de los muertos, sino de los vivos. ¡Ustedes están completamente equivocados!"

Uno de los maestros religiosos vino y los escuchó discutiendo. Este reconoció que Jesús les había dado una buena respuesta. Así que le preguntó: "¿Cuál es el mandamiento más importante de todos?"

Jesús respondió: "El primer mandamiento es: 'Escucha, oh, Israel, el Señor nuestro Dios es uno. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu espíritu, con toda tu mente y con toda tu fuerza'. El segundo es: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo'. Ningún otro mandamiento es más importante que estos".

"Eso es correcto, Maestro", respondió el hombre. "Es cierto lo que dices, que Dios es uno y no hay otro. Debemos amarlo con todo nuestro corazón, con todo nuestro entendimiento, y con toda nuestra fuerza, y debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Esto es mucho más importante que las ofrendas y los sacrificios".

Jesús se dio cuenta de que el hombre había dado una respuesta pertinente, y dijo: "No estás lejos del reino de Dios". Después de esto, nadie tuvo la valentía para hacerle más preguntas.

Mientras Jesús enseñaba en el Templo, preguntó: "¿Por qué los maestros religiosos afirman que Cristo es el hijo de David? Pues el mismo David dijo, inspirado por el Espíritu Santo: 'El Señor dijo a mi Señor: "Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies"'. Pues, si David mismo lo llama Señor, ¿cómo puede él ser el hijo de David?" Y la gran multitud estaba oyendo con mucho deleite lo que Jesús decía.

Y Jesús seguía enseñándoles, diciendo: "¡Tengan cuidado con los maestros religiosos! A ellos les encanta caminar por ahí con batas largas, y que los saluden con respeto en las plazas. Les encanta tener los asientos más importantes en las sinagogas, y los mejores lugares en los banquetes. Engañan a las viudas y les quitan lo que poseen, y encubren el tipo de personas que son realmente, con oraciones extensas y llenas de palabrerías. Ellos recibirán una condenación severa en el juicio".

Jesús se sentó al otro lado de la alcancía de la tesorería del Templo, mientras veía a la gente echando las monedas. Muchos ricos que estaban allí daban mucho dinero, de manera extravagante. Entonces una viuda pobre vino y echó solo dos monedas pequeñas. Entonces él llamó a sus discípulos y les dijo: "Les digo la verdad: esa pobre viuda ha dado más que todos los demás juntos. Todos ellos dieron lo que tenían de sus riquezas, pero ella dio de su pobreza lo que no tenía. Ella dio todo lo que tenía para vivir".

Cuando Jesús salía del Templo, uno de sus discípulos le dijo: "¡Maestro, mira toda esa cantidad de piedras y esas magníficas edificaciones!"

"¿Ves todos eso?" le respondió Jesús. "No quedará piedra sobre piedra. Todo será derribado".

Al sentarse en el Monte de los Olivos, mirando el Templo, Pedro, Santiago, Juan y Andrés le preguntaron en privado: "Dinos cuándo ocurrirá esto. ¿Cuál es la señal de que todo esto está a punto de cumplirse?"

Jesús comenzó a decirles: "No dejen que nadie los engañe. Muchos vendrán en mi nombre, diciendo: 'Yo

soy el Cristo'. Así engañarán a muchas personas. No se asusten cuando escuchen de guerras aquí y allá. Estas cosas deben suceder pero este no es el fin. Las naciones pelearán unas contra otras, y los reinos unos contra otros. Habrá terremotos en diferentes lugres y también hambrunas. Estos son los comienzos de los dolores de parto que sufrirá el mundo.

"¡Cuídense! Ellos los entregarán a ustedes a las cortes para ser juzgados. Ustedes serán golpeados en las sinagogas. Y por mi causa ustedes tendrán que estar en pie frente a gobernantes y reyes, y ustedes les testificarán.

"Y es necesario que primero se anuncie la Buena Noticia en toda nación. Cuando ellos vengan a arrestarlos y juzgarlos, no se preocupen por lo que vayan a decir. Digan lo que se les diga en ese momento, porque no serán ustedes los que hablen, sino el Espíritu Santo.

"El hermano entregará a su hermano a la muerte, y el padre entregará a su hijo. Los hijos se volverán en contra de sus padres y harán que los condenen a muerte. Ustedes serán odiados por todos, por mi causa, pero todo el que persevere hasta el fin será salvo.

"Pero cuando vean la 'abominación desoladora' en el lugar donde no debe estar (el que lee, que entienda), entonces los que estén en Judea deben correr a las montañas. Los que estén en el techo, no entren de regreso a la casa a buscar nada. Los que están afuera, en los campos, no vayan a la casa a buscar un abrigo. ¡Cuán difícil será para las que estén embarazadas o lactando en esos días! Oren para que esto no ocurra durante el invierno. Porque estos serán días de tribulación como nunca ha habido desde el principio de la creación de Dios hasta ahora, y nunca más habrá. Si Dios no acortase esos días, nadie sobreviviría. Sin embargo, por causa de los que Dios ha escogido, él ha acortado esos días.

"De modo que si alguno les dice: 'miren, aquí está el Mesías,' o 'miren, está allá,' no lo crean. Porque aparecerán falsos Mesías y falsos profetas, y harán milagros y maravillas para engañar, si fuese posible, a los escogidos de Dios. ¡Tengan cuidado! Yo les he dicho todo antes de que suceda".

"Esto es lo que ocurrirá después de esas tribulaciones: 'el sol se oscurecerá, la luna no brillará, las estrellas caerán del cielo, y los poderes en los cielos serán conmovidos'.

"Entonces verán al Hijo del hombre venir en las nubes, con gran poder y gloria. Él enviará a los ángeles, y reunirá a todos sus escogidos desde donde estén, desde las partes más lejanas de la tierra hasta el punto más lejano del cielo.

"Aprendan la lección de la higuera: cuando sus ramas crecen suaves y se caen sus hojas, ya saben que el verano está cerca. De la misma manera, cuando vean suceder estas cosas, ya sabrán que está cerca, ¡justo a las puertas! Les digo la verdad, esta generación no llegará a su fin hasta que estas cosas hayan ocurrido. El cielo y la tierra llegarán a su fin, pero mis enseñanzas no.

"Nadie sabe el día ni la hora en que esto ocurrirá, ni siquiera los ángeles que están en el cielo, ni siquiera el Hijo; solo el Padre lo sabe. ¡Estén atentos! ¡Estén despiertos! Porque ustedes no saben cuándo sucederá esto. Es como un hombre que se fue de viaje. Se fue de la casa y le dio autoridad a cada uno de sus sirvientes para hacer lo que él les había dicho. Pero al portero le dijo que se mantuviera despierto.

"Así que estén vigilantes, porque no saben en qué momento regresará el dueño de la casa. Puede ser al anochecer, a la media noche, antes del amanecer, o en la mañana. Más vale que no estén durmiendo si el dueño regresa sorpresivamente. Lo que les digo a ustedes, lo digo a todos: ¡Estén vigilantes!"

Faltaban dos días para la Pascua y para la fiesta de los panes sin levadura. Los jefes de los sacerdotes y los líderes religiosos estaban tratando de encontrar alguna manera oculta de arrestar a Jesús y mandarlo a matar. "Pero no será durante la Pascua", pensaban ellos, "de lo contrario el pueblo podría amotinarse".

Mientras tanto, Jesús estaba en Betania cenando en la casa de Simón, el leproso. Entonces una mujer entró con un frasco de alabastro que contenía un costoso perfume de nardo puro. Ella quebró el frasco y derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús.

Y algunos de los que estaban allí se molestaron y dijeron: "¿Por qué desperdiciar este perfume? Podría haberse vendido por el salario de un año y luego se le habría dado ese dinero a los pobres." Y estaban muy molestos con ella.

Pero Jesús respondió: "¡Déjenla en paz! ¿Por qué la critican por hacer algo bueno por mí? Ustedes siempre tendrán a los pobres entre ustedes y podrán ayudarlos cuando quieran. Pero no siempre me tendrán a mí aquí con ustedes. Ella hizo lo que pudo: ungió mi cuerpo en anticipación para mi sepultura. Les digo la verdad: dondequiera que se predique la Buena Noticia, la gente recordará lo que ella hizo".

Entonces Judas Iscariote, uno de los doce discípulos, fue donde los jefes de los sacerdotes y llegó con ellos a un acuerdo para entregarles a Jesús. Cuando ellos oyeron esto, se alegraron, y prometieron pagarle. Así que Judas comenzó a buscar una oportunidad para entregar a Jesús.

El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, el tiempo cuando se sacrifica el cordero de la Pascua, los discípulos de Jesús le preguntaron: "¿Dónde quieres que vayamos a preparar la cena de la Pascua para ti?"

Entonces él envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: "Entren a la ciudad y allí conocerán a un hombre que llevará una olla de agua. Síganlo y cuando él entre a una casa, pregúntenle al dueño dónde puedo yo celebrar con mis discípulos la Pascua. Él los llevará a un salón en el piso de arriba, que ya está arreglado y listo. Allí pueden hacer los preparativos para nosotros".

Entonces los discípulos fueron a la ciudad, y encontraron las cosas tal como él las había descrito. Prepararon la cena de la Pascua, y en la noche Jesús fue allí con los doce discípulos.

Mientras estaban sentados y comiendo, Jesús dijo: "Les digo la verdad: uno de ustedes va a entregarme, uno que está comiendo ahora conmigo".

Ellos estaban sorprendidos, y cada uno preguntaba: "No soy yo, ¿cierto?"

"Es uno de los doce, uno de ustedes y que está compartiendo esta comida conmigo. El Hijo del hombre morirá, tal como lo dijeron las Escrituras. ¡Pero cuán terrible será para quien entregue al Hijo del hombre!

Mejor sería que ese hombre no hubiera nacido". Mientras comían, Jesús tomó el pan con sus manos. Luego lo bendijo y lo dio a los discípulos. "Tomen. Este es mi cuerpo", les dijo.

Entonces tomó la copa en sus manos. La bendijo y la dio a los discípulos. Y todos bebieron de ella. "Esta es mi sangre", les dijo, "el pacto que es vertido por muchos. Les digo la verdad: no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevamente en el reino de Dios".

Después de haber cantado un salmo, se fueron hacia el Monte de los Olivos.

"Todos ustedes me abandonarán", les dijo Jesús. "Porque como dicen las Escrituras, 'Yo atacaré al pastor, y las ovejas estarán totalmente dispersas'. Pero después que yo me haya levantado de entre los muertos, iré delante de ustedes a Galilea".

"Yo no te abandonaré aunque todos los demás lo hagan", respondió Pedro.

Jesús le respondió: "Te digo la verdad hoy: esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, tres veces negarás que me conoces".

Pero Pedro, insistentemente dijo: "Aun si me toca morir contigo, nunca te negaré". Y todos ellos dijeron lo mismo.

Llegaron entonces a un lugar llamado Getsemaní, donde Jesús le dijo a sus discípulos: "Siéntense aquí mientras yo voy a orar". Y llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan. Entonces su espíritu se turbó y estaba muy afligido.

Jesús les dijo: "Mi agonía es tan dolorosa que siento que muero. Por favor, quédense aquí y estén despiertos". Se fue un poco más lejos y se postró en el suelo. Oraba, pidiendo que el momento que estaba por llegar pudiera evitarse, si fuera posible.

"¡Abba, Padre! Tú puedes hacerlo todo", decía. "Por favor, quítame esta copa de sufrimiento. Pero que no sea como yo quiero, sino como tú quieres".

Entonces Jesús regresó y encontró a los discípulos dormidos. "Simón, ¿estás durmiendo?" le preguntó a Pedro. "¿No pudieron estar despiertos conmigo tan solo una hora? Quédense despiertos y oren para que no caigan en tentación. El espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil".

Una vez más los dejó allí, y oraba, pidiendo lo mismo otra vez. Entonces regresó y una vez más los encontró durmiendo porque no podía mantener sus ojos abiertos. Ellos no sabían qué responder. Entonces Jesús regresó por tercera vez, y les preguntó, "¿aún están dormidos? ¿Aún están descansando? ¡Pues ya es suficiente, porque ha llegado el momento! Miren, el Hijo del hombre está a punto de ser entregado en manos de pecadores. ¡Levántense! ¡Vamos! Miren, aquí viene el que me entrega".

Justo cuando decía esto, Judas—uno de los doce discípulos—llegó con una turba que traía espadas y palos, enviados por los jefes de los sacerdotes, líderes religiosos y ancianos. Aconteció que el que entregaba a Jesús se había puesto de acuerdo con ellos en una señal: "El que yo bese, ese es. Arréstenlo, y llévenselo bajo custodia".

Judas llegó directamente donde estaba Jesús. "Maestro", le dijo, y lo besó. Entonces ellos lo agarraron y lo arrestaron. Pero uno de los que estaba allí sacó su espada e hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja.

"¿Acaso soy alguna clase de rebelde, que han venido a arrestarme con espadas y palos?" les preguntó Jesús. "Estuve allí en el Templo, enseñándoles cada día. ¿Por qué no me arrestaron en ese momento? Pero esto ha ocurrido para cumplir las Escrituras".

Entonces todos los discípulos de Jesús lo abandonaron y huyeron. (Uno de sus seguidores era un joven que usaba solamente un vestido de lino. Ellos lo sujetaron por la fuerza, pero él salió corriendo desnudo, dejando allí tirado su vestido).

Entonces llevaron a Jesús a la casa del sumo sacerdote, donde se habían reunido todos los jefes de los sacerdotes, ancianos y líderes religiosos. Pedro lo seguía a la distancia, y entró al patio de la casa del sumo sacerdote. Se sentó allí con los guardias y se calentaba cerca de la fogata.

Dento de la casa, los jefes de los sacerdotes y todo el concilio de gobierno trataba de encontrar alguna evidencia para mandar a matar a Jesús, pero no podían encontrar nada. Había muchos dando falso testimonio contra él, pero sus afirmaciones no concordaban.

Algunos de ellos se levantaron a decir cosas falsas sobre Jesús. "Lo oímos decir: 'Destruiré este Templo que han construido manos humanas, y en tres días lo volveré a construir sin usar las manos'". Pero aun así sus testimonios no concordaban.

Entonces el sumo sacerdote se puso en pie frente al concilio, y le preguntó a Jesús: "¿No tienes nada que decir en respuesta a las acusaciones que se han hecho en tu contra?" Pero Jesús permanecía en silencio y no respondía. Así que el sumo sacerdote le preguntó de nuevo: "¿eres el Mesías, el Hijo del Dios bendito?"

"Lo soy", respondió Jesús, "y ustedes verán al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo".

Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestidos y preguntó: "¿Por qué necesitamos más testigos? ¡Ustedes mismos han escuchado la blasfemia! ¿Qué tienen para decir?"

Y todos lo hallaron culpable y lo condenaron a muerte. Entonces algunos de ellos comenzaron a escupirlo. Le vendaron los ojos, lo golpeaban en la cabeza y le decían: "¿Por qué no profetizas 'profeta'?" Y los guardias se lo llevaron y lo golpearon.

Mientras tanto Pedro estaba abajo en el patio. Y una de las criadas del sumo sacerdote pasaba por allí, y al ver a Pedro que se calentaba junto a la fogata, lo miró fijamente y dijo: "¡Tú también estabas con Jesús de Nazaret!"

Pero él lo negó. "No sé de qué hablas, ni qué quieres decir", respondió. Entonces salió al patio delantero, y en ese momento un gallo cantó.

Al verlo, la criada volvió a decir delante de los que estaban allí: "¡Este hombre es uno de ellos!" Y una vez más Pedro lo negó. Al cabo de un rato, ellos volvieron a decirle a Pedro: "¡Definitivamente eres uno de ellos porque eres galileo también!"

Pedro comenzó a decir maldiciones respecto de sí mismo y juró: "No conozco a este hombre del cual hablan ustedes". E inmediatamente el gallo cantó la segunda vez. Entonces Pedro se acordó de lo que Jesús le había dicho: "Antes de que el gallo cante dos veces,

me negarás tres veces". Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, rompió a llorar.

Temprano, a la mañana siguiente, los jefes de los sacerdotes, los ancianos y los maestros religiosos—todo el concilio de gobierno—tomaron una decisión. Dieron la orden de que fuera atado y entregado a Pilato.

Pilato le preguntó: "¿Eres tú el rey de los judíos?"

"Tú lo has dicho", respondió Jesús.

El jefe de los sacerdotes presentó muchas acusaciones contra él. Y Pilato le preguntó una vez más: "¿No vas a responder? ¡Mira cuántas acusaciones están presentando contra ti!" Pero Jesús no dio más respuestas, para sorpresa de Pilato.

Y Pilato tenía la costumbre de liberar a un prisionero durante la Pascua, a quien el pueblo pidiera. Y uno de los prisioneros era un hombre llamado Barrabás, quien pertenecía a un grupo de rebeldes que había cometido asesinatos durante una revuelta. La multitud fue donde Pilato y le pidieron que liberara a un prisionero como era su costumbre.

"¿Quieren que libere al Rey de los judíos?" les preguntó, pues él se había dado cuenta de que era por celos que los jefes de los sacerdotes le habían entregado a Jesús. Pero los jefes de los sacerdotes causaron revuelo entre la multitud para que pidieran la liberación de Barrabás.

"¿Entonces qué debo hacer con el que ustedes llaman Rey de los judíos?" les preguntó.

"¡Crucifícalo!" gritaron en respuesta.

"¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido?" les preguntó Pilato.

"¡Crucifícalo!" respondieron, gritando más fuerte aún.

Por complacer a la turba, Pilato liberó a Barrabás. Primero mandó a azotar a Jesús y luego lo entregó para que lo crucificaran. Entonces los soldados se lo llevaron al patio del Pretorio, donde llamaron a toda la cohorte. Le pusieron una bata de color púrpura e hicieron una corona de espinos, la cual pusieron sobre su cabeza. Entonces lo saludaban, diciendo: "¡Salve, Rey de los judíos!" Y repetidas veces lo golpearon en la cabeza con una vara, lo escupían y se arrodillaban delante de él como si lo adorasen. Después que terminaron de burlarse de él, le quitaron la bata púrpura, y le volvieron a colocar su ropa. Entonces se lo llevaron para crucificarlo. Obligaron a un hombre que pasaba por allí, llamado Simón de Cirene, quien venía del campo, para que cargara la cruz de Jesús. Simón era el Padre de Alejandro y Rufo.

Y trajeron a Jesús al lugar llamado Gólgota, que significa "el lugar de la Calavera". Allí le ofrecieron vino mezclado con mirra, pero él se negó a beberlo. Entonces lo crucificaron. Repartieron sus prendas de vestir, y lanzaron dados para decidir quién se llevaría cada cosa. Eran las nueve de la mañana cuando lo crucificaron. La acusación escrita en su contra decía: "El Rey de los judíos".

Con él crucificaron a dos criminales, uno a su izquierda y otro a su derecha. Y la gente que pasaba por allí le gritaba con insultos, sacudiendo sus cabezas y diciendo: "¡Oye, tu! Tú que decías que ibas a destruir el Templo y reconstruirlo en tres días: ¡Sálvate a ti mismo y baja de la cruz!" De igual modo los jefes de los sacerdotes y los maestros religiosos se burlaban de él, diciendo: "Salvó a otros, pero no puede salvarse a sí mismo. Si él realmente es el Mesías, el Rey de Israel, ¿por qué, entonces, no baja de la cruz para que podemos ver y creerle?" Incluso los que estaban crucificados con él lo insultaban.

A medio día hubo una gran oscuridad en toda la tierra que duró hasta las tres de la tarde. A las tres de la tarde Jesús gritó: "Elí, Elí, lema sabactani", que quiere decir: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Y algunos de los que estaban allí oyeron esto y dijeron: "Está llamando a Elías". Un hombre corrió y llenó una esponja con vinagre, la puso en un palo y trató de dárselo a Jesús para que lo bebiera. "¡Déjenlo en paz!", dijo. "Veamos si Elías vendrá a bajarlo de ahí". Entonces Jesús gimió fuertemente, y murió. El velo del Templo se rompió de arriba a abajo. Cuando el centurión que estaba frente a Jesús vio cómo murió, dijo: "Este hombre era de verdad el Hijo de Dios".

Había algunas mujeres mirando a la distancia, incluyendo a María Magdalena, María la madre de Santiago (el menor) y José, y Salomé. Ellas habían seguido a Jesús y habían cuidado de él mientras estuvo en Galilea. Muchas otras mujeres que habían venido con él a Jerusalén también estaban allí.

Era viernes, el día antes del sábado. Cuando llegó la noche, José de Arimatea, quien era miembro del concilio de gobierno, y que esperaba el reino de Dios, tuvo la valentía de ir donde Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús. Pilato se sorprendió al saber que Jesús había muerto tan pronto, así que mandó a llamar al centurión y le preguntó si Jesús ya había muerto. Después de tener la confirmación del centurión, Pilato le dio permiso a José de tomar el cuerpo. José compró una sábana de lino. Luego bajó el cuerpo de Jesús de la cruz y lo envolvió en la sábana, y lo colocó en una tumba que había sido elaborada a partir de una piedra. Después rodó y colocó una piedra pesada en la entrada de la tumba. María Magdalena y María, la madre de José, estaban mirando dónde habían colocado a Jesús.

Cuando terminó el Sábado, María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé compraron ungüentos aromáticos para ir a ungir el cuerpo de Jesús. Y el domingo por la mañana muy temprano, cuando apenas salía el sol, fueron a la tumba. Se preguntaban unas a otras: "¿Quién rodará por nosotras la piedra que está en la entrada de la tumba?" Pero cuando llegaron, vieron que la piedra enorme y pesada ya estaba movida de su lugar.

Entonces entraron a la tumba y vieron a un joven con una bata blanca y larga que estaba sentado a la derecha, y estaban asustadas.

"No tengan miedo", les dijo. "Ustedes buscan a Jesús el Nazareno, el que fue crucificado. Él se ha levantado de entre los muertos. No está aquí. Miren, este es el lugar donde lo pusieron para que descansara. Ahora vayan, y díganles a los discípulos y a Pedro que él va delante de ustedes a Galilea. Lo verán allí, tal como les dijo".

Ellas se fueron corriendo de la tumba, estaban temblando y confundidas. No le dijeron a nadie porque estaban muy asustadas.

Cuando Jesús se levantó de entre los muertos el domingo por la mañana, se le apareció primero a María

Magdalena, de quien había expulsado siete demonios. Ella fue y le contó a los que habían estado con él, cuando ellos estaban llorando y lamentando la muerte de Jesús. Pero cuando oyeron que Jesús estaba vivo y que ella lo había visto, no creyeron. Sin embargo, más tarde Jesús se le apareció de una manera distinta a otros dos discípulos que se habían ido al campo. Entonces ellos regresaron y le contaron a los otros discípulos, pero ellos no les creyeron.

Después de esto se le apareció a los once discípulos mientras comían. Jesús los reprendió por su falta de confianza y terquedad, porque no le habían creído a los que lo habían visto después que haber resucitado.

Entonces les dijo: "Vayan por todo el mundo, y anuncien la Buena Noticia a todos. Todo el que crea y sea bautizado será salvo, pero todo el que elija no creer, será condenado. Estas señales acompañarán a todos los que creen en mí: expulsarán demonios en mi nombre, hablarán nuevos idiomas, y podrán manipular serpientes, y si toman algo venenoso no les hará daño alguno; pondrán sus manos sobre los enfermos y estos serán sanados".

Entonces, el Señor Jesús, cuando terminó de hablarles, fue llevado hacia el cielo, donde se sentó a la diestra de Dios. Los discípulos salieron y predicaron la Buena Noticia en todos lados, y el Señor obraba por medio de ellos, confirmando el mensaje por medio de muchos milagros.

Lucas

Evangelio según Lucas

Como saben, muchos otros han tratado de escribir las cosas que se han cumplido y de las cuales somos partícipes. Ellos fundamentaron sus relatos en la evidencia de los primeros testigos presenciales y ministros de la Palabra, y entonces yo también decidí que como he seguido estas cosas muy cuidadosamente desde el principio, sería una buena idea escribir un relato fiel de todo lo que había ocurrido. He hecho esto, querido Teófilo para que puedas estar seguro de que las cosas que se te enseñaron son completamente fiables.

Durante la época cuando Herodes era rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías, que venía de la división sacerdotal de Abijah. Él estaba casado con Isabel, quien era descendiente del sacerdote Aarón. Ambos hacían lo que era recto delante de Dios, y eran cuidadosos en seguir los mandamientos del Señor y las normas.

Ellos no tenían hijos porque Isabel no podía concebir, y ya estaban envejeciendo. Mientras Zacarías servía como sacerdote ante Dios, a nombre de su división sacerdotal, fue elegido por suerte conforme a la costumbre de los sacerdotes, para entrar al Templo del Señor y quemar el incienso. Durante el momento en que se ofrendaba el incienso, había una gran multitud orando afuera. Entonces un ángel del Señor se le apareció a Zacarías, y se puso en pie a la derecha del altar del incienso. Cuando Zacarías vio al ángel, se asustó.

Pero el ángel le dijo: "No tengas miedo, Zacarías. Tu oración ha sido escuchada, y tu esposa Isabel concebirá de ti un hijo, y le llamarás Juan. Él te traerá gozo y alegría, y muchos celebrarán su nacimiento. Él será grande a la vista del Señor. Se negará a beber vino o cualquier otra bebida alcohólica. Estará lleno del Espíritu Santo incluso antes de nacer. Convertirá a muchos israelitas nuevamente al Señor su Dios. Irá delante del Señor en el espíritu y el poder de Elías, para convertir los corazones de los padres a sus hijos nuevamente, y convertir a los rebeldes hacia un entendimiento recto, para preparar a un pueblo que esté listo para el Señor.

"¿Cómo puedo estar seguro de esto?" le preguntó Zacarías al ángel. "Soy un hombre viejo, y mi esposa también está envejeciendo".

"Yo soy Gabriel", respondió el ángel. "Yo estoy en la presencia de Dios, y fui enviado para hablarte y entregarte esta buena noticia. Pero como no creíste lo que te dije, te quedarás mudo, sin poder hablar, hasta el momento indicado, cuando mis palabras se cumplan".

Afuera el pueblo estaba esperando a Zacarías, preguntándose por qué estaba demorando tanto en el Templo. Cuando finalmente salió, no pudo hablarles. Y ellos se dieron cuenta de que había tenido una visión en el Templo, pues aunque podía hacer señas, estaba completamente mudo.

Después que hubo terminado su turno de servicio, regresó a casa. Poco tiempo después, su esposa Isabel quedó embarazada. Y se quedó en casa por cinco meses.

"El Señor ha hecho esto en mi favor", dijo ella, "ahora que ha quitado la desgracia que tenía ante los ojos de los demás".

Al sexto mes de su embarazo, Dios envió al ángel Gabriel a una joven llamada María, que vivía en la ciudad de Nazaret, en Galilea. Ella estaba comprometida en matrimonio con un hombre llamado José.

El ángel la saludó. "Eres privilegiada en gran manera", le dijo. "El Señor está contigo". María estaba muy confundida por lo que él le dijo, y se preguntaba cuál era el significado de ese saludo.

"No te preocupes, María", siguió diciendo el ángel, "pues Dios te ha mostrado su gracia. Quedarás embarazada y tendras un hijo. Lo llamarás Jesús. Él será muy grande, y será llamado el Hijo del Altísimo. El Señor le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre. Su reino nunca tendrá fin".

"¿Cómo es esto posible?" preguntó María. "Aún soy virgen".

"El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá. El bebé que va a nacer es santo, y será llamado el Hijo de Dios. E Isabel, tu pariente, aún a su avanzada edad, está embarazada también. La mujer de quien el pueblo decía que no podía tener hijos, ya tiene seis meses de embarazo. Nada es imposible para Dios".

"Aquí estoy, lista para ser la sierva del Señor", dijo María. "Que suceda conmigo tal como dijiste". Entonces el ángel se fue.

Poco después, María se alistó y se apresuró a las montañas de Judea, a la ciudad donde estaba la casa de Zacarías. Al entrar llamó a Isabel. Y tan pronto como Isabel escuchó la voz de María, el bebé saltó de alegría dentro de ella. Isabel estaba llena del Espíritu Santo, y gritó con voz muy fuerte:

"¡Cuán bendita eres entre las mujeres, y cuán bendito será el hijo que nacerá de ti! ¿Por qué soy tan honrada en recibir la visita de la madre de mi Señor? Tan pronto como escuché que me llamabas, saludándome, mi bebé saltó de alegría dentro de mí. ¡Cuán afortunada eres, porque estás segura de que el Señor hará lo que te ha prometido!"

María respondió: "¡Cuánto alabo al Señor! Estoy tan feliz con Dios, mi Salvador, porque decidió que yo, su sierva, fuera digna de su consideración, a pesar de mi humilde procedencia. De ahora en adelante todas las generaciones dirán que fui bendecida. El Dios Altísimo ha hecho grandes cosas por mí; su nombre es santo. Su misericordia dura de generación en generación para aquellos que lo respetan. Con su poder él ha destruido en pedazos a quienes con arrogancia piensan que son muy sabios. Él derriba a los poderosos de sus tronos, y exalta a los humildes. Él llena a los hambrientos con cosas buenas para comer, y echa a los ricos con las manos vacías. Él ha ayudado a su siervo Israel, acordándose de él con misericordia, tal como se lo prometió a nuestros padres, a Abraham y sus descendientes para siempre". Y María se quedó con Isabel durante tres meses y luego regresó a su casa.

Llegó el momento en que Isabel tendría su bebé, y tuvo un hijo. Sus vecinos y parientes oyeron cómo el Señor le había mostrado gran bondad, y celebraron

con ella. Ocho días después, vinieron para circuncidar al niño. Y planeaban llamarlo Zacarías, como su padre.

"No", dijo Isabel. "Será llamado Juan".

"Pero no hay ninguno entre tus parientes que tenga este nombre", le dijeron. Entonces le preguntaron por señas a Zacarías, el padre del niño, cómo quería llamar a su hijo. Entonces Zacarías buscó algo sobre lo cual escribir. Para sorpresa de todos, escribió: "Su nombre es Juan". E inmediatamente pudo hablar de nuevo, y comenzó a alabar a Dios.

Todos los que vivían cerca estaba maravillados por lo que había sucedido, y se esparció la noticia por toda Judea. Y todos los que oían la noticia se preguntaban lo que esto significaba. "¿Qué será ese niño cuando crezca?" preguntaban ellos, pues estaba claro que el niño era especial para Dios.

Zacarías, su padre, lleno del Espíritu Santo, dijo esta profecía:

"El Señor, Dios de Israel, es maravilloso, pues ha venido a su pueblo y lo ha libertado. Nos ha dado un gran Salvador del linaje de su siervo David, como lo prometió por sus santos profetas hace mucho tiempo. Él prometió salvarnos de nuestros enemigos, de quienes nos odian. Él fue misericordioso con nuestros padres, recordando su santo acuerdo, la promesa que le hizo a nuestro padre Abrahám Él nos libera del temor y nos rescata de nuestros enemigos, para que podamos servirle haciendo lo que es bueno y recto durante toda nuestra vida. Aunque eres solamente un niño pequeño, serás llamado el profeta del Altísimo, porque tu irás delante del Señor para preparar su camino, dando conocimiento de la salvación a su pueblo mediante el perdón de sus pecados. Por la bondad solícita de Dios con nosotros, el amanecer del cielo vendrá sobre nosotros para resplandecer sobre aquellos que viven en la oscuridad y bajo la sombra de muerte, y para guiarnos por el sendero de la paz".

Juan, el niño, creció y se volvió fuerte espiritualmente. Vivió en el desierto hasta que llegó el momento de iniciar su ministerio público a Israel.

En esos días el César emitió un decreto según el cual debía hacerse un censo de todos los que vivían en el Imperio Romano. Este fue el primer censo bajo el gobierno de Cirenio de Siria. Así que todo el mundo se dirigió a sus ciudades para registrarse. José era descendiente del Rey David, por lo tanto partió de Nazaret, en Galilea, hacia Belén, la ciudad de David, en Judea. Fue a registrarse allí, junto con María, quien estaba comprometida para casarse con él, y quien esperaba un bebé. Mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo para tener a su bebé. Y tendro su primer hijo. Lo envolvió en tiras de tela y lo puso en un pesebre porque la posada no tenía más habitaciones disponibles.

Cerca de allí había unos pastores que pasaban la noche afuera en los campos, cuidando de sus rebaños. Y un ángel del Señor se les apareció, y la gloria de Dios brilló alrededor de ellos. Ellos estaban terriblemente aterrorizados.

"¡No tengan miedo!" – les dijo el ángel. "Estoy aquí para darles la buena noticia que traerá felicidad a todos. El Salvador ha nacido hoy, aquí en la ciudad de David. Él es el Mesías, el Señor. Lo reconocerán por esta señal: encontrarán al niño envuelto en tiras de tela y acostado en un pesebre". De repente aparecieron muchos seres celestiales, alabando a Dios, y diciendo:

"¡Gloria al Dios del cielo, y en la tierra paz a aquellos con quienes él se complace!"

Después que los ángeles se fueron y regresaron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: "¡Vayamos a Belén! Veamos qué ha ocurrido sobre lo que el Señor nos ha dicho".

Se apresuraron y encontraron a María, a José y al bebé, el cual estaba acostado en el pesebre. Después que lo vieron con sus propios ojos, esparcieron la noticia de lo que se les había dicho a ellos sobre este niño. Todos los que oían la noticia estaban asombrados ante lo que ellos decían. Pero María guardaba en su corazón todas las cosas que habían sucedido y a menudo pensaba en ellas. Los pastores regresaron a cuidar de sus rebaños, glorificando y agradeciendo a Dios por todo lo que habían visto y oído, pues sucedió tal como se les había dicho.

Después de ocho días, llegó el momento de circuncidar al niño, y fue llamado Jesús. Este fue el nombre dado por el ángel incluso antes de ser concebido. Cuando terminó el tiempo de su purificación, conforme a la ley de Moisés, José y María lo llevaron a Jerusalén para presentárselo al Señor, tal como lo establece la ley del Señor: "Todo hijo primogénito debe ser dedicado al Señor". Allí hicieron un sacrificio de "un par de tórtolas o dos pichones de paloma", como lo establece también la ley del Señor.

En ese tiempo vivía en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Y era un hombre recto y muy piadoso. Él esperaba con ansias la esperanza de Israel, y el Espíritu Santo estaba sobre él. El Espíritu Santo le había mostrado que no moriría sin haber visto al Mesías del Señor. Y guiado por el Espíritu, fue al Templo. Cuando los padres de Jesús trajeron al niño para dedicarlo como lo indicaba la Ley, Simeón tomó a Jesús en sus brazos, dio gracias a Dios, y dijo:

"Señor y Maestro, ahora puedes dejar que tu siervo muera en paz como lo prometiste, porque he visto con mis propios ojos tu salvación, la cual has preparado para todos. Él es la luz que te mostrará ante las naciones, la gloria de tu pueblo Israel". El padre y la madre de Jesús estaban impresionados por lo que Simeón dijo de él.

Entonces Simeón los bendijo, y dijo a María la madre de Jesús: "Este niño está destinado para hacer que muchos en Israel caigan y muchos otros se levanten. Es una señal de Dios que muchos rechazarán, y revelará lo que ellos piensan realmente. Para ti será como una espada que atravesará directo a tu corazón".

Ana, la profetisa, vivía también en Jerusalén. Ella era la hija de Fanuel, de la tribu de Aser, y ya estaba muy vieja. Había estado casada por siete años y luego quedó viuda. Tenía ochenta y cuatro años de edad. Pasaba el tiempo adorando en el Templo, ayunando y orando. Y en ese momento, llegó donde ellos estaban, y comenzó a alabar a Dios. Y les habló de Jesús a todos los que estaban allí los que esperaban el tiempo en que Dios libertaría a Jerusalén.

Cuando terminaron de hacer todo lo que ordenaba la ley de Dios, regresaron a Nazaret, en Galilea, donde

vivían. El niño crecía y se fortalecía, y era muy sabio. Y la bendición de Dios estaba con él.

Los padres de Jesús viajaban a Jerusalén cada año para la fiesta de la Pascua. Y cuando Jesús tuvo doce años de edad, fueron a la fiesta de la Pascua, como siempre lo hacían. Cuando terminó la fiesta y era tiempo de regresar a casa, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, pero sus padres no se dieron cuenta de ello. Ellos supusieron que él estaba con todos los demás que viajaban de regreso a sus hogares. Pasó un día antes de que comenzaran a buscarlo entre sus amigos y parientes. Cuando ya no pudieron encontrarlo, regresaron a Jerusalén para buscarlo allí. Pasaron tres días, hasta que lo encontraron en el Templo. Estaba sentado entre los maestros religiosos, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que lo escuchaban hablar se quedaban sorprendidos por su entendimiento y por las respuestas que daba.

Sus padres estaban totalmente confundidos cuando vieron lo que estaba haciendo. Su madre le preguntó: "Hijo, ¿por qué nos has tratado de esta manera? ¡Tu padre y yo hemos estado terriblemente angustiados por ti! ¡Te hemos estado buscando por todas partes!"

"¿Por qué han estado buscándome?" respondió Jesús. "¿No saben acaso que debo estar aquí en la casa de mi padre?" Pero ellos no entendieron lo que él quiso decir con eso. Entonces Jesús regresó con ellos a Nazaret, y hacía lo que ellos le decían. Su madre observaba cuidadosamente todo lo que sucedía. Y Jesús crecía continuamente y se hacía más sabio y más fuerte, y hallaba el favor de Dios y de la gente.

Para este tiempo Tiberio había sido el César durante quince años. Y Poncio Pilato era el gobernador de Judea. Herodes gobernaba Galilea, su hermano Felipe gobernaba Iturea y Tacronite, y Lisanio gobernaba Abilinia. Anás y Caifás eran los sumos sacerdotes en turno. Este fue el tiempo en que la palabra de Dios vino a Juan, el hijo de Zacarías, quien vivía en el desierto. Juan salió por toda la región del Jordán anunciando a todos que era necesario que se bautizaran y se arrepintieran, y sus pecados serían perdonados. Tal como lo escribió el profeta Isaías: "Se oyó una voz clamando en el desierto: 'Preparen el camino del Señor: enderecen su senda. Todo valle será rellenado, y toda montaña será allanada. Las curvas serán enderezadas, y los caminos ásperos serán suavizados. Todos ser humano verá la salvación de Dios'".

Juan se dirigió a una multitud que vino a él para bautizarse. "¡Camada de víboras! ¿Quién les advirtió que escaparan del juicio venidero?" les preguntó. "¡Demuestren que están realmente arrepentidos! No traten de justificarse diciendo: 'Somos los descendientes de Abraham'. Les digo que Dios puede crear hijos de Abraham a partir de estas piedras. El hacha está lista para comenzar a cortar los árboles desde su base. Cualquier árbol que no produzca buen fruto será cortado y lanzado al fuego".

"¿Entonces qué debemos hacer?" le preguntó la multitud.

"Si tienes dos mantos, entonces comparte tu manto con quien no tiene. Si tienes alimento, comparte con los que no tienen", les decía.

Y algunos recaudadores de impuestos vinieron para bautizarse. "Maestro, ¿qué debemos hacer?" le preguntaron también.

"No recauden más de lo que deben cobrar", respondió él.

"¿Y nosotros?" le preguntaron algunos soldados. "¿Qué debemos hacer?"

"No pidan dinero amenazando con violencia. No hagan acusaciones falsas. Estén conformes con sus salarios", respondió él.

La gente estaba a la expectativa oyendo, y se preguntaban si Juan podría ser el Mesías. Juan respondió y les explicó a todos: "Sí, yo los bautizo en agua. Pero el que viene es más importante que yo, y yo no soy digno siquiera de desabrochar su calzado. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. Tiene el aventador en su mano y está listo para separar el trigo de la paja en su trilla. Él reunirá el trigo en sus graneros, pero quemará la paja con un fuego que no puede apagarse".

Juan dio muchas advertencias como estas mientras anunciaba la buena noticia a la gente. Pero cuando Juan reprendió a Herodes, el gobernador, por casarse con Herodías, quien era la esposa del hermano de Herodes, y por todas las cosas malas que había hecho, entonces Herodes agregó un crimen más sobre sí enviando a Juan a la cárcel.

Aconteció que después de que todos habían sido bautizados, Jesús también se bautizó. Y mientras oraba, se abrió el cielo, y el Espíritu Santo descendió sobre él, tomando forma de una paloma. Y una voz salió del cielo, diciendo: "Tú eres mi hijo, al que amo. Estoy realmente complacido de ti".

Jesús tenía aproximadamente treinta años cuando comenzó su ministerio público. La gente suponía que él era el hijo de José. José era el hijo de Elí, el hijo de Matat, el hijo de Leví, el hijo de Melqui, el hijo de Jana, el hijo de José, el hijo de Matatías, el hijo de Amós, el hijo de Nahum, el hijo de Esli, el hijo de Nagai, el hijo de Maat, el hijo de Matatías, el hijo de Semei, el hijo de Josec, el hijo de Judá, el hijo de Juana, el hijo de Resa, el hijo de Zorobabel, el hijo de Salatiel, el hijo de Neri, el hijo de Melqui, el hijo de Adi, el hijo de Cosam, el hijo de Elmodam, el hijo de Er, el hijo de Josué, el hijo de Eliezer, el hijo de Jorim, el hijo de Matat, el hijo de Leví, el hijo de Simeón, el hijo de Judá, el hijo de José, el hijo de Jonán, el hijo de Eliaquim, el hijo de Melea, el hijo de Mainán, el hijo de Matata, el hijo de Natán, el hijo de David, el hijo de Isaí, el hijo de Obed, el hijo de Booz, el hijo de Salmón, el hijo de Naasón, el hijo de Aminadab, el hijo de Arni, el hijo de Esrom, el hijo de Fares, el hijo de Judá, el hijo de Jacob, el hijo de Isaac, el hijo de Abraham, el hijo de Taré, el hijo de Nacor, el hijo de Serug, el hijo de Ragau, el hijo de Peleg, el hijo de Heber, el hijo de Sala, el hijo de Cainán, el hijo de Arfaxad, el hijo de Sem, el hijo de Noé, el hijo de Lamec, el hijo de Matusalén, el hijo de Enoc, el hijo de Jared, el hijo de Mahalaleel, el hijo de Cainán, el hijo de Enós, el hijo de Set, el hijo de Adán, el hijo de Dios.

Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán y fue guiado por el Espíritu en el desierto, donde fue tentado por el diablo por cuarenta días. No comió nada durante todo ese tiempo, así que al final ya tenía mucha hambre.

El diablo le dijo: "Si eres el hijo de Dios, ordena a esta piedra que se convierta en pan".

"Está escrito en la Escritura: 'No vivirás solo de pan,'" respondió Jesús.

El diablo lo llevó a un lugar alto, y en un abrir y cerrar de ojos le mostró todos los reinos del mundo. Entonces el diablo le dijo a Jesús: "Te daré autoridad sobre todos esos reinos y su gloria. Esta autoridad se me ha entregado a mí, y yo puedo dársela a quien yo quiera. Arrodíllate y adórame y podrás tenerlo todo".

"Está escrito en la Escritura: 'Adorarás al Señor tu Dios, y solo a él servirás,'" respondió Jesús.

El diablo llevó a Jesús a Jerusalén, lo puso en la parte más alta del Templo y le dijo: "Si eres el Hijo de Dios, ¡tírate! Porque está escrito en la Escritura: 'Él mandará a sus ángeles para que cuiden de ti, para que te sostengan y tu pie no tropiece'".

"Está escrito en la Escritura: 'No tentarás al Señor tu Dios,'" respondió Jesús. Y cuando el diablo no tuvo más tentaciones para él, se quedó esperando otra oportunidad.

Entonces Jesús regresó a Galilea, lleno del poder del Espíritu. Y la noticia sobre él se difundió por todas partes. Jesús enseñaba en sus sinagogas, y todo el mundo lo alababa. Cuando llegó a Nazaret, la ciudad donde había crecido, entró el sábado a la sinagoga como de costumbre. Y le entregaron el rollo del profeta Isaías. Entonces Jesús lo desenrolló y encontró el lugar donde dice:

"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia al menesteroso. Me ha enviado para proclamar que los prisioneros serán puestos en libertad, los ciegos verán, los oprimidos serán liberados, y para proclamar el tiempo del favor del Señor". Volvió a enrollarlo y lo devolvió al encargado. Entonces se sentó. Y todos en la sinagoga lo miraban.

"Esta Escritura que acaban de oír se ha cumplido hoy", les dijo. Y todos expresaron su aprobación hacia él, asombrados por las palabras que salieron de sus labios. "¿Acaso no es este el hijo de José?" se preguntaban ellos.

Jesús respondió: "Estoy seguro de que ustedes me repetirán este proverbio: 'Médico, ¡cúrate a ti mismo!' y preguntarán: '¿Por qué no haces aquí en tu propia ciudad lo que oímos que hiciste en Capernaúm?' Pero yo les digo la verdad, ningún profeta es aceptado en su propia ciudad. Les aseguro que hubo muchas viudas en Israel durante el tiempo de Elías, cuando hubo una sequía por tres años y medio que causó una gran hambruna por todo el país. Sin embargo, Elías no fue enviado donde ninguna de ellas. Sino que fue enviado a una viuda en Sarepta, ¡en la región de Sidón! Y aunque había muchos leprosos en Israel durante el tiempo de Eliseo, ¡el único que fue sanado fue Naamán, el sirio!"

Cuando oyeron esto, todos los que estaban en la sinagoga se enfurecieron. De un salto se pusieron de pie y lo llevaron fuera de la ciudad. Entonces lo agarraron con violencia y lo llevaron hasta la cima de la montaña sobre la cual estaba construida la ciudad, para lanzarlo del peñasco. Pero él caminó en medio de ellos y siguió su camino.

Entonces Jesús descendió a Capernaúm, una ciudad de Galilea. Y comenzó a enseñarles un sábado. Ellos estaban sorprendidos por lo que enseñaba porque hablaba con autoridad.

En la sinagoga había un hombre que estaba poseído por un demonio. Y gritaba: "¿Qué quieres con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres: ¡El Santo de Dios!"

Jesús lo interrumpió, diciendo: "¡Cállate!" Entonces le ordenó al demonio: "¡Sal de él!" Y lanzándolo al piso delante de ellos, el demonio salió del hombre sin hacerle daño. Y todos estaban sorprendidos y se preguntaban unos a otros: "¿Qué enseñanza es esta? Pues con poder y autoridad da orden de salir a los espíritus malignos ¡y ellos lo hacen!" Y la noticia acerca de Jesús se extendía por toda la región.

Después de marcharse de la sinagoga, Jesús fue a la casa de Simón. La suegra de Simón estaba enferma con una fiebre alta, y los que estaban allí le pidieron ayuda a Jesús. Entonces Jesús fue y se puso en pie junto a ella. Le ordenó a la fiebre que se fuera, y así sucedió. Entonces ella se levantó de inmediato y preparó una comida para ellos. Cuando el sol se puso, trajeron delante de él a todos los enfermos que sufrían de diversas enfermedades. Y Jesús ponía sus manos sobre ellos, uno tras otro, y los sanaba. Salieron demonios de muchas personas, gritando: "Tú eres el hijo de Dios". Pero Jesús los interrumpía y no los dejaba hablar porque ellos sabían que él era el Cristo.

Siendo temprano, a la mañana siguiente, Jesús salió para encontrar algún lugar tranquilo donde pudiera estar en paz. Pero las multitudes siguieron buscándolo, y finalmente lo encontraron. Trataron de detenerlo al salir porque no querían que se fuera.

Pero él les dijo: "Tengo que ir a otras ciudades a contarles la buena noticia del reino de Dios también, porque para esto fui enviado". Entonces Jesús siguió viajando, enseñando la buena noticia en las sinagogas de Judea.

Un día, mientras Jesús estaba junto al Mar de Galilea, muchas personas se amontonaron para escuchar la palabra de Dios. Jesús vio que había dos botes en la orilla, que habían sido dejados allí por los pescadores que se habían ido a lavar sus redes. Entonces Jesús se montó en uno de ellos, el que pertenecía a Simón, y le pidió que lo empujara hacia el agua, un poco más allá de la orilla. Entonces Jesús se sentó en el bote y desde allí les enseñaba a las personas.

Después que terminó de hablar, le dijo a Simón: "Vayamos mar adentro, y lancen sus redes para pescar".

"Señor, trabajamos arduamente toda la noche y no atrapamos nada. Pero si tú lo dices, lanzaré las redes", respondió Pedro.

Habiendo hecho esto, un enorme banco de peces llenó las redes al punto que se rompían. Ellos hicieron señas a los compañeros que estaban en el otro bote, pidiéndoles que vinieran a ayudar. Entonces los otros pescadores vinieron y juntos llenaron ambos botes con peces. Y los botes estaban tan llenos que comenzaban a hundirse.

Cuando Simón Pedro vio lo que había ocurrido, se postró de rodillas ante Jesús. "¡Señor, por favor, aléjate

mí, porque soy un hombre pecador!" exclamó. Porque él y todos los que lo acompañaban estaban totalmente sorprendidos por la pesca que habían hecho. Santiago y Juan, quienes eran hijos de Zebedeo y compañeros de Simón, sentían lo mismo.

"No tengas miedo", le dijo Jesús a Simón. "¡Desde ahora pescarás personas!" Entonces arrastraron los botes hasta la orilla, dejaron todo y siguieron a Jesús.

En cierta ocasión, cuando Jesús estaba visitando una de las aldeas, conoció allí a un hombre que tenía una lepra muy severa. El hombre se postró sobre su rostro al suelo y le suplicó a Jesús: "Por favor, Señor, si quieres puedes limpiarme".

Entonces Jesús se aproximó a él y lo tocó. "Quiero", le dijo. "¡Queda limpio!" Y de inmediato la lepra desapareció.

"No se lo cuentes a nadie", le indicó Jesús. "Ve y preséntate tú ante el sacerdote y lleva la ofrenda ceremonial conforme a la ley de Moisés como prueba de que has sido sanado".

Sin embargo, la noticia acerca de Jesús se esparcía cada vez más. Grandes multitudes venían para escuchar a Jesús y para que los sanara de sus enfermedades. Pero Jesús a menudo solía retirarse a lugares tranquilos para orar.

Un día, mientras Jesús enseñaba, los fariseos y los maestros religiosos que habían venido de Galilea, en Judea, y de Jerusalén, estaban allí sentados. Y el poder sanador del Señor estaba con él y por eso podía sanar. Llegaron unos hombres que traían a un hombre paralítico en una camilla. Trataron de entrar y ponerlo frente a Jesús. Pero no pudieron encontrar la forma de entrar en medio de tanta gente, de modo que subieron al techo e hicieron allí un hueco en el tejado. Luego bajaron al hombre en su camilla, justo en medio de la multitud que estaba frente a Jesús.

Cuando Jesús vio la confianza que ellos tenían en él, dijo al hombre paralítico: "Tus pecados están perdonados".

Los maestros religiosos y los fariseos comenzaron a discutir este hecho. "¿Quién es este que dice blasfemias?" preguntaron. "¿Quién puede perdonar pecados? ¡Solo Dios puede hacerlo!"

Jesús sabía la razón por la que ellos estaban discutiendo, así que les preguntó: "¿Por qué están cuestionando este hecho? ¿Qué es más fácil? ¿Decir tus pecados están perdonados, o decir levántate y camina? Pero yo les demostraré que el Hijo del hombre tiene la autoridad para perdonar pecados aquí en la tierra". Entonces le dijo al hombre paralítico: "Yo te digo: Levántate, recoge tu camilla y vete a casa".

De inmediato el hombre se puso en pie frente a ellos. Recogió la camilla donde había estado acostado, y se fue a casa, alabando a Dios por el camino. Y todos estaban completamente asombrados e impresionados por lo que había ocurrido, y alababan a Dios diciendo: "¡Lo que vimos hoy fue increíble!"

Más tarde, cuando Jesús ya se marchaba de la aldea, vio a un recaudador de impuestos llamado Leví, sentado en su cabina de cobros de impuestos.

"Sígueme", le dijo Jesús. Entonces Leví se levantó, dejó todo, y siguió a Jesús.

Leví organizó un gran banquete en su casa, en honor a Jesús. Muchos recaudadores de impuestos y otras personas estaban entre la multitud que se sentó a comer con ellos. Pero los fariseos y los maestros religiosos fueron a reclamarle a los discípulos de Jesús, diciéndoles: "¿Por qué ustedes comen y beben con los recaudadores de impuestos y pecadores?"

"Las personas que están sanas no necesitan de un médico, pero las personas enfermas sí lo necesitan", respondió Jesús. "No vine a llamar al arrepentimiento a los que viven en rectitud. Vine a llamar a los pecadores".

"Bueno, los discípulos de Juan a menudo ayunan y oran, y los discípulos de los fariseos también lo hacen. Pero tus discípulos no, ellos andan comiendo y bebiendo", le dijeron.

"¿Acaso los invitados a la boda ayunan cuando el novio está con ellos?" preguntó Jesús. "No, pero viene el tiempo cuando el novio será quitado de en medio de ellos. Entonces ellos ayunarán".

Entonces les contó un relato para enseñarles: "Nadie quita un parche de la ropa nueva para remendar la ropa vieja. De lo contrario se arruinaría la ropa nueva, y el parche no quedaría bien con la ropa vieja. Nadie echa vino nuevo en odres viejos, porque si lo hicieran, el vino nuevo rompería los odres. Entonces se dañaría tanto el vino como los odres. El vino nuevo se echa en odres nuevos. Y nadie, después de beber vino viejo quiere vino nuevo, pues dicen: 'el vino viejo sabe mejor'".

Sucedió que un sábado, mientras Jesús caminaba por los campos de trigo, sus discípulos comenzaron a recoger algunas espigas, frotándolas en sus manos, y las comían. Entonces algunos de los fariseos lo cuestionaron, diciéndole: "¿Por qué están ustedes haciendo lo que no está permitido hacer en sábado?"

Jesús respondió: "¿Ustedes nunca han leído lo que David hizo cuando él y sus hombres tuvieron hambre? ¿Y cómo entró a la casa de Dios y tomó el pan consagrado? Lo comió, y lo dio a comer a sus hombres también. Eso tampoco está permitido. El pan consagrado es solo para los sacerdotes".

Entonces les dijo: "El Hijo del hombre es Señor del sábado".

Aconteció que otro sábado Jesús entró a enseñar en la sinagoga. Y había allí un hombre que tenía su mano derecha lisiada. Los maestros religiosos y los fariseos estaban observando a Jesús atentamente para ver si sanaría en sábado. Porque ellos querían encontrar algún motivo para acusarlo.

Pero Jesús sabía lo que había en sus mentes. Entonces le dijo al hombre con la mano lisiada: "Levántate, y ponte en pie aquí delante de todos". Y el hombre se levantó y se quedó allí en pie.

Entonces Jesús se dio vuelta hacia ellos y dijo: "Permítanme hacerles una pregunta: ¿Es legal hacer el bien en sábado, o el mal? ¿Salvar vidas o destruirlas?"

Y miró a su alrededor a todos los que estaban allí. Entonces le dijo al hombre: "Extiende tu mano". Y el hombre lo hizo, y su mano volvió a estar como nueva. Pero ellos se enfurecieron, y comenzaron a analizar respecto a lo que podrían hacerle a Jesús.

Un día, poco tiempo después, Jesús subió a una montaña para orar. Allí se quedó toda la noche, orando a Dios. Cuando llegó la mañana, reunió a sus discípulos,

y eligió a doce de ellos. Estos son los nombres de los apóstoles: Simón (también llamado Pedro por Jesús), Andrés su hermano, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el hijo de Alfeo, Simón el Revolucionario, Judas el hijo de Santiago, y Judas Iscariote (quien llegó a ser el traidor).

Jesús descendió de la montaña con ellos, y se detuvo en un lugar donde había una gran llanura. Estaban rodeados de una multitud de discípulos y muchas otras personas de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y Sidón. Y se habían reunido para escucharlo y para que los sanara de sus enfermedades. Los que estaban aquejados por espíritus malignos también eran sanados. Todos los que estaban en la multitud intentaban tocarlo, porque de él salía poder y los sanaba a todos.

Mirando a sus discípulos, Jesús les dijo: "Cuán felices ustedes los pobres, porque el reino de Dios es de ustedes. Cuán felices ustedes los que ahora tienen hambre, porque comerán todo lo que necesiten. Cuán felices ustedes los que ahora están llorando, porque reirán.

"Cuán felices ustedes cuando la gente los odie, los rechace, los insulte y maldiga sus nombres por mí, que soy el Hijo del hombre. Cuando llegue ese día, estén felices. Salten de alegría porque es grande la recompensa que tienen ustedes en el cielo. No olviden que los ancestros de ellos también maltrataron así a los profetas.

"Pero cuánto pesar por ustedes los ricos, porque ya tienen su recompensa. Cuánto pesar por los que ahora están saciados, porque estarán hambrientos. Cuánto pesar por ustedes los que ahora ríen, porque llorarán y se lamentarán. Cuánto pesar por ustedes cuando todos los alaben. No olviden que sus ancestros también alabaron de esta manera a los falsos profetas.

"Pero yo les digo a todos ustedes que están oyendo: Amen a sus enemigos. Hagan el bien a quienes los odian. Bendigan a quienes los maldicen. Oren por quienes los maltratan. Si alguien los golpea en la mejilla, pongan la otra. Si alguien les quita el abrigo, no se opongan a que les quiten su camisa. Den a cualquiera que les pida. Si alguien les quita algo, no lo pidan de vuelta. Hagan con otros lo que quieren que hagan con ustedes.

"Si ustedes aman a quienes los aman, ¿por qué merecerían algún crédito por ello? Hasta los pecadores aman a quienes los aman. Si ustedes hacen el bien a quienes les hacen el bien, ¿Por qué merecerían algún crédito por eso también? Los pecadores también hacen eso. Si ustedes prestan dinero para que se lo devuelvan, ¿Por qué merecerían crédito por ello? Los pecadores también prestan dinero a otros pecadores, esperando que les devuelvan lo que prestaron. No. Amen a sus enemigos, háganles el bien, y presten sin esperar que les paguen. Entonces recibirán una gran recompensa, y ustedes serán los hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y los malvados. Sean compasivos, como su Padre lo es.

"No juzguen, y ustedes tampoco serán juzgados; no condenen, y ustedes no serán condenados; perdonen, y serán perdonados; den, y recibirán de vuelta con generosidad. ¡Cuando a ustedes les den, será apretado, para que haya lugar para más, y estará desbordándose y derramándose en sus regazos! Porque lo mucho que ustedes den, determinará lo mucho que recibirán".

Entonces ilustró este tema así: "¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerían ambos en una zanja? ¿Acaso los estudiantes saben más que el maestro? Solo cuando lo hayan aprendido todo, entonces serán semejantes a su maestro. ¿Por qué te preocupas por la astilla que está en el ojo de tu hermano, cuando ni siquiera te das cuenta del tronco que está en tu propio ojo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: 'Hermano, déjame sacar la astilla que tienes en tu ojo,' cuando ni siquiera ves la tronco que tienes en tu propio ojo? ¡Hipócrita! Saca primero la tronco que tienes en tu ojo, y entonces podrás ver suficientemente bien para sacar la astilla del ojo de tu hermano.

"Un buen árbol no produce frutos malos, y un árbol malo no produce frutos buenos. Ustedes reconocen un árbol por los frutos que produce. Nadie recoge higos de un arbusto con espinas, ni cosecha uvas de una zarza. La gente buena produce lo que es bueno de las cosas buenas que ellos atesoran de lo que guardan por dentro. Las personas malas producen cosas malas de lo malo que guardan dentro de ellos. Lo que llena las mentes de las personas se evidencia en lo que dicen.

"¿Por qué, entonces, se molestan en llamarme 'Señor, Señor,' si no hacen lo que digo? Les daré el ejemplo de alguien que viene a mí, oye mi instrucción y la sigue. Esa persona es como el hombre que construye una casa. Cava un hueco y establece allí el fundamento sobre la roca sólida. Cuando se desborda el río y las aguas golpean contra aquella casa, la casa no se daña porque está bien construida. La persona que me oye pero no hace lo que yo digo es como un hombre que construye una casa sin fundamentos. Cuando la creciente viene contra la casa, la casa colapsa de inmediato, y queda completamente destruida".

Cuando terminó de hablarle a la gente, Jesús se fue hacia Capernaúm. Allí vivía un centurión que tenía un siervo a quien apreciaba mucho y estaba enfermo, a punto de morir. Cuando el centurión oyó hablar de Jesús, envió a unos ancianos judíos donde Jesús estaba, pidiéndole que viniera a sanar a su siervo.

Cuando los ancianos llegaron donde estaba Jesús, le suplicaron de corazón, diciendo: "Por favor, ven y haz lo que él te pide. Él merece tu ayuda, porque ama a nuestro pueblo y construyó una sinagoga para nosotros".

Jesús fue con ellos, y cuando se aproximaba a la casa, el centurión envió a unos amigos donde Jesús para que le dijeran: "Señor, no te molestes en venir a mi casa, porque no soy digno de ello. Ni siquiera creo que yo sea digno de ir a verte. Solo da la orden, y mi siervo será sanado. Porque yo mismo estoy bajo autoridad de mis superiores, y tengo soldados bajo mi autoridad también. Yo ordeno a uno que vaya, y él va, a otro le ordeno que venga, y él viene. Yo ordeno a mi siervo que haga algo, y él lo hace".

Cuando Jesús oyó esto, se quedó estupefacto. Se dio vuelta hacia la multitud que lo seguía y dijo: "Les digo que no he encontrado una fe como esta ni siquiera en Israel". Entonces los amigos del centurión regresaron a la casa y encontraron al siervo con buena salud.

Poco después de esto, Jesús fue a una ciudad llamada Naín, acompañado de sus discípulos y una gran multitud.

Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, venía en camino una procesión fúnebre. El hombre que había muerto era el único hijo de una viuda, y una enorme multitud de la ciudad la acompañaba. Cuando el Señor la vio se llenó de compasión por ella. "No llores", le dijo. Jesús se dirigió hacia el ataúd, y los portadores del féretro se detuvieron.

Jesús dijo: "Joven, a ti te digo, levántate". El hombre que estaba muerto se incorporó y comenzó a hablar, y Jesús lo entregó de regreso a su madre.

Todos los que estaban allí quedaron impresionados y alababan a Dios, diciendo: "Se ha levantado entre nosotros un gran profeta", y "Dios ha visitado a su pueblo". Y la noticia acerca de Jesús se difundió por toda Judea y sus alrededores.

Los discípulos de Juan le contaron todo esto a él. Entonces él llamó a dos de sus discípulos y les dijo que fueran a ver a Jesús, y le preguntaran: "¿Eres tú el que hemos estado esperando, o debemos esperar a otro?" Y cuando ellos llegaron donde Jesús, le dijeron: "Juan el Bautista nos envió donde ti, para preguntarte: '¿Eres tú el que hemos estado esperando o deberíamos esperar a otro?'"

Justo en ese momento Jesús sanó a muchas personas de sus enfermedades, de espíritus malignos e hizo ver a muchos ciegos.

Entonces Jesús le respondió a los discípulos de Juan: "Vayan y díganle a Juan lo que han visto y oído. Los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos son curados, los sordos oyen, los muertos han vuelto a vivir, y los pobres tienen la buena noticia. Cuán bueno es para los que no se ofenden por mi causa".

Después que los mensajeros de Juan se fueron, Jesús comenzó a decir a la multitud: "Respecto a Juan: ¿Qué esperaban ver ustedes cuando salían a verlo en el desierto? ¿Una caña movida por el viento? ¿Esperaban encontrar a un hombre vestido con ropas finas? No, los que usan ropas elegantes y viven con lujos se encuentran en los palacios. ¿Buscaban a un profeta? Sí, él es un profeta, y les aseguro que él es más que un profeta.

"De él se escribió en la Escritura: 'Mira, yo envío a mi mensajero para que vaya delante de ti y prepare tu camino'.

"¡Yo les digo a ustedes, ningún hombre nacido de mujer es más grande que Juan, pero incluso es menos importante en el reino de Dios es más grande que él!"

Cuando oyeron esto, todos—incluyendo los cobradores de impuestos—siguieron lo que Dios dijo que era lo correcto, pues habían sido bautizados por Juan. Pero los fariseos y los maestros religiosos rechazaban lo que Dios quería que hicieran, porque se habían negado a ser bautizados por Juan.

"¿Con qué compararé a este pueblo?" preguntó Jesús. "¿A qué son semejantes? Son como niños sentados en la plaza del mercado, diciéndose unos a otros: 'Tocamos la flauta para ustedes y ustedes no bailaron; cantamos canciones pero ustedes no lloraron'. Cuando Juan el Bautista vino, él no comía pan ni bebía vino, pero ustedes decían: está poseído por el demonio. Ahora está aquí el Hijo del hombre, y él come y bebe con las personas, pero ustedes dicen: 'Miren, pasa el tiempo comiendo mucha comida y bebiendo mucho vino. Además es amigo de los recaudadores de impuestos y de los pecadores'. ¡Sin embargo, los caminos sabios de Dios son demostrados por todos aquellos que lo siguen!"

Uno de los fariseos invitó a Jesús a comer con él. Y Jesús fue a la casa del Fariseo y se sentó a comer. Pero una mujer, que era una pecadora en esa ciudad, supo que Jesús estaba comiendo en la casa del Fariseo. Se dirigió allí, llevando un frasco con perfume de alabastro. Se arrodilló junto a Jesús y con sus lágrimas mojó sus pies, luego las secó con su cabello. Ella besó sus pies, y luego derramó el perfume sobre ellos.

Cuando el Fariseo que había invitado a Jesús vio esto, pensó: "Si este hombre realmente fuera un profeta, sabría quién es esta mujer que lo está tocando, y qué clase de persona fue. ¡Sabría que ella es una pecadora!"

Jesús alzó la voz y dijo: "Simón, tengo algo que decirte".

"Dime, maestro", respondió él.

"En cierta ocasión, dos personas le debían a un prestamista. Una persona debía quinientos denarios, la otra persona debía solo cincuenta. Ninguna de las dos personas podía devolverle el dinero, así que el prestamista les perdonó las deudas. ¿Cuál de las dos personas lo amará más?"

"Aquella a la que le perdonó más, diría yo", respondió Simón.

"Estás completamente en lo correcto", dijo Jesús. Y dándose vuelta hacia la mujer, le dijo a Simón: "¿Ves a esta mujer? Cuando vine a tu casa, no me ofreciste agua para lavar mis pies. Pero ella ha lavado mis pies con sus lágrimas, y los ha secado con su cabello. Tú no me diste un beso, pero desde que llegué ella no ha parado de besar mis pies. Tú no ungiste mi cabeza con aceite, pero ella derramó perfume sobre mis pies. Así que yo te digo: sus muchos pecados han sido perdonados, por eso ella ama tanto. Pero al que se le perdona poco, solo ama un poco". Entonces Jesús le dijo a la mujer: "Tus pecados han sido perdonados".

Y los que estaban sentados comiendo allí comenzaron a hablar entre ellos, diciendo: "¿Quién es este que incluso perdona pecados?" Pero Jesús le dijo a la mujer: "Tu fe te ha salvado, vete en paz".

Poco después de esto, Jesús fue por las ciudades y aldeas anunciando la buena noticia del reino de Dios. Los doce discípulos iban con él, junto con un grupo de mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y enfermedades: María llamada Magdalena, de quien Jesús había expulsado siete demonios; Juana, la esposa de Chuza, quien era el administrador de Herodes; Susana; y muchas otras que contribuían con sus recursos personales.

En cierta ocasión se reunió una gran multitud que venía de muchas ciudades para verlo. Jesús les hablaba, usando relatos como ilustraciones. "Un granjero salió a sembrar su semilla. Mientras la esparcía, algunas cayeron en el camino, donde las personas las pisaban y las aves se las comían. Algunas cayeron sobre suelo rocoso, y cuando las semillas germinaron se marchitaron por falta de humedad. Algunas otras semillas cayeron entre espinos, y como crecieron juntos, los espinos ahogaron las plantas. Algunas semillas cayeron en buen suelo

y después que crecieron produjeron una cosecha cien veces mayor de lo que se había sembrado". Después que les dijo esto, exclamó: "¡Si ustedes tienen oídos, oigan!"

Pero sus discípulos le preguntaron: "¿Qué quiere decir esta ilustración?"

Jesús respondió: "A ustedes se les han dado entendimiento de los misterios del reino de Dios, pero a los demás se les han dado ilustraciones, de manera que 'aunque ven, realmente no ven; y aunque oyen, realmente no entienden'.

"Este es el significado de la ilustración: la semilla es la palabra. Las semillas que caen en el camino son los que oyen el mensaje, pero el diablo se lleva la verdad de sus mentes a fin de que ellos no puedan confiar en Dios ni salvarse. Las semillas que caen en las rocas son aquellos que oyen y reciben el mensaje con alegría pero no tienen raíces. Creen por un tiempo pero cuando llegan momentos difíciles se rinden. Las semillas que caen entre los espinos son aquellos que oyen el mensaje pero es ahogado por las distracciones de la vida—preocupaciones, riqueza, placer— y no produce nada. Las semillas que son sembradas en buena tierra son aquellos que son honestos y hacen lo correcto. Ellos oyen el mensaje de la verdad, se aferran a él, y por su perseverancia producen buena cosecha.

"Nadie enciende una lámpara y luego la cubre con una cesta, o la esconde bajo la cama. No. Se coloca sobre un lugar alto para que todos los que entran puedan ver la luz. Porque no hay nada oculto que no sea revelado; no hay nada secreto que no llegue a saberse y sea obvio.

"Así que estén atentos a la manera como 'oyen'. A los que han recibido, se les dará más; y los que no reciben, ¡incluso lo que ellos creen que tienen se les quitará!"

Entonces la madre de Jesús y sus hermanos llegaron, pero no pudieron pasar en medio de la multitud para verlo. Entonces le dijeron a Jesús: "Tu madre y tus hermanos están afuera. Quieren verte".

"Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios y hacen lo que ella dice", respondió Jesús.

Un día Jesús dijo a sus discípulos: "Crucemos al otro lado del lago". Así que se subieron a un bote y partieron. Mientras navegaban, Jesús se durmió, y llegó una tormenta sobre el lago. El bote comenzó a inundarse y corrían peligro de hundirse. Entonces ellos fueron donde estaba Jesús y lo despertaron. "Maestro, maestro, ¡vamos a ahogarnos!" dijeron ellos. Jesús entonces se despertó y ordenó al viento y a las fuertes olas que se detuvieran. Y se detuvieron, y todo quedó en calma.

"¿Dónde está su confianza?" les preguntó. Aterrorizados y sorprendidos, ellos se decían unos a otros: "Pero ¿quién es este? ¡Da órdenes a los vientos y a las aguas y éstos le obedecen!"

Entonces navegaron y atravesaron la región de Gerasene, que estaba al otro lado de Galilea. Cuando Jesús descendió del bote a la orilla, un hombre poseído por un demonio vino desde la ciudad a verlo. Por mucho tiempo no había usado ropas ni había vivido en casa alguna. Vivía en las tumbas. Cuando vio a Jesús gritó, se lanzó a los pies de Jesús y le preguntó en voz alta: "¿Qué quieres conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¡Por favor, no me tortures, te lo ruego!" Pues Jesús ya le había ordenado al espíritu maligno que saliera del hombre. A menudo se apoderaba de él, y a pesar de estar atado con cadenas y grilletes, y puesto bajo guardia, él rompía las cadenas y era llevado por el demonio a regiones desiertas.

"¿Cuál es tu nombre?" le preguntó Jesús. "Legión", respondió, pues habían entrado muchos demonios en él. Ellos le rogaban a Jesús que no los mandara al Abismo. Y había un enorme hato de cerdos que comían junto a la ladera, y los demonios le suplicaron que les permitiera entrar en los cerdos. Entonces Jesús les dio permiso, así que ellos dejaron al hombre y entraron en los cerdos. El hato de cerdos salió corriendo por la pendiente empinada hacia el lago y los cerdos se ahogaron.

Cuando los cuidadores de cerdos vieron lo que había ocurrido, salieron corriendo y difundieron la noticia por toda la ciudad y el campo. El pueblo salió a ver lo que había ocurrido. Cuando vinieron donde estaba Jesús, encontraron al hombre libre de demonios. Estaba sentado a los pies de Jesús, usando ropas y en su sano juicio; y se asustaron. Los que habían visto lo ocurrido explicaron cómo había sido curado el hombre endemoniado. Entonces toda la gente de la región de Gerasene le pidió a Jesús que se fuera porque estaban abrumados por el temor. Entonces Jesús entró al bote y regresó. El hombre que había sido liberado de los demonios le suplicó que lo dejara ir con él, pero Jesús le ordenó que se marchara: "Regresa a casa, y cuéntale a la gente todo lo que Dios ha hecho por ti", le dijo Jesús. Así que él se fue, contándole a toda la ciudad todo lo que Jesús había hecho por él.

Había allí una multitud de personas para recibir a Jesús cuando regresara, y todos estaban esperándolo con entusiasmo. Uno de ellos era un hombre llamado Jairo, quien era líder de una sinagoga. Él vino y se postró ante los pies de Jesús. Le suplicó que viniera a su casa porque su única hija estaba muriendo. Y ella tenía aproximadamente doce años de edad.

Aunque Jesús iba de camino, las personas iban amontonándose a su alrededor. Entre la multitud había una mujer que había sufrido de sangrado durante doce años. Y había gastado todo lo que tenía en médicos, pero ninguno de ellos había podido ayudarla. Ella se acercó a Jesús por detrás y tocó el borde de su manto. E inmediatamente el sangrado se detuvo.

"¿Quién me tocó?" preguntó Jesús. Todos los que lo rodeaban negaron haberlo hecho.

"Pero Maestro", dijo Pedro, "hay mucha gente aglomerada a tu alrededor, y todos empujan hacia ti".

"Alguien me tocó", respondió Jesús. "Lo sé porque salió poder de mí".

Cuando la mujer se dio cuenta de que lo que había hecho no quedaría inadvertido, pasó al frente, temblando, y se postró delante de Jesús. Justo allí frente a todos ella explicó la razón por la que había tocado a Jesús, y que había sido curada de inmediato.

Jesús le dijo: "Hija, tu fe te ha sanado, vete en paz".

Mientras aún hablaba, alguien vino de la casa del líder de la sinagoga para decirle: "Tu hija murió. Ya no necesitas molestar más al maestro".

Pero cuando oyó esto, Jesús le dijo a Jairo: "No tengas miedo. Si crees, ella será sanada".

Cuando Jesús llegó a la casa, no permitió que nadie más entrara, excepto Pedro, Juan y Santiago, y el padre y la madre de la niña. Todas las personas que estaban allí lloraban y se lamentaban por ella.

"No lloren", les dijo Jesús. "Ella no está muerta, solo está durmiendo". Entonces ellos se rieron de él, porque sabían que ella estaba muerta. Pero Jesús la tomó de la mano, y dijo en voz alta: "Hija mía, ¡levántate!"

Entonces ella volvió a vivir, y se levantó enseguida. Y Jesús les indicó que le dieran algo de comer. Sus padres estaban asombrados por lo que había sucedido, pero Jesús les dio instrucciones de no contarle a nadie sobre ello.

Jesús reunió a sus doce discípulos. Y les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y el poder para sanar enfermedades. Entonces los envió para que proclamaran el reino de Dios y para que sanaran a los enfermos.

"No lleven nada para el viaje", les dijo. "No lleven bastón, no lleven bolsas, no lleven pan, no lleven dinero, ni siquiera ropa adicional. Cualquier casa en la que entren, quédense allí, y cuando deban irse, váyanse de allí. Si la gente se niega a aceptarlos, sacudan el polvo de sus pies cuando abandonen la ciudad como una advertencia contra ellos". Entonces ellos partieron y se fueron a las aldeas, anunciando la buena noticia y sanando por dondequiera que iban.

Herodes el tetrarca había oído sobre todas las cosas que estaban pasando, y estaba muy perplejo. Algunos decían que Juan se había levantado de entre los muertos; otros decían que había aparecido Elías; y también había otros que decían que uno de los antiguos profetas había vuelto a vivir.

Herodes dijo: "No hay duda de que yo decapité a Juan. ¿Quién es este hombre, entonces? Estoy oyendo todas estas cosas de él". Y Herodes trataba de buscar una manera de conocer a Jesús.

Cuando los apóstoles regresaron, le informaron a Jesús lo que habían hecho. Entonces él se fue con ellos y se dirigieron a una ciudad llamada Betsaida. Sin embargo, las multitudes lo encontraron cuando se iba y lo siguieron. Él los recibió y les explicó el reino de Dios, y sanó a todos los que necesitaban ser sanados.

Siendo más tarde ese día, los doce discípulos vinieron donde él estaba y le dijeron: "Debes despedir ahora a la multitud para que puedan ir a las aldeas y encuentren un lugar donde quedarse y alimento para comer, pues estamos alejados de todo aquí".

"¡Dénles ustedes de comer!" dijo Jesús.

"Lo único que tenemos son cinco panes y dos peces, a menos que quieras que vayamos y compremos alimento para todos", dijeron ellos. Y había aproximadamente cinco mil hombres allí.

"Siéntenlos en grupos de aproximadamente cincuenta personas", dijo a sus discípulos. Los discípulos lo hicieron y todos se sentaron. Entonces Jesús tomó los cinco panes y los dos peces, y alzando su vista al cielo, bendijo el alimento y lo partió en pedazos. Y continuó entregando el alimento a los discípulos para que lo compartieran con la gente. Todos comieron hasta que quedaron saciados, y luego se recogieron doce canastas con lo que quedó.

En otra ocasión, cuando Jesús estaba orando en privado solamente con sus discípulos, les preguntó: "Toda esta multitud de personas, ¿quién dicen que soy?"

"Algunos dicen que eres Juan el Bautista, otros dicen que Elías, y todavía otros dicen que eres uno de los antiguos profetas que resucitó de entre los muertos", respondieron ellos.

"¿Y ustedes?" preguntó él. "¿Quién dicen ustedes que soy yo?"

"El Mesías de Dios", respondió Pedro.

Entonces Jesús les dio instrucciones estrictas de no contarle a nadie sobre ello. "El Hijo del hombre tendrá que experimentar horribles sufrimientos", dijo. "Será rechazado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes, y por los maestros religiosos. Lo matarán, pero el tercer día se levantará de nuevo".

"Si alguno de ustedes quiere seguirme debe negarse así mismo, tomar su cruz diariamente, y seguirme", les dijo Jesús a todos ellos. "Porque si ustedes quieren salvar sus vidas, la perderán; y si pierden su vida por mi causa, la salvarán. ¿Qué valor tiene que ganen el mundo entero si al final terminan perdidos o destruidos? Si ustedes se avergüenzan de mí y de mi mensaje, el Hijo del hombre se avergonzará de ustedes cuando venga en su gloria, y en la gloria del Padre, junto a los santos ángeles. Les digo la verdad, algunos de los que están aquí no probarán la muerte hasta que vean el reino de Dios".

Aproximadamente ocho días después de haberles dicho esto, Jesús llevó consigo a Pedro, Juan y Santiago y subió a una montaña para orar. Mientras oraba, la apariencia de su rostro cambió, y su ropa se volvió blanca, tanto que deslumbraba a la vista. Entonces aparecieron dos hombres rodeados de una gloria brillante. Eran Moisés y Elías, y comenzaron a hablar con Jesús. Hablaban de su muerte, la cual ocurriría en Jerusalén.

Pedro y los otros dos discípulos estaban dormidos. Cuando se despertaron vieron a Jesús en su gloria, y a los dos hombres que estaban de pie junto a él. Cuando los dos hombres estaban a punto de marcharse, Pedro le dijo a Jesús, "Maestro, es grandioso estar aquí. Hagamos unos refugios: uno para ti, uno para Moisés, y uno para Elías". Pero Pedro en realidad no sabía lo que estaba diciendo.

Mientras aún hablaba, vino una nube y los cubrió. Y ellos estaban aterrorizados mientras la nube los cubría.

Y una voz habló desde la nube, diciendo: "Este es mi Hijo, el Escogido. ¡Escúchenlo a él!" Y cuando la voz terminó de hablar, Jesús estaba solo. Ellos se guardaron esto, y no le contaron a nadie en ese momento sobre lo que habían visto.

Al día siguiente, cuando ya habían descendido de la montaña, una gran multitud estaba esperando para ver a Jesús. Y un hombre que estaba entre la multitud gritó: "Maestro, por favor, mira a mi hijo. Es mi único hijo. Pero un espíritu toma posesión de él y comienza a gritar, haciéndolo convulsionar y botar espuma por la boca. Casi nunca lo deja en paz y le causa mucho sufrimiento. Le rogué a tus discípulos que lo expulsaran, pero no pudieron hacerlo".

"¡Qué pueblo tan incrédulo y corrupto son ustedes! ¿Hasta cuándo tendré que estar aquí con ustedes y

soportarlos?" dijo Jesús. "Trae aquí a tu hijo". Incluso cuando el niño se aproximaba, el demonio lo hizo convulsionar, lanzándolo al suelo. Pero Jesús intervino, reprendiendo al espíritu maligno y sanando al niño, y luego lo entregó de vuelta a su padre. Todos estaban asombrados por esta demostración del poder de Dios. Sin embargo, aunque todos estaban impresionados por todo lo que él hacía, Jesús les advirtió a sus discípulos: "Escuchen con atención lo que les digo: el Hijo del hombre está a punto de ser entregado en manos de hombres".

Pero ellos no entendian lo que queria decir. Su significado estaba oculto para ellos para que no comprendieran las implicaciones, y ellos tenían miedo de preguntar al respecto.

Entonces comenzó un debate entre los discípulos sobre quién de ellos era el más importante. Pero Jesús, sabiendo la razón por la que discutían, tomó un niño pequeño y lo colocó a su lado.

Entonces les dijo: "Todo aquél que acepta a este niño en mi nombre, me acepta a mí, y todo aquél que me acepta a mí, acepta al que me envió. El menos importante entre todos ustedes es el más importante".

Juan levantó la voz, diciendo: "Maestro, vimos a alguien expulsando demonios en tu nombre y tratamos de detenerlo porque no era uno de nosotros".

"No lo detengan", respondió Jesús. "Todo el que no está contra ustedes, está a favor de ustedes".

Cuando se acercaba el tiempo de ascender al cielo, Jesús decidió con determinación ir a Jerusalén. Entonces envió mensajeros para que fueran adelante a una aldea samaritana, para que alistaran las cosas para él. Pero la gente no lo recibió porque él iba de camino hacia Jerusalén. Cuando Santiago y Juan vieron esto, le preguntaron a Jesús: "Maestro, ¿quieres que invoquemos fuego del cielo para quemarlos?" Pero Jesús se dio vuelta y los reprendió. Entonces siguieron hasta la siguiente aldea.

Mientras caminaban, un hombre le dijo a Jesús: "¡Te seguiré a dondequiera que vayas!"

Entonces Jesús le dijo al hombre: "Las zorras tienen sus guaridas, y las aves silvestres tienen sus nidos, pero el Hijo del hombre ni siquiera tiene un lugar donde recostar su cabeza".

A otro hombre le dijo: "Sígueme". Pero el hombre respondió: "Maestro, primero déjame ir y enterrar a mi padre".

"Deja que los muertos entierren a sus propios muertos", le respondió Jesús. "Tú ve y proclama el reino de Dios".

Otro hombre dijo: "¡Señor, yo te seguiré! Pero primero déjame ir a casa y despedirme de mi familia".

Pero Jesús le dijo: "Ninguna persona que ha empezado a labrar y mira hacia atrás está apto para el reino de Dios".

Después de esto, el Señor designó a otros setenta discípulos, y los envió de dos en dos a cada ciudad y lugar que él planeaba visitar.

"La cosecha es grande, pero hay pocos trabajadores", les dijo. "Oren para que el Señor de la cosecha envíe trabajadores a sus campos. Así que sigan su camino: yo los envío como ovejas en medio de lobos. No lleven dinero, ni bolsas, ni calzado adicional, y no gasten tiempo hablando con las personas que se encuentren. Toda casa donde entren, digan en primer lugar: 'Que la paz esté en esta casa'. Si hay alguna persona pacífica viviendo allí, entonces la paz de ustedes estará con ellos; si no, la paz regresará a ustedes. Quédense en esa casa, coman y beban todo lo que allí les brinden, pues un trabajador merece su pago. No vayan de una casa a otra. Si llegan a una ciudad y las personas de allí los reciben, entonces coman lo que esté frente a ustedes y sanen a los que estén enfermos. Díganles: 'El reino de Dios ha venido a ustedes'. Pero si llegan a una ciudad y las personas no los reciben, vayan por las calles y díganles: 'Sacudimos hasta el polvo de esta ciudad de nuestros pies para mostrarles nuestro descontento. Pero reconozcan esto: el reino de Dios ha llegado'.

"Les aseguro que en el Día del Juicio será mejor la suerte de Sodoma que la de esa ciudad. ¡Lástima por ti, Corazín! ¡Lástima por ti, Betsaida! Porque si los milagros que ustedes vieron hubieran ocurrido en Tiro y Sidón, ya ellos se habrían arrepentido hace mucho tiempo, y estarían sentándose en cilicio y cenizas. Es por eso que en el juicio Tiro y Sidón tendrán mejor suerte que ustedes. Y tú, Capernaúm, no serás exaltada en el cielo; tú descenderás al Hades.

"Todo el que los oye a ustedes me oye a mí, y todo el que los rechaza a ustedes me rechaza a mí. Pero cualquiera que me rechaza a mí, rechaza al que me envió".

Los setenta discípulos regresaron con gran emoción, diciendo: "¡Señor, hasta los demonios hacen lo que les decimos en tu nombre!"

Y Jesús respondió: "Yo vi a Satanás caer como un rayo del cielo. Sí, yo les he dado poder para pisar sobre serpientes y escorpiones, y para vencer toda la fuerza del enemigo, y nada les hará daño. Pero no se deleiten en que los espíritus hagan lo que ustedes les dicen, solo alégrense de que los nombres de ustedes estén escritos en el cielo".

En ese momento Jesús fue lleno con el gozo del Espíritu Santo, y dijo: "¡Gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque tú ocultaste estas cosas de los sabios e inteligentes y las revelaste a tus hijos! Sí, Padre, tú te complaciste en hacerlo así.

"Mi padre me ha entregado todo. Nadie entiende al Hijo, excepto el Padre, y nadie entiende al Padre, excepto el Hijo y aquellos a quienes el Hijo elige para relevarles al Padre".

Cuando estaban solos, Jesús se volvió hacia sus discípulos y les dijo: "¡Estos que ven lo que ustedes están viendo deberían estar muy felices! Yo les digo que muchos profetas y reyes han querido ver lo que ustedes están viendo, pero ellos no vieron, y querían oír las cosas que ustedes están oyendo, pero no oyeron".

En cierta ocasión, un experto en leyes religiosas se levantó y quiso ponerle una trampa a Jesús: "Maestro", preguntó, "¿Qué debo hacer para ganar la vida eterna?"

"¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué has leído?" preguntó Jesús.

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con todo tu espíritu, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo", respondió el hombre.

"Estás en lo cierto", le dijo Jesús. "Haz esto, y vivirás".

Pero el hombre quería vindicarse, así que le preguntó a Jesús: "¿Y quién es mi prójimo?"

Jesús respondió, diciendo: "Un hombre descendía de Jerusalén hacia Jericó. Y fue asaltado por unos ladrones, quienes lo desnudaron y lo golpearon, dejándolo casi muerto. Sucedió que un sacerdote iba por el mismo camino. Este vio al hombre, pero siguió de largo, tomando el otro lado del camino. Luego pasó un levita. Pero cuando llegó al lugar y vio al hombre, también siguió de largo por el otro lado del camino.

"Finalmente pasó un samaritano. Cuando pasaba por allí, vio al hombre y sintió compasión por él. Se le acercó y curó sus heridas con aceite y vino, y les puso vendas. Entonces puso al hombre sobre su asno y lo llevó a una posada, y allí cuidó de él. Al día siguiente le entregó dos denarios al propietario de la posada y le dijo: 'Cuida de él, y si gastas más de esta cantidad, yo te pagaré cuando regrese'. ¿Cuál de estos tres hombres crees que fue el prójimo del hombre que fue atacado por los ladrones?"

"El que fue bondadoso", respondió el hombre.

"Ve y haz tu lo mismo", le dijo Jesús.

Mientras iban de camino, Jesús llegó a una aldea, y una mujer llamada Marta lo invitó a su casa. Ella tenía una hermana llamada María, quien se sentó a los pies del Señor y escuchaba su enseñanza. Marta estaba preocupada por todas las cosas que debían hacerse para preparar la comida, así que vino donde Jesús y le dijo: "Maestro, ¿no te preocupa que mi hermana me ha dejado haciendo todo el trabajo a mí sola? ¡Dile que venga y me ayude!"

"Marta, Marta", respondió el Señor, "estás preocupada y alterada por esto. Pero solo una cosa es realmente necesaria. María ha elegido lo correcto, y no se le quitará".

Un día, Jesús estaba orando en cierto lugar. Y cuando terminó de orar, uno de sus discípulos le pidió: "Señor, por favor enséñanos a orar, así como Juan enseñó a sus discípulos".

Jesús les dijo: "Cuando oren, digan: 'Padre, que tu nombre sea santificado. Que tu reino venga. Danos cada día el alimento que necesitamos. Perdónanos nuestros pecados, así como nosotros perdonamos a todos los que pecan contra nosotros. Guárdanos de la tentación'".

Luego Jesús siguió diciéndoles: "Supongan que tienen un amigo, y ustedes van a su casa en medio de la noche y le dicen: 'Amigo, préstame tres panes porque ha venido un amigo a visitarme y no tengo alimento para brindarle'. Entonces ese amigo responde desde el fondo de la casa, diciendo: 'No me molestes, ya cerré la puerta con llave y mis hijos y yo ya nos acostamos a dormir. Ahora no puedo levantarme a darte nada'. Les aseguro que aunque ese amigo se niegue a levantarse y darles algo, a pesar de ser su amigo, si ustedes insisten, su amigo se levantará y les dará lo que necesitan.

"Les digo entonces: pidan, y recibirán; busquen, y encontrarán; toquen puertas, y las puertas se abrirán para ustedes. Porque todo el que pide, recibe; todo el que busca, encuentra; y a todo el que toca la puerta, se le abre. ¿Quién de ustedes, siendo padre, si su hijo le pide un pescado, le dará una serpiente en lugar de ello? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? De modo que si ustedes, siendo malos, aun así saben darles cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más el Padre celestial le dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan?"

Sucedió que Jesús estaba expulsando un demonio que había vuelto mudo a un hombre. Cuando el demonio salió, el hombre que había estado mudo pudo hablar, y la multitud estaba asombrada. Pero algunos de ellos dijeron: "Él está expulsando demonios usando el poder de Belcebú, el príncipe de los demonios". Otros estaban tratando de probar a Jesús pidiéndole una señal milagrosa del cielo.

Pero Jesús sabía lo que ellos pensaban y dijo: "Todo reino dividido contra sí mismo, será destruido. Una familia dividida contra sí misma, caerá. Si Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo podría permanecer su reino? Ustedes dicen que yo expulso demonios por el poder de Belcebú. Pero si es así, ¿con qué poder los expulsan los hijos de ustedes? ¡Ellos mismos los condenarán por estar equivocados!

"Sin embargo, si yo expulso demonios por el poder de Dios, entonces eso prueba que el reino de Dios ha venido. ¡Está justo aquí entre ustedes! Cuando un hombre fuerte está armado y cuida su casa, todo lo que posee está seguro. Pero si viene un hombre más fuerte y lo vence, quitándole todas sus armas, de las cuales dependía, entonces este puede llevarse todas sus posesiones. Todo el que no está conmigo, está contra mí, y todo el que no está edificando conmigo, está derribándolo todo.

"Cuando un espíritu maligno sale de alguien, anda por el desierto buscando un lugar donde quedarse. Pero cuando no encuentra lugar, dice: 'Regresaré a la casa de donde salí'. Y cuando regresa, la encuentra barrida y arreglada. Entonces va y busca a otros siete espíritus peores que él, y ellos vienen a vivir allí. Y al final ese hombre llega a ser peor que como era antes".

Mientras hablaba, una mujer entre la multitud gritó: "Bendito el vientre del cual naciste y los pechos que te alimentaron". Pero Jesús dijo: "Más benditos aún son los que oyen la palabra de Dios y siguen sus enseñanzas".

A medida que la gente se amontonaba a su alrededor, Jesús comenzó a decir: "Esta es una generación maligna, pues están buscando una señal milagrosa, pero no se les dará ninguna señal, sino la señal de Jonás. Del mismo modo que Jonás fue una señal para el pueblo de Nínive, así el Hijo del hombre será una señal para esta generación. La reina del sur se levantará en el juicio junto con la gente de su generación y los condenará, porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, ¡Y ahora está aquí uno que es más importante que Salomón! El pueblo de Nínive se levantará en el juicio junto con su generación, y condenarán a esta generación, porque ellos se arrepintieron cuando oyeron el mensaje de Jonás, ¡Y ahora está aquí uno que es más importante que Jonás! Nadie enciende una lámpara y luego la esconde bajo un tazón. No, la lámpara se coloca en un lugar alto para que todos los que entran a la casa pueda ver la luz. El ojo es la lámpara del cuerpo. Cuando tu ojo es bueno, todo tu cuerpo está lleno de luz. Pero cuando tu ojo es malo, tu cuerpo está en la oscuridad. Entonces asegúrate de que la luz que crees tener en ti, no sea realmente oscuridad.

Si todo tu cuerpo está lleno de luz, sin áreas oscuras, entonces está completamente iluminado, como si una lámpara te iluminara con su luz".

Después de que Jesús terminó de hablar, un Fariseo lo invitó para que fuera a comer con él. Entonces Jesús fue y se sentó a comer. El Fariseo estaba sorprendido porque Jesús no se lavó las manos antes de comer, como se requería ceremonialmente. Entonces el Señor le dijo: "Ustedes los fariseos limpian la parte externa de la taza y del plato, pero por dentro están llenos de avaricia y maldad. ¡Son tan necios ustedes! ¿No piensan que Aquél que hizo la parte externa también hizo la parte interna? Si, actuando desde su interior, realizan actos de bondad hacia otros, entonces todo estará limpio en ustedes. ¡Qué lástima por ustedes, fariseos! Porque ustedes diezman las hierbas y las plantas, pero descuidan la justicia y el amor de Dios. A esto último ustedes deben prestar atención, sin dejar de hacer lo primero. ¡Qué lástima me dan ustedes, fariseos! Porque a ustedes les encanta tener los mejores asientos en las sinagogas, y ser saludados con respeto cuando van a las plazas del mercado. ¡Qué lástima por ustedes! Son como tumbas sin marcar, sobre las cuales camina la gente sin saberlo".

Uno de los expertos en leyes religiosas reaccionó, diciendo: "¡Maestro, cuando hablas así, también nos insultas a nosotros!"

Entonces Jesús respondió: "¡Qué lástima me dan ustedes, intérpretes de la ley! Porque ustedes ponen sobre la gente cargas difíciles de soportar, pero ustedes no mueven ni un dedo por ayudarlos. ¡Qué lástima me dan ustedes! ¡Ustedes construyen tumbas en honor a los profetas, pero fueron sus propios padres quienes los mataron! Al hacer esto, ustedes son testigos que muestran estar de acuerdo con lo que sus padres hicieron. ¡Ellos mataron a los profetas, y ustedes construyeron sus tumbas!

"Por eso es que Dios en su sabiduría dijo: 'Les enviaré profetas y apóstoles; a algunos los matarán, y a otros los perseguirán'. Por lo tanto, esta generación será responsable de la sangre derramada por todos los profetas, desde la creación del mundo, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, quien fue asesinado entre el altar y el santuario. Sí, yo les aseguro que esta generación será responsable de ello. ¡Qué lástima me dan ustedes! Pues le han quitado a la gente la llave de las puertas del conocimiento. Ni ustedes entraron, ni permitieron que otros entraran".

Cuando Jesús se iba, los maestros religiosos y los fariseos comenzaron a atacarlo duramente, haciéndole preguntas para provocarlo. Ellos esperaban atraparlo, tratando de que él dijera algo que pudieran usar contra él.

Mientras tanto, la multitud había crecido hasta llegar a ser miles, y se empujaban unos a otros. Jesús habló primero con sus discípulos. "Cuídense de la levadura de los fariseos, de la hipocresía. Porque no hay nada oculto que no se revele, nada secreto que no llegue a saberse. Todo lo que ustedes hayan dicho en la oscuridad, se oirá a plena luz, y todo lo que ustedes susurren en privado será anunciado desde las azoteas. Les aseguro, mis amigos, no tengan miedo de los que matan el cuerpo, porque cuando lo hayan hecho, no hay nada más que puedan hacer. Déjenme aclararles a qué deben tenerle miedo: Teman a quien después de haber matado el cuerpo, tiene el poder de lanzarlo en el Gehena. De ese deben tener miedo. ¿Acaso no se venden cinco gorriones por dos centavos? Pero Dios no se olvida de ninguno de ellos. Incluso los cabellos de sus cabezas han sido contados. ¡No tengan miedo, pues ustedes valen más que dos gorriones!

"Les aseguro que aquellos que declaran que me pertenecen, el Hijo del hombre también dirá que le pertenecen, delante de los ángeles de Dios. Pero aquellos que me niegan, también serán negados ante los ángeles de Dios. Todo el que habla en contra del Hijo del hombre, será perdonado, pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no será perdonado.

"Cuando sean llevados para ser juzgados en las sinagogas, ante los gobernantes, y las autoridades, no tengan miedo sobre cómo van a defenderse, o lo que dirán. El Espíritu Santo les enseñará en ese momento lo que es importante que digan".

Y uno que estaba en la multitud le preguntó a Jesús: "Maestro, por favor, dile a mi hermano que comparta su herencia conmigo".

"Amigo mío", respondió Jesús, "¿Quién me designó como juez para decidir si esa herencia debe dividirse?" Entonces le dijo a la gente: "Estén alerta, y cuídense de todo pensamiento y acción de avaricia, pues la vida de una persona no se mide por la cantidad de posesiones que tiene".

Entonces les contó un relato como ilustración: "Había un hombre rico que poseía una tierra que era muy productiva. Después de pensar bien las cosas, este hombre pensó para sí: '¿Qué haré? No tengo dónde guardar mis cosechas'. 'Ya sé lo que haré', concluyó. 'Derribaré mis graneros y construiré unos más grandes, y luego podré guardar todas las cosechas y todas mis posesiones. Entonces podré decirme a mí mismo: Tienes suficiente para vivir por muchos años, así que relájate, come, bebe y diviértete'. Pero Dios le dijo: '¡Hombre necio! Esta misma noche vienen a quitarte la vida, ¿quién se quedará entonces con todo lo que has guardado?' Esto es lo que ocurre con las personas que acumulan riqueza para sí mismas, pero no son ricos en relación con Dios".

Entonces Jesús le dijo a sus discípulos: "Por eso les digo que no se preocupen por las cosas de la vida, por lo que van a comer, o por la ropa que deben usar. La vida es más que el comer, y el cuerpo es más que el vestir. Miren las aves. Ellas no cosen ni recogen cosechas, no tienen graneros ni almacenes, pero Dios las alimenta. ¡Y ustedes son mucho más valiosos que las aves! ¿Acaso pueden ustedes añadir una hora a su vida preocupándose por ello? Si no pueden hacer nada por cosas tan pequeñas, ¿por qué preocuparse por lo demás? Piensen en los lirios y cómo crecen. Ellos no trabajan ni hilan para hacer ropa, pero yo les aseguro que ni siquiera Salomón en toda su gloria usó vestidos tan hermosos como uno de ellos.

"Así que si Dios viste los campos con flores tan hermosas, que hoy están aquí y mañana son quemadas para calentar un horno, ¡cuánto más Dios los vestirá a ustedes, hombres de poca fe! No se preocupen por lo que van a comer o beber, no se preocupen por ello. To-

das estas son las cosas por las que se preocupa la gente en el mundo, pero su Padre sabe que ustedes las necesitan. Busquen el reino de Dios, y se les darán estas cosas también. No tengan miedo, pequeño rebaño, porque su Padre se alegra en darles el reino. Vendan lo que tienen, y denle el dinero a los pobres. Tomen tesoros que no se agotan: tesoros en el cielo que nunca se acabarán, donde ningún ladrón puede robarlo, ni el moho puede destruirlo. Porque sus corazones estarán donde esté su tesoro.

"Vístanse y estén listos, y mantengan sus lámparas encendidas, como siervos que esperan a su maestro cuando regrese de la fiesta de bodas, preparados para abrir rápidamente cuando él llegue y toque la puerta. Cuán bueno será para los siervos a quienes el maestro encuentre despiertos cuando él regrese. ¡Les aseguro que el maestro se vestirá, los mandará a sentarse para comer, y él mismo les servirá a ellos!

"Incluso si llega a la media noche, o antes del amanecer, ¡cuán bueno será para ellos si los encuentra despiertos y listos! Pero recuerden esto: si el dueño de una casa supiera cuándo viene un ladrón, permanecería alerta y no dejaría que entre en su casa. Ustedes también deben estar listos, porque el Hijo del hombre viene cuando ustedes no lo esperan".

"Este relato que nos cuentas, ¿es solamente para nosotros, o es para todos?" preguntó Pedro.

El Señor respondió: "¿Quién es el mayordomo fiel y sabio, el miembro de la familia a quien el dueño encarga para que reparta el alimento a su debido tiempo? Será bueno para ese siervo cuando su amo regrese y lo encuentre haciendo su deber. Les aseguro, que el amo de la casa pondrá a ese siervo a cargo de todo. Pero ¿qué sucedería si el siervo pensara: 'Mi amo se está demorando en venir,' y entonces comenzara a golpear a los otros siervos, hombres y mujeres, festejando y emborrachándose? El amo de ese siervo regresará sorpresivamente un día, en el momento que no lo esperaba el siervo, y lo castigará severamente, tratándolo como un completo siervo infiel.

"Ese siervo, que sabía lo que su amo quería, pero no se preparó ni siguió sus instrucciones, será golpeado con severidad; pero el siervo que no sabía e hizo cosas que merecían castigo, solo recibirá un castigo suave. Porque a aquellos a quienes se les entrega mucho, se les exigirá mucho, y a aquellos a quienes se les confió más, se les exigirá más. ¡Yo he venido a prenderle fuego a la tierra, y en realidad desearía que ya estuviera ardiendo! ¡Pero tengo un bautismo por el cual pasar, y estoy en agonía, deseando que ya termine! ¿Ustedes creen que vine a traer paz a la tierra? No, les aseguro que traigo división. Desde ahora, si hay cinco personas en una familia, estarán divididos unos contra otros: tres contra dos, y dos contra tres. Estarán divididos unos contra otros: el padre contra el hijo, el hijo contra el padre, la madre contra la hija, la hija contra la madre, la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra".

Entonces Jesús les habló a las multitudes: "Cuando ustedes ven una nube que se levanta en el oeste, de inmediato dicen: 'va a llover,' y así sucede. Cuando sopla un viento del sur, ustedes dicen: 'va a hacer calor,' y así ocurre. Hipócritas, ¿cómo es posible que sepan interpretar correctamente el estado del clima, pero no sepan interpretar el tiempo presente? ¿Por qué no piensan por ustedes mismo y juzgan lo que es recto? Cuando vayan a la corte con la persona que los acusa, deben tratar de llegar a un acuerdo mientras van por el camino. De lo contrario, podrían ser arrastrados ante el juez, y el juez los mandará ante el oficial, y el oficial los llevará a la prisión. Les aseguro que no saldrán de ahí hasta que hayan pagado el último centavo".

Fue aproximadamente en esos días que algunas personas le contaron a Jesús que Pilato había asesinado a unos galileos mientras estos ofrecían sacrificios en el Templo. "¿Ustedes creen que estos galileos eran peores que cualquier otro galileo por el hecho de haber sufrido así?" preguntó Jesús. "No, les aseguro que no. Pero a menos que se arrepientan, ustedes perecerán también. ¿Qué hay de las dieciocho personas que murieron cuando la torre de Siloé les cayó encima? ¿Creen que ellos eran las peores personas de toda Jerusalén? Les aseguro que no. Pero a menos que se arrepientan, ustedes perecerán también".

Entonces les contó este relato a manera de ilustración. "Había un hombre que tenía una higuera plantada en su viña. El hombre fue buscar frutos en el árbol, pero no encontró ninguno. Entonces le dijo al jardinero: 'Mira, por tres años he venido a buscar fruto y no encuentro nada. ¡Córtalo! ¿Por qué tenerlo aquí ocupando espacio?'

"'Mi señor,' respondió el hombre, 'por favor, déjalo por un año más. Yo haré un hueco a su alrededor y le pondré fertilizante. Y si produce fruto, estará bien. Si no, entonces córtalo'".

Aconteció que Jesús estaba enseñando un sábado en la sinagoga, y estaba allí una mujer que había estado lisiada durante dieciocho años por culpa de un espíritu maligno. Ella estaba encorvada y no podía pararse erguida. Cuando Jesús la miró, la llamó y le dijo: "Has sido liberada de tu enfermedad". Entonces puso sus manos sobre ella e inmediatamente ella se paró erguida, y alababa a Dios.

Sin embargo, el líder de la sinagoga estaba molesto porque Jesús había sanado en sábado. Entonces dijo a la multitud: "Hay seis días para trabajar. Vengan para ser sanados en esos días, no el sábado".

Pero el Señor le respondió: "¡Hipócrita! ¿Acaso todos ustedes no atan y desatan su buey o asno del establo y lo llevan a beber agua? ¿Por qué esta mujer, esta hija de Abraham, a quien Satanás ha tenido atada por dieciocho años, no podría ser desatada y liberada hoy sábado?"

Y lo que dijo avergonzó a sus opositores, pero todos en la multitud estaban deleitados por todas las cosas asombrosas que hacía.

Entonces Jesús preguntó: "¿A qué es semejante el reino de Dios? ¿Con qué podría compararlo? Es como una semilla de mostaza que plantó un hombre en su jardín. Esta semilla creció y se convirtió en un árbol, y las aves vinieron e hicieron nidos en sus ramas".

Entonces volvió a preguntar: "¿Con qué compararé el reino de Dios? Es como la levadura que tomó una mujer y la mezcló con tres medidas de harina, la cual hizo crecer toda la masa".

Y Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, enseñando mientras iba de camino hacia Jerusalén.

Alguien le preguntó: “Señor, ¿se salvarán solamente unos cuantos?”

Y Jesús le respondió: “Esfuérzate por entrar por la puerta estrecha, porque te aseguro que muchos tratarán de entrar, y no lo lograrán. Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, ustedes estarán afuera tocando, y diciendo: ‘Señor, por favor, ábrenos la puerta’. Pero él les responderá: ‘No los conozco, ni sé de dónde vienen’. Entonces ustedes dirán: ‘¡Pero nosotros comimos y bebimos contigo, y tu enseñabas en nuestras calles!’ Y él responderá: ‘Les aseguro que no los conozco ni sé de dónde vienen. ¡Váyanse de aquí, hacedores del mal!’ Habrá llanto y crujir de dientes cuando vean a Abraham, Isaac, Jacob, y a todos los profetas en el reino de Dios, pero ustedes serán echados fuera. Vendrán personas del este y del oeste, del norte y del sur, y se sentarán a comer en el reino de Dios. Porque los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos”.

En ese momento, unos fariseos vinieron donde estaba Jesús y le dijeron: “Deberías irte de aquí. ¡Herodes quiere matarte!”

Entonces Jesús respondió: “Vayan y díganle a ese zorro que yo seguiré expulsando demonios y sanando gente hoy y mañana, y el tercer día lograré lo que vine a hacer. Pues de alguna manera debo seguir mi camino hoy y mañana, y pasado mañana. ¡Porque no sería correcto que un profeta muera fuera de Jerusalén!

“¡Oh Jerusalén, Jerusalén, tú matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a todos tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, pero tú no quisiste! Mira, tu casa ha quedado desolada, y te aseguro que no me verás de nuevo hasta que digas: ‘Bendito es el que viene en el nombre del Señor’”.

Cierto sábado, Jesús fue a comer en la casa de uno de los líderes de los fariseos y allí lo observaban de cerca. Había un hombre cuyos brazos y piernas estaban hinchados. Así que Jesús le preguntó a los expertos en leyes religiosas y a los fariseos: “¿Permite la ley sanar en sábado o no?” Pero se quedaron en silencio. Jesús tocó al hombre, lo sanó, y lo despidió. Entonces Jesús les dijo: “Si de repente su buey se cayera en un pozo el día sábado, ¿no tratarían de sacarlo inmediatamente?” Pero ellos no pudieron dar respuesta.

Entonces Jesús, al darse cuenta de que los invitados habían escogido lugares de honor, les contó un relato: “Cuando seas invitado a la recepción de una boda, no tomes el lugar de honor, porque es posible que hayan invitado a alguien más importante que tú”. “El anfitrión que te invitó vendrá y te dirá: ‘Dale tu lugar a este hombre’. Entonces, avergonzado, tendrás que ir y sentarte en cualquier lugar que esté disponible. En lugar de ello, cuando seas invitado, toma el lugar más humilde, y así cuando el anfitrión entre, te dirá: ‘Amigo mío, por favor, ven a un sitio mejor’. Entonces serás honrado delante de todos los invitados que están sentados contigo. Porque los que se exaltan a sí mismos, serán humillados, y los que se humillan, serán exaltados”.

Entonces le dijo al hombre que lo había invitado: “Cuando brindes un almuerzo o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, o vecinos, porque ellos podrían invitarte después, y así te pagarían la invitación. En lugar de ello, cuando ofrezcas un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos, y serás bendecido, porque ellos no tienen cómo pagarte, y tú serás recompensado en la resurrección de los buenos”.

Cuando uno de los que comía en la mesa con Jesús oyó esto, le dijo: “¡Cuán maravilloso será para los que celebren en el reino de Dios!”

“Había una vez un hombre que preparó un gran banquete, e invitó a muchos”, respondió Jesús. “Cuando llegó el momento de comer, envió a sus siervos para que le dijeran a todos los que habían sido invitados: ‘Vengan, porque el banquete está listo’. Pero ellos comenzaron a presentar excusas. El primero dijo: ‘Acabo de comprar un campo y tengo que ir a verlo. Por favor, discúlpame’. Otro dijo: ‘Acabo de comprar cinco pares de bueyes y debo ir a probarlos. Por favor, discúlpame’. Y todavía otro dijo: ‘Acabo de casarme, así que no puedo ir’. Entonces el siervo regresó y le dijo a su señor lo que ellos le habían dicho. El dueño de la casa se puso muy molesto y le dijo a su siervo: ‘Rápido, sal a las calles y a los callejones de la ciudad, y trae a los pobres y lisiados, a los ciegos y paralíticos’.

“Entonces el siervo dijo: ‘Señor, hice lo que me dijiste, pero aún hay lugares disponibles’.

“Entonces el amo le dijo al siervo: ‘Sal a los caminos y senderos del campo, y haz que vengan las personas, quiero que se llene mi casa. Te aseguro que ninguna de esas personas que invité probará bocado de mi banquete’”.

Y una gran multitud acompañaba a Jesús. Entonces él se volvió a ellos y les dijo: “Si quieren seguirme pero no aborrecen a su padre y a su madre, a su esposa e hijos, a sus hermanos y hermanas—incluso sus propias vidas—no pueden ser mis discípulos. Si no cargan su cruz y me siguen, no pueden ser mis discípulos. Si planeas construir una torre, ¿no calcularás primero el costo, y verás si tienes suficiente dinero para completarla? De lo contrario, podría suceder que después de poner los fundamentos de la torre, te des cuenta de que no podrás terminarla, y todos los que la vieran se burlarían de ti, diciendo: ‘Míralo: comenzó a construir pero no pudo terminarla’.

“¿Qué rey va a la guerra contra otro rey sin sentarse primero con sus consejeros a considerar si él y sus diez mil hombres pueden derrotar al que viene contra él con veinte mil hombres? Si no puede, enviará a sus representantes para pedir paz mientras el otro rey aún está lejos. De la misma manera, cada uno de ustedes, si no renuncian a todo, no pueden ser mis discípulos. La sal es buena, pero si pierde su sabor, ¿cómo podrás hacer que sea salada nuevamente? No es buena para el suelo, ni sirve como fertilizante, simplemente se bota. ¡El que tiene oídos, oiga!”

Los recaudadores de impuestos y otros “pecadores” a menudo solían venir a escuchar a Jesús. Por ello, los fariseos y los líderes religiosos protestaban diciendo: “Este hombre recibe a los pecadores, y come con ellos”.

Entonces Jesús les contó este relato a manera de ilustración: “Imaginen que un hombre que tenía cien ovejas perdió una de ellas. ¿No dejaría a las noventa y nueve allí al aire libre, y saldría a buscar a la que está perdida, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la

carga con alegría sobre sus hombros. Luego, al llegar a casa llama a sus amigos y vecinos y los invita, diciendo: '¡Vengan y celebren conmigo! ¡He encontrado a mi oveja perdida!' Les aseguro que hay más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve que no necesitan arrepentimiento.

"Imaginen que una mujer tiene diez monedas de plata, y pierde una de ellas. ¿No encendería ella una lámpara y luego barrería la casa, buscando cuidadosamente hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, llama a sus amigos y vecinos y los invita, diciendo: '¡Vengan y celebren conmigo! He encontrado la moneda de plata que había perdido'. Les aseguro que hay alegría en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.

"Había un hombre que tenía dos hijos", explicó Jesús. "El hijo menor le dijo a su padre: 'Padre, dame mi herencia ahora'. Así que el hombre dividió su propiedad entre ellos. Unos días más tarde, el hijo menor empacó sus cosas y se fue a un país lejano. Allí gastó todo su dinero, viviendo una vida temeraria.

"Después de haberlo gastado todo, el país fue azotado por una hambruna severa, y él tenía mucha hambre. Así que salió y solicitó un trabajo con uno de los granjeros allí, quien lo envió a sus campos a alimentar a los cerdos. Y tenía tanta hambre que incluso se habría comido la comida de los cerdos, pero ninguno le dio nada. Cuando recuperó el sentido, pensó para sí mismo: 'Todos los trabajadores de mi padre tienen más que suficiente para comer, ¿por qué estoy muriendo de hambre aquí? ¡Regresaré a la casa de mi padre! Le diré: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Por favor, trátame como uno de tus empleados"'. Así que partió de allí y se fue a casa de su padre.

"Aunque aún estaba lejos, su padre lo vio venir desde la distancia, y su corazón se llenó de amor por su hijo. El padre corrió hacia él, abrazándolo y besándolo. El hijo le dijo: 'Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco ser llamado tu hijo'.

"Pero el padre le dijo a sus siervos: 'Rápido, traigan la mejor túnica y pónganselа. Pónganle un anillo en su dedo y sandalias en sus pies. Traigan el becerro que hemos estado engordando y mátenlo. Hagamos una fiesta para celebrar porque este es mi hijo que estaba muerto, pero que ha regresado a la vida; estaba perdido, pero ahora ha sido encontrado'. Y comenzaron a celebrar.

"Pero el hijo mayor estaba trabajando en los campos. Y cuando entró a la casa, escuchó la música y las danzas. Entonces llamó a uno de los siervos y le preguntó qué sucedía.

"'Tu hermano regresó', respondió, 'y tu padre ha matado el becerro gordo, porque llegó sano y salvo'.

"El hermano entonces se enojó. No quiso entrar. Así que su padre salió para suplicarle que entrara.

"Entonces el hermano mayor le dijo a su padre: 'Mira, todos estos años te he servido, y nunca te he desobedecido, pero nunca me diste siquiera un becerro pequeño para hacer una fiesta con mis amigos. Pero ahora este hijo tuyo regresa, después de haber desperdiciado tu dinero en prostitutas, ¡y tu matas el becerro gordo para él!'

"'Hijo,' respondió el padre, 'tú siempre estás aquí conmigo. Todo lo que tengo es tuyo. ¡Pero deberías estar feliz y celebrar! ¡Este es tu hermano que estaba muerto, pero ha vuelto a vivir; estaba perdido pero lo hemos encontrado!'"

Jesús le contó a sus discípulos este relato: "Había un hombre rico cuyo administrador fue acusado de haber gastado todo lo que le pertenecía a su amo. Así que el hombre rico llamó a su administrador, y le preguntó: '¿Qué es esto que oigo sobre ti? Tráeme tus cuentas, porque no seguirás más cómo mi administrador'.

"El administrador pensó para sí: '¿Qué haré ahora si mi señor me despide de este empleo de administrador? No soy suficientemente fuerte para cavar, y me avergüenza pedir dinero. Oh, ya sé qué haré para que cuando mi señor me despida como administrador, la gente me reciba en sus hogares'.

"Así que invitó a todos los que estaban en deuda con su señor para que vinieran a reunirse con él. Al primero le preguntó: '¿Cuánto le debes a mi señor?' El hombre respondió: 'Cien batos de aceite'. Entonces le dijo: 'Rápido, siéntate. Toma tu factura y cámbiala a cincuenta'. Entonces le dijo a otro: '¿Cuánto debes?' Y el hombre respondió: 'Cien koros de trigo'. Entonces le dijo: 'Toma tu factura y cámbiala a ochenta'.

"El hombre rico felicitó a su administrador deshonesto por su idea ingeniosa. Los hijos de este mundo son más astutos los unos con los otros, que los hijos de la luz.

"Les digo: usen la riqueza de este mundo para hacer amigos, a fin de que cuando se acabe, sean recibidos en un hogar eterno. Si son fieles con las cosas pequeñas, podrán ser fieles con lo mucho; si son deshonestos con lo poco, también serán deshonestos con lo mucho. Así que si no son fieles en lo que se refiere a las riquezas mundanales, ¿quién podrá confiarles las verdaderas riquezas? Y si no pueden ser fieles con lo que le pertenece a otra persona, ¿quién podrá confiarles lo que es de ustedes? Ningún siervo puede obedecer a dos señores. O aborrecerá a uno y amará al otro, o será fiel a uno y menospreciará al otro. Ustedes no pueden servir a Dios y al dinero a la vez".

Los fariseos, que amaban el dinero, oyeron lo que Jesús dijo y se burlaron de él. Pero Jesús les dijo: "Ustedes parecen ser personas piadosas, pero Dios conoce sus corazones. Porque Dios desprecia lo que la gente más aprecia. Lo que fue escrito en la ley y los profetas permaneció hasta Juan. De ahí en adelante se está esparciendo la buena noticia del reino, y todos están ansiosos por entrar. Sin embargo, es más fácil que mueran el cielo y la tierra antes que desaparezca el punto más pequeño de la ley. Cualquier hombre que se divorcia de su esposa y se casa con otra mujer, comete adulterio, y el hombre que se casa con una mujer divorciada, comete adulterio.

"Había un hombre que era rico. Él usaba ropas púrpura y linos finos, y disfrutaba una vida de lujos. Un mendigo llamado Lázaro solía sentarse en su puerta, cubierto en llagas, deseando comer de las sobras que caían de la mesa del hombre rico. Incluso los perros venían y lamían sus llagas.

"Entonces el mendigo murió, y los ángeles lo llevaron con Abraham. El hombre rico también murió y fue

sepultado. En el Hades, donde estaba atormentado, el hombre rico miró hacia arriba y vio a Abraham a lo lejos, y Lázaro estaba a su lado.

"'Padre Abraham,' exclamó, 'Ten misericordia de mí y envía a Lázaro que moje su dedo en agua y refresque mi lengua, porque me estoy quemando y agonizo'.

"Pero Abraham respondió: 'Hijo mío, recuerda que tú disfrutaste las cosas buenas de la vida, mientras Lázaro tuvo una vida muy pobre. Ahora está aquí recibiendo consuelo, mientras que tú sufres en el tormento. Aparte de eso, hay un gran abismo que nos separa. Ninguno que quisiera cruzar de aquí hacia allá podría hacerlo, y nadie puede cruzar de allá hacia acá'.

"El hombre rico dijo: 'Entonces, te suplico, Padre, que lo envíes a la casa de mi padre. Pues tengo cinco hermanos y él puede advertirles para que no terminen aquí en este lugar tormentoso'.

"Pero Abraham respondió: 'Ellos tienen a Moisés y los profetas. Deben oírlos'.

"'No, padre Abraham,' dijo el hombre. '¡Pero ellos se arrepentirían si alguien de entre los muertos fuera a visitarlos!'

"Abraham le dijo: 'Si ellos no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerían aunque alguien volviera de entre los muertos'".

Jesús le dijo a sus discípulos: "Las tentaciones son inevitables, pero ¡cuán desastroso será para aquellos por medio de los cuales vienen las tentaciones! Para esas personas sería mejor que se colgaran un molino en su cuello y sean lanzados al mar antes que hacer pecar a uno de estos pequeños. Así que tengan cuidado con lo que hacen. Si tu hermano peca, adviértele de ello; y si se arrepiente, perdónalo. Incluso si peca contra ti siete veces en un día, y siete veces regresa y te dice 'lo siento mucho,' perdónalo".

Los apóstoles le dijeron al Señor: "¡Ayúdanos a tener más fe!" El señor respondió: "Incluso si su fe fuera tan pequeña como una semilla de mostaza, ustedes podrían decirle a este árbol de mora: 'Desentiérrate y plántate en el mar,' y los obedecería.

"Supongan que tienen un siervo que hace labores de arado o pastoreo. Cuando regresa del trabajo, ¿le dicen ustedes 'entra y siéntate a comer'? No. Ustedes le dicen: 'Prepárame una comida, vístete y sírveme hasta que haya terminado de comer. Después de eso puedes comer tú'. Y luego, ¿agradecen al siervo por hacer lo que le pidieron que hiciera? No. De la misma manera, cuando ustedes hayan hecho todo lo que se les encargó, simplemente digan: 'Somos siervos indignos. Solo cumplimos con nuestro deber'".

Mientras continuaba de camino hacia Jerusalén, Jesús pasó por la frontera entre Samaria y Galilea. Cuando llegó a cierta aldea, diez leprosos fueron a su encuentro, y se quedaron a la distancia. Y desde allí le gritaron: "Jesús, Maestro, por favor, ten misericordia de nosotros".

Cuando Jesús los vio, les dijo: "Vayan y preséntense ante los sacerdotes". Y mientras iban de camino, fueron sanados. Uno de ellos, cuando vio que estaba sano, regresó donde Jesús, exclamando alabanzas a Dios. Entonces se arrodilló ante los pies de Jesús, agradeciéndole. Y era un samaritano.

"¿No fueron sanados diez leprosos?" preguntó Jesús. "¿Dónde están los otros nueve? ¿No hubo ninguno que quisiera venir y alabar a Dios excepto este extranjero?"

Entonces Jesús le dijo al hombre: "Levántate y sigue tu camino. Tu fe te ha sanado".

En cierta ocasión, cuando los fariseos vinieron y le preguntaron cuándo vendría el reino de Dios, Jesús respondió: "El reino de Dios no viene con señales visibles que ustedes puedan ver. La gente no andará por ahí diciendo: 'Miren, está aquí' o 'Miren, está allá,' porque el reino de Dios está entre ustedes".

Entonces Jesús dijo a sus discípulos: "Viene el tiempo cuando ustedes anhelarán ver el día en que venga el Hijo del hombre, pero no lo verán. Ellos les dirán: 'Miren, allí está,' o 'miren, está aquí,' pero no vayan detrás de ellos. El día en que venga el Hijo del hombre será como el resplandor de un rayo en el cielo, que va de un lado al otro. Pero primero él tendrá que sufrir muchas cosas, y ser rechazado por esta generación. El tiempo cuando venga el Hijo del hombre será como los días de Noé. La gente seguía comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento hasta el día en que Noé entró al arca. Entonces vino el diluvio y los destruyó a todos. Será como en los días de Lot. La gente seguía comiendo y bebiendo, comprando y vendiendo, plantando y construyendo. Pero el día que Lot partió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los destruyó a todos.

"El día que el Hijo del hombre aparezca será así. Así que si ustedes están arriba en el tejado ese día, no desciendan a recoger sus cosas; y si están afuera en el campo, tampoco regresen a la casa. ¡Acuérdense de la esposa de Lot! Si ustedes tratan de aferrarse a sus vidas, la perderán; pero si pierden su vida, la salvarán. Les aseguro que en ese tiempo habrá dos personas en una cama; una será tomada y la otra será dejada. Habrá dos mujeres moliendo trigo, una será tomada, y la otra será dejada".

"¿Dónde, Señor?" preguntaron ellos. "Donde está el cadáver se amontonan los buitres", respondió Jesús.

Jesus les contó este relato para animarlos a orar en todo momento y no rendirse: "Había un juez en cierta ciudad que no tenía respeto por Dios ni se interesaba por nadie", explicó Jesús. "En esa misma ciudad vivía una viuda que iba una y otra vez ante el juez y le decía; '¡Haz justicia en mi caso contra mi enemigo!' Por cierto tiempo él no quiso hacer nada al respecto, pero finalmente pensó para sí: 'Aunque yo no temo a Dios ni me preocupo por nadie, esta mujer es tan fastidiosa que me encargaré de que se haga justicia con ella. Así no me molestará más viniendo a verme tan seguido'.

"Escuchen lo que hasta un juez injusto decidió", dijo el Señor. "¿No creen que Dios se encargará de que se haga justicia con su pueblo, que clama a Él de día y de noche? ¿Creen que Dios los hará esperar? No. Les aseguro que Él les hará justicia con prontitud. Sin embargo, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará personas en la tierra que tengan fe en él?"

También les contó este relato referente a aquellos que están seguros de que viven correctamente y menosprecian a todos los demás: "Había dos hombres orando en el Templo. Uno de ellos era un Fariseo, y el otro era

un recaudador de impuestos. El Fariseo estaba en pie y oraba, diciendo: 'Dios, te agradezco porque no soy como otras personas, como los ladrones o criminales, adúlteros, o incluso como este recaudador de impuestos. Yo ayuno dos veces a la semana, y pago el diezmo de mi salario'.

"Pero el recaudador de impuestos se quedó a la distancia. Ni siquiera era capaz de mirar al cielo. En lugar de ello golpeaba su pecho y oraba: 'Dios, por favor, ten misericordia de mí. Soy un pecador'.

"Les aseguro, que este hombre se fue a su casa justificado ante los ojos de Dios y no el otro. Porque los que se exaltan serán humillados, pero los que se humillan serán exaltados".

Y algunos padres trajeron a sus hijos donde Jesús para que los tocara y los bendijera. Cuando los discípulos vieron lo que sucedía, trataron de detenerlos. Pero Jesús llamó a los niños hacia él. "Dejen que los niños vengan a mí", dijo. "No se lo impidan, porque el reino de Dios le pertenece a los que son como ellos. Les digo la verdad: quien no recibe el reino de Dios como lo hace un niño, nunca entrará a él".

Uno de los líderes religiosos se acercó a Jesús y le preguntó: "Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?"

"¿Por qué me llamas bueno?" respondió Jesús. "Nadie es bueno, solo Dios. Ya conoces los mandamientos: no cometas adulterio, no mates, no robes, no des falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre".

"He guardado todos estos mandamientos desde que era joven", respondió el hombre.

Cuando Jesús oyó esto, le dijo al hombre: "Aún te falta una cosa. Ve y vende todo lo que tienes, dale el dinero a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. ¡Entonces ven y sígueme!"

Pero cuando el hombre oyó esto se puso muy triste, porque era muy rico.

Cuando vio su reacción, Jesús dijo: "¡Cuán difícil es para los ricos entrar al reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios".

Los que oyeron esto se preguntaron: "¿Entonces quién podrá salvarse?"

Jesús respondió: "Lo que es imposible en términos humanos es posible para Dios".

Pedro dijo: "¡Nosotros lo dejamos todo para seguirte!"

"Les digo la verdad", les dijo Jesús, "cualquiera que deja atrás su casa, su esposa, hermanos, o hijos por causa del reino de Dios, recibirá mucho más en esta vida, y la vida eterna en el mundo que vendrá".

Jesús llevó consigo a los doce discípulos aparte, y les dijo: "Vamos hacia Jerusalén, y todo lo que los profetas escribieron sobre el Hijo del hombre, se cumplirá. Él será entregado en manos de los extranjeros; se burlarán de él, lo insultarán y lo escupirán. Ellos lo azotarán y lo matarán, pero el tercer día, él se levantará otra vez".

Pero ellos no entendieron nada de lo que Jesús les dijo. El significado de esas cosas estaba oculto para ellos y ellos no entendieron lo que él estaba diciendo.

Cuando Jesús se acercaba a Jericó, estaba un hombre ciego sentado y pidiendo limosna junto al camino. Este hombre escuchó la multitud que pasaba, así que preguntó qué estaba pasando. Y ellos le dijeron: "Está pasando Jesús de Nazaret". Entonces él gritó: "¡Jesús, hijo de David, por favor, ten misericordia de mí!" Y los que estaban frente a la multitud le dijeron que dejara de gritar y se callara, pero lo que hizo el hombre fue gritar más fuerte: "¡Hijo de David, ten misericordia de mí, por favor!"

Jesús se detuvo y les dijo que trajeran al hombre ciego. Cuando vino, Jesús le preguntó: "¿Qué quieres que yo haga por ti?"

"Señor, por favor, quiero ver", le suplicó.

"¡Entonces recibe la vista!" le dijo Jesús. "Tu fe en mí te ha sanado". De inmediato el hombre pudo ver. Y seguía a Jesús, alabando a Dios. Todos los que estaban allí y vieron lo que había sucedido también alabaron a Dios.

Jesús entró a Jericó y caminó por la ciudad. Había allí un hombre llamado Zaqueo, quien era jefe entre los recaudadores de impuestos. Era un hombre muy rico. Y quería ver quién era Jesús, pero como era bajo en estatura, no podía ver por encima de la multitud. Así que corrió adelante y se montó sobre un árbol de sicomoro para ver pasar a Jesús.

Cuando Jesús llegó hasta allí, miró hacia arriba y dijo: "¡Zaqueo, bájate de allí pronto! Necesito quedarme en tu casa esta noche".

Zaqueo descendió rápidamente del árbol y estaba muy feliz de recibir a Jesús en su casa. Cuando la gente vio esto, todos comenzaron a protestar: "¡Ha ido a quedarse con ese pecador!" Pero Zaqueo se puso en pie y dijo delante del Señor: "¡Mira, daré la mitad de todo lo que poseo a los pobres, y si he estafado a alguno, le pagaré hasta cuatro veces!"

Jesús le respondió diciendo: "Hoy ha venido la salvación a esta casa, porque este hombre ha demostrado que es hijo de Abraham también. Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar a los que están perdidos".

Mientras aún estaban atentos a esto, Jesús les contó un relato, porque ya estaban cerca de Jerusalén y la gente pensaba que el reino de Dios iba a ser una realidad inmediata.

"En cierta ocasión había un noble, que partió de su casa y se fue a un país lejano para ser coronado como rey y luego volver. Llamó a diez de sus siervos, dividió el dinero por partes iguales entre ellos y les dijo: 'Inviertan mi dinero hasta que yo regrese'. Pero su pueblo lo odiaba, y enviaron una delegación por anticipado para que dijeran: 'No queremos tener a este hombre como rey para nosotros'. Después de haber sido coronado como rey, regresó. Entonces mandó a traer a sus siervos. Quería saber qué ganancia habían obtenido al invertir el dinero que les había dado. El primer siervo vino y dijo: 'Señor, tu dinero ha producido hasta diez veces'.

"'¡Bien hecho! Eres un buen siervo,' dijo el rey. 'Como has demostrado que eres fiel en cosas pequeñas, te pondré a cargo de diez ciudades'.

"Luego entró el segundo siervo y dijo: 'Señor, tu dinero ha producido hasta cinco veces'.

"'Te pondré a cargo de cinco ciudades,' le dijo el rey.

"Otro siervo entró y dijo: 'Señor, mira, aquí te devuelvo tu dinero. Lo guardé y lo envolví en un paño. Tuve miedo de ti porque eres un hombre duro. Tomas lo que no te pertenece y cosechas lo que no sembraste'.

"'Te juzgaré por tus propias palabras,' respondió el rey. 'Sabes que soy un hombre duro, "que tomo lo que no me pertenece, y cosecho lo que no sembré". ¿Por qué no depositaste mi dinero en el banco, para que cuando yo regresara pudiera recibir mi dinero con intereses?'

"Entonces el rey dijo a los que estaban junto a él: 'Quítenle el dinero, y dénselo al que produjo hasta diez veces'.

"'Pero señor, ya él tiene diez veces más,' respondieron ellos.

"A lo cual el rey respondió: 'Les aseguro que a los que tienen se les dará más; pero a los que no tienen, incluso lo que no tienen se les quitará. Y en cuanto a mis enemigos, los que no querían que yo fuera su rey, tráiganmelos aquí y mátenlos en frente de mí'".

Después que terminó de contarles este relato, Jesús partió hacia Jerusalén, caminando adelante. Cuando se acercaba a Betfagé y Betania en el Monte de los Olivos, envió a dos discípulos, diciéndoles:

"Adelántense a la siguiente aldea. Y cuando entren encontrarán un potro atado, el cual nadie ha montado todavía. Desátenlo y tráiganlo aquí. Y si alguien les pregunta: '¿Por qué lo están desatando?' solo digan: 'El Señor lo necesita'".

Así que los dos discípulos fueron y encontraron todo como Jesús lo había dicho. Cuando estaban desatando el potro, sus propietarios preguntaron: "¿Por qué están desatando el potro?" Entonces los discípulos respondieron; "El Señor lo necesita". Y trajeron el potro a Jesús. Luego pusieron sus mantos sobre él, y Jesús se montó en su lomo. Mientras cabalgaba, la gente extendía sus mantos sobre el camino.

Cuando se aproximaba a Jerusalén, justo en el sitio donde el camino empieza a descender desde Monte de los Olivos, la multitud de discípulos comenzó a gritar alabanzas a Dios a toda voz, por todos los milagros que habían visto.

"Bendito es el rey que viene en el nombre del Señor", gritaban. "Paz en el cielo, y gloria en lo más alto de los cielos". Y algunos de los fariseos que estaban entre la multitud, le dijeron a Jesús: "Maestro, dile a tus discípulos que dejen de decir eso". Pero Jesús respondió: "¡Les aseguro que si ellos se callaran, entonces las piedras gritarían!"

Pero a medida que se acercaba, vio la ciudad y lloró por ella. "¡En realidad desearía que tú, entre todas las naciones, conocieras el camino que conduce a la paz!" dijo. "Pero ahora está oculto de tus ojos. Sobre ti viene el tiempo en que tus enemigos te sitiarán, construyendo rampas para atacarte, rodeándote y encerrándote por todos lados. Te aplastarán contra el suelo, a ti y a tus hijos contigo. No dejarán ninguna piedra sobre otra dentro de ti, porque no aceptaste la salvación cuando vino a ti".

Jesús entró al Templo y comenzó a sacar a todas las personas que estaban haciendo negocios allí. Les dijo: "Las Escrituras dicen que 'mi casa será una casa de oración,' pero ustedes la han convertido en una cueva de ladrones".

Y enseñaba en el Templo todos los días. Los jefes de los sacerdotes, los maestros religiosos y los líderes del pueblo estaban tratando de matarlo. Pero no podían encontrar una manera de hacerlo porque todos lo apreciaban, y estaban atentos a cada palabra que decía.

En cierta ocasión Jesús estaba enseñando en el Templo a la gente, diciéndoles la buena noticia. Y algunos de los jefes de los sacerdotes y maestros religiosos vinieron con los ancianos. Entonces le preguntaron: "Dinos: ¿con qué autoridad estás haciendo esto? ¿Quién te dio el derecho para hacerlo?"

"Déjenme hacerles una pregunta también", respondió Jesús. "Díganme: el bautismo de Juan, ¿provenía del cielo, o era solo un bautismo humano?"

Entonces ellos consultaron entre sí, diciendo: "Si decimos que venía del cielo, él nos preguntará: 'Entonces ¿por qué no creyeron en él?' Y si decimos que solo era un bautismo humano, todos nos apedrearán porque ellos están seguros de que Juan era un profeta".

Así que respondieron, diciendo: "No sabemos de dónde venía".

A lo cual Jesús respondió: "Entonces yo no les diré con qué autoridad hago lo que hago". Luego comenzó a contarle un relato a las personas:

"Había una vez un hombre que sembró una viña, la arrendó a unos granjeros y se fue a vivir a otro país por un largo tiempo. Cuando llegó el tiempo de la cosecha, el dueño envió un siervo donde los granjeros para que recogiera de la cosecha, pero los granjeros golpearon al siervo y lo echaron con las manos vacías. Así que el propietario envió a otro siervo, pero también lo golpearon y lo maltrataron terriblemente, y lo echaron con las manos vacías. Entonces el propietario envió a un tercer siervo, y ellos lo hirieron, y lo lanzaron fuera.

"Luego el propietario de la viña se preguntó a sí mismo: '¿Qué haré? Ya sé, enviaré a mi hijo, al que amo. Quizás a él lo respetarán'. Pero cuando lo vieron venir, los granjeros debatieron entre ellos y dijeron: 'Este es el heredero del dueño. ¡Matémoslo! Así podremos quedarnos con su herencia'. Entonces lo lanzaron fuera de la viña y lo mataron. Ahora, ¿qué hará el dueño de la viña con ellos? Vendrá y los matará y le entregará la viña a otros".

Cuando ellos oyeron este relato, dijeron: "¡Ojalá que nunca ocurra eso!" Pero Jesús los miró y dijo: "Entonces ¿por qué dicen las Escrituras: 'La piedra que los constructores rechazaron se ha convertido en la piedra angular'? Todo el que se tropieza con esa piedra, se hará pedazos; y aplastará a aquellos a quienes les caiga encima". E inmediatamente los maestros religiosos y los jefes de los sacerdotes quisieron arrestarlo porque se dieron cuenta de que el relato que Jesús había contado estaba dirigido contra a ellos, pero tenían miedo de lo que la gente pudiera hacer.

Así que esperando la oportunidad, enviaron espías que se hicieron pasar por hombres sinceros. Ellos trataban de sorprender a Jesús diciendo algo que les permitiera entregarlo al poder y autoridad del gobernador. Entonces le dijeron: "Maestro, sabemos que enseñas lo que es recto, y que no te dejas persuadir por la opinión de los demás. Tú realmente enseñas el camino de Dios. ¿Deberíamos pagar los impuestos al Cesar, o no?"

Pero Jesús se dio cuenta de su trampa, y les dijo: "Muéstrenme una moneda, un denario. ¿De quién es la imagen y la inscripción que están en ella?" "Es del césar", respondieron ellos.

"Entonces páguenle al César lo que le corresponde al César, y páguenle a Dios lo que le corresponde a Dios", les dijo. Y ellos no pudieron atraparlo por lo que le dijo a la gente. Quedaron pasmados con esta respuesta, y se quedaron en silencio.

Entonces vinieron unos Saduceos, quienes no creen en la resurrección, y le hicieron a Jesús la siguiente pregunta: "Maestro", comenzaron, "Moisés nos dio una ley que dice que si un hombre casado muere y deja a su esposa sin hijos, entonces su hermano debe casarse con la viuda y tener hijos por ese hermano que murió. Había siete hermanos. El primero tuvo una esposa y murió sin tener hijos. Luego el segundo y el tercer hermano se casaron con ella. Al final todos los siete hermanos se casaron con ella, y murieron sin tener hijos. Finalmente ella también murió. Ahora, ¿cuál de todos será su esposo en la resurrección, siendo que todos los siete hermanos se casaron con ella?"

"En esta era la gente se casa y se da en casamiento", explicó Jesús. "Pero los que sean dignos de participar del mundo venidero y de la resurrección de entre los muertos no se casarán ni se darán en casamiento. Ya no podrán morir; serán como ángeles y son hijos de Dios puesto que son hijos de la resurrección. Pero en cuanto a la pregunta sobre si los muertos resucitarán, incluso Moisés demostró este hecho cuando escribió sobre el arbusto ardiente, cuando llama al Señor como 'el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob'. Él no es el Dios de los muertos, sino de los vivos, porque para él ellos aún están vivos".

Algunos de los maestros religiosos respondieron: "Esa fue una buena respuesta, Maestro". Y después de esto, ninguno se atrevió a hacerle más preguntas.

Entonces Jesús les preguntó: "¿Por qué se dice que Cristo es el hijo de David? Pues el mismo David dice en el libro de los salmos: 'El Señor le dijo a mi Señor: "Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos como estrado de tus pies"'. David lo llama 'Señor'. ¿Cómo entonces, puede ser el hijo de David?"

Mientras todos estaban atentos, dijo a sus discípulos: "Cuídense de los líderes religiosos a quienes les gusta caminar por ahí con batas largas, y les encanta que los saluden en las plazas, y tener los mejores asientos en las sinagogas y lugares de honor en los banquetes. Ellos engañan a las viudas y les quitan lo que tienen, y ocultan el tipo de personas que son realmente por medio de sus largas oraciones. Ellos recibirán una condenación severa en el juicio".

Mirando a su alrededor, Jesús observaba a las personas ricas y cómo daban sus ofrendas en la caja de recolección. También vio a una viuda muy pobre que dio dos monedas pequeñas.

"Les aseguro", dijo él, "que esta pobre viuda acaba de dar más que todos los demás juntos. Todos ellos dieron una parte de la riqueza que tienen, pero ella dio, de su pobreza, lo único que tenía para vivir".

Algunos de los que estaban allí hablaban sobre el Templo, sobre sus finos acabados y las hermosas ofrendas que se habían donado. Pero Jesús dijo: "Respecto a las cosas que están mirando... viene el tiempo cuando no quedará piedra sobre piedra; ¡todo será destruido!"

"Maestro, ¿cuándo sucederá esto?" le preguntaron. "¿Cuál será la señal de que estas cosas están a punto de ocurrir?

"Asegúrense que nadie los engañe", les advirtió Jesús. "Muchas personas vendrán afirmando que soy yo, diciendo, '¡Aquí estoy!' y '¡Ha llegado la hora!' pero no los sigan. Cuando oigan que hay guerras y revoluciones, no se asusten, porque estas cosas tienen que suceder primero, pero el fin no vendrá enseguida".

"Las naciones se pelearán unas contra otras, y los reinos unos contra otros", les dijo. "Habrá grandes terremotos, hambres, y enfermedades contagiosas en muchos lugares, y muchas señales extraordinarias aparecerán en el cielo, y serán aterrorizadoras. Pero antes de que todo esto suceda, ellos los tomarán a ustedes por la fuerza y los perseguirán. Los arrastrarán ante las sinagogas y los pondrá en prisión, los llevarán a juicio ante reyes y gobernantes por mi causa. Pero esto resultará siendo una oportunidad para que ustedes hablen por mí delante ellos. Así que decidan de antemano no preocuparse por cómo van a defenderse, pues yo les daré palabras de sabiduría que sus enemigos no podrán rebatir o contradecir. Ustedes serán entregados incluso por sus padres, hermanos, parientes y amigos, y ellos los matarán. Todos los aborrecerán por mi causa. Pero ni un solo cabello de sus cabezas se perderá. Si permanecen firmes, ganarán sus vidas.

"Sin embargo, cuando vean a Jerusalén rodeada por ejércitos, entonces sabrán que su destrucción está cerca. Aquellos que estén en Judea deben huir a las montañas, y los que estén en Jerusalén deben partir, y los que estén en el campo no deben ir a la ciudad. Porque estos son días de castigo, cumpliendo todo lo que está escrito.

"¡Cuán duro será para aquellas que estén embarazadas o amamantando hijos en ese tiempo! Porque pronto viene la tribulación sobre la tierra y el castigo contra este pueblo. Serán asesinados con espada y llevados como prisioneros a todas las naciones. Jerusalén será pisoteada por las naciones extranjeras hasta que se haya cumplido su tiempo.

"Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas, y sobre la tierra las naciones estarán en aflicción, confundidas por el mar rugiente y las mareas. La gente desmayará de temor, aterrorizados por lo que está sucediendo en el mundo, porque las potencias del cielo serán sacudidas. Entonces verán el Hijo del hombre viniendo en una nube con poder y gran gloria. Pero cuando ocurran estas cosas, levántense y miren hacia arriba, porque pronto serán salvados".

Entonces les contó este relato a manera de ilustración: "Miren la higuera, o cualquier otro árbol. Cuando ven que salen sus hojas, ustedes no necesitan que alguien les diga que se acerca el verano. De la misma manera, cuando ustedes vean ocurrir estas cosas, no será necesario que les digan que el reino de Dios está cerca. Les aseguro que esta generación no llegará a su fin antes de que todo esto ocurra. El cielo y la tierra llegarán a su fin, pero no mi palabra.

"Estén alerta para que no se distraigan en fiestas o emborrachándose o por las preocupaciones de esta vida, y entonces este día los tome por sorpresa como si fuera una trampa. Pues este día vendrá sobre todos

los que vivan sobre la faz de la tierra. Manténganse despiertos y oren, para que puedan escapar de todas las cosas que sucederán y estén en pie ante el Hijo del hombre".

Todos los días Jesús enseñaba en el Templo, y todas las noches iba y se quedaba en el Monte de los Olivos. Y todas las personas venían temprano en la mañana para escucharlo en el Templo.

Se acercaba el Festival de los Panes sin Levadura, también llamado La Pascua. Los jefes de los sacerdotes y los maestros religiosos estaban buscando una manera de matar a Jesús, pero tenían miedo de lo que la gente pudiera hacer.

Satanás entró en Judas, de apellido Iscariote, uno de los doce discípulos. Él fue y habló con los jefes de los sacerdotes y los oficiales sobre cómo podría entregarles a Jesús. Ellos se deleitaron con esto y le ofrecieron dinero. Él estuvo de acuerdo, y comenzó a buscar una oportunidad para entregar a Jesús cuando no estuviera la multitud allí.

Llegó el Día de los Panes sin Levadura y era necesario sacrificar un cordero. Jesús envió a Pedro y a Juan, diciéndoles: "Vayan y preparen la cena de la Pascua, para que podamos comer juntos".

Ellos le preguntaron: "¿Dónde quieres que la preparemos?"

Él respondió: "Cuando entren a la ciudad se encontrarán con un hombre que lleva una vasija con agua. Síganlo y entren a la casa donde él entre. Díganle al propietario de la casa: 'El maestro te manda a preguntar: "¿Dónde está el comedor donde yo pueda ir a cenar con mis discípulos?" ' Él les mostrará un salón grande que está arriba y que tiene los muebles necesarios. Preparen allí la cena".

Ellos fueron y encontraron que todo sucedió tal como él les había dicho, y prepararon allí la cena de la Pascua. Cuando llegó el momento, Jesús se sentó a la mesa con sus apóstoles. Entonces les dijo: "En realidad he estado esperando el momento de compartir esta cena de la Pascua con ustedes antes de que comiencen mis sufrimientos. Les aseguro que no comeré más de esta cena hasta que se haya cumplido el tiempo en el reino de Dios".

Jesús tomó la copa, y después de haber dado gracias, dijo: "Tomen esto y compártanlo entre ustedes. Les digo que no beberé nuevamente del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios". Luego tomó el pan, y después de haber dado gracias, lo partió en pedazos y lo compartió con ellos. "Este es mi cuerpo que es entregado a ustedes; hagan esto en memoria de mí", les dijo Jesús. De la misma manera, después de haber terminado de cenar, levantó la copa y dijo: "Esta copa es el nuevo acuerdo en mi sangre que es derramada por ustedes".

"A pesar de esto, el que me entrega está sentado justo aquí conmigo en la mesa. Porque se ha determinado que el Hijo del hombre morirá, pero ¡cuán terrible será para aquél que lo entrega!" Entonces los discípulos comenzaron a discutir entre ellos sobre quién podría ser, y quién podría hacer eso. Al mismo tiempo comenzaron una disputa sobre cuál de ellos era el más importante.

Y Jesús les dijo: "Los reyes extranjeros se enseñorean de sus súbditos, y los que tienen poder quieren que la gente incluso los considere como sus 'benefactores'. ¡Pero no debe ser así entre ustedes! El que sea el más importante entre ustedes debe ser como el menos importante, y el líder debe ser como un siervo. ¿Quién es más importante, el que se sienta en la mesa, o el que sirve? ¿Acaso no es el que se sienta en la mesa? Pero yo estoy entre ustedes como el que sirve. Ustedes han estado conmigo durante mis pruebas. Yo les otorgo autoridad para gobernar, así como mi padre me la dio a mí, para que puedan sentarse en mi mesa a comer y beber cuando estén en mi reino, y se sienten sobre tronos y juzguen a las doce tribus de Israel".

"Simón, Simón. Satanás ha pedido tener todo de ustedes para tamizarlos como al trigo, pero yo he orado por ti, para que tu fe no fracase. Y cuando hayas regresado, anima a tus hermanos".

Pedro le dijo: "¡Señor, estoy listo para ir contigo a la prisión, y morir contigo!"

Jesús respondió: "Te digo, Pedro, que antes de que el gallo cante hoy, negarás tres veces que me conoces".

Entonces Jesús les preguntó: "Cuando los envié sin dinero, sin bolsa y sin calzado adicional, ¿les faltó algo?"

"No, nada", respondieron ellos.

"Pero ahora, si tienen dinero llévenlo con ustedes, de igual manera si tienen una bolsa, y si no tienen espada, vendan su manto y compren una. Les digo que esta declaración de las Escrituras debe cumplirse: 'Él fue contado con los malvados'. Lo que se dijo sobre mí ahora se está cumpliendo".

"Mira, Señor, aquí hay dos espadas", dijeron ellos.

"Es suficiente", respondió.

Entonces Jesús se fue de allí y como de costumbre se dirigió al Monte de los Olivos junto con sus discípulos. Cuando llegó allí, les dijo: "Oren para que no caigan en tentación". Entonces los dejó allí y caminó cierta distancia como de un tiro de piedra, y allí se arrodilló y oró.

"Padre", oraba él, "si es tu voluntad, por favor quita de mí esta copa de sufrimiento. Pero quiero hacer lo que tú quieras, no lo que yo quiero". Entonces un ángel del cielo se le apareció para darle fortaleza.

Y Jesús oraba mucho más, con terrible angustia, y su sudor caía como gotas de sangre sobre suelo. Luego terminó de orar y fue donde estaban los discípulos. Los encontró dormidos, exhaustos por la aflicción. "¿Por qué están durmiendo?" les preguntó. "Levántense y oren para que no caigan en tentación".

Mientras aún hablaba, se apareció una multitud dirigida por Judas, uno de los doce discípulos. Judas se acercó para besar a Jesús. Pero Jesús le preguntó: "Judas, ¿entregas al Hijo del hombre con un beso?"

Los seguidores de Jesús le preguntaron: "Señor, ¿debemos atacarlos con nuestras espadas?" Y uno de ellos hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole su oreja derecha.

"¡Detente! ¡Basta de esto!" dijo Jesús. Entonces tocó la oreja del hombre y lo sanó. Luego Jesús habló con los jefes de los sacerdotes, y con los oficiales de la guardia del Templo y los ancianos. "¿Acaso soy algún tipo de criminal, que ustedes tuvieron que venir con palos y espadas?" preguntó. "Aunque estuve con ustedes todos los días en el Templo, nunca me arrestaron. Pero este

es el momento de ustedes, el momento cuando las tinieblas tienen el poder".

Entonces ellos lo arrestaron y se lo llevaron, llevándolo a la casa del jefe de los sacerdotes. Pedro seguía a la distancia. Entonces prendieron una fogata en medio del patio y se sentaron alrededor de ella. Y Pedro estaba entre ellos. Cuando se sentó allí, una criada lo distinguió por la luz de la fogata, y lo miró fijamente y dijo: "Este hombre estaba con él". Pero Pedro lo negó. "¡Mujer, no lo conozco!" le dijo.

Un rato más tarde otra persona lo miró y dijo: "Tú también eres uno de ellos". "¡No, no lo soy!" respondió Pedro. Cerca de una hora después, otra persona insistió: "Estoy seguro que estaba con él también, es un galileo". "¡No tengo idea de qué hablas!" respondió Pedro. Justo entonces, cuando aún hablaba, canto el gallo. Entonces el Señor se dio la vuelta y miró a Pedro. Y Pedro se acordó de lo que el Señor le había dicho, y cómo le dijo: "Antes que hoy cante el gallo, me negarás tres veces". Entonces Pedro salió y lloró amargamente.

Luego los hombres que custodiaban a Jesús comenzaron a burlarse de él y a golpearlo. Le pusieron una venda en los ojos, y le preguntaban: "¡Si puedes profetizar, dinos quién te golpeó esta vez!" Y vociferaban muchos otros insultos contra él.

Temprano en la mañana, el concilio de ancianos se reunió con los jefes de los sacerdotes y los maestros religiosos. Jesús fue llevado delante del concilio. "Si realmente eres el Mesías, dínoslo", dijeron ellos.

"Aun si se los dijera, no me creerían", respondió Jesús. "Y si yo les hiciera una pregunta, ustedes no la responderían. Pero desde ahora el Hijo del hombre se sentará a la diestra del Dios Todopoderoso".

Entonces todos ellos preguntaron: "¿Entonces eres el Hijo de Dios?" "Ustedes dicen que yo soy", respondió Jesús.

"¿Por qué necesitamos más testigos?" dijeron. "¡Nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca!"

Y todo el concilio lo llevó donde Pilato. Allí comenzaron a acusarlo. "Encontramos a este hombre engañando a nuestra nación, diciéndole a la gente que no pagara los impuestos al César, y declarándose a sí mismo como el Mesías, como un rey", dijeron.

"¿Eres tú el Rey de los judíos?" le preguntó Pilato.

"Tú lo has dicho", respondió Jesús.

Entonces Pilato le dijo a los jefes de los sacerdotes y a las multitudes: "Yo no encuentro a este hombre culpable de ningún crimen".

Pero ellos insistieron, diciendo: "Está incitando una rebelión por toda Judea con sus enseñanzas, desde Galilea hasta aquí en Jerusalén".

Cuando escuchó esto, Pilato preguntó: "¿Es galileo este hombre?" Cuando descubrió que Jesús venía de la jurisdicción de Herodes, lo envió donde Herodes, quien también estaba en Jerusalén en ese momento.

Herodes estaba complacido de ver a Jesús pues hacía mucho tiempo había querido conocerlo. Había oído de él y esperaba verlo hacer algún milagro. Entonces le hizo muchas preguntas a Jesús, pero Jesús no respondió nada en absoluto. Los jefes de los sacerdotes y los maestros religiosos estaban allí, acusándolo con rabia. Herodes y sus soldados trataron a Jesús con menosprecio y se burlaban de él. Colocaron una túnica real sobre él y lo enviaron de vuelta donde Pilato. Desde ese día Herodes y Pilato se volvieron amigos, pues antes de ese día habían sido enemigos.

Pilato reunió a los jefes de los sacerdotes, a los líderes y al pueblo, y les dijo: "Ustedes trajeron a este hombre delante de mí, acusándolo de incitar al pueblo a la rebelión. Lo he examinado cuidadosamente delante de ustedes, y no lo encuentro culpable de los cargos que ustedes han presentado contra él. Ni siquiera Herodes, pues lo envió de vuelta a nosotros. Él no ha hecho nada que requiera su muerte. Así que lo mandaré a azotar y luego lo dejaré en libertad".

Pero ellos gritaron todos a la vez: "Mata a este hombre, y suéltanos a Barrabás". (Barrabás había sido encarcelado por haber tenido parte en una rebelión en la ciudad, y por asesinato).

Pilato quería soltar a Jesús, así que habló con ellos de nuevo. Pero ellos seguían gritando: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!"

Pilato les preguntó por tercera vez: "¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido él? No encuentro ninguna razón para ejecutarlo. Así que lo mandaré a azotar y luego lo dejaré en libertad".

Pero ellos insistieron con gritos, exigiendo que fuera crucificado. Sus gritos surtieron efecto, y Pilato dio la sentencia que ellos exigían. Entonces liberó al hombre que estaba encarcelado por rebelión y asesinato, pero mandó a matar a Jesús conforme a las exigencias de ellos.

Mientras los soldados se lo llevaban, agarraron a un hombre llamado Simón, de Cirene, quien venía del campo. Pusieron la cruz sobre él y lo hicieron cargarla detrás de Jesús. Una gran multitud lo seguía, junto con las mujeres que se lamentaban y lloraban por él. Jesús se dio vuelta hacia ellas y les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloren por mí. Lloren por ustedes mismas y sus hijos. Porque viene el tiempo cuando dirán: 'Felices las que no tiene hijos, y las que nunca tuvieron bebés, y las que nunca amamantaron'. Y dirán a las montañas: 'Caigan sobre nosotros,' y a las colinas, 'entiérrennos'. Porque si hacen esto con el árbol que está verde, ¿qué sucederá cuando el árbol esté seco?"

Y también llevaron a otros dos que eran criminales para ejecutarlos con él. Cuando llegaron al lugar llamado la Calavera, lo crucificaron junto con los criminales, uno a su derecha y el otro a su izquierda.

Luego Jesús dijo: "Padre, por favor, perdónalos porque no saben lo que hacen". Y ellos dividieron su ropa, lanzando el dado sobre ella.

La gente estaba allí y miraba, y los líderes se burlaban de Jesús: "Salvó a otros, entonces que se salve a sí mismo si es realmente el Mesías de Dios, el Escogido", decían.

Los soldados también se burlaban de él, viniendo a ofrecerle vinagre de vino, y diciendo: "Si eres el Rey de los judíos, entonces sálvate a ti mismo".

Y sobre Jesús había un cartel sobre el cual estaba escrito: "Este es el Rey de los Judíos".

Uno de los criminales que estaba colgado allí se unió a sus insultos. "¿No eres tú el Mesías?" le dijo. "¡Entonces sálvate a ti mismo, y a nosotros también!"

Pero el otro criminal no estaba de acuerdo y discutía con él: "¿No respetas a Dios ni siquiera cuando estás sufriendo el mismo castigo?" le preguntó. "Para nosotros esta sentencia es justa porque estamos siendo

castigados por lo que hicimos, pero este hombre no hizo nada malo".

Entonces dijo: "Jesús, por favor, acuérdate de mí cuando entres a tu reino".

Jesús respondió: "Te prometo hoy que estarás conmigo en el paraíso". Para esta hora ya era medio día y una oscuridad cubrió toda la tierra hasta las tres de la tarde. La luz del sol se apagó, y el velo del Templo se rasgó en dos.

Luego Jesús exclamó a gran voz: "Padre, dejo mi espíritu en tus manos". Y habiendo dicho esto, expiró su último aliento.

Cuando el centurión vio lo que había ocurrido, alabó a Dios y dijo: "Sin duda alguna este hombre era inocente". Y cuando las multitudes que habían venido a ver a Jesús vieron lo que sucedió, se fueron a sus casas afligidos y dándose golpes en el pecho. Pero los que conocían a Jesús, incluyendo las mujeres que lo habían seguido desde Galilea, observaban a la distancia.

Y había allí un hombre llamado José. Él era miembro del concilio, pero no había estado de acuerdo con sus decisiones y acciones. Este hombre venía de la ciudad judía de Arimatea, y estaba esperando con ansias el reino de Dios. José fue donde Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Cuando lo bajó, lo envolvió en tela de lino. Puso a Jesús en una tumba que no había sido usada, y que había sido cortada de una roca. Y era el día de la preparación y el sábado comenzaría pronto. Las mujeres que habían venido con Jesús desde Galilea siguieron a José y vieron dónde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Luego regresaron y prepararon especias y ungüentos. Pero el sábado descansaron, guardando el mandamiento.

Muy temprano, el primer día de la semana, las mujeres fueron a la tumba, llevando las especias que habían preparado. Descubrieron que alguien había rodado la piedra de la entrada de la tumba, pero cuando entraron, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras se preguntaban qué estaba sucediendo, aparecieron dos hombres repentinamente, vestidos con ropas que brillaban de manera deslumbrante. Las mujeres estaban aterrorizadas y se inclinaron, con sus rostros en tierra.

Entonces ellos dijeron a las mujeres: "¿Por qué buscan entre los muertos a alguien que está vivo? Él no está aquí; ¡ha resucitado de entre los muertos! Recuerden que él les dijo cuando estaban en galilea: 'El Hijo del hombre debe ser entregado en manos de hombres malvados y crucificado, pero el tercer día se levantará de nuevo'".

Entonces ellas se acordaron de lo que él había dicho. Cuando regresaron de la tumba informaron a los once discípulos y a los demás todo lo que había ocurrido. Y las que le contaron a los apóstoles lo que había sucedido fueron María Magdalena, Juana, María la madre de Santiago y otras mujeres que estaban con ellas. Pero esto parecía algo sin sentido, y no les creyeron. Sin embargo, Pedro se levantó y corrió hacia la tumba. E inclinándose, miró hacia adentro y vio solamente los trapos fúnebres de lino. Entonces se devolvió a su casa, preguntándose qué había ocurrido.

Ese mismo día, dos discípulos iban de camino a una aldea llamada Emaús, que estaba a siete millas de Jerusalén, aproximadamente. Ellos hablaban sobre todo lo que había sucedido. Y mientras debatían y hablaban, Jesús apareció y comenzó a caminar con ellos. Pero se les impidió que lo reconocieran.

"¿Sobre qué hablan?" les preguntó. Ellos se detuvieron, y sus rostros estaban tristes. Uno de ellos, llamado Cleofas, respondió: "¿Acaso eres solo un visitante de Jerusalén? De seguro eres la única persona que no sabe sobre las cosas que han ocurrido en los últimos días".

"¿Qué cosas?" preguntó Jesús. "Sobre Jesús de Nazaret", respondieron ellos, "Él era un profeta que hablaba con gran poder y realizó grandes milagros ante Dios y todo el pueblo. Pero nuestros sumos sacerdotes y líderes lo condenaron a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el que iba a rescatar a Israel. Ya hace tres días que ocurrió todo esto".

"Pero entonces algunas de las mujeres de nuestro grupo nos sorprendieron. Ellas fueron a la tumba de mañana y no encontraron su cuerpo. Y regresaron diciendo que habían tenido una visión de unos ángeles que les dijeron que él está vivo. Entonces algunos de nuestros hombres fueron a la tumba, y la encontraron tal como ellas dijeron, pero no lo vimos".

Entonces Jesús les dijo: "¡Ustedes son tan necios! ¡Cuán lentos son para creer en todo lo que los profetas dijeron! ¿Acaso el Mesías no tenía que sufrir antes de entrar a su gloria?" Entonces, comenzado desde Moisés y todos los profetas, les explicó todo lo que las Escrituras decían sobre él.

Cuando se acercaron a la aldea a la cual se dirigían, Jesús les hizo creer como que iba más lejos que ellos. Pero ellos le instaron a quedarse, diciendo: "Por favor, ven y quédate con nosotros. Se hace tarde y el día ya se acaba". Entonces él entró a quedarse con ellos.

Cuando se sentó para comer con ellos, tomó el pan y dio gracias, lo partió y se los dio. Entonces sus ojos se abrieron, y lo reconocieron. Y entonces él desapareció de su vista.

Los dos discípulos se dijeron el uno al otro: "¿Acaso no ardían nuestros pensamientos cuando él nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?" Entonces se levantaron y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron a los once discípulos y a otros que estaban reunidos con ellos, quienes dijeron: "¡En verdad el Señor ha resucitado! Se le apareció a Simón".

Entonces los que acababan de llegar explicaron a los discípulos lo que les había sucedido en el camino, y cómo habían reconocido a Jesús cuando partió el pan. Y mientras aún hablaban, el mismo Jesús apareció entre ellos, y dijo: "¡La paz sea con ustedes!" Ellos estaban sorprendidos y asustados, pensando que veían a un fantasma.

"¿Por qué están asustados? ¿Por qué dudan?" les preguntó. "Miren mis manos y mis pies, miren que soy yo. Tóquenme y saldrán de dudas, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, así como ven que yo tengo".

Y habiendo dicho esto, les mostró sus manos y pies. Pero ellos aún no podían creerlo porque estaban muy eufóricos y asombrados. Entonces les preguntó: "¿Tienen algo de comer?" Y ellos le dieron un pescado cocido, y él lo tomó y lo comió en frente de ellos.

Entonces Jesús les dijo: “Esto es lo que les explicaba cuando aún estaba con ustedes. Todo lo que estaba escrito sobre mí en la ley de Moisés, los profetas y los salmos, tenía que cumplirse”. Luego abrió sus mentes para que pudieran entender las Escrituras. Y les dijo: “Así estaba escrito, que el Mesías sufriría y se levantaría en el tercer día de entre los muertos, y que en su nombre se predicaría el perdón de pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Ustedes son testigos de todo esto. Ahora voy a enviarlos lo que mi Padre prometió, pero esperen en la ciudad hasta que reciban poder del cielo”.

Entonces los llevó cerca de Betania, y levantando sus manos, los bendijo. Mientras los bendecía, los dejó, y fue llevado al cielo. Ellos lo alabaron, y luego regresaron a Jerusalén llenos de alegría. Y pasaban todo el tiempo en el Templo, alabando a Dios.

Juan

Evangelio según Juan

En el principio, la Palabra ya existía. La Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. En el principio, Jesús —quien era la palabra— estaba con Dios. Todo llegó a existir por medio de él; y sin él nada llegó a existir. En él estaba la vida, la vida que era la luz de todos. La luz brilla en la oscuridad, y la oscuridad no la ha apagado.

Dios envió a un hombre llamado Juan. Él vino como testigo para hablar acerca de la luz, a fin de que todos pudieran creer por medio de él. Él mismo no era la luz, sino que vino a testificar de la luz. La luz verdadera estaba por venir al mundo para dar luz a todos. Él estuvo en el mundo, y aunque el mundo fue hecho por medio de él, el mundo no supo quién era él. Él vino a su pueblo, pero ellos no lo aceptaron. Pero a aquellos que lo aceptaron, a quienes creyeron en él, les dio el derecho de convertirse en hijos de Dios. Estos son los hijos que no nacieron de forma habitual, o como resultado de los deseos o de la voluntad humana, sino nacidos de Dios. La Palabra se volvió humana y vivió entre nosotros, y nosotros vimos su gloria, la gloria del único hijo del Padre, lleno de gracia y verdad.

Juan dio su testimonio acerca de él, exclamando al pueblo: "Este es del cual yo les hablaba cuando les dije: 'El que viene después de mi es más importante que yo, porque antes de que yo viviera, ya él existía'". Nosotros todos hemos sido receptores de su generosidad, de un don gratuito tras otro. La ley fue dada por medio de Moisés; pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. Aunque ninguno ha visto a Dios, Jesucristo, el Único e Incomparable, quien está cerca del Padre, nos ha mostrado cómo es Dios.

Esto es lo que Juan afirmó públicamente cuando los líderes judíos enviaron sacerdotes y Levitas desde Jerusalén para preguntarle: "¿Quién eres tú?" Juan declaró claramente y sin dudar: "Yo no soy el Mesías".

"Entonces, ¿quién eres?" preguntaron ellos. "¿Elías?"

"No, no lo soy", respondió él.

"¿Eres tú el Profeta?"

"No", respondió él.

"¿Quién eres tú, entonces?" preguntaron ellos. "Tenemos que dar una respuesta a quienes nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?"

"Yo soy 'una voz que clama en el desierto: "¡Enderecen el camino del Señor!"'" dijo él, usando las palabras del profeta Isaías.

Los sacerdotes y los Levitas enviados por los fariseos le preguntaron: "¿Por qué, entonces, estás bautizando, si no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?"

Juan respondió: "Yo bautizo con agua, pero entre ustedes está alguien a quien ustedes no conocen. Él viene después de mí, pero yo ni siquiera soy digno de desabrochar sus sandalias". Todo esto ocurrió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

Al día siguiente, Juan vio que Jesús se acercaba a él, y dijo: "¡Miren, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo! Este es del cual yo les hablaba cuando dije: 'El hombre que viene después de mí es más importante que yo, porque antes de que yo existiera él ya existía'. Yo mismo no sabía quién era él, pero vine a bautizar con agua a fin de que él pudiera ser revelado a Israel".

Juan dio su testimonio acerca de él, diciendo: "Vi al Espíritu descender del cielo como una paloma y se posó sobre él. Yo no lo habría conocido si no fuera porque el que me envió a bautizar con agua me había dicho: 'Aquél sobre el cual veas descender el Espíritu y posarse sobre él, ese es quien bautiza con el Espíritu Santo'. Yo lo vi, y declaro que este es el Hijo de Dios".

El día siguiente Juan estaba allí con dos de sus discípulos. Él vio a Jesús que pasaba y dijo: "¡Miren! ¡Este es el Cordero de Dios!" Cuando los dos discípulos escucharon lo que él dijo, fueron y siguieron a Jesús.

Jesús volteó y vio que estos le seguían. "¿Qué están buscando?" les preguntó,

"Rabí (que significa 'Maestro'), ¿dónde vives?" le preguntaron ellos, como respuesta.

"Vengan y vean", les dijo. Así que ellos se fueron con él y vieron donde vivía. Eran cerca de las cuatro de la tarde, y pasaron el resto del día con él.

Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de estos discípulos que habían escuchado lo que Juan dijo y que habían seguido a Jesús. Él se fue de inmediato a buscar a su hermano Simón y le dijo: "¡Hemos encontrado al Mesías!" (Que significa "Cristo"). Él lo llevó donde estaba Jesús. Mirándolo fijamente, Jesús le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Juan. Pero ahora te llamarás Cefas", (que significa "Pedro").

El siguiente día, Jesús decidió ir a Galilea. Allí encontró a Felipe, y le dijo: "Sígueme". Felipe era de Betsaida, la misma ciudad de donde venían Andrés y Pedro.

Felipe encontró a Natanael y le dijo: "Hemos encontrado a aquél de quien Moisés hablaba en la ley y de quien hablaban los profetas también: Jesús de Nazaret, el hijo de José".

"¿De Nazaret? ¿Puede salir algo bueno de allí?" preguntó Natanael.

"Solo ven y mira", respondió Felipe.

Cuando Jesús vio que Natanael se acercaba, dijo de él: "¡Miren, aquí hay un verdadero israelita! No hay ninguna falsedad en él".

"¿Cómo sabes quien soy yo?" preguntó Natanael.

"Te vi bajo aquella higuera, antes que Felipe te llamara", respondió Jesús.

"¡Rabí, tu eres el Hijo de Dios, el rey de Israel!" exclamó Natanael.

"¿Crees esto solo porque te dije que te vi bajo aquella higuera?" respondió Jesús. "¡Verás mucho más que eso!" Luego Jesús dijo: "Les digo la verdad: verán el cielo abierto, y los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre".

Dos días después, se estaba celebrando una boda en Caná de Galilea y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos también habían sido invitados a la boda. El vino se acabó, así que la madre de Jesús le dijo: "No tienen más vino".

"Madre, ¿por qué deberías involucrarme? Mi tiempo no ha llegado aún", respondió él.

Su madre dijo a los sirvientes: “Hagan todo lo que él les diga”.

Cerca de allí había seis tinajas que usaban los judíos para la purificación ceremonial, en cada una cabían veinte o treinta galones. “Llenen las tinajas con agua”, les dijo Jesús. Así que ellos las llenaron por completo. Luego les dijo: “Sirvan un poco y llévenlo al maestro de ceremonias”. Entonces ellos sirvieron un poco. El maestro de ceremonias no sabía de dónde había venido, solamente los sirvientes lo sabían. Pero cuando probó el agua que había sido convertida en vino, llamó al esposo.

“Todo el mundo sirve primero el mejor vino”, le dijo, “y cuando las personas ya han bebido suficiente, entonces sirven el vino más barato. ¡Pero tú has servido el mejor vino hasta el final!” Esta fue la primera de las señales milagrosas de Jesús, y fue realizada en Caná de Galilea. Aquí él dio a conocer su gloria, y sus discípulos pusieron su confianza en él.

Después de esto, Jesús partió hacia Capernaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos, y se quedaron allí unos pocos días. Como ya casi era la fecha de la Pascua de los Judíos, Jesús se fue a Jerusalén. En el Templo, encontró personas vendiendo ganado, ovejas y palomas; y los cambistas de monedas estaban sentados en sus mesas. Él elaboró un látigo con cuerdas y los hizo salir a todos del Templo, junto con las ovejas y el ganado, esparciendo las monedas de los cambistas y volteando sus mesas. Ordenó a los vendedores de palomas: “¡Saquen todas estas cosas de aquí! ¡No conviertan la casa de mi Padre en un mercado!” Sus discípulos recordaron la Escritura que dice: “¡Mi devoción por tu casa es como un fuego que arde dentro de mí!”

Los líderes judíos reaccionaron, preguntándole: “¿Qué derecho tienes para hacer esto? ¡Muéstranos una señal milagrosa para probarlo!”

Jesús respondió: “¡Destruyan este Templo, y en tres días lo levantaré!”

“Tomó cuarenta y seis años construir este Templo, ¿y tú vas a levantarlo en tres días?” respondieron los líderes judíos. Pero el Templo del cual hablaba Jesús era su cuerpo. Después que Jesús se levantó de entre los muertos, sus discípulos recordaron lo que él dijo, y por esto creyeron en la Escritura y en las propias palabras de Jesús.

Como resultado de los milagros que Jesús hizo mientras estuvo en Jerusalén durante la Pascua, muchos creyeron en él. Pero Jesús mismo no se confiaba de ellos, porque él conocía a todas las personas. Él no necesitaba que nadie le hablara acerca de la naturaleza humana porque él conocía cómo pensaban las personas.

Había allí un hombre llamado Nicodemo, quien era un Fariseo y miembro del Concilio Supremo. Él vino por la noche donde Jesús estaba y le dijo: “Rabí, sabemos que eres un maestro que ha venido de parte Dios, porque nadie podría hacer las señales milagrosas que tú estás haciendo a menos que Dios esté con él”.

“Te digo la verdad” respondió Jesús, “A menos que vuelvas a nacer, no puedes experimentar el reino de Dios”.

“¿Cómo puede alguien volver a nacer, cuando ya es viejo?” preguntó Nicodemo. “¡Nadie puede regresar al vientre de su madre y nacer por segunda vez!”

“Te digo la verdad, no puedes entrar al reino de Dios a menos que hayas nacido de agua y del Espíritu”, le dijo Jesús. “Lo que nace de la carne, es carne, y lo que nace del Espíritu, es Espíritu. No te sorprendas de que te dije: ‘Debes volver a nacer’. El viento sopla hacia donde quiere y apenas se alcanza a escuchar el sonido que hace, pero no sabes de dónde viene ni hacia dónde va; así ocurre con todo aquél que nace del Espíritu”.

“¿Cómo es esto posible?” preguntó Nicodemo.

“Tu eres un maestro famoso en Israel, ¿y aún así no entiendes tales cosas?” respondió Jesús. “Te digo la verdad: nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero ustedes se niegan a aceptar nuestro testimonio. Si ustedes no creen lo que yo digo cuando les hablo de cosas terrenales, ¿cómo podrán creer si les hablara de cosas celestiales? Nadie ha subido al cielo, sino que el Hijo del hombre descendió del cielo. Del mismo modo que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del hombre, de modo que todos los que confíen en él, tendrán vida eterna.

“Porque Dios amó al mundo, y lo hizo de esta manera: entregó a su único Hijo, a fin de que todos los que crean en él no mueran, sino que tengan vida eterna. Dios no envió al Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvar al mundo por medio de él. Aquellos que creen en él no están condenados, mientras que aquellos que no creen en él ya están condenados porque no creyeron en el único Hijo de Dios. Así es como se decide esto: la luz vino al mundo, pero las personas amaban las tinieblas más que a la luz, porque sus acciones eran malvadas. Todos los que hacen el mal odian la luz y no vienen a la luz, porque no quieren que sus acciones sean expuestas. Pero aquellos que hacen el bien vienen a la luz, para que se dé a conocer lo que Dios ha hecho en ellos”.

Después de esto, Jesús y sus discípulos fueron a Judea y pasaron allí un tiempo con la gente, bautizándoles. Juan también estaba bautizando en Enón, cerca de Salim, porque allí había mucha agua y las personas seguían viniendo para ser bautizadas. (Esto ocurrió antes de que metieran a Juan en la cárcel). Surgió un debate entre los discípulos de Juan y los judíos respecto a la purificación ceremonial. Ellos fueron donde Juan y le dijeron: “Rabí, el hombre con el que estabas al otro lado del Jordán, del cual diste un testimonio favorable, ¡mira, ahora está bautizando y todos están acudiendo a él!”

“Nadie recibe nada a menos que le sea dado del cielo”, respondió Juan. “Ustedes mismos pueden testificar de que yo he declarado: ‘Yo no soy el Mesías. He sido enviado para preparar su camino’. ¡El novio es quien se casa con la novia! El padrino espera y escucha al novio, y se alegra cuando escucha la voz de alegría del novio, así que ahora mi felicidad está completa. Él debe volverse más importante, y yo debo volverme menos importante”.

El que viene de arriba es más grande que todos; el que viene de la tierra pertenece a la tierra y habla cosas terrenales. El que viene del cielo es más grande

que todos. El da testimonio acerca de lo que ha visto y escuchado, pero nadie acepta lo que él viene a decir. Sin embargo, todo aquél que acepta lo que el dice, confirma que Dios habla la verdad. Porque el que Dios envió habla las palabras de Dios, porque Dios no limita al Espíritu. El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en sus manos. Cualquiera que confía en el Hijo tiene vida eterna, pero cualquiera que se niega a creer en el Hijo, no experimentará vida eterna, sino que sigue bajo la condenación de Dios.

Cuando Jesús se dio cuenta que los fariseos habían descubierto que él estaba ganando y bautizando más discípulos que Juan, (aunque no era Jesús quien estaba bautizando, sino sus discípulos), se fue de Judea y regresó a Galilea. En su camino, tenía que pasar por Samaria. Así que llegó a la ciudad de Sicar, cerca del campo que Jacob había entregado a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob, y Jesús, estando cansado del viaje, se sentó junto al pozo. Era medio día.

Una mujer samaritana vino a buscar agua. Y Jesús le dijo: "¿Podrías darme de beber, por favor?" pues sus discípulos habían ido a comprar comida a la ciudad.

"Tú eres un judío, y yo soy una mujer samaritana. ¿Cómo puedes pedirme que te dé de beber?" respondió la mujer, pues los judíos no se asocian con los samaritanos.

Jesús le respondió: "Si tan solo reconocieras el don de Dios y a quien te está pidiendo 'dame de beber,' tú le habrías pedido a él y él te habría dado el agua de vida".

"Señor, tú no tienes un cántaro, y el pozo es profundo. ¿De dónde vas a sacar el agua de vida?" respondió ella. "Nuestro Padre Jacob nos dio el pozo. Él mismo bebió de él, así como sus hijos y sus animales. ¿Eres tu más grande que él?"

Jesús respondió: "Todo el que bebe agua de este pozo, volverá a tener sed. Pero los que beban del agua que yo doy, no volverán a tener sed de nuevo. El agua que yo doy se convierte en una fuente de agua rebosante dentro de ellos, dándoles vida eterna".

"Señor", respondió la mujer, "¡Por favor, dame de esa agua para que yo no tenga más sed y no tenga que venir aquí a buscar agua!"

"Ve y llama a tu esposo, y regresa aquí", le dijo Jesús.

"No tengo un esposo", respondió la mujer.

"Estás en lo correcto al decir que no tienes un esposo", le dijo Jesús. "Has tenido cinco esposos, y el hombre con el que estás viviendo ahora no es tu esposo. ¡Así que lo que dices es cierto!"

"Puedo ver que eres un profeta, señor", respondió la mujer. "Dime esto: nuestros ancestros adoraron aquí en este monte, pero tú dices que en Jerusalén es donde debemos adorar".

Jesús respondió: "Créeme que viene el tiempo en que ustedes no adorarán al Padre ni en este monte, ni en Jerusalén. Ustedes no conocen realmente al Dios que están adorando, mientras que nosotros adoramos al Dios que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero viene el tiempo—y de hecho, ya llegó—cuando los adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad, porque este es el tipo de adoradores que el Padre quiere. Dios es Espíritu, así que los adoradores deben adorar en Espíritu y en verdad".

La mujer dijo: "Bueno, yo sé que el Mesías vendrá", (al que llaman Cristo). "Cuando él venga, él nos lo explicará a todos nosotros".

Jesús respondió: "YO SOY—el que habla contigo".

Justo en ese momento, regresaron los discípulos. Ellos estaban sorprendidos de que él estuviera hablando con una mujer, pero ninguno de ellos le preguntó "¿qué haces?" o "¿por qué estás hablando con ella?" La mujer dejó su tinaja de agua y corrió de regreso a la ciudad, diciendo a la gente: "¡Vengan y conozcan a un hombre que me dijo todo lo que he hecho! ¿Podría ser este el Mesías?"

Entonces la gente se fue de la ciudad para verlo. Mientras tanto, los discípulos de Jesús estaban insistiéndole: "¡Maestro, come algo, por favor!"

Pero Jesús respondió: "La comida que yo tengo para comer es una de la que ustedes no saben".

"¿Le trajo comida alguien?" se preguntaban los discípulos unos a otros.

Jesús les explicó: "Mi comida es hacer la voluntad de Aquél que me envió y completar su obra. ¿No tienen ustedes el dicho: 'hay cuatro meses entre la siembra y la cosecha?' ¡Abran sus ojos y miren a su alrededor! Los cultivos están maduros, listos para la siega. Al segador se le paga bien y la cosecha es para vida eterna, a fin de que tanto el sembrador como el segador puedan celebrar juntos. Así que el proverbio que dice 'uno es el que siembra y otro es el que cosecha,' es verdadero. Yo los envío a ustedes a cosechar aquello que no sembraron. Otros hicieron la obra, y ustedes han segado ahora los beneficios de lo que ellos hicieron".

Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él porque la mujer dijo "Él me dijo todo lo que yo he hecho". Así que cuando vinieron a verlo, le suplicaron que se quedara con ellos. Él permaneció allí por dos días, y por lo que él les dijo, muchos creyeron en él. Ellos le dijeron a la mujer: "Ahora nuestra confianza en él no es por lo que tú nos dijiste sino porque nosotros mismos lo hemos oído. Estamos convencidos de que él es realmente el Salvador del mundo".

Después de dos días, siguió camino a Galilea. Jesús mismo había hecho el comentario de que un profeta no es respetado en su propia tierra. Pero cuando llegó a Galilea, el pueblo lo recibió porque ellos también habían estado en la fiesta de la Pascua y habían visto todo lo que él había hecho en Jerusalén. Él visitó nuevamente Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Cerca, en la ciudad de Capernaúm, vivía un oficial del rey cuyo hijo estaba muy enfermo. Cuando él escuchó que Jesús había regresado de Judea a Galilea, fue a Jesús y le rogó que viniese y sanase a su hijo que estaba a punto de morir.

"A menos que vean señales y milagros, ustedes no creerán realmente en mi", dijo Jesús.

"Señor, solo ven antes de que mi hijo muera", suplicó el oficial.

"Ve a casa", le dijo Jesús. "¡Tu hijo vivirá!"

El hombre creyó lo que Jesús le dijo y se fue a casa. Mientras aún iba de camino, sus siervos salieron a su encuentro, y al verlo, le dijeron la noticia de que su hijo estaba vivo y recuperándose. Él les preguntó a qué hora había comenzado a mejorar su hijo. "Ayer a la una de la tarde dejó de tener fiebre", le dijeron. Entonces el

padre se dio cuenta de que esa era la hora precisa en la que Jesús le había dicho "¡Tu hijo vivirá!" Entonces él y todos en su casa creyeron en Jesús. Este fue el segundo milagro que Jesús hizo después de regresar de Judea a Galilea.

Después de esto, hubo una celebración judía, así que Jesús fue a Jerusalén. Resulta que junto a la Puerta de las Ovejas, en Jerusalén, hay un estanque llamado "Betesda" en hebreo, con cinco pórticos a los lados. Multitudes de personas enfermas yacían en estos pórticos: —ciegos, cojos, y paralíticos. Un hombre que estaba allí, había estado enfermo durante treinta y ocho años. Jesús lo miró, sabiendo que había estado allí por mucho tiempo, y le preguntó: "¿Quieres ser sanado?"

"Señor", respondió el hombre enfermo, "No tengo a nadie que me ayude a entrar al estanque cuando el agua es agitada. Mientras trato de llegar allí, alguien llega primero que yo".

"¡Levántate, toma tu camilla y comienza a caminar!" le dijo Jesús. De inmediato el hombre fue sanado. Recogió su camilla y comenzó a caminar.

Aconteció que el día que ocurrió esto era sábado. Así que los judíos le dijeron al hombre que había sido sanado: "¡Es Sábado! ¡Es contra la ley cargar una camilla!"

Pero él respondió: "El hombre que me sanó me dijo que recogiera mi camilla y comenzara a caminar".

"¿Quién es esta persona que te dijo que cargaras tu camilla y caminaras?" preguntaron ellos.

Sin embargo, el hombre que había sido sanado no sabía quién era, pues Jesús había desaparecido entre la multitud que le rodeaba. Después de esto, Jesús encontró al hombre en el Templo, y le dijo: "Mira, ahora has sido sanado. Deja de pecar o podría ocurrirte algo peor".

Entonces el hombre fue donde los judíos y les dijo que había sido Jesús quien lo había sanado. Entonces los judíos comenzaron a perseguir a Jesús porque él estaba haciendo estas cosas el día sábado. Pero Jesús les dijo: "Mi Padre aún trabaja, y yo también". Fue por esto que los judíos se esforzaron más aún en matarlo, porque no solamente quebrantaba el Sábado sino que también llamaba a Dios su Padre, haciéndose así semejante a Dios.

Jesús les explicó: "Les digo la verdad, el Hijo no puede hacer nada por su propia cuenta; él solo puede hacer lo que ve hacer al Padre. Todo lo que el Padre hace, lo hace también el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo y le revela todo lo que hace; y el Padre le mostrará incluso cosas más increíbles que van a dejarlos asombrados a ustedes por completo. Porque así como el Padre da vida a los que resucita de la muerte, del mismo modo el Hijo también da vida a los que Él quiere. El padre no juzga a nadie. Él le ha dado toda la autoridad al Hijo para juzgar, a fin de que todos puedan honrar al Hijo así como honran al Padre. Cualquiera que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió. Les digo la verdad: aquellos que siguen lo que yo digo y creen en Aquél que me envió, tienen vida eterna. Ellos no serán condenados, sino que habrán pasado de la muerte a la vida.

"Les digo la verdad: Se acerca el tempo—de hecho, ya está aquí—cuando los muertos escucharán la voz del Hijo de Dios; y los que le escuchen, vivirán. Así como el Padre tiene en sí mismo el poder de dar vida, así también le ha dado al Hijo el poder de dar vida. El Padre también le otorgó al Hijo la autoridad de juzgar, porque él es el Hijo del hombre. No se sorprendan de esto, porque viene el tiempo en que todos los que estén en el sepulcro escucharán su voz y se levantarán de nuevo. Aquellos que han hecho bien, resucitarán para vida; y los que han hecho mal, resucitarán para condenación. Yo no puedo hacer nada por mi propia cuenta. Juzgo basándome en lo que se me dice, y mi decisión es justa, porque no estoy haciendo mi propia voluntad sino la voluntad de Aquél que me envió. Si yo quisiera atribuirme alguna gloria para mí mismo, esas atribuciones no serían válidas; pero hay alguien más que da evidencia acerca de mí, y yo sé que lo que él dice de mí es verdad. Ustedes le preguntaron a Juan sobre mí y él dijo la verdad, pero yo no necesito ninguna aprobación humana. Estoy explicándoles esto para que sean salvos. Juan fue como una lámpara resplandeciente, y ustedes estuvieron dispuestos a disfrutar de su luz por un tiempo. Pero la evidencia que les estoy dando es más grande que la de Juan. Porque yo estoy haciendo el trabajo que mi Padre me dio para que hiciera, y esta es la evidencia de que el Padre me envió. El Padre que me envió, Él mismo habla en mi favor. Ustedes nunca han escuchado su voz y nunca han visto cómo es Él, y no aceptan lo que Él dice, porque no confían en el que envió.

"Ustedes examinan las Escrituras porque piensan que a través de ellas obtendrán la vida eterna. ¡Pero la evidencia que ellas dan está a mi favor! Y sin embargo, ustedes no quieren venir a mí para que tengan vida. Yo no estoy buscando aprobación humana —Yo los conozco, y sé que no tienen el amor de Dios en ustedes. Pues yo he venido a representar a mi Padre, y ustedes no me aceptarán; ¡pero si alguno viene representándose a sí mismo, entonces ustedes lo aceptan! ¿Cómo pueden creer en mí si buscan alabanza entre los unos y los otros y no la alabanza del único Dios verdadero? Pero no crean que yo estaré haciendo acusaciones sobre ustedes ante el Padre. Es Moisés quien los acusa, el mismo en quien ustedes han puesto tal confianza. Pues si ustedes realmente creyeran en Moisés, creerían en mí, porque él escribió acerca de mí. Pero como ustedes no creen en lo que él dijo, ¿porqué confiarían en lo que yo digo?"

Después de esto, Jesús se marchó al otro lado del Mar de Galilea (conocido también como el Mar de Tiberias). Una gran multitud le seguía, porque habían visto sus milagros de sanación. Jesús subió a una colina y se sentó allí con sus discípulos. Se acercaba la fecha de la fiesta judía de la Pascua. Cuando Jesús levantó la vista y vio una gran multitud que venía hacia él, le preguntó a Felipe: "¿Dónde podremos conseguir suficiente pan para alimentar a todas estas personas?" Pero Jesús preguntaba solamente para ver cómo respondía Felipe, porque él ya sabía lo que iba a hacer.

"Doscientas monedas de plata no alcanzarían para comprar suficiente pan y darle a todos aunque fuera un poco", respondió Felipe.

Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, dijo en voz alta: "Hay un niño aquí que tiene

cinco panes de cebada y un par de peces, pero ¿de qué sirve eso si hay tantas personas?"

"Pidan a todos que se sienten", dijo Jesús. Allí había mucha hierba, así que todos se sentaron, y los hombres que estaban allí sumaban como cinco mil. Jesús tomó el pan, dio gracias, y lo repartió entre las personas que estaban ahí sentadas. Luego hizo lo mismo con los peces, asegurándose de que todos recibieran tanto como querían. Cuando todos estuvieron saciados, dijo a sus discípulos: "Recojan lo que sobró para que nada se desperdicie". Entonces ellos recogieron todo y llenaron doce canastas con los trozos de los cinco panes que las personas habían comido. Cuando la gente vio este milagro, dijeron: "De verdad este es el profeta que iba a venir al mundo". Jesús se dio cuenta de que ellos estaban a punto de obligarlo a convertirse en su rey, así que se fue de allí y subió a la montaña para estar solo.

Cuando llegó la tarde, sus discípulos descendieron al mar, se subieron a una barca, y comenzaron a cruzar rumbo a Capernaúm. Para ese momento, ya era de noche y Jesús no los había alcanzado. Comenzó a soplar un fuerte viento y el mar se enfureció. Cuando habían remado tres o cuatro millas, vieron a Jesús caminando sobre el mar, dirigiéndose hacia la barca. Estaban muy asustados. "¡No tengan miedo!" les dijo. "Soy yo". Entonces ellos se alegraron en recibirlo en la barca e inmediatamente llegaron a la orilla hacia la cual se dirigían.

Al día siguiente, la multitud que se había quedado al otro lado del mar se dio cuenta de que quedaba solamente una barca allí y que Jesús no había subido a la barca con sus discípulos, sino que ellos se habían marchado sin él. Luego llegaron desde Tiberias otras barcas, cerca del lugar donde ellos habían comido el pan después de que el Señor lo bendijo. Cuando la multitud se dio cuenta que ni Jesús ni sus discípulos estaban ahí, se subieron a las barcas y se fueron a Capernaúm en busca de Jesús. Cuando lo encontraron al otro lado del mar, le preguntaron, "Maestro, ¿cuándo llegaste acá?"

"Les digo la verdad", respondió Jesús, "ustedes me buscan porque comieron todo el pan que quisieron, no porque hayan entendido los milagros. No se preocupen por la comida que perece, sino concéntrense en la comida que permanece, la de la vida eterna, la cual les dará el Hijo del hombre, porque Dios el Padre ha colocado su sello de aprobación en él".

Entonces ellos le preguntaron: "¿Qué tenemos que hacer para hacer la voluntad de Dios?"

Jesús respondió: "Lo que Dios quiere que hagan es que crean en aquél a quien Él envió".

"¿Qué milagro harás para que lo veamos y podamos creerte? ¿Qué puedes hacer?" le preguntaron. "Nuestros padres comieron maná en el desierto en cumplimiento de la Escritura que dice: 'Él les dio a comer pan del cielo'".

"Les diré la verdad: No fue Moisés quien les dio pan del cielo", respondió Jesús. "Es mi Padre quien les da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que viene del cielo y el que da vida al mundo".

"¡Señor, por favor danos de ese pan todo el tiempo!" dijeron.

"Yo soy el pan de vida", respondió Jesús. "Cualquiera que viene a mí nunca más tendrá hambre, y cualquiera que cree en mí nunca más tendrá sed. Pero como ya les expliqué antes, ustedes me han visto, pero aún no creen en mí. Todos los que el Padre me entrega, vendrán a mí, y yo no rechazaré a ninguno de ellos. Porque yo no descendí del cielo para hacer mi voluntad sino la voluntad del que me envió. Lo que Él quiere es que yo no deje perder a ninguno de los que me ha dado, sino que los levante en el día final. Lo que mi Padre quiere es que cualquiera que vea al Hijo y crea en Él tenga vida eterna, y yo lo levantaré en el día final".

Entonces los judíos comenzaron a murmurar acerca de él porque había dicho "yo soy el pan que descendió del cielo". Ellos dijeron: "¿No es este Jesús, el hijo de José? Nosotros conocemos a su padre y a su madre. ¿Cómo es que ahora puede decirnos 'yo descendí del cielo'?"

"Dejen de murmurar unos con otros", dijo Jesús. "Ninguno viene a mí a menos que lo atraiga el Padre que me envió, y yo lo levantaré en el día final. Tal como está escrito por los profetas en las Escrituras: 'Todos serán instruidos por Dios'. Todo aquél que escucha y aprende del Padre, viene a mí. Ninguno ha visto a Dios, excepto el que es de Dios. Ese ha visto al Padre. Les diré la verdad: Cualquiera que cree en Él tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Sus padres comieron maná en el desierto y aun así murieron. Pero este es el pan que viene del cielo, y cualquiera que lo coma no morirá jamás. Yo soy el pan vivo que bajó del cielo, y cualquiera que coma de este pan, vivirá para siempre. Este pan es mi carne, la cual daré para que el mundo viva".

Entonces los judíos comenzaron a pelear acaloradamente entre ellos. "¿Cómo puede este hombre darnos a comer su carne?" preguntaban.

Jesús les dijo: "Les diré la verdad, a menos que coman la carne del Hijo del hombre y beban su sangre, no podrán vivir realmente. Aquellos que comen mi carne y beben mi sangre, tienen vida eterna y yo los levantaré en el día final. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. Aquellos que comen mi carne y beben mi sangre permanecen en mí y yo en ellos. Tal como me envió el Padre viviente y yo vivo por el Padre, de igual modo, todo aquel que se alimenta de mi vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo, no el que comieron sus padres y murieron. Cualquiera que come de este pan vivirá para siempre".

Jesús explicó esto mientras enseñaba en una sinagoga en Capernaúm. Muchos de sus discípulos cuando lo escucharon dijeron: "¡Esto es algo difícil de aceptar! ¿Quién puede consentir con esto?"

Jesús vio que sus discípulos estaban murmurando sobre esto, así que les preguntó: "¿Están ofendidos por esto? ¿Qué tal si tuvieran que ver al Hijo del hombre ascender a donde estaba antes? El Espíritu da vida; el cuerpo físico no sirve para nada. ¡Las palabras que les he dicho son Espíritu y son vida! Sin embargo, hay algunos entre ustedes que no creen en mí". (Jesús sabía, desde el mismo comienzo, quién creía en él y quién lo traicionaría).

Jesús añadió: "Esta es la razón por la que les dije que nadie puede venir a mí a menos que le sea posible por parte del Padre".

A partir de ese momento, muchos de los discípulos de Jesús le dieron la espalda y ya no le seguían. Entonces Jesús le preguntó a los doce discípulos: "¿Y ustedes? ¿Se irán también?"

Simón Pedro respondió, "Señor, ¿a quién seguiremos? Tú eres el único que tiene palabras de vida eterna. Nosotros creemos en ti y estamos convencidos de que eres el Santo de Dios".

Jesús respondió: "¿Acaso no los escogí yo a ustedes, los doce discípulos? Sin embargo, uno de ustedes es un demonio", (Jesús se estaba refiriendo a Judas, hijo de Simón Iscariote. Él era el discípulo que traicionaría a Jesús).

Después de esto, Jesús se dedicó a ir de un lugar a otro, por toda Galilea. Él no quería hacer lo mismo en Judea porque los judíos intentaban matarlo. Pero como ya casi era la fecha de la fiesta judía de los Tabernáculos, sus hermanos le dijeron: "Debes marcharte a Judea para que tus seguidores puedan ver los milagros que puedes hacer. Ninguno que quiera ser famoso mantiene ocultas las cosas que hace. Si puedes hacer tales milagros, ¡entonces muéstrate al mundo!" Porque incluso sus propios hermanos no creían realmente en él.

Jesús les dijo: "Este no es mi momento de irme. No todavía. Pero ustedes pueden irse cuando quieran, porque para ustedes cualquier momento es correcto. El mundo no tiene razones para odiarlos a ustedes, pero me odia a mí porque yo dejo claro que sus caminos son malvados. Váyanse ustedes a la fiesta. Yo no iré a esta fiesta porque no es mi momento de ir, no aún". Después de decir esto, se quedó en Galilea.

Después que sus hermanos se marcharon para ir a la fiesta, Jesús también fue, pero no abiertamente, sino que se mantuvo oculto. Ahora, los líderes judíos en la fiesta estaban buscándolo y no dejaban de preguntar "¿Dónde está Jesús?" Muchas personas entre la multitud se quejaban de él. Algunos decían: "Él es un buen hombre", mientras que otros discutían: "¡No, Él engaña a la gente!" Pero ninguno se atrevía a hablar abiertamente acerca de él porque tenían miedo de lo que los líderes judíos pudieran hacerles.

Durante la mitad de la fiesta, Jesús fue al Templo y comenzó a enseñar. Los líderes judíos estaban muy sorprendidos y preguntaban: "¿Cómo es que este hombre tiene tanto conocimiento si él no ha sido educado?"

Jesús respondió: "Mi enseñanza no viene de mí, sino de Aquél que me envió. Cualquiera que escoge seguir la voluntad de Dios, sabrá si mi enseñanza viene de Dios o si solamente hablo por mí mismo. Aquellos que hablan por sí mismos quieren glorificarse a sí mismos, pero aquél que glorifica al que lo envió es veraz y no engañoso. Moisés les dio a ustedes la ley, ¿no es así? Sin embargo, ¡ninguno de ustedes guarda la ley! ¿Por qué están tratando de matarme?"

"¡Estás poseído por el demonio!" respondió la multitud. "¡Ninguno está tratando de matarte!"

"Hice un milagro y todos ustedes están escandalizados por ello", respondió Jesús. "Sin embargo, como Moisés les dijo que se circuncidaran—no porque esta enseñanza viniera realmente de Moisés, sino de sus padres que estuvieron mucho antes que él—por eso ustedes hacen la circuncisión en Sábado. Si ustedes se circuncidan en sábado para asegurarse de que la ley de Moisés se guarda, ¿por qué están enojados conmigo por sanar a alguien en sábado? ¡No juzguen por las apariencias! ¡Decidan lo que es justo!"

Entonces algunos de los que venían desde Jerusalén comenzaron a preguntarse: "¿No es este al que estamos intentando matar? Pero miren cómo habla abiertamente y no le dicen nada. ¿Creen ustedes que las autoridades creen que él es el Mesías? Pero eso no es posible porque nosotros sabemos de dónde viene. Cuando el Mesías venga, nadie sabrá de dónde viene".

Mientras enseñaba en el Templo, Jesús dijo en voz alta: "¿Entonces ustedes piensan que me conocen y que saben de dónde vengo? Sin embargo, yo no vine por mi propio beneficio. El que me envió es verdadero. Ustedes no lo conocen, pero yo lo conozco, porque yo vengo de él, y él me ha enviado".

Entonces ellos trataron de arrestarlo, pero ninguno puso una sola mano sobre él porque su tiempo aún no había llegado. Sin embargo, muchos de la multitud creyeron en él. "Cuando el Mesías aparezca, ¿hará acaso más milagros que los que este hombre ha hecho?" decían. Cuando los fariseos escucharon a la multitud murmurar esto acerca de él, ellos y los jefes de los sacerdotes enviaron guardias para arrestarle.

Entonces Jesús le dijo a la gente: "Estaré con ustedes solo un poco más, pero luego regresaré a Aquél que me envió. Ustedes me buscarán pero no me encontrarán; y adonde yo voy, ustedes no pueden ir".

Los judíos se decían unos a otros: "¿A dónde irá que no podremos encontrarlo? ¿Acaso está planeando irse donde están las personas dispersas entre los extranjeros, y les enseñará a ellos? ¿Qué quiere decir con 'me buscarán pero no me encontrarán', y 'adonde yo voy ustedes no pueden ir'?"

El último día y el más importante de la fiesta, Jesús se puso en pie y dijo a gran voz: "Si están sedientos, vengan a mí y beban. Si creen en mí, de ustedes fluirán ríos de agua viva, como dice la Escritura". Él se refería al Espíritu que recibirían aquellos que creyeran en él. El Espíritu aún no se había enviado porque todavía Jesús no había sido glorificado.

Cuando ellos escucharon estas palabras, algunas personas dijeron: "¡Este hombre es definitivamente el Profeta!" Otros decían: "¡Él es el Mesías!" Y otros también decían: "¿Cómo puede el Mesías venir de Galilea? ¿Acaso no dice la Escritura que el Mesías viene del linaje de David y de la casa de David en Belén?" Entonces había entre la multitud grandes diferencias de opiniones acerca de él. Algunos querían arrestarlo, pero nadie puso una sola mano sobre él.

Entonces los guardias regresaron a los jefes de los sacerdotes y a los fariseos, quienes les preguntaron: "¿Por qué no lo trajeron?"

"Nadie nunca habló como habla este hombre", respondieron los guardias.

"¿Acaso los ha engañado a ustedes también?" les preguntaron los fariseos. "¿Acaso alguno de los gobernantes o fariseos ha creído en él? ¡No! Pero ésta multitud de gente que no conoce nada acerca de las enseñanzas de la ley— ¡están todos condenados de cualquier modo!"

Nicodemo, quien había ido a encontrarse con Jesús anteriormente, era uno de ellos y les preguntó: "¿Acaso

nuestra ley condena a un hombre sin escucharlo y sin saber lo que realmente ha hecho?"

"¿De modo que eres un galileo también?" respondieron ellos. "¡Revisa las Escrituras y descubrirás que ningún profeta viene de Galilea!" Entonces se fueron todos a sus casas,

pero Jesús fue al Monte de los Olivos. Temprano por la mañana, Jesús regresó al Templo donde muchas personas se reunieron alrededor de él, y él se sentó y les enseñaba. Los maestros y los fariseos le trajeron una mujer que fue atrapada mientras cometía adulterio y la hicieron permanecer ahí en pie, delante de todos.

Ellos le dijeron a Jesús: "Maestro, esta mujer fue atrapada en el acto del adulterio. Ahora, en la Ley, Moisés ordenó que debemos apedrear a estas mujeres. ¿Qué dices tú?" Ellos decían esto para ponerle una trampa a Jesús, a fin de condenarlo. Pero Jesús se arrodilló y escribía en la tierra con su dedo.

Ellos seguían exigiendo una respuesta, así que él se levantó y les dijo: "Cualquiera de ustedes que nunca haya pecado puede lanzar la primera piedra sobre ella". Entonces se arrodilló otra vez y siguió escribiendo en la tierra.

Cuando ellos escucharon esto, comenzaron a marcharse, uno a uno, comenzado desde el más anciano hasta que Jesús quedó en medio de la multitud con la mujer que aún estaba allí. Jesús se levantó y le preguntó: "¿Dónde están ellos? ¿No quedó ninguno para condenarte?"

"Ninguno, Señor", respondió ella.

"Yo tampoco te condeno", le dijo Jesús. "Vete y no peques más".

Jesús habló una vez más al pueblo, diciéndoles: "Yo soy la luz del mundo. Si me siguen, no caminarán en la oscuridad, porque tendrán la luz de la vida".

Los fariseos respondieron: "¡Tú no puedes ser tu propio testigo! ¡Lo que dices no prueba nada!"

"Incluso si yo soy mi propio testigo, mi testimonio es verdadero", les dijo Jesús, "porque sé de dónde vengo y hacia dónde voy. Pero ustedes no saben de dónde vengo ni hacia dónde voy. Ustedes juzgan humanamente, pero yo no juzgo a nadie. Incluso si yo juzgara, mi juicio sería justo porque no estoy haciendo esto por mi cuenta. El Padre que me envió está conmigo. La misma ley de ustedes dice que el testimonio de dos testigos es válido. Yo soy mi propio testigo, y mi otro testigo es mi Padre que me envió.

"¿Dónde está tu padre?" le preguntaron.

"Ustedes no me conocen a mí ni a mi Padre", respondió Jesús. "Si ustedes me conocieran, entonces conocerían a mi Padre también". Jesús explicaba esto mientras enseñaba cerca de la tesorería del Templo. Sin embargo, nadie lo arrestó porque aún no había llegado su tiempo.

Jesús les dijo de nuevo: "Yo me voy y ustedes me buscarán, pero morirán en su pecado. Adonde yo voy, ustedes no pueden ir".

Los judíos preguntaban en voz alta: "¿Acaso va a matarse a sí mismo? ¿Es eso a lo que se refiere cuando dice 'adonde yo voy ustedes no pueden ir'?"

Jesús les dijo: "Ustedes son de abajo, yo soy de arriba. Ustedes son de este mundo; yo no soy de este mundo. Es por eso que les dije que ustedes morirán en sus pecados. Porque si no creen en mí, en el 'Yo soy,' morirán en sus pecados".

Entonces ellos le preguntaron, "¿Quién eres tú?"

"Soy exactamente quien les dije que era desde el principio", respondió Jesús. "Hay muchas cosas que yo podría decir de ustedes, y muchas cosas que podría condenar. Pero el que me envió dice la verdad, y lo que yo les digo aquí en este mundo es lo que escuché de Él".

Ellos no entendían que él estaba hablando del Padre. Así que Jesús les explicó:

"Cuando ustedes hayan levantado al Hijo del hombre sabrán entonces que yo soy el 'Yo soy,' y que no hago nada por mí mismo, sino que digo lo que el Padre me enseñó. Aquél que me envió está conmigo; Él no me ha abandonado, porque yo siempre hago lo que a Él le agrada". Muchos de los que escucharon a Jesús decir estas cosas, creyeron en Él.

Entonces Jesús le dijo a los judíos que creyeron en él: "Si siguen mi enseñanza, entonces ustedes son realmente mis discípulos. Conocerán la verdad y la verdad los hará libres".

"¡Nosotros somos descendientes de Abraham! Nosotros nunca hemos sido esclavos de nadie", respondieron ellos. "¿Cómo puedes decir que seremos libres?"

Jesús respondió: "Les digo la verdad, todo el que peca es un esclavo del pecado. Un esclavo no tiene un lugar permanente en la familia, pero el hijo siempre es parte de la familia. Si el Hijo los libera, entonces ustedes son verdaderamente libres. Yo sé que ustedes son descendientes de Abraham. Sin embargo, ustedes están tratando de matarme porque se niegan a aceptar mis palabras. Yo les estoy diciendo lo que el Padre me ha revelado, mientras que ustedes hacen lo que su padre les ha enseñado".

"Nuestro padre es Abraham", respondieron ellos.

"Si ustedes realmente fueran hijos de Abraham, harían lo que Abraham hizo", les dijo Jesús. "Pero ustedes están tratando de matarme ahora, porque les dije la verdad que yo escuché de Dios. Abraham nunca habría hecho eso. Ustedes están haciendo lo que hace el padre de ustedes".

"Pues nosotros no somos hijos ilegítimos", respondieron ellos. "¡Solo Dios es nuestro padre!"

Jesús respondió: "Si Dios fuese realmente el padre de ustedes, ustedes me amarían. Yo vine de Dios y estoy aquí. No fue mi propia decisión venir, sino la de Uno que me envió. ¿Por qué no pueden entender lo que estoy diciendo? ¡Es porque ustedes se niegan a escuchar mi mensaje! El padre de ustedes es el diablo, y ustedes aman seguir los deseos malos de él. Él fue un asesino desde el principio. Nunca estuvo de parte de la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando él miente, revela su verdadero carácter, porque él es un mentiroso y padre de mentiras. ¡Entonces, como yo les digo la verdad, ustedes no me creen! ¿Acaso puede alguno de ustedes demostrarme que soy culpable de pecado? Si les estoy diciendo la verdad, ¿por qué no me creen? Todo el que pertenece a Dios, escucha lo que Dios dice. La razón por la que ustedes no escuchan es porque ustedes no pertenecen a Dios".

"¿Acaso no tenemos razón en decir que eres un samaritano poseído por el demonio?" dijeron los judíos.

"No, yo no tengo demonio alguno", respondió Jesús. "Yo glorifico a mi padre, pero ustedes me deshonran. Yo

no vine aquí buscando honra para mí mismo. Pero hay Uno que lo hace por mí y quien juzga a mi favor. Les digo la verdad, cualquiera que sigue mi enseñanza, no morirá jamás".

"Ahora sabemos que estás poseído por el demonio", dijeron los judíos. "Abraham murió, y los profetas también, ¡y tú estás diciéndonos 'cualquiera que sigue mi enseñanza, no morirá jamás!' ¿Acaso eres tú más grande que nuestro padre Abraham? Él murió, y los profetas también murieron. ¿Quién crees que eres?"

Jesús respondió: "Si yo me glorifico a mí mismo, mi Gloria no significa nada. Pero es Dios mismo quien me glorifica, el mismo del cual ustedes dicen 'Él es nuestro Dios'. Ustedes no lo conocen, pero yo sí lo conozco. Si yo dijera 'No lo conozco,' sería un mentiroso, tal como ustedes. Pero yo sí lo conozco, y hago lo que Él dice. Abrahám se deleitó en esperar mi venida, y se alegró cuando la vio".

Los judíos respondieron: "Aún no tienes ni cincuenta años de edad, ¿y dices que has visto a Abraham?"

"Les digo la verdad: antes de que Abraham naciera, Yo soy", dijo Jesús.

Ante esto, ellos tomaron piedras para arrojárselas, pero Jesús se ocultó de ellos y se fue del Templo.

Mientras Jesús caminaba, vio a un hombre que era ciego desde su nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: "Maestro, ¿porqué nació ciego este hombre? ¿Fue él quien pecó, o fueron sus padres?"

Jesús respondió: "Ni él, ni sus padres pecaron. Pero para que el poder de Dios pueda manifestarse en su vida, tenemos que seguir haciendo la obra de Aquél que me envió mientras aún es de día. Cuando la noche venga, nadie podrá trabajar. Mientras estoy aquí en el mundo, yo soy la luz del mundo".

Después que dijo esto, Jesús escupió en el suelo e hizo barro con su saliva, el cual puso después sobre los ojos del hombre ciego. Entonces Jesús le dijo: "Ve y lávate tú mismo en el estanque de Siloé" (que significa "enviado"). Así que el hombre fue y se lavó a sí mismo, y cuando se dirigía hacia su casa, ya podía ver.

Sus vecinos y aquellos que lo habían conocido como un mendigo, preguntaban: "¿No es este el hombre que solía sentarse y mendigar?" Algunos decían que él era, mientras que otros decían: "no, es alguien que se parece a él". Pero el hombre seguía diciendo "¡Soy yo!"

"¿Cómo es posible que puedas ver?" le preguntaron.

Él respondió: "Un hombre llamado Jesús hizo barro y lo puso sobre mis ojos y me dijo 've y lávate tú mismo en el estanque de Siloé'. Entonces yo fui, y me lavé, y ahora puedo ver".

"¿Dónde está?" le preguntaron.

"No lo sé", respondió él.

Ellos llevaron al hombre que había estado ciego ante los fariseos. Y era el día sábado cuando Jesús había preparado el barro y había abierto los ojos de aquél hombre. Así que los fariseos también le preguntaron cómo pudo ver. Él les dijo: "Él puso barro sobre mis ojos, y yo me lavé, y ahora puedo ver".

Algunos de los fariseos dijeron: "El hombre que hizo esto no puede venir de Dios porque no guarda el Sábado". Pero otros se preguntaban: "¿Cómo puede un pecador hacer tales milagros?" De modo que tenían opiniones divididas.

Entonces siguieron interrogando al hombre: "Ya que fueron tus ojos los que él abrió, ¿cuál es tu opinión acerca de él?" preguntaron ellos.

"Sin duda, él es un profeta", respondió el hombre.

Los líderes judíos aún se negaban a creer que el hombre que había sido ciego ahora pudiera ver, hasta que llamaron a sus padres.

Ellos les preguntaron: "¿Es este su hijo, que estaba ciego desde el nacimiento? ¿Cómo, entonces, es posible que ahora pueda ver?"

Sus padres respondieron: "Sabemos que este es nuestro hijo que nació siendo ciego. Pero no tenemos idea de cómo es posible que ahora vea, o de quién lo sanó. ¿Por qué no le preguntan a él? pues ya está suficientemente grande. Él puede hablar por sí mismo". La razón por la que sus padres dijeron esto, es porque tenían miedo de lo que pudieran hacer los líderes judíos. Éstos ya habían anunciado que cualquiera que declarara que Jesús era el Mesías, sería expulsado de la sinagoga. Esa fue la razón por la que sus padres dijeron "pregúntenle a él, pues ya está suficientemente grande".

Por segunda vez, llamaron al hombre que había estado ciego y le dijeron: "¡Dale la gloria a Dios! Sabemos que este hombre es un pecador".

El hombre respondió: "Yo no sé si él es o no un pecador. Todo lo que sé es que yo estaba ciego y ahora puedo ver".

Entonces ellos le preguntaron: "¿Qué te hizo? ¿Cómo fue que abrió tus ojos?"

El hombre respondió: "Ya les dije. ¿Acaso no estaban escuchando? ¿Por qué quieren escucharlo de nuevo? ¿Acaso quieren convertirse en sus discípulos también?"

Entonces ellos lo insultaron y le dijeron: "Tú eres discípulo de ese hombre. Nosotros somos discípulos de Moisés. Sabemos que Dios le habló a Moisés, pero en lo que respecta a esta persona, ni siquiera sabemos de dónde viene".

El hombre respondió: "¡Es algo increíble! Ustedes no saben de dónde viene pero él abrió mis ojos. Nosotros sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero sí escucha a todo el que lo adora y hace su voluntad. Nunca antes en toda la historia se ha escuchado de un hombre que haya nacido ciego y haya sido sanado. Si este hombre no viniera de Dios, no podría hacer nada".

"Tú naciste siendo completamente pecador, y sin embargo estás tratando de enseñarnos", respondieron ellos. Y lo expulsaron de lo sinagoga.

Cuando Jesús escuchó que lo habían expulsado, encontró al hombre y le preguntó: "¿Crees en el Hijo del hombre?"

El hombre respondió: "Dime quién es, para creer en él".

"Ya lo has visto. ¡Es el que habla contigo ahora!" le dijo Jesús.

"¡Creo en ti, Señor!" dijo él, y se arrodilló para adorar a Jesús.

Entonces Jesús le dijo: "He venido al mundo para traer juicio, a fin de que aquellos que son ciegos puedan ver, y aquellos que ven se vuelvan ciegos".

Algunos fariseos que estaban allí con Jesús le preguntaron: "Nosotros no somos ciegos también, ¿o sí?"

Jesús respondió: "Si ustedes estuvieran ciegos, no serían culpables. Pero ahora que dicen que ven, mantienen su culpa".

"Les digo la verdad, cualquiera que no entra por la puerta del redil, sino que trepa de alguna otra manera, es un ladrón. El que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. El portero le abre la puerta y las ovejas responden a su voz. Él llama a sus ovejas por nombre, y las saca del redil. Después, camina delante de ellas y las ovejas lo siguen porque reconocen su voz. Ellas no siguen a ningún extraño. De hecho, ellas huyen de cualquier extraño porque no reconocen su voz".

Cuando Jesús hizo esta ilustración, los que le escuchaban no entendieron lo que él quiso decir. Entonces Jesús les explicó nuevamente. "Les digo la verdad: Yo soy la puerta del redil. Todos los que vinieron antes de mi eran ladrones, pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta. Todo el que entra a través de mi, será sanado. Podrá ir y venir, y encontrará la comida que necesite. El ladrón solo viene a robar, matar y destruir. Yo he venido para traerles vida, una vida abundante. Yo soy el buen pastor. El buen pastor entrega su vida por sus ovejas. El hombre a quien se le paga para cuidar de las ovejas no es el pastor, y huye apenas ve que se acerca el lobo. Él abandona a las ovejas porque no son suyas, y entonces el lobo ataca y dispersa a las ovejas pues este hombre solo trabaja para recibir su pago y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor. Yo sé cuáles son mías, y ellas me conocen así como el Padre me conoce y yo lo conozco a él. Yo entrego mi vida por las ovejas. Tengo otras ovejas que no están en este redil. Debo traerlas también. Ellas escucharán mi voz, y entonces habrá un solo rebaño con un solo pastor.

"Es por esto que el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Ninguno puede quitarme la vida; Yo elijo entregarla. Tengo el derecho de entregar mi vida y tengo el derecho de volverla a tomar. Este es el mandato que me dio mi Padre".

Otra vez los judíos estaban dando opiniones sobre estas palabras que dijo Jesús. Muchos de ellos decían: "¡Está poseído por un demonio! ¡Está loco! ¿Por qué lo escuchan?" Otros decían: "Estas no son las palabras de alguien que está endemoniado. Además, un demonio no puede devolver la vista a un ciego".

Era invierno y era la fecha de la Fiesta de la Dedicación en Jerusalén. Jesús estaba caminando en el Templo por el pórtico de Salomón. Los judíos lo rodearon y le preguntaron: "¿Por cuánto tiempo nos tendrás en suspenso? ¡Si eres el Mesías, entonces dínoslo claramente!"

Jesús respondió: "Ya les dije, pero ustedes se negaron a creerlo. Los milagros que yo hago en nombre de mi Padre son prueba de quien yo soy. Ustedes no creen en mí porque no son mis ovejas. Mis ovejas reconocen mi voz; yo las conozco, y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna; ellas nunca estarán perdidas, y nadie me las puede arrebatar. Mi Padre, quien me las entregó, es más grande que cualquier otra persona; y a Él nadie se las puede arrebatar. Yo y el Padre somos uno".

Una vez más los judíos tomaron piedras para lanzárselas.

Jesús les dijo: "Ustedes han visto muchas cosas buenas que he hecho, gracias al Padre. ¿Por cuál de todas ellas me van a apedrear?"

Los judíos respondieron: "No vamos a apedrearte por hacer cosas buenas, sino por blasfemia, porque tú eres solamente un hombre y estás afirmando que eres Dios".

Jesús les respondió: "¿Acaso no está escrito en la ley de ustedes: 'Yo dije, ustedes son dioses'? Él llamó 'dioses' a estas personas, a aquellos a quienes entregó la palabra de Dios—y la Escritura no se puede modificar. Entonces, ¿por qué están diciendo ustedes que aquél a quien Dios apartó y envió al mundo está blasfemando, porque dije 'yo soy el Hijo de Dios'? Si no estoy haciendo lo que hace mi Padre, entonces no me crean. Pero si lo hago, deberían creerme por la evidencia de lo que he hecho. Así podrán ustedes entender que el Padre está en mí, y que yo estoy en el Padre".

Nuevamente ellos trataron de arrestarlo, pero él escapó de ellos. Se fue al otro lado del río Jordán, al lugar donde Juan había comenzado a bautizar, y se quedó allí. Muchas personas llegaron donde él estaba, y decían: "Juan no hizo milagros, pero todo lo que él dijo acerca de este hombre se ha hecho realidad". Muchos de los que estaban allí pusieron su confianza en Jesús.

Un hombre llamado Lázaro estaba enfermo. Él vivía en Betania con sus hermanas María y Marta. María fue la que ungió al Señor con perfume y secó sus pies con su cabello. El que estaba enfermo era su hermano Lázaro. Entonces las hermanas enviaron un mensaje a Jesús: "Señor, tu amigo está enfermo". Cuando Jesús escuchó la noticia dijo: "El resultado final de esta enfermedad no será la muerte. A través de esto, será revelada la gloria de Dios, a fin de que el Hijo de Dios sea glorificado".

Aunque Jesús amaba a Marta, María y Lázaro, y aunque había escuchado que Lázaro estaba enfermo, se quedó en el lugar donde estaba durante dos días más. Entonces le dijo a los discípulos: "Regresemos a Judea".

Los discípulos respondieron: "Maestro, hace apenas unos días los judíos estaban tratando de apedrearte. ¿Realmente quieres regresar allá ahora?"

"¿Acaso no tiene doce horas el día?" respondió Jesús. "Si la gente camina durante el día, no se tropieza porque puede ver hacia dónde va, gracias a la luz de este mundo. Pero si camina por la noche, se tropieza porque no hay luz". Después de decirles esto, les dijo: "Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, ¡pero yo voy para despertarlo!"

Los discípulos dijeron: "Señor, si está durmiendo, se pondrá mejor".

Jesús se había estado refiriendo a la muerte de Lázaro, pero los discípulos pensaban que él se refería realmente al acto de dormir. Así que Jesús les dijo claramente: "Lázaro está muerto. Me alegro por ustedes de que yo no estaba allí, porque ahora ustedes podrán creer en mí. Vayamos y veámoslo".

Tomás, el gemelo, dijo a sus condiscípulos: "Vayamos también para que muramos con él".

Cuando Jesús llegó, se enteró de que Lázaro había estado en la tumba por cuatro días. Betania estaba apenas a dos millas de Jerusalén, y muchos judíos habían venido a consolar a María y Marta ante la pérdida de su hermano. Cuando Marta supo que Jesús venía, salió a su encuentro, pero María se quedó en casa.

Marta le dijo a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero estoy segura de que incluso ahora Dios te concederá cualquier cosa que le pidas”.

Jesús le dijo: “Tu hermano se levantará de nuevo”.

“Sé que se levantará en la resurrección, en el día final”, respondió Marta.

Jesús dijo: “Yo soy la resurrección y la vida. Aquellos que creen en mí, vivirán aunque mueran. Todos los que viven en mí y creen en mí, no morirán jamás. ¿Crees esto?”

“Sí, Señor”, respondió ella, “Yo creo que eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que esperábamos que viniera al mundo”.

Cuando ella terminó de decir esto, fue y le dijo a su hermana María, en privado: “El Maestro está aquí y ha dicho que quiere verte”.

Tan pronto escuchó esto, María se levantó y fue a verlo. Jesús todavía no había llegado a la aldea. Aún estaba en el lugar donde Marta lo había ido a recibir. Los judíos que habían estado consolando a María en la casa vieron cómo ella se levantó rápidamente y salió. Entonces la siguieron, pensado que se dirigía a la tumba a llorar. Cuando María llegó al lugar donde estaba Jesús y lo vio, se postró a sus pies y dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”.

Cuando la vio llorando a ella y a los judíos que habían venido con ella, Jesús se sintió atribulado y triste. “¿Dónde lo han puesto?” preguntó él.

Ellos respondieron: “Señor, ven y ve”.

Entonces Jesús también lloró. “Miren cuánto lo amaba”, dijeron los judíos.

Pero algunos de ellos decían: “Si pudo abrir los ojos de un hombre ciego, ¿no podía haber impedido la muerte de Lázaro?”

Muy atribulado, Jesús se dirigió a la tumba. Era una cueva con una gran piedra que tapaba la entrada.

“Quiten la piedra”, les dijo Jesús.

Pero Marta, la hermana del difunto, dijo: “Señor, en este momento ya debe haber mal olor porque él ha estado muerto por cuatro días”.

“¿No te dije que si crees en mi verás la Gloria de Dios?” respondió Jesús.

Entonces quitaron la piedra. Jesús levantó su mirada hacia el cielo y dijo: “Padre, gracias por escucharme. Yo sé que siempre me escuchas. Dije esto por causa de la multitud que está aquí, a fin de que crean que tú me enviaste”.

Después de decir esto, Jesús dijo en voz alta: “¡Lázaro, sal de ahí!”

El difunto salió. Sus manos y sus pies estaban envueltos con tiras de lino, y su cabeza estaba envuelta con un paño.

“Quítenle las vendas y déjenlo ir”, les dijo Jesús.

Como consecuencia de esto, muchos de los judíos que habían venido a consolar a María y que vieron lo que Jesús hizo, creyeron en él. Pero otros fueron donde los fariseos y les contaron lo que Jesús había hecho.

Entonces el jefe de los sacerdotes y los fariseos convocaron una reunión del Concilio Supremo. “¿Qué haremos?” preguntaban. “Este hombre está haciendo muchos milagros. Si dejamos que siga, todos creerán en él, y entonces los romanos destruirán tanto el Templo como nuestra nación”.

“¡Ustedes no entienden nada!” dijo Caifás, quien era el Sumo sacerdote en ese año. “¿Acaso no se dan cuenta de que es mejor para ustedes que un solo hombre muera por el pueblo y no que toda la nación sea destruida?” Él no decía esto por su propia cuenta, sino que como Sumo sacerdote en ese año, él estaba profetizando que Jesús moriría por la nación. Y no solo por la nación judía, sino por todos los hijos de Dios que estaban esparcidos, a fin de que volvieran a reunirse y ser un solo pueblo.

A partir de ese momento, ellos conspiraban sobre cómo podían matar a Jesús. De modo que Jesús no viajaba de manera pública entre los judíos sino que se fue a una ciudad llamada Efraín, en la región cercana al desierto, y permaneció allí con sus discípulos.

Ya casi era la fecha de la celebración de la Pascua judía, y mucha gente se fue del campo hasta Jerusalén para purificarse para la Pascua. La gente buscaba a Jesús y hablaban de él mientras estaban en el Templo. “¿Qué piensan de esto?” se preguntaban unos a otros. “¿Será que no vendrá a la fiesta?” Los jefes de los sacerdotes y los fariseos habían dado la orden de que cualquiera que supiera dónde estaba Jesús debía informarles para así poder arrestarlo.

Seis días antes de la Pascua, Jesús fue a Betania, al hogar de Lázaro, quien había sido levantado de los muertos. Había allí una cena preparada en su honor. Marta ayudaba a servir la comida mientras que Lázaro estaba sentado en la mesa con Jesús y con los demás invitados. María trajo medio litro de perfume de nardo puro y ungió los pies de Jesús, secándolos con su cabello. El aroma del perfume se esparció por toda la casa.

Pero uno de los discípulos, Judas Iscariote, quien después traicionaría a Jesús, preguntó: “¿No era mejor vender este perfume y regalar el dinero a los pobres? El perfume costaba trescientos denarios”.

Él no decía esto porque le interesaran los pobres, sino porque era un ladrón. Él era quien administraba el dinero de los discípulos y a menudo tomaba de ese dinero para sí mismo.

“No la critiquen”, respondió Jesús. “Ella hizo esto como una preparación para el día de mi entierro. Ustedes siempre tendrán a los pobres aquí con ustedes, pero no siempre me tendrán a mí aquí”.

Una gran multitud había descubierto que él estaba allí. Llegaron al lugar no solo para ver a Jesús sino porque querían ver a Lázaro, el hombre a quien Jesús había levantado de los muertos. Entonces los jefes de los sacerdotes planeaban matar a Lázaro también, pues era por él que muchos judíos ya no los seguían a ellos sino que estaban creyendo en Jesús.

Al día siguiente, las multitudes de personas que habían venido a la fiesta de la Pascua escucharon que Jesús iba de camino hacia Jerusalén. Entonces cortaron ramas de palmeras y salieron a darle la bienvenida, gritando: “¡Hosanna! Bendito es el que viene en el nombre del Señor. Bendito es el rey de Israel”.

Jesús encontró un potrillo y se montó sobre él, tal como dice la Escritura: “No temas, hija de Sión. Mira, tu rey viene, montado en un potrillo”. En ese momento, los discípulos de Jesús no entendían lo que significaban estas cosas. Fue después, cuando Jesús fue glorificado,

que ellos entendieron que lo que había ocurrido ya había sido profetizado y se había aplicado a él.

Muchos en la multitud habían visto a Jesús llamar a Lázaro de la tumba y levantarlo de los muertos, y estaban contando el hecho. Esa fue la razón por la que tantas personas fueron a conocer a Jesús—porque habían escuchado acerca de este milagro.

Los fariseos se decían unos a otros: "Miren, no estamos logrando nada. Todos corren detrás de él".

Sucedió que unos griegos habían venido a adorar durante la fiesta. Ellos se acercaron a Felipe de Betsaida, de Galilea, y le dijeron: "Señor, quisiéramos ver a Jesús". Felipe fue y le dijo a Andrés. Entonces ambos se acercaron a Jesús y le dijeron esto.

Jesús respondió: "Ha llegado el momento para que el Hijo del hombre sea glorificado. Les digo la verdad: hasta que un grano de trigo no se plante en la tierra y muera, sigue siendo un grano. Pero si muere, produce muchos más granos de trigo. Si ustedes aman su propia vida, la perderán; pero si no aman su propia vida en este mundo, salvarán sus vidas para siempre. Si ustedes quieren servirme, tienen que seguirme. Mis siervos estarán donde yo esté, y mi Padre honrará a todo el que me sirva.

"Ahora estoy atribulado. ¿Qué debo decir, 'Padre, guárdame de este momento de sufrimiento que está por venir'? No, porque esta es la razón por la cual vine—para vivir este momento de sufrimiento. Padre, muéstrame la gloria de tu carácter".

Vino una voz del cielo que decía: "He mostrado la gloria de mi carácter, y la volveré a mostrar". La multitud que estaba allí en pie escuchó la voz. Algunos decían que era un trueno; otros decían que un ángel le había hablado.

Jesús les dijo: "Esta voz no habló por mí, sino por causa de ustedes. Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será lanzado fuera. Pero cuando yo sea levantado, a todos atraeré hacia mí". (Él dijo esto para señalar el tipo de muerte que iba a sufrir).

La multitud respondió: "la Ley nos dice que el Mesías vivirá para siempre, ¿cómo puedes decir tú que el Hijo del hombre debe ser 'levantado'? ¿Quién es este 'Hijo del hombre'?"

Jesús respondió: "La luz está aquí con ustedes un poco más. Caminen mientras tienen la luz para que la oscuridad no los sorprenda. Los que caminan en la oscuridad no saben hacia dónde van. Confíen en la luz mientras la tienen para que sean hijos de la luz". Cuando Jesús terminó de decirles esto, se fue y se ocultó de ellos.

Pero a pesar de todos los milagros que él había hecho en presencia de ellos, aún no creían en Jesús. Esto era en cumplimiento del mensaje del profeta Isaías, quien dijo: "Señor, ¿quién ha creído en lo que hemos dicho? ¿A quién le ha sido revelado el poder del Señor?"

Ellos no podían creer en él, y como consecuencia, cumplieron lo que Isaías dijo: "Él cegó sus ojos, y oscureció sus mentes a fin de que sus ojos no vieran, y sus mentes no pensaran, y no se volvieran a mí—porque si lo hacían, yo los sanaría". Isaías vio la gloria de Jesús y dijo esto en referencia a él.

Incluso muchos de los líderes creían en él. Sin embargo, no lo admitían abiertamente porque no querían que los fariseos los expulsaran de la sinagoga, demostrando que amaban la admiración humana más que la aprobación de Dios.

Jesús dijo a gran voz: "Si creen en mí, no solamente están creyendo en mí sino también en Aquél que me envió. Cuando me ven a mí, están viendo al que me envió. He venido como una luz que ilumina al mundo, así que si creen en mí no permanecerán en la oscuridad. Yo no juzgo a ninguno que escucha mis palabras y no hace lo que yo digo. Yo vine a salvar al mundo, no a juzgarlo. Cualquiera que me rechaza y no acepta mis palabras, será juzgado en el juicio final, conforme a lo que he dicho. Porque no estoy hablando por mí mismo sino por mi Padre que me envió. Él fue quien me instruyó en cuanto a lo que debo decir y cómo lo debo decir. Yo sé que lo que Él me ordenó que les dijera, trae vida eterna—Así que todo lo que yo digo es lo que el Padre me dijo a mí".

Era el día antes de la fiesta de la Pascua, y Jesús sabía que había llegado la hora de abandonar este mundo y volver a su Padre. Había amado a quienes estaban en el mundo y que eran suyos, y ahora les había demostrado por completo su amor hacia ellos. Era el momento de la cena, y el diablo ya había inculcado la idea de traicionar a Jesús en la mente de Judas, el hijo de Simón Iscariote. Jesús sabía que el Padre había puesto todas las cosas bajo su autoridad, y él había venido de Dios y ahora iba a regresar a Dios. Entonces Jesús se levantó en medio de la cena, quitó su bata y se ciñó con una toalla. Echó agua en un tazón y comenzó a lavar los pies de sus discípulos, secándolos con la toalla con la que se había ceñido. Se acercó a Simón Pedro, quien le preguntó: "Señor, ¿vas a lavar mis pies?"

Jesús respondió: "Ahora no entenderás lo que estoy haciendo por ti. Pero un día entenderás".

"¡No!" protestó Pedro. "¡Nunca lavarás mis pies!"

Jesús respondió, "Si no te lavo, no tendrás parte conmigo",

"¡Entonces, Señor, no laves solamente mis pies, sino también mis manos y mi cabeza!" exclamó Simón Pedro.

Jesús respondió, "Cualquiera que ya se ha bañado, solo necesita lavar sus pies y entonces estará completamente limpio. Ustedes están limpios—pero no todos". Pues él sabía quién era el que iba a traicionarlo. Por eso dijo "No todos están limpios".

Después que Jesús hubo lavado los pies de los discípulos, volvió a ponerse su bata y se sentó. "¿Entienden ustedes lo que les he hecho?" les preguntó. "Ustedes me llaman 'Maestro' y 'Señor,' y está bien que lo hagan, pues eso es lo que soy. Así que si yo, que soy su Maestro y su Señor, he lavado sus pies, ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Yo les he dejado un ejemplo, para que ustedes hagan como yo hice. Les digo la verdad, los siervos no son más importantes que su amo, y el que es enviado no es mayor que quien lo envía. Ahora que ustedes entienden estas cosas, serán benditos si las hacen. No estoy hablando de todos ustedes—Yo conozco a los que he escogido. Pero para cumplir la Escritura: 'El que comparte mi comida se ha vuelto contra mí'. Les digo ahora, antes de que ocurra, para que cuando

ocurra, estén convencidos de que yo soy quien soy. Les digo la verdad, cualquiera que recibe a quien yo envío, me recibe a mí, y recibe a Aquél que me envió".

Después que dijo esto, Jesús estuvo profundamente atribulado, y declaró: "Les digo la verdad, uno de ustedes va a traicionarme". Los discípulos se miraron unos a otros, preguntándose de cuál de ellos hablaba Jesús. El discípulo a quien Jesús amaba estaba sentado junto a él en la mesa, apoyado cerca de él. Simón Pedro le hizo señas para que le preguntara a Jesús de cuál de todos ellos hablaba. Entonces él se inclinó hacia Jesús y le preguntó, "Señor, ¿quién es?"

Jesús respondió: "Es aquél a quien yo le entregue un trozo de pan después de haberlo mojado". Después de haber mojado el trozo de pan, lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Cuando Judas tomó el pan, Satanás entró en él. "Lo que vas a hacer, hazlo rápido", le dijo Jesús.

Ninguno en la mesa entendió lo que Jesús quiso decir con esto. Como Judas estaba a cargo del dinero, algunos de ellos pensaron que Jesús le estaba diciendo que se fuera y comprara lo necesario para la fiesta de la Pascua, o que fuera a donar algo a los pobres. Judas se fue inmediatamente después que hubo tomado el trozo de pan y se marchó. Y era de noche.

Después que Judas se fue, Jesús dijo: "Ahora el Hijo del hombre es glorificado, y por medio de él, Dios es glorificado. Si Dios es glorificado por medio de él, entonces Dios mismo glorificará al hijo, y lo glorificará inmediatamente. Mis hijos, yo estaré con ustedes solo un poco más. Me buscarán, pero les digo lo mismo que le dije a los judíos: adonde yo voy, ustedes no pueden ir.

"Les estoy dando un nuevo mandato: ámense los unos a los otros. Ámense los unos a los otros de la misma manera que yo los he amado a ustedes. Si ustedes se aman los unos a los otros, demostrarán a todos que son mis discípulos".

Simón Pedro le preguntó: "¿Adónde vas, Señor?" Jesús respondió: "Adonde yo voy, ustedes no pueden seguirme. Ustedes me seguirán después".

"Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora?" preguntó Pedro. "Entregaré mi vida por ti".

"¿Realmente estás preparado para morir por mí? Te digo la verdad: antes de que el gallo cante tú me negarás tres veces", le respondió Jesús.

"No dejen que sus mentes estén ansiosas. Crean en Dios, crean en mí también. En la casa de mi Padre hay espacio suficiente. Si no fuese así yo se los hubiera dicho. Yo voy a preparar un lugar para ustedes. Cuando me haya ido y haya preparado lugar para ustedes, regresaré nuevamente y los llevaré conmigo, para que puedan estar allí conmigo también. Ustedes conocen el camino hacia donde yo voy".

Tomás le dijo: "Señor, no sabemos a dónde vas. ¿Cómo podemos conocer el camino?" .

Jesús respondió: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre si no es a través de mí. Si ustedes me han conocido, conocerán también a mi Padre. A partir de ahora, ustedes lo conocen y lo han visto".

Felipe dijo: "Señor, muéstranos al Padre, y estaremos convencidos".

Jesús respondió: "He estado con ustedes por tanto tiempo, Felipe, ¿y sin embargo aún no me conoces? Todo el que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo puedes decir 'muéstranos al Padre'? ¿No crees que yo vivo en el Padre y que el Padre vive en mí? Las palabras que yo hablo no son mías; es el Padre que vive en mí quien está haciendo su obra. Créanme cuando les digo que yo vivo en el Padre y el Padre en mí, o al menos créanlo por la evidencia de todo lo que he hecho.

"Les digo la verdad, todo el que cree en mí hará las mismas cosas que yo estoy haciendo. De hecho, hará cosas incluso más grandes porque yo voy ahora al Padre. Yo haré cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, para que mi Padre sea glorificado a través del Hijo. Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, yo la haré.

"Si ustedes me aman, guardarán mis mandamientos. Yo le pediré al padre, y él les enviará a ustedes otro Consolador, el Espíritu de verdad, que siempre estará con ustedes. El mundo no puede aceptarlo porque ellos no lo buscan y no lo conocen. Pero ustedes lo conocen porque él vive con ustedes y estará en ustedes.

"Yo no los abandonaré como huérfanos: regresaré a ustedes. No pasará mucho tiempo antes de que el mundo ya no me vea más, pero ustedes me verán. Porque yo vivo, y ustedes vivirán también. Ese día ustedes sabrán que yo vivo en el Padre, que ustedes viven en mí, y que yo vivo en ustedes. Aquellos que guardan mis mandamientos son los que me aman; aquellos que me aman, serán amados por mi Padre. Yo también los amaré, y me revelaré en ellos".

Judas (no Iscariote) respondió: "Señor, ¿por qué te revelarás a nosotros y no al mundo?"

Jesús respondió: "Aquellos que me aman harán lo que yo digo. Mi Padre los amará, y vendremos a crear un hogar con ellos. Los que no me aman, no hacen lo que yo digo. Estas palabras no vienen de mí, vienen del Padre que me envió.

"Les estoy explicando esto ahora, mientras aún estoy con ustedes. Pero cuando el Padre envíe al Consolador, el Espíritu Santo, en mi lugar, él les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les dije.

"Yo les dejo paz; les estoy dando mi paz. La paz que yo les doy no se asemeja a ninguna cosa que ofrezca el mundo. No dejen que sus mentes estén ansiosas, y no tengan miedo.

"Ustedes me han escuchado decirles 'Me voy pero regresaré a ustedes'. Si ustedes realmente me amaran, estarían felices porque voy al Padre, pues el Padre es más grande que yo. Yo les he explicado esto ahora, antes de que ocurra, para que cuando ocurra estén convencidos. Ahora no puedo hablarles por más tiempo, porque el príncipe de este mundo se acerca. Él no tiene poder para controlarme, pero yo estoy haciendo lo que mi Padre me dijo que hiciera, a fin de que el mundo sepa que yo amo al Padre. Ahora levántense. Vámonos".

"Yo soy la vid verdadera y mi padre es el jardinero. Él corta de mí cada una de las ramas que no llevan fruto. Él poda las ramas que llevan fruto a fin de que lleven mucho más fruto. Ustedes ya están podados y limpios por lo que les he dicho. Permanezcan en mí, y yo permaneceré en ustedes. Así como una rama no puede producir fruto a menos que permanezca siendo parte de la vid, así ocurre con ustedes: no pueden llevar fruto a menos que permanezcan en mí. Yo soy la vid

y ustedes las ramas. Los que permanezcan en mí, y yo en ellos, producirán mucho fruto—porque lejos de mí, ustedes no pueden hacer nada. Todo aquél que no permanece en mí es como una rama que es cortada y se seca. Tales ramas se juntan, son lanzadas al fuego y quemadas. Si ustedes permanecen en mí, y mis palabras en ustedes, entonces pueden pedir cualquier cosa que quieran, y les será dada. Mi Padre es glorificado cuando ustedes producen mucho fruto, demostrando que son mis discípulos.

"Así como me amó el Padre, yo los he amado a ustedes. Si ustedes hacen lo que yo digo, permanecerán en mi amor, así como yo hago lo que mi Padre dice y permanezco en su amor. Les he explicado esto para que mi alegría esté en ustedes y así su alegría esté completa.

"Este es mi mandato: ámense unos a otros como yo los he amado a ustedes. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos. Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les digo. Yo no los llamaré más siervos, porque los siervos no son considerados como de confianza por su amo. Yo los llamo amigos, porque todo lo que mi Padre me dijo yo se los he dicho a ustedes. Ustedes no me eligieron a mí, yo los elegí a ustedes. Yo les he dado a ustedes la responsabilidad de ir y producir fruto duradero. Entonces el Padre les dará todo lo que pidan en mi nombre. Este es mi mandato para ustedes: ámense los unos a los otros.

"Si el mundo los odia, recuerden que ya me odió a mi antes que a ustedes. Si ustedes fueran parte de este mundo, el mundo los amaría como parte suya. Pero ustedes no son parte del mundo, y yo los separé del mundo—por eso el mundo los odia.

"Recuerden lo que les dije: los siervos no son más importantes que su amo. Si ellos me persiguen a mí, los perseguirán a ustedes también. Si hicieron lo que yo les dije, harán lo que ustedes les digan también. Pero todo lo que les hagan a ustedes será por mi causa, porque ellos no conocen a Aquél que me envió. Si yo no hubiera venido a hablarles, ellos no serían culpables de pecado—pero ahora ellos no tienen excusa para su pecado. Cualquiera que me odia, odia también a mi Padre. Si yo no les hubiera dado una demostración mediante cosas que nadie ha hecho antes, ellos no serían culpables de pecado; pero a pesar de haber visto todo esto, me odiaron a mí y también a mi Padre. Pero esto solo es cumplimiento de lo que dice la Escritura: 'Ellos me odiaron sin ninguna razón'.

"Pero yo les enviaré al Consolador de parte del Padre. Cuando él venga, les dará testimonio de mí. Él es el Espíritu de verdad que viene del Padre. Ustedes también darán testimonio de mí porque ustedes estuvieron conmigo desde el principio".

"Yo les he dicho esto para que no abandonen su confianza en mí. Ellos los expulsarán de las sinagogas—de hecho, viene el tiempo en que las personas que los maten, pensarán que están sirviendo a Dios. Y harán esto porque nunca han conocido al Padre ni a mí. Les he dicho esto para que cuando estas cosas ocurran, recuerden lo que les dije. Yo no necesitaba decirles esto al comienzo porque yo iba a estar con ustedes. Pero ahora voy al que me envió, aunque ninguno de ustedes me está preguntando a dónde voy. Por supuesto, ahora que les he dicho, están acongojados.

"Pero les digo la verdad: es mejor para ustedes que yo me vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendría a ustedes. Si yo me voy, lo enviaré a ustedes. Y cuando él venga, convencerá a los que están en el mundo de que tienen ideas equivocadas sobre el pecado, sobre lo que es correcto y sobre el juicio. Sobre el pecado, porque no creen en mí. Sobre lo que es correcto, porque yo voy al Padre y ustedes no me verán por más tiempo. Sobre el juicio, porque el gobernante de este mundo ha sido condenado.

"Hay muchas cosas más que quiero explicarles, pero no podrían entenderlas ahora. Sin embargo, cuando el Espíritu de verdad venga, él les enseñará toda la verdad. Él no habla por su propia cuenta, sino que solo dice lo que escucha, y les dirá lo que va a suceder. Él me trae gloria porque él les enseña todo lo que recibe de mí. Todo lo que pertenece al Padre es mío. Es por esto que les dije que el Espíritu les enseñará a ustedes lo que reciba de mí. Dentro de poco ustedes no me verán más, pero dentro de poco me verán otra vez".

Algunos de sus discípulos se decían unos a otros: "¿Qué quiere decir cuando dice 'dentro de poco no me verán más, pero dentro de poco me verán otra vez'? ¿Y cuando dice 'porque voy al Padre'?" Ellos se preguntaban "¿Qué quiere decir cuando dice 'dentro de poco'? No sabemos de qué está hablando".

Jesús se dio cuenta de que ellos querían preguntarle acerca de esto. Así que les preguntó: "¿Están inquietos por que dije 'dentro de poco no me verán más, pero dentro de poco otra vez me verán'? Les digo la verdad, y es que ustedes van a llorar y lamentarse, pero el mundo se alegrará. Ustedes estarán afligidos, pero su aflicción se convertirá en alegría. Una mujer que está en proceso de parto sufre de dolores porque ha llegado el momento, pero cuando el bebé nace, ella olvida la agonía por la alegría de que ha llegado un niño al mundo. Sí, ustedes se lamentan ahora, pero yo los veré otra vez; y ustedes se alegrarán y nadie les podrá arrebatar su alegría.

"Cuando llegue el momento, no tendrán necesidad de preguntarme nada. Les digo la verdad, el Padre les dará cualquier cosa que pidan en mi nombre. Hasta ahora ustedes no han pedido nada en mi nombre, así que pidan y recibirán, y su alegría estará completa. He estado hablándoles mediante un lenguaje figurado. Pero dentro de poco dejaré de usar el lenguaje figurado cuando hable con ustedes. En lugar de ello, voy a mostrarles al Padre claramente.

"En ese momento, pedirán en mi nombre. No les estoy diciendo que yo rogaré al Padre en favor de ustedes, porque el Padre mismo los ama—porque ustedes me aman y creen que vine de parte de Dios. Yo dejé al Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y regreso a mi Padre".

Entonces los discípulos dijeron: "Ahora estás hablándonos claramente y no estás usando lenguaje figurado. Ahora estamos seguros de que lo sabes todo, y que para conocer las preguntas que tiene la gente, no necesitas preguntarles. Esto nos convence de que viniste de Dios".

"¿Están realmente convencidos ahora?" preguntó Jesús. "Se acerca el momento—de hecho está a punto de ocurrir—cuando ustedes se separarán; cada uno de

ustedes irá a su propia casa, dejándome solo. Pero yo no estoy realmente solo, porque el Padre está conmigo. Les he dicho todo esto a fin de que tengan paz porque ustedes son uno conmigo. Ustedes sufrirán en este mundo, pero sean valientes— ¡Yo he derrotado al mundo!"

Cuando Jesús terminó de decir esto, levantó su Mirada al cielo y dijo: "Padre, ha llegado el momento. Glorifica a tu Hijo para que el Hijo pueda glorificarte. Porque tú le has dado autoridad sobre todas las personas para que él pueda darle vida eterna a todos los que tú le has entregado. La vida eterna es esta: conocerte, a ti que eres el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste. Yo te he dado gloria aquí en la tierra al terminar la obra que me mandaste a hacer. Ahora, Padre, glorifícame ante ti con la gloria que tuve contigo antes de la creación del mundo.

"Yo he revelado tu carácter a aquellos que me diste del mundo. Ellos te pertenecían; me los diste a mí, y he hecho lo que tú dijiste. Ahora ellos saben que todo lo que me has dado viene de ti. Yo les he dado el mensaje que tú me diste a mí. Ellos lo aceptaron, estando completamente convencidos de que vine de ti, y ellos creyeron que tú me enviaste. Estoy orando por ello— no por el mundo, sino por los que me diste, porque ellos te pertenecen. Todos los que me pertenecen son tuyos, y los que te pertenecen a ti son míos, y yo he sido glorificado por medio de ellos.

"Dejo el mundo, pero ellos seguirán en el mundo mientras yo regreso a ti. Padre Santo, protégelos en tu nombre, el nombre que me diste a mí, para que ellos sean uno, así como nosotros somos uno. Mientras estuve con ellos, los protegí en tu nombre, el nombre que me diste. Cuidé de ellos para que ninguno se perdiera, excepto el 'hijo de perdición,' para que se cumpliera la Escritura.

"Ahora vuelvo a ti y digo estas cosas mientras estoy aún en el mundo para que ellos puedan compartir completamente mi alegría. Les di tu mensaje, y el mundo los odió porque ellos no son del mundo, así como yo no soy del mundo. No te estoy pidiendo que los quites del mundo, sino que los protejas del maligno. Ellos no son del mundo, así como yo no soy del mundo. Santifícalos por la verdad; tu palabra es verdad. Así como tú me enviaste al mundo, yo los he enviado al mundo. Yo me consagro a mí mismo por ellos para que ellos también sean verdaderamente santos.

"No solo estoy orando por ellos, también oro por los que crean en mí por el mensaje de ellos. Oro para que todos puedan ser uno, así como tú, Padre, vives en mí y yo vivo en ti, para que ellos también puedan vivir en nosotros a fin de que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que puedan ser uno, así como nosotros somos uno. Yo vivo en ellos, y tú vives en mí. Que ellos puedan ser uno completamente, para que el mundo entero sepa que tú me enviaste, y que tú los amas, así como me amas a mí.

"Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo esté, para que puedan ver la gloria que me diste—porque tú me amaste antes de que el mundo fuera creado. Padre bueno, el mundo no te conoce, pero yo te conozco, y estos que están aquí ahora conmigo saben que tú me enviaste. Yo les he mostrado tu carácter y seguiré dándolo a conocer, para que el amor que tienes por mí esté en ellos, y yo viviré en ellos".

Después que Jesús hubo terminado de hablar, él y sus discípulos cruzaron el arroyo de Cedrón y entraron a un olivar. Judas, el traidor, conocía el lugar porque Jesús había ido allí a menudo con sus discípulos. Entonces Judas llevó consigo una tropa de soldados y guardias enviados de parte de los jefes de los sacerdotes y los fariseos. Llegaron al lugar con antorchas, lámparas y armas.

Jesús sabía todo lo que le iba a pasar. Así que fue a recibirlos y preguntó: "¿A quién buscan ustedes?"

"¿Eres tú Jesús de Nazaret?" dijeron ellos.

"Yo soy", les dijo Jesús. Judas, el traidor, estaba con ellos. Cuando Jesús dijo "Yo soy", ellos retrocedieron y cayeron al suelo.

Entonces él les preguntó nuevamente: "¿A quién buscan?"

"¿Eres tú Jesús de Nazaret?" le preguntaron una vez más.

"Ya les dije que yo soy", respondió Jesús. "Así que si es a mí a quien buscan, dejen ir a estos que están aquí". Estas palabras cumplieron lo que él había dicho anteriormente: "No he dejado perder a ninguno de los que me diste".

Entonces Simón Pedro sacó una espada e hirió a Malco, el siervo del Sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha.

Jesús le dijo a Pedro: "¡Guarda esa espada! ¿Crees que no debo beber la copa que mi Padre me ha dado?"

Entonces los soldados, su comandante y los guardias judíos arrestaron a Jesús y ataron sus manos. Primero lo llevaron ante Anás, quien era el suegro de Caifás, el actual Sumo sacerdote. Caifás fue el que dijo a los judíos: "Es mejor que muera un solo hombre por el pueblo".

Simón Pedro siguió a Jesús, y otro discípulo también lo hizo. Este discípulo era muy conocido por el Sumo sacerdote, y por eso entró al patio del Sumo sacerdote con Jesús. Pedro tuvo que permanecer fuera, cerca de la puerta. Entonces el otro discípulo, que era conocido del Sumo sacerdote, fue y habló con la criada que cuidaba de la puerta, e hizo entrar a Pedro. La criada le preguntó a Pedro: "¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?"

"¿Yo? No, no lo soy", respondió. Hacía frío y los siervos y guardias estaban junto a una fogata que habían hecho para calentarse. Pedro se les acercó y se quedó allí con ellos, calentándose también.

Entonces el jefe de los sacerdotes interrogó a Jesús sobre sus discípulos y lo que él había estado enseñando. "Yo le he hablado abiertamente a todos", respondió Jesús. "Siempre enseñé en las sinagogas y en el Templo, donde se reunían todos los judíos. No he dicho nada en secreto. Entonces ¿por qué me interrogan? Pregúntenles a las personas que me escucharon lo que les dije. Ellos saben lo que dije".

Cuando él dijo esto, uno de los guardias que estaba cerca le dio una bofetada a Jesús, diciendo: "¿Es esa la manera de hablarle al Sumo sacerdote?"

Jesús respondió: "Si he dicho algo malo, díganle a todos qué fue lo que dije. Pero si lo que dije estuvo bien, ¿por qué me golpeaste?"

Anás lo envió, con las manos atadas, ante Caifás, el Sumo sacerdote.

Mientras Simón Pedro estaba calentándose cerca a la fogata, las personas que estaban allí le preguntaron: "¿No eres tú uno de sus discípulos?"

Pedro lo negó y dijo: "No, no lo soy".

Uno de los siervos del sumo sacerdote, que era familiar del hombre a quien Pedro le había cortado la oreja, le preguntó a Pedro: "¿Acaso no te vi en el olivar con él?" Pedro lo negó una vez más, e inmediatamente un galló cantó.

Temprano en la mañana, llevaron a Jesús de donde Caifás hasta el palacio del gobernador romano. Los líderes judíos no entraron al palacio, porque si lo hacían se contaminarían ceremonialmente, y ellos querían estar aptos para comer la Pascua.

Entonces Pilato salió a recibirlos. "¿Qué cargos traen en contra de este hombre?" preguntó él.

"Si no fuera un criminal, no lo habríamos traído ante ti", respondieron ellos.

"Entonces llévenselo y júzguenlo conforme a la ley de ustedes", les dijo Pilato.

"No se nos permite ejecutar a nadie", respondieron los judíos. Esto cumplía lo que Jesús había dicho acerca de la manera en que iba a morir.

Pilato regresó al palacio del gobernador. Llamó a Jesús y le preguntó: "¿Eres tú el rey de los judíos?"

"¿Se te ocurrió a ti mismo esta pregunta, o ya otros te han hablado de mí?" respondió Jesús.

"¿Soy yo un judío acaso?" argumentó Pilato. "Fue tu propio pueblo y también los sumos sacerdotes quienes te trajeron aquí ante mí. ¿Qué es lo que has hecho?"

Jesús respondió: "Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis súbditos pelearían para protegerme de los judíos. Pero mi reino no es de aquí".

Entonces Pilato preguntó: "¿Entonces eres un rey?"

"Tú dices que yo soy un rey", respondió Jesús. "La razón por la que nací y vine al mundo fue para dar evidencia en favor de la verdad. Todos los que aceptan la verdad, atienden lo que yo digo".

"¿Qué es verdad?" preguntó Pilato.

Habiendo dicho esto, Pilato regresó afuera, donde estaban los judíos, y les dijo: "Yo no lo encuentro culpable de ningún crimen. Sin embargo, como es costumbre liberar a un prisionero para la fiesta de la Pascua, ¿quieren que libere al rey de los judíos?"

"¡No, no lo sueltes a él! ¡Preferimos que sueltes a Barrabás!" volvieron a gritar. Barrabás era un rebelde.

Entonces Pilato llevó a Jesús y mandó que lo azotaran. Los soldados hicieron una corona de espinas y la pusieron sobre su cabeza, y lo vistieron con una túnica de color púrpura. Una y otra vez iban a él y le decían: "¡Oh, Rey de los Judíos!" y lo abofeteaban.

Pilato salió una vez más y les dijo: "Lo traeré aquí para que sepan que no lo encuentro culpable de ningún crimen". Entonces Jesús salió usando la corona de espinas y la túnica de color púrpura. "Miren, aquí está el hombre", dijo Pilato.

Cuando el jefe de los sacerdotes y los guardias vieron a Jesús, gritaron: "¡Crucifícale! ¡Crucifícale!"

"Llévenselo ustedes y crucifíquenlo", respondió Pilato. "Yo no le hallo culpable".

Los líderes judíos respondieron: "Tenemos una ley, y de acuerdo a esa ley, él debe morir porque se proclamó a sí mismo como el Hijo de Dios".

Cuando Pilato escuchó esto, tuvo más temor que nunca antes y regresó al palacio del gobernador. Pilato le preguntó a Jesús, "¿De dónde vienes?" Pero Jesús no respondió.

"¿Estás negándote a hablarme?" le dijo Pilato. "¿No te das cuenta de que tengo el poder para liberarte o crucificarte?"

"Tú no tendrías ningún poder a menos que se te conceda desde arriba", le respondió Jesús. "Así que el que me entregó en tus manos es culpable de mayor pecado".

Cuando Pilato escuchó esto, trató de liberar a Jesús, pero los líderes judíos gritaban: "Si liberas a este hombre, no eres amigo del César. Cualquiera que se proclama a sí mismo como rey, se rebela contra el César".

Cuando Pilato escuchó esto, trajo a Jesús afuera y se sentó en el tribunal, en un lugar que se llamaba El Enlosado ("Gabata" en Hebreo). Era casi la tarde del día de preparación para la Pascua.

"Miren, aquí tienen a su rey", le dijo a los judíos. "¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Crucifícalo!" gritaban ellos.

"¿Quieren que crucifique a su rey?" preguntó Pilato.

"El único rey que tenemos es el César", respondieron los jefes de los sacerdotes.

Entonces Pilato les entregó a Jesús para que lo crucificaran.

Ellos condujeron a Jesús fuera de allí, cargando él su propia cruz, y se dirigió al lugar llamado "La Calavera", (Gólgota en hebreo). Lo crucificaron allí, y a otros dos con él: uno a cada lado, poniendo a Jesús en medio de ellos.

Pilato mandó a poner un letrero en la cruz que decía: "Jesús de Nazaret, el Rey de los Judíos". Muchas personas leyeron el letrero porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad, y estaba escrito en hebreo, latín y griego.

Entonces los jefes de los sacerdotes se acercaron a Pilato y le dijeron "No escribas 'el Rey de los Judíos,' sino 'Este hombre decía: Yo soy el Rey de los Judíos'".

Pilato respondió: "Lo que escribí, ya está escrito".

Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus ropas y las dividieron en cuatro partes a fin de que cada soldado tuviera una. También estaba allí su túnica hecha sin costuras, tejida en una sola pieza. Entonces ellos se dijeron unos a otros: "No la botemos, sino decidamos quién se quedará con ella lanzando un dado". Esto cumplía la Escritura que dice: "Dividieron mis vestidos entre ellos y lanzaron un dado por mis vestiduras". Y así lo hicieron.

Junto a la cruz estaba la madre de Jesús, la hermana de su madre, María la esposa de Cleofás y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre, y al discípulo que él amaba junto a ella, le dijo a su madre: "Madre, este es tu hijo". Luego le dijo al discípulo: "Esta es tu madre". Desde ese momento el discípulo se la llevó a su casa.

Jesús se dio cuenta entonces que había completado todo lo que había venido a hacer. En cumplimiento de la Escritura, dijo: "Tengo sed". Y allí había una tinaja llena

de vinagre de vino; así que ellos mojaron una esponja en el vinagre, la pusieron en una vara de hisopo, y la acercaron a sus labios. Después que bebió el vinagre, Jesús dijo: "¡Está terminado!" Entonces inclinó su cabeza y dio su último respiro.

Era el día de la preparación, y los líderes judíos no querían dejar los cuerpos en la cruz durante el día sábado (de hecho, este era un sábado especial), así que le pidieron a Pilato que mandara a partirles las piernas para poder quitar los cuerpos. Entonces los soldados vinieron y partieron las piernas del primero y luego del otro, de los dos hombres crucificados con Jesús, pero cuando se acercaron a Jesús, vieron que ya estaba muerto, así que no le partieron sus piernas. Sin embargo, uno de los soldados clavó una lanza en su costado, y salió sangre mezclada con agua. El que vio esto dio testimonio de ello, y su testimonio es verdadero. Él está seguro de que lo que dice es verdadero a fin de que ustedes crean también. Ocurrió así para que se cumpliera la Escritura: "Ninguno de sus huesos será partido", y como dice otra Escritura: "Ellos mirarán al que traspasaron".

Después de esto, José de Arimatea le preguntó a Pilato si podría bajar el cuerpo de Jesús, y Pilato le dio su permiso. José era un discípulo de Jesús, pero en secreto porque tenía miedo de los judíos. Así que José fue y se llevó el cuerpo. Con él estaba Nicodemo, el hombre que había visitado de noche a Jesús anteriormente. Él trajo consigo una mezcla de mirra y aloes que pesaba aproximadamente setenta y cinco libras. Ellos se llevaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en un paño de lino junto con la mezcla de especias, conforme a la costumbre judía de sepultura. Cerca del lugar donde Jesús había sido crucificado, había un jardín; y en ese jardín había una tumba nueva, sin usar. Como era el día de la preparación y la tumba estaba cerca, ellos pusieron allí a Jesús.

Temprano, el primer día de la semana, mientras aún estaba oscuro, María Magdalena fue a la tumba y vio que habían movido la piedra que estaba a la entrada. Entonces ella salió corriendo para decirle a Simón Pedro y al otro discípulo, al que Jesús amaba: "Se han llevado al Señor de la tumba, y no sabemos dónde lo han puesto". Entonces Pedro y el otro discípulo fueron a la tumba. Ambos iban corriendo, pero el otro discípulo corrió más rápido y llegó primero. Se agachó, y al mirar hacia adentro, vio que los paños fúnebres estaban allí, pero no entró.

Entonces Simón Pedro llegó después de él y entró a la tumba. Vio los paños fúnebres de lino que estaban allí, y que el paño con que habían cubierto la cabeza de Jesús no estaba con los demás paños fúnebres sino que lo habían doblado y lo habían colocado solo aparte.

Entonces el otro discípulo que había llegado primero a la tumba, entró también. Miró alrededor y creyó entonces que era verdad—porque hasta ese momento ellos no habían entendido la Escritura de que Jesús tenía que levantase de los muertos. Entonces los discípulos regresaron al lugar donde se estaban quedando.

Pero María permaneció fuera de la tumba llorando, y mientras lloraba, se agachó y miró hacia adentro de la tumba. Vio allí a dos ángeles vestidos de blanco, uno sentado a la cabeza y el otro sentado a los pies del lugar donde había estado el cuerpo de Jesús.

"¿Por qué estás llorando?" le preguntaron.

Ella respondió: "Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto". Después que dijo esto, volvió a mirar y vio a Jesús que estaba allí, pero ella no se dio cuenta de que era Jesús.

"¿Por qué estás llorando?" le preguntó él. "¿A quién estás buscando?"

Creyendo que era el jardinero, ella le dijo: "Señor, si te lo has llevado, dime dónde lo has puesto para yo ir a buscarlo".

Jesús le dijo: "María".

Ella se dirigió hacia él y dijo: "Rabboni", que significa "Maestro" en hebreo.

"Suéltame", le dijo Jesús, "porque aún no he ascendido a mi Padre; más bien ve donde mis hermanos y diles que voy a ascender a mi Padre, y Padre de ustedes, mi Dios y el Dios de ustedes". Entonces María Magdalena fue y le dijo a los discípulos: "He visto al Señor", y les explicó lo que él le había dicho.

Esa noche, siendo el primer día de la semana, cuando los discípulos se reunieron a puerta cerrada porque tenían mucho temor de los judíos, Jesús llegó y se puso en medio de ellos y dijo: "Tengan paz". Después de este saludo, les mostró sus manos y su costado. Los discípulos estaban llenos de alegría por ver al Señor.

"¡Tengan paz!" les dijo Jesús otra vez. "De la misma manera que el Padre me envió, así yo los estoy enviando a ustedes". Mientras decía esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo. Si ustedes perdonan los pecados a alguien, le serán perdonados; pero si ustedes no lo perdonan, quedarán sin ser perdonados".

Uno de los doce discípulos, Tomás, a quien le decían el gemelo, no estaba allí cuando Jesús llegó. Así que los otros discípulos le dijeron: "Hemos visto al Señor".

Pero él respondió: "No lo creeré hasta que vea las marcas de los clavos en sus manos y ponga mi dedo en ellas, y ponga mi mano en su costado".

Una semana después, los discípulos estaban reunidos dentro de la casa y Tomás estaba con ellos. Las puertas estaban cerradas, y Jesús llegó y se puso en medio de ellos.

"¡Tengan paz!" dijo. Entonces le dijo a Tomás: "Coloca aquí tu dedo, y mira mis manos. Coloca tu mano en la herida que tengo en mi costado. ¡Deja de dudar y cree en mí!

"¡Mi señor y mi Dios!" respondió Tomás.

"Crees en mí porque me has visto", le dijo Jesús. "Felices aquellos que no han visto, y sin embargo aún creen en mí".

Jesús hizo muchas otras señales milagrosas mientras estuvo con los discípulos, y que no se registran en este libro. Pero estas cosas están escritas aquí para que ustedes puedan creer que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y que al creer en quien él es, ustedes tengan vida.

Después Jesús se les apareció de nuevo a los discípulos junto al Mar de Galilea. Así es como ocurrió: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás el gemelo, Natanael de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos.

"Voy a pescar", dijo Simón Pedro. "Iremos contigo", respondieron ellos. Entonces fueron y se montaron en una barca, pero en toda la noche no atraparon nada.

Cuando llegó el alba, Jesús estaba en la orilla, pero los discípulos no sabían que era él. Jesús los llamó: "Amigos, ¿no han atrapado nada?"

"No", respondieron ellos.

"Lancen la red del lado derecho de la barca, y atraparán algunos", les dijo. Entonces ellos lanzaron la red, y no podían subirla porque tenía muchos peces en ella. El discípulo a quien Jesús amaba le dijo a Pedro: "Es el Señor". Cuando Pedro escuchó que era el Señor, se puso ropa, pues hasta ese momento estaba desnudo, y se lanzó al mar. Los demás discípulos siguieron en la barca jalando la red llena de peces, pues no estaban muy lejos de la orilla, apenas a unas cien yardas. Cuando llegaron a la orilla, vieron una fogata con algunos peces cocinándose y además había panes.

Jesús les dijo: "Traigan algunos de los peces de los que acaban de atrapar". Simón Pedro subió a la barca y jaló la red llena de peces hacia la orilla. Había 153 peces grandes, y sin embargo la red no se había roto.

"Vengan y desayunen", les dijo Jesús. Ninguno de los discípulos fue capaz de preguntarle "¿Quién eres?" Ellos sabían que era el Señor. Jesús tomó el pan y se los dio así como el pescado también. Esta fue la tercera vez que Jesús se le apareció a los discípulos después de haberse levantado de entre los muertos.

Después del desayuno, Jesús le preguntó a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?"

"Sí, Señor", respondió él, "tú sabes que te amo",

"Cuida de mi corderos", le dijo Jesús. "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" le preguntó por segunda vez.

"Sí, Señor", le respondió, "tú sabes que te amo",

"Cuida de mis ovejas", le dijo Jesús. "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" le preguntó por tercera vez.

Pedro estaba triste de que Jesús le hubiera preguntado por tercera vez si él lo amaba. "Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo", le dijo Pedro.

"Cuida de mis ovejas", dijo Jesús.

"Te digo la verdad", dijo Jesús, "cuando estabas joven, te vestías solo e ibas donde querías. Pero cuando estás viejo, extiendes tus manos y otra persona te viste y vas donde no quieres ir". Jesús decía esto para explicar la forma en que Pedro glorificaría a Dios al morir. Luego le dijo a Pedro: "Sígueme".

Cuando Pedro se dio la vuelta, vio que el discípulo a quien Jesús amaba los seguía, el que estaba junto a Jesús durante la cena y que le preguntó, "Señor, ¿quién va a traicionarte?"

Pedro le preguntó a Jesús: "¿Qué de él, Señor?"

Jesús le dijo: "Si yo quiero que él siga vivo hasta que yo regrese, ¿por qué te preocupa eso a ti? ¡Tú sígueme!"

Esta es la razón por la que se difundió el rumor entre los creyentes de que este discípulo no moriría. Pero Jesús no dijo que él no moriría, solo dijo "si yo quiero que él siga vivo hasta que yo regrese, ¿por qué te preocupa a ti?"

Este es el discípulo que confirma lo que ocurrió y quien escribió todas estas cosas. Sabemos que lo que él dice es verdad. Jesús hizo muchas otras cosas también, y si se escribieran, dudo que el mundo entero pueda contener todos los libros que se escribirían.

Hechos

Hechos de los Apóstoles

Querido Teófilo, en mi libro anterior escribí acerca de todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el comienzo hasta el día en que fue llevado al cielo. Eso sucedió después de haberles dado instrucciones a sus apóstoles escogidos a través del Espíritu Santo. Él se les apareció durante cuarenta días después de la muerte que sufrió, demostrando con evidencia convincente que estaba vivo. Se les aparecía y les hablaba acerca del reino de Dios. Mientras aún estaba con ellos los instruyó: "No salgan de Jerusalén. Esperen hasta recibir lo que el Padre prometió, tal como lo oyeron de mí. Es cierto que Juan bautizaba con agua, pero en pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo".

Así que cuando los discípulos se encontraron con Jesús, le preguntaron: "Señor, ¿es este el momento en que restablecerás el reino de Israel?"

"Ustedes no necesitan saber acerca de las fechas y los tiempos que son establecidos por la autoridad del Padre", les dijo. "Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, por toda Judea y Samaria, y hasta en los lugares más lejanos de la tierra".

Y después que les dijo esto, fue alzado mientras ellos lo veían y una nube lo ocultó de la vista de ellos. Y mientras observaban el cielo con atención, de repente dos hombres vestidos de blanco se pusieron en pie junto a ellos. "Hombres de Galilea, ¿por qué están ahí parados mirando al cielo?" preguntaron ellos. "Este mismo Jesús que ha sido llevado al cielo delante de ustedes vendrá de la misma manera en que lo vieron irse".

Entonces los discípulos regresaron del Monte de los Olivos hacia Jerusalén, lo que equivale al camino de un día de reposo desde Jerusalén. Cuando llegaron, subieron las escaleras del lugar donde posaban hasta la habitación de arriba. Allí estaba Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomeo y Mateo; Santiago el hijo de Alfeo, Simón el Celote, y Judas, el hijo de Santiago. Todos ellos se reunieron para orar, junto con las mujeres y María, la madre de Jesús, y sus hermanos.

Durante esta ocasión Pedro se puso en pie y se dirigió a una multitud de aproximadamente ciento veinte creyentes que se habían reunido.

"Mis hermanos y hermanas", dijo, "Las Escrituras, habladas por el Espíritu Santo a través de David, tenían que cumplirse en cuanto a Judas, quien guio a los que arrestaron a Jesús. Él fue contado como uno de nosotros, y compartió este ministerio".

(Judas había comprado un campo con sus ganancias ilícitas. Allí cayó de cabeza, y su cuerpo estalló, derramando todos sus intestinos. Todos los que vivían en Jerusalén oyeron acerca de esto, así que este campo fue llamado en su idioma "Acéldama", que quiere decir "Campo de Sangre"). Tal como está escrito en el libro de Salmos, "Sea hecha desierta su habitación, y no haya quien more en ella; y tome otro su oficio".

"De modo que ahora necesitamos escoger a alguien que haya estado con nosotros durante todo el tiempo que Jesús estuvo con nosotros, desde el tiempo cuando Juan estuvo bautizando hasta el día en que fue llevado al cielo ante nosotros. Uno de estos debe ser elegido para que se una a nosotros como testigo, dando fe de la resurrección de Jesús". Entonces se postularon dos nombres: José Justo, también conocido como Barsabás, y Matías. Luego oraron juntos, diciendo: "Señor, tú conoces los pensamientos de cada uno; por favor, muéstranos a cuál de estos dos tú has elegido para sustituir a Judas como apóstol en este ministerio al cual él renunció para irse a donde pertenece". Entonces echaron suertes, y fue elegido Matías. Y fue contado como apóstol junto a los otros doce.

Cuando llegó el día del Pentecostés, todos estaban reunidos en un mismo lugar. De repente se escuchó un ruido que provenía del cielo, como un viento que aullaba y llenó toda la casa donde estaban. Y vieron lo que parecía como diferentes llamas con forma de lenguas que se posaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en diferentes lenguas a medida que el Espíritu se los permitía.

En ese momento había allí judíos devotos provenientes de todas las naciones de la tierra, que vivían en Jerusalén. Cuando escucharon este ruido, se reunió una gran multitud de ellos. Estaban perplejos porque todos escuchaban hablar en su propio idioma. Y estaban totalmente sorprendidos, diciendo: "Miren, ¿no son Galileos todos estos que están hablando? ¿Cómo es posible que les escuchemos hablar en nuestros propios idiomas? Partos, Medos y Elamitas; gente de Mesopotamia, Judea y Capadocia, Ponto y Asia, Frigia y Panfilia; desde Egipto y el área de Libia alrededor de Cirene; visitantes de Roma, tanto judíos como conversos, cretenses y árabes, les escuchamos hablar en nuestros propios idiomas acerca de todas las cosas grandes que Dios ha hecho".

Y todos estaban sorprendidos y confundidos. Y unos a otros se preguntaban "¿Qué significa esto?" Pero había otros que se burlaban y decían: "¡De seguro han estado tomando mucho vino!"

Entonces Pedro se puso en pie con los otros once discípulos y habló en voz alta: "¡Hermanos judíos y todos los que viven aquí en Jerusalén: préstenme atención y les explicaré todo esto! Estos hombres no están ebrios, como ustedes insinúan. ¡Noten que apenas son las nueve de la mañana! Lo que está sucediendo es lo que fue predicho por el profeta Joel: 'Dios dice: En los últimos días, derramaré mi Espíritu sobre toda la gente. Sus hijos e hijas profetizarán. Sus jóvenes tendrán visiones, y sus ancianos tendrán sueños. En esos días derramaré mi Espíritu sobre mis siervos —hombres y mujeres por igual— y profetizarán. Y haré maravillas arriba en los cielos y señales abajo en la tierra: sangre, fuego y nubes de humo. El sol se oscurecerá, y la luna se pondrá roja como la sangre antes de que llegue el día grande y glorioso del Señor. Pero todo el que invoque el nombre del Señor será salvo'.

"Pueblo de Israel, escuchen esto: como bien lo saben, Jesús de Nazaret fue un hombre confirmado por

Dios ante ustedes por medio de los milagros poderosos y las señales que Dios hizo por medio de él. Dios, sabiendo de antemano lo que sucedería, siguió su plan y resolvió entregarlo en manos de ustedes. Por mano de hombres malvados, ustedes lo mataron, clavándolo en una cruz. Pero Dios lo levantó nuevamente a la vida, libertándolo de la carga de la muerte, porque la muerte no tuvo poder para tenerlo prisionero.

"David dice de él: 'Vi al Señor siempre conmigo. No seré sacudido, porque él está aquí a mi lado. ¡Con razón mi corazón está contento, y mi lengua grita sus alabanzas! Mi cuerpo descansa en esperanza. Pues tú no dejarás mi alma entre los muertos ni permitirás que tu Santo se pudra en la tumba. Me has mostrado el camino de la vida y me llenarás con la alegría de tu presencia'.

"Mis hermanos y hermanas, permítanme decirles claramente que nuestro antepasado David murió y fue sepultado, y su tumba está aquí con nosotros hasta el día de hoy. Pero él era un profeta, y sabía que Dios había prometido bajo juramento poner en su trono a uno de sus descendientes. David vio lo que sucedería y habló sobre la resurrección de Cristo, porque Cristo no fue abandonado en su tumba, ni sufrió descomposición.

"Dios ha levantado a este Jesús de entre los muertos, y todos nosotros somos testigos de eso. Ahora él ha sido exaltado a la diestra de Dios y ha recibido del Padre al Espíritu Santo, el cual prometió, y ha derramado lo que ustedes están viendo y oyendo. Porque David no ascendió al cielo, pero dijo: 'El Señor dijo a mi Señor; siéntate a mi diestra, entretanto que pongo a tus enemigos por estrado de tus pies'. Ahora esté todo Israel convencido de esto: ¡Dios ha puesto a este Jesús, a quien ustedes mataron en una cruz, como Señor y Mesías!"

Cuando la gente escuchó esto, sintieron remordimiento de conciencia. Entonces le preguntaron a Pedro y a los apóstoles: "Hermanos, ¿qué debemos hacer?"

"¡Arrepiéntanse!" les dijo Pedro. "Todos deben bautizarse en el nombre de Jesús para perdón de sus pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo. Esta promesa es para ustedes, para sus hijos, y para todos los extranjeros. Para todo aquél a quien el Señor nuestro Dios llama".

Luego Pedro siguió hablando, dándoles más evidencias. Les advirtió: "Sálvense de esta generación perversa". Aquellos que aceptaban lo que él decía, eran bautizados, sumándose así cerca de tres mil personas al grupo de creyentes en ese día.

Ellos se comprometieron a seguir lo que los apóstoles les habían enseñado, y a la hermandad de los creyentes, "partiendo el pan" y orando juntos. Todos estaban asombrados, y a través de los apóstoles se realizaban muchos milagros y señales. Y todos los creyentes estaban juntos y compartían todo lo que tenían. Ellos vendían sus propiedades y pertenencias, compartiendo las ganancias con todos, en cuanto lo necesitaban. Día tras día siguieron reuniéndose en el Templo, y comían juntos en sus casas. Disfrutaban de las comidas con humildad y alegría. Alababan a Dios, y todos pensaban bien de ellos. Cada día el Señor agregaba al grupo aquellos que iban siendo salvos.

Pedro y Juan iban de camino, subiendo hacia el Templo, a la hora de la oración de la tarde, cerca de las 3 p.m. Y habían llevado allí a un hombre que había estado paralítico desde su nacimiento. Todos los días lo ponían allí, junto a la puerta del Templo que se llamaba "La Hermosa", para que pudiera pedir limosna a las personas que entraban al Templo. Entonces este hombre vio a Pedro y a Juan cuando iban a entrar al Templo, y les pidió dinero. Entonces Pedro lo miró fijamente, y Juan también.

"¡Míranos!" le dijo Pedro. Entonces el hombre paralítico puso toda su atención en ellos, esperando recibir algo. "No tengo plata ni oro", le dijo Pedro, "pero te daré lo que tengo: En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ¡camina!"

Entonces Pedro lo tomó por la mano derecha y lo ayudó a levantarse. Y de inmediato sus pies y rodillas se volvieron fuertes. Y el hombre se puso en pie de un brinco y comenzó a caminar. Luego entró con ellos al Templo, caminando y saltando, y alabando a Dios. Todos los que estaban allí lo vieron caminando y alabando a Dios. Entonces lo reconocieron como el mendigo que solía sentarse junto a la puerta del Templo, La Hermosa, y estaban sorprendidos y maravillados ante lo que le había sucedido a este hombre. Entonces él se agarró fuertemente de Pedro y Juan mientras todos corrían por el Pórtico de Salomón en completo asombro por lo que había ocurrido.

Y cuando Pedro vio esta oportunidad, les dijo: "Pueblo de Israel, ¿por qué están sorprendidos por lo que le ha sucedido a este hombre? ¿Por qué nos miran como si hubiéramos hecho caminar a este hombre por nuestro propio poder o fe? El Dios de Abraham, Isaac, y Jacob—el Dios de nuestros antepasados—ha glorificado a Jesús, su siervo. Él fue al que ustedes traicionaron y rechazaron en presencia de Pilato, incluso después de que Pilato había decidido soltarlo. Ustedes rechazaron a Aquél que es Santo y Justo, y exigieron que dejaran libre a un asesino. Ustedes mataron al Autor de la vida, Aquél a quien Dios levantó de los muertos, y nosotros somos testigos de esto. Por medio de la fe en el nombre de Jesús este hombre fue sanado. Ustedes ven a este hombre aquí, y lo conocen. Es por la fe en Jesús que este hombre ha recibido sanidad completa aquí delante de todos ustedes.

"Ahora sé, hermanos y hermanas, que ustedes hicieron esto por ignorancia, así como sus dirigentes. Pero Dios cumplió lo que había prometido: que su Mesías iba a sufrir. Ahora, arrepiéntanse, y cambien sus caminos, para que sus pecados puedan ser limpiados, a fin de que el Señor pueda enviarles oportunidad para sanarse y restaurarse, y envíe a Jesús, el Mesías designado para ustedes. Porque él debe permanecer en el cielo hasta el momento en que todo sea restaurado, como Dios lo anunció a través de sus santos profetas hace mucho tiempo.

"Moisés dijo: 'El Señor tu Dios levantará entre tus hermanos a un profeta como yo. A él lo escucharás. Cualquiera que no lo escuche será eliminado del pueblo por completo'. A partir de Samuel, todos los profetas profetizaron acerca de estos días. Ustedes son hijos de los profetas, y del acuerdo que Dios hizo con sus padres cuando le dijo a Abraham: 'Por medio de tus descendientes todas las familias de la tierra serán benditas'.

Dios preparó a su siervo y lo envió primero a ustedes, para bendecirlos al convertirlos de sus malos caminos".

Mientras hablaban a la gente, los sacerdotes, el capitán del Templo y los saduceos llegaron donde ellos estaban. Estaban enojados porque ellos estaban enseñándole a la gente, diciéndoles que por medio de Jesús hay resurrección de la muerte. Entonces los arrestaron y los pusieron bajo custodia hasta el día siguiente, pues ya era de noche. Pero muchos de los que habían escuchado el mensaje lo creyeron, y el número total de creyentes aumentó hasta cerca de cinco mil.

El día siguiente, los gobernantes, los ancianos y los líderes religiosos se reunieron en Jerusalén. E incluyeron al Sumo Sacerdote Anás, Caifás, Juan, Alejandro y a otros miembros de la familia de sacerdotes. Y trajeron a Pedro y a Juan delante de ellos, y les preguntaron: "¿Con qué poder o autoridad han hecho esto?"

Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les respondió. "Gobernantes del pueblo, y ancianos: ¿Se nos está interrogando por un bien que se le hizo a un hombre que no podía hacer nada por sí mismo, y cómo fue sanado? Si es así, todos ustedes deben saber, y todo el pueblo de Nazaret también, que fue en el nombre de Jesucristo de Nazaret, al que ustedes mataron en una cruz y a quien Dios levantó de los muertos. Es gracias a él que este hombre está en pie delante de ustedes, completamente sanado. 'Él es la piedra que ustedes los constructores rechazaron, pero ha sido puesta como piedra angular'. No hay salvación en ningún otro; no hay otro nombre debajo del cielo, dado a la humanidad, que pueda salvarnos".

Cuando vieron la confianza de Pedro y Juan, y se dieron cuenta de que eran hombres sin instrucción, hombres comunes, se sorprendieron mucho. También reconocieron a los demás compañeros de Jesús. Y como veían al hombre que había sido sanado justo ahí junto a ellos, no tuvieron nada que decir en respuesta a lo que había sucedido.

Entonces les dieron orden de esperar fuera del concilio mientras debatían el asunto entre ellos. "¿Qué debemos hacer con estos hombres?" preguntaron. "No podemos negar que por medio de ellos ha ocurrido un milagro importante. Todos los que viven aquí en Jerusalén saben de ello. Pero para evitar que se difunda mucho más entre la gente, debemos amenazarlos para que no vuelvan a hablarle a nadie en este nombre".

Entonces los llamaron para que entraran nuevamente y les dieron orden de no volver a hablar o enseñar en el nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan respondieron: "Decidan ustedes si es correcto ante los ojos de Dios obedecerlos a ustedes antes que a él. ¡No podemos dejar de hablar sobre lo que hemos visto y oído!"

Después de proferir más amenazas contra ellos, los dejaron ir. No pudieron resolver cómo podían castigarlos porque todos glorificaban a Dios por lo que había ocurrido. Porque el hombre que había recibido este milagro tenía más de cuarenta años de edad. Después de que los discípulos fueron liberados, fueron donde estaban otros creyentes y les contaron todo lo que los jefes de los sacerdotes y los ancianos les habían dicho. Cuando estos oyeron lo que había sucedido, oraron juntos a Dios:

"Señor, tú hiciste el cielo, la tierra y el mar, y todo lo que hay en ellos. Tú hablaste por medio del Espíritu Santo a través de David, nuestro padre y tu siervo, diciendo: '¿Por qué se enojaron los pueblos de otras naciones? ¿Por qué conspiran insensatamente contra mí? Los reyes de la tierra se prepararon para la guerra; los gobernantes se unieron contra el Señor y contra su Escogido'.

"¡Ahora esto en verdad ha sucedido aquí, en esta misma ciudad! Tanto Herodes como Poncio Pilato, junto con los extranjeros y el pueblo de Israel, unidos todos contra el Santo, tu santo siervo Jesús, a quien tú ungiste como Mesías. Ellos hicieron todo lo que tú ya habías decidido porque tú tuviste el poder y la voluntad para hacerlo.

"Ahora Señor: ¡mira todas sus amenazas contra nosotros! Ayuda a tus siervos a predicar tu palabra con valor. Y que al ejercer tu poder para sanar, las señales y milagros sean hechos en el nombre de tu santo siervo Jesús".

Cuando terminaron de orar, la edificación donde estaban reunidos tembló. Y todos ellos fueron llenos del Espíritu Santo, y predicaban con valor la palabra de Dios. Todos los creyentes tenían un mismo pensar y un mismo sentir. Ninguno de ellos consideraba nada como suyo sino que compartían todas las cosas unos con otros. Los apóstoles daban su testimonio respecto a la resurrección del Señor Jesús con gran poder, y Dios los bendecía a todos en gran manera. Y ninguno de ellos necesitaba nada porque los que tenían tierras o propiedades las vendieron. Entonces tomaron las ganancias y las llevaron a los apóstoles para compartirlas con los que tenían necesidad. José, al que los apóstoles llamaban Bernabé (que quiere decir "hijo de la consolación"), era un Levita, nativo de Chipre. Este vendió un campo que era suyo. Luego trajo el dinero y lo presentó a los apóstoles.

Había un hombre llamado Ananías, que vendió una propiedad junto con su esposa, Safira. Él guardó para sí parte del dinero que recibieron, y llevó el resto a los apóstoles. Y su esposa sabía lo que él estaba haciendo.

Entonces Pedro le preguntó: "Ananías, ¿por qué Satanás ha entrado a tu corazón para mentir al Espíritu Santo y reservarte parte del dinero de la tierra que vendiste? Mientras tuviste la tierra, ¿no te pertenecía? Y después que la vendiste ¿no tenías aun el control sobre lo que hacías con el dinero? ¿Por qué decidiste hacer esto? ¡No le has mentido a los hombres sino a Dios!"

Y al oír estas palabras, Ananías cayó al suelo y murió. Y todos los que oyeron lo que había sucedido estaban horrorizados. Algunos de los jóvenes se levantaron y lo envolvieron en un sudario. Luego lo sacaron de ahí y lo enterraron.

Cerca de tres horas después llegó su esposa, sin saber lo que había sucedido. Pedro le preguntó: "Dime, ¿vendiste la tierra por este precio?"

"Sí, ese fue el precio", respondió ella.

Entonces Pedro le dijo: "¿Cómo pudieron ponerse de acuerdo para engañar al Espíritu del Señor? Mira, los que sepultaron a tu esposo acaban de regresar, y te llevarán a ti también".

Y de inmediato ella cayó al suelo y murió a los pies de Pedro. Entonces los jóvenes entraron nuevamente y la encontraron muerta, así que la sacaron de allí y la sepultaron junto a su esposo. Y se difundió un gran temor en toda la iglesia, así como entre todos aquellos que oían lo que había sucedido.

Y se llevaban a cabo muchas señales milagrosas entre el pueblo a través de los apóstoles. Y todos los creyentes solían reunirse en el pórtico de Salomón. Ningún otro se atrevía a unirse a ellos aunque eran respetados en gran manera. Sin embargo, muchos hombres y mujeres comenzaron a creer en el Señor. Como resultado de ello, la gente traía a los enfermos a las calles y los acostaban allí en sus camas y alfombrillas para que la sombra de Pedro cayera sobre ellos al pasar por ahí. Y venían multitudes de los pueblos de Jerusalén, trayendo a sus enfermos y endemoniados. Y todos eran sanados.

No obstante, el sumo sacerdote y los que estaban con él (que eran Saduceos) estaban muy celosos y decidieron intervenir. Entonces arrestaron a los apóstoles y los metieron a la cárcel pública. Pero durante la noche, un ángel del Señor abrió las puertas de la prisión y los hizo salir. "¡Vayan al Templo y cuenten a la gente todas las cosas acerca de este nuevo estilo de vida!" les dijo. Entonces ellos hicieron como el ángel les dijo y fueron al Templo, cerca del amanecer, y comenzaron a enseñar.

Entonces el sumo sacerdote y sus seguidores convocaron una reunión de concilio con todos los líderes de Israel. Y mandaron a buscar a los apóstoles a la prisión. Pero cuando los oficiales fueron a la prisión, no pudieron encontrarlos, así que regresaron y dijeron al concilio: "Encontramos la prisión cerrada con llave y con guardias en sus puertas. Pero cuando les pedimos que nos abrieran, no encontramos a nadie adentro".

Así que cuando el capitán de la guardia del Templo y los jefes de los sacerdotes oyeron esto, quedaron totalmente desconcertados, y se preguntaban qué estaba sucediendo. Entonces alguien entró y dijo: "¡Miren, los hombres que ustedes metieron en la prisión están ahí en el Templo enseñándole a la gente!"

Entonces el capitán fue con sus guardias y los trajo adentro, pero no a la fuerza, porque temían que la gente los apedreara. Los apóstoles fueron llevados adentro y los hicieron permanecer en pie frente al concilio.

"¿Acaso no les dimos orden de no enseñar en este nombre?" preguntó el Sumo Sacerdote, con tono exigente. "¡Miren, han saturado a toda Jerusalén con su enseñanza, y ahora ustedes tratan de culparnos por la muerte de él!"

Pero Pedro y los apóstoles respondieron: "Necesitamos obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros antepasados levantó a Jesús de los muertos, al que ustedes mataron, colgándolo en una cruz. Dios lo exaltó a una posición de honor, a su diestra, como Príncipe y Salvador, como una forma de traer arrepentimiento a Israel, y para perdón de pecados. Nosotros somos testigos de lo que sucedió, y del mismo modo lo es el Espíritu Santo, a quien Dios ha dado a aquellos que le obedecen".

Y cuando el concilio escuchó esto, se pusieron furiosos y querían matarlos. Pero entonces uno de los miembros del concilio se levantó para hablar. Era Gamaliel, un fariseo y doctor de la ley que era respetado por todos. Él ordenó que los apóstoles salieran por un momento.

Entonces Gamaliel se dirigió al concilio: "Líderes de Israel, tengan cuidado con lo que planean hacerles a estos hombres. Hace un tiempo Teudas quiso hacerse famoso, y cerca de cuatrocientos hombres se le unieron. Fue asesinado y todos los que lo seguían quedaron dispersos y no lograron nada. Luego, después de él, Judas de Galilea vino también durante el tiempo del censo, y logró atraer algunos seguidores. Él también murió, y aquellos que lo escuchaban quedaron dispersos. Del mismo modo, en este caso, yo recomiendo que dejen en paz a estos hombres, y que los dejen ir. Si lo que ellos están planeando, o lo que están haciendo viene de sus propias ideas humanas, entonces lograrán derrota. Pero si viene de Dios, ni siquiera ustedes podrán derrotarlos. ¡Incluso podrían terminar ustedes mismos peleando contra Dios!"

Entonces ellos aceptaron lo que él dijo. Así que llamaron a los apóstoles para que entraran nuevamente, los mandaron a azotar, y les ordenaron que no dijeran nada en el nombre de Jesús. Luego los dejaron ir. Los apóstoles salieron del concilio, felices por ser considerados dignos de padecer afrenta por causa del nombre de Jesús. Y cada día seguían enseñando y proclamando a Jesús como el Mesías, en el Templo y de casa en casa.

Durante este tiempo, cuando el número de creyentes crecía rápidamente, los creyentes que hablaban en idioma griego comenzaron a discutir con los creyentes que hablaban en idioma Arameo. Ellos se quejaban de que sus viudas estaban siendo discriminadas en cuanto a la distribución diaria de alimento.

Entonces los doce apóstoles convocaron una reunión de todos los creyentes y les dijeron: "No es apropiado que nosotros dejemos de predicar la palabra de Dios por servir las mesas. Hermanos, elijan entre ustedes a siete hombres fieles, llenos del Espíritu y de sabiduría. Nosotros les entregaremos esta responsabilidad a ellos. Nosotros mismos dedicaremos toda nuestra atención a la oración y al ministerio de la predicación de la palabra".

Todos estuvieron contentos con este acuerdo, y eligieron a Esteban, (un hombre lleno de fe en Dios y del Espíritu Santo), Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas, y Nicolás, (quien era originalmente un judío de Antioquía que se había convertido). Estos hombres fueron presentados a los apóstoles, quienes oraron y pusieron sus manos sobre ellos para bendecirlos. La palabra de Dios seguía siendo esparcida, y el número de discípulos en Jerusalén aumentó grandemente, incluyendo a un gran número de sacerdotes que se comprometieron a creer en Jesús.

Esteban, lleno de gracia y del poder de Dios, realizaba milagros maravillosos entre el pueblo. Pero algunos comenzaron a discutir con él. Eran de la sinagoga llamada "de los libertos", y también había algunos de Cirene, Alejandría y gente de Cilicia y de Asia menor. Pero estas personas no podían enfrentarse a la sabiduría de Esteban ni al Espíritu con el que hablaba. Así que sobornaron a algunos hombres para que dijeran:

"¡Hemos oído que este hombre dice blasfemias contra Moisés, y también contra Dios!"

Y estos hombres incitaron al pueblo, y junto con los ancianos y los maestros de la ley, fueron a arrestarlo. Luego lo llevaron ante el concilio, y llamaron falsos testigos para que testificaran en su contra, diciendo: "este hombre siempre está difamando el santo Templo. Lo hemos oído decir que este Jesús de Nazaret destruirá el Templo y cambiará las leyes que recibimos de Moisés".

Y todos los que estaban sentados en el concilio miraban atentamente a Esteban, y su rostro brillaba como el rostro de un ángel.

"¿Son ciertas estas acusaciones?" preguntó el sumo sacerdote.

"¡Hermanos y padres, escúchenme!" respondió Esteban. "Dios apareció en su gloria a nuestro padre Abraham, cuando vivía en Mesopotamia, antes de que se mudara a Harán.

"Dios le dijo: 'Deja tu tierra y tu parentela, y vete a la tierra que yo te mostraré'. Y Abraham se marchó de esa tierra de los Caldeos y vivió en Harán. Después de la muerte de su padre, Dios lo envió aquí a este país donde ahora viven ustedes. Dios no le dio a Abraham una herencia aquí, ni siquiera un metro cuadrado. Pero Dios le prometió a Abraham que le daría a él y a sus descendientes la posesión de la tierra, aunque no tenía hijos. También Dios le dijo que sus descendientes vivirían en un país extranjero y que allí serían tomados como esclavos y maltratados durante cuatrocientos años. Luego Dios dijo: 'Yo castigaré a la nación que los tome como esclavos. Y al final saldrán de allí y vendrán aquí a adorarme'. Dios también le dio a Abraham el pacto de la circuncisión, y por eso, cuando nació Isaac, Abraham lo circuncidó al octavo día. Isaac fue el padre de Jacob, y Jacob el padre de los doce patriarcas.

"Los patriarcas, quienes estaban celosos de José, lo vendieron como esclavo en Egipto. Pero Dios estaba con él, y lo rescató de todos sus problemas. Le dio sabiduría y lo ayudó a ganar el favor del Faraón, quien lo puso como gobernador sobre Egipto y sobre la casa real.

"Entonces hubo una gran hambruna en todo Egipto y Canaán, causando terrible miseria y nuestros padres no tenían alimento. Cuando Jacob escuchó que había grano en Egipto, envió a nuestros antepasados a hacer una primera visita. Pero durante su segunda visita, José les reveló a sus hermanos quién era, y el Faraón descubrió el origen familiar de José. Entonces José envió a buscar a su padre y a todos sus parientes: Setenta y cinco, en total. Así que Jacob viajó hacia Egipto, y murió allí, como también nuestros antepasados. Sus cuerpos fueron traídos de regreso a Siquem y fueron puestos en la tumba que Abraham había comprado con plata de los hijos de Jamor, en Siquem.

"Cuando se acercaba el tiempo para el cumplimiento de la promesa que Dios le había hecho a Abraham, el número de los habitantes de Egipto aumentó. Y subió un nuevo rey al trono, que no conocía de José. Este rey se aprovechó de nuestro pueblo y trató mal a nuestros antepasados, obligándolos a abandonar a sus bebés para que murieran. Fue en este tiempo cuando nació Moisés. Era un niño hermoso, y durante tres meses recibió cuidado en la casa de su padre. Cuando llegó el momento de ser abandonado, la hija del Faraón lo rescató y cuidó de él como su propio hijo.

"Moisés recibió instrucción en todas las áreas del conocimiento conforme a los Egipcios, y se convirtió en un gran orador y líder. Sin embargo, cuando tenía cuarenta años de edad, decidió visitar a sus parientes, los israelitas. Y vio a uno de ellos que era maltratado, por lo cual intervino para defenderlo. Entonces, tomó venganza en favor del hombre y mató al egipcio. Moisés pensaba que sus hermanos, los israelitas, verían que Dios los estaba rescatando a través de él, pero no lo vieron así. Al día siguiente, cuando llegó, dos israelitas estaban peleando. Entonces trató de hacerlos reconciliar para que dejaran de pelear. '¡Señores! ¡Ustedes son hermanos!' les dijo. '¿Por qué se atacan el uno al otro?'

"Pero el hombre que había comenzado la pelea empujó a Moisés. '¿Quién te puso como guardián de nosotros? ¿Acaso ahora eres nuestro juez?' le preguntó. '¿Vas a matarme como mataste ayer al egipcio?' Y cuando escuchó esto, Moisés huyó. Entonces se fue a vivir como exiliado en la tierra de Madián, donde tuvo dos hijos.

"Cuarenta años más tarde, en el desierto del Monte Sinaí, un ángel se le apareció en las llamas de una zarza que ardía. Y cuando Moisés vio esto, se sorprendió, y se aproximó para ver más de cerca. Entonces la voz del Señor le habló: 'Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob'. Entonces Moisés tembló de temor y no se atrevía a levantar la vista. El Señor le dijo: 'Quita tus sandalias, porque el lugar donde estás es santo. Yo he visto el sufrimiento de mi pueblo en Egipto, y he oído sus clamores. He descendido para rescatarlos. Ahora ven, porque voy a enviarte a Egipto'.

"Este fue el mismo Moisés que el pueblo había rechazado cuando dijeron: '¿Quién te puso como gobernante y juez sobre nosotros?' Dios lo envió para que fuera tanto gobernante como libertador, por medio del ángel que se le apareció en la zarza. Entonces Moisés los sacó después de realizar señales milagrosas en Egipto, en el Mar Rojo, y siguió haciéndolo en el desierto durante cuarenta años. Este es el mismo Moisés que le prometió a los israelitas: 'Dios les enviará un profeta como yo proveniente de su propio pueblo'. Y Moisés estaba con el pueblo de Dios reunido cuando el ángel le habló en el Monte Sinaí, y ahí junto con nuestros antepasados recibió la palabra viva de Dios para que nos la diera a nosotros. Él fue al que nuestros padres no escucharon. Ellos lo rechazaron y decidieron regresar a Egipto. Y le dijeron a Aarón: 'Elabora dioses para que nos guíen, porque no sabemos qué ha ocurrido con Moisés, el que nos sacó de la tierra de Egipto'. Entonces elaboraron un ídolo en forma de becerro, le presentaban sacrificios, y celebraban lo que ellos mismos habían hecho.

"Así que Dios desistió de ellos. Y los dejó adorar las estrellas del cielo. Esto es lo que escribieron los profetas: '¿Acaso ustedes los israelitas me dieron ofrendas o hicieron sacrificios para mi durante los cuarenta años en el desierto? No, ustedes se llevaron el tabernáculo del dios Moloc y la imagen de la estrella del dios Refán, imágenes que ustedes hicieron para adorarlas. Por lo tanto yo los enviaré a exilio hasta más allá de Babilonia'.

"Nuestros antepasados tenían el Tabernáculo del testimonio en el desierto. Dios le había dicho a Moisés cómo tenía que hacerlo, siguiendo el modelo que había visto. Más tarde, nuestros antepasados lo llevaron junto con Josué para asentarse en la tierra tomada de las naciones que el Señor expulsó delante de ellos. Y permaneció ahí hasta el tiempo de David. David halló el favor de Dios y pidió hacer una morada permanente para el Dios de Jacob. Pero fue Salomón el que construyó un Templo para él. Por supuesto que el Todopoderoso no vive en los Templos que nosotros hacemos. Como dijo el profeta: 'El cielo es mi trono, y la tierra es el lugar donde pongo mis pies. ¿Qué tipo de morada pueden ustedes construir para mí?' pregunta el Señor. '¿Qué cama podrían hacerme ustedes para descansar? ¿Acaso no lo hice yo todo?'

"¡Pueblo arrogante y terco! ¡Nunca escuchan! ¡Ustedes siempre pelean contra el Espíritu Santo! ¡Actúan como lo hacían sus padres! ¿Hubo acaso algún profeta que sus padres no persiguieran? Mataron a todos los que profetizaban sobre la venida de Aquél que es verdaderamente bueno y recto. Él es Aquél a quien ustedes traicionaron y asesinaron. Ustedes, los que recibieron la ley por medio de los ángeles, pero se negaron a guardarla".

Cuando oyeron esto, los miembros del concilio se enfurecieron, y le hacían gruñidos, crujiendo sus dientes. Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, elevó su mirada al cielo y vio la gloria de Dios, y a Jesús a la diestra de Dios. "Miren", dijo él, "Veo el cielo abierto, y al Hijo del Hombre a la diestra de Dios".

Pero ellos taparon sus oídos con sus manos y gritaban tan fuerte como podían. Todos se apresuraron juntos hacia él, lo llevaron a rastras fuera de la ciudad, y comenzaron a apedrearlo. Sus acusadores pusieron sus abrigos junto a un joven llamado Saulo. Y mientras lo seguían apedreando, Esteban oró: "Señor Jesús, recibe mi espíritu". Entonces se arrodilló, clamando: "¡Señor, por favor no les tengas en cuenta este pecado!" Y después de decir esto, murió.

Saulo estaba de acuerdo con que era necesario matar a Esteban. Ese mismo día se inició una terrible persecución contra la iglesia en Jerusalén, y todos, excepto los apóstoles, se dispersaron por toda Judea y Samaria. (Algunos seguidores fieles de Dios sepultaron a Esteban, con gran lamento). Pero Saulo comenzó a destruir a la iglesia, yendo de casa en casa, sacando a hombres y mujeres de ellas y arrastrándolos hasta la prisión.

Los que se habían dispersado predicaban la palabra dondequiera que iban. Felipe fue a la ciudad de Samaria, y les habló acerca del Mesías. Cuando las multitudes oyeron lo que Felipe decía y vieron los milagros que hacía, prestaron atención a lo que les estaba diciendo. Y muchos fueron liberados de posesión de espíritus malignos que gritaban al salir, y muchos que estaban cojos o discapacitados fueron sanados. La gente que vivía en la ciudad estaba feliz en gran manera.

Había, pues, un hombre llamado Simón, que vivía en la ciudad donde se solía practicar la hechicería. Él afirmaba ser muy importante, y había asombrado al pueblo de Samaria, de modo que todos le prestaban atención. Desde la persona más pequeña hasta la más grande en la sociedad decían: "Este hombre es 'El Gran Poder de Dios'". Y estaban impresionados de él porque los había asombrado con su magia por mucho tiempo.

Pero cuando creyeron en lo que Felipe les dijo acerca de la buena nueva sobre el reino de Dios y el nombre de Jesucristo, hombres y mujeres se bautizaron. Y Simón también creyó y fue bautizado. Y acompañó a Felipe, sorprendido por las señales milagrosas y las maravillas que veía.

Cuando los apóstoles estuvieron de regreso en Jerusalén y oyeron que la gente de Samaria había aceptado la palabra de Dios, enviaron a Pedro y a Juan a visitarlos. Y cuando llegaron, oraron por los conversos de Samaria para que recibieran el Espíritu Santo. Este no había sido derramado sobre ninguno de estos conversos aun, pues solamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Así que los apóstoles pusieron sus manos sobre ellos, y recibieron el Espíritu Santo.

Cuando Simón vio que el Espíritu Santo era recibido por las personas cuando los apóstoles colocaban sus manos sobre ellas, les ofreció dinero. "Dénme este poder también", les pidió, "para que cualquiera sobre el cual yo coloque mis manos, reciba el Espíritu Santo".

"Ojalá tu dinero sea destruido contigo, por pensar que el don de Dios puede comprarse!" respondió Pedro. "Tú no eres parte de esto. No tienes parte en esta obra, porque ante los ojos de Dios tu actitud está completamente equivocada. ¡Arrepiéntete de tu mal camino! Ora al Señor y pídele perdón por pensar de esta manera. Puedo ver que estás lleno de una amarga envidia, y estás encadenado por tu propio pecado".

"¡Por favor, ora por mí para que no me ocurra nada de lo que has dicho!" respondió Simón.

Después de haber dado su testimonio y de haber predicado la palabra de Dios, regresaron a Jerusalén, compartiendo la buena nueva en muchas aldeas de Samaria a lo largo del camino.

Y un ángel del Señor le dijo a Felipe: "Alístense y vayan al sur, al camino desierto que lleva de Jerusalén a Gaza". Entonces Felipe emprendió el viaje y se encontró con un hombre etíope, un eunuco que tenía una posición importante en el servicio de Candace, reina de Etiopía. Este eunuco era el tesorero jefe. Había ido a Jerusalén para adorar, y venía de regreso de su viaje, sentado en su carruaje. Estaba leyendo en voz alta una parte del libro de Isaías.

Entonces el Espíritu le dijo a Felipe: "Ve y acércate más a ese carruaje". Y Felipe corrió hacia allá, y escuchó al hombre que leía un texto del profeta Isaías.

"¿Entiendes lo que estás leyendo?" le preguntó Felipe.

"¿Cómo podría entender, si no hay quien me explique?" respondió el hombre. Entonces invitó a Felipe a subirse al carruaje y sentarse junto a él. Y el texto de la Escritura que estaba leyendo era este: "Como oveja, fue llevado al matadero; y como cordero que enmudece ante su trasquilador, ni siquiera abrió su boca. Lo humillaron y no le hicieron justicia. ¿Quién describirá su descendencia? Porque su vida fue arrancada de la tierra".

Entonces el eunuco le preguntó a Felipe: "Dime, ¿de quién está hablando este profeta? ¿Es acaso de sí mismo, o de otra persona?" Entonces Felipe comenzó

a explicarle, partiendo de este texto, y hablándole de Jesús. A medida que continuaban el camino, llegaron a un lugar donde había agua. Entonces el eunuco dijo: "Mira, aquí hay agua, ¿por qué no me bautizas?" Entonces dio la orden para que detuvieran el carruaje. Y Felipe y el eunuco descendieron juntos al agua y Felipe lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor se llevó a Felipe. Y el eunuco no lo vio más, pero siguió su camino con alegría. Felipe se encontró entonces en Azoto. Y allí predicaba la buena nueva en todas las ciudades por las que pasaba, hasta que llegó a Cesarea.

Pero mientras tanto, Saulo estaba enviando amenazas violentas contra los discípulos del Señor, deseoso de matarlos. Así que fue donde el sumo sacerdote y solicitó cartas de autorización para ir a las sinagogas de Damasco, y para tener permiso de arrestar a todos los creyentes que encontrara en El Camino, hombres o mujeres, y traerlos de regreso a Jerusalén como prisioneros.

Pero cuando Saulo se aproximaba a Damasco, de repente fue rodeado por una luz brillante que descendía del cielo. Entonces Saulo cayó al suelo, y escuchó una voz que decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"

"¿Quién eres, Señor?" preguntó Saulo.

"Yo soy Jesús, al que persigues", le respondió. "Levántate, ve a la ciudad y allí se te dirá lo que debes hacer".

Y los hombres que iban de viaje con Saulo estaban sin palabras. Habían oído la voz que hablaba, pero no vieron a nadie. Entonces Saulo se puso en pie, y cuando abrió sus ojos no podía ver. Entonces sus compañeros de viaje lo tomaron de la mano y lo llevaron hasta Damasco. Durante tres días Saulo no pudo ver, y no comió y bebió nada.

En Damasco vivía un seguidor de Jesús. Su nombre era Ananías, y el Señor le habló en una visión.

"¡Ananías!" llamó el Señor.

"Estoy aquí, Señor", respondió Ananías.

"Levántate y ve a la Calle Derecha", le dijo el Señor. "Pregunta en la casa de Judas por un hombre llamado Saulo de Tarso. Él está orando. Ha visto en visión a un hombre llamado Ananías que llega y pone sus manos sobre él para que recobre su vista".

"Pero Señor", respondió Ananías, "He oído muchas cosas acerca de este hombre, y sobre todas las cosas malas que hizo a los creyentes de Jerusalén. Los jefes de los sacerdotes le han dado poder para arrestar a todos los que te adoran y te siguen".

Pero el Señor le dijo: "Ve, porque él es la persona a la cual he escogido para llevar mi nombre a los extranjeros y reyes, así como a Israel. Yo le mostraré que él tendrá que sufrir por causa de mi nombre".

Entonces Ananías salió y fue a la casa que el Señor le mostró. Y puso sus manos sobre Saulo. "Hermano Saulo", le dijo, "El Señor Jesús, quien se apareció delante de ti en el camino cuando viajabas hacia acá, me ha enviado para que recobres tu vista y seas lleno del Espíritu Santo". De inmediato, de sus ojos cayeron como escamas, y su vista fue restaurada. Entonces se levantó y fue bautizado. También comió y se sintió más fuerte.

Y Saulo pasó varios días con los discípulos en Damasco. Entonces comenzó de inmediato a predicar en las sinagogas, diciendo: "Jesús es el Hijo de Dios". Y todos los que lo oían predicar estaban asombrados, y preguntaban: "¿Acaso no es este el hombre que causó tantos problemas a los creyentes de Jesús en Jerusalén? ¿Acaso no vino aquí para arrestar y llevar encadenados a los creyentes ante los jefes de los sacerdotes?" Y Saulo crecía cada vez más, así como su fe, demostrando de manera muy convincente que Jesús era el Mesías, tanto que los habitantes de Damasco no podían refutar lo que decía.

Tiempo después, los judíos conspiraron para matarlo, pero Saulo se enteró de sus intenciones. De día y de noche esperaban en las puertas de la ciudad, buscando una oportunidad para matarlo. Así que durante la noche sus seguidores lo tomaron y lo hicieron descender en una canasta, desde una abertura del muro de la ciudad. Cuando Saulo llegó a Jerusalén, trató de encontrar a los discípulos, pero todos le tenían miedo, porque no estaban convencidos de que él realmente fuera discípulo. Sin embargo, Bernabé lo llevó donde estaban los apóstoles, y les explicó cómo Saulo había visto al Señor durante el camino y cómo el Señor le había hablado. Bernabé también explicó cómo Saulo había hablado con vehemencia en nombre del Señor en Damasco.

Saulo se quedó con los apóstoles y los acompañó hasta Jerusalén, predicando abiertamente en nombre del Señor. Y Saulo hablaba y debatía con los judíos de habla griega, pero ellos trataron de matarlo. Pero cuando los hermanos supieron acerca de esto, lo llevaron a Cesarea y lo enviaron a Tarso.

Durante este tiempo, toda la iglesia en Judea, Galilea y Samaria estuvo en tranquilidad. Y la iglesia se fortalecía y aumentaba en número a medida que los creyentes vivían en reverencia para con el Señor, animados por el Espíritu Santo.

Pedro andaba de viaje y fue a visitar a los creyentes que vivían en Lida. Allí conoció a un hombre llamado Eneas, quien era paralítico y había quedado confinado a estar en su cama desde hacía ocho años. Entonces Pedro le dijo: "¡Eneas, Jesucristo te sana! ¡Levántate y recoge tu camilla!" Y de inmediato Eneas se levantó. Y todos los que vivían en Lida y Sarón lo vieron, y se convirtieron en creyentes del Señor.

En Jope vivía una seguidora llamada Tabita, (Dorcas en griego). Ella siempre hacía el bien y ayudaba a los pobres. Sin embargo, durante esos días ella se enfermó y murió. Y después de lavar su cuerpo, la acostaron en una habitación que estaba en la parte de arriba. Lida estaba cerca a Jope, así que los discípulos que estaban en Jope, al saber que Pedro estaba en Lida, enviaron a dos hombres con el siguiente mensaje: "Por favor, ven acá de inmediato". Así que Pedro se alistó y se fue con ellos. Y cuando llegó lo llevaron a la habitación de arriba. Todas las viudas estaban ahí llorando, y le mostraban a Pedro los abrigos y ropas que Dorcas había hecho mientras estuvo con ellas. Entonces Pedro les pidió que salieran de la habitación, y se arrodilló y oró. Entonces dio vuelta al cuerpo de Tabita y dijo: "Tabita, levántate". Entonces ella abrió los ojos, y cuando vio a Pedro se sentó. Luego Pedro la tomó de la mano y la levantó. Y entonces llamó a los creyentes y a las viudas, y la presentó viva delante de ellos. Y la noticia se espar-

ció por toda la ciudad de Jope, y muchos creyeron en el Señor. Pedro se quedó mucho tiempo en Jope, hospedándose en la casa de Simón el curtidor.

En Cesarea vivía un hombre llamado Cornelio, quien era un centurión romano del ejército italiano. Este era un hombre devoto que, junto con todos los que vivían en su casa, tenían reverencia por Dios. Este hombre daba a los pobres con generosidad, y oraba a Dios con regularidad. Un día, cerca de las 3 p.m. Cornelio tuvo una visión en la que vio claramente a un ángel de Dios que venía hacia él y lo llamaba, diciendo: "¡Cornelio!"

Entonces Cornelio, asustado, lo miró y preguntó: "¿Qué quieres, Señor?"

"Dios ha escuchado tus oraciones, y ha reconocido tu generosidad para con los pobres", le dijo el ángel a Cornelio. "Ahora envía hombres a Jope, y trae a Simón, también llamado Pedro, el cual se está hospedando en la casa de Simón el curtidor, cuya casa está junto al mar".

Y cuando el ángel se fue, Cornelio llamó a dos de sus siervos y a un soldado de su guardia personal, quien era un hombre devoto. Después de haberles explicado todo lo que había sucedido, los envió a Jope.

Al día siguiente, mientras ellos iban de camino y se aproximaban a la ciudad, Pedro subió a la azotea para orar. Era cerca del mediodía, y ya sentía hambre, y deseaba comer. Pero mientras aun preparaban la comida, Pedro entró en trance, y vio el cielo abierto. También vio que algo descendía y era como una sábana grande que estaba sostenida por sus cuatro esquinas, y descendía hacia la tierra. Adentro había todo tipo de animales, reptiles y aves. Entonces oyó una voz que dijo: "¡Levántate, Pedro! ¡Mata y come!"

Pero Pedro respondió: "¡Por supuesto que no, Señor! Nunca he comido nada que sea inmundo e impuro".

Entonces escuchó nuevamente la voz: "¡No llames impuro lo que Dios ha limpiado!" Y esto sucedió tres veces, y entonces la sábana fue rápidamente llevada de nuevo al cielo.

Mientras Pedro aún estaba perturbado por saber qué significaba aquella visión que había tenido, los hombres enviados por Cornelio habían encontrado la casa de Simón y estaban en pie frente a la puerta. Ellos llamaban, preguntando si Simón, también llamado Pedro, se hospedaba allí. Mientras Pedro aún reflexionaba sobre la visión, el Espíritu le dijo: "Mira, hay tres hombres buscándote. Levántate, baja, y ve con ellos. No te preocupes en absoluto, porque yo los envié".

Entonces Pedro descendió para encontrarse con los tres hombres. "Yo soy a quien buscan", dijo. "¿Por qué están aquí?"

"Venimos de parte de Cornelio, un hombre bueno, devoto, que tiene temor de Dios y es respetado entre el pueblo judío", respondieron. "Un ángel lo instruyó para que enviara a buscarte y llevarte hasta su casa para escuchar lo que tú tienes para decirle". Entonces Pedro los invitó a entrar y ellos se quedaron allí.

Al día siguiente, Pedro se levantó y se fue con ellos. Y algunos de los hermanos de Jope también fueron con ellos. Al otro día llegaron a Cesarea, donde los esperaba Cornelio junto a sus parientes y amigos cercanos, a quienes había reunido. Cuando Pedro entró a la casa, Cornelio salió a su encuentro y cayendo a sus pies, lo adoró. Pero Pedro lo hizo retroceder, diciéndole: "¡Levántate! ¡Yo soy solo un hombre!"

Entonces Pedro habló con Cornelio y luego siguieron hacia adentro, donde había muchas otras personas esperándolo. Y Pedro les dijo: "Sin duda alguna, ustedes saben que no se le permite a un judío reunirse o visitar extranjeros. Pero Dios me ha mostrado que no me corresponde a mí llamar impuro o inmundo a ninguno. Es por eso que vine sin ningún problema cuando enviaron a buscarme. Así que ahora quiero saber la razón por la cual me mandaron a buscar".

"Hace cuatro días, cerca de esta misma hora—tres de la tarde—yo estaba orando en mi casa", explicó Cornelio. "Cuando de repente vi a un hombre en pie frente a mí, vestido con ropas que brillaban. Y me dijo: 'Cornelio, tus oraciones han sido escuchadas, y Dios ha reconocido tu generosidad para con los pobres. Envía a alguien hasta Jope y trae a Simón Pedro. Él se está hospedando en la casa de Simón, el curtidor, junto a la orilla del mar'. Así que de inmediato envié a buscarte, y me complace que hayas venido. Por eso estamos todos aquí, reunidos delante de Dios, listos para escuchar todo lo que el Señor te ha dicho".

Entonces Pedro respondió: "Estoy plenamente convencido de que Dios no tiene favoritos. En toda nación, Dios recibe a aquellos que lo respetan y hacen lo recto. Ustedes conocen el mensaje que Dios envió a Israel, compartiendo la buena noticia de paz que viene de Jesucristo, quien es Señor de todos. Ustedes saben que esta buena noticia fue predicada por Judea, comenzando en Galilea, siguiendo el llamado de Juan al bautismo. Es la buena noticia sobre Jesús de Nazaret y cómo Dios lo ungió con el Espíritu Santo, con poder, y cómo anduvo por todas partes haciendo el bien, sanando a todos los que estaban bajo control del diablo, porque Dios estaba con él.

"Nosotros podemos dar testimonio de todo lo que él hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron, colgándolo en una cruz. Pero Dios lo levantó nuevamente a la vida en el tercer día, y lo hizo aparecer, no a todos, sino a los que son testigos elegidos por Dios, incluyéndonos a nosotros, quienes comimos y bebimos con él después de que se levantó de los muertos. Él nos dio la responsabilidad de contar públicamente esto a la gente, de testificar que él es el Escogido de Dios como Juez de los vivos y los muertos. Él es Aquél del cual hablaron todos los profetas, para que todo el que crea en él reciba perdón por medio de su nombre".

Mientras Pedro aún hablaba, el Espíritu Santo fue derramado sobre todos los que estaban ahí oyendo el mensaje. Entonces los creyentes judíos que habían venido con Pedro estaban asombrados, porque el don del Espíritu Santo también había sido derramado sobre los extranjeros. Y los oían hablando en lenguas, glorificando a Dios. Entonces Pedro preguntó: "¿Impedirá alguien que estos sean bautizados en agua, siendo que han recibido el Espíritu Santo, igual que nosotros?" Entonces Pedro dio orden de que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo. Entonces le pidieron que se quedara más tiempo con ellos.

Los apóstoles y los hermanos de Judea oyeron que algunos extranjeros también habían aceptado la palabra de Dios. Y cuando Pedro llegó a Jerusalén, los que creían que la circuncisión todavía era esencial, comenzaron a discutir con él. "Fuiste a casa de hombres incircuncisos y comiste con ellos", dijeron.

Entonces Pedro comenzó a explicarles todo lo que había ocurrido. "Mientras estaba en la ciudad de Jope y oraba, estando en trance vi una visión. Algo que parecía como una gran sábana era bajada por sus cuatro extremos desde el cielo, y bajó hacia mí. Cuando miré había animales adentro, bestias salvajes, reptiles y aves.

"Entonces oí una voz que me dijo: 'Levántate, mata y come'.

"Pero yo respondí '¡Por supuesto que no, Señor! ¡Nunca ha entrado en mi boca nada inmundo ni impuro!'

"Entonces la voz del cielo habló otra vez, y dijo: '¡No llames inmundo a lo que Dios ha limpiado!' Esto sucedió tres veces, y luego todo esto se devolvió al cielo. En ese mismo momento había tres hombres frente a la puerta de la casa donde nos estábamos hospedando. Habían sido enviados desde Cesarea para verme. Entonces el Espíritu me dijo que fuera con ellos, y que no me preocupara acerca de quiénes eran. Estos seis hermanos que están aquí también fueron conmigo, y entramos a la casa del hombre. Él nos explicó cómo un ángel se le había aparecido en su casa, el cual le dijo: 'Envía a alguien a Jope, y haz venir a Simón, también llamado Pedro, quien te dirá lo que necesitas escuchar para que seas salvo, tú y toda tu casa'.

"Cuando comencé a hablar, el Espíritu Santo se derramó sobre ellos, como sucedió con nosotros al principio. Entonces recordé lo que el Señor dijo: 'Juan bautizaba con agua, pero ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo'. Si Dios les dio el mismo don que nos dio a nosotros cuando creímos en el Señor Jesucristo, ¿qué autoridad tendría yo para estar en contra de Dios?"

Después de escuchar esta explicación, no volvieron a discutir con él, y alababan a Dios, diciendo: "Ahora Dios ha concedido también a los extranjeros la oportunidad de arrepentimiento y de tener vida eterna".

Sucedió que los que habían quedado esparcidos por causa de la persecución que ocurrió cuando Esteban fue asesinado, viajaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía. Y solo predicaban la buena noticia entre los judíos. Pero cuando algunos de ellos que eran de Chipre y Cirene llegaron a Antioquía, comenzaron a predicar la buena noticia también a los griegos, hablándoles acerca del Señor Jesús. Y el poder del Señor estaba con ellos y una gran cantidad de gente creyó en el Señor y se convirtió a él. Entonces se difundió la noticia acerca de lo que había ocurrido y llegó hasta la iglesia en Jerusalén, y enviaron a Bernabé hasta Antioquía. Cuando llegó y vio con sus propios ojos cómo estaba obrando la gracia de Dios, se deleitó en esto. Y animó a todos a que se consagraran por completo a Dios y a mantenerse fieles. Bernabé era un buen hombre, lleno del Espíritu Santo y había puesto toda su confianza en Dios. Y muchas personas eran traídas al Señor. Entonces Bernabé se fue a Tarso para buscar a Saulo, y cuando lo encontró, lo hizo regresar con él a Antioquía. Y durante el transcurso de un año trabajaron juntos con la iglesia, enseñando el mensaje a multitudes. Y fue en Antioquía que a los creyentes se les llamó por primera vez "Cristianos".

Durante este tiempo algunos profetas fueron de Jerusalén a Antioquía. Y uno de ellos, llamado Ágabo se puso en pie y profetizó una advertencia por medio del Espíritu que habría una hambruna terrible que afectaría a todo el mundo. (Esto se cumplió durante el reinado del Emperador Claudio). Los creyentes decidieron enviar fondos para ayudar a los hermanos que vivían en Judea, dando cada uno conforme a lo que tenía. Hicieron esto y enviaron el dinero con Bernabé y Saulo a los líderes de la iglesia de Judea.

Durante estos días, el Rey Herodes comenzó a perseguir a algunos miembros de la iglesia. Y mandó a matar a espada a Santiago, el hermano de Juan. Y cuando vio que los judíos se complacían en esto, mandó a arrestar a Pedro también. (Esto sucedió durante la Fiesta de los Panes sin Levadura). Después de arrestar a Pedro, lo enviaron a la prisión, con cuatro escuadrones de soldados para vigilarlo. Su plan era traer a Pedro a un juicio público después de la Pascua.

Y mientras Pedro estaba en la cárcel, la iglesia oraba fervientemente a Dios por él. La noche antes de que Herodes lo llevara a juicio, Pedro estaba durmiendo entre dos soldados, encadenado a cada uno de ellos, y había guardas que vigilaban la puerta. De repente, un ángel del Señor apareció, y una luz resplandeció en la celda. El ángel sacudió a Pedro para despertarlo, diciendo: "¡Rápido! ¡Levántate!" Entonces las cadenas se cayeron de sus manos, y el ángel le dijo: "Vístete y ponte tus sandalias". Y así lo hizo Pedro. Entonces el ángel le dijo: "Ponte tu abrigo y sígueme". Así que Pedro lo siguió hasta afuera. Y no se daba cuenta de que lo que el ángel hacía estaba sucediendo en realidad, pues pensaba que estaba teniendo una visión.

Luego pasaron la primera y segunda guardia, y llegaron hasta la puerta de hierro que conducía hasta la ciudad. Y esta se abrió por sí sola. Entonces salieron y descendieron por la calle, cuando de repente el ángel lo dejó. Cuando Pedro volvió en sí, dijo: "¡Ahora me doy cuenta de que esto realmente sucedió! El Señor envió un ángel para rescatarme del poder de Herodes, y de todo lo que el pueblo judío había planeado".

Y ahora que Pedro estaba consciente de lo que había sucedido, fue a la casa de María, la madre de Juan Marcos. Y muchos creyentes se habían reunido allí y estaban orando. Cuando Pedro tocó la puerta, una sierva llamada Rode salió a abrirle. Pero al reconocer la voz de Pedro, en su emoción, no abrió la puerta sino que corrió hacia adentro, gritando: "¡Pedro está en la puerta!"

"¡Estás loca!" le dijeron. Pero ella siguió insistiendo en que era cierto. Entonces dijeron: "Debe ser su ángel". Pero Pedro siguió tocando a la puerta. Cuando finalmente la abrieron, lo vieron y estaban conmocionados.

Pedro levantó su mano para indicarles que guardaran silencio, y entonces les explicó cómo el Señor lo había sacado de la cárcel. "Hagan saber de esto a Santiago y a los hermanos", les dijo, y luego se marchó a otro lugar.

Cuando llegó el amanecer, había una total confusión entre los soldados respecto a lo que le había sucedido a Pedro. Herodes mandó a realizar una minuciosa búsqueda de él, pero no lo encontraron. Y después de interrogar a los soldados, Herodes ordenó la ejecución de todos ellos. Entonces Herodes se fue de Judea y se quedó en Cesarea.

Ahora Herodes estaba furioso con el pueblo de Tiro y Sidón. Entonces enviaron una delegación para verlo y lograron ganarse el favor de Blasto, el asistente personal del rey, para que los ayudara. Ellos suplicaban paz a Herodes porque dependían del territorio del rey para conseguir el alimento. Cuando llegó la hora de encontrarse con el rey, Herodes se puso sus vestidos reales, se sentó en su trono, y dio un discurso para ellos. La audiencia gritó como respuesta: "¡Esta es la voz de un dios, no de un hombre!" De inmediato el ángel del Señor lo derribó, porque no le dio la gloria a Dios. Y fue consumido por los gusanos y murió.

Pero la Palabra de Dios se esparcía, y cada vez más personas creían. Bernabé y Saulo regresaron de Jerusalén una vez terminaron su misión, trayendo conmigo a Juan Marco con ellos.

La iglesia de Antioquía tenía profetas y maestros: Bernabé, Simón (llamado el Negro), Lucio de Cirene, Manaén (amigo de la infancia de Herodes, el tetrarca), y Saulo. Mientras estaban adorando al Señor y ayunando, el Espíritu Santo dijo: "Aparten a Bernabé y a Saulo para que hagan el trabajo para el cual los he llamado". Después de ayunar, orar y colocar sus manos sobre ellos para bendecirlos, los enviaron.

Entonces Bernabé y Saulo, dirigidos por el Espíritu Santo, fueron a Seleucia. Y de allí navegaron hasta Chipre. Al llegar a Salamis, proclamaron la palabra de Dios en las sinagogas judías. Y Juan estaba con ellos como asistente. Viajaron por toda la isla y finalmente llegaron a Pafos. Allí encontraron a un mago judío, un falso profeta que tenía por nombre Barjesús. Era cercano al gobernador, Sergio Paulo, un hombre inteligente. Este gobernador invitó a Bernabé y a Saulo para que fueran a visitarlos pues quería escuchar la palabra de Dios. Pero el mago Elimas (su nombre griego) se les opuso, tratando de evitar que el gobernante creyera en Dios.

Saulo, también llamado Pablo, estaba lleno del Espíritu Santo, y lo miró fijamente. "¡Estás lleno de engaño y de todo tipo de mal, hijo del diablo, enemigo de todo lo recto! ¿Nunca dejarás de pervertir los caminos verdaderos del Señor? Mira, la mano del Señor está sobre ti y quedarás ciego. Y no verás el sol por un tiempo". De inmediato, sobre él cayó neblina y oscuridad, y tuvo que encontrar a alguien que pudiera llevarlo de la mano. Cuando el gobernante vio lo que había ocurrido, creyó en Dios, asombrado por la enseñanza sobre el Señor.

Entonces Pablo y los que estaban con él navegaron desde Pafos y se fueron a Perga, en Panfilia, pero Juan los dejó y regresó a Jerusalén. Entonces fueron por toda Perga y luego siguieron hasta Antioquía de Pisidia. El sábado fueron a la sinagoga y se sentaron. Después de leer la Ley y los Profetas, los líderes de la sinagoga les enviaron un mensaje, diciendo: "Hermanos, por favor, compartan con la congregación toda palabra de ánimo que puedan".

Entonces Pablo se levantó, moviendo su mano para obtener su atención, y comenzó a hablar. "Hombres de Israel, y todos los que reverencian a Dios, escúchenme. El Dios del pueblo de Israel eligió a nuestros antepasados, y le dio prosperidad a nuestro pueblo durante su estadía en la tierra de Egipto. Con su gran poder los sacó de Egipto y los trató con paciencia en el desierto durante cerca de cuarenta años.

"Después de haber derrocado a siete naciones que vivían en la tierra de Canaán, Dios dividió su tierra entre los Israelitas y se las dio como heredad. Esto tomó cerca de cuatrocientos cincuenta años. Luego los dotó de jueces como líderes hasta los días del profeta Samuel. Entonces el pueblo pidió un rey, y Dios le dio a Saúl, hijo de Quis, de la tribu de Benjamín, quien gobernó durante cuarenta años. Entonces Dios quitó a Saúl, y puso a David como su rey. Dios aprobó a David, diciendo: 'He encontrado en David, hijo de Isaí, un hombre conforme a mi corazón. Él cumplirá todos mis propósitos'.

"Jesús es descendiente de David; él es el Salvador que Dios prometió enviar a Israel. Antes de que Jesús viniera, Juan anunció el bautismo de arrepentimiento a todo el pueblo de Israel. Y cuando Juan estaba finalizando su misión, dijo: '¿Quién creen que soy? Yo no soy al que ustedes buscan. Pero después de mi viene uno cuyas sandalias no soy digno de desatar'.

"Hermanos míos, hijos de Abraham y todos ustedes que reverencian a Dios: ¡Este mensaje de salvación ha sido enviado a nosotros! La gente que vivía en Jerusalén y sus líderes no reconocieron a Jesús ni entendieron las palabras que los profetas habían dicho y que leen cada sábado. ¡De hecho, ellos mismos cumplieron las palabras proféticas al condenarlo! Aunque no pudieron encontrar ninguna prueba para sentenciarlo, pidieron a Pilato que lo mandara a matar. Después de haber cumplido todo lo que se había predicho que ellos le harían a Jesús, lo bajaron de la cruz y lo sepultaron en una tumba. Pero Dios lo levantó de los muertos, y él se apareció durante muchos días a aquellos que lo habían seguido desde Galilea hasta Jerusalén. Ellos son ahora sus testigos ante la gente.

"Nosotros estamos aquí para traerles a ustedes la buena noticia de la promesa que Dios hizo a nuestros antepasados, que ahora ha cumplido en nuestro favor al levantar a Jesús de los muertos. Tal como está escrito en el libro de Salmos 2: 'Tú eres mi Hijo, y hoy me he convertido en tu Padre'. Dios lo levantó de los muertos, para que no muriera más, tal como lo indicó al decir: 'Yo les daré cosas santas y fieles, como se lo prometí a David'. Tal como lo dice otro salmo: 'No dejarás que tu Santo conozca la putrefacción'. Pero David murió, después de haber hecho la voluntad de Dios a su tiempo, y fue sepultado con sus antepasados, y su cuerpo sufrió descomposición. El que Dios levantó de los muertos no sufrió descomposición.

"Hermanos míos, quiero que entiendan que lo que les estamos diciendo es que por medio de este hombre hay perdón de pecados. Por medio de él todo el que cree es justificado de todos sus errores, y de una manera que nunca podría ser posible mediante la ley de Moisés. Asegúrense de que no les suceda lo que dijeron los profetas: '¡Miren, burlones! ¡Asómbrense y desaparezcan!

Estoy por hacer en estos días una obra que ustedes nunca creerán, aunque alguien se la explique'".

Y cuando salían, la gente les suplicaba que les explicaran más el siguiente sábado. Después de reunirse en la sinagoga, muchos de los judíos y conversos al judaísmo siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes hablaban con ellos, animándolos a seguir firmes en la gracia de Dios. El sábado siguiente casi toda la ciudad se presentó para escuchar la palabra de Dios. Sin embargo, cuando los judíos vieron las multitudes, se pusieron extremadamente furiosos, contradiciendo lo que Pablo decía y maldiciéndolo.

Entonces Pablo y Bernabé hablaron con firmeza, diciendo: "Primero teníamos que predicarles la palabra de Dios a ustedes. Pero ahora que la han rechazado, ustedes están determinando que no son dignos de la vida eterna. Pues ahora predicaremos a los extranjeros. Porque eso es lo que el Señor nos ha mandado a hacer: 'Yo los he convertido en luz para los extranjeros, y a través de ustedes la salvación llegará hasta los fines de la tierra'". Cuando los extranjeros escucharon esto, se alegraron en gran manera, alabando la palabra del Señor, y todos los elegidos para la vida eterna creyeron en Dios. Así que la palabra de Dios fue esparcida por toda la región. Pero los judíos incitaron a mujeres devotas e influyentes y también a líderes de la ciudad para perseguir a Pablo y a Bernabé, y los expulsaron de su territorio. Entonces Pablo y Bernabé sacudieron el polvo de sus pies hacia ellos en señal de protesta, y se fueron a Iconio. Y los creyentes seguían siendo llenos de gozo y del Espíritu Santo.

En Iconio ocurrió lo mismo: Pablo y Bernabé fueron a la sinagoga judía y hablaron con tanta seguridad que muchos adoradores, tanto de habla griega como judíos, creyeron en Jesús. Pero los judíos que se negaron a creer en Jesús provocaron sentimientos negativos en los extranjeros, y difamaban de los creyentes delante de ellos. Pero Pablo y Bernabé permanecieron allí por mucho tiempo, hablando audazmente en el Señor, quien confirmaba su mensaje de gracia mediante señales milagrosas que ellos podían realizar. Los habitantes de la ciudad estaban divididos, pues algunos apoyaban a los judíos y otros a los apóstoles. Pero entonces los extranjeros y los judíos, junto a sus líderes, decidieron atacar con piedras a Pablo y a Bernabé. Sin embargo, ellos supieron sobre este plan y huyeron a la región de Licaonia, a las ciudades de Listra y Derbe, y allí siguieron compartiendo la buena noticia.

En la ciudad de Listra había un hombre paralítico, que tenía lisiados los dos pies. Había nacido en esta condición y nunca había podido caminar. Entonces este hombre se sentó allí para escuchar a Pablo predicar. Y cuando Pablo lo miró directamente a él y se dio cuenta de que este hombre estaba creyendo en el Señor para ser sanado, dijo en voz alta: "¡Levántate y ponte de pie!" Y este hombre de un salto se puso en pie y comenzó a caminar. Y cuando la multitud vio lo que Pablo había hecho, gritaron en el idioma de Licaonia, "¡Los dioses han descendido hasta nosotros en forma de humanos!" Entonces identificaron a Bernabé como el dios griego Zeus a Pablo como el dios Hermes, porque él era el que predicaba la mayor parte del tiempo.

Entonces los sacerdotes del templo de Zeus que está justo a las fueras de la ciudad, trajeron bueyes y guirnaldas a las puertas de la ciudad. Planeaban hacer un sacrificio frente a la multitud. Pero cuando los apóstoles Bernabé y Pablo se enteraron de lo que estaba sucediendo, rasgaron su ropa, y corrieron hasta la multitud, gritando: "Señores, ¿qué hacen? Nosotros somos seres humanos con la misma naturaleza de ustedes. Vinimos a traerles buenas noticias para que ustedes abandonen estas cosas inútiles y se vuelvan a un Dios que realmente está vivo. Él es quien hizo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. En tiempos pasados, él dejó que las naciones siguieran sus propios caminos. Pero aun así demostró quién era al hacer el bien, enviándoles lluvia del cielo y cosechas a su tiempo, dándoles todo lo que necesitaban, y llenando sus corazones de alegría". Con estas palabras apenas lograron detener a las multitudes para que no les ofrecieran sacrificios.

Pero entonces ciertos judíos de Antioquía e Iconio llegaron y se ganaron la simpatía de la multitud. Y apedrearon a Pablo, y lo arrastraron hasta las afueras de la ciudad, pensando que estaba muerto. Pero cuando los creyentes se reunieron a su alrededor, Pablo se levantó, y regresó a la ciudad. Al día siguiente, Pablo y Bernabé partieron a Derbe. Y después de predicar la buena noticia con las personas de esa ciudad, y después de que muchos se convirtieran en creyentes, regresaron a Listra, Iconio y Antioquía. Entonces animaron a los creyentes a mantenerse firmes y a seguir creyendo en Jesús. "Tenemos que pasar por muchas pruebas para entrar al reino de Dios", decían.

Después de haber escogido ancianos para cada iglesia, y de haber orado y ayunado con ellos, Pablo y Bernabé los encomendaron al Señor, Aquél en quien creían. Y pasaron por Pisidia, y llegaron a Panfilia. Predicaron la palabra de Dios en Perga, y siguieron hasta Atalía. De allí navegaron de regreso hasta Antioquía donde habían comenzado, pues ahí habían sido dedicados en la gracia de Dios para la obra que ahora habían logrado. Y cuando llegaron, reunieron a toda la iglesia y les informaron todo lo que el Señor había hecho por medio de ellos y cómo había abierto las puertas para que los extranjeros creyeran en él. Y se quedaron allí con los creyentes por mucho tiempo.

Entonces llegaron unos hombres de Judea que comenzaron a enseñarles a los creyentes, y les decían "A menos que estén circuncidados conforme a las normas establecidas por Moisés, no podrán salvarse". Y Pablo y Bernabé debatieron y discutieron mucho con ellos. Así que Pablo y Bernabé y otros más fueron nombrados para ir a Jerusalén y hablar con los apóstoles y los líderes de allí sobre este asunto. Entonces la iglesia los envió de viaje, y mientras viajaban por Fenicia y Samaria, explicaban cómo los extranjeros se estaban convirtiendo, y esto alegraba mucho a los creyentes. Cuando llegaron a Jerusalén fueron recibidos por los miembros de la iglesia, los apóstoles y los ancianos. Explicaron todo lo que Dios había hecho a través de ellos. Pero sufrieron oposición de parte de algunos de los creyentes que pertenecían a la división de los fariseos. Ellos decían: "Estos conversos tienen que circuncidarse e instruirse para que observen la ley de Moisés".

Entonces los apóstoles y los ancianos se reunieron para debatir el asunto. Y después de tanto debatir, Pedro se levantó y les dijo: "Hermanos, ustedes saben que hace un tiempo Dios me escogió de entre ustedes para que los extranjeros pudieran oír el mensaje de la buena noticia y creyeran en Jesús. Dios, quien conoce nuestros corazones, ha demostrado que los acepta, dándoles el Espíritu Santo a ustedes así como lo hizo con nosotros. Él no hace distinción entre nosotros y ellos, y limpió sus corazones cuando ellos creyeron en él.

"Entonces, ¿por qué ustedes quieren oponerse a Dios y colocar sobre los creyentes cargas que nuestros padres no fueron capaces de soportar, y que nosotros tampoco podemos? Estamos convencidos de que somos salvos mediante la gracia del Señor Jesús, así como ellos". Y todos escuchaban con atención a Bernabé y a Pablo cuando ellos les hablaban de las señales milagrosas que Dios había realizado entre los extranjeros a través de ellos.

Después que terminaron de hablar, Santiago tomó la palabra, diciendo: "Hermanos, escúchenme. Simón ha descrito cómo Dios primero reveló su interés por los extranjeros escogiendo entre ellos un pueblo comprometido con él. Esto está en conformidad con las palabras de los profetas, tal como está escrito: 'En el futuro, volveré, y reconstruiré la casa caída de David; yo reconstruiré sus ruinas y las enderezaré. Haré esto para que los que han quedado por fuera vengan al Señor, incluyendo los extranjeros que invocan mi nombre. Esto es lo que el Señor dice, el que reveló estas cosas hace mucho tiempo'.

"Así que mi decisión es que no debemos ser estorbo para los extranjeros que se convierten a Dios. Debemos escribirles y decirles que eviten la comida sacrificada a los ídolos, la inmoralidad sexual, la carne de animales que hayan sido estrangulados, y de consumir sangre. Porque la Ley de Moisés ya ha sido enseñada en cada ciudad por mucho tiempo, pues es leída en las sinagogas cada sábado".

Entonces los apóstoles y los ancianos, en reunión con toda la iglesia, decidieron que sería bueno elegir a algunos representantes y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé. Y eligieron a Judas Barsabás y a Silas, líderes entre los hermanos, y los enviaron con esta carta:

"Saludos de parte de nosotros, los apóstoles y ancianos, a los hermanos no judíos de Antioquía, Siria y Cilicia: Hemos oído que algunos de nuestro grupo los han confundido con sus enseñanzas, causándoles problemas. Sin duda alguna nosotros no les dijimos que hicieran esto. Así que decidimos elegir algunos representantes y enviarlos hasta donde ustedes están, junto con nuestros hermanos muy amados, Bernabé y Pablo, quienes han arriesgado sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

"Así que hemos enviado a Judas y Silas, quienes podrán confirmarles verbalmente lo que les estamos diciendo. El Espíritu Santo y nosotros consideramos que es mejor no colocarles ninguna carga pesada aparte de estos requisitos. Deben evitar: cualquier cosa sacrificada a ídolos, sangre, carne de animales estrangulados, e inmoralidad sexual. Harán bien al observar estos requisitos. Dios los bendiga".

Los hombres fueron enviados a Antioquía. Y cuando llegaron, convocaron a todos a una reunión y entregaron la carta. Después de leerla, estaban muy felices por el mensaje de ánimo. Entonces Judas y Silas, que también eran profetas, animaron a los hermanos, enseñándoles muchas cosas, y dándoles fortaleza. Después de pasar un tiempo allí, fueron enviados de regreso por los hermanos, con su bendición, a los creyentes de Jerusalén. Pero Pablo y Bernabé permanecieron en Antioquía, enseñando y proclamando la palabra de Dios en compañía de muchos otros.

Algún tiempo después, Pablo le dijo a Bernabé: "Regresemos y visitemos a los creyentes de cada ciudad donde hemos predicado la palabra de Dios, y veamos cómo están". Entonces Bernabé hizo planes para llevarse también a Juan Marcos. Pero Pablo no consideró que fuera buena idea llevarlo con ellos, pues él los había abandonado en Panfilia y no había seguido trabajando con ellos. Y tuvieron un descuerdo tan grande, que se separaron. Entonces Bernabé tomó a Juan Marcos y navegó hacia Chipre. Pablo eligió a Silas, y al marcharse, los creyentes los encomendaron a la gracia del Señor. Y Pablo viajó por Siria y Cilicia, animando a las iglesias de esos lugares.

Entonces Pablo fue primero a Derbe, y luego a Listra, donde conoció a un creyente llamado Timoteo. Este era el hijo de una madre cristiana judía, y su padre era griego. Y los hermanos en Listra e Iconio hablaron bien de él. Pablo quería que Timoteo viajara con él, así que lo circuncidó porque todos los judíos de la región sabían que el padre de Timoteo era griego. Y mientras pasaban por las diferentes ciudades, enseñaban los requisitos que los apóstoles y ancianos en Jerusalén habían dicho que debían observarse. Las iglesias fueron fortalecidas en su fe en el Señor, y cada día aumentaban los miembros.

Viajaron también por los distritos de Frigia y Galacia, pues el Espíritu Santo los advirtió de ir a la provincia de Asia para predicar la palabra. Cuando llegaron a la frontera de Misia trataron de entrar a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no los dejó entrar. Así que pasaron por Misia y descendieron a Troas.

Allí Pablo vio en visión durante la noche a un hombre de Macedonia en pie, rogándole: "¡Por favor, ven a Macedonia a ayudarnos!" Y después que Pablo tuvo esta visión, hicimos arreglos de inmediato para ir a Macedonia, pues concluimos que Dios nos había llamado para predicar la buena noticia con ellos.

Entonces partimos navegando desde Troas directo hasta Samotracia. Al día siguiente continuamos hasta Neápolis, y de allí hasta Filipos, que es la ciudad más importante de Macedonia, y también una colonia romana. Y nos quedamos en esta ciudad durante varios días. El sábado salimos por las puertas de la ciudad hacia las orillas del río, donde pensábamos que la gente iría a orar. Entonces nos sentamos y hablamos con las mujeres que se habían reunido allí.

Una de ellas se llamaba Lidia, era de la ciudad de Tiatira y vendía paños de púrpura. Era una adoradora de Dios, y nos escuchó. Entonces el Señor abrió su mente a lo que Pablo le decía, y ella aceptó lo que él le dijo. Después que ella y toda su casa se bautizaron, nos rogó: "Si ustedes realmente creen que estoy comprometida

con el Señor, vengan y quédense en mi casa". Y siguió insistiendo hasta que aceptamos.

Un día, cuando descendíamos al lugar de la oración, conocimos a una joven esclava que estaba poseída por un espíritu maligno. Ella ganaba para sus amos mucho dinero a través de la adivinación. Esta chica siguió a Pablo y al resto de nosotros por todos los lugares, gritando: "Estos hombres son siervos del Dios Todopoderoso. ¡Ellos dicen cómo se puede ser salvo!" Y siguió haciendo esto por varios días. Pero esto molestó a Pablo, así que se dio vuelta y le dijo al espíritu: "¡En el nombre de Jesucristo te ordeno que salgas de ella!" Y el espíritu salió de ella inmediatamente.

Pero cuando sus amos vieron que la joven había perdido sus medios para ganar dinero, agarraron a Pablo y a Silas y los llevaron a rastras ante las autoridades que estaban en la plaza del mercado. Y los llevaron ante los magistrados, acusándolos: "Estos hombres judíos están causando grandes disturbios en nuestra ciudad", decían. "Están enseñando ideas que son ilegales para nosotros como romanos, y que no aceptamos ni practicamos". Entonces la multitud se reunió para atacarlos. Los magistrados rasgaron la ropa de Pablo y Silas, y ordenaron que fueran golpeados con varas. Y después de darles una golpiza severa, los metieron en la prisión, ordenándole al carcelero que los mantuviera bajo llave. El carcelero siguió las órdenes. Y metió a Pablo y a Silas en la celda interna y encadenó sus pies en el cepo.

Cerca de la media noche Pablo y Silas estaban orando y cantando alabanzas a Dios, y los demás prisioneros los escuchaban. De repente un terrible terremoto sacudió los cimientos de la cárcel. De inmediato todas las puertas se abrieron y las cadenas de todos se cayeron.

Entonces el carcelero despertó y vio que las puertas de la cárcel estaban abiertas. Y entonces sacó su espada, y estaba a punto de matarse, pensando que los prisioneros habían escapado. Pero Pablo gritó: "¡No te hagas daño, todavía estamos aquí!"

Entonces el carcelero pidió que le trajeran lámparas y se apresuró. Temblando de miedo cayó a los pies de Pablo y Silas. Luego los acompañó hasta la puerta y les preguntó: "Señores, ¿qué necesito hacer para ser salvo?"

"Cree en el Señor Jesús y serás salvo, tú y toda tu casa", respondieron. Luego predicaron la palabra del Señor con él y con todos los que vivían en su casa. Y aunque era tarde en la noche, lavó sus heridas y fue bautizado allí mismo, junto a su familia. Y los llevó a su casa y mandó a preparar comida para ellos. Y el carcelero y toda su familia estaban felices porque creían en Dios.

Siendo temprano, al día siguiente, el magistrado envió oficiales donde el carcelero, diciéndole: "Libera a esos hombres". Entonces el carcelero le dijo a Pablo: "Los magistrados han enviado orden para dejarte libre. Así que puedes irte, y ve en paz".

Pero Pablo les dijo: "¡Ellos nos golpearon públicamente sin un juicio, y nosotros somos ciudadanos romanos! Luego nos echaron a la cárcel. ¿Ahora quieren dejarnos ir discretamente? ¡No, ellos deben venir personalmente y liberarnos!"

Entonces los oficiales regresaron e informaron esto a los magistrados. Cuando oyeron que Pablo y Silas eran ciudadanos romanos, se preocuparon mucho, y fueron a disculparse con ellos. Y los acompañaron afuera y les rogaron que se fueran de la ciudad. Entonces Pablo y Silas salieron de la cárcel y se fueron a la casa de Lidia. Allí se encontraron con los creyentes, los animaron y siguieron su camino.

Después que Pablo y Silas pasaron por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga judía. Como de costumbre, Pablo entró a la sinagoga y durante tres sábados debatió con ellos, usando las Escrituras. Entonces les explicó su significado, demostrándoles que el Mesías tenía que Morir y resucitar. "Este Jesús del cual les hablo, es el Mesías", les dijo. Y algunos de ellos se convencieron y se unieron a Pablo y a Silas, junto con muchos adoradores griegos y algunas mujeres influyentes de la ciudad.

Pero los judíos se pusieron celosos y junto a unos agitadores que encontraron en la plaza del mercado formaron una turba. Y se amotinaron en la ciudad, y atacaron la casa de Jasón. Entonces trataron de encontrar a Pablo y a Silas para presentarlos ante la gente. Pero como no pudieron encontrarlos, arrastraron a Jasón y a otros creyentes ante los líderes de la ciudad, gritando: "A estas personas se les conoce por estar causando problemas y desorden. Ahora vinieron aquí, y Jasón los ha recibido en su casa. Todos ellos desafían los decretos del César, cometiendo traición al decir que hay otro rey, llamado Jesús". El pueblo y los líderes de la ciudad estaban muy perturbados al escuchar esto. Entonces obligaron a Jasón y a los otros a pagar fianza antes de dejarlos ir.

Los creyentes hicieron salir a Pablo y Silas hacia Berea esa misma noche. Y cuando llegaron allí, fueron a la sinagoga judía. La gente de allí tenía mejor actitud que los de Tesalónica, pues aceptaron rápidamente la palabra, y examinaban las Escrituras cada día para asegurarse de que era correcto lo que les enseñaban. Como resultado de esto, muchos se convirtieron en creyentes, así mismo algunas mujeres y hombres griegos que tenían cargos importantes.

Pero cuando los judíos de Tesalónica oyeron que Pablo también estaba predicando la palabra en Berea, fueron hasta allá, y causaron los mismos disturbios, provocando a las multitudes. De inmediato los creyentes enviaron a Pablo a la costa, mientras que Silas y Timoteo se quedaron. Y los que acompañaban a Pablo lo llevaron muy lejos, hasta Atenas, y regresaron con instrucciones que Pablo envió a Silas y a Timoteo para que ellos fueran a acompañarlo tan pronto como fuera posible.

Mientras los esperaba en Atenas, Pablo estaba muy perturbado al ver la idolatría que se practicaba en la ciudad. Él debatía en la sinagoga con los judíos y con los adoradores de Dios, así como también lo hacía en las plazas del mercado con los que se encontraba cada día. Algunos filósofos epicúreos y estoicos también discutían con él. "¿De qué habla este hombre?" Se preguntaban. Y otros concluían: "Parece que enseña sobre dioses extranjeros", porque hablaba sobre Jesús y la resurrección. Entonces lo llevaron al Aerópago, y le pidieron: "Por favor háblanos sobre esta nueva enseñanza que estás promoviendo. Hemos oído de ti cosas que para nosotros son extrañas, por eso nos gustaría saber lo

que significan". (Todos los atenienses, incluyendo a los extranjeros que vivían allí, pasaban todo el tiempo sin hacer nada más que explicar o escuchar sobre cosas nuevas).

Entonces Pablo se puso en pie en medio del Aeróp-ago y dijo: "Pueblo de Atenas, puedo ver que ustedes son muy devotos en todo. Y mientras caminaba, viendo sus santuarios, encontré un altar que tenía la inscripción, 'A un Dios no conocido'. Este Dios no conocido a quien ustedes adoran es el que yo les estoy describiendo. El Dios que creó el mundo y todo lo que hay en él, el Señor del cielo y la tierra, no vive en los Templos que nosotros hacemos. Él no necesita que le sirvamos, como si él necesitara de alguna cosa, porque él es la fuente de vida de todo ser vivo. De un solo hombre él hizo a todos los pueblos que viven en la tierra, y decidió de antemano cuándo y dónde debían vivir. El propósito de Dios era que ellos lo buscaran, esperando que ellos se acercaran a él y lo encontraran, aunque él no está lejos de ninguno de nosotros. En él vivimos, nos movemos y existimos. Tal como escribieron los mismos poetas de entre ustedes: 'Somos su familia'.

"Ya que somos su familia, no debemos pensar que Dios es como el oro, la plata o una piedra moldeada por arte y pensamiento humano. Dios pasó por alto la ignorancia de la gente en el pasado, pero ahora llama a todos, en todas partes, al arrepentimiento. Porque él ha establecido un tiempo en el cual juzgará con justicia al mundo por medio del hombre que él ha elegido, y les ha demostrado a todos que él es el escogido al resucitarlo de los muertos".

Algunos de ellos se burlaron cuando escucharon acerca de la resurrección de los muertos, pero otros dijeron: "Por favor, regresa más tarde para que podamos oír más sobre esto". Entonces Pablo se fue. Y unos cuantos hombres se unieron a él y creyeron en Dios, incluyendo a Dionisio, un miembro del Aerópago, así como una mujer llamada Damaris, y otros más.

Entonces Pablo partió de Atenas y se fue a Corinto, y allí conoció a un judío llamado Aquila. Este era de Ponto, y acababa de llegar de Italia con su esposa Priscila porque Claudio había deportado a todos los judíos expulsados de Roma. Y Pablo fue a verlos, y como estaban en el mismo negocio de fabricar tiendas, se quedó con ellos. Y Pablo debatía en la sinagoga cada sábado, convenciendo tanto a griegos como a judíos. Cuando Silas y Timoteo llegaron desde Macedonia, Pablo sintió que necesitaba ser más directo en lo que predicaba, y les dijo a los judíos que Jesús era el Mesías. Y cuando ellos se le opusieron y lo maldijeron, sacudió su ropa y les dijo: "¡La sangre de ustedes está sobre sus propias cabezas! Soy libre de toda culpa, y desde ahora iré a los extranjeros".

Entonces se marchó y se fue a quedar donde Tito Justo, quien adoraba a Dios y cuya casa estaba al lado de la sinagoga. Crispo, líder de la sinagoga, creía en el Señor y también toda su casa. Y muchas personas de Corinto que escucharon el mensaje se convirtieron en creyentes y fueron bautizados.

Entonces el Señor le dijo a Pablo en una visión de noche: "No tengas miedo. Habla, no te quedes callado porque yo estoy contigo, y nadie te hará daño, pues muchas personas en esta ciudad son mías". Y Pablo se quedó allí durante dieciocho meses, enseñando la palabra de Dios.

Sin embargo, cuando Galión se convirtió en el gobernante de Acaya, los judíos se unieron para atacar a Pablo y lo llevaron ante la corte. "Este hombre está persuadiendo al pueblo para adorar a Dios ilegalmente", declararon.

Pero cuando Pablo estaba a punto de defenderse, Galión les dijo a los judíos: "Si ustedes los judíos me trajeran cargos criminales o una ofensa legal grave, habría razón para que yo escuchara su caso. Pero como solo están discutiendo por las palabras y nombres y respecto a la propia ley de ustedes, entonces encárguense ustedes mismos. Yo no voy a gobernar respecto a tales asuntos". Después de esto Galión mandó a sacarlos de la corte. Entonces la multitud tomó a Sóstenes, líder de la sinagoga, y lo golpearon justo a las afueras de la corte, pero a Galión no le preocupó esto en absoluto.

Pablo se quedó por un tiempo. Entonces dejó a los creyentes de allí y partió hacia Siria, llevando consigo a Priscila y Aquila. En Cencrea mandó a afeitar su cabeza, porque había hecho un voto.

Entonces llegaron a Éfeso, donde Pablo había dejado a los otros. Y se dirigió a la sinagoga para razonar con los judíos. Y ellos le pidieron que se quedara por más tiempo, pero Pablo no aceptó. Entonces se despidió y emprendió su viaje desde Éfeso, diciéndoles: "Regresaré y los veré nuevamente si es la voluntad de Dios".

Después de desembarcar en Cesarea fue a saludar a los miembros de iglesia, y entonces siguió hasta Antioquía. Y se quedó un tiempo allí y luego fue de ciudad en ciudad por la región de Galacia y Frigia, animando a los creyentes.

Durante este tiempo, un judío llamado Apolo, de Alejandría, llegó a Éfeso. Era un orador con mucho talento, que conocía bien las Escrituras. Se le había enseñado el camino del Señor. Era apasionado por lo espiritual, y en su hablar y su enseñanza presentaba a Jesús de manera precisa, pero solo sabía acerca del bautismo de Juan. Entonces comenzó a hablar de manera abierta en la sinagoga. De modo que cuando Priscila y Aquila lo escucharon, lo invitaron a unirse a ellos y le enseñaron con mayor amplitud el camino del Señor. Cuando decidió ir a Acaya, los hermanos lo animaron y le escribieron a los discípulos de allí, diciéndoles que lo recibieran. Y cuando llegó fue de gran ayuda a los que por gracia creían en Dios, porque podía refutar enérgicamente a los judíos en debates públicos, demostrando con las Escrituras que Jesús era el Mesías.

Mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo tomó camino tierra adentro y llegó a Éfeso, donde encontró a algunos creyentes. "¿Recibieron al Espíritu Santo cuando creyeron?" les preguntó.

"No, no hemos escuchado nada acerca de un Espíritu Santo", le dijeron.

"Entonces ¿qué bautismo recibieron?" preguntó.

"El bautismo de Juan", respondieron ellos.

"Juan bautizaba con el bautismo del arrepentimiento", dijo Pablo. "Él enseñaba a las personas que debían creer en el que vendría después de él, es decir, que debían creer en Jesús". Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y después que Pablo puso sus manos sobre ellos, el Espíritu Santo

descendió sobre ellos y hablaron en lenguas y profetizaron. Había aproximadamente doce de ellos en total.

Entonces Pablo fue a la sinagoga y durante los siguientes tres meses habló de forma clara a los que estaban allí, debatiendo con ellos y tratando de convencerlos acerca del mensaje del reino de Dios. Pero algunos de ellos eran tercos, y no quisieron aceptar. Ellos condenaban a El Camino ante la multitud. Así que Pablo se dio por vencido respecto a ellos y se fue a la sinagoga, llevando consigo a los creyentes. Entonces comenzó a hacer debates cada día en el salón de Tirano.

Así sucedió durante los siguientes dos años, logrando que todos los que vivían en la provincia de Asia, tanto judíos como griegos, escucharan la palabra del Señor. Y Dios realizaba milagros extraordinarios a través de Pablo, tanto así, que la gente tomaba los pañuelos o delantales que Pablo había tocado para sanar a los enfermos y para expulsar espíritus malignos.

Y ciertos judíos que iban por ahí haciendo exorcismos, decidieron usar el nombre del Señor Jesús cuando sacaban a los espíritus malignos. Y decían: "Te ordeno que salgas en el nombre de Jesús, del que habla Pablo". Y los que hacían esto eran los siete hijos de Esceva, un judío y jefe de sacerdotes.

Pero un día, un espíritu maligno respondió: "Yo conozco a Jesús, y conozco a Pablo, pero ¿quién eres tú?" Y el hombre con el espíritu maligno saltó sobre ellos y los dominó a todos. Los golpeó tan fuertemente que ellos salieron corriendo de la casa, desnudos y malheridos.

Las personas que vivían en Éfeso, tanto judíos como griegos, oyeron sobre esto. Y todos estaban asombrados por lo que había sucedido, y el nombre del Señor Jesús recibió grande respeto. Y muchos llegaron a creer en el Señor y confesaron sus pecados, admitiendo abiertamente sus prácticas pecaminosas. Muchos de los que practicaban la brujería recogieron sus libros de magia y los llevaron para ser quemados públicamente. Y sacaron cuentas sobre el valor de los libros, y el total era de cincuenta mil monedas de plata. De este modo la palabra del Señor se fortalecía y era predicada por todas partes.

Cierto tiempo después de esto, Pablo decidió ir a Jerusalén, pasando primero por Macedonia y Acaya. "Después de estar allí, iré a Roma", dijo. Entonces envió a dos de sus ayudantes, Timoteo y Erasto, a Macedonia, y mientras tanto él se quedó por un tiempo en la provincia de Asia.

Durante este tiempo hubo serios problemas concernientes a El Camino. Y un hombre llamado Demetrio, quien era un artesano de plata, estaba produciendo pequeñas réplicas en material de plata del templo de la diosa Artemisa. Este negocio requería mucho trabajo para los artesanos. Entonces Demetrio los llamó a una reunión, junto con otros que trabajaban en el mismo oficio, y dijo: "Compañeros, ustedes saben que nosotros ganamos dinero gracias a este negocio. Sin duda alguna, como ustedes ya saben por lo que han visto y oído—no solo aquí en Éfeso sino por toda Asia—este tal Pablo ha convencido y confundido a mucha gente, diciéndoles que no hay dioses hechos por manos humanas. No se trata de que nuestro negocio esté en peligro de perder el respeto, sino que el templo de la gran diosa Artemisa perderá su valor ante los ojos de la gente. La misma Artemisa será destronada de su alta posición como la única a la cual todos en Asia y en el mundo entero adoramos".

Y cuando ellos escucharon esto se pusieron furiosos, y gritaron: "¡Grande es Artemisa de los Efesios!" Y la ciudad estaba en total caos. La gente corrió hacia el anfiteatro, arrastrando con ellos a Gayo y a Aristarco, quienes eran compañeros de viaje de Pablo, y eran de Macedonia. Pablo creyó que era su deber confrontar la turba, pero los demás creyentes no se lo permitieron. Entonces algunos de los oficiales de la provincia que eran amigos de Pablo enviaron un mensaje también, rogándole que no entrara al anfiteatro.

Y algunos gritaban una cosa, y otros gritaban otra, pues la multitud que se había reunido estaba totalmente confundida. Y muchos de ellos no sabían por qué estaban allí. Y los judíos que estaban en la multitud empujaron a Alejandro hacia el frente. Entonces Alejandro movió su mano indicando que guardaran silencio, queriendo explicar las cosas a la gente. Pero cuando se dieron cuenta de que era un judío, comenzaron un canto que duró cerca de dos horas, gritando: "¡Grande es Artemisa de los Efesios!"

Después de que el secretario de la ciudad logró silenciar a la turba, les dijo: "Pueblo de Éfeso, ¿quién no sabe que la ciudad de los Efesios es guardiana del templo de la gran Artemisa y de su imagen que cayó del cielo? Ya que estos hechos no pueden negarse, ustedes deben estar tranquilos y no hagan nada a la ligera. Han traído aquí a estos hombres, pero ellos no han robado ningún templo, ni han blasfemado contra nuestra diosa. De modo que si Demetrio y los demás artesanos tienen alguna queja contra alguien, entonces vayan a las autoridades y a las cortes. Ellos podrán presentar los cargos correspondientes. Si hay alguna otra cosa, puede llevarse a asamblea legal. De hecho, nosotros mismos corremos el peligro de ser acusados como responsables de un motín hoy, pues no había razón para ello, y no podemos justificar por qué sucedió". Y cuando terminó de hablar, despidió a la multitud.

Una vez se disipó el alboroto, Pablo llamó a los creyentes a una reunión y los animó. Entonces se despidió de ellos y partió hacia Macedonia. Y anduvo por toda la región, compartiendo muchas palabras de ánimo con los creyentes que estaban allí, y entonces continuó su viaje hasta Grecia. Después de haber estado tres meses allí, y cuando estaba a punto de embarcarse rumbo a Siria, se supo que los judíos estaban organizando un complot contra él. Así que decidió regresar por Macedonia. Y estas fueron las personas que viajaron con él: Sópater de Berea, hijo de Pirro, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Gayo de Derbe, Timoteo, Tíquico y Trófimo de la provincia de Asia. Ellos se fueron primero y nos esperaron en Troas. Después de la Fiesta de los Panes sin Levadura, nos embarcamos rumbo a Filipo, y nos encontramos con ellos cinco días después en Troas, donde permanecimos una semana.

Pablo estaba predicando el primer día de la semana y estábamos reunidos para partir el pan. Él estaba planeando partir en la mañana, y siguió predicando hasta la media noche. (La habitación de arriba, donde estábamos reunidos, estaba iluminada por muchas lámparas).

Y un joven llamado Eutico estaba sentado en la ventana y comenzó a sentir mucho sueño. Mientras Pablo seguía predicando este joven se durmió profundamente y se cayó del tercer piso. Cuando lo recogieron se dieron cuenta de que estaba muerto.

Entonces Pablo descendió, extendió sus manos hacia él y lo abrazó. "No se preocupen, está vivo", dijo.

Entonces volvió a subir, partió pan y comió con ellos. Y siguió hablando con todos hasta que llegó la mañana y entonces se marchó. Luego se llevaron al joven a casa, vivo y sano, y estaban muy agradecidos por ello.

Entonces continuamos nuestro camino hasta la embarcación y partimos hacia Asón. Allí debíamos recoger a Pablo, pues ese fue su plan al elegir viajar a pie. En efecto, nos encontramos con él en Asón. Lo recogimos allí y nos fuimos hacia Mitilene. Partimos de allí y llegamos a Quios, y al día siguiente nos detuvimos por un rato en Samos, y al día siguiente llegamos a Mileto. Pablo había planeado seguir directo hasta Éfeso para no demorarse en la provincia de Asia. Tenía prisa de llegar a Jerusalén para estar a tiempo para el Día del Pentecostés.

Desde Mileto, Pablo envió un mensaje a los ancianos de la iglesia de Éfeso. Y cuando llegaron, les dijo: "Ustedes saben cómo me he comportado siempre con ustedes desde el primer día que llegué a la provincia de Asia. Serví al Señor con humildad y lágrimas. Enfrenté los problemas y el estrés que me causaban los complots de los judíos. Sin embargo nunca me negué a compartir con ustedes todo cuanto pudiera beneficiarlos, y les enseñé en público, yendo de casa en casa. Fui testigo tanto para judíos como para griegos de que era necesario arrepentirse y volverse a Dios, y creer en nuestro Señor Jesucristo. Ahora el Espíritu insiste en que vaya a Jerusalén, y no sé qué me sucederá allí. Lo único que sé es que en cada ciudad que visito, el Espíritu Santo me advierte que me espera prisión y sufrimiento. Pero considero que mi vida no tiene ya valor para mí mismo. Solo quiero terminar mi misión y el ministerio que el Señor Jesús me dio de ser testigo de la buena noticia de la gracia de Dios.

"Ahora estoy seguro de que ustedes no volverán a ver mi rostro, ustedes entre los cuales compartí la noticia del reino. Así que hoy les declaro que no soy responsable de que alguno se pierda. No dudé en enseñarles todo lo que Dios desea que ustedes sepan. Cuídense ustedes mismos y cuiden el rebaño, el cual les ha sido encomendado por el Espíritu Santo para que cuiden de él. Alimenten la iglesia del Señor, la cual ha comprado con su propia sangre. Yo sé que después de marcharme vendrán lobos rapaces entre ustedes, y querrán destruir el rebaño. Dentro del grupo de ustedes se levantarán hombres queriendo pervertir lo recto para lograr que los creyentes los sigan a ellos. ¡Así que estén atentos! No olviden que durante tres años los instruí de día y de noche, a menudo con lágrimas. Ahora los encomiendo al cuidado de Dios y al mensaje de su gracia, el cual puede edificarlos y darles la heredad que pertenece a los que son santificados. Nunca quise la plata, ni el oro, ni la ropa de nadie. Saben que trabajé con mis propias manos para sustentar mis propias necesidades, así como las de aquellos que estaban conmigo. Les he dado ejemplo en todo: trabajen para ayudar a los débiles, recordando las palabras del Señor Jesús: 'Más bendición hay en dar que en recibir'".

Y cuando terminó de hablar, se arrodilló y oró con todos ellos. Entonces todos lloraron mientras lo abrazaban y lo besaban. Lo que más los atribulaba era lo que él había dicho acerca de no volverlo a ver... Entonces descendieron hasta la embarcación con él.

Después de habernos despedido de ellos, navegamos directamente hasta Cos, y al día siguiente continuamos hasta Rodas. Desde allí nos fuimos hacia Pátara donde nos encontramos con una embarcación que iba hacia Fenicia. Nos embarcamos en ella y zarpamos. Luego avistamos Chipre por el lado izquierdo y continuamos hasta Siria, luego bajamos a tierra en Tiro, que era donde debía desembarcar la nave. Allí buscamos a los creyentes y nos quedamos en ese lugar durante una semana. Y por medio del Espíritu Santo los creyentes le dijeron a Pablo que no fuera a Jerusalén. Cuando se acabó nuestro tiempo de estar allí, partimos y regresamos al barco para seguir nuestro viaje. Todos los creyentes, y las esposas e hijos, nos acompañaron al marcharnos de la ciudad. Allí en la playa nos arrodillamos y oramos, y nos despedimos. Entonces nos subimos al barco y regresamos a casa. Nuestro viaje desde Tiro terminó en Tolemaida, y allí saludamos a los creyentes y nos quedamos con ellos durante un día.

Al día siguiente partimos de allí y nos fuimos hasta Cesarea. Nos quedamos en la casa de Felipe el evangelista (uno de los siete). Y Felipe tenía cuatro hijas solteras que profetizaban. Después de habernos quedado allí durante varios días, un profeta llamado Ágabo llegó desde Judea. Al acercarse a nosotros, tomó el cinturón de Pablo, y ató sus propias manos y pies. Entonces dijo: "El Espíritu Santo dice: 'Así es como los judíos de Jerusalén cegarán al hombre que posee este cinturón, y lo entregarán en manos de los extranjeros'".

Cuando oímos esto, nosotros y los creyentes le rogamos a Pablo que no fuera a Jerusalén. Sin embargo, Pablo respondió: "¿Qué hacen? Están llorando y rompen mi corazón. No solo estoy listo para ser amarrado en Jerusalén, sino también para morir allí por causa del Señor Jesús". Y como no pudo ser persuadido de lo contrario, nos dimos por vencidos y dijimos: "Que se haga la voluntad del Señor".

Después de esto hicimos nuestras maletas y nos dirigimos hacia Jerusalén. Y algunos de los creyentes de Cesarea vinieron con nosotros, y nos llevaron hasta la casa de Nasón, donde íbamos a quedarnos. Él venía de Chipre y fue uno de los primeros creyentes.

Cuando llegamos a Jerusalén, los creyentes nos recibieron calurosamente. Al día siguiente Pablo fue con nosotros a ver a Santiago y todos los líderes de la iglesia estaban allí. Después de saludarlos, Pablo comenzó a contar con detalles todo lo que Dios había hecho por los extranjeros por medio de su ministerio.

Y cuando oyeron lo que había sucedido, alabaron a Dios y le dijeron a Pablo: "Hermano, ahora puedes ver cuántos miles de judíos han llegado a creer en el Señor, y todos guardan la Ley cuidadosamente. A ellos les han dicho que tú enseñas a los judíos que viven entre los extranjeros a que ignoren la ley de Moisés, diciéndoles

que no circunciden a sus hijos y que no sigan nuestras costumbres.

"¿Qué debemos hacer al respecto? Sin duda la gente escuchará que llegaste aquí. Queremos que hagas lo siguiente: Cuatro de nuestros hombres han hecho un voto. Ve con ellos y haz los rituales de purificación con ellos, pagándoles para que les afeiten sus cabezas. De este modo todos sabrán que los rumores que han escuchado acerca de ti no son ciertos, sino que tú mismo guardas la Ley en tu forma de vivir. En cuanto a los extranjeros que han creído en el Señor, ya escribimos una carta respecto a nuestra decisión de que deben abstenerse de comer alimentos sacrificados a los ídolos, consumir sangre o cualquier animal estrangulado, y de inmoralidad sexual".

Así que Pablo llevó consigo a estos hombres, y al día siguiente fue y se purificó con ellos. Entonces fue al Templo para dar aviso respecto a la terminación del tiempo de purificación y de la ofrenda que se daría por cada uno de ellos.

Se acercaba el fin de los siete días cuando ciertos judíos de Asia vieron a Pablo en el Templo y lo agarraron. "¡Hombres de Israel, vengan a ayudarnos!" gritaron. "Este es el hombre que está enseñando por todas partes para que se opongan a nuestro pueblo, a la Ley y al Templo. Además ha traído griegos al Templo, contaminando este lugar santo". (Decían esto porque anteriormente lo habían visto en la ciudad con Trófimo, el efesio y supusieron que Pablo lo había traído al Templo). Y toda la ciudad estaba impactada por este hecho y la gente llegaba corriendo. Entonces agarraron a Pablo y lo sacaron a rastras del Templo. De inmediato se cerraron las puertas. Mientras trataban de matarlo, el comandante del batallón romano recibió la noticia de que toda la ciudad de Jerusalén estaba alborotada.

De inmediato el comandante tomó a unos centuriones y descendió corriendo hasta donde estaba la turba. Cuando la multitud vio al comandante y a los soldados, dejaron de golpear a Pablo. Entonces el comandante llegó y arrestó a Pablo, ordenando que lo ataran con dos cadenas. Entonces preguntó quién era él y qué había hecho. Y algunos gritaban y decían una cosa y otros decían otra. Y como el comandante no pudo saber la verdad por todo el ruido y la confusión, ordenó que Pablo fuera llevado a la fortaleza.

Cuando Pablo llegó a las escaleras tuvo que ser llevado por los soldados porque la turba era muy violenta. Y la gente de la multitud que seguía gritaba: "¡Acaben con él!" Y cuando estaba a punto de ser ingresado a la fortaleza, Pablo le dijo al comandante: "¿Puedo decirte algo?"

"¿Sabes griego?" le preguntó el comandante. "¿Acaso no eres el egipcio que hace poco incitó una rebelión y condujo a cuatrocientos asesinos al desierto?"

"Yo soy judío, ciudadano de Tarso, en Cilicia, una ciudad reconocida", respondió Pablo. "Por favor, déjame hablarle al pueblo".

Entonces el comandante le dio permiso para hablar. Así que Pablo se puso en pie en las escaleras e hizo señal para que hicieran silencio. Cuando todo estuvo en silencio, comenzó a hablarles en arameo.

"Hermanos y padres", dijo, "escuchen, por favor, pues presentaré ante ustedes mi defensa". Y cuando lo escucharon hablando en arameo, todos se quedaron en absoluto silencio.

"Soy judío, nacido en Tarso de Cilicia", comenzó. "Sin embargo, fui criado en esta ciudad, y me senté a los pies de Gamaliel. Fui enseñado para guardar de manera estricta la ley de nuestros padres. Yo era un hombre celoso por Dios, tal como ustedes aquí hoy, y perseguí a las personas de El Camino, mandándolos a matar y enviándolos a la cárcel, tanto a hombres como a mujeres.

"Y como el sumo sacerdote y el concilio de anciano pueden verificar, recibí de ellos cartas de autorización dirigidas a los hermanos judíos en Damasco, y fui allí para arrestar a estas personas y traerlas como prisioneras a Jerusalén para darles castigo.

"Cerca del mediodía, mientras iba de camino y me acercaba a Damasco, de repente una luz brillante vino del cielo iluminando todo a mi alrededor. Entonces caí al suelo y escuché una voz diciéndome: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?'

"'¿Quién eres, Señor?' respondí.

"'Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tu persigues,' me dijo.

"Y los que viajaban conmigo vieron la luz, pero no oyeron la voz que me habló.

"'¿Qué debo hacer, Señor?' pregunté.

"Y el Señor me dijo: 'Levántate y ve a Damasco, y allí se te dirá todo lo que ya se ha dispuesto para que hagas'.

"Y como no podía ver por el brillo de la luz, los que estaban conmigo le llevaron de la mano hasta Damasco. Allí había un hombre llamado Ananías que fue a verme. Era un hombre devoto que guardaba la ley, y era muy respetado por los judíos que vivían en la ciudad. Se paró frente a mí y me dijo: 'Hermano Saulo, recobra tu vista'. Y en ese momento pude ver nuevamente, y lo miré.

"Entonces me dijo: 'El Dios de nuestros padres te ha designado para que conozcas su voluntad, para que veas a Aquél que es verdaderamente recto, y escuches lo que él quiere decirte. Testificarás en su nombre a todos acerca de lo que has visto y oído. ¿Qué esperas entonces? Levántate, bautízate y lava tus pecados invocando su nombre'.

"Entonces regresé a Jerusalén, y mientras oraba en el Templo, caí en trance. Tuve una visión del Señor diciéndome: '¡Apresúrate! Debes irte pronto de Jerusalén, porque no aceptarán lo que estás enseñando acerca de mí'.

"Entonces respondí: 'Señor, seguramente ellos saben que fui de sinagoga en sinagoga, golpeando y enviando a la cárcel a los que creían en ti. Cuando Esteban fue asesinado por testificar sobre ti, yo estuve allí en pleno acuerdo con los que lo mataron, sosteniendo sus abrigos'.

"Y el Señor me dijo: 'Sal ahora, porque yo te voy a enviar muy lejos, donde están los extranjeros'".

Hasta ese momento la gente había escuchado lo que Pablo decía, pero entonces comenzaron a gritar: "¡Eliminen a este hombre de la tierra! ¡No merece vivir!" Y gritaban y rasgaban sus ropas y lanzaban tierra al aire. Entonces el comandante ordenó que Pablo fuera enviado a la fortaleza, y que fuera interrogado usando latigazos para descubrir la razón por la cual la

gente gritaba tanto en contra de Pablo. Al extenderlo y atarlo para darle los azotes, Pablo le preguntó al centurión que estaba allí: "¿Es legal azotar a un ciudadano romano que no ha sido llevado a juicio?"

Cuando el centurión escuchó lo que Pablo dijo, fue hasta donde estaba el comandante y le preguntó: "¿Qué estás haciendo? Este hombre es ciudadano romano". Entonces el comandante fue y le preguntó a Pablo: "Dime, ¿eres ciudadano romano?"

Y Pablo respondió: "Sí, lo soy".

"Pagué mucho dinero para comprar la ciudadanía romana", dijo el comandante.

"Pero yo nací siendo ciudadano", respondió Pablo.

Entonces los que estaban a punto de interrogar a Pablo se fueron de inmediato. Y el comandante estaba preocupado porque le había puesto cadenas.

Al día siguiente, queriendo descubrir la razón por la cual los judíos acusaban a Pablo, dio orden de que lo liberaran y lo llevaran ante los jefes de los sacerdotes y ante todo el concilio, al cual convocó para una reunión. Entonces mandó a traer a Pablo y que lo pusieran frente a ellos.

Entonces Pablo, mirando al concilio, dijo: "Hermanos, hasta ahora siempre me he conducido delante de Dios con una conciencia limpia".

Y Ananías, el sumo sacerdote, ordenó a los oficiales que estaban junto a Pablo que lo golpearan en la boca.

Entonces Pablo le dijo: "¡Dios te golpeará, hipócrita! ¡Te sientas allí para juzgarme conforme a tu ley, pero das orden para que me golpeen siendo que es infracción de la ley!"

Entonces los oficiales que estaban junto a Pablo le dijeron: "¿Cómo te atreves a insultar al sumo sacerdote?"

"Hermanos, no sabía que era el sumo sacerdote", respondió Pablo. "Como dicen las escrituras, 'No maldigas al jefe de tu pueblo'".

Y cuando Pablo se dio cuenta de que algunos miembros del concilio eran Saduceos y otros eran fariseos, exclamó: "¡Hermano, yo soy Fariseo, hijo de un Fariseo! Estoy en este juicio por mi esperanza en la resurrección de los muertos".

Y cuando dijo esto, se despertó un tremendo debate entre los fariseos y los Saduceos que dividió al concilio. (Los Saduceos dicen que no hay resurrección de la muerte, ni ángeles, ni espíritus; pero los fariseos sí creen en estas cosas).

Y surgió gran conmoción y uno de los maestros de la ley fariseos se puso en pie y argumentó con firmeza: "¡Consideramos que este hombre no es culpable! Es posible que un espíritu le haya hablado, o un ángel".

Y el debate se estaba saliendo de las manos, así que el comandante, preocupado de que fueran a descuartizar a Pablo, ordenó a los soldados que fueran a rescatarlo a la fuerza del concilio, y que lo llevaran de regreso a la fortaleza. Después de esto, durante la noche, el Señor se puso en pie junto a Pablo y le dijo: "¡Ten valor! Así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, así mismo deberás hacerlo en Roma".

Al día siguiente los judíos organizaron juntos un complot, e hicieron voto de no comer o beber hasta que hubieran matado a Pablo. Cerca de cuarenta personas hacían parte de esta conspiración.

Y fueron donde los jefes de los sacerdotes y los líderes y dijeron: "Hemos tomado un voto solemne de no comer ni beber hasta que hayamos matado a Pablo. Así que ustedes y el concilio deben enviar la orden al comandante para que traiga a Pablo para reunirse con ustedes, como si quisieran estudiar su caso más detalladamente. Estamos listos para matarlo en el camino".

Pero el sobrino de Pablo (el hijo de su hermana) escuchó sobre esta emboscada que habían planeado, y entró a la fortaleza y le contó esto a Pablo. Entonces Pablo llamó a uno de los centuriones, y le dijo: "Lleva a este hombre donde el comandante, pues tiene información para darle".

Entonces el centurión tomó al sobrino de Pablo y lo llevó ante el comandante y le dijo: "El prisionero Pablo me llamó y me pidió que te trajera a este joven. Tiene algo que decirte". Entonces el comandante tomó al joven de la mano y lo llevó aparte. "¿Qué tienes que decirme?" le preguntó en voz baja.

"Los judíos han hecho un plan para pedirte que lleves a Pablo ante el concilio mañana como si quisieran hacer preguntas más detalladas sobre su caso", le explicó. "Por favor, no les hagas caso, porque han planeado una emboscada con más de cuarenta hombres que han hecho un voto para no comer ni beber hasta que lo hayan matado. Ya están listos, esperando que tú aceptes la petición".

Entonces el comandante envió al joven de camino, advirtiéndole: "No le digas a nadie que me has dicho esto". Y llamó a dos centuriones y les dijo: "Alisten a doscientos soldados para ir a Cesarea, junto con setenta hombres a caballo y doscientos hombres con lanzas. Estén listos para salir esta noche a las nueve. Preparen caballos para Pablo, de tal modo que llegue con seguridad hasta donde el Gobernador Félix".

Además escribió una carta que decía así:

"De Claudio Lisias a Su Excelencia, el Gobernador Félix. Saludos. Este hombre fue tomado por los judíos y estaban a punto de matarlo cuando llegué a la escena con soldados y lo rescatamos, porque he sabido que es ciudadano romano. Quise saber la razón de sus acusaciones, y por eso lo llevé ante el concilio. Descubrí que los cargos presentados contra él están relacionados con la ley de los judíos, pero él no era culpable de ninguna cosa que amerite muerte o prisión. Cuando supe que había un complot organizado contra este hombre lo envié a ti de inmediato, dando orden a los acusadores de que presenten sus quejas delante de ti".

Entonces los soldados siguieron sus órdenes y llevaron a Pablo durante la noche a Antípatris. A la mañana siguiente lo enviaron con la caballería, y regresaron a la fortaleza.

Cuando la caballería llegó a Cesarea, entregaron la carta al gobernador y presentaron a Pablo delante de él. Después de leer la carta, el gobernador le preguntó a Pablo de qué provincia venía. Y cuando supo que era de Cilicia, le dijo: "Investigaré tu caso cuando lleguen tus acusadores". Y ordenó que mantuvieran a Pablo detenido en el palacio de Herodes.

Cinco días más tarde, Ananías, el sumo sacerdote, llegó con algunos de los líderes judíos, y con un abogado llamado Tértulo. Y presentaron acusaciones formales contra Pablo ante el gobernador. Y cuando Pablo fue

llamado, Tértulo comenzó a presentar el caso contra él. Y dijo: “Su Excelencia Gobernador Félix, hemos disfrutado de un largo período en paz bajo su gobierno, y como resultado de su sabio juicio se han hecho reformas para el beneficio de la nación. Todos en el país estamos muy agradecidos por esto.

“Pero para no cansarlo, por favor sea amable en prestarnos atención por un momento. Nos dimos cuenta de que este hombre es una verdadera peste, levantando rebeliones entre los judíos, y es cabecilla de la secta nazarena. Trató de contaminar el Templo y por eso lo arrestamos. Al interrogarlo, usted mismo descubrirá la verdad de nuestras acusaciones”. Y los judíos se le unieron, diciendo que todo esto era verdad.

Entonces el gobernador hizo señas a Pablo para que respondiera. “Reconociendo que usted ha sido juez de esta nación durante muchos años, gustosamente presentaré mi defensa”, comenzó Pablo. “Usted puede verificar fácilmente que yo llegué a Jerusalén para adorar hace apenas doce años. Nadie me encontró nunca discutiendo en el Templo con nadie, o incitando a la gente a amotinarse en ninguna sinagoga o en ninguna otra parte de la ciudad. Tampoco pueden probarle a usted ninguna de sus demás acusaciones contra mí.

“Pero le admitiré esto: Sirvo al Dios de nuestros padres, siguiendo las creencias de El Camino, a lo que ellos llaman una secta hereje. Yo creo en todo lo que la ley enseña y lo que está escrito en los libros de los profetas. Tengo la misma esperanza en Dios que ellos tienen, creyendo que habrá una resurrección de los buenos y de los malvados. Por ello trato de asegurarme de tener siempre una conciencia tranquila ante Dios y ante todos.

“Después de haber estado lejos durante unos años, regresé para traer dinero para ayudar a los pobres y para dar ofrendas a Dios. Eso fue lo que me encontraron haciendo, culminando la ceremonia de purificación. Y no había ninguna multitud o disturbio. Pero ciertos judíos de la provincia de Asia estaban allí, y que deberían estar aquí presentes ante usted para presentar sus cargos contra mí, si es que tienen alguno. De lo contrario, permita que estos hombres expliquen de qué crimen me hallaron culpable cuando estuve ante el concilio, excepto el hecho de que exclamé: ‘Estoy bajo juicio hoy porque creo en la resurrección de los muertos’”.

Entonces Félix, quien estaba bien informado sobre el Camino, aplazó el juicio. “Cuando el comandante Lisias venga, entonces tomaré mi decisión respecto a tu caso”, dijo. Entonces ordenó al centurión que mantuviera a Pablo bajo custodia pero que le permitiera tener algunas medidas de libertad y que dejara que sus amigos cuidaran de él sin restricciones.

Algunos días después, regresó junto a su esposa Drusila, quien era judía. Y envió a buscar a Pablo y lo escuchó hablar sobre la fe en Jesucristo. Y Pablo debatió con ellos sobre vivir rectamente, sobre el dominio propio, y sobre el juicio venidero. Félix se intranquilizó y le dijo a Pablo: “Vete ahora, y enviaré a buscarte cuando tenga la oportunidad”. Esperando que Pablo lo sobornara con dinero, a menudo Félix mandaba a buscar a Pablo y hablaba con él. Pasaron dos años y Félix fue sucedido por Porcio Festo. Pero para mantener el favor de los judíos, Félix dejó a Pablo en la cárcel.

Ocurrió que tres días después de que Festo había llegado a la provincia, se marchó de Cesarea para ir a Jerusalén. Los jefes de los sacerdotes y los líderes judíos vinieron ante él y presentaron sus cargos contra Pablo. Le rogaron a Festo que como favor enviara a Pablo a Jerusalén, conspirando para hacerle una emboscada y matarlo en el camino. Pero Festo respondió que Pablo estaba bajo custodia en Cesarea y que él mismo estaría allá dentro de poco tiempo. “Sus líderes pueden venir conmigo, y presentar sus acusaciones contra este hombre, si es que ha hecho algo malo”, les dijo.

Después de estar allí con ellos durante cerca de ocho o diez días, Festo regresó a Cesarea. Al día siguiente, tomó su asiento como juez, y ordenó que Pablo fuera traído delante de él. Cuando Pablo entró, los judíos que habían ido desde Jerusalén lo rodearon y presentaron acusaciones serias contra él, pero que no podían probar.

Pablo se defendió, diciéndoles: “No he pecado en absoluto contra la ley judía, ni contra el Templo ni contra el César”. Pero Festo, quien buscaba el favor de los judíos, le preguntó a Pablo: “¿Estás dispuesto a ir a Jerusalén y ser juzgado ante mí allí sobre estos asuntos?”

“Yo estoy ante la corte del César para ser juzgado, justo donde debería estar”, respondió Pablo. “No le he hecho nada malo a los judíos, como bien lo saben. Y si he cometido algo que merezca la muerte, no pido ser perdonado de la sentencia de muerte. Pero si no hay pruebas para estas acusaciones que ellos hacen contra mí, entonces nadie tiene derecho a entregarme a ellos. ¡Yo apelo al César!” Entonces Festo deliberó con el concilio, y respondió: “¡Has apelado al César y al César irás!”

Varios días después, el Rey Agripa y su hermana Berenice llegaron a Cesarea para rendir honores a Festo. Y estaban quedándose por un tiempo, así que Festo le presentó al rey el caso de Pablo, explicando: “Hay un hombre que Félix dejó aquí como prisionero. Cuando fui a Jerusalén, los jefes de los sacerdotes judíos y líderes vinieron y presentaron cargos contra él y me pidieron dar sentencia. Yo respondí que conforme a la ley romana no está permitido condenar a alguien sin dejarle ver la cara de sus acusadores y debe dársele la oportunidad de defenderse de sus cargos. Así que cuando llegaron sus acusadores, no dejé pasar mucho tiempo sino que convoqué el juicio para el día siguiente. Y di orden para que trajeran a este hombre. Sin embargo, cuando los acusadores se levantaron, no presentaron cargos de acciones criminales, como yo esperaba. En lugar de ello surgieron controversias sobre asuntos religiosos, y sobre un hombre llamado Jesús, que estaba muerto, pero Pablo insistía en que estaba vivo todavía. Como yo estaba indeciso respecto a cómo proceder en la investigación de tales asuntos, le pregunté si estaba dispuesto a ir a Jerusalén para ser juzgado allí. No obstante, Pablo apeló por su caso para que fuera escuchado por el emperador, así que di orden de que fuera detenido hasta que pudiera enviarlo al César”.

“Me gustaría escuchar yo mismo a este hombre”, dijo Agripa a Festo.

“Haré los arreglos para que lo escuches mañana”, respondió Festo.

Al día siguiente, Agripa llegó con Berenice con gran esplendor ceremonial y entraron al auditorio con los comandantes y principales ciudadanos. Entonces Festo dio orden para que trajeran a Pablo.

"Rey Agripa, y todos los que están presentes aquí con nosotros", comenzó Festo, "ustedes ven que delante de ustedes está este hombre, de quien todo el pueblo judío, tanto aquí como en Jerusalén, se han quejado ante mí, gritando que no debería seguir con vida. Sin embargo, descubrí que él no ha cometido ningún crimen que merezca la muerte, y como él ha apelado al emperador, decidí enviarlo allí. Pero no tengo nada específico que escribir sobre él a Su Majestad Imperial. Por ello lo he traído aquí delante de ustedes para poder tener algo concreto que escribir. No me parece justo enviar a un prisionero sin explicar los cargos presentados en su contra".

Entonces Agripa le dijo a Pablo: "Eres libre para hablar a tu favor".

Haciendo un gesto con su brazo, Pablo comenzó su defensa. "Estoy complacido, Rey Agripa, de presentar mi defensa ante usted hoy, respecto a todas las cosas de las que soy acusado por los judíos, especialmente porque usted es un experto en todos los asuntos y costumbres judías. Le ruego su paciente atención al escuchar lo que tengo que decir".

"Todos los judíos conocen la historia de mi vida, desde mis primeros días en mi propio país y luego en Jerusalén. Me han conocido por mucho tiempo y pueden verificar, si eligen hacerlo, que he seguido la escuela religiosa que observa nuestra fe, de la manera más estricta. Pues vivía como Fariseo.

"Ahora estoy aquí para ser juzgado respecto a la esperanza prometida que Dios dio a nuestros padres, que nuestras doce tribus esperaban recibir si se consagraban al servicio de Dios. ¡Sí, es por esta esperanza que soy acusado por los judíos, Su Majestad! ¿Por qué pensaría alguno de ustedes que es increíble que Dios resucite a los muertos?

"Anteriormente estaba convencido con sinceridad de que debía ser todo lo posible para oponerme al nombre de Jesús de Nazaret. Eso es lo que hacía en Jerusalén. Puse a muchos de los creyentes en la cárcel, habiendo recibido la autoridad para hacer esto de parte de los jefes de los sacerdotes. Cuando fueron sentenciados a muerte hice mi voto en contra de ellos. Los mandé a castigar en todas las sinagogas, tratando de hacer que se retractaran. Y me opuse a ellos con tanta furia que fui a las ciudades que están fuera de mi país para perseguirlos.

"Esa es la razón por la que un día yo iba de camino a Damasco con autoridad y órdenes de los jefes de los sacerdotes. Y cerca de la hora del mediodía, Su Majestad, vi una luz que venía del cielo y era más brillante que el sol. Iluminó todo a mi alrededor y a los que iban viajando conmigo. Todos caímos al suelo. Entonces escuché una voz que me hablaba en idioma arameo: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ¡Es duro para ti pelear contra mí!'

"'¿Quién eres, Señor?' pregunté.

"'Yo soy Jesús, a quien tu persigues,' respondió el Señor. 'Pero levántate y ponte de pie. La razón por la que he aparecido ante ti es para designarte como mi siervo, para que seas mi testigo, contando a otros lo que has visto y todo lo que voy a revelarte. Te salvaré de tu propio pueblo y de los extranjeros. Yo te envío a ellos para abrir sus ojos y que así puedan volverse de las tinieblas a la luz, del poder de Satanás hacia Dios, y que así reciban perdón por sus pecados y un lugar con aquellos que son justificados por creer en mí'.

"Claramente, Rey Agripa, no podía desobedecer esta visión del cielo. Primero en Damasco, luego en Jerusalén y luego en toda Judea y también a los extranjeros les prediqué el mensaje de arrepentimiento: cómo deben volverse a Dios, demostrando su arrepentimiento por medio de sus acciones. Por eso los judíos me agarraron en el Templo y trataron de matarme.

"Dios ha cuidado de mi para que hoy pueda estar aquí como testigo para todos, tanto para las personas comunes como para las personas más prestigiosas. Yo solo estoy repitiendo lo que Moisés y los profetas dijeron que sucedería: cómo sufriría el Mesías, y que al resucitar de los muertos él anunciaría la luz de la salvación de Dios tanto para los judíos como para los extranjeros".

Entonces Festo interrumpió a Pablo mientras presentaba su defensa, exclamando: "¡Pablo, te has vuelto loco! ¡Todo tu conocimiento te está llevando a la locura!"

"No estoy loco, Su Excelencia Festo", respondió Pablo. "Lo que estoy diciendo es verdad y tiene sentido. El rey reconoce esto, y lo estoy explicando de manera muy clara. Estoy seguro de que él sabe lo que está sucediendo, porque ninguna de estas cosas ha sucedido en secreto.

"Rey Agripa, ¿cree usted en lo que dijeron los profetas? ¡Estoy seguro que sí!"

"¿Crees que puedes convencerme para convertirme en cristiano tan rápidamente?" le preguntó Agripa a Pablo.

"No importa si toma poco o mucho tiempo", respondió Pablo. "Pero mi oración a Dios es que no solo usted, sino todos los que me escuchan se vuelvan como yo, excepto por estas cadenas".

Entonces el rey se levantó, junto con el gobernador y Berenice, y todos los que estaban sentados con él. Y deliberaron juntos después de que Pablo había salido de allí. "Este hombre no ha hecho nada que merezca la muerte o la cárcel", concluyeron. Entonces Agripa le dijo a Festo: "Podría haber quedado libre si no hubiera apelado al César".

Cuando llegó nuestro momento de zarpar a Italia, Pablo y algunos otros prisioneros fueron entregados a un centurión llamado Julio, que pertenecía al Régimen Imperial. Nos embarcamos en un barco que estaba registrado en Adramitio y que se dirigía hacia los puertos costeros de la provincia de Asia, y comenzamos a navegar. Aristarco, un hombre de Tesalónica, Macedonia, iba con nosotros. Al día siguiente, hicimos una breve pausa en Sidón, y Julio, con mucha amabilidad, permitió que Pablo saliera del barco y visitara a sus amigos para que pudieran darnos provisiones necesarias.

Luego partimos de allí y navegamos protegidos por Chipre porque el viento venía de manera contraria. Entonces navegamos directamente por mar abierto hasta la costa de Cilicia y Panfilia, llegando al Puerto de Mira

en Licia. Allí el centurión encontró un barco que iba hacia Italia, e hizo los arreglos para que nos fuéramos en él.

Navegamos lentamente durante varios días y finalmente llegamos a Gnido. Pero como los vientos no nos permitían seguir, navegamos al amparo de Creta, cerca de Salmona. Pasamos por toda la costa con dificultad hasta que llegamos a un lugar llamado Buenos Puertos, cerca de la ciudad de Lasea. Habíamos perdido mucho tiempo, y el viaje se hacía peligroso porque ya había pasado la celebración del Ayuno. Pablo les advirtió: "Señores, puedo ver que este viaje traerá adversidades y pérdidas, no solo de la carga sino también de nuestras propias vidas". Pero el centurión prestó más atención al consejo del capitán del barco y de su dueño que a lo que dijo Pablo.

Y como el Puerto no era suficientemente grande para el invierno, la mayoría estuvieron a favor de que nos fuéramos e hiciéramos lo posible por llegar a pasar el invierno en Fenice, un puerto que está en Creta, y que da de frente con el noreste y el sureste.

Y cuando empezó a soplar un viento moderado, pensaron que podían hacer lo que habían planeado. Entonces elevaron el ancla y navegaron por la orilla a lo largo de la costa de Creta. Pero no pasó mucho tiempo cuando de la tierra comenzó a soplar un viento como de huracán, llamado "nordeste". Entonces el barco quedó atrapado en el mar y no podía hacerle frente al viento. Así que tuvimos que desistir y dejarnos llevar por el viento. Finalmente pudimos entrar al abrigo de un islote llamado Cauda, y con dificultad pudimos sujetar a bordo el bote salvavidas del barco. Después de subirlo a bordo, amarraron cuerdas alrededor del casco del barco para reforzarlo. Luego, preocupados de que pudiera romperse en los bancos de arena de Sirte, bajaron el ancla flotante y dejaron el barco a la deriva.

Al día siguiente, como la tempestad arremetía con mucha fuerza contra nosotros, la tripulación comenzó a lanzar por la borda la carga que llevaba el barco. El tercer día con sus propias manos tomaron el engranaje del barco y lo lanzaron al mar. Y no habíamos visto el sol ni las estrellas durante muchos días mientras nos golpeaba la tormenta, así que habíamos perdido toda esperanza de ser salvados.

Y ninguno había comido nada por mucho tiempo. Entonces Pablo se puso en pie delante de la tripulación y les dijo: "Señores, debieron haberme prestado atención y no partir de Creta. Así hubieran evitado todo este apuro y pérdida. Pero ahora les aconsejo que mantengan el valor, porque nadie se perderá, sino solo el barco. Anoche un ángel de mi Dios y al cual sirvo, se puso en pie junto a mí.

"'No tengas miedo, Pablo,' me dijo. 'Debes ir a juicio ante el César. Mira, por su gracia Dios te ha dado a todos los que navegan contigo'. ¡Así que tengan valor! Yo creo en Dios y estoy convencido de que las cosas pasarán tal como se las he dicho. Sin embargo, vamos a naufragar en alguna isla".

Cuando era cerca de la media noche, durante la decimocuarta noche de tormenta, y mientras aún éramos arrastrados por el Mar Adriático, la tripulación presintió que se acercaban a tierra. Entonces revisaron la profundidad y se dieron cuenta que era de cuarenta metros, y un poco más adelante volvieron a revisar y era de treinta metros.

Y estaban preocupados de que pudiéramos chocar contra las piedras, así que lanzamos anclas desde la popa, y oramos para que pudiera salir la luz del día.

La tripulación trató de abandonar el barco, y ya habían bajado el bote salvavidas al agua con el pretexto de que iban a lanzar anclas desde la proa. Pero Pablo le dijo al centurión y a los soldados: "Si la tripulación no permanece en el barco, perecerá". Así que los soldados cortaron las cuerdas que sostenían el bote salvavidas y lo dejaron suelto.

En la madrugada, Pablo exhortó a todos para que comieran algo: "Han pasado catorce días y no han comido nada porque han estado muy ocupados y angustiados", les dijo. "Por favor, hagan lo que les digo y coman algo. Eso les ayudará a tener fuerzas. Porque no se perderá ni un cabello de sus cabezas". Y cuando terminó de hablar, tomó un trozo de pan y dio gracias a Dios por él delante de todos. Luego lo partió y comenzó a comer. Y todos se sintieron animados y comieron también. El número total de personas a bordo era de doscientas setenta y seis.

Cuando quedaron saciados, la tripulación disminuyó el peso del barco lanzando las provisiones de trigo por la borda. Cuando llegó la mañana no reconocieron la costa, pero vieron una bahía que tenía playa. Entonces hicieron el plan para tratar de encallar el barco allí. Así que cortaron las cuerdas que sostenían las anclas, y las dejaron en el mar. Al mismo tiempo desataron las cuerdas que sostenían los timones, elevaron el trinquete al viento, y llegaron a la playa.

Pero el barco chocó contra un banco de arena y encalló allí. La proa chocó y quedó atascada con tanta fuerza que no podía moverse, mientras que la popa comenzó a romperse por culpa del embate de las olas.

Los soldados planeaban matar a los prisioneros para que ninguno pudiera nadar y escaparse. Pero como el centurión quería salvar la vida de Pablo, les advirtió que no lo hicieran, y dio orden para que los que pudieran nadar se lanzaran del barco primero y llegaran a tierra. El resto se agarró de tablas y restos del barco, para que así todos pudieran llegar a tierra a salvo.

Cuando estuvimos a salvo en la orilla, supimos que estábamos en la isla de Malta. La gente de allí era muy amable, y encendieron una fogata y nos llamaron para que pudiéramos estar abrigados de la lluvia y el frío. Pablo recogió un atado de leña y la lanzó al fuego. Pero de la leña salió una serpiente venenosa por causa el calor, y picó a Pablo, enroscándose en su mano. Cuando la gente que estaba allí vio la serpiente colgando de su mano, se dijeron unos a otros: "Este hombre debe ser un asesino. Aunque escapó de la muerte en el mar, la justicia no lo dejará vivo".

Sin embargo, Pablo sacudió la serpiente al fuego y no sufrió ningún daño. Y todos estaban esperando que sufriera hinchazón, o que cayera muerto repentinamente. Pero tras esperar largo rato, vieron que nada malo le ocurría, así que cambiaron de opinión y decidieron creer que quizás él era un Dios.

Y cerca de allí había tierras que pertenecían a Publio, el funcionario principal de la isla. Él nos recibió y

cuidó de nosotros durante tres días con mucha hospitalidad. Pero el padre de Publio estaba enfermo, acostado en una cama y sufría con fiebre y disentería. Entonces Pablo entró a verlo, y oró por él, puso sus manos sobre él y lo sanó. Después que sucedió esto, todos los demás enfermos de la isla venían y eran sanados. Entonces nos dieron muchos regalos, y cuando tuvimos que marcharnos nos dieron provisiones necesarias para el viaje.

Después de permanecer allí tres meses zarpamos en un barco de Alejandría que tenía por insignia a los Gemelos Celestiales que había pasado el invierno en la isla. Nos detuvimos en Siracusa, y pasamos allí tres días. De allí navegamos hacia Regio. Al día siguiente sopló un viento del sur, y el segundo día llegamos al Puerto de Poteoli, donde encontramos algunos creyentes. Y nos pidieron permanecer con ellos por una semana.

Así que fuimos a Roma. Y cuando ciertos creyentes de roma oyeron que habíamos llegado, fueron a encontrarse con nosotros en Foro de Apio y las Tres Tabernas. Y cuando Pablo los vio, agradeció a Dios y se sintió animado. Al llegar a Roma, a Pablo se le permitió permanecer bajo arresto domiciliario con un soldado que lo custodiaba.

Tres días después, Pablo invitó a los líderes judíos para que fueran a verlo. Y cuando estaban reunidos les dijo: “Hermanos, aunque no tengo nada en contra del pueblo o de las costumbres de nuestros antepasados, fui arrestado en Jerusalén y entregado a las autoridades romanas. Después de interrogarme querían dejarme en libertad porque yo no había hecho nada que ameritara mi ejecución. Pero los líderes judíos se opusieron a esto, y fui obligado a apelar al César, y no porque tuviera alguna acusación contra mi propio pueblo. Es por eso que pedí verlos y hablar con ustedes, porque es por la esperanza de Israel que estoy encadenado de esta manera”.

“Nosotros no hemos recibido ninguna carta de Judea respecto a ti, ni ninguna persona en nuestro pueblo ha traído informes contra ti, ni han dicho algo malo de ti”, le dijeron. “Pero queremos oír de ti lo que crees, especialmente respecto a esta secta, que sabemos que está condenada en todos lados”.

Entonces concertaron una cita para reunirse con él. Y ese día muchos fueron al lugar donde él estaba. Y Pablo les enseñaba desde la mañana hasta la noche, hablándoles sobre Jesús y sobre el reino de Dios. Trataba de convencerlos acerca de Jesús, usando los escritos de la ley de Moisés y los profetas. Algunos aceptaron lo que Pablo decía, pero otros se negaron a creer. Y no podían ponerse de acuerdo entre ellos, y se marcharon cuando Pablo les dijo esto: “El Espíritu Santo lo dijo bien a través del profeta Isaías, el profeta de sus antepasados, ‘Ve a este pueblo y dile: “Aunque ustedes oigan, nunca entenderán, y aunque vean, nunca comprenderán. Porque el corazón de este pueblo se ha vuelto insensible; se les han embotado los oídos, y se les han cerrado los ojos. De lo contrario, verían con los ojos, oirían con los oídos, entenderían con el corazón y se convertirían, y yo los sanaría”’.

“Por lo tanto, sepan que esta salvación que viene de Dios ha sido enviada a los extranjeros y ellos escucharán”.

Y durante dos años completos Pablo permaneció allí en la casa que alquiló, recibiendo a todos los que iban a verlo. Y les hablaba del reino de Dios, y enseñaba sobre el Señor Jesucristo audazmente. Y nadie se lo impedía.

Romanos

Carta de Pablo a los Romanos

Esta carta viene de Pablo, siervo de Jesucristo. Fui llamado por Dios para ser apóstol. Él me designó para anunciar la buena noticia que anteriormente había prometido a través de sus profetas en las Sagradas Escrituras. La buena noticia es sobre su Hijo, cuyo antepasado fue David, pero que fue revelado como Hijo de Dios por medio de su resurrección de los muertos por el poder del Espíritu Santo. Él es Jesucristo, nuestro Señor. Fue a través de él que recibí el privilegio de convertirme en apóstol para llamar a todas las naciones a creer en él y obedecerle. Ustedes también hacen parte de los que fueron llamados a pertenecer a Jesucristo.

Les escribo a todos ustedes que están en Roma, que son amados de Dios y están llamados para ser su pueblo especial. ¡Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo!

Permítanme comenzar diciendo que agradezco a mi Dios por medio de Jesucristo por todos ustedes, porque en todo el mundo se habla acerca de la forma en que ustedes creen en Dios. Siempre estoy orando por ustedes, tal como Dios mismo puede confirmarlo, el Dios al cual sirvo con todo mi corazón al compartir la buena noticia de su Hijo. En mis oraciones siempre le pido que pronto pueda ir a verlos, si es su voluntad. Realmente deseo visitarlos y compartir con ustedes una bendición espiritual para fortalecerlos. Así podemos animarnos unos a otros por medio de la fe que cada uno tiene en Dios, tanto la fe de ustedes como la mía. Quiero que sepan, mis hermanos y hermanas, que a menudo he hecho planes para visitarlos, pero me fue imposible hacerlo hasta hora. Quiero ver buenos frutos espirituales entre ustedes así como los he visto entre otros pueblos. Porque tengo la obligación de trabajar tanto para los civilizados como los incivilizados, tanto para los educados como los no educados. Es por eso que en verdad tengo un gran deseo de ir a Roma y compartir la buena noticia con ustedes.

Sin lugar a dudas, no me avergüenzo de la buena noticia, porque es poder de Dios para salvar a todos los que creen en él, primero a los judíos, y luego a todos los demás también. Porque en la buena noticia Dios se revela como bueno y justo, fiel desde el principio hasta el fin. Tal como lo dice la Escritura: “Los que son justos viven por la fe en él”.

La hostilidad de Dios se revela dese el cielo contra aquellos que son impíos e injustos, contra aquellos que sofocan la verdad con sus malas obras. Lo que puede llegar a saberse de Dios es obvio, porque él se los ha mostrado claramente. Desde la creación del mundo, los aspectos invisibles de Dios—su poder y divinidad eternos—son claramente visibles en lo que él hizo. Tales personas no tienen excusa, porque aunque conocieron a Dios, no lo alabaron ni le agradecieron, sino que su pensamiento respecto a Dios se convirtió en necedad, y la oscuridad llenó sus mentes vacías. Y aunque aseguraban ser sabios, se volvieron necios. Cambiaron la gloria del Dios inmortal por ídolos, imágenes de seres, aves, animales y reptiles. Así que Dios los dejó a merced de los malos deseos de sus mentes depravadas, y ellos se hicieron, unos a otros, cosas vergonzosas y degradantes. Cambiaron la verdad de Dios por una mentira, adorando y sirviendo criaturas en lugar del Creador, quien es digno de alabanza por siempre. Amén.

Por eso Dios los dejó a merced de sus malos deseos. Sus mujeres cambiaron el sexo natural por lo que no es natural, y del mismo modo los hombres renunciaron al sexo con mujeres y ardieron en lujuria unos con otros. Los hombres hicieron cosas indecentes unos con otros, y como resultado de ello sufrieron las consecuencias inevitables de sus perversiones. Como no consideraron la importancia de conocer a Dios, él los dejó a merced de su forma de pensar inútil e infiel, y dejó que hicieran lo que nunca debe hacerse. Se llenaron de toda clase de perversiones: maldad, avaricia, odio, envidia, asesinatos, peleas, engaño, malicia, y chisme. Son traidores y odian a Dios. Son arrogantes, orgullosos y jactanciosos. Idean nuevas formas de pecar. Se rebelan contra sus padres. No quieren entender, no cumplen sus promesas, no muestran ningún tipo de bondad o compasión. Aunque conocen claramente la voluntad de Dios, hacen cosas que merecen la muerte. Y no solo hacen estas cosas sino que apoyan a otros para que las hagan.

Así que si juzgas a otros, no tienes excusa, quienquiera que seas. Pues en todo lo que condenas a otros, te estás juzgando a ti mismo, porque tú haces las mismas cosas. Sabemos que el juicio de Dios sobre aquellos que hacen tales cosas está basado en la verdad. Pero cuando tú los juzgas, ¿realmente crees que de alguna manera podrás escapar del juicio de Dios? ¿O es que menosprecias su maravillosa bondad y tolerancia, sin darte cuenta de que Dios, en su bondad, está tratando de conducirte al arrepentimiento? Ahora por tu corazón endurecido y tu rechazo al arrepentimiento, estás empeorando tu situación para el día de la recompensa, cuando se demuestre la rectitud del juicio de Dios. Dios se encargará de que todos reciban lo que merecen, conforme a lo que han hecho. Así que los que han seguido haciendo lo correcto, recibirán gloria, honor, inmortalidad y vida eterna. Pero los que solo piensan en sí mismos, rechazando la verdad y eligiendo deliberadamente hacer el mal, recibirán castigo con furia y hostilidad. Todos los que hacen el mal tendrán pena y sufrimiento. Primero los del pueblo judío, y luego los extranjeros también. Pero todos los que hacen lo bueno tendrán gloria, honor y paz. Primero los del pueblo judío, y luego los extranjeros también. Pues Dios no tiene favoritos.

Aquellos que pecan aunque no tienen la ley escrita están perdidos, pero aquellos que pecan y sí tienen la ley escrita, serán condenados por esa misma ley. Porque el solo hecho de oír lo que dice la ley no nos hace justos ante los ojos de Dios. Los que hacen lo que dice la ley son los que reciben justificación. Los extranjeros no tienen la ley escrita, pero cuando hacen por instinto lo que la ley dice, están siguiendo la ley aunque no la tengan. De esta manera, ellos demuestran cómo obra la ley que está escrita en sus corazones. Pues cuando piensan en lo que están haciendo, su conciencia los

acusa por hacer el mal o los defiende por hacer el bien. La buena noticia que yo les comparto es que viene un día cuando Dios juzgará, por medio de Jesucristo, los pensamientos secretos de todos.

¿Qué hay de ti, que te llamas judío? Confías en la ley escrita y te jactas de tener una relación especial con Dios. Conoces su voluntad. Haces lo recto porque has aprendido de la ley. Estás completamente seguro de que puedes guiar a los ciegos y que eres luz para los que están en oscuridad. Crees que puedes corregir a los ignorantes y que eres un maestro de "niños", porque conoces por la ley toda la verdad que existe. Y si estás tan afanado en enseñar a otros, ¿por qué no te enseñas a ti mismo? Puedes decirle a la gente que no robe, pero ¿estás tú robando? Puedes decirle a la gente que no cometa adulterio, pero ¿estás tú adulterando? Puedes decirle a la gente que no adore ídolos, pero ¿profanas tú los templos?

Te jactas de tener la ley, pero ¿acaso no das una imagen distorsionada de Dios al quebrantarla? Como dice la Escritura, "Por tu causa es difamado el carácter de Dios entre los extranjeros". Estar circuncidado solo tiene valor si haces lo que dice la ley. Pero si quebrantas la ley, tu circuncisión es tan inútil como la de aquellos que no están circuncidados. Si un hombre que no está circuncidado guarda la ley, debe considerársele como si lo estuviera aunque no lo esté. Los extranjeros incircuncisos que guardan la ley te condenarán si tú la quebrantas, aunque tengas la ley y estés circuncidado. No es lo externo lo que te convierte en judío; no es la señal física de la circuncisión. Lo que te hace judío es lo que llevas por dentro, una "circuncisión del corazón" que no sigue la letra de la ley sino la del Espíritu. Alguien así busca alabanza de Dios y no de la gente.

¿Tienen entonces los judíos alguna ventaja? ¿Tiene algún beneficio la circuncisión? Sí. ¡Hay muchos beneficios! En primer lugar, el mensaje de Dios fue confiado a los judíos. ¿Qué pasaría si alguno de ellos no creyera en Dios? ¿Acaso su falta de fe en Dios anula la fidelidad de Dios? ¡Claro que no! Incluso si todos los demás mienten, Dios siempre dice la verdad. Como dice la Escritura: "Quedará demostrado que tienes la razón en lo que dices, y ganarás tu caso cuando seas juzgado"

Pero si el hecho de que estamos equivocados ayuda a demostrar que Dios está en lo correcto, ¿qué debemos concluir? ¿Que Dios se equivoca al pronunciar juicio sobre nosotros? (Aquí estoy hablando desde una perspectiva humana). ¡Por supuesto que no! ¿De qué otra manera podría Dios juzgar al mundo? Alguno podría decir: "¿Por qué sigo siendo condenado como pecador si mis mentiras hacen que la verdad de Dios y su gloria sean más obvias al contrastarlas?" ¿Acaso se trata de "Vamos a pecar para dar lugar al bien"? Algunos con calumnia nos acusan de decir eso. ¡Tales personas deberían ser condenadas!

Entonces, ¿son los judíos mejores que los demás? ¡Ciertamente no! Recordemos que ya hemos demostrado que tanto judíos como extranjeros estamos bajo el control del pecado. Como dice la Escritura: "Nadie hace lo recto, ni siquiera uno. Nadie entiende, nadie busca a Dios. Todos le han dado la espalda, todos hacen lo que es malo. Nadie hace lo que es bueno, ni siquiera uno. Sus gargantas son como una tumba abierta; sus lenguas esparcen engaño; sus labios rebosan veneno de serpientes. Sus bocas están llenas de amargura y maldiciones, y están prestos para causar dolor y muerte. Su camino los lleva al desastre y la miseria; no saben cómo vivir en paz. No les importa en absoluto respetar a Dios".

Está claro que todo lo que dice la ley se aplica a aquellos que viven bajo la ley, para que nadie pueda tener excusa alguna, y para asegurar que todos en el mundo sean responsables ante Dios. Porque nadie es justificado ante Dios por hacer lo que la ley exige. La ley solo nos ayuda a reconocer lo que es realmente el pecado.

Pero ahora se ha demostrado el carácter bondadoso y recto de Dios. Y no tiene nada que ver con el cumplimiento de la ley, aunque ya se habló de él por medio de la ley y los profetas. Este carácter recto de Dios viene a todo aquél que cree en Jesucristo, aquellos que ponen su confianza en él. No importa quienes seamos: Todos hemos pecado y hemos fallado en alcanzar el ideal glorioso de Dios. Sin embargo, por medio del regalo de su gracia, Dios nos hace justos, a través de Jesucristo, quien nos hace libres. Dios presentó abiertamente a Jesús como el don que trae paz a aquellos que creen en él, quien derramó su sangre. Hizo esto con el fin de demostrar que él es verdaderamente recto, porque anteriormente se contuvo y pasó por alto los pecados, pero ahora, en el presente, Dios demuestra que es justo y hace lo recto, y que hace justos a los que creen en Jesús.

¿Acaso tenemos algo de qué jactarnos? Por supuesto que no, ¡no hay lugar para ello! ¿Por qué? ¿Acaso es porque seguimos la ley de guardar los requisitos? No, nosotros seguimos la ley de la fe en Dios. Entonces concluimos que somos hechos justos por Dios por medio de nuestra fe en él, y no por la observancia de la ley. ¿Acaso Dios es solamente Dios de los judíos? ¿Acaso él no es el Dios de los demás pueblos también? ¡Por supuesto que sí! Solo hay un Dios, y él nos justifica por nuestra fe en él, quienesquiera que seamos, judíos o extranjeros. ¿Significa eso que por creer en Dios desechamos la ley? ¡Por supuesto que no! De hecho, afirmamos la importancia de la ley.

Miremos el ejemplo de Abraham. Desde la perspectiva humana, él es el padre de nuestra nación. Preguntemos: "¿Cuál fue su experiencia?" Porque si Abraham hubiera sido justificado por lo que hizo, habría tenido algo de lo cual jactarse, pero no ante los ojos de Dios. Sin embargo, ¿qué dice la Escritura? "Abraham creyó en Dios, y por ello fue considerado justo". Todo el que trabaja recibe su pago, no como un regalo, sino porque se ha ganado su salario. Pero Dios, quien hace justos a los pecadores, los considera justos no porque hayan trabajado por ello, sino porque confían en él. Es por ello que David habla de la felicidad de aquellos a quienes Dios acepta como justos, y no porque ellos trabajen por ello: "Cuán felices son los que reciben perdón por sus errores y cuyos pecados son cubiertos. Cuán felices son aquellos a quienes el Señor no considera pecadores".

Ahora, ¿es acaso esta bendición solo para los judíos, o es para los demás también? Acabamos de afirmar que Abraham fue aceptado como justo porque confió en Dios. Pero ¿cuándo sucedió esto? ¿Acaso fue cuando

Abraham era judío o antes? De hecho, fue antes de que Abraham fuera judío por ser circuncidado, lo cual era una confirmación de su confianza en Dios para hacerlo justo. Esto ocurrió antes de ser circuncidado, de modo que él es el padre de todos los que confían en Dios y son considerados justos por él, aunque no sean judíos circuncidados. También es el padre de los judíos circuncidados, no solo porque estén circuncidados, sino porque siguen el ejemplo de la confianza en Dios que nuestro padre Abraham tuvo antes de ser circuncidado.

La promesa que Dios le hizo a Abraham y a sus descendientes de que el mundo les pertenecería no estaba basada en su cumplimiento de la ley, sino en que él fue justificado por su confianza en Dios. Porque si la herencia prometida estuviera basada en el cumplimiento de la ley, entonces confiar en Dios no sería necesario, y la promesa sería inútil. Porque la ley resulta en castigo, pero si no hay ley, entonces no puede ser quebrantada.

De modo que la promesa está basada en la confianza en Dios. Es dada como un don, garantizada a todos los hijos de Abraham, y no solo a los que siguen la ley, sino también a todos los que creen como Abraham, el padre de todos nosotros. Como dice la Escritura: "Yo te he hecho el padre de muchas naciones". Porque en presencia de Dios, Abraham creyó en el Dios que hace resucitar a los muertos y trajo a la existencia lo que no existía antes. Contra toda esperanza, Abraham tuvo esperanza y confió en Dios, y de este modo pudo llegar a ser el padre de muchos pueblos, tal como Dios se lo prometió: "¡Tendrás muchos descendientes!" Su confianza en Dios no se debilitó aun cuando creía que su cuerpo ya estaba prácticamente muerto (tenía casi cien años de edad), y sabía que Sara estaba muy vieja para tener hijos. Sino que se aferró a la promesa de Dios y no dudó. Por el contrario, su confianza en Dios se fortalecía y daba gloria a Dios. Él estaba completamente convencido que Dios tenía el poder para cumplir la promesa. Por eso Dios consideró justo a Abraham.

Las palabras "Abraham fue considerado justo" no fueron escritas solo para su beneficio. También fueron escritas para beneficio de nosotros, para los que seremos considerados justos porque confiamos en Dios, quien levantó a nuestro Señor Jesús de los muertos. Jesús fue entregado a la muerte por causa de nuestros pecados, y fue levantado a la vida para justificarnos.

Ahora que hemos sido justificados por Dios, por nuestra confianza en él, tenemos paz con él a través de nuestro Señor Jesucristo. Porque es por medio de Jesús, y por nuestra fe en él, que hemos recibido acceso a esta posición de gracia en la que estamos, esperando con alegría y confianza que podamos participar de la gloria de Dios. No solo esto, sino que mantenemos la confianza cuando vienen los problemas, porque sabemos que experimentar dificultades desarrolla nuestra fortaleza espiritual. La fortaleza espiritual, a su vez, desarrolla un carácter maduro, y este carácter maduro trae como resultado una esperanza que cree. Ya que tenemos esta esperanza, nunca seremos defraudados, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones a través del Espíritu Santo que él nos ha dado. Cuando estábamos completamente indefensos, en ese momento justo, Cristo murió por nosotros los impíos. ¿Quién moriría por otra persona, incluso si se tratara de alguien que hace lo recto? (Aunque quizás alguno sería suficientemente valiente para morir por alguien que es realmente bueno). Pero Dios demuestra su amor en que Cristo murió por nosotros aunque todavía éramos pecadores.

Ahora que somos justificados por su muerte, podemos estar totalmente seguros de que él nos salvará del juicio que viene. Aunque éramos sus enemigos, Dios nos convirtió en sus amigos por medio de la muerte de su Hijo, y así podemos estar totalmente seguros de que él nos salvará por la vida de su Hijo. Además de esto celebramos ahora lo que Dios ha hecho por medio de nuestro Señor Jesucristo para reconciliarnos y convertirnos en sus amigos. Porque a través de un hombre el pecado entró al mundo, y el pecado condujo a la muerte. Y de esta manera la muerte llegó a todos, porque todos eran pecadores. Incluso antes de que se diera la ley, el pecado ya estaba en el mundo, pero no era considerado pecado porque no había ley. Pero la muerte gobernaba desde Adán hasta Moisés, incluso sobre aquellos que no pecaron de la misma manera que lo hizo Adán.

Pues Adán prefiguraba a Aquél que vendría. Pero el don de Jesús no es como el pecado de Adán. Aunque mucha gente murió por culpa del pecado de un hombre, la gracia de Dios es mucho más grande y ha sido dada a muchos a través de su don gratuito en la persona de Jesucristo. El resultado de este don no es como el resultado del pecado. El resultado del pecado de Adán fue juicio y condenación, pero este don nos justifica con Dios, a pesar de nuestros muchos pecados. Como resultado del pecado de un hombre, la muerte gobernó por su culpa. Pero la gracia de Dios es mucho más grande y su don nos justifica, porque todo el que lo recibe gobernará en vida a través de la persona de Jesucristo. Del mismo modo que un pecado trajo condenación a todos, un acto de justicia nos dio a todos la oportunidad de vivir en justicia. Así como por la desobediencia de un hombre muchos se convirtieron en pecadores, de la misma manera, a través de la obediencia de un hombre, muchos son justificados delante de Dios. Pues cuando se introdujo la ley, el pecado se hizo más evidente. ¡Pero aunque el pecado se volvió más evidente, la gracia se volvió más evidente aun! Así como el pecado gobernó sobre nosotros y nos llevó a la muerte, ahora la gracia es la que gobierna al justificarnos delante de Dios, trayéndonos vida eterna por medio de Jesucristo, nuestro Señor.

¿Cuál es nuestra respuesta, entonces? ¿Debemos seguir pecando para tener aún más gracia? ¡Por supuesto que no! Pues si estamos muertos al pecado, ¿cómo podríamos seguir viviendo en pecado? ¿No saben que todos los que fuimos bautizados en Jesucristo, fuimos bautizados en su muerte? A través del bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo fue levantado de los muertos por medio de la gloria del Padre, nosotros también podamos vivir una vida nueva. Si hemos sido hechos uno con él, al morir como él murió, entonces seremos levantados como él también.

Sabemos que nuestro antiguo ser fue crucificado con él para deshacernos del cuerpo muerto del pecado, a fin de que ya no pudiéramos ser más esclavos del

pecado. Todo el que ha muerto, ha sido liberado del pecado. Y como morimos con Cristo, tenemos la confianza de que también viviremos con él, porque sabemos que si Cristo ha sido levantado de los muertos, no morirá más, porque la muerte ya no tiene ningún poder sobre él. Al morir, él murió al pecado una vez y por todos, pero ahora vive, y vive para Dios. De esta misma manera, ustedes deben considerarse muertos al pecado, pero vivos para Dios, por medio de Jesucristo. No permitan que el pecado controle sus cuerpos mortales, no se rindan ante sus tentaciones, y no usen ninguna parte de su cuerpo como herramientas de pecado para el mal. Por el contrario, conságrense a Dios como quienes han sido traídos de vuelta a la vida, y usen todas las partes de su cuerpo como herramientas para hacer el bien para Dios. El pecado no gobernará sobre ustedes, porque ustedes no están bajo la ley sino bajo la gracia.

¿Acaso vamos a pecar porque no estamos bajo la ley sino bajo la gracia? ¡Por supuesto que no! ¿No se dan cuenta de que si ustedes se someten a alguien, y obedecen sus órdenes, entonces son esclavos de aquél a quien obedecen? Si ustedes son esclavos del pecado, el resultado es muerte; si obedecen a Dios, el resultado es que serán justificados delante de él. Gracias a Dios porque aunque una vez ustedes eran esclavos del pecado, escogieron de todo corazón seguir la verdad que aprendieron acerca de Dios. Ahora que han sido liberados del pecado, se han convertido en esclavos de hacer lo recto.

Hago uso de este ejemplo cotidiano porque su forma humana de pensar es limitada. Así como una vez ustedes mismos se hicieron esclavos de la inmoralidad, ahora deben volverse esclavos de lo que es puro y recto. Cuando eran esclavos del pecado, no se les exigía que hicieran lo recto. Pero ¿cuáles eran los resultados en ese entonces? ¿No se avergüenzan de las cosas que hicieron? ¡Eran cosas que conducen a la muerte! Pero ahora que han sido liberados del pecado y se han convertido en esclavos de Dios, los resultados serán una vida pura, y al final, vida eterna. La paga del pecado es muerte, pero el regalo de Dios es vida eterna por medio de Jesucristo, nuestro Señor.

Hermanos y hermanas, (hablo para personas que conocen la ley), ¿no ven que la ley tiene autoridad sobre alguien solo mientras esta persona esté viva? Por ejemplo, una mujer casada está sujeta por ley a su esposo mientras él esté vivo, pero si muere, ella queda libre de esta obligación legal con él. De modo que si ella vive con otro hombre mientras su esposo está vivo, ella estaría cometiendo adulterio. Sin embargo, si su esposo muere y ella se casa con otro hombre, entonces ella no sería culpable de adulterio.

Del mismo modo, mis amigos, ustedes han muerto para la ley mediante el cuerpo de Cristo, y ahora ustedes le pertenecen a otro, a Cristo, quien ha resucitado de los muertos para que nosotros pudiéramos vivir una vida productiva para Dios. Cuando éramos controlados por la vieja naturaleza, nuestros deseos pecaminosos (tal como los revela la ley) obraban dentro de nosotros y traían como resultado la muerte. Pero ahora hemos sido libertados de la ley, y hemos muerto a lo que nos encadenaba, a fin de que podamos servir de un nuevo modo, en el Espíritu, y no a la manera de la antigua letra de la ley.

¿Qué concluimos entonces? ¿Que la ley es pecado? ¡Por supuesto que no! Pues yo no habría conocido lo que era el pecado si no fuera porque la ley lo define. Yo no me habría dado cuenta de que el deseo de tener las cosas de otras personas estaba mal si no fuera porque la ley dice: “No desees para ti lo que le pertenece a otro”. Pero a través de este mandamiento el pecado encontró la manera de despertar en mí todo tipo de deseos egoístas. Porque sin la ley, el pecado está muerto. Yo solía vivir sin darme cuenta de lo que la ley realmente significaba, pero cuando comprendí las implicaciones de ese mandamiento, entonces el pecado volvió a la vida y morí. Descubrí que el mismo mandamiento que tenía como propósito traerme vida, me trajo muerte en lugar de ello, porque el pecado encontró su camino a través del mandamiento para engañarme, y lo usó para matarme.

Sin embargo, la ley es santa, y el mandamiento es santo, justo y recto. Ahora, ¿acaso podría matarme algo que es bueno? ¡Por supuesto que no! Pero el pecado se muestra como pecado usando lo bueno para causar mi muerte. Así que por medio del mandamiento se revela cuán malo es el pecado realmente. Comprendemos que la ley es espiritual, pero yo soy totalmente humano, un esclavo del pecado. Realmente no entiendo lo que hago. ¡Hago las cosas que no quiero hacer, y lo que odio hacer es precisamente lo que hago! Pero si digo que hago lo que no quiero hacer, esto demuestra que yo admito que la ley es buena. De modo que ya no soy yo quien hace esto, sino el pecado que vive en mí porque yo sé que no hay nada bueno en mí en lo que tiene que ver con mi naturaleza humana pecaminosa. Aunque quiero hacer el bien, simplemente no puedo hacerlo. ¡El bien que quiero hacer no lo hago; mientras que el mal que no quiero hacer es lo que termino haciendo! Sin embargo, si hago lo que no quiero, entonces ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que vive en mí.

Este es el principio que he descubierto: si quiero hacer lo bueno, el mal también está siempre ahí. Mi ser interior se deleita en la ley de Dios, pero veo que hay una ley distinta que obra dentro de mí y que está en guerra con la ley que mi mente ha decidido seguir, convirtiéndome en un prisionero de la ley de pecado que está dentro de mí. ¡Cuán miserable soy! ¿Quién me rescatará de este cuerpo que causa mi muerte? ¡Gracias a Dios, porque él me salva a través de Jesucristo, nuestro Señor! La situación es esta: Aunque yo mismo elijo en mi mente obedecer la ley de Dios, mi naturaleza humana obedece la ley del pecado.

Así que ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús. La ley del Espíritu de vida en Jesucristo me ha libertado de la ley del pecado y muerte. Lo que la ley no pudo hacer porque no tenía el poder para hacerlo debido a nuestra naturaleza pecaminosa, Dios pudo hacerlo. Al enviar a su propio Hijo en forma humana, Dios se hizo cargo del problema del pecado y destruyó el poder del pecado en nuestra naturaleza humana pecaminosa. De este modo, pudimos cumplir los buenos requisitos de la ley, siguiendo al Espíritu y no a nuestra naturaleza pecaminosa. Aquellos que siguen su naturaleza pecaminosa están preocupados por cosas pecaminosas, pero los que siguen al Espíritu, se concentran en cosas espirituales. La mente humana

y pecaminosa lleva a la muerte, pero cuando la mente es guiada por el Espíritu, trae vida y paz. La mente humana y pecaminosa es reacia a Dios porque se niega a obedecer la ley de Dios. Y de hecho, no puede hacerlo; y aquellos que siguen su naturaleza pecaminosa no pueden agradar a Dios. Pero ustedes no siguen su naturaleza pecaminosa sino al Espíritu, si es que el Espíritu de Dios vive en ustedes. Porque aquellos que no tienen el Espíritu de Cristo dentro de ellos, no le pertenecen a él.

Sin embargo, si Cristo está en ustedes, aunque su cuerpo vaya a morir por causa del pecado, el Espíritu les da vida porque ahora ustedes están justificados delante de Dios. El Espíritu de Dios que levantó a Jesús de los muertos, vive en ustedes. Él, que levantó a Jesús de los muertos, dará vida a sus cuerpos muertos a través de su Espíritu que vive en ustedes. Así que, hermanos y hermanas, no tenemos que seguir nuestra naturaleza pecaminosa que obra conforme a nuestros deseos humanos. Porque si ustedes viven bajo el control de su naturaleza pecaminosa, van a morir. Pero si siguen el camino del Espíritu, dando muerte a las cosas malas que hacen, entonces vivirán. Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. No se les ha dado un espíritu de esclavitud ni de temor una vez más. No, lo que recibieron fue el espíritu que los convierte en hijos, para que estén dentro de la familia de Dios. Ahora podemos decir a viva voz: "¡Dios es nuestro Padre!" El Espíritu mismo está de acuerdo con nosotros en que somos hijos de Dios. Y si somos sus hijos, entonces somos sus herederos. Somos herederos de Dios, y herederos junto con Cristo. Pero si queremos participar de su gloria, debemos participar de sus sufrimientos.

Sin embargo, estoy convencido de que lo que sufrimos en el presente no es nada si lo comparamos con la gloria futura que se nos revelará. Toda la creación espera con paciencia, anhelando que Dios se revele a sus hijos. Porque Dios permitió que fuera frustrado el propósito de la creación. Pero la creación misma mantiene la esperanza puesta en ese momento en que será liberada de la esclavitud de la degradación y participará de la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos que toda la creación clama con anhelo, sufriendo dolores de parto hasta hoy. Y no solo la creación, sino que nosotros también, quienes tenemos un anticipo del Espíritu, y clamamos por dentro mientras esperamos que Dios nos "adopte", que realice la redención de nuestros cuerpos. Sin embargo, la esperanza que ya ha sido vista no es esperanza en absoluto. ¿Acaso quién espera lo que ya puede ver? Como nosotros esperamos lo que no hemos visto todavía, esperamos pacientemente por ello.

De la misma manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. Nosotros no sabemos cómo hablar con Dios, pero el Espíritu mismo intercede con nosotros y por nosotros mediante gemidos que las palabras no pueden expresar. Aquél que examina las mentes de todos conoce las motivaciones del Espíritu, porque el Espíritu aboga la causa de Dios en favor de los creyentes. Sabemos que en todas las cosas Dios obra para el bien de los que le aman, aquellos a quienes él ha llamado para formar parte de su plan. Porque Dios, escogiéndolos de antemano, los separó para ser como su Hijo, a fin de que el Hijo pudiera ser el primero de muchos hermanos y hermanas. A los que escogió también llamó, y a aquellos a quienes llamó también justificó, y a quienes justificó también glorificó.

¿Cuál es, entonces, nuestra respuesta a todo esto? Si Dios está a nuestro favor, ¿quién puede estar en contra de nosotros? Dios, quien no retuvo a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos dará gratuitamente todas las cosas? ¿Quién puede acusar de alguna cosa al pueblo de Dios? Es Dios quien nos justifica, así que ¿quién puede condenarnos? Fue Cristo quien murió—y más importante aún, quien se levantó de los muertos—el que se sienta a la diestra de Dios, presentando nuestro caso.

¿Quién puede separarnos del amor de Cristo? ¿Acaso la opresión, la angustia, o la persecución? ¿O acaso el hambre, la pobreza, el peligro, o la violencia? Tal como dice la Escritura: "Por tu causa estamos todo el tiempo en peligro de morir. Somos tratados como ovejas que serán llevadas al sacrificio". No. En todas las cosas que nos suceden somos más que vencedores por medio de Aquél que nos amó. Por eso estoy plenamente convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los demonios, ni el presente, ni el futuro, ni las potencias, ni lo alto, ni lo profundo, y, de hecho, ninguna cosa en toda la creación puede separarnos del amor de Dios en Jesucristo, nuestro Señor.

Yo estoy en Cristo, y lo que digo es verdad. ¡No les miento! Mi conciencia y el Espíritu Santo confirman cuán triste estoy, y el dolor infinito que tengo en mi corazón por mi propio pueblo, por mis hermanos y hermanas. Preferiría yo mismo ser maldecido, estar separado de Cristo, si eso pudiera ayudarlos. Ellos son mis hermanos de raza, los israelitas, el pueblo escogido de Dios. Dios les reveló su gloria e hizo tratados con ellos, dándoles la ley, el verdadero culto, y sus promesas. Ellos son nuestros antepasados, ancestros de Cristo, humanamente hablando, de Aquél que gobierna sobre todo, el Dios bendito por la eternidad. Amén.

No es que la promesa de Dios haya fallado. Porque no todo israelita es un verdadero israelita, y no todos los que son descendientes de Abraham son sus verdaderos hijos. Pues la Escritura dice: "Tus descendientes serán contados por medio de Isaac", de modo que no son los hijos reales de Abraham los que se cuentan como hijos de Dios, sino que son considerados como sus verdaderos descendientes solo los hijos de la promesa.

Y esta fue la promesa: "Regresaré el próximo año y Sara tendrá un hijo". Además, los hijos gemelos de Rebeca tenían el mismo padre, nuestro antepasado Isaac. Pero incluso antes de que los niños nacieran, y antes de que hubieran hecho algo bueno o malo, (a fin de que pudiera continuar el propósito de Dios, demostrando que el llamado de Dios a las personas no está basado en la conducta humana), a ella se le dijo: "El hermano mayor servirá al hermano menor". Como dice la Escritura: "Yo escogí a Jacob, pero rechacé a Esaú".

Entonces, ¿qué debemos concluir? ¿Diremos que Dios es injusto? ¡Por supuesto que no! Como dijo a Moisés: "Tendré misericordia de quien deba tener misericordia, y tendré compasión de quien deba tener compasión". De modo que no depende de lo que nosotros queremos o de nuestros propios esfuerzos, sino del carácter misericordioso de Dios. La Escritura regis-

tra que Dios le dijo al Faraón: "Te puse aquí por una razón: para que por ti yo pudiera demostrar mi poder, y para que mi nombre sea conocido por toda la tierra". De modo que Dios es misericordioso con quienes él desea serlo, y endurece el corazón de quienes él desea. Ahora bien, ustedes discutirán conmigo y preguntarán: "Entonces, ¿por qué sigue culpándonos? ¿Quién puede oponerse a la voluntad de Dios?" Y esa no es manera de hablar, porque ¿quién eres tú, —un simple mortal —, para contradecir a Dios? ¿Puede alguna cosa creada decirle a su creador: "por qué me hiciste así?" ¿Acaso el alfarero no tiene el derecho de usar la misma arcilla ya sea para hacer una vasija decorativa o una vasija común?

Es como si Dios, queriendo demostrar su oposición al pecado y para revelar su poder, soportara con paciencia estas "vasijas destinadas a la destrucción", a fin de revelar la grandeza de su gloria mediante estas "vasijas de misericordia", las cuales él ha preparado de antemano para la gloria. Esto es lo que somos, personas que él ha llamado, no solo de entre los judíos, sino de entre los extranjeros también...

Como dijo Dios en el libro de Oseas: "Llamaré mi pueblo a los que no son mi pueblo, y a los que no son amados llamaré mis amados", y "sucederá que en el lugar donde les dijeron 'tú no eres mi pueblo' serán llamados hijos del Dios viviente".

Isaías clama, respecto a Israel: "Aun cuando los hijos de Israel han llegado a ser tantos como la arena del mar, solo unos cuantos se salvarán. Porque el Señor terminará rápida y completamente su obra de juicio sobre la tierra". Como había dicho antes Isaías: "Si el Señor Todopoderoso no nos hubiera dejado algunos descendientes, nos habríamos convertido en algo semejante a Sodoma y Gomorra".

¿Qué concluiremos, entonces? Que aunque los extranjeros ni siquiera procuraban hacer lo recto, comprendieron lo recto, y por medio de su fe en Dios hicieron lo recto. Pero el pueblo de Israel, que seguía la ley, para que ella los justificara con Dios, nunca lo logró. ¿Por qué no? Porque dependían de lo que hacían y no de su confianza en Dios. Tropezaron con la piedra de tropiezo, tal como lo predijo la Escritura: "Miren, en Sión pongo una piedra de tropiezo, una roca que ofenderá a la gente. Pero los que confían en él, no serán frustrados".

Mis hermanos y hermanas, el deseo de mi corazón —mi oración a Dios—es la salvación del pueblo de Israel. Puedo dar testimonio de su ferviente dedicación a Dios, pero esta dedicación no está basada en conocerlo como él realmente es. Ellos no comprenden cómo Dios nos hace justos, y tratan de justificarse a sí mismos. Se niegan a aceptar la manera en que Dios justifica a las personas. Porque Cristo es el cumplimiento de la ley. Todos los que confían en él son justificados. Moisés escribió: "Todo el que hace lo recto mediante la obediencia de la ley, vivirá". Pero la disposición de hacer lo recto que proviene de la fe, dice esto: "No preguntes '¿quién subirá al cielo?' (Pidiendo que Cristo descienda a nosotros), o '¿quién irá al lugar de los muertos?' (Pidiendo que Cristo regrese de entre los muertos)". Lo que la Escritura realmente dice es: "Este mensaje está muy cerca de ti, es lo que hablas y lo que está en tu mente". De hecho, lo que estamos mostrando es este mensaje, basado en la fe. Porque si declaras que aceptas a Jesús como Señor, y estás convencido en tu mente de que Dios lo levantó de los muertos, entonces serás salvo. Tu fe en Dios te hace justo, y tu declaración de aceptación a Dios te salva. Como dice la Escritura: "Los que creen en él no serán frustrados".

No hay diferencia entre judío y griego, porque el mismo Señor es Señor de todos, y da generosamente a todos los que le piden. Porque "todo el que invoque el nombre del Señor será salvo". Pero ¿cómo podrá la gente invocar a alguien en quien no creen? ¿Cómo podrían creer en alguien de quien no han escuchado hablar? ¿Y cómo podrían escuchar si no se les habla? ¿Cómo podrán ir a hablarles si no se les envía? Tal como dice la Escritura: "Bienvenidos son los que traen la buena noticia!" Pero no todos han aceptado la buena noticia. Como pregunta Isaías: "Señor, ¿quién creyó en la noticia de la que nos oyeron hablar?" Creer en Dios viene de oír, de oír el mensaje de Cristo.

Y no es que no hayan oído. Muy por el contrario: "Las voces de los que hablan de Dios se han oído por toda la tierra. Su mensaje se extendió por todo el mundo". Así que mi pregunta es: "¿No sabía Israel?" Primero que nada, Moisés dice: "Les haré sentir celos usando un pueblo que ni siquiera es una nación; los haré enojarse usando extranjeros ignorantes". Luego Isaías lo dijo con mayor vehemencia: "Fui encontrado por personas que ni siquiera me estaban buscando; me presenté a personas que ni siquiera estaban preguntando por mí". Como dice Dios a Israel: "Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente y terco".

Pero entonces pregunto: "¿Acaso Dios ha rechazado a su pueblo?" ¡Por supuesto que no! Yo mismo soy israelita, de la tribu de Benjamín. Dios no ha rechazado a su pueblo escogido. ¿Acaso no recuerdan lo que dice la Escritura acerca de Elías? Cómo se quejó de Israel ante Dios, diciendo: "Señor, han matado a tus profetas y han destruido tus altares. ¡Soy el único que queda y también están tratando de matarme!"

¿Cómo le respondió Dios? "Aun me quedan siete mil personas que no han adorado a Baal". Hoy sucede exactamente lo mismo: aún quedan algunas personas fieles, escogidas por la gracia de Dios. Y como es por medio de la gracia, entonces claramente no se basa en lo que la gente hace, ¡de otro modo no sería gracia!

¿Qué concluiremos, entonces? Que el pueblo de Israel no logró aquello por lo que estaba luchando. Solo los escogidos, mientras que el resto endureció su corazón. Como dice la Escritura: "Dios opacó sus mentes para que sus ojos no pudieran ver y sus oídos no pudieran oír, hasta el día de hoy". David agrega: "Que sus fiestas se conviertan en una trampa para ellos, una red que los atrape, una tentación que traiga castigo. Que sus ojos se vuelvan ciegos para que no puedan ver, y que sus espaldas siempre estén dobladas de abatimiento".

Ahora, ¿estoy diciendo que ellos tropezaron y fracasaron por completo? ¡Por supuesto que no! Pero como resultado de sus errores, la salvación llegó a otras naciones, para "hacerlos sentir celos". Ahora pues, si su fracaso beneficia al mundo, y su pérdida es de beneficio para los extranjeros, ¡cuánto más benéfico sería si ellos lograran lo que debían llegar a ser!

Ahora déjenme hablarles a ustedes, extranjeros. En tanto que soy un misionero para los extranjeros, promuevo lo que hago para que de alguna manera pueda despertar celo en mi pueblo y salvar a algunos de ellos. Si el resultado del rechazo de Dios hacia ellos es la reconciliación del mundo con Dios, ¡entonces el resultado de la aceptación de Dios hacia ellos sería como si los muertos volvieran a vivir! Si la primera parte de la masa del pan es santa, también lo es todo el resto; si las raíces de un árbol son santas, entonces también lo son las ramas. Ahora, si algunas de las ramas han sido arrancadas, y tú—un brote silvestre de olivo —has sido injertado, y has compartido con las demás ramas el beneficio de las raíces del árbol de olivo, entonces no debes menospreciar a las demás ramas. Si te sientes tentado a jactarte, recuerda que no eres tu quien sustenta a las raíces, sino que las raíces te sustentan a ti. Podrías presumir, diciendo: "Las ramas fueron cortadas, por ello pueden injertarme a mí". Todo eso estaría bien, pero estas ramas fueron cortadas por su falta de fe en Dios, y tú sigues allí por tu fe en él. De modo que no te tengas en un alto concepto, sino sé respetuoso, porque si Dios no perdonó a las ramas que originalmente estaban allí, a ti tampoco te perdonará. De modo que debes reconocer la bondad y también la dureza de Dios, pues fue duro con los caídos, pero es bondadoso contigo siempre que confíes en su bondad, de lo contrario también serías cortado. Si estas ramas no se niegan más a confiar en Dios, podrán ser injertadas también, porque Dios puede injertarlas nuevamente. Si tú pudiste ser cortado de un árbol de olivo, y luego injertado de manera artificial en un árbol de olivo cultivado, cuánto más fácilmente podrán ser injertadas nuevamente, de manera natural, las ramas de su propio árbol.

Hermanos y hermanas, no quiero que pasen por alto esta verdad que estaba oculta anteriormente, pues de lo contrario podrían volverse arrogantes. El pueblo de Israel en parte se ha vuelto terco, hasta que se complete la venida de los extranjeros. Así es como Israel se salvará. Como dice la Escritura: "El Salvador vendrá de Sión, y él hará volver a Jacob de su rebeldía contra Dios. Mi promesa para ellos es que borraré sus pecados".

Aunque ellos son enemigos de la buena noticia, —y esto los beneficia a ustedes—aún son el pueblo escogido y amado por causa de sus ancestros. Los dones de Dios y su llamado no pueden retirarse. En un tiempo ustedes desobedecieron a Dios, pero ahora Dios les ha mostrado misericordia como resultado de la desobediencia de ellos. De la misma manera que ellos ahora son desobedientes como lo eran ustedes, a ellos también se les mostrará misericordia como la que ustedes recibieron. Porque Dios trató a todos como prisioneros por causa de su desobediencia, a fin de poder ser misericordioso con todos.

¡Oh cuán profundas son las riquezas, la sabiduría y el conocimiento de Dios! ¡Cuán increíbles son sus decisiones, y cuán extraordinarios son sus métodos! ¿Quién puede conocer los pensamientos de Dios? ¿Quién puede darle consejo? ¿Quién le ha dado alguna vez a Dios algo que luego él tuviera la obligación de pagárselo? Todo proviene de él, todo existe por medio de él, y todo es para él. ¡Gloria a Dios para siempre, amén!

Así que yo los animo, mis hermanos y hermanas, por la compasión de Dios por ustedes, que dediquen sus cuerpos como una ofrenda viva que es santa y agradable a Dios. Esta es la manera lógica de adorar. No sigan los caminos de este mundo; por el contrario, sean transformados por la renovación espiritual de sus mentes, a fin de que puedan demostrar cómo es realmente la voluntad de Dios: buena, agradable, y perfecta. Déjenme explicarles a todos ustedes, por la gracia que se ha dado, que ninguno debería tener un concepto de sí mismo más alto que el que debería tener. Ustedes deben tener un autoconcepto realista, conforme a la medida de fe que Dios les ha dado.

Así como hay muchas partes del cuerpo, pero no todas hacen lo mismo, del mismo modo nosotros somos un cuerpo en Cristo, aunque somos muchos. Y todos somos parte de los otros. Cada uno tiene dones diferentes, que varían conforme a la gracia que se nos ha dado. De modo que si el don consiste en hablar de Dios, entonces debes hacerlo conforme a tu medida de fe en Dios. Si se trata del ministerio del servicio, entonces debes servir; si se trata de enseñar, debes enseñar; si el don consiste en animar a otros, entonces debes animar; si el don consiste en dar, entonces da generosamente; si es el don del liderazgo, entonces lidera con compromiso; si el don consiste en ser misericordioso, entonces hazlo con alegría.

El amor debe ser genuino. Odien lo malo; aférrense a lo bueno. Dedíquense por completo unos a otros en su amor como familia, valorando a los demás más que a ustedes mismos. No sean perezosos para el trabajo arduo; sirvan al Señor con un espíritu entusiasta. Permanezcan alegres en la esperanza que tienen, soporten las pruebas que se presenten, y no dejen de orar. Participen en la provisión para las necesidades del pueblo de Dios, y reciban con hospitalidad a los extranjeros. Bendigan a quienes los persiguen, bendíganlos y no los maldigan. Alégrense con los que estén alegres; lloren con los que lloran. Piensen los unos en los otros. No se consideren ustedes mismos más importantes que los demás; vivan humildemente. No sean arrogantes. No paguen mal por mal. Asegúrense de demostrar a todos que lo que hacen es bueno, y en cuanto esté de parte de ustedes, vivan en paz con todos. Queridos amigos, no procuren la venganza, más bien dejen que Dios sea quien haga juicio—tal como señala la Escritura: "'Es a mí a quien corresponde administrar la justicia, yo pagaré,' dice el Señor". Si quien los odia tiene hambre, denle de comer; si tiene sed, denle de beber; pues al hacer esto acumulan carbones ardientes sobre sus cabezas. No sean vencidos por el mal, sino conquisten el mal con el bien.

Todos deben obedecer a las autoridades de gobierno, porque nadie tiene el poder de gobernar a menos que Dios se lo permita. Estas autoridades han sido puestas allí por Dios. Y quien quiera que se resista a estas autoridades, se opone a lo que Dios ha establecido, y los que lo hacen recibirán el merecido juicio por esto. Porque los gobernantes no producen temor a los que hacen el bien, sino a los que hacen el mal. De modo que si ustedes no quieren vivir temerosos de las autoridades, entonces hagan lo recto, y tendrán su aceptación. Los que están en el poder son siervos de

Dios, que han sido puestos allí para el propio bien de ustedes. De modo que si ustedes hacen mal, deben tener temor, ¡no en vano las autoridades tienen el poder para castigar! Ellos son siervos de Dios, que castigan a los infractores. Por eso es importante que ustedes hagan lo que se les dice, no por la amenaza de castigo, sino por lo que sus propias conciencias les dicen. Por ello es que ustedes tienen que pagar impuestos, porque las autoridades son siervos de Dios que se ocupan de estas cosas. Paguen todo lo que deban: los impuestos a las autoridades de impuestos; muestren respeto a los que deben recibir respeto, y rindan honra a los que deban recibir honra. No le deban nada a nadie, excepto amor unos a otros, porque los que aman a su prójimo están cumpliendo la ley.

"No cometan adulterio, no maten, no roben, no deseen para ustedes las cosas con envidia"—los demás mandamientos están resumidos en esta declaración: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". El amor no hace daño a nadie, y de esta manera el amor cumple la ley. Ustedes deben hacer esto porque pueden darse cuenta de cuán urgente es este tiempo, que ha llegado la hora de que despierten de su sueño. Porque la salvación está más cerca de nosotros ahora que cuando por primera vez creímos en Dios. ¡La noche casi termina, el día casi está aquí! Así que despojémonos de nuestras malas obras y vistámonos de la armadura de la luz. Tengamos una conducta apropiada, demostrando que somos personas que vivimos en la luz. No debemos perder el tiempo yendo a fiestas y embriagándonos, o teniendo amoríos y actuando de manera inmoral, o metiéndonos en peleas y andar con celos. Por el contrario, vístanse del Señor Jesucristo y olvídense de seguir sus deseos pecaminosos.

Acepten a los que todavía están luchando por creer en Dios, y no tengan discusiones por causa de opiniones personales. Es posible que una persona crea que puede comer de todo, mientras otra, con una fe más débil, solo come vegetales. Los que comen de todo no deben menospreciar a los que no, y los que no comen de todo no deben criticar a los que sí lo hacen, porque Dios ha aceptado a ambos. ¿Qué derecho tienes tú para juzgar al siervo de otro? Es su propio amo quien decide si está haciendo bien o mal. Con ayuda de Dios, ellos podrán discernir lo correcto.

Hay quienes consideran que algunos días son más importantes que otros, mientras que otros piensan que todos los días son iguales. Todos deben estar plenamente convencidos en su propia mente. Los que respetan un día especial, lo hacen para el Señor; y los que comen sin preocupaciones, lo hacen también, puesto que dan las gracias a Dios; mientras tanto, los que evitan comer ciertas cosas, también lo hacen para el Señor, y del mismo modo, dan gracias a Dios.

Ninguno de nosotros vive para sí mismo, o muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor, o si morimos, morimos para el Señor. De modo que ya sea que vivamos o muramos, pertenecemos al Señor. Esta fue la razón por la que Cristo murió y volvió a la vida, para así ser Señor tanto de los muertos como de los vivos. ¿Por qué, entonces, criticas a tu hermano creyente? Pues todos estaremos en pie delante del trono en el juicio de Dios.

Pues las Escrituras dicen: "'Tan cierto como yo estoy vivo,' dice el Señor, 'toda rodilla se doblará delante de mí, y toda lengua declarará que yo soy Dios'". Así que cada uno de nosotros tendrá que rendir cuenta de sí mismo a Dios. Por lo tanto, no nos juzguemos más unos a otros. Por el contrario, decidamos no poner obstáculos en el camino de nuestros hermanos creyentes, ni hacerlos caer.

Yo estoy seguro—persuadido por el Señor Jesús—que nada es, en sí mismo, ceremonialmente impuro. Pero si alguno considera que es impuro, para él es impuro. Si tu hermano creyente se siente ofendido por ti, en términos de comidas, entonces ya tu conducta no es de amor. No destruyas a alguien por quien Cristo murió por la comida que eliges comer. No permitas que las cosas buenas que haces sean malinterpretadas—porque el reino de Dios no tiene que ver con la comida o la bebida, sino con vivir bien, tener paz y gozo en el Espíritu Santo. Todo el que sirve a Cristo de este modo, agrada a Dios, y es apreciado por los demás. Así que sigamos el camino de la paz, y busquemos formas de animarnos unos a otros. No destruyas la obra de Dios con discusiones sobre la comida. Todo es limpio, pero estaría mal comer y ofender a otros. Es mejor no comer carne, o no beber vino ni nada que pueda ser causa del tropiezo de tu hermano creyente. Lo que tú crees, de manera personal, es algo entre tú y Dios. ¡Cuán felices son los que no se condenan a sí mismos por hacer lo que creen que es correcto! Pero si tienes dudas en cuanto a si está bien o mal comer algo, entonces no debes hacerlo, porque no estás convencido de que es correcto. Todo lo que no está basado en la convicción es pecado.

Los que de nosotros son espiritualmente fuertes deben apoyar a los que son espiritualmente débiles. No debemos simplemente complacernos a nosotros mismos. Todos debemos animar a otros a hacer lo recto, edificándolos. Así como Cristo no vivió para complacerse a sí mismo, sino que, como la Escritura dice de él: "Las ofensas de los que te insultaban han caído sobre mí". Estas Escrituras fueron escritas en el pasado para ayudarnos a entender, y para animarnos a fin de que pudiéramos esperar pacientemente en esperanza.

¡Que Dios, quien nos da paciencia y ánimo, los ayude a estar en armonía unos con otros como seguidores de Jesucristo, a fin de que puedan, con una sola mente y una sola voz, glorificar juntos a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo!

Así que acéptense unos a otros, así como Cristo los aceptó a ustedes, y denle la gloria a Dios. Siempre digo que Cristo vino como siervo a los judíos para mostrar que Dios dice la verdad, manteniendo las promesas hechas a sus antepasados. También vino para que los extranjeros pudieran alabar a Dios por su misericordia, como dice la Escritura, "Por lo tanto te alabaré entre los extranjeros; cantaré alabanzas a tu nombre". Y también dice: "¡Extranjeros, celebren con este pueblo!" Y una vez más, dice: "Todos ustedes, extranjeros, alaben al Señor, que todos los pueblos le alaben". Y otra vez, Isaías dice: "El descendiente de Isaí vendrá a gobernar las naciones, y los extranjeros pondrán su esperanza en él".

¡Que el Dios de esperanza los llene por completo de todo gozo y paz, como sus creyentes, a fin de que

puedan rebosar de esperanza por el poder del Espíritu Santo! Estoy convencido de que ustedes, mis hermanos y hermanas, están llenos de bondad, y que están llenos de todo tipo de conocimiento, de modo que están bien capacitados para enseñarse unos a otros. He sido muy directo en la forma como les he escrito sobre algunas de estas cosas, pero es solo para recordarles. Porque Dios me dio la gracia de ser un ministro de Jesucristo para los extranjeros, como un sacerdote que predica la buena noticia de Dios, a fin de que puedan convertirse en una ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo.

Así que, aunque tenga algo de qué jactarme por mi servicio a Dios, (no me atrevería a hablar de ninguna de estas cosas, excepto cuando Cristo mismo lo ha hecho a través de mi), he conducido a los extranjeros a la obediencia a través de mi enseñanza y ejemplo, a través del poder de señales y milagros realizados por el poder del Espíritu Santo. Desde Jerusalén hasta Ilírico, por todos lados he compartido enteramente la buena noticia de Cristo. De hecho, con mucho agrado compartí el evangelio en lugares donde no habían escuchado el nombre de Cristo, para no construir sobre lo que otros habían hecho. Como dice la Escritura: "Los que no han oído de la buena noticia la descubrirán, y los que no han oído entenderán".

Por ello muchas veces me fue imposible venir a verlos. Pero ahora, como no hay más lugar aquí donde trabajar, y como he deseado visitarlos desde hace años, espero verlos cuando vaya de camino a España. Quizás puedan brindarme ayuda para el viaje, después de pasar juntos por algún tiempo. Ahora voy de camino a Jerusalén para ayudar a los creyentes que están allá, porque los creyentes en Macedonia y Acaya pensaron que sería bueno enviar una ayuda a los pobres que están entre los creyentes de Jerusalén. Estuvieron felices de ayudarlos porque tienen esta deuda con ellos. Ahora que los extranjeros son partícipes de sus beneficios espirituales, están en deuda con los creyentes judíos para ayudarlos con cosas materiales. De modo que cuando haya terminado con esto, y les haya entregado de manera segura esta contribución, los visitaré a ustedes de camino a España. Sé que cuando venga, Cristo nos dará su plena bendición.

Deseo animarlos, mis hermanos y hermanas, mediante nuestro Señor Jesucristo y mediante el amor del Espíritu, a que se unan y oren mucho por mí. Oren para que pueda estar a salvo de los no creyentes de Judea. Oren para que mi labor en Jerusalén sea bien recibida por los creyentes de allí. Oren para que pueda regresar a ustedes con alegría, conforme a la voluntad de Dios, para que podamos disfrutar juntos, en compañía. Que el Dios de paz esté con todos ustedes. Amén.

Les encomiendo a nuestra hermana Febe, quien es diaconisa en la iglesia de Cencrea. Por favor, recíbanla en el Señor, como deben hacerlo los creyentes, y ayúdenla en todo lo que necesite, porque ha sido de gran ayuda para mucha gente, incluyéndome a mí. Envíen mi saludo a Prisca y Aquila, mis compañeros de trabajo en Cristo Jesús, quienes arriesgaron su vida por mí. No solo yo estoy agradecido con ellos, sino con todas las iglesias de los extranjeros también. Por favor, también salúdenme a la iglesia que se reúne en su hogar. Den mis mejores deseos a mi buen amigo Epeneto, la primera persona en seguir a Cristo en la provincia de Asia. Envíen mis saludos a María, que ha trabajado mucho por ustedes, y también a Andrónico y a Junías, judíos como yo, y compañeros en la cárcel. Ellos son muy bien conocidos entre los apóstoles y se convirtieron en seguidores de Cristo antes que yo. Envíen mis mejores deseos a Amplias, mi buen amigo en el Señor; a Urbano, nuestro compañero de trabajo en Cristo; y a mi querido amigo Estaquis. Saludos a Apeles, un hombre fiel en Cristo. Saludos a la familia de Aristóbulo, a mi conciudadano Herodión, y a los de la familia de Narciso, que pertenecen al Señor. Mis mejores deseos a Trifaena y Trifosa, trabajadores diligentes del Señor, y a mi amiga Pérsida, que ha trabajado mucho en el Señor. Den mis saludos a Rufo, un trabajador excepcional, y a su madre, a quien considero como mi madre también. Saludos a Asíncrito, a Flegontes, a Hermes, a Patrobas, a Hermas, y a los creyentes que están con ellos. Mis mejores deseos a Filólogo y Julia, a Nereo y a su hermana, a Olimpas y a todos los creyentes que están con ellos. Salúdense unos a otros con afecto. Todas las iglesias de Cristo les envían saludos.

Ahora les ruego, mis hermanos creyentes: cuídense de los que causan discusiones y confunden a las personas de la enseñanza que han aprendido. ¡Aléjense de ellos! Estas personas no sirven a Cristo nuestro Señor sino a sus propios apetitos, y con su forma de hablar lisonjera y palabras agradables engañan las mentes de las personas desprevenidas.

Todos saben cuán fieles son ustedes y eso me llena de alegría. Sin embargo, quiero que sean sabios en cuanto a lo que es bueno, e inocentes de lo malo. El Dios de paz pronto quebrantará el poder de Satanás y lo someterá a ustedes. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con ustedes.

Timoteo, mi compañero de trabajo, envía sus saludos, así como Lucio, Jasón y Sosípater, quienes también son judíos. Tercio—quien escribe esta carta—también los saluda en el Señor. Gayo, quien me dio hospedaje, y toda la iglesia de aquí también los saludan. Erasto, el tesorero de la ciudad, envía sus mejores deseos a ustedes, así como nuestro hermano Cuarto.

> Ahora, a Aquél que puede fortalecerlos, mediante la buena noticia que yo comparto y el mensaje de Jesucristo, Conforme al misterio de verdad que ha sido revelado, El misterio de verdad, oculto por la eternidad, y ahora visible. A través de los escritos de los profetas, y siguiendo el mandato del Dios eterno, El misterio de la verdad es dado a conocer a todos, en todos lados a fin de que puedan creer y obedecerle; Al único Dios sabio, A través de Jesucristo. A él sea la gloria para siempre. Amén.

1 Corintios

Primera carta de Pablo a los Corintios

Esta carta viene de parte de Pablo, llamado para ser un apóstol de Jesucristo, conforme a la voluntad de Dios, y de parte de nuestro hermano Sóstenes. Es enviada a la iglesia de Dios en Corinto, a aquellos que han sido justificados en Cristo Jesús, llamados para vivir en santidad, y a todos los que adoran al Señor Jesús en todas partes, el Señor de ellos y de nosotros.

Reciban gracia y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Siempre le doy gracias a Dios por ustedes, y por la gracia que Dios les ha dado en Jesucristo. Por medio de él ustedes han recibido riqueza en todas las cosas, en todo lo que dicen y en cada aspecto de lo que saben. De hecho, el testimonio de Cristo ha demostrado ser válido mediante la experiencia de ustedes, a fin de que no pierdan ningún don espiritual mientras esperan la venida de nuestro Señor Jesucristo. Él también les dará fortaleza hasta el final, a fin de que se mantengan rectos hasta el día del Señor Jesucristo. Dios es fiel, y fue quien los llamó a compartir en hermandad con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

Hermanos y hermanas, les ruego en el nombre de nuestro Señor Jesucristo que estén en armonía y no divididos. Por el contrario, desarrollen una conducta y propósito de estar unidos. Porque de parte de Cloé, algunos me han dicho cosas de ustedes, mis hermanos y hermanas, me han dicho que hay discusiones entre ustedes. Permítanme explicarles lo que quiero decir. Todos ustedes andan diciendo: "Yo sigo a Pablo", o "Yo sigo a Apolo", o "Yo sigo a Pedro", o "Yo sigo a Cristo". ¿Acaso Cristo está dividido? ¿Acaso murió Pablo en una cruz por ustedes? ¿Acaso ustedes fueron bautizados en el nombre de Pablo?

Estoy agradecido con Dios porque yo no bauticé a ninguno de ustedes, excepto a Crispo y a Gayo, así que nadie puede decir que fue bautizado en mi nombre. (Oh, y también bauticé a la familia de Estéfanas, y aparte de ellos no recuerdo a ningún otro). Pues Cristo no me envió a bautizar, sino a esparcir la buena noticia, y ni siquiera con sabiduría y elocuencia humana, de lo contrario la cruz de Cristo no tendría validez.

Porque el mensaje de la cruz no tiene sentido para los que están perdidos, pero es poder de Dios para nosotros, los que somos salvos. Como dice la Escritura: "Yo destruiré la sabiduría del sabio, y desecharé el entendimiento de los inteligentes".

¿Qué decir entonces de los sabios, de los escritores, de los filósofos de esta era? ¿Acaso Dios ha convertido la sabiduría de este mundo en necedad? Puesto que Dios en su sabiduría no permitió que el mundo lo conociera por medio de su propia sabiduría, sino que su plan de gracia fue que por la necedad de la buena noticia fueran salvados los que creyeran en él. Los judíos piden señales milagrosas, y los griegos buscan la sabiduría, pero nuestro mensaje es Cristo crucificado, lo cual es ofensivo para los judíos y necedad para los extranjeros. Sin embargo, para los que son llamados por Dios, tanto judíos como extranjeros, Cristo es el poder y la sabiduría de Dios. Pues la necedad de Dios es más sabia que nosotros; y la debilidad de Dios es más fuerte.

Hermanos y hermanas, recuerden su llamado, y recuerden que este llamado no incluyó a muchos que son sabios, humanamente hablando, ni a muchos que son poderosos, así como tampoco a muchos que son importantes. Por el contrario, Dios eligió las cosas que el mundo considera necedad para humillar a los que creen que son sabios. Escogió las cosas que el mundo considera débiles, para humillar a los que creen que son fuertes. Escogió cosas que son irrelevantes y despreciadas por el mundo, incluso cosas que no son, para deshacer las cosas que son, a fin de que nadie pueda jactarse en la presencia de Dios.

Es por él que ustedes viven en Jesucristo, a quien Dios puso como sabiduría para nosotros. Él nos hace justos y nos hace libres. Así como dice la Escritura: "Quien quiera jactarse, que se jacte en el Señor".

Hermanos y hermanas, cuando vine a ustedes no traté de impresionarlos con palabras excepcionales, o con gran sabiduría, cuando les dije lo que Dios quería decirles. Decidí que mientras estaba con ustedes no deseaba concentrarme en nada más, excepto en Jesucristo, y en su crucifixión. Vine a ustedes estando débil, temeroso y con temblor. Yo no les hablé persuadiéndolos con palabras de sabiduría para convencerlos. Solo les expliqué todo mediante la evidencia y el poder del Espíritu. De este modo su confianza en Dios no estaría fundada en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios.

Sin embargo, usamos palabras de sabiduría para hablar con los que son espiritualmente maduros, pero esta no es una sabiduría que viene de este mundo, o de los gobernantes de este mundo que rápidamente van desapareciendo. Por el contrario, explicamos la sabiduría de Dios en términos de un misterio revelado que fue oculto anteriormente y que Dios planeó para nuestra gloria antes de la creación de los mundos.

Ninguno de los gobernantes de este mundo comprendió cosa alguna sobre esto, porque si así hubiera sido, no hubieran crucificado al Señor de gloria. Pero como dice la Escritura: "Nadie ha visto, nadie ha escuchado, y nadie ha imaginado lo que Dios ha preparado para los que lo aman". Pero Dios nos ha revelado esto por medio del Espíritu, porque el Espíritu ahonda en las profundidades de Dios. ¿Quién conoce los pensamientos de alguien si no es la misma persona que los tiene? Del mismo modo, nadie conoce los pensamientos de Dios excepto el Espíritu de Dios. Porque hemos recibido el Espíritu de Dios, no espíritu de este mundo, a fin de que pudiéramos entender lo que Dios nos dio tan generosamente. De eso hablamos, no usando palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino lo que el Espíritu enseña. Nosotros explicamos lo que es espiritual usando términos espirituales. Por supuesto, las personas que no son espirituales no aceptan lo que viene del Espíritu de Dios. Para ellos solo es necedad, y no pueden entenderlo, porque lo que es espiritual necesita examinarse de manera apropiada. Las personas que son espirituales lo investigan todo, pero ellos mismos no son objeto de investigación. Pues "¿Quién entiende

la mente del Señor, y quién consideraría instruirlo?" ¡Pero nosotros sí tenemos la mente de Cristo!

Mis hermanos y hermanas, no pude hablar con ustedes como si hablara con creyentes espirituales, sino como con personas del mundo, como si hablara con cristianos recién nacidos. Les di a beber leche, y no pude darles alimento sólido porque no estaban listos para ello. Incluso ahora no están listos para ello, porque todavía son del mundo. Si ustedes aún son envidiosos y andan en discusiones, ¿no demuestra eso que todavía son mundanos? ¿No demuestran que se comportan como lo hacen las personas comunes? Cuando alguno de ustedes dice: "Yo sigo a Pablo", mientras que otro dice: "Yo sigo a Apolos", ¿no es eso prueba de que son como los del mundo?

¿Quién es Apolos, después de todo? ¿Y quién es Pablo? Nosotros solo somos siervos por medio de los cuales ustedes llegaron a creer. Cada uno de nosotros hace la obra que Dios nos asignó. Yo sembré, Apolo regó la tierra, pero fue Dios quien los hizo crecer.

De modo que el que siembra no cuenta en absoluto más que el que riega la tierra. El único que importa es Dios, quien los hace crecer. Y el que siembra, tanto como el que riega la tierra, tienen un mismo fin, y ambos serán recompensados conforme a lo que hayan hecho.

Nosotros somos obreros, junto con Dios, y ustedes son el campo de cultivo de Dios, su edificación. Por medio de la gracia que Dios me dio, yo puse el fundamento como un supervisor calificado en obras de edificación. Ahora alguien más construye sobre ese fundamento. Quien hace la construcción debe vigilar lo que esté haciendo. Porque nadie puede poner un fundamento distinto al que ya se puso en principio, es decir, Jesucristo. Los que construyen sobre ese fundamento pueden usar oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, o paja; pero cualquiera sea el material usado para construir, saldrá a la luz. Porque en el Día del Juicio, el fuego lo revelará y lo probará. La obra de cada uno será mostrada tal como es. Aquellos cuya edificación se mantenga en pie, serán recompensados. Aquellos cuya edificación se queme, habrán perdido. ¡Ellos también serán salvos, pero será como pasar por fuego! ¿Acaso no saben que ustedes son Templo de Dios y que el Espíritu vive en ustedes? Todo el que destruye el templo de Dios será destruido por Dios, porque el Templo de Dios es santo, y ustedes son el Templo.

No se engañen. Si hay alguno de ustedes que piensa que es sabio para el mundo, debe volverse necio para que pueda llegar a ser realmente sabio. La sabiduría de este mundo es completa necedad para Dios. Como dice la Escritura: "Él usa la inteligencia de los sabios para atraparlos en su propia astucia", y "El Señor sabe que los argumentos de los sabios son vanos". Así que no se jacten de la gente. Porque lo tienen todo, ya sea a Pablo, o a Apolos, o a Pedro—o al mundo, o la vida, la muerte, o el presente, o el futuro. Ustedes lo tienen todo— y son de Cristo, y Cristo es de Dios.

Así que piensen en nosotros como siervos de Cristo que tienen por responsabilidad los "misterios de Dios". Más que esto, los que tienen tales responsabilidades necesitan ser fieles. En lo personal, muy poco me importa si alguien más me juzga. De hecho, ni siquiera yo mismo me juzgo. No sé de nada que haya hecho mal, pero eso no me hace justo. Es el Señor quien me juzga. Así que no juzguen a nadie antes del tiempo correcto: cuando el Señor venga. Él traerá a la luz los secretos más oscuros que están ocultos, y revelará los motivos de las personas. Dios le dará a cada quien la alabanza que le corresponda.

Ahora, hermanos y hermanas, he hecho esta aplicación para mí y para Apolos como un ejemplo para ustedes. De esta manera aprenderán a no ir más allá de lo que ha sido escrito, y no preferirán a uno más que al otro con arrogancia. ¿Quién los hizo tan especiales? ¿Qué poseen que no les haya sido dado? Y si lo recibieron, ¿por qué dicen con orgullo que no les fue dado? Piensan que tienen todo lo que necesitan. Piensan que son muy ricos. Ustedes creen que ya son reyes, y que no nos necesitan. Yo desearía que en realidad ustedes estuvieran gobernando como reyes, para que nosotros pudiéramos gobernar con ustedes. A mi modo de ver, Dios nos ha puesto como apóstoles en primera fila, condenados a morir. Nos hemos convertido en espectáculo ante todo el universo, para los ángeles y los seres humanos. Nosotros somos necios en Cristo, ¡pero ustedes son tan sabios en Cristo! ¡Nosotros somos los débiles, pero ustedes son tan fuertes! ¡Ustedes tienen la gloria, pero nosotros somos rechazados! Hasta el momento presente estamos hambrientos y sedientos. No tenemos ropa que ponernos. Somos maltratados y no tenemos donde ir. Trabajamos duro con nuestras propias manos. Cuando la gente nos maldice, nosotros les bendecimos. Cuando nos persiguen, lo soportamos. Cuando nos insultan, respondemos con bondad. Incluso ahora somos tratados como deshecho, como la peor basura que hay en todo el mundo.

No escribo de esta manera para hacerlos sentir avergonzados, sino para advertirlos como hijos a quienes amo en gran manera. Aunque ustedes tengan miles de instructores cristianos, no tendrán muchos padres. Y fue en Cristo Jesús que yo me convertí en padre al compartir la buena noticia con ustedes. Así que les ruego que imiten lo que yo hago.

Por eso les envié a Timoteo, mi hijo fiel en el Señor y a quien amo. Él les recordará la manera como yo sigo a Cristo, así como siempre lo enseño en cada iglesia que visito. Algunos entre ustedes se han vuelto arrogantes y piensan que no me preocuparé por irlos a visitar. Pero pronto iré a visitarlos, si es la voluntad del Señor. Entonces podré darme cuenta de qué cosas están diciendo estas personas arrogantes, y qué tipo de poder tienen. Porque el reino de Dios no solo se trata de palabras, sino de poder. Entonces, ¿qué quieren ustedes? ¿Acaso iré con una vara a golpearlos, o iré con amor y espíritu de mansedumbre?

Escucho informes de que hay inmoralidad sexual entre ustedes, un tipo de inmoralidad que ni siquiera los extranjeros practican. ¡Un hombre viviendo con la esposa de su padre! ¡Y se sienten tan orgullosos de sí mismos! ¿Acaso no deberían haber llorado de tristeza ante esto y expulsar a este hombre? Aunque no esté allí físicamente, estoy allí en espíritu y tal como si estuviera allí ya di mi juicio respecto a este hombre. Cuando se reúnan en el nombre del Señor Jesús, estaré allí con ustedes en espíritu y con el poder de nuestro Señor Jesús. Entreguen a este hombre en manos de Satanás a

fin de que su naturaleza pecaminosa sea destruida y él mismo pueda ser salvo en el día del Señor.

No deberían estar orgullosos de esto. ¿Acaso no saben que apenas se necesita un poco de levadura para que crezca toda la masa? Desháganse de esta vieja levadura para que puedan ser una nueva masa y hagan pan sin levadura. Cristo, nuestro Cordero de Pascua, fue crucificado. Celebremos este festival, no con la vieja levadura del mal y de maldad, sino con el pan hecho sin levadura, el pan de la sinceridad y la verdad.

En mi carta anterior les dije que no deberían juntarse con personas inmorales. Y no me refería a la gente inmoral de este mundo que tiene codicia y engaña a otros, o a los que son idólatras, pues de ser así tendrían que irse de este mundo. Lo que quise decir cuando les escribí es que no deben juntarse con cualquiera que se haga llamar cristiano y sea inmoral, codicioso, o idólatra; o que sea abusador, borrachón o engañador. ¡Ni siquiera se sienten a comer con alguien así! No estoy en autoridad de juzgar a los que están fuera de la iglesia. Pero, ¿no deberíamos juzgar a los que están dentro de ella? Dios juzga a los que están fuera de la iglesia. "Expulsen al malvado de entre ustedes".

¡Cómo se atreven ustedes a interponer una demanda ante jueces paganos cuando tienen una disputa con su prójimo! Por el contrario, ustedes deberían llevar este caso ante otros creyentes. ¿Acaso no saben que los creyentes cristianos juzgarán al mundo? Si ustedes van a juzgar al mundo, ¿no estarán aptos para juzgar en casos más pequeños? ¿Acaso no saben que nosotros juzgaremos a los ángeles? ¡Cuánto más estas cosas que tienen que ver con esta vida! De modo que si tienen que juzgar cosas que tienen que ver con esta vida, ¿cómo es que pueden ir ante los jueces que no son respetados por la iglesia? Y al decirles esto quiero que se sientan avergonzados. ¿Qué? ¿Acaso no pueden encontrar a una persona sabia entre ustedes que pueda arreglar la disputa que tienen? ¡En lugar de ello, un creyente lleva a otro creyente a la corte y presenta el caso ante quienes no son creyentes! El hecho mismo de que ustedes tienen demandas interpuestas contra otros ya es un completo desastre. ¿No sería mejor aceptar la injusticia? ¿Por qué no aceptan que otros los defrauden? Pero sí prefieren mejor hacer juicio injusto y defraudar incluso a sus hermanos creyentes de la iglesia.

¿Acaso ustedes no saben que los injustos no heredarán el reino de Dios? ¡No se dejen engañar! Las personas que son inmorales, idólatras, adúlteros, pervertidos sexuales, homosexuales, ladrones, codiciosos, bebedores, abusadores, o engañadores, no heredarán el reino de Dios. Algunos de ustedes eran así, pero han sido limpiados y santificados. Han sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo, y en el Espíritu de nuestro Dios. La gente dice: "Yo soy libre de hacer cualquier cosa", ¡pero no todo es apropiado! "Yo soy libre de hacer cualquier cosa", ¡Pero no permitiré que eso tenga control sobre mí! La gente dice: "La comida es para el estómago y el estómago es para la comida", pero Dios destruirá a ambos. Además, el cuerpo no debe ser usado para la inmoralidad, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Por su poder, Dios levantó al Señor de los muertos, y de la misma manera nos levantará a nosotros. ¿No saben que sus cuerpos son parte del cuerpo de Cristo? ¿Debería tomar las partes del cuerpo de Cristo y unirlas con una prostituta? ¡Por supuesto que no! ¿No se dan cuenta de que cualquiera que tiene sexo con una prostituta viene a ser "un cuerpo" con ella? Recuerden que la Escritura dice: "Los dos serán un cuerpo". ¡Pero todo el que se une al Señor es uno con él en espíritu! ¡Manténganse lejos de la inmoralidad sexual! Todos los demás pecados que la gente comete ocurren fuera del cuerpo, pero la inmoralidad sexual es un pecado contra sus propios cuerpos. ¿Acaso no saben que sus cuerpos son Templo del Espíritu Santo que está dentro de ustedes, y que recibieron de Dios? Ustedes no se pertenecen. ¡Alguien pagó un precio por ustedes! ¡Así que glorifiquen a Dios en sus cuerpos!

Hablaré en cuanto a lo que me escribieron, diciendo: "No es bueno casarse". Sin embargo, por causa de la tentación hacia la inmoralidad sexual, es mejor que cada hombre tenga su propia esposa, y cada mujer su propio esposo. El esposo debe satisfacer las necesidades sexuales de su esposa, y la esposa las de su esposo. El cuerpo de la esposa no solo le pertenece a ella, sino también a su esposo; y de la misma manera el cuerpo del esposo no solo le pertenece a él sino también a su esposa. De manera que no se priven el uno del otro, excepto por mutuo acuerdo, por un tiempo, por ejemplo, si quieren dedicar un tiempo a la oración. Después, vuelvan a estar juntos para que Satanás no los tiente a pecar por causa de su falta de dominio propio. No les digo esto como un mandamiento, sino como una concesión. No obstante, desearía que todos fueran como yo, pero cada persona tiene su propio don de Dios. Una persona tiene uno, mientras otra persona tiene otro. A los que aún no están casados, o a los que han enviudado, yo les diría que es mejor que permanezcan como yo. Pero si carecen de dominio propio, entonces deben casarse, porque es mejor casarse que estarse quemando de deseo.

Estos son mis consejos para los que están casados, de hecho, no son míos sino del Señor: La esposa no debe abandonar a su esposo (o si lo hace, no debe volver a casarse, o debe regresar con él); y el esposo no debe abandonar a su esposa. Ahora, al resto de ustedes (y en esto hablo yo, y no el Señor), yo les diría que si un hombre cristiano tiene una esposa que no es cristiana y ella está dispuesta a permanecer con él, entonces él no debe dejarla. Y si una mujer cristiana tiene un esposo que no es cristiano, y él está dispuesto a permanecer con ella, entonces ella no debe dejarlo.

Para un hombre que no es cristiano, su relación matrimonial es santificada por la esposa que sí es cristiana, y para la esposa que no es cristiana, la relación matrimonial es santificada por el esposo que sí es cristiano. De otro modo significaría que sus hijos serían impuros, pero ahora son santos. Sin embargo, si la esposa que no es cristiana se va, que se vaya. En tales casos el hombre o la mujer que sí son cristianos no tienen ataduras esclavizantes, pues Dios nos ha llamado a vivir en paz. A las esposas les digo: ¿quién sabe? ¡Puede ser que tú salves a tu esposo! Y a los esposos también les digo: ¿quién sabe? ¡Puede ser que tú salves a tu esposa!

Aparte de tales casos, cada uno de ustedes debería mantenerse en la situación que el Señor le asignó, y seguir viviendo la vida a la que Dios los ha llamado.

Ese es mi consejo a todas las iglesias. ¿Estaban ustedes circuncidados cuando se convirtieron? No se vuelvan incircuncisos. ¿Estaban incircuncisos cuando se convirtieron? No se circunciden. La circuncisión no significa nada, y la incircuncisión tampoco. Lo que realmente importa es guardar los mandamientos de Dios. Todos deberían permanecer en la condición en que estaban cuando fueron llamados. Si cuando fuiste llamado eras un esclavo, no te preocupes, aunque si tienes la oportunidad de ser libre, tómala. Si eras un esclavo cuando el Señor te llamó, ahora eres libre, trabajando para el Señor. De la misma manera, si fuiste llamado cuando eras libre, ¡ahora eres esclavo de Cristo! Por ustedes se pagó un precio, así que ya no sean esclavos de nadie. Hermanos y hermanas, permanezcan en la condición que estaban cuando fueron llamados, pero viviendo con Dios.

Ahora, en cuanto a las "personas que no están casadas", no tengo una instrucción específica del Señor, así que permítanme darles mi opinión como alguien que mediante la misericordia del Señor es considerado digno de confianza. Por la difícil situación en la que estamos en este momento, pienso que es mejor que simplemente permanezcan como están. ¿Están ya casados? No traten de divorciarse. ¿No están casados? No traten de casarse. Si no se casan, no es pecado. Si una mujer que no está casada se casa, no es pecado. Pero tendrán muchas dificultades en este mundo y quisiera que las evitaran. Les digo, hermanos y hermanas, que el tiempo es corto, y de ahora en adelante, para los que están casados puede que parezca como si no estuvieran casados, y los que lloran como si no lloraran, y los que celebraban, como si no hubieran celebrado, y los que compraron, como si no hubieran poseído nada, y los que andaban en cosas del mundo, como si no los satisficiera. Porque el orden actual del mundo está pasando.

Yo preferiría que se mantuvieran libres de tales preocupaciones. Un hombre que no está casado está más atento a las cosas que son importantes para el Señor, y cómo puede agradarle. Pero un hombre que está casado presta atención a lo que es importante en este mundo y cómo puede agradar a su esposa. En consecuencia, su lealtad está dividida. De la misma manera, una mujer o jovencita está atenta a lo que es importante para el Señor para así vivir una vida dedicada tanto en cuerpo como en espíritu. Pero una mujer casada está atenta a lo que es importante en el mundo, y cómo puede agradar a su esposo. Les digo esto para su bien. No intento poner lazo en sus cuellos, sino mostrarles lo correcto a fin de que puedan servir al Señor sin distracciones.

Pero si un hombre piensa que se está comportando de manera inapropiada con la mujer que está comprometido, y si piensa que podría ceder ante sus deseos sexuales, y cree que debe casarse, no será pecado si se casa. Pero si un hombre se mantiene fiel a sus principios, y no tiene obligación de casarse, y tiene el poder para mantener sus sentimientos bajo control y permanecer comprometido con ella, hace bien en no casarse. De modo que el hombre que se casa con la mujer con quien está comprometido, hace bien, aunque el que no se casa hace mejor.

Una mujer está atada a su esposo mientras él viva. Pero si su esposo muere, ella queda libre para casarse con quien ella quiera en el Señor. Pero en mi opinión, ella sería más feliz si no se volviera a casar, y creo que cuando digo esto también tengo el Espíritu de Dios.

Ahora, en cuanto a la "comida sacrificada a ídolos". Ya "todos tenemos conocimiento" sobre este tema. El conocimiento nos hace orgullosos, pero el amor nos fortalece. ¡Si alguno piensa que sabe cosa alguna, no sabe como realmente debería saber! Pero todo el que ama a Dios es conocido por él…

De modo que en cuanto a comer los alimentos sacrificados a ídolos: sabemos que no existe tal cosa como los ídolos en el mundo, y que hay solo un Dios verdadero. Aunque hay lo que llaman "dioses", ya sea en el cielo o en la tierra, hay en realidad muchos "dioses" y "señores". Pero para nosotros solo hay un Dios, el Padre, a partir del cual fueron hechas todas las cosas, y él es el propósito de nuestra existencia; y un Señor, Jesús, por medio de quien todas las cosas fueron hechas, y él es el mediador de nuestra existencia.

Pero no todo el mundo tiene este "conocimiento". Algunos hasta ahora se han acostumbrado tanto a los ídolos como realidad, que cuando comen alimentos sacrificados a un ídolo, su conciencia (que es débil) les dice que se han contaminado a sí mismos. ¡Pero la comida no nos hace ganar la aprobación de Dios! Si no comemos esta comida, no somos malos, y si la comemos, no somos buenos. Simplemente cuídense de no usar esta libertad que tienen para comer alimentos sacrificado a ídolos para ofender a los que tienen una actitud más débil. Si otro creyente te ve a ti, que tienes un "mejor conocimiento", comiendo alimentos en un templo donde hay ídolos, ¿no se convencerá, esta débil conciencia, de comer alimentos sacrificados a ídolos? Por tu "mejor conocimiento" el creyente más débil se destruye. Un creyente por el que Cristo murió. De esta manera, pecas contra otros creyentes, hiriendo sus conciencias que son más débiles, y pecas contra Cristo. De modo que si comer alimentos sacrificados a ídolos hará caer a mi hermano, no volveré a comer esa carne de nuevo, para no ofender a ningún creyente.

¿No soy libre? ¿No soy un apóstol? ¿No he visto a Jesús, nuestro Señor? ¿Acaso no son ustedes fruto de mi obra en el Señor? Incluso si no fuera apóstol para los demás, al menos soy apóstol para ustedes. ¡Ustedes son la prueba de que soy apóstol del Señor!

Esta es mi respuesta a los que me cuestionan sobre esto: ¿Acaso no tenemos el derecho a que se nos provea alimento y bebida? ¿No tenemos el derecho a que nos acompañe una esposa cristiana, como el resto de los apóstoles, los hermanos del Señor, y Pedro? ¿Acaso somos Bernabé y yo los únicos que tenemos que trabajar para mantenernos? ¿Acaso qué soldado alguna vez tuvo que pagar su propio salario? ¿Quién planta una viña y no come de sus frutos? ¿Quién alimenta un rebaño y no consume su leche?

¿Acaso hablo solo desde un punto de vista humano? ¿No dice la ley lo mismo? En la ley de Moisés está escrito: "No le pongan bozal al buey cuando está desgranando el trigo". ¿Acaso pensaba Dios solo en los bueyes? ¿No se dirigía a nosotros? Sin duda alguna esto fue escrito para nosotros, porque todo el que ara debe

arar con esperanza, y todo el que trilla debe hacerlo con la esperanza de tener parte en la cosecha. Si nosotros sembramos cosas espirituales en ustedes, ¿es importante si cosechamos algún beneficio material? Si otros ejercen este derecho sobre ustedes, ¿no lo merecemos nosotros mucho más? Aun así, nosotros no ejercimos este derecho. Por el contrario, estaríamos dispuestos a soportar cualquier cosa antes que retener el evangelio de Cristo.

¿No saben que los que trabajan en los templos reciben sus alimentos de las ofrendas del templo, y los que sirven en el altar reciben su porción del sacrificio que está sobre él? De la misma manera, Dios ordenó que los que anuncian la buena noticia deben vivir de las provisiones que dan los seguidores de la buena noticia. Pero yo no he hecho uso de ninguna de estas provisiones, y no escribo esto para insinuar que se haga en mi caso. Preferiría morir antes que alguien me quite la honra de no haber recibido ningún beneficio.

No tengo nada por lo cual jactarme en predicar la buena noticia, porque es algo que hago como deber. ¡De hecho, para mí es terrible si no comparto la buena noticia! Si hago esta obra por mi propia elección, entonces tengo mi recompensa. Pero si no fuera mi elección, y se me impusiera una obligación, ¿qué recompensa tendría? Es la oportunidad de compartir la buena nueva sin cobrar por ello, sin exigir mis derechos como trabajador en favor de la buena nueva.

Aunque soy libre y no soy siervo de nadie, me he puesto a servicio de todos para ganar más. Para los judíos me comporto como judío para ganarme a los judíos. Para los que están bajo la ley, me comporto como si estuviera bajo la ley (aunque no estoy obligado a estar bajo la ley), para poder ganar a esos que están bajo la ley. Para los que no obran conforme a la ley, me comporto como ellos, (aunque sin ignorar la ley de Dios, sino obrando bajo la ley de Cristo), para poder ganar a los que no observan la ley.

Con los que son débiles, comparto en su debilidad para ganar a los débiles. ¡He terminado siendo "como todos" para todos a fin de que, usando todos los medios posibles, pueda ganar a algunos! ¡Hago esto por causa de la buena noticia para yo también ser partícipe de sus bendiciones!

¿Acaso no concuerdan conmigo en que hay muchos corredores en una carrera, pero solo uno recibe el premio? ¡Entonces corran de la mejor manera posible, para que puedan ganar! Todo competidor que participa en los juegos mantiene una disciplina estricta de entrenamiento. Por supuesto, lo hacen para ganar una corona que no perdura. ¡Pero nuestras coronas durarán para siempre!

Es por eso que me apresuro a correr en la dirección correcta. Peleo teniendo un blanco, no golpeando al aire. Y también soy severo con mi cuerpo para tenerlo bajo control, porque no quiero de ninguna manera estar descalificado después de haber compartido la buena noticia con todos los demás.

Ahora quiero explicarles algo, mis hermanos y hermanas. Nuestros antepasados vivieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar. De manera simbólica fueron bautizados "en Moisés", en la nube y en el mar. Todos comieron de la misma comida espiritual y bebieron de la misma bebida espiritual, porque "bebieron de la roca espiritual" que los acompañaba. Esa roca era Cristo. Sin embargo, Dios no estaba agradado con muchos de ellos, y perecieron en el desierto.

Ahora, estas experiencias sirven como ejemplo para nosotros, para demostrarnos que no debemos desear lo malo, como lo hicieron ellos. No deben adorar ídolos, como algunos de ellos lo hicieron, tal como se registra en la Escritura: "El pueblo festejó y bebió, y se gozaron en culto pagano". No debemos cometer pecados sexuales, como lo hicieron algunos de ellos, y en consecuencia 23:000 murieron en un día. Tampoco debemos presionar a Dios hasta el límite, como algunos de ellos hicieron, y fueron muertos por serpientes. No se quejen de Dios, como algunos lo hicieron, y murieron en manos del ángel destructor.

Todas las cosas que les sucedieron a ellos son ejemplo para nosotros y fueron escritas para advertirnos a nosotros que vivimos cerca del fin del tiempo. De modo que si ustedes creen que son lo suficientemente fuertes para mantenerse firmes, ¡cuídense de no caer! No experimentarán ninguna tentación más grande que la de ningún otro, y Dios es fiel. Él no permitirá que sean tentados más allá de lo que pueden soportar. Y cuando sean tentados, él les proporcionará una salida, a fin de que puedan mantenerse fuertes. Así que, mis amigos, manténganse lejos del culto idólatra.

Hablo a personas sensatas, para que disciernan si estoy diciendo la verdad. Cuando damos gracias a Dios por la copa que usamos en la Cena del Señor, ¿acaso no participamos de la sangre de Cristo? Y cuando partimos el pan de la comunión, ¿acaso no participamos del cuerpo de Cristo? Al comer de un mismo pan, demostramos que aunque somos muchos, somos un solo cuerpo. Miren al pueblo de Israel. ¿Acaso los que comen los sacrificios hechos en el altar no lo hacen juntos? ¿Qué es, entonces, lo que quiero decir? Que ninguna cosa sacrificada a ídolos tiene significado alguno, ¿o acaso un ídolo existe realmente? ¡Por supuesto que no! Los paganos hacen sacrificios a demonios, y no a Dios. ¡No quisiera que ustedes tengan nada que ver con demonios! No pueden beber la copa del Señor y también la copa de los demonios; así como no pueden comer en la mesa del Señor y también en la mesa de los demonios. ¿Acaso intentamos provocarle celos del Señor? ¿Somos más fuertes que él?

Algunos dicen: "Yo soy libre de hacer cualquier cosa"— ¡pero no todo es apropiado! "Soy libre de hacer cualquier cosa" ¡pero no todo edifica! No deberían estar preocupados por ustedes mismos, sino por su prójimo. Coman todo lo que se venda en el mercado, sin hacer preguntas, por razones de consciencia, porque "la tierra y todo lo que hay en ella le pertenece a Dios".

Si una persona que no es cristiana te invita a comer y sientes ganas de ir, come lo que te sirvan, sin hacer preguntas, por razones de conciencia. Pero si alguien te dice: "Esta comida fue sacrificada a ídolos", no la comas, por causa de quien te lo dijo, y por razones de conciencia. Razones de su conciencia, no tuya. Pues, ¿por qué mi libertad debería estar determinada por la conciencia de otra persona? Si yo elijo comer con agradecimiento, ¿por qué sería criticado por comer algo por lo cual estoy agradecido a Dios? De modo que ya sea que

comas o bebas, o cualquier cosa que hagas, asegúrate de hacerlo para la gloria de Dios. No causen ofensas, no importa si es a judíos, griegos o a la iglesia de Dios, tal como yo mismo trato de agradar a todos en todo lo que hago. No pienso en lo que me beneficia, sino en lo que beneficia a otros, para que puedan ser salvos.

Deberían imitarme a mí, así como yo imito a Cristo. Estoy agradecido de que ustedes siempre me recuerden y que estén manteniendo las enseñanzas tal como se las impartí. Quiero que entiendan que Cristo es la cabeza de todo hombre, que el hombre es la cabeza de la mujer, y que Dios es la cabeza de Cristo. La cabeza de un hombre es deshonrada si ora o profetiza con su cabeza cubierta. La cabeza de una mujer es deshonrada si ora o profetiza con su cabeza descubierta, es como si tuviera su cabello rapado. Si la cabeza de una mujer no está cubierta, entonces debe afeitarla. Si cortar su cabello o afeitarlo es causa de escándalo, entonces debe cubrir su cabeza. Un hombre no debe cubrir su cabeza, porque él es la imagen y la gloria de Dios, mientras que la mujer es la gloria del hombre. El hombre no fue hecho a partir de la mujer, sino que la mujer fue hecha del hombre; y el hombre no fue creado para la mujer, sino que la mujer fue creada para el hombre. Es por eso que la mujer debe tener esta señal de autoridad sobre su cabeza, por respeto a los ángeles que vigilan. Aún así, desde el punto de vista del Señor, la mujer es tan esencial como el hombre, y el hombre es tan esencial como la mujer. Como la mujer fue hecha del hombre, entonces el hombre viene de la mujer—pero más importante es el hecho de que todo viene de Dios. Juzguen ustedes mismos: ¿Es apropiado que una mujer ore a Dios con su cabeza descubierta? ¿Acaso la naturaleza misma indica que un hombre con cabello largo se deshonra a sí mismo? Sin embargo, una mujer con cabello largo se añade gloria a sí misma, porque su cabello le es dado para cubrirse. Pero si alguno quiere discutir sobre esto, no tenemos ninguna otra costumbre aparte de esta, así como tampoco la tienen las otras iglesias de Dios.

Ahora, al darles las instrucciones que presentaré a continuación, no puedo alabarlos, ¡porque cuando se reúnen causan más daño que bien! Primero que nada, he escuchado que cuando tienen reuniones en la iglesia, están divididos en distintas facciones, y creo que hay algo de verdad en esto. Por supuesto, tales divisiones entre ustedes deben ocurrir para que los que son sinceros puedan darse a conocer por medio de su testimonio. Cuando ustedes se reúnen, realmente no están celebrando la Cena del Señor en absoluto. Algunos quieren comer antes que todos los demás, y dejarlos con hambre. Y todavía hay quienes se emborrachan. ¿Acaso no tienen sus propias casas donde pueden comer y beber? ¿Menosprecian la casa de Dios, y humillan a los que son pobres? ¿Acaso podría decirles que están haciendo bien? ¡No tengo nada bueno que decirles por hacer esto!

Pues yo he recibido del Señor lo que les enseñé: el Señor Jesús, en la noche que fue entregado, tomó pan. Después de dar gracias, partió el pan en pedazos y dijo: “Este pan es mi cuerpo, el cual es dado para ustedes. Acuérdense de mí al hacer esto”. De la misma manera tomó la copa, y dijo: “Esta copa es el nuevo acuerdo, sellado con mi sangre. Acuérdense de mí cuando la beban. Y cada vez que coman este pan y beban esta copa, ustedes anuncian la muerte del Señor, hasta su regreso”.

De modo que cualquiera que come del pan o bebe de la copa del Señor con deshonra, será culpable de hacer mal contra el cuerpo y la sangre del Señor. Que cada uno se examine así mismo y entonces déjenlo comer del pan y beber de la copa. Los que comen y beben traen juicio sobre sí mismos si no reconocen su relación con el cuerpo del Señor. Esa es la razón por la que muchos de ustedes están débiles y enfermos, e incluso algunos han muerto. Sin embargo, si realmente nos examinamos nosotros mismos, no seríamos juzgados de esta manera. Pero cuando somos juzgados, estamos siendo disciplinados por el Señor, a fin de que no seamos condenados junto con el mundo. Así que, mis hermanos y hermanas, cuando se reúnan a comer la Cena del Señor, espérense unos a otros. Si alguno tiene hambre, es mejor que coma en su casa para que cuando se reúnan no traiga condenación sobre sí. Les daré más instrucciones cuando vaya a visitarlos.

En cuanto a los “dones espirituales”. Mis hermanos y hermanas, quiero explicarles esto: Ustedes saben que cuando eran paganos, estaban engañados, estaban descarriados en la adoración a ídolos que ni siquiera podían hablar. Permítanme ser claro con ustedes: ninguno que habla en el Espíritu de Dios dice: “¡Maldigan a Jesús!” y ninguno puede decir: “¡Jesús es el Señor!” excepto por el Espíritu Santo. Ahora, hay diferentes tipos de dones espirituales, pero provienen del mismo Espíritu. Hay diferentes tipos de ministerios, pero provienen del mismo Señor. Hay diferentes formas de trabajar, pero provienen del mismo Señor, quien obra en todos ellos. El Espíritu es enviado a cada uno de nosotros y se revela para bien de todos. A una persona el Espíritu le da la capacidad de hablar palabras de sabiduría. A otra, el mismo espíritu le da mensaje de conocimiento. Otra persona recibe de ese mismo Espíritu el don de la fe en Dios; alguna otra persona recibe dones de sanidad de parte de ese mismo Espíritu. Otra persona recibe el don de realizar milagros. Otra, recibe el don de profecía. Otra, recibe el don del discernimiento espiritual. Otra persona recibe la capacidad de hablar en diferentes idiomas, mientras que otra recibe el don de interpretar los idiomas. Pero todos estos dones son obra del único y del mismo Espíritu, haciendo partícipe a cada persona, según su elección.

Así como el cuerpo humano es una unidad pero tiene muchas partes. Y todas las partes del cuerpo, aunque son muchas, conforman un cuerpo. Así es Cristo. Porque fue por medio de un Espíritu que todos fuimos bautizados en un cuerpo. No importa si somos judíos o griegos, esclavos o libres. A todos se nos dio a beber del mismo Espíritu. El cuerpo no está conformado por una sola parte sino por muchas. Si el pie dijera: “Como no soy mano, no soy parte del cuerpo”, ¿dejaría de ser parte del cuerpo? O si el oído dijera: “Como no soy un ojo, no soy parte del cuerpo”, ¿dejaría de ser parte del cuerpo? Y si todo el cuerpo fuera un ojo, ¿cómo podríamos escuchar? O si todo el cuerpo fuera un oído, ¿cómo podríamos oler?

Pero Dios ha dispuesto cuidadosamente cada parte en el cuerpo, hasta la más pequeña, y las ubicó tal

como quiso hacerlo. Si todas fueran la misma parte, ¿qué ocurriría con el cuerpo? Sin embargo, como hay muchas partes, asi se conforma el cuerpo. El ojo no puede decirle a la mano: “No te necesito”, o la cabeza decirle al pie: “no te necesito”. Muy por el contrario: algunas de esas partes que parecen ser las menos importantes son las más esenciales. De hecho, las partes del cuerpo que consideramos indignas de ser mostradas, las “honramos” cubriéndolas. ¡Es decir que lo indecente lo tratamos con mayor modestia! Lo que es presentable no necesita cubrirse de esa manera. Dios ha dispuesto el cuerpo de tal manera que se le dé mayor honra a las partes que son menos presentables. Esto con el fin de que no haya ningún conflicto en el cuerpo, es decir, las distintas partes deben considerar igualmente de todas las demás. De modo que cuando una parte del cuerpo sufre, todas las demás partes sufren con ella, y cuando una parte del cuerpo es bien tratada, entonces todas las demás partes del cuerpo están felices también.

Ahora bien, ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno forma parte de él. En la iglesia, Dios ha asignado primero que algunos sean apóstoles, en segundo lugar, que otros sean profetas, y en tercer lugar, que algunos sean maestros. Luego están los que hacen milagros, los que tienen dones de sanidad, los que pueden ayudar a otros, los que son buenos en la administración, y los que pueden hablar distintos idiomas. No todos son apóstoles, o profetas, o maestros, o capaces de hacer milagros. No todos tienen dones de sanidad, o la capacidad de hablar distintos idiomas, o de interpretarlos. Pero ustedes deben poner sus corazones en los dones más importantes. Así que ahora les mostraré un mejor camino.

Si yo tuviera elocuencia en lenguas humanas—incluso en lenguas angelicales—pero no tengo amor, sería solo como un metal ruidoso o címbalo que resuena. Si profetizara, si conociera todos los misterios y tuviera todo conocimiento, y si pudiera tener una fe tal que pudiera mover montañas, pero no tengo amor, entonces nada soy. Si pudiera donar todo lo que poseo a los pobres, o si me sacrificara para ser quemado como mártir, y no tengo amor, entonces no habría logrado nada.

El amor es paciente y amable. El amor no es celoso. El amor no es jactancioso. El amor no es orgulloso. El amor no actúa de manera inapropiada ni insiste en salirse con la suya. El amor no es contencioso ni guarda registro de los errores. El amor no se deleita en el mal, sino que se alegra en la verdad. El amor nunca se rinde, sigue creyendo, mantiene la confianza, y espera con paciencia en todas las circunstancias.

El amor nunca falla. Las profecías se acabarán. Las lenguas se callarán. El conocimiento se volverá inútil. Porque nuestro conocimiento y nuestra comprensión profética están incompletos. Pero cuando esté completo, entonces lo que está incompleto desaparecerá. Cuando era un niño, hablaba como niño, pensaba como niño y razonaba como niño. Pero cuando crecí dejé atrás las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo con un reflejo borroso, pero entonces veremos cara a cara. Porque ahora solo tengo un conocimiento parcial, pero entonces conoceré por completo, tal como soy completamente conocido. La confianza, la esperanza, y el amor duran para siempre, pero el más importante es el amor.

¡Hagan del amor su objetivo más importante! Pero también hagan su mejor esfuerzo para lograr los dones espirituales, especialmente la capacidad de predicar el mensaje de Dios. Los que hablan en lengua no están hablando con las personas, sino con Dios, porque nadie puede entenderles, pues habla misterios en el Espíritu. No obstante, las palabras de los que hablan por Dios, edifican a la gente, proporcionan ánimo y consuelo. Los que hablan en una lengua se edifican solo a sí mismos, pero los que hablan el mensaje de Dios edifican a toda la iglesia. Desearía que todos ustedes hablaran en lenguas, pero preferiría que pudieran predicar el mensaje de Dios. Los que predican a Dios son más importantes que los que hablan en lenguas, a menos que interpreten lo que se ha dicho, a fin de que la iglesia sea edificada.

Hermanos y hermanas, si yo vengo a ustedes hablando en lenguas, ¿qué beneficio les aportaría si no les traigo una revelación, un conocimiento, o un mensaje profético, o una enseñanza? Incluso cuando se trata de objetos sin vida, tal como los instrumentos musicales, como la flauta o el harpa: si no producen notas claras ¿cómo sabremos qué melodía se está tocando? Del mismo modo, si la trompeta no emite un sonido claro, ¿quién se alistará para la batalla? Lo mismo ocurre con ustedes: a menos que hablen con palabras que sean fáciles de entender, ¿quién podrá saber lo que están diciendo? Lo que dicen se perderá en el viento. Sin duda alguna, hay muchos idiomas en este mundo, y cada uno tiene su significado. Pero si yo no comprendo el idioma, los que hablan no tienen sentido para mí, ni yo tengo sentido para ellos. Lo mismo ocurre con ustedes: si están ansiosos por tener dones espirituales, traten de tener muchos de los que edifican a la iglesia. Todo el que habla en una lengua debe orar para que se le dé la capacidad de traducir lo que dice. Porque si yo oro en voz alta en una lengua, mi espíritu está orando, ¡pero no aporta nada a mi comprensión!

Entonces ¿qué debo hacer? Oraré “en el Espíritu”, pero oraré con mi mente también. Cantaré “en el Espíritu”, pero cantaré con mi mente también. Pues si ustedes solo oran “en el Espíritu”, ¿Cómo podrán decir “amén” las personas comunes, después de tu oración de agradecimiento, si no entendieron lo que dijiste? Puede que hayas hecho una oración de agradecimiento maravillosa, ¡pero no ayudó a los demás! Doy gracias a Dios que puedo hablar en lenguas más que todos ustedes. Pero en la iglesia, preferiría pronunciar cinco palabras que sean entendidas por los demás, que diez mil palabras en una lengua que nadie entiende. Hermanos y hermanas, no piensen como niños. Sean inocentes como niños pequeños en lo que se refiere al mal, pero sean adultos en su comprensión. Como registra la Escritura: “‘Hablaré a mi pueblo por medio de otros idiomas y labios de extranjeros, pero incluso así no me escucharán,’ dice el Señor”.

Hablar en lenguas es una señal, no para los creyentes, sino para los que no creen. Hablar el mensaje profético de Dios es lo contrario: no es para los que no creen, sino para los que creen. Si toda la iglesia se reuniera y todos hablaran en lenguas, y llegaran allí ciertas personas que no entienden, o si llegan personas

que no creen, ¿no pensarán que todos ustedes están locos? Pero si todos hablan el mensaje de Dios, y alguno que no es creyente llega allí, o alguien que no entiende, se convencerá y sentirá el llamado por las palabras de todos. Los secretos de su corazón quedarán descubiertos, y caerán de rodillas y adorarán a Dios, afirmando que Dios está entre ustedes.

Entonces, hermanos y hermanas, ¿qué deben hacer? Cuando se reúnan, que distintas personas canten, o enseñen, o prediquen un mensaje especial, o hablen en lenguas, o den una interpretación. Pero todo debe hacerse para edificar y animar a la iglesia. Si alguno quiere hablar en una lengua, que sean solo dos, o máximo tres personas, tomando turnos, y que alguno interprete lo que se dice. Si no hay quien interprete, entonces los que hablan en lenguas deben guardar silencio y solo hablar para sí mismos y para Dios. Del mismo modo, permitan que hablen dos o tres de las personas que predican el mensaje profético de Dios, y dejen que todos los demás reflexionen sobre lo que se dijo. Sin embargo, si alguno de los que están sentados recibe una revelación, entonces quien estaba predicando debe darle la oportunidad de hablar. Todos ustedes pueden predicar acerca de Dios, uno a la vez, para que todos puedan aprender y animarse. Quienes predican acerca de Dios deben controlar su inspiración profética, porque Dios no es un Dios de desorden, sino de paz y calma. Y así es como deben hacerse las cosas en las iglesias del pueblo de Dios. “Las mujeres deben permanecer en silencio en las iglesias. No deberían hablar. Deben tener respeto por su situación, como lo dicen las leyes. Si ellas quieren aprender, pueden hacerlo en casa, preguntando a sus esposos. No es apropiado que una mujer hable en la iglesia”. ¿Qué? ¿Acaso la palabra de Dios comenzó con ustedes? ¿Fueron ustedes los únicos que la recibieron? Todo el que crea que es profeta, o que tiene algún don espiritual, debe saber que lo que les escribo es un mandato del Señor. Aquellos que ignoran esto serán ignorados también. Así que, mis hermanos y hermanas, que su objetivo sea predicar acerca de Dios. No prohíban el hablar en lenguas. Solo asegúrense de que todo sea hecho en orden y de manera apropiada.

Ahora quiero recordarles sobre la buena nueva que les anuncié. Ustedes la aceptaron y se han mantenido firmes en ella. Por medio de esta buena noticia es que ustedes son salvos, si se aferran al mensaje que les di. ¡De lo contrario, habrán creído sin propósito alguno! Yo les di lo que yo mismo también recibí, un mensaje de vital importancia: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme dice la Escritura; fue sepultado y resucitó de los muertos el tercer día, conforme dice la Escritura también. Se le apareció a Pedro, y después a los doce. Después de eso, se le apareció a más de cinco mil hermanos y hermanas al mismo tiempo, muchos de los cuales aún viven, aunque algunos murieron ya. Se le apareció a Santiago, luego a todos los apóstoles. Al final, se me apareció a mí también, que nací como en el tiempo equivocado. Porque soy el menos importante de todos los apóstoles, ni siquiera adecuado para ser llamado apóstol, siendo que perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia por mí no fue desperdiciada. Por el contrario, he trabajado con más esfuerzo que todos ellos, aunque no fui yo, sino la gracia de Dios obrando en mí. Así que no importa si soy yo o son ellos, este es el mensaje que compartimos con ustedes y que los llevó a creer en Dios.

Ahora, si el mensaje declara que Cristo resucitó de los muertos, ¿cómo es que algunos de ustedes dicen que no hay resurrección de los muertos? Si no hubiera resurrección de los muertos, entonces Cristo tampoco ha resucitado. Y si Cristo no resucitó, entonces nuestro mensaje es en vano, y su fe en Dios también lo es. Además, seríamos falsos testigos de Dios al decir que Dios levantó a Cristo de los muertos. Pero si es cierto que no hay resurrección, entonces Dios no levantó a Cristo de los muertos. Y si los muertos no resucitan, entonces Cristo no resucitó tampoco, y si Cristo no fue resucitado, la fe de ustedes en Dios es inútil, y todavía siguen en sus pecados. Esto también significa que los que murieron en Cristo están perdidos. Y si nuestra esperanza en Cristo solo es para esta vida, nadie es más digno de lástima que nosotros.

Pero Cristo fue levantado de los muertos, las primicias de la cosecha de los que han muerto. Así como la muerte vino por un hombre, la resurrección de los muertos también vino por un hombre. Así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán resucitados. Pero cada uno a su tiempo: Cristo como las primicias, y luego los que pertenecen a Cristo, cuando él venga. Después de esto vendrá el fin, cuando Cristo entregue el reino al Padre, después de haber destruido a todos los gobernantes, autoridades y potencias. Cristo tiene que gobernar hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte. Como dice la Escritura: “Él puso todo bajo sus pies”. (Por supuesto, cuando dice que “todo” está bajo sus pies, es obvio que no se refiere a Dios, quien puso todo bajo la autoridad de Cristo). Cuando todo haya sido puesto bajo la autoridad de Cristo, entonces el Hijo también se pondrá bajo la autoridad de Dios, para que Dios, quien le dio autoridad al Hijo sobre todas las cosas, pueda ser todo en todas las cosas.

De otro modo, ¿qué harán las personas que son bautizadas por los muertos? Si los muertos no resucitan, ¿por qué bautizar a la gente por ellos? En cuanto a nosotros, ¿por qué nos exponemos al peligro en todo momento? Déjenme decirles claramente, mis hermanos y hermanas: Yo muero cada día. Y esto es tan seguro como el orgullo que tengo por lo que Cristo ha hecho en ustedes. Humanamente hablando, ¿qué ganaría yo discutiendo con las personas que están en Éfeso, que son como bestias salvajes, si los muertos no resucitan? Si es así, entonces “¡comamos y bebamos, que mañana moriremos”!

No se dejen engañar: “las malas compañías dañan el buen carácter”. ¡Recobren la razón y dejen de pecar! Algunos entre ustedes no conocen a Dios. Y les digo esto para avergonzarlos.

Por supuesto, alguno preguntará: “¿Cómo resucitan los muertos? ¿Qué tipo de cuerpo tendrán?” ¡Cuán necia es esta pregunta! Lo que sembramos no germina a menos que muera. Cuando ustedes siembran, no siembran la planta como esta es al crecer, sino la semilla solamente, ya sea trigo o cualquier otra semilla que estén sembrando. Dios hace que la planta crezca de la

manera que él lo ha determinado, y cada semilla produce plantas distintas, con diferentes formas. Los seres vivos están hechos de diferentes formas. Los seres humanos tienen un tipo de tejido en sus cuerpos, mientras que los animales tienen otro, las aves otro, y los peces, otro. Hay cuerpos celestiales y cuerpos terrenales. Los cuerpos celestiales tienen un tipo de belleza, mientras que los cuerpos terrenales tienen otro tipo. El sol brilla de una manera, la luna de otra manera, mientras que las estrellas también son diferentes, cada una brillando de manera distinta.

Lo mismo ocurre con la resurrección de los muertos. El cuerpo es enterrado en descomposición, pero es resucitado para perdurar eternamente. Es sembrado con tristeza, pero es levantado en gloria. Es enterrado en debilidad, pero es levantado en poder. Es enterrado como un cuerpo natural, pero es levantado como un cuerpo espiritual. Pues así como hay cuerpos naturales, también hay cuerpos espirituales. Como dice la Escritura: "El primer hombre, Adán, se convirtió en un ser vivo;" pero el último Adán, en un espíritu que da vida. El Adán espiritual no vino primero, sino el natural. El Adán espiritual vino después. El primer hombre vino del polvo de la tierra; el segundo vino del cielo. Las personas terrenales son como el hombre hecho de la tierra; las personas celestiales son como el hombre que vino del cielo. Así como heredamos la semejanza del hombre terrenal, también heredaremos la semejanza del hombre celestial. No obstante, les digo, mis hermanos y hermanas: nuestros cuerpos presentes no pueden heredar el reino de Dios. Estos cuerpos mortales no pueden heredar lo eterno.

Escuchen, voy a revelarles un misterio: No todos moriremos, pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de un ojo, al sonido de la última trompeta. Esta sonará, y los muertos serán levantados para no morir más, y nosotros seremos transformados. Porque este cuerpo corruptible debe vestirse de un cuerpo incorruptible. Esta vida mortal debe vestirse de inmortalidad. Cuando este cuerpo corruptible se haya vestido de un cuerpo incorruptible, y esta vida mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que dice la Escritura: "La muerte ha sido completamente conquistada y destruida. Muerte, ¿dónde está tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón"? El aguijón que causa la muerte es el pecado; y el poder del pecado es la ley; pero alabemos a Dios, quien nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Así que, mis queridos hermanos y hermanas: sean fuertes, permanezcan firmes, haciendo todo lo que puedan por la obra del Señor, pues saben que ninguna cosa que hagan por él es en vano.

En cuanto a "recoger dinero para los hermanos creyentes", les doy las mismas instrucciones que les di a las iglesias de Galacia. El primer día de la semana, todos deben apartar dinero del que han ganado. No quisiera que se recogiera dinero cuando estoy con ustedes. Cuando llegue, escribiré cartas de recomendación para la persona que escojan, y esa persona llevará sus donativos a Jerusalén. Si resulta que yo puedo ir también, entonces ellos pueden ir conmigo.

Después de haber ido a Macedonia, tengo planes de ir a visitarlos. Debo pasar por allí de camino a Macedonia y puedo quedarme con ustedes por un tiempo, quizás por la temporada de invierno, y después podrán enviarme nuevamente de camino hacia donde voy. Esta vez no quiero ir a verlos por poco tiempo. Espero poder quedarme más tiempo con ustedes, si el Señor lo permite. Sin embargo me quedaré en Éfeso hasta el Pentecostés, porque se me ha presentado una gran oportunidad allí, aunque tengo también muchos opositores.

Ahora, si Timoteo llega, asegúrense de que no tenga ningún temor de estar con ustedes, porque él está trabajando por el Señor tal como yo lo hago. No permitan que nadie lo menosprecie. Envíenlo con alegría en su viaje para que pueda venir a verme. Los hermanos, hermanas y yo estamos esperándolo. En cuanto a nuestro hermano Apolo: le insistí en que fuera a verlos junto con los otros creyentes, pero no tenía disposición de ir en el momento. Él irá a visitarlos cuando tenga la oportunidad de hacerlo.

Estén alerta. Manténganse firmes en su confianza en Dios. Tengan valor. Sean fuertes. Todo lo que hagan, háganlo con amor. Ustedes saben que Estéfanas y su familia estaban entre los primeros conversos de Acaya, y se dedicaron a ayudar al pueblo de Dios. Les ruego, hermanos y hermanas, que respeten su liderazgo, y así mismo a todos los que ayudan en la obra con tanta dedicación. Me alegro de que Estéfanas, Fortunata y Acaico hayan llegado, porque lograron lo que ustedes no pudieron hacer. Ellos han sido fuente de mucho ánimo para mí, y para ustedes. Las personas como ellos merecen el reconocimiento de ustedes.

Las iglesias de Asia envían su saludo. Aquila y Priscila, junto con la iglesia que se congrega en su casa, envían sus mejores deseos. Todos los hermanos y hermanas aquí envían su saludo. Salúdense unos a otros con afecto. Yo, Pablo, escribo este saludo con mi propia mano. Cualquiera que no ama al Señor debe ser excluido de la iglesia. ¡Ven Señor! Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con ustedes. Reciban mi amor para todos ustedes en Cristo Jesús. Amén.

2 Corintios

Segunda carta de Pablo a los Corintios

Esta carta viene de parte de Pablo, apóstol de Jesucristo, conforme a la voluntad de Dios, y de parte de Timoteo, nuestro hermano. Es enviada a la iglesia de Dios en Corinto, así como a todo el pueblo de Dios que está por toda la región de Acaya. Reciban gracia y paz de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

¡Alaben a Dios, el padre de nuestro Señor Jesucristo! Él es el Padre misericordioso, y Dios de toda consolación. Él nos consuela en todas nuestras aflicciones, para que podamos consolar también a otros con el consuelo que recibimos de Dios. Cuanto más participamos de los sufrimientos de Cristo, tanto más abundante es el consuelo que recibimos de él. Si estamos angustiados, es para su consuelo y salvación. Si estamos siendo consolados, es para consuelo de ustedes, que los ayuda a soportar con paciencia los mismos sufrimientos que nosotros padecemos. Confiamos en gran manera en ustedes, sabiendo que así como participan de nuestros sufrimientos, también participan de nuestro consuelo.

Hermanos y hermanas, no les ocultaremos los problemas que tuvimos en Asia. Estábamos tan agobiados que temíamos no tener las fuerzas para continuar, tanto así que dudábamos de que pudiéramos salir con vida. De hecho, era como una sentencia de muerte dentro de nosotros. Esto nos sirvió para dejar de depender de nosotros mismos y comenzar a confiar en Dios, quien levanta a los muertos. Él nos salvó de la muerte, y pronto lo hará otra vez. Tenemos plena confianza en que Dios seguirá salvándonos. Ustedes nos ayudan con sus oraciones. De este modo, muchos agradecerán a Dios por la bendición que Dios nos dará en respuesta a las oraciones de muchos.

Nos enorgullecemos en el hecho—y nuestra conciencia lo confirma—de que hemos actuado de manera apropiada con las personas, especialmente con ustedes. Hemos seguido los principios de Dios de santidad y sinceridad, no conforme a la sabiduría mundanal, sino por la gracia de Dios. Porque no escribimos ninguna cosa complicada que ustedes no puedan leer o comprender. Espero que ustedes al final entiendan, aunque ahora solo entiendan en parte, a fin de que cuando el Señor venga, ustedes estén orgullosos de nosotros, como nosotros de ustedes.

Como yo estaba tan seguro de su confianza en mí, hice planes para venir a visitarlos primero. Así ustedes se habrían beneficiado doblemente, pues iría desde donde están ustedes a Macedonia, y luego volvería desde Macedonia a donde ustedes nuevamente. Luego yo les habría pedido que me enviaran de camino a Judea. ¿Por qué cambié mi plan original? ¿Creen que tomo decisiones a la ligera? ¿Creen que cuando hago planes soy como cualquier persona del mundo que dice Sí y No al mismo tiempo? Así como Dios es digno de confianza, cuando nosotros les damos nuestra palabra, no es Sí y No a la vez. La verdad del Hijo de Dios, Jesucristo, fue anunciada a ustedes por medio de nosotros—Silvano, Timoteo y yo—y no fue Sí y No. ¡En Cristo la respuesta es definitivamente Sí! No importa cuántas promesas Dios haya hecho, en Cristo la respuesta siempre es Sí. Por él, respondemos diciendo Sí a la gloria de Dios. Él nos ha dado a nosotros y también a ustedes la fuerza para permanecer firmes en Cristo. Dios nos ha ungido, ha puesto su sello de aprobación sobre nosotros, y nos ha dado la garantía del Espíritu en nuestros corazones. Pongo a Dios como mi testigo que la razón por la que decidí no ir a Corinto fue para no causarles dolor. El propósito de esto no es dictarles la manera en que deben relacionarse con Dios, sino porque queremos ayudarlos a tener una experiencia de gozo, porque es a través de la fe en Dios que permanecemos firmes.

Por eso decidí que evitaría otra visita triste con ustedes. Porque si les causo tristeza, ¿quién estará allí para alegrarme a mí? ¡No serán ustedes mismos, a quienes entristecí! Por eso escribí lo que escribí, para no estar triste por los que deberían causarme alegría. Estaba muy seguro de que todos ustedes participarían de mi felicidad. Lloré mucho cuando les escribí, en gran angustia y con un corazón cargado, no para entristecerlos, sino para que supieran cuánto los amo.

Sin exagerar, pero la persona que causó mi tristeza, provocó más dolor a todos ustedes que a mí. Esta persona sufrió suficiente castigo por parte de la mayoría de ustedes, así que ahora deben perdonarlo y ser amables con él. De lo contrario, podría hundirse en el remordimiento. Así que yo los animo a que públicamente confirmen su amor hacia él. Por eso escribí, para poder Conocer el carácter de ustedes y comprobar si están haciendo lo que se les enseñó. A todo el que ustedes perdonen, yo también perdono. Lo que he perdonado, sea lo que sea, lo he perdonado ante Cristo, en beneficio de ustedes. De este modo, Satanás no podrá llevarnos hacia el pecado, porque conocemos las trampas que él inventa.

Cuando llegué a Troas para predicar la buena noticia de Cristo, el Señor puso delante de mí una oportunidad. Pero mi mente no estaba en paz porque no podía encontrar a mi hermano Tito. De modo que me despedí y me fui hacia Macedonia.

¡Pero gloria a Dios, que siempre nos guía hacia la victoria en Cristo, y revela un dulce aroma de su conocimiento a través de nosotros, dondequiera que vamos! Somos como una fragancia de Cristo para Dios, que se eleva entre los que son salvos así como entre los que mueren. Para los que mueren, es el aroma de la descomposición, pero para los que son salvos, es el aroma de la vida. ¿Pero de quién depende esta tarea? No somos como la mayoría, que hacen negocios con la palabra de Dios por conveniencia. Muy por el contrario: somos sinceros al predicar la palabra de Dios en Cristo, sabiendo que él nos ve.

¿Acaso estamos empezando a hablar bien de nosotros mismos una vez más? ¿O necesitamos una carta de recomendación para ustedes, o de parte de ustedes, como algunos? Ustedes son nuestra carta de recomendación, escrita en nuestros corazones, la cual todo el mundo conoce y puede leer. Ustedes demuestran que son una carta de Cristo, entregada por nosotros; no escrita con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo;

no escrita sobre piedras, sino en corazones humanos. Tenemos plena confianza ante Dios por medio de Cristo. No porque consideremos que nosotros mismos podemos hacerlo, sino que Dios nos da este poder. También nos da la capacidad de ser ministros de un nuevo acuerdo, no basado en la letra de la ley, sino en el Espíritu. La letra de la ley mata, pero el Espíritu da vida. Sin embargo, la antigua forma de relacionarnos con Dios, escrita en piedras, terminó en muerte, aunque fue entregada con la gloria de Dios, tanto así, que los israelitas no pudieron soportar ver el rostro de Moisés porque era muy brillante, aunque esa gloria se estaba desvaneciendo. Si fue así, ¿no debería venir con mayor gloria la nueva forma de relacionarnos con Dios en el Espíritu? ¡Si la antigua forma que nos condena trae gloria, la nueva forma, que nos justifica, trae consigo mucha más gloria todavía! Porque las cosas viejas que una vez fueron gloriosas, no tienen gloria en comparación con la increíble gloria de lo nuevo. Si lo viejo, que se desvanece, tenía gloria, lo nuevo, que no se acaba, tiene mucha más gloria.

¡Y como tenemos esta esperanza segura, hablamos sin temor! No tenemos que ser como Moisés, que tuvo que ponerse un velo para cubrir su rostro y así los israelitas no fueran enceguecidos por la gloria, aunque ya se estaba desvaneciendo. No obstante, sus corazones se endurecieron. Porque desde ese entonces hasta ahora, cuando se lee el antiguo pacto, permanece el mismo "velo". Incluso hoy, cada vez que se leen los libros de Moisés, un velo cubre sus mentes. Pero cuando se convierten y aceptan al Señor, el velo se quita. Ahora bien, el Señor es el Espíritu, y dondequiera está el Espíritu del Señor, hay libertad. Así que todos nosotros, con nuestros rostros descubiertos, vemos y reflejamos al Señor como en un espejo. Estamos siendo transformados conforme a la misma imagen del espejo, cuya gloria es cada vez más brillante. Esto es lo que hace el Señor, que es el Espíritu.

Así pues, como Dios en su misericordia nos ha proporcionado esta nueva manera de relacionarnos con él, no nos rendimos. Pero sí hemos renunciado a los actos secretos y vergonzosos. No actuamos con engaño ni distorsionamos la Palabra de Dios. Nosotros demostramos lo que somos al revelar la verdad ante Dios, a fin de que todos puedan decidirse a conciencia. Aún si la nueva noticia que compartimos está velada, lo está para los que mueren. El dios de este mundo ha cegado las mentes de los que no creen en Dios. Ellos no pueden ver la luz de la buena noticia de la gloria de Cristo, quien es la imagen de Dios.

No nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor. De hecho, somos siervos de ustedes por causa de Jesús. Porque el Dios que dijo: "Que brille la luz en medio de la oscuridad", brilló en nuestros corazones para iluminar el conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasijas de barro, para demostrar que este poder supremo proviene de Dios y no de nosotros.

Nos atacan por todos lados, pero no estamos derrotados. Estamos confundidos en cuanto a qué hacer, pero nunca desesperados. Estamos perseguidos, pero nunca abandonados por Dios. ¡Estamos derribados, pero no destruidos! En nuestros cuerpos siempre participamos de la muerte de Jesús, para así también poder demostrar la vida de Jesús en nuestros cuerpos. Aunque vivimos, estamos siempre bajo amenaza de muerte por causa de Jesús, a fin de que la vida de Jesús pueda revelarse en nuestros cuerpos mortales. En consecuencia, enfrentamos la muerte para que ustedes tengan vida.

Como tenemos el mismo espíritu de confianza en Dios al que se refiere la Escritura cuando dice: "Creí en Dios, por tanto hablé", nosotros también creemos en Dios y hablamos de él. Sabemos que Dios, quien resucitó a Jesús, también nos resucitará con él, y nos llevará a su presencia con ustedes. ¡Todo es por ustedes! Cuantos más alcance la gracia de Dios, mayor será nuestro agradecimiento a él, a su gloria. Por eso no nos rendimos. Aunque nuestros cuerpos físicos están cayéndose a pedazos, nuestro interior se renueva cada día. Estas tribulaciones triviales que tenemos, apenas duran un poco de tiempo, pero producen para nosotros gloria eterna. No nos interesa lo visible, porque aspiramos a lo invisible. Lo que vemos es temporal, pero lo que no vemos es eterno.

Sabemos que cuando esta "tienda de campaña" terrenal en la que vivimos sea derribada, tenemos una casa preparada por Dios, no hecha por manos humanas. Es eterna, y está en el cielo. Suspiramos en nuestro anhelo por esto, deseando con ansias ser vestidos de este nuevo hogar celestial. Cuando tengamos este vestido, ya no nos veremos desnudos. Aunque estamos en esta "tienda" suspiramos, agobiados por esta vida. No deseamos tanto ser desvestidos de lo que nos ofrece esta vida, sino que ansiamos aquello con lo que seremos revestidos, para que lo mortal sea aplastado por la vida. Dios mismo preparó todo esto para nosotros, y nos dio al Espíritu como garantía. Por ello mantenemos la fe, sabiendo que aunque estamos en casa, con nuestros cuerpos físicos, estamos lejos del Señor. (Pues vivimos por la fe en el Señor, y no por vista). Como les digo, estamos seguros, deseando estar lejos del cuerpo para poder estar en casa con el Señor. Por eso nuestra meta, ya sea que estemos en nuestro cuerpo o no, es agradarle. Porque todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo. Y cada uno de nosotros recibirá lo que merece por lo que hayamos hecho en esta vida, ya sea bueno o malo.

Sabiendo lo que es el temor al Señor, tratamos de convencer a otros. Para Dios es claro lo que somos, y espero que esté claro en sus mentes también. Una vez más, no intentamos hablar bien de nosotros mismos, sino que tratamos de darles a ustedes la oportunidad de que se sientan orgullosos de nosotros, a fin de que puedan responderle a los que se enorgullecen de lo exterior y no de lo interior. Si estamos "locos" es por Dios. Si somos sensatos, es por ustedes. El amor de Cristo nos obliga, porque estamos completamente seguros de que él murió por todos y así todos murieron. Cristo murió por todos para que ya no vivieran para sí mismos, sino para él, quien murió y resucitó para ellos.

De ahora en adelante ya no miramos a nadie desde el punto de vista humano. Aunque una vez vimos a Cristo de esta manera, ya no lo hacemos. Por eso todo el que está en Cristo es un nuevo ser. ¡Lo viejo ya se ha ido y ha llegado lo nuevo! Dios lo hizo transformándonos de enemigos en amigos por medio de Cristo. Dios

nos encomendó este mismo trabajo de convertir a sus enemigos en sus amigos. Porque Dios estaba en Cristo trayendo al mundo de regreso de la hostilidad a la amistad con él, sin contar sus pecados, y dándonos este mensaje para convertir a sus enemigos en sus amigos. De modo que somos embajadores de Cristo, como si él rogara por nosotros: "Por favor, vuelvan a él y sean sus amigos" Dios hizo que Jesús, quien nunca pecó, experimentara las consecuencias del pecado para que nosotros pudiéramos tener un carácter recto, así como Dios es recto.

Como colaboradores de Dios, también les rogamos que no acepten la gracia de Dios en vano. Tal como Dios dijo: "En el momento apropiado te escuché, y en el día de salvación te salvé". Créanme, ¡ahora es el momento apropiado! ¡Ahora es el día de salvación! Nosotros no ponemos obstáculos en el camino de nadie para que ningunno tropiece, asegurándonos de que nadie critique la obra que hacemos. En lugar de ello tratamos de demostrar que somos buenos siervos de Dios en todas las formas posibles. Con mucha paciencia soportamos todo tipo de problemas, dificultades y angustias. Hemos sido azotados, llevados a la cárcel y atacados por turbas. Nos han hecho trabajar hasta el cansancio, soportando noches sin dormir y con hambre. Viviendo vidas irreprensibles en el conocimiento de Dios, con mucha paciencia, siendo amables y llenos del Espíritu Santo, mostrando amor sincero. Hablamos con fidelidad, viviendo en el poder de Dios. Nuestras armas son lo verdadero y lo recto; atacamos con nuestra mano derecha y nos defendemos con la izquierda, Nosotros seguimos, no importa si recibimos honra o deshonra, si somos maldecidos o alabados. La gente nos llama fraude, pero nosotros decimos la verdad. Somos menospreciados, aunque somos reconocidos; nos han dado por muertos, pero aún estamos vivos; nos han dado latigazos pero no hemos muerto. ¡Nos han considerado como miserables, pero siempre estamos gozosos; como pobres, pero hacemos ricos a muchos; nos han considerado como desamparados, pero lo tenemos todo!

Les he hablado con franqueza, mis amigos de Corinto, abriéndoles todo mi corazón. No les hemos negado nuestro amor, pero ustedes sí lo han hecho. ¡Como si fueran mis hijos, les ruego que correspondan, y amen con todo el corazón!

No se junten con los que no creen. ¿Acaso qué relación tiene el bien con el mal? O ¿qué tienen en común la luz con las tinieblas? ¿Podrían alguna vez estar de acuerdo Cristo y el diablo? ¿Cómo podrían compartir juntos un creyente con un incrédulo? ¿Qué compromiso podría existir entre el Templo de Dios con los ídolos? Pues nosotros somos Templo del Dios vivo, tal como Dios dijo: "Viviré en ellos y caminaré en medio de ellos. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo". "Así que abandónenlos y apártense de ellos, dice el Señor. No toquen nada impuro, y los aceptaré". "Seré como un Padre para ustedes, y ustedes serán mis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso".

Queridos amigos, dado que tenemos estas promesas, limpiémonos de todo lo que contamina nuestro cuerpo y espíritu, procurando la santidad que nace de la reverencia a Dios. ¡Por favor, abran un espacio para nosotros en sus corazones! No le hemos hecho mal a nadie, no hemos corrompido a nadie, ni nos hemos aprovechado de nadie. No lo digo para condenarlos a ustedes, pues como ya les dije, ustedes son muy importantes para nosotros, tanto, que estamos dispuestos a vivir y morir con ustedes. Les hablo con confianza porque estoy orgulloso de ustedes. Son una fuente de ánimo para mí. Y estoy muy contento de ustedes a pesar de todas nuestras dificultades.

Cuando llegamos a Macedonia, no tuvimos ni un minuto de paz. Recibimos ataques por todas partes, por causa de conflictos externos así como de miedos internos. Aun así, Dios, quien alienta a los abatidos de corazón, nos animó con la llegada de Tito. Y no solo con su llegada, sino con el ánimo que ustedes le dieron a él. Él nos contó cuánto deseaban verme, cuán tristes y preocupados estaban por mí, lo cual me hizo aún más feliz. Aunque los hice entristecer con la carta que les escribí, no me arrepiento, aunque sí me arrepiento porque la carta los haya entristecido, pero fue solo por un poco tiempo. Ahora estoy feliz, no por entristecerlos, sino porque esa tristeza los hizo cambiar. Llegaron a sentir la tristeza de una manera que Dios aprueba, por lo tanto no les hicimos daño de ninguna manera. La tristeza que Dios quiere que sintamos es la que nos lleva al arrepentimiento y trae salvación. Esta clase de tristeza no trae consigo ningún tipo de remordimiento, pero la tristeza mundanal trae muerte. Miren, por ejemplo, lo que ocurrió cuando tuvieron esta misma experiencia de tristeza que viene de Dios. Recuerden cuán empeñados y afanados se volvieron por defenderse, cuánto enojo sintieron por lo que había sucedido, con cuanta seriedad asumieron las cosas, y cuánto anhelo tenían por hacer lo recto; estaban muy preocupados y deseosos de que se hiciera justicia. En todo esto ustedes demostraron que eran sinceros en su deseo de hacer las cosas rectamente.

Así que cuando les escribí, no era para hablarles respecto al agresor ni del agredido, sino para mostrarles cuán fieles son ustedes a nosotros, ante los ojos de Dios. Esto nos anima en gran manera. Además de este ánimo, nos alegró ver cuán feliz estaba Tito porque ustedes le dieron fortaleza. Me enorgullecí de ustedes al hablar con él, y no me defraudaron. Así como todas las demás cosas que les digo son verdaderas, mis elogios sobre ustedes hacia Tito resultaron ser verdaderos también. Él se preocupa por ustedes aún más al recordar que ustedes hicieron todo lo que él les pidió y lo recibieron con mucho respeto. Me siento muy feliz de poder confiar plenamente en ustedes.

Hermanos y hermanas, queremos contarles sobre la gracia de Dios hacia las iglesias de Macedonia. Aunque han sufrido mucha angustia, rebosan de felicidad; y aunque son muy pobres, también rebosan de generosidad. Puedo dar testimonio de que dieron todo lo que pudieron y, de hecho, más que eso. Por decisión propia siguieron rogando con nosotros para tener parte en este privilegio de participar en el ministerio al pueblo de Dios. No solo hicieron lo que esperábamos que hicieran, sino que se entregaron completamente al Señor y luego a nosotros, como Dios lo quería. Así que hemos animado a Tito—ya que él fue quien inició esta obra con ustedes—para que regrese y termine con ustedes este ministerio de gracia.

Ya que ustedes tienen abundancia en todas las cosas—confianza en Dios, conocimiento espiritual, total dedicación, y amor por nosotros— asegúrense de que esta abundancia que poseen también llegue a este ministerio de dadivosidad. No los estoy obligando a hacer esto, sino a que demuestren la sinceridad de su amor, comparado con la dedicación de los otros. Porque ustedes conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Que aunque era rico, se volvió pobre por ustedes, a fin de que a través de su pobreza ustedes pudieran llegar a ser ricos. Este es mi consejo: sería bueno que terminaran lo que comenzaron. El año pasado ustedes fueron no solo los primeros en dar sino también los primeros en querer hacerlo. Ahora, terminen los planes que hicieron. Sean prestos para terminar así como lo fueron para hacer planes, y den según lo que puedan dar. Si hay disposición, es bueno que den de lo que tengan, y no lo que no tienen. El propósito no es hacer que las cosas sean fáciles para los demás y difíciles para ustedes, sino justas. En este momento ustedes tienen más que suficiente para suplir sus necesidades, y a la vez, cuando ellos tengan más que suficiente podrán satisfacer las necesidades de ustedes. De esta manera todos reciben un trato justo. Como dice la Escritura: "El que tenía mucho, no tenía en exceso, y el que no tenía mucho, tampoco tenía muy poco".

Gracias a Dios que le dio a Tito la misma devoción que yo tengo por ustedes. Aunque aceptó hacer lo que le dijimos, viene a verlos porque realmente desea hacerlo, y porque ya lo había decidido. También enviamos con él a un hermano que es elogiado por todas las iglesias por su obra en la predicación de la buena noticia. También fue designado por las iglesias para que fuera con nosotros a entregar esta ofrenda que llevamos con nosotros. Lo hacemos para honrar al Señor y para mostrar nuestro ferviente deseo de ayudar a otros. Queremos evitar que alguno pueda criticar la manera como usamos este regalo. Nos interesa hacer las cosas de manera correcta, no solo a los ojos del Señor, sino también ante los ojos de todos. También enviamos con ellos a otro hermano que ha demostrado en muchas ocasiones ser un hombre de confianza, y que está dispuesto a ayudar. Ahora tiene aún más disposición de ayudar por la gran confianza que tiene en ustedes. Si alguno pregunta sobre Tito, digan que es mi compañero. Trabaja conmigo en favor de ustedes. Los otros hermanos son representantes de las iglesias y que honran a Cristo. Así que les ruego que los reciban antes que todas las demás iglesias y les muestren su amor, demostrando así que tenemos razón en estar muy orgullosos de ustedes.

Realmente no necesito escribirles sobre esta ofrenda para el pueblo de Dios. Sé cuán prestos están para ayudar. De hecho, elogié esto en Macedonia, diciendo que en Acaya ustedes han estado prestos por más de un año, y que su entusiasmo ha animado a muchos de ellos a dar. Pero envío a estos hermanos para que los elogios que hago de ustedes no sean hallados falsos, y que estén preparados, tal como dijeron que lo harían. Esto lo digo en caso de que algunos de Macedonia lleguen conmigo y ustedes no estén listos. Nosotros, – y sabemos que ustedes también – nos sentiríamos muy avergonzados de que este proyecto fracasara. Por eso decidí pedir a estos hermanos que los visiten antes, y finalicen los arreglos necesarios para recoger esta ofrenda, de tal modo que esté lista como un regalo y no como una obligación.

Quisiera recordarles esto: Si siembran poco, cosecharán poco; pero si siembran con abundancia, cosecharán abundancia. Cada uno debe dar según lo que haya decidido dar, y no de mala gana o por obligación, porque Dios ama a los que dan con espíritu alegre. Dios puede proveerles todo para que nunca les falte nada; con abundancia, para que ayuden a otros también. Como dice la Escritura: "Él da con generosidad a los pobres. Su generosidad es eterna". Dios, quien provee la semilla para el sembrador y da el pan para la comida, proveerá y multiplicará su "semilla" y aumentará sus cosechas de generosidad. Serán ricos en todas las cosas, a fin de que puedan ser siempre generosos y su generosidad lleve a otros a estar agradecidos con Dios. Cuando sirvan de esta forma, no solo se satisfacen las necesidades del pueblo de Dios, sino que muchos darán gracias a él. Al dar esta ofrenda, demuestran su carácter y los que la reciben agradecerán a Dios por su obediencia, pues ella demuestra su compromiso con la buena nueva de Cristo y su generosidad al darles a ellos y a todos los demás. Entonces ellos orarán por ustedes con más amor, por la abundante gracia de Dios obrando por medio de ustedes. ¡Gracias a Dios porque su don es más grande que lo que las palabras pueden expresar!

Yo mismo, Pablo, los insto personalmente, por la bondad y la ternura de Cristo. El mismo Pablo que es "tímido" cuando está con ustedes, pero que es "osado" cuando no está allá. Les ruego para que la próxima vez que esté con ustedes, no tenga que ser tan duro como pienso que tendré que ser, confrontando abiertamente a los que piensan que nosotros nos comportamos de forma mundana. Aunque vivimos en este mundo, no peleamos como el mundo. Nuestras armas no son de este mundo, pero tenemos el poder de Dios que destruye fortalezas del pensamiento humano, y derriba teorías engañosas. Todo muro que se interpone contra el conocimiento de Dios es derribado. Todo pensamiento rebelde es capturado y conducido a un acuerdo de obediencia a Cristo. Cuando ustedes estén obedeciendo a Cristo por completo, entonces estaremos listos para castigar cualquier desobediencia.

¡Miren lo que tienen delante de sus ojos! Todo el que crea que pertenece a Cristo debe pensarlo dos veces, porque así como ellos pertenecen a Cristo, nosotros también le pertenecemos. Aunque pareciera que me enorgullezco mucho de nuestra autoridad, no me avergüenzo de ello. El Señor nos dio esta autoridad para edificarlos a ustedes, no para destruirlos. No intento asustarlos con mis cartas. La gente dice: "Sus cartas son duras y severas, pero en persona es débil, y es un orador inútil". Este tipo de personas deberían comprender que lo que decimos por cartas cuando no estamos allá, lo haremos cuando sí estemos allá. No somos tan arrogantes como para compararnos con los que se tienen en un concepto muy alto. ¡Los que se miden a sí mismos, y se comparan consigo mismos, son totalmente necios! Pero no nos jactamos con términos extravagantes que no puedan medirse. Sencillamente medimos lo que hemos hecho usando el sistema de medida que Dios nos ha dado, y eso los incluye a ustedes. No estamos abusando de nuestra autoridad al decir esto, como si

no hubiéramos estado entre ustedes, porque realmente sí estuvimos allí y compartimos con ustedes la buena noticia de Cristo. Nosotros no nos estamos jactando con términos extravagantes que no puedan medirse, reclamando crédito por lo que otros han hecho. Por el contrario, esperamos que a medida que su fe en Dios aumenta, nuestra obra entre ustedes crezca en gran manera. Entonces podremos compartir la buena noticia en lugares que están más allá, sin jactarnos de lo que ya ha sido hecho por otros. "Si alguno quiere jactarse, que se jacte en el Señor". No reciben respeto los que se elogian a sí mismos, sino a los que el Señor elogia.

Espero que puedan soportarme unas cuantas necedades más. ¡Bueno, de hecho, ya me soportan a mí mismo! Sufro de una agonía por el celo divino que siento por ustedes, pues les prometí un solo esposo—Cristo—a fin de presentarlos a ustedes como una mujer virgen y pura para él. Me preocupa que, de algún modo, así como la serpiente engañó a Eva con su astucia, ustedes puedan ser descarriados en su forma de pensar sobre su compromiso sincero y puro con Cristo. Si alguno llega a hablarles sobre un Jesús distinto al que nosotros hemos compartido con ustedes, fácilmente ustedes concuerdan con ellos, aceptando un espíritu diferente al que han recibido, y una buena noticia distinta a la que creyeron.

No me considero inferior a estos "súper apóstoles". Aunque no sea muy talentoso para dar discursos, sé de lo que hablo. Les hemos explicado esto claramente y de todas las maneras posibles. ¿Fue un error que me humillara para exaltarlos a ustedes, siendo que compartí la buena noticia con ustedes sin beneficio económico alguno? Despojé a otras iglesias, recibiendo pago de ellas para poder trabajar en favor de ustedes. Cuando estuve allá con ustedes y necesité algo, no fui carga para nadie, porque los creyentes que venían de Macedonia se hicieron cargo de mis necesidades. Estuve decidido a no ser carga para ustedes y nunca lo seré. Esto es tan cierto como la verdad de que Cristo está en mí: ¡No hay nadie en toda Acaya que me impida jactarme de esto! ¿Y por qué? ¿Acaso es porque no los amo? ¡Dios mismo sabe que sí los amo! Y seguiré haciendo lo que siempre he hecho, para eliminar cualquier oportunidad que otros puedan tener de jactarse de que su obra es igual a la nuestra. Estas personas son falsos apóstoles, obreros deshonestos, que fingen ser apóstoles de Cristo. No se sorprendan de esto porque incluso Satanás mismo finge ser un ángel de luz. Así que no se extrañen de que los que le sirven finjan ser agentes del bien. Pero su final será conforme a sus obras.

Permítanme decirlo nuevamente: por favor, no crean que estoy siendo necio. No obstante, si así lo creen, acéptenme como un necio, y permítanme jactarme un poco. Lo que estoy diciendo no es como lo diría el Señor, con todo este orgullo. Pero como muchos andan por ahí jactándose como lo hace el mundo, entonces permítanme hacerlo también. (Ustedes son felices de soportar necios, pues son muy sabios) Soportan a personas que los esclavizan, que les roban, que los explotan, que los humillan con su arrogancia, y que los abofetean. ¡Lamento tanto que nosotros fuimos muy débiles para soportar algo así! Pero sean cuales sean las razones por las cuales la gente se jacta, me atrevo a hacerlo también. (En esto hablo como necio una vez más).

¿Es porque son hebreos? Yo también. ¿Es porque son israelitas? Yo también. ¿Es porque son descendientes de Abraham? Yo también lo soy. ¿Es porque son siervos de Cristo? (Esto podría sonar como una locura). Pero yo he hecho mucho más. He trabajado con más esfuerzo, me han llevado preso en muchas más ocasiones, me han azotado más veces de las que puedo contar, he enfrentado la muerte una y otra vez. Cinco veces he recibido de los judíos cuarenta latigazos menos uno. Tres veces fui golpeado con palos, una vez fui apedreado, tres veces naufragué. Una vez duré veinticuatro horas a la deriva en el océano. Durante muchas ocasiones he afrontado los peligros de cruzar ríos, encontrarme con pandillas de atracadores, ataques de mis propios conciudadanos, así como de extranjeros. He enfrentado peligros en las ciudades, en los desiertos, y en el mar. He enfrentado el peligro de parte de personas que fingen ser cristianos. He enfrentado trabajo duro y luchas, muchas noches sin dormir, hambre y sed, a menudo he estado sin comida, con frío, y sin ropa para cubrirme del frío.

Aparte de todo esto, cada día enfrento las preocupaciones de ocuparme de todas las iglesias. ¿Quién es débil? ¿Acaso no me siento débil también? ¿Quién es conducido a pecar sin que yo arda de enojo? Si tengo que jactarme, me jactaré en lo débil que soy. El Dios y Padre del Señor Jesús—sea él alabado por siempre—sabe que no miento. Mientras estaba en Damasco, el gobernador que estaba bajo autoridad del Rey Aretas mandó a custodiar la ciudad para capturarme. Pero me ayudaron a descender en una canasta por el muro de la ciudad, y hui de él.

Supongo que tengo que jactarme, aunque eso no ayuda realmente. Permítanme hablarles ahora de las visiones y revelaciones de parte del Señor. Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años fue llevado al tercer cielo (si fue físicamente con su cuerpo, o si fue fuera del cuerpo, no lo sé, pero Dios sabe). Sé que este hombre (si fue físicamente con su cuerpo, o fuera de él, no lo sé, pero Dios lo sabe), fue llevado al Paraíso, y escuchó cosas tan maravillosas que no se pueden explicar, en palabras tan sagradas que ningún ser humano podría decir. De algo como eso me jactaría, pero no me jactaré de mí mismo, sino de mis debilidades. No sería un necio si quisiera jactarme, porque estaría diciendo la verdad. Pero no me jactaré, para que nadie me tenga en un concepto más alto que lo que ve que hago o me oyen decir. Además, como las revelaciones fueron tan asombrosas, y para que no pudiera enorgullecerme de ello, se me dio una "espina en la carne"—un mensajero de Satanás, para herirme a fin de que no me volviera orgulloso. Le rogué al Señor tres veces para deshacerme de este problema. Pero él me dijo: "Mi gracia te bastará, pues mi poder se hace eficaz en la debilidad". Por eso me jacto felizmente de mis debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo. Por lo tanto valoro las debilidades, los insultos, los problemas, las persecuciones y las dificultades que sufro por causa de Cristo. ¡Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte!

Estoy hablando como necio, pero ustedes me obligaron a hacerlo. Ustedes deberían haber estado

hablando bien de mí, pues de ninguna manera soy inferior a estos "súper apóstoles", aunque no soy nada. Sin embargo, las señales de apostolado fueron presentadas pacientemente ante ustedes: señales, maravillas, y milagros poderosos. ¿Acaso en qué fueron ustedes inferiores a las demás iglesias, sino en el hecho de que no fui una carga para ustedes? ¡Les ruego que me perdonen por hacerles mal! Estoy preparándome para visitarlos por tercera vez y no seré carga para ustedes. ¡No quiero las cosas que tienen, los quiero a ustedes! Después de todo, los niños no deben cuidar de los padres, sino los padres de los hijos. Gustosamente me gastaré y me desgastaré por ustedes. Si los amo mucho más, ¿acaso me amarán menos ustedes? Pues, incluso si es así, no fui carga para ustedes. ¡Quizás estaba siendo taimado y los engañé con mis estrategias astutas! ¿Pero acaso me aproveché de ustedes mediante alguno de los que envié? Obligué a Tito para que fuera a verlos, y envié a otro hermano con él. ¿Acaso Tito se aprovechó de ustedes? No, porque ambos tenemos el mismo espíritu y usamos los mismos métodos. Quizás ustedes están pensando que todo este tiempo hemos estado tratando de defendernos a nosotros mismos. No, hablamos de Cristo ante Dios. Todo lo que hacemos, amigos, es por beneficio de ustedes. Cuando voy de visita, me preocupo de no encontrarlos como quisiera, y de que ustedes no me vean como quisieran verme. Me temo que habrá discusiones, celos, enojo, calumnia, chisme, arrogancia, y desorden. Me temo que cuando vaya de visita, mi Dios me humillará en presencia de ustedes, y que estaré lamentándome por muchos que han pecado antes, y que aún no se han arrepentido de impureza, inmoralidad sexual, y los actos indecentes que cometieron.

Esta es mi tercera visita. "Todo cargo debe ser verificado por dos o tres testigos". Ya advertí a los que entre ustedes estaban en pecado cuando fui por segunda vez. Aunque no estoy allí, les advierto a ellos una vez más—y al resto de ustedes—que cuando los visite no dudaré en tomar medidas contra ellos, puesto que están demandando una prueba de que Dios está hablando a través de mí. Él no es débil para tratarlos; más bien obra con poder en medio de ustedes. Aunque fue crucificado en debilidad, ahora vive mediante el poder de Dios. Nosotros también somos débiles en él, pero ustedes podrán ver que vivimos con él mediante el poder de Dios. Examínense ustedes mismos y vean si están confiando en Dios. Pónganse a prueba. ¿No se dan cuenta de que Jesucristo está en ustedes? A menos que hayan fallado en la prueba… No obstante, espero que comprendan que nosotros no hemos fallado.

Rogamos a Dios que ustedes no hagan nada malo, no para que nosotros podamos mostrar que pasamos la prueba, sino para que ustedes puedan hacer lo recto, aunque nos haga parecer como un fracaso. No podemos hacer nada contra la verdad, solo en favor de la verdad. Nos alegra cuando somos débiles, y ustedes son fuertes. Oramos para que sigan mejorando. Por eso les escribo sobre esto ahora que no estoy con ustedes, para que cuando sí esté allá, no tenga necesidad de tratarlos con dureza e imponiendo mi autoridad. El Señor me dio autoridad para edificar, no para destruir.

Finalmente, hermanos y hermanas, me despido. Sigan mejorando espiritualmente. Anímense unos a otros. Estén en armonía. Vivan en paz, y que el Dios de amor y paz esté con ustedes. Salúdense unos a otros con amor cristiano. Todos los creyentes aquí les envían su saludo. Que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo esté con todos ustedes.

Gálatas

Carta de Pablo a los Gálatas

Esta carta viene de Pablo, un apóstol no designado por ninguna organización o autoridad humana. Muy por el contrario, fui designado por Jesucristo y Dios, el Padre, quien levantó a Jesús de entre los muertos. Todos los hermanos y hermanas que están aquí conmigo se han unido para enviar esta carta a las iglesias de Galacia.

Que la gracia y la paz de Dios el Padre y de nuestro Señor Jesucristo esté con ustedes.

Jesús se entregó a sí mismo por nuestros pecados para liberarnos de este mundo actual de maldad, siguiendo la voluntad de nuestro Dios y Padre. A él sea la gloria por siempre y para siempre. Amén.

Estoy sorprendido de cuán rápidamente están abandonando al Dios que los llamó por la gracia de Cristo. Se están convirtiendo a otro tipo de buena noticia ¡una que no es ninguna buena noticia en absoluto! Hay algunos por ahí confundiéndolos, queriendo pervertir la buena noticia de Cristo. Pero si alguno, incluso nosotros mismos, o incluso si un ángel del cielo promoviera cualquier otro tipo de buena noticia que la que ya les hemos enseñado, que sea condenado. Les vuelvo a decir lo que ya les he dicho antes: ¡si alguno promueve cualquier otro tipo de buena noticia distinta a la que ya ustedes han aceptado, que sea condenado!

¿De quién creen que quiero aprobación? ¿De la gente o de Dios? ¿Creen que intento agradar a la gente? ¡Si quisiera hacerlo, no sería un siervo de Cristo!

Permítanme aclarar esto, amigos míos, respecto a la buena noticia que estoy declarando: Que no vino de ningún ser humano. No la recibí de nadie, y nadie me la enseñó. Fue Cristo Jesús mismo quien me la reveló. Ustedes oyeron sobre mi conducta como seguidor de la religión judía, y cómo perseguí con fanatismo a la iglesia de Dios, tratando de destruirla de manera salvaje. Incluso superé a mis contemporáneos en la práctica de la religión judía porque era un seguidor celoso de las tradiciones de mis ancestros.

Pero en el momento que Dios (quien me había separado desde mi nacimiento) me llamó por su gracia, y se complació en revelarme a su Hijo, a fin de que pudiera anunciar la buena noticia a las naciones, y esto no lo discuto con nadie. No fui a Jerusalén para hablarle a los que me precedieron como apóstoles; en lugar de ello fui a Arabia, y más tarde regresé a Damasco. Después de tres años fui a Jerusalén a visitar a Pedro. Me quedé allí dos semanas con él. Tampoco vi a otros apóstoles, excepto a Santiago, el hermano del Señor. (¡Permítanme asegurarles ante Dios que no miento sobre las cosas que les estoy escribiendo!) Luego fui a Siria y a Cilicia. Aún así, los que estaban en las iglesias de Judea no me habían visto personalmente. Ellos solo escuchaban a la gente decir: "¡El hombre que solía perseguirnos ahora está esparciendo la fe que una vez intentó destruir!" Y alababan a Dios por causa de mí.

Catorce años más tarde, regresé a Jerusalén con Bernabé. Entonces llevé conmigo a Tito. Fui por causa de lo que Dios me había mostrado. Me reuní en privado con los líderes reconocidos de la iglesia allí y les expliqué sobre la buena noticia que estaba compartiendo con los extranjeros. No quería continuar el camino que hasta ese momento había seguido, y por el cual había trabajado tanto, y que al final fuera en vano. Pero sucedió que estando allá nadie insistió en que Tito, quien iba conmigo, fuera circuncidado, aunque él era griego. (Ese asunto solo surgió porque algunos falsos cristianos se habían infiltrado para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús, tratando de convertirnos en esclavos. Pero nunca cedimos a ellos, ni siquiera por un momento, sino que queríamos asegurarnos de mantener la verdad de la buena noticia intacta para ustedes).

Pero aquellos considerados como importantes, no añadieron cosa alguna a lo que dije. (No me importa qué clase de líderes eran, pero Dios no juzga a las personas del mismo modo que yo lo hago). Por el contrario, cuando se dieron cuenta de que se me había dado la responsabilidad de compartir la buena noticia con los extranjeros, del mismo modo que a Pedro se le había dado la responsabilidad de compartir la buena noticia con los judíos, (pues el mismo Dios que obraba en Pedro como apóstol a los judíos, también obraba a través de mi como apóstol a los extranjeros), y cuando reconocieron también la gracia que me había sido dada, entonces Santiago, Pedro y Juan, quienes llevaban la responsabilidad de ejercer el liderazgo de la iglesia, estrecharon sus manos conmigo y Bernabé, aceptándonos como sus compañeros de trabajo. Nosotros trabajaríamos por los extranjeros, mientras ellos trabajarían por los judíos. Su única instrucción fue que recordáramos cuidar de los pobres, algo con lo que ya estaba muy comprometido.

Sin embargo, cuando Pedro fue a Antioquía, tuve que confrontarlo directamente, porque evidentemente estaba equivocado en lo que hacía. Antes de que algunos de los amigos de Santiago llegaran, Pedro solía comer con los extranjeros. Pero cuando estas personas llegaron, dejó de hacerlo y se alejó de los extranjeros. Él temía ser criticado por los que insistían en que los hombres debían ser circuncidados. Así como Pedro, otros judíos cristianos se volvieron hipócritas también, al punto que incluso Bernabé fue persuadido a seguir su misma hipocresía.

Cuando comprendí que no tenían una posición firme en cuanto a la verdad de la buena noticia, le dije a Pedro delante de todos: "Si eres judío pero vives como los extranjeros y no como judío, ¿por qué obligas a los extranjeros a vivir como judíos? Podemos ser judíos por nacimiento, y no 'pecadores' como los extranjeros, pero sabemos que nadie es justificado por hacer lo que la ley exige, sino solo por la fe en Jesucristo. Nosotros hemos confiado en Cristo Jesús a fin de que pudiéramos ser justificados al poner nuestra confianza en Cristo, y no por hacer lo que la ley dice, porque nadie es justificado por la observación de los requisitos de la ley".

Porque si, al intentar ser justificados en Cristo, nosotros mismos demostramos ser pecadores, ¿significa eso que Cristo está al servicio del pecado? ¡Por supuesto que no! Pues si tuviera que reconstruir lo que he des-

truido, entonces solo demuestro que soy un transgresor de la ley. Porque a través de la ley morí a la ley para poder vivir para Dios. He sido justificado con Cristo, de modo que ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí. La vida que ahora vivo en este cuerpo, la vivo confiando en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó por mí. ¿Cómo podría rechazar la gracia de Dios? ¡Pues si podemos ser justificados por guardar la ley, entonces la muerte de Cristo fue en vano!

¡Oh, gálatas, cuán insensatos! ¿Quién los puso bajo hechizo? ¡La muerte de Jesucristo en una cruz les fue mostrada claramente para que pudieran ver! Díganme, entonces, ¿recibieron el Espíritu por guardar la ley o por creer en lo que habían oído? ¡En realidad han perdido la sensatez! Comenzaron a vivir en el Espíritu. ¿Realmente creen que pueden volverse perfectos por sus propios esfuerzos humanos? ¿Sufrieron tanto para nada? (Realmente no fue para nada, ¿o sí?) Permítanme preguntarles esto: ¿Acaso Dios les dio el Espíritu y realiza tantos milagros entre ustedes por el hecho de que ustedes guardan la ley, o porque confían en lo que han oído?

Es como Abraham, que "confío en Dios, y fue considerado como hombre justo". De modo que ustedes deben reconocer que los que creen en Dios son los hijos de Abraham. En la Escritura estaba predicho que Dios justificaría a los extranjeros que creyeran en él. La buena noticia fue revelada a Abraham de antemano con las palabras: "A través de ti serán benditas todas las naciones". En consecuencia, los que creen en Dios son bendecidos junto a Abraham, que confió en Dios. Todos los que dependen del cumplimiento de la ley están bajo maldición, porque como dice la Escritura: "Maldito es todo aquél que no guarda cuidadosamente todo lo que está escrito en el libro de la ley". Está claro que nadie es justificado delante de Dios por el intento de guardar la ley, porque "los justos vivirán por su fe en Dios". Y la obediencia a la ley no tiene que ver con la fe en Dios. La Escritura solo dice: "Vivirán si observan todo lo que la ley exige". Pero Cristo nos ha rescatado de la maldición de la ley al convertirse en maldición por nosotros. Como dice la Escritura: "Maldito todo aquél que es colgado en un madero". De modo que a través de Cristo Jesús la bendición de Abraham pudo llegar también a los extranjeros, y nosotros pudimos recibir la promesa del Espíritu por nuestra fe en Dios.

Hermanos y hermanas, aquí tenemos un ejemplo de la vida diaria. Si se alista un contrato y este es acordado, firmado y sellado, nadie puede ignorarlo o añadirle más cosas. Pues las promesas les fueron dadas a Abraham y a su hijo. No dice "hijos", en plural, sino en singular: "y a tu hijo", queriendo decir, Cristo. Déjenme explicarles: La ley, que llegó cuatrocientos treinta años después, no cancela el pacto anterior que Dios había hecho, quebrantando la promesa. Si la herencia se deriva de la obediencia a la ley, ya no proviene de la promesa. Pero Dios, por su gracia, le dio esta herencia a Abraham por medio de la promesa.

¿Qué sentido tiene la ley, entonces? Fue dada para mostrar lo que realmente es el mal, hasta que el Hijo vino a los que se les había hecho la promesa. La ley fue introducida por ángeles, por mano de un mediador. Pero no se necesita de un mediador cuando hay una sola persona involucrada. ¡Y Dios es uno!

¿De modo que la ley obra en contra de las promesas de Dios? ¡Por supuesto que no! Porque si hubiera una ley que pudiera dar vida, entonces nosotros podríamos ser justificados por el cumplimiento de ella. Pero la Escritura nos dice que todos somos prisioneros del pecado. El único modo en que podemos recibir las promesas de Dios es por la fe en Jesucristo. Antes de que confiáramos en Jesús permanecíamos bajo custodia de la ley hasta que se reveló este camino de la fe. La ley fue nuestro guardián hasta que vino Cristo, para que pudiéramos ser justificados por la fe en él. Pero ahora que ha llegado este camino de fe en Jesús, ya no necesitamos de tal guardián. Porque ustedes son hijos de Dios por medio de su fe en Jesucristo. Todos los que de ustedes fueron bautizados en Cristo se han vestido de Cristo. Ya no hay más judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer, pues ustedes todos son uno en Cristo Jesús. ¡Si son de Cristo, son hijos de Abraham, y herederos de la promesa!

Permítanme explicarles lo que estoy diciendo. Un heredero que es menor de edad no es distinto a un esclavo, aunque el heredero sea el propietario de todo. Pues un heredero está sujeto a los guardias y administradores hasta que llegue el tiempo establecido por su padre. Lo mismo sucede con nosotros. Cuando éramos niños, éramos esclavos sujetos a las reglas básicas de la ley. Pero en el momento apropiado Dios envió a su hijo, nacido de una mujer, nacido bajo el gobierno de la ley, para poder rescatar a los que fueron cautivos bajo el dominio de la ley, a fin de que pudiéramos recibir la heredad de hijos adoptivos.

Para demostrar que ustedes son sus hijos, Dios envió al Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, haciéndonos clamar: "Abba", que quiere decir "Padre". Puesto que ya no eres un esclavo, sino un hijo, y si eres su hijo, entonces Dios te ha convertido en su heredero.

Cuando ustedes no conocían a Dios, estaban esclavizados por los supuestos "dioses" de este mundo. Pero ahora han llegado a conocer a Dios, o mejor aún, han llegado a ser conocidos por Dios. ¿Cómo pueden volver, entonces, a esas reglas inútiles y sin valor? ¿Quieren ser esclavos de esas reglas nuevamente? Ustedes observan días especiales y meses, temporadas y años. Y me preocupa que todo lo que hice por ustedes haya sido tiempo perdido.

Les ruego, mis amigos: sean como yo, porque yo me volví como ustedes. Ustedes nunca me trataron mal. Recuerden que compartí la buena noticia con ustedes porque estaba enfermo durante mi primera visita. Y aunque mi enfermedad fue muy incómoda para ustedes, no me rechazaron ni me despreciaron, sino que de hecho, me trataron como a un ángel de Dios, como a Jesucristo mismo.

¿Entonces qué ha pasado con su gratitud? ¡Déjenme decirles que en ese tiempo, si ustedes hubieran podido sacarse los ojos para dármelos a mí, de seguro lo habrían hecho! ¿Qué es lo que ha ocurrido, entonces? ¿Me he convertido en enemigo de ustedes por decir la verdad? Estas personas anhelan tener el apoyo de ustedes, pero no es con buenas intenciones. Por el contrario, quieren alejarlos de nosotros a fin de que

ustedes se entusiasmen para apoyarlos. Por supuesto, es bueno hacer el bien. ¡Pero debería ser todo el tiempo, no solo cuando yo estoy aquí con ustedes! Mis queridos amigos, quiero trabajar a su lado hasta que el carácter de Cristo se haya duplicado en ustedes. Desearía poder acompañarlos ahora mismo y así podrían notar cómo cambio el tono de mi voz… Estoy muy preocupado por ustedes.

Respóndanme esto, ustedes que quieren vivir bajo la ley: ¿No escuchan lo que la ley está diciendo? Como dice la Escritura: Abraham tenía dos hijos, uno de la sierva y otro de la mujer libre. Sin embargo, el hijo de la sierva nació por planes humanos, mientras el hijo de la mujer libre nació como resultado de la promesa. Esto nos muestra una analogía: estas dos mujeres representan dos pactos. Un pacto es del Monte Sinaí—Agar—y ella da a luz hijos esclavos. Agar simboliza al Monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, porque ella está en esclavitud con sus hijos. Pero la Jerusalén celestial es libre. Ella es nuestra madre.

Como dice la Escritura: "¡Regocíjense las que no tienen hijos y las que nunca han parido! ¡Griten de alegría, las que nunca han estado en labores de parto, porque la mujer abandonada tiene más hijos que la mujer que tiene esposo!" Ahora, amigos míos, nosotros somos hijos de la promesa tal como Isaac. Sin embargo, así como el que nació por planes humanos persiguió al que nació por el Espíritu, del mismo modo ocurre hoy. Pero ¿qué dice la Escritura? "Despidan a la sierva y a su hijo, porque el hijo de la sierva no será heredero junto al hijo de la mujer libre". Por lo tanto, mis amigos, no somos hijos de la sierva, sino de la mujer libre.

Cristo nos libertó para que pudiéramos tener verdadera libertad. Así que estén firmes y no se agobien nuevamente por el yugo de la esclavitud. Permítanme decirles francamente: si dependen del camino de la circuncisión, Cristo no les será de beneficio en absoluto. Permítanme repetir: todo hombre que es circuncidado tiene que cumplir toda la ley. Los que entre ustedes creen que pueden ser justificados por la ley, están separados de Cristo y han abandonado la gracia.

Porque por medio del Espíritu creemos y aguardamos la esperanza de ser justificados. Porque en Cristo Jesús, ser circuncidado o no circuncidado no logra nada; lo único que importa es la fe que obra por el amor. ¡Lo estaban haciendo muy bien! ¿Quién se interpuso en el camino y les impidió convencerse de la verdad? Esta "persuasión" sin duda no proviene de Aquél que los llama. Ustedes solo necesitan un poco de levadura para que crezca toda la masa. Estoy seguro en el Señor que ustedes no cambiarán su manera de pensar, y que el que los está confundiendo afrontará las consecuencias, quienquiera que sea.

En cuanto a mí, hermanos y hermanas, si aún estamos en favor de la circuncisión, ¿por qué me siguen persiguiendo? Si eso fuera cierto, eliminaría el tema de la cruz, que tanto ofende a la gente. ¡Ojalá quienes los agobian fueran más allá de la circuncisión y se castraran!

¡Ustedes, mis hermanos y hermanas, fueron llamados para ser libres! Simplemente no usen su libertad como excusa para satisfacer su naturaleza pecaminosa. En lugar de ello, sírvanse unos a otros en amor. Pues toda la ley se resume en este mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Pero si se atacan y se destruyen unos a otros, cuídense de no destruirse ustedes mismos por completo. Mi consejo es que caminen por el Espíritu. No satisfagan los deseos de su naturaleza pecaminosa. Porque los deseos de la naturaleza pecaminosa son contrarios al Espíritu, y los deseos del Espíritu son opuestos a la naturaleza pecaminosa. Se pelean entre sí, de modo que ustedes no hacen lo que quieren hacer. Pero si el Espíritu los guía, no están bajo la ley.

Es claro lo que la naturaleza pecaminosa trae como resultado: inmoralidad sexual, indecencia, sensualidad, idolatría, hechicería, odio, rivalidad, celos, rabia, ambición egoísta, disensión, herejía, envidia, embriaguez, banquetes, y cosas semejantes. Tal como les advertí antes, les vuelvo a advertir: ninguna persona que se comporte de esta manera heredará el reino de Dios.

Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio. ¡No hay ley que se oponga a estas cosas! Los que pertenecen a Cristo han clavado en la cruz su naturaleza humana pecaminosa, junto con todas sus pasiones y deseos pecaminosos. Si vivimos en el Espíritu debemos caminar también en el Espíritu. No nos volvamos jactanciosos, ni nos irritemos unos a otros, ni tengamos envidia unos de otros.

Mis amigos, si alguno se extravía por causa del pecado, ustedes, que son espirituales, deberían traerle de regreso con espíritu de mansedumbre. Y cuídense de no ser tentados también. Sobrelleven unos las cargas de los otros, pues de esta manera cumplen la ley de Cristo. Los que creen que son importantes—cuando realmente no son nada—se engañan a sí mismos. Examinen cuidadosamente sus acciones. Así podrán estar satisfechos de ustedes mismos, sin compararse con nadie más. Debemos ser responsables de nosotros mismos.

Aquellos que reciben enseñanza de la Palabra deben tratar bien a sus maestros, compartiendo con ellos todas las cosas buenas. No se dejen engañar, Dios no puede ser tratado con desacato: todo lo que siembren, eso cosecharán. Si ustedes siembran conforme a su naturaleza humana pecaminosa, de esa misma naturaleza segarán autodestrucción. Pero si siembran conforme al Espíritu, cosecharán vida eterna. No nos cansemos nunca de hacer el bien, pues segaremos en el momento apropiado, si somos perseverantes. Así que mientras tengamos tiempo, hagamos bien a todos, especialmente a los que pertenecen a la familia de la fe.

¡Miren cuán grandes son las letras, ahora que les escribo con mi propia mano! Esas personas que solo quieren dar una buena impresión los están obligando a circuncidarse para no ser perseguidos ellos por la cruz de Cristo. Incluso los que están circuncidados no guardan la ley, pero quieren que ustedes se circunciden para poder jactarse de ustedes y decir que ustedes son sus seguidores. Ojalá yo nunca me jacte de nada, excepto en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Por medio de esta cruz, el mundo ha sido crucificado para mí, y yo he sido crucificado en lo que tiene que ver con el mundo. La circuncisión o la incircuncisión no importan. ¡Lo que importa es que fuimos creados nuevamente! ¡Paz

y misericordia a todos los que siguen este principio, y
al Israel de Dios! Por favor, no me agobien más, porque
llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús. Mis hermanos
y hermanas, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo
esté con el espíritu de todos ustedes. Amén.

Efesios

Carta de Pablo a los Efesios

Esta carta proviene de Pablo, un apóstol de Cristo Jesús conforme a la voluntad de Dios, para los cristianos en Éfeso y para los que creen en Cristo Jesús. Gracia y paz a ustedes de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Alabado sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos ha bendecido en Cristo con todo lo que es espiritualmente bueno en el mundo celestial, tal como nos eligió para estar en él antes del principio de este mundo, a fin de que en amor pudiéramos ser santos y sin falta delante de él. Él decidió de antemano adoptarnos como sus hijos, obrando mediante Jesucristo para traernos a hacia él. Se complació en hacerlo porque así él lo quiso. Por eso lo alabamos, por su gloriosa gracia que con tanta bondad nos dio en su Hijo amado. A través de él obtenemos la salvación mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados, como resultado de su preciosa gracia que con tanta generosidad nos dio, junto con toda la sabiduría y conocimiento.

Él nos reveló su voluntad que hasta ese momento estaba oculta, y por medio de la cual se complació en llevar a cabo su plan en el momento apropiado para reunir a todos en Cristo, tanto los que están en el cielo, como los que están en la tierra. En Él fuimos escogidos de antemano, según el plan de Aquél que obra todas las cosas conforme a su voluntad, con el fin de que nosotros, los primeros en guardar la esperanza en Cristo, pudiéramos alabar su gloria. En Él ustedes también han escuchado la palabra de verdad, la buena noticia de su salvación. En Él, puesto que creyeron en él, fueron sellados con el sello de la promesa del Espíritu Santo, que es el anticipo de nuestra herencia cuando Dios redima lo que ha preservado para sí mismo: nosotros, quienes le adoraremos y le daremos gloria.

Esa es la razón, pues he escuchado de su fe en el Señor Jesús y el amor que ustedes tienen por todos los cristianos, por lo cual nunca dejo de dar gracias a Dios por ustedes y recordarlos en mis oraciones. Oro para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre glorioso, les conceda un espíritu de sabiduría para que lo vean y lo conozcan como él es realmente. Que sus mentes sean iluminadas a fin de que puedan entender la esperanza a la cual él los ha llamado: las gloriosas riquezas que él promete como heredad a su pueblo fiel. Oro para que también puedan comprender el maravilloso poder de Dios que fue demostrado al levantar a Cristo de los muertos. Dios sentó a Cristo a su diestra en el cielo, por encima de cualquier otro gobernante, autoridad, poder o señor, o de cualquier líder, sin importar los títulos, y no solo en este mundo sino también en el mundo por venir. Dios ha sujetado todas las cosas a la autoridad de Cristo, y le ha dado la responsabilidad como cabeza sobre todas las cosas para la iglesia, que es su cuerpo. Cristo llena y completa a la iglesia, pues él llena y da plenitud a todas las cosas.

En un tiempo ustedes estaban muertos en sus pecados y maldad, viviendo según los caminos del mundo, bajo el dominio del diablo, cuyo espíritu trabaja en aquellos que desobedecen a Dios. Todos una vez fuimos así, y nuestra conducta estaba determinada por los deseos de nuestra naturaleza humana pecaminosa y nuestros malos pensamientos. Como todos los demás, en nuestra naturaleza éramos hijos de la ira.

Pero Dios, en su gran misericordia, por el maravilloso amor que tuvo por nosotros incluso cuando estábamos muertos en nuestros pecados, nos ha resucitado junto a Cristo. ¡Creer en él los ha salvado! Él levantó a Cristo, y en Cristo Jesús nos sentó con él en el cielo, para demostrar por toda la eternidad el enorme alcance de su gracia, al mostrarnos su bondad a través de Cristo Jesús. Porque ustedes han sido salvos por gracia, por la fe en él, y esto no por ustedes mismos, ¡es el regalo de Dios! La salvación no depende del esfuerzo humano, así que no se enorgullezcan. Somos el resultado de la obra de Dios, creados en Cristo para hacer el bien que Dios ya planeó para nosotros.

Así que ustedes, que son "extranjeros" humanamente hablando, llamados "incircuncisos" por los que son "circuncisos" (que es apenas un procedimiento realizado por seres humanos), necesitan recordar que una vez no tenían relación con Cristo. Ustedes estaban excluidos como extranjeros de ser ciudadanos de Israel, extraños respecto al pacto que Dios había prometido. No tenían esperanza y vivían en el mundo sin Dios. Pero ahora, En Cristo Jesús, ustedes que una vez estaban lejos, han sido acercados por la sangre de Cristo.

Cristo es nuestra paz. Por su cuerpo él convirtió dos en uno solo, y rompió el muro de hostilidad que nos dividía, liberándonos de la ley con sus requisitos y normas. Él lo hizo para crear en sí mismo a una nueva persona a partir de los dos y lograr la paz, y así reconciliarlos por completo con Dios a través de la cruz como si fueran un solo cuerpo, habiendo destruido nuestra hostilidad unos por otros.

Él vino y compartió la buena noticia de paz con los que estaban lejos y con los que estaban cerca, porque por él ambos podemos tener acceso al Padre, por medio del mismo Espíritu. Esto significa que ya ustedes no son extranjeros, sino conciudadanos del pueblo de Dios y pertenecen a la familia de Dios que está siendo edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, del cual Cristo es la piedra angular. En él toda la edificación está unida, creciendo para formar un santo Templo para el Señor. Ustedes también están siendo edificados en él como un lugar para que habite Dios por el Espíritu.

Es por esto que yo, Pablo, prisionero de Jesucristo por causa de ustedes los extranjeros, (pues, asumo que ustedes han oído que Dios me dio la responsabilidad específica de compartir la gracia de Dios con ustedes), por lo que Dios me mostró, aclaró el misterio que estaba oculto anteriormente. Yo les escribí brevemente sobre esto, y cuando lean esto podrán entender mi opinión sobre el misterio de Cristo. En las generaciones pasadas esto no se le había explicado a nadie, pero ahora ha sido revelado a los santos apóstoles de Dios y a los profetas por medio del Espíritu, que los extranjeros son herederos también, parte del mismo cuerpo, y en Cristo

Jesús comparten en la promesa por medio de la buena noticia.

Me convertí en ministro de esta buena noticia por medio del regalo de la gracia de Dios que se me dio por su poder que obraba en mí. Esta gracia me fue dada a mí, al menos importante de todos los cristianos, con el fin de compartir con los extranjeros el increíble valor de Cristo, y para ayudar a todos a ver el propósito del misterio que desde el mismo principio estaba oculto en Dios, quien hizo todas las cosas. El plan de Dios fue que los distintos aspectos de su sabiduría fueran revelados por medio de la iglesia a los gobernantes y autoridades en el cielo. Esto fue conforme al propósito eterno de Dios que llevó a cabo en Cristo Jesús nuestro Señor. Por él y nuestra fe en él podemos acercarnos a Dios con total confianza y libertad. Por eso les pido que no se desanimen por mi sufrimiento, ¡es por ustedes y deberían apreciarlo!

Por eso me arrodillo ante el Padre de quien todas las familias del cielo y de la tierra reciben su naturaleza y carácter, le ruego que, de sus riquezas de gloria, los fortalezca con poder en lo más íntimo de su ser por medio de su Espíritu. Que Cristo viva en sus corazones a medida que confían en él, a fin de que sembrados profundamente en amor adquieran el poder para comprender, junto a todo el pueblo de Dios, la amplitud, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo. Que conozcan el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento, para que puedan ser llenos y alcancen la plenitud que proviene de Dios.

Que por su poder que obra dentro de nosotros, Aquél que es poderoso para hacer más de lo que le pedimos o siquiera alcanzamos a pensar, sea él glorificado en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones, por siempre y para siempre. Amén.

Así que yo, —este prisionero en el Señor—los animo a que vivan conforme a los principios a los cuales fueron llamados. No se enorgullezcan de ustedes mismos; sean amables y pacientes, demostrando tolerancia unos por otros en amor. Esfuércense por seguir siendo uno en el Espíritu mediante la paz que los une. Pues hay un cuerpo, y un Espíritu, así como fueron llamados a una esperanza. El Señor es uno, nuestra confianza en él es una, y hay un solo bautismo; hay un solo Dios y Padre de todos. Él es sobre todo, a través de todo y en todo.

A cada uno de nosotros se nos dio gracia en proporción al generoso don de Cristo. Como dice la Escritura: “Cuando ascendió a las alturas llevó cautivos con él, y otorgó dones a la humanidad” (En cuanto a esto: dice que ascendió, pero eso indica que también descendió primero a nuestro mundo inferior. El que descendió es el mismo que también ascendió a lo más alto del cielo, a fin de poder hacer que todo el universo estuviera completo).

Los dones que él dio fueron tantos que algunos pudieron ser apóstoles, otros profetas, otros evangelistas, otros pastores y otros maestros, con el fin de preparar al pueblo de Dios en la obra de ayudar a otros, para ayudar al crecimiento del cuerpo de Cristo. Así crecemos hasta llegar a ser uno en nuestra fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, y crecer hasta alcanzar la plena madurez en Cristo. Ya no deberíamos ser más como niños, sacudidos por cualquier viento de doctrina, confundidos por los engaños humanos, y conducidos al error por personas astutas que hacen planes engañosos; sino que hablando la verdad en amor debemos crecer en todas las cosas en Cristo, que es nuestra cabeza. Es por él que funciona todo el cuerpo, y cada coyuntura lo mantiene unido, mientras que cada una de las partes cumple su debida función, y así crece todo el cuerpo, edificándose en amor.

Así que permítanme decirles esto—de hecho, insisto en ello en el Señor—que no deberían vivir más de manera frívola, como lo hacen los extranjeros. Ellos, en la oscuridad de sus mentes no entienden, y han sido separados de la vida de Dios porque no saben nada y por su terquedad tampoco quieren saber. Y como no les importa, se dejan llevar por la sensualidad, y codiciosamente hacen todo tipo de cosas desagradables.

¡Pero eso no fue lo que ustedes aprendieron acerca de Cristo! ¿Acaso no escucharon hablar de él? ¿No se les enseñó acerca de él? ¿No aprendieron la verdad sobre Jesús? ¡Entonces abandonen su antigua forma de vivir, y dejen esa vieja naturaleza que los destruye con sus deseos engañosos! Déjense renovar mental y espiritualmente, y vístanse de esta nueva naturaleza que Dios creó para que lleguen a ser como él, rectos y santos en la verdad.

Rechacen las mentiras y díganse la verdad unos a otros, porque nos pertenecemos unos a otros. No pequen por el enojo; no dejen que anochezca estando aun enojados, y no le den ninguna oportunidad al diablo. Los que son ladrones, dejen de robar y trabajen productivamente y con honestidad con sus manos, para que tengan algo que brindar a quienes lo necesitan. No usen lenguaje sucio. Digan palabras que animen a las personas cuando sea necesario, de tal modo que sean palabras de ayuda para quienes los escuchan. No decepcionen al Espíritu Santo de Dios que los señaló como pertenencia suya para el día de la redención. Abandonen todo tipo de amargura, enojo, ira, abuso verbal e insultos, así como toda forma de maldad. Sean amables y compasivos unos con otros, perdonándose unos a otros, así como Cristo los perdonó a ustedes.

Así que imiten a Dios, pues ustedes son sus hijos amados. Vivan en amor, como Cristo los amó. Él se entregó por nosotros, y fue un don y ofrenda de sacrificio para Dios como un perfume con dulce aroma. Nunca debería mencionarse la inmoralidad sexual o ningún tipo de indecencia o codicia al hablar de ustedes, pues el pueblo de Dios no debería estar haciendo tales cosas. Las conversaciones obscenas, las charlas necias, y los chistes con doble sentido son totalmente inapropiados. Por el contrario, deberían dar gracias a Dios. Ustedes saben que ciertamente ninguna persona que cometa inmoralidad sexual, indecencia, que sea codiciosa, o idólatra heredará cosa alguna en el reino de Cristo y de Dios. No dejen que nadie los engañe con mentiras, porque por tales cosas el juicio de Dios es transmitido a los hijos de la desobediencia. Así que no participen con ellos en esto. En un tiempo ustedes estaban en tinieblas, pero ahora ustedes son luz en el Señor. Deben vivir como hijos de luz (y el fruto de la luz es todo lo bueno y verdadero), demostrando lo que el Señor realmente desea.

No tengan ningún tipo de relación con las cosas inútiles que produce la oscuridad, más bien, expónganlas. Es incluso vergonzoso hablar de las cosas que tales personas hacen en secreto, pero cuando algo es expuesto por la luz, entonces es revelado como realmente es. La luz hace visibles todas las cosas. Por eso se dice: "Levántense, ustedes los que duermen, levántense de entre los muertos, y Cristo brillará sobre ustedes". Así que tengan cuidado en cuanto a su forma de vivir, no con necedad, sino con sabiduría, haciendo el mejor uso posible de las oportunidades, porque los días están llenos de maldad. Así que no sean ignorantes y averigüen cuál es la voluntad de Dios. No se emborrachen con vino, porque esto arruinará sus vidas, más bien llénense del Espíritu. Compartan juntos unos con otros por medio de salmos, himnos y cantos sagrados, cantando y creando música para el Señor con sus corazones. Siempre den gracias a Dios el Padre por todas las cosas en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Cada uno de ustedes debe estar dispuesto a aceptar lo que los demás les dicen a partir de la reverencia por Cristo. Esposas, hagan lo que sus esposos les dicen, como lo harían si se los dijera el Señor. El esposo es cabeza de la esposa del mismo modo que Cristo es la cabeza de la iglesia, así como su cuerpo y salvador. Del mismo modo que la iglesia hace lo que Cristo dice, las esposas deben hacer lo que sus esposos les dicen en todo. Esposos, amen a sus esposas de la misma manera que Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella. Él la santificó, la limpió al lavarse en el agua del mundo, así pudo apropiarse de la iglesia, sin ningún defecto o mancha, sino santa e irreprochable. Los esposos deben amar a sus esposas de esta manera, así como aman sus propios cuerpos. Un hombre que ama a su esposa se ama a sí mismo, pues nunca nadie aborrece su propio cuerpo, sino que lo alimenta y lo cuida, así como Cristo lo hace por la iglesia, pues nosotros somos partes de su cuerpo. "Es por esto que un hombre deja a su padre y a su madre, y se une a su esposa, y los dos se unen, siendo ahora uno solo". Esta es una verdad profunda oculta, pero hablo de Cristo y de la iglesia. Sin embargo, cada esposo debe amar a su propia esposa como a sí mismo, y la esposa debe respetar a su esposo.

Hijos, hagan lo que sus padres les dicen, porque esto es lo correcto. "Honra a tu padre y a tu madre". Este es el primer mandamiento que tiene una promesa unida: "para que te vaya bien y tengas larga vida en la tierra". Padres, no enojen a sus hijos, sino cuiden de ellos, disciplinándolos e instruyéndolos acerca de Dios. Siervos, obedezcan a sus amos en la tierra, con el debido respeto y admiración, haciendo las cosas con sinceridad, como si sirvieran a Cristo. No trabajen simplemente cuando los ven o para recibir aprobación, sino trabajen como siervos de Cristo, haciendo con honestidad la voluntad de Dios, sirviendo con alegría, como si lo hicieran para el Señor y no para la gente. Ustedes saben que todo el que hace lo bueno será recompensado por el Señor, sea siervo o libre. Amos, traten a sus siervos del mismo modo. No los amenacen, recuerden que el Señor en el cielo es tanto su amo como el de ustedes, y él trata a las personas con igualdad, sin favoritismo.

Por último, manténganse firmes en el Señor, y en su poder. Vístanse con toda la armadura de Dios para que puedan estar firmes ante los ataques del enemigo. No estamos peleando contra fuerzas humanas, sino contra poderes y gobernantes sobrenaturales, contra los señores de las tinieblas de este mundo, contra las fuerzas espirituales de maldad que están en los cielos. Tomen las armas que Dios les da para que puedan estar firmes en el día del mal y que sigan en pie aun después de la lucha. Así que levántense, pónganse el cinturón de la verdad, pónganse la coraza de justicia y rectitud, y colóquense el calzado de la prontitud para compartir la buena noticia de paz. Pero sobre todas las cosas, tomen el escudo de la fe en Dios, por el cual podrán soportar todos los dardos de fuego del enemigo. Usen el casco de la salvación, y lleven la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Siempre oren en el Espíritu al hacer todo esto. Estén despiertos y sigan orando por todo el pueblo de Dios. Oren por mí para decir las palabras adecuadas, y para poder explicar con toda confianza las verdades ocultas de la buena noticia. Soy un prisionero embajador por causa de la buena noticia, así que les ruego que oren para que pueda hablar sin temor, como es debido. Tíquico, nuestro buen amigo y ministro fiel, les dará todas las noticias sobre mí y les explicará todo, para que sepan cómo estoy. Por ello lo envío a ustedes, para que les diga lo que nos ha sucedido y se animen. Paz a todos los cristianos allí, de parte de Dios el Padre y del Señor Jesucristo, con amor y fe en él. Gracia a todos los que aman eternamente a nuestro Señor Jesús.

Filipenses

Carta de Pablo a los Filipenses

Esta carta viene de parte de Pablo y de Timoteo, siervos de Jesucristo, para todo el pueblo de Dios en Cristo Jesús que vive en Filipo y a los líderes y sus asistentes. Gracia a ustedes y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Cuando pienso en ustedes doy muchas gracias a mi Dios, y siempre me alegro de recordarlos a todos en mis oraciones, porque ustedes han sido mis compañeros en la predicación de la buena noticia desde el principio hasta ahora. Estoy completamente seguro de que Dios, quien comenzó esta buena obra en ustedes, la continuará y la terminará eficazmente cuando Jesucristo regrese.

Me gusta pensar de esta manera respecto a todos ustedes porque son muy importantes para mí. Aunque esté en prisión o aunque esté allá afuera predicando la buena noticia, todos ustedes comparten conmigo la gracia de Dios. Él es mi testigo en cuanto al gran afecto que tengo por cada uno de ustedes en el amor de Cristo Jesús.

Mi oración es que su amor pueda crecer cada vez más en conocimiento y entendimiento, a fin de que puedan comprender lo que es realmente importante. Y que así puedan ser hallados fieles y e irreprensibles cuando Cristo regrese, llenos de los frutos de una vida justa gracias a Jesucristo, y dar gloria y alabanza a Dios.

Quiero que sepan, mis hermanos y hermanas, que todo lo que he experimentado ha servido para el avance de la buena noticia. Porque todos—incluso toda la guardia pretoriana—sabe ahora que estoy encadenado por Cristo; y por mis cadenas muchos de los cristianos se han animado a predicar abiertamente y sin temor sobre la palabra de Dios. Sí, es cierto que algunos predican por celo y rivalidad. Sin embargo, hay quienes predican con buenas intenciones. Actúan por amor, porque saben que me es necesario estar aquí para defender la buena noticia. Aquellos otros, presentan a Cristo con falsedad, por ambiciones egoístas, tratando de causarme problemas en la prisión.

¿Y qué? Lo único que me importa es que Cristo está siendo mostrado de todas las formas, ya sea por fingimiento o por verdadera convicción. ¡Eso es lo que me hace feliz, y seguiré sintiéndome feliz por ello! ¿Por qué? Porque estoy convencido de que a través de las oraciones de ustedes, y por medio de la ayuda del Espíritu Santo de Jesucristo, esto terminará siendo mi salvación. Porque mi esperanza y más grande anhelo es no hacer ninguna cosa de la cual me pueda avergonzar. Por el contrario, deseo fervientemente – como siempre – que incluso en este momento Cristo sea grandemente honrado a través de mí, ya sea que viva o muera.

En lo que a mí concierne, el vivir es para Cristo, el morir trae consigo ganancia. ¡Pero si debo seguir viviendo aquí, y eso será productivo, entonces no sé cuál será la mejor elección! Pues estoy en un dilema: realmente quiero partir y estar con Cristo, lo que sería mucho mejor, pero quedarme aquí físicamente es más importante en lo que concierne a ustedes. Puesto que estoy plenamente seguro de esto, sé que permaneceré aquí con ustedes para ayudarlos en cuanto crece su fe y regocijo en Dios, para que cuando yo los vea otra vez, su alabanza a Cristo Jesús sea aún mayor por mi causa.

Simplemente asegúrense de que su forma de vivir corresponde a la buena noticia de Cristo de tal modo que, ya sea que los vea o no, pueda saber cómo están: que permanecen firmes y en plena armonía unos con otros, unidos en espíritu mientras trabajan juntos por la fe de la buena noticia. No dejen que sus enemigos los atemoricen. Siendo valientes demostrarán que ellos se perderán, pero también que ustedes serán salvos por el mismo Dios. Pues a ustedes no solo se les ha dado el privilegio de confiar en Jesús, sino de sufrir por él también. Ustedes están experimentando la misma lucha que me vieron sufrir, una lucha que aún vivo, como ya lo saben.

Ahora pues, si están animados por estar en Cristo, si están consolados por su amor, si comparten juntos en el Espíritu, si tienen compasión y simpatía, entonces completen mi alegría teniendo un mismo modo de pensar y amar, permaneciendo espiritualmente unidos y con un mismo propósito. No hagan ninguna cosa con un espíritu egoísta u orgulloso, sino piensen con humildad unos de otros cosas mejores que las que piensan de ustedes mismos. Ninguno debería preocuparse por sus propias cosas, sino preocúpense por los intereses de los demás también.

La actitud que deberían tener es la misma de Cristo Jesús. Aunque en su naturaleza él siempre fue Dios, no le preocupó mantener su igualdad con Dios. Más bien se vació a sí mismo, tomando la naturaleza de un siervo, volviéndose un ser humano. Y al venir en forma humana, humillándose a sí mismo, se sometió a la muerte, incluso a la muerte en una cruz.

Por ello Dios lo colocó en la posición de mayor honra y poder, y le dio el nombre más prestigioso para que en el nombre de Jesús todos se inclinen con respeto, ya sea en el cielo, en la tierra o debajo de la tierra, y todos declararán que Jesucristo es Señor, para la gloria de Dios, el Padre.

Así que, amigos, sigan trabajando por la meta de la salvación con plena reverencia y respeto hacia Dios, siguiendo lo que se les ha enseñado. No solo cuando yo estaba con ustedes, sino mucho más ahora que estoy lejos. Porque es Dios quien obra en ustedes, creando la voluntad y la capacidad para hacer lo que él quiere que hagan. Hagan todo sin quejarse o discutir para que sean sinceros, inocentes de cualquier mal. Sean hijos irreprensibles de Dios en medio de un pueblo deshonesto y corrupto. Brillen entre ellos como luz del mundo, mostrándoles la palabra de vida. ¡Así tendré algo de qué enorgullecerme cuando Cristo regrese, demostrando que no anduve de aquí para allá trabajando en vano! De modo que incluso si yo diera mi vida como sacrificio y ofrenda para que ustedes crean en Dios, me alegro por ello, y me alegro con todos ustedes, así como ustedes se alegran en gran manera conmigo.

Espero que, si es la voluntad de Jesús, pueda enviarles pronto a Timoteo. Me alegraré al saber cómo están ustedes. No conozco a nadie que se preocupe por ustedes tan sinceramente como él. Otras personas solo

se preocupan por sus propios intereses y no los de Jesucristo. Pero ustedes ya saben cómo es él. Es como un niño trabajando para ayudar a su padre, y así ha trabajado conmigo para esparcir la buena noticia. De modo que espero enviarlo tan pronto como vea cómo serán las cosas para mí, y confío en el Señor en que pronto pueda ir también. Pero pensé que sería importante enviarles a Epafrodito. Él es un hermano para mí, un compañero de trabajo y soldado compañero de batalla. Ustedes lo enviaron para cuidar de mí, y él ha deseado verlos hace mucho tiempo a todos ustedes, preocupado por ustedes, pues han oído que estuvo enfermo. Estuvo realmente enfermo—a punto de morir—pero Dios tuvo misericordia de él. No solo de él, sino de mí también, pues así no viviría una tragedia tras otra. Por ello estoy tan deseoso de enviarlo, para que cuando lo vean estén felices y yo no esté tan ansioso. Así que recíbanlo con mucha alegría en el Señor. Honren a personas como él, que estuvo a punto de morir trabajando para Cristo, exponiendo su vida para compensar la ayuda que ustedes no podían darme.

En resumen: ¡Queridos amigos míos, deléitense en el Señor! Para mí no es una carga repetirles estas cosas, pues es para que estén a salvo. ¡Cuidado con esos perros! ¡Cuidado con esos que hacen el mal! ¡Cuidado con esos mutiladores! pues somos nosotros quienes estamos realmente circuncidados, adorando por el Espíritu de Dios, poniendo nuestra confianza en Cristo Jesús. No tenemos nuestra fe puesta en las capacidades humanas, porque si hubiera forma alguna de depender de la naturaleza humana, yo mismo tendría esa fe. Si hay quienes creen que tienen confianza en lo humano, pues yo los supero: Fui circuncidado el octavo día, soy israelita de la tribu de Benjamín, un verdadero hebreo. En cuanto a la observancia legal, soy un Fariseo; respecto a mi fervor religioso, fui perseguidor de la iglesia; y en lo que tiene que ver con el cumplimiento de la ley, soy irreprensible.

Pero en cierta manera tales cosas no me sirvieron para nada, y las considero como pérdida por Cristo. En verdad considero todo como pérdida al compararlas con el gran beneficio que he ganado al conocer a Cristo Jesús, mi Señor. He menospreciado todas estas cosas por él, y las considero como basura, a fin de poder ganar a Cristo. Quiero ser uno con él, no ser justificado por lo que he hecho, o por lo que la ley demanda, sino por mi fe en él. ¡Quiero conocerlo verdaderamente, y al poder de su resurrección, tener parte en su sufrimiento y ser como él en su muerte, y así, de alguna manera, seré parte de la resurrección de los muertos!

No es que ya lo haya alcanzado, ni que ya sea perfecto, pero corro para poder ganar lo que Cristo Jesús ganó por mí. Amigos míos, no considero que ya lo haya ganado, pero este es mi único objetivo: quitando la vista de lo que está atrás, me dispongo a alcanzar lo que está frente a mí. Corro hacia la meta para ganar el premio de la invitación de Dios al cielo por medio de Cristo Jesús.

Los que de nosotros son maduros espiritualmente deben pensar de esta manera, y si ustedes piensan de manera diferente, entonces Dios les revelará esto. Simplemente necesitamos asegurarnos de seguir lo que ya hemos entendido. Amigos míos, sigan mi ejemplo, así como otros lo hacen, y observen la manera de comportarse, pues somos un modelo para ustedes.

La manera como algunos viven los convierte en enemigos de la cruz de Cristo, tal como a menudo les he dicho a ustedes y se los repito aunque me causa tanto dolor que quiero llorar. Ellos terminarán completamente perdidos, pues estas personas tienen como "dios" sus propios deseos físicos y están orgullosos de cosas que deberían avergonzarles, pues piensan solo en las cosas de este mundo. Pero nuestra patria es el cielo, y esperamos un salvador, al Señor Jesucristo, que también vendrá de ella. Él creará nuevamente nuestros defectuosos cuerpos humanos para que sean como su cuerpo glorioso, por medio del poder con el cual él controla todas las cosas.

Así que permanezcan firmes en el Señor, mis queridos amigos, pues ustedes son muy importantes para mí, y me hacen muy feliz. ¡Ustedes son mi corona! ¡En verdad los amo y anhelo verlos! A Evodia y Síntique, les ruego que resuelvan sus diferencias la una con la otra y lleguen a un acuerdo en el Señor. De hecho, le pido a mi compañero de trabajo, que ayude a estas mujeres, pues ellas trabajaron conmigo en la predicación de la buena noticia, así como Clemente y mis demás compañeros, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida.

Estén siempre felices en el Señor. Les repito: ¡estén felices! Todos deberían saber de su bondad. El Señor estará pronto aquí. No se preocupen por nada, sino oren a Dios por todas las cosas, y explíquenle lo que necesitan, y agradézcanle por todo lo que él hace. Entonces la paz que viene de Dios, que es mejor que lo que podríamos imaginar, guardará sus corazones y mentes en Cristo Jesús.

Por último, piensen en todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo recto, todo lo puro, todo lo que es bello, todo lo que es elogiable, todo lo que en verdad es digno de alabanza. Practiquen lo que han aprendido y lo que han recibido de mí, así como lo que me vieron hacer y decir. Entonces el Dios de paz estará con ustedes.

Estoy muy feliz en el Señor porque ustedes han pensado otra vez en mí, al darme cuenta de que ustedes estaban preocupados por mí pero no podían hacer nada al respecto. No les hablo de mis necesidades, porque ya he aprendido a estar satisfecho en cualquier situación que me encuentre. Estoy acostumbrado a no tener nada, y he tenido la experiencia de tener abundancia también. En cada situación que me sea posible, he aprendido el secreto de enfrentarme a la abundancia y luego no tener para comer, de ser rico y vivir en la pobreza: ¡Todo lo puedo en Cristo, porque él me fortalece!

Aún así, hicieron bien en compartir conmigo durante mis tribulaciones. Ustedes los filipenses recuerdan que al principio, cuando comenzamos a predicar la buena noticia, cuando partí de Macedonia, la iglesia de ustedes era la única que me brindaba ayuda económica. Incluso cuando estuve en Tesalónica me ayudaron, no una sola vez sino dos. No es que esté pidiendo una donación. Sino que procuro que su "saldo a favor" aumente en su "cuenta". ¡Porque yo tengo de todo, incluso más de lo que necesito! Estoy agradecido por haber recibido de parte de Epafrodito las cosas que me

enviaron. Son como un sacrificio con dulce aroma que agrada a Dios y él aprueba. ¡Mi Dios suplirá todas las cosas que ustedes necesiten, conforme a sus riquezas gloriosas en Cristo Jesús! La gloria sea para Dios, el Padre, por siempre y para siempre. Amén. Saluden a todos los creyentes en Cristo Jesús. Los hermanos y hermanas cristianos que están conmigo les envían su saludo. Todos los creyentes les envían saludo, especialmente los del palacio del César. Que la gracia del Señor Jesucristo esté con el espíritu de cada uno de ustedes.

Colosenses

Carta de Pablo a los Colosenses

Esta carta viene de Pablo, un apóstol de Jesucristo conforme a la voluntad de Dios, y de nuestro hermano Timoteo. A los creyentes y cristianos fieles en Colosas: reciban gracia y paz de Dios, nuestro Padre. Siempre damos gracias Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo por ustedes, y oramos por ustedes también. Hemos oído de ustedes en Cristo Jesús y de su amor por todos los creyentes por causa de la esperanza preparada para ustedes en el cielo. Ya escucharon sobre esto en la buena noticia, el mensaje de verdad que vino a ustedes, así como a todo el mundo, esparciéndose ampliamente y dando resultados. Del mismo modo ha dado resultados en ustedes, desde que lo oyeron y comprendieron la naturaleza de la gracia de Dios. Nuestro querido amigo y compañero de trabajo Epafras, que es un ministro fiel de Cristo en nombre nuestro, les enseñó sobre esto. También nos ha hablado sobre el amor de ustedes en el Espíritu.

Por eso, desde que oímos de esto, seguimos orando por ustedes, pidiendo a Dios que les de entendimiento de su voluntad para ustedes y para que les conceda todo tipo de sabiduría y entendimiento espiritual. De este modo, vivirán vidas que representen correctamente al Señor y que le agraden, dando lugar a todo tipo de buenos frutos y recibiendo mayor conocimiento de Dios. Oramos para que sean poderosamente fortalecidos por su sublime fuerza, y tengan gran paciencia y perseverancia. Deseo que se regocijen en alabar al Padre, quien nos ha permitido participar de la heredad del pueblo de Dios que vive en la luz. Él nos rescató de la tiranía de las tinieblas y nos trajo al reino de su Hijo amado, por el cual hemos sido liberados y nuestros pecados han sido perdonados.

El Hijo es la imagen visible del Dios invisible. Él era antes de toda la Creación, porque todo fue creado por medio de él, ya sea en el cielo o en la tierra, lo visible y lo invisible, los imperios, los gobernantes, los líderes y autoridades. Todo fue creado por medio de él y para él. Él existía antes de todas las cosas, y él mantiene unidas todas las cosas. Él también es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia. Él es el principio, el primero y más alto de los que se levantaron de la muerte, de modo que él es supremo en todas las cosas.

Dios se agradó en que toda su naturaleza habitara en Cristo, y por medio de él reconciliar todas las cosas en el universo consigo mismo, pues logró la paz por medio de la sangre de su cruz, reconciliando a todos los que están en la tierra y en el cielo con él. Ustedes una vez eran extraños para Dios, enemigos en la forma de pensar y actuar, pero ahora él los ha reconciliado a ustedes por la muerte de su cuerpo humano, trayéndolos a su presencia, donde son santos, puros y sin falta. Pero su fe en él debe seguir firme como una roca, e inamovible. No se dejen sacudir de la esperanza de la buena noticia que han oído, la buena noticia que se ha esparcido por todo el mundo. Esa es la obra que yo, Pablo, he estado haciendo.

Estoy feliz de tener dificultades por causa de ustedes, porque por las cosas que me ocurrieron físicamente soy parte de los sufrimientos de Cristo que él mismo sigue experimentando por causa de su cuerpo, la iglesia. Sirvo a la iglesia siguiendo la dirección que Dios me ha dado respecto a ustedes, para presentarles completamente la palabra de Dios. Este es el misterio que fue oculto por las edades y por muchas generaciones, pero ahora ha sido revelado al pueblo de Dios. Dios quiso darles a conocer la gloriosa riqueza de este misterio a las naciones: ¡Cristo viviendo en ustedes es la gloriosa esperanza! A todos les estamos hablando sobre él, instruyéndolos y enseñándoles de la mejor forma que conocemos para poder traer a todos ante Dios con plena madurez en Cristo. También trabajo por ello, haciendo todos los esfuerzos mientras confío en esta poderosa fuerza que obra en mí.

Quiero que sepan cuán arduo estoy trabajando por ustedes y por los que están en Laodicea—y de hecho, por todos aquellos que aún no me han conocido personalmente— para que se animen. Deseo que estén unidos en amor, experimentando el gran privilegio de estar completamente seguros en su entendimiento, pues esto es lo que produce el verdadero conocimiento. ¡Deseo que puedan conocer el misterio revelado de Dios, que es Cristo! En él, podrán descubrir todas las riquezas de la sabiduría y el conocimiento de Dios.

Les digo esto para que ninguno los engañe con cuentos. Aunque no estoy allí, físicamente, con ustedes, los acompaño en espíritu. Estoy muy contento de ver la manera como ustedes están unidos y cuán firmes están en Cristo. Así como aceptaron a Jesús como Señor, continúen siguiéndolo, fundamentados en él y por él. Que su fe en él siguiera fortaleciéndose, siguiendo lo que han aprendido, llenos de gratitud con Dios.

Cuídense de que nadie los esclavice con sus filosofías y engaños vanos, siguiendo las tradiciones humanas y conceptos de este mundo, ni dejen de seguir a Cristo. Pues la plenitud de la naturaleza divina de Dios habita en Cristo en forma humana, y ustedes han alcanzado plenitud en él. Él es supremo sobre todo gobernante y autoridad.

Ustedes fueron “circuncidados” en él, pero no con manos humanas. Han sido liberados de la naturaleza humana por la “circuncisión” que Cristo llevó a cabo. Ustedes fueron sepultados con él en el bautismo, y fueron levantados por medio de su fe en lo que Dios hizo al levantarlo de los muertos. Y aunque ustedes estaban muertos por causa de sus pecados y estaban físicamente “incircuncisos”, Dios los trajo de regreso a la vida junto con él. Y además ha perdonado todos nuestros pecados. Él borró el registro de nuestras deudas conforme a la Ley que estaba escrita contra nosotros; él derribó este muro al clavarla en la cruz. Él destruyó el poder de los gobernantes y autoridades espirituales, y habiendo revelado públicamente cómo eran, los llevó cautivos tras él en victoria.

Así que no permitan que nadie los critique por lo que comen o beben, ni por las festividades religiosas que elijan observar. Estas son apenas una sombra de lo que vendrá, pues la realidad física es Cristo. No

permitan que nadie los engañe y les arrebate el premio insistiéndoles en autocastigarse, o en la adoración de ángeles. Ellos creen que son mejores que otros por visiones que dicen que han tenido, y se han vuelto ridículamente pretensiosos en sus mentes pecaminosas. Tales personas no están conectadas con la cabeza que dirige al cuerpo, que se nutre y se mantiene unido por medio de los tendones y los músculos. Cuando el cuerpo está unido, crece como Dios quiere.

Si murieron con Cristo a las exigencias religiosas en las que insiste este mundo, ¿por qué se sujetarían a tales exigencias como si aún fueran parte de este mundo? Cosas como: "no te acerques a esto", "no pruebes eso", "no toques aquello" Estos mandamientos se refieren a cosas que se acaban por el uso, y están basadas en exigencias y enseñanzas humanas. Tales reglas pueden tener cierto sentido para aquellos que practican la piedad egoísta, que están orgullosos de ser humildes, y que "mortifican sus cuerpos;" pero que en realidad no son de ayuda para vencer los deseos pecaminosos.

Así que si han sido traídos de regreso a la vida con Cristo, busquen las cosas que vienen de arriba, donde está Cristo, sentado a la diestra de Dios. Fijen sus mentes en lo que está arriba y no aquí en la tierra. Ustedes ya murieron, y sus vidas están seguras con Cristo, en Dios. Cuando Cristo, —su vida—sea revelado, entonces ustedes también participarán de su gloria visible.

Así que maten su naturaleza mundana – el pecado sexual, la inmoralidad, la lujuria, los malos deseos, la codicia – pues esto es idolatría. Porque por tales cosas el juicio de Dios cae sobre los que desobedecen. En un tiempo ustedes vivían así, cuando se comportaban de esta manera, pero ahora deben abandonar tales cosas, como el enojo, la ira, la maldad, el abuso, y el uso de obscenidades. No se mientan unos a otros, pues ya ustedes han desechado su antiguo ser y las cosas que hacían, y vístanse del nuevo ser que siempre está siendo hecho cada vez más como su Creador, con un mejor entendimiento de quién es él realmente. En esta nueva situación no hay griego ni judío, no hay circuncisos o incircuncisos, extranjeros, bárbaros, esclavos o libres, pues Cristo es todo, y él vive en todos nosotros.

Siendo que ustedes son el pueblo especial de Dios, santo y amado entrañablemente, tomen una naturaleza cordial que sea amable, humilde, mansa y paciente. Sean pacientes unos con otros, perdonen a otros entre ustedes si hay algún agravio de uno contra otro. Así como el Señor los perdonó a ustedes, hagan lo mismo. Sobre todas las cosas, ámense unos a otros, que es el vínculo perfecto que los unirá. Que la paz de Cristo dirija sus pensamientos, porque ustedes fueron llamados a esto por Dios, quien los hace uno, y den gracias a Dios por ello. Dejen que el mensaje de Cristo habite completamente en ustedes. De las maneras más sabias instrúyanse unos a otros por medio de salmos e himnos y cantos espirituales, alabando a Dios con sus corazones. Todo lo que hagan, sea de palabra o de hecho, háganlo en el nombre del Señor Jesús, alabando a Dios el padre a través de él. Ustedes, mujeres casadas, respeten a sus esposos como es debido en el Señor. Ustedes, hombres casados, amen a sus esposas y no las traten mal. Hijos, hagan siempre lo que sus padres dicen, porque esto es lo que le agrada al Señor. Padres, no hagan enojar a sus hijos, para que no sientan deseos de rendirse. Los que son siervos, obedezcan a sus amos, no tratando de agradarlos falsamente, sino con sinceridad y honestidad, respetando al Señor. Todo lo que tengan que hacer, háganlo bien, como si lo hicieran para Dios y no para las personas, porque ustedes saben que el Señor les dará una herencia como recompensa. ¡Recuerden que están sirviendo a Cristo el Señor! Todo el que hace el mal será recompensado por sus actos, y Dios no tiene favoritos.

Ustedes, amos, traten a sus siervos de manera recta y justa, reconociendo que ustedes también tienen un Amo en el cielo. No olviden seguir en oración, con sus mentes alertas y en agradecimiento. Oren también por nosotros para que Dios abra una puerta de oportunidad para predicar el mensaje, para hablar sobre el misterio revelado de Cristo, que es la razón por la que me encuentro prisionero aquí. Oren para que pueda hablar claramente y como es debido. Compórtense sabiamente con los extraños, haciendo el mejor uso de cada oportunidad. Tengan gracia al hablar. Asegúrense de hablar con buen gusto, y piensen en la mejor manera de responder a todos.

Tíquico les dirá todo lo que me está sucediendo. Él es un hermano muy querido, un fiel ministro y compañero de trabajo en el Señor. Lo envío a ustedes por esta misma razón: para que sepan cómo estoy y se animen. Onésimo también va con él, un hermano de confianza y muy amado, que también es hermano de ustedes. Ellos les explicarán todo lo que está ocurriendo aquí. Aristarco, quien está aquí conmigo en la prisión, les manda sus mejores deseos; del mismo modo Marcos, el primo de Bernabé (ya ustedes han recibido instrucciones para recibirlo si llega a visitarlos), y Jesús—también llamado Justo—quienes son los únicos judíos cristianos entre los que trabajan conmigo aquí por el reino de Dios, y son hombres que han sido de gran ayuda para mí. Epafras, que es uno de ustedes y siervo de Cristo Jesús, envía sus saludos. Él siempre ora con gran fervor por ustedes, para que se mantengan firmes a medida que crecen como cristianos, plenamente convencidos de todo, como Dios quiere. Como testimonio de él puedo decirles que ha hecho mucho por ustedes, y también por los que están en Laodicea y Hierápolis. Lucas, nuestro amado médico, y Demas también envían sus saludos. Saluden a los creyentes que están en Laodicea. A Ninfa también, así como a la iglesia que se reúne en su casa. Y cuando les hayan leído esta carta, asegúrense de que también sea leída a la iglesia de Laodicea, y que ustedes también puedan leer la carta enviada a Laodicea. Díganle a Arquipo lo siguiente: "Asegúrate de llevar a cabo el ministerio que Dios te dio".

Yo, Pablo, escribo mi saludo de despedida con mi propia mano. No olviden que estoy en prisión. La gracia de Dios sea con ustedes.

1 Tesalonicenses

Primera carta de Pablo a los Tesalonicenses

Esta carta viene de parte de Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los Tesalonicenses que pertenecen a Dios el Padre y al Señor Jesucristo. Deseamos que tengan gracia y paz. Siempre le damos gracias a Dios por todos ustedes, y los recordamos en nuestras oraciones. Recordamos delante de nuestro Dios y Padre la manera como ustedes practican la fe en él, y cómo trabajan arduamente con amor, y que con paciencia guardan la esperanza de nuestro Señor Jesucristo. Hermanos y hermanas, ya sabemos que Dios los ama y que ustedes son muy especiales para él. La buena noticia que les llevamos no eran solo palabras, sino que estaba llena de poder también, pues el Espíritu Santo los convenció por completo. Del mismo modo, ustedes saben qué tipo de hombres somos, pues les demostramos que estábamos trabajando por el bien de ustedes.

Ustedes fueron imitadores de nosotros y de Dios cuando recibieron el mensaje, pues a pesar de sus problemas experimentaron el gozo que viene del Espíritu Santo. De modo que ustedes se han convertido en un ejemplo para todos los creyentes en Macedonia y Grecia. Porque ustedes han difundido el mensaje del Señor, no solo en Macedonia y Grecia, sino que en todas partes la gente ha oído de su fe en Dios, de modo que no necesitamos hablarle a nadie de ello. De hecho, todos hablan acerca del maravilloso recibimiento que ustedes nos dieron y cómo abandonaron los ídolos y se volvieron a Dios para servirle como al Dios viviente y verdadero, mientras aguardan la venida de su Hijo, Jesús, al que Dios levantó de los muertos, y quien nos salvará del juicio que está por venir.

Hermanos y hermanas, ustedes mismos saben lo que significó nuestra visita para ustedes, y que no fue en vano. Recordarán que después de muchas dificultades y maltrato en Filipos, con la ayuda de Dios nos atrevimos así a compartir la buena noticia de Dios con ustedes, a pesar de la oposición que enfrentamos. Pues lo que hablamos no es engaño, ni es algo inútil, y tampoco un fraude.

Por el contrario, tenemos la aprobación de Dios para lo que decimos, pues él nos ha encomendado compartir la buena noticia. No nos disponemos a agradar a la gente, sino a Dios. Porque Él es el único que juzga nuestras intenciones. Como saben, nunca usamos palabras de adulación. Ni estuvimos encubriendo ninguna actitud codiciosa o egoísta, pues Dios es nuestro testigo. Nuestra intención no era ganar la alabanza de nadie, ni la de ustedes, ni la de los demás. Nos hubiéramos convertido en un "carga" para ustedes como mensajeros de Cristo; pero en lugar de ello actuamos con amabilidad entre ustedes, como una madre amorosa que cuida de sus propios hijos. Nuestro amor era tan grande que nos deleitamos en compartir con ustedes no solo la buena noticia de Dios, sino que además nos entregamos nosotros mismos, porque se volvieron muy amados para nosotros.

¿No recuerdan, hermanos y hermanas, nuestro arduo trabajo, día y noche, para no ser carga para ninguno mientras les compartíamos la buena noticia? Ustedes mismos y Dios pueden dar testimonio de nuestros actos, y cómo tratamos a los creyentes con una actitud santa, justa e intachable. Saben cómo nos interesamos por cada uno de ustedes como un padre que cuida de sus propios hijos. Los animamos, los consolamos, y compartimos con ustedes nuestra experiencia para que pudieran vivir como Dios quiere, el mismo Dios que los llama a su propio reino y gloria.

Hay otra cosa, y es que siempre le damos gracias a Dios porque cuando ustedes escucharon y aceptaron su palabra, no la recibieron como si fueran palabras humanas, sino como lo que realmente es: como la palabra de Dios. Y esto es lo que obra en los que creen en él. Hermanos y hermanas, la experiencia que ustedes han tenido es semejante a la de aquellas iglesias de Dios que pertenecen a Cristo y están en Judá. Así como sus hermanos los judíos cristianos sufrieron en manos de líderes judíos, quienes mataron al Señor Jesús y a los profetas, y nos persiguieron. Ellos no agradan a Dios y son hostiles con todos, tratando de detener nuestra predicación a las otras naciones para impedir que se salven. Ellos siempre están pecando hasta el máximo nivel, pero para ellos ha llegado el juicio con todo su peso.

Hermanos y hermanas, siendo que nos sentimos como si hubiéramos experimentado una separación familiar, pues no los habíamos visto por un tiempo (estábamos separados físicamente pero no en espíritu), intentamos con mayor esfuerzo ir a verlos cara a cara nuevamente porque ese era nuestro deseo. En realidad queríamos ir a visitarlos, y yo, Pablo, lo intenté una y otra vez, pero Satanás nos lo impedía. Pues lo que nos da esperanza, lo que nos da felicidad, lo que nos hace sentir realmente orgullosos al estar en presencia de nuestro Señor Jesucristo cuando regrese, es tenerlos a ustedes allí también. ¡Ustedes son nuestro orgullo y nuestra alegría!

Así que cuando ya no pudimos aguantar más, decidimos que sería mejor quedarnos en Atenas, y enviarles a Timoteo. Él es nuestro hermano y compañero en la obra de Dios y en la predicación de la buena nueva de Cristo. Lo enviamos para fortalecerlos y animarlos en su fe en Dios para que ninguno de ustedes sufriera descontento por las dificultades, pues ustedes saben que hemos de esperar tales cosas. Incluso mientras estuvimos con ustedes, siempre les advertíamos que pronto sufriríamos persecución y ustedes saben bien que eso es exactamente lo que ha sucedido. Es por eso que, cuando no pude soportar más, mandé a preguntar si ustedes todavía tenían fe en Dios. Pues estaba preocupado de que el diablo hubiera tenido éxito en tentarlos y que nuestra obra hubiera sido en vano.

Ahora Timoteo ha vuelto después de haberlos visitado, y nos ha traído buenas noticias sobre su fe en Dios y el amor que tienen. Nos ha dicho que aún tienen recuerdos gratos de nosotros, y que anhelan vernos así como nosotros deseamos verlos a ustedes. Esto realmente nos ha animado en nuestros propios momentos de dificultad, hermanos y hermanas, sabiendo que us-

tedes siguen aferrándose a su fe en Dios. Para nosotros, la vida vale la pena porque ustedes están firmes en el Señor. Al ir a la presencia de Dios no tenemos palabras suficientes para agradecerle por toda la alegría que ustedes nos causan. Día y noche oramos de corazón, esperando verlos nuevamente cara a cara, y ayudarlos a seguir desarrollando su fe en Dios. Quiera nuestro Padre y nuestro Señor Jesús permitir que podamos ir a verlos pronto. Que el Señor aumente el amor que se tienen los unos hacia los otros, y hacia todos los demás, hasta que sobreabunde, así como nosotros los amamos a ustedes. Y que así el Señor pueda fortalecerlos para que puedan estar firmes y con pensamientos santos y sin mancha ante nuestro Dios y Padre en la venida de nuestro Señor Jesús, con todos sus santos.

Les digo unas cuantas cosas más: Hermanos y hermanas, les rogamos y los exhortamos en el Señor Jesús para que se comporten de una manera que agrade a Dios, tal como les enseñamos. Desde luego que ya lo hacen, ¡pero sigan haciéndolo cada vez más! Recuerden las instrucciones que les di en nombre del Señor Jesús. Lo que Dios quiere es que vivan vidas santas. Así que aléjense de la inmoralidad sexual para que cada uno tenga dominio propio de una manera santa y respetuosa, y no anden satisfaciendo los deseos de la lujuria como hacen los paganos que no tienen conocimiento de Dios. No engañen ni se aprovechen de otros cristianos en estos asuntos, porque el Señor es el que ejerce juicio en todas estas cosas, como ya se los hemos explicado claramente, y como ya les advertimos. Porque Dios no nos llamó a vivir vidas impuras, sino vidas santas. Así que todo el que rechaza esta enseñanza, no está rechazando lo que dice un ser humano, sino que está rechazando a Dios, quien es el que da su Espíritu Santo.

Ciertamente no necesitamos escribirles y decirles que amen a los hermanos creyentes, porque Dios ya les enseña a amarse los unos a los otros, y de hecho ustedes demuestran este amor a todos los creyentes que están en toda Macedonia. Aun así, queremos animarlos, hermanos y hermanas, a que amen cada vez más. Procuren vivir una vida tranquila, preocupándose de sus propios asuntos, haciendo cada uno su propio trabajo, como ya les hemos enseñado, para que su forma de vivir sea respetada por los que no son cristianos, y así ustedes no dependan de que otros les provean lo que necesitan.

No queremos que se confundan en cuanto a lo que sucede cuando las personas mueren, hermanos y hermanas, para que no se entristezcan como aquellos que no tienen ninguna esperanza. Puesto que estamos convencidos de que Jesús murió y se levantó de nuevo, también estamos seguros de que Dios traerá con Jesús a aquellos que han muerto confiando en él. Lo que les estamos diciendo viene del Señor: los que de nosotros estemos vivos aquí todavía cuando el Señor venga, ciertamente no precederemos a los que han muerto ya. Pues el Señor mismo descenderá con grito de mando, con el clamor del arcángel, y con el sonido de la trompeta de Dios; y los que han muerto en Cristo resucitarán primero. Entonces los que de nosotros estemos todavía vivos aquí seremos llevados con ellos en las nubes, y nos encontraremos con el Señor en el aire. ¡Y entonces estaremos para siempre con el Señor! Así que anímense los unos a los otros con estas palabras.

Hermanos y hermanas, no necesitamos escribirles sobre los tiempos proféticos y las fechas. Ustedes mismos saben bien que el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche. Cuando la gente hable de paz y seguridad, de repente vendrá destrucción sobre ellos. Será como el inicio repentino de los dolores de parto, y ciertamente no escaparán. Pero ustedes, hermanos y hermanas, no están en tinieblas respecto a esto, de modo que no serán tomados por sorpresa cuando venga como ladrón en el Día del Juicio. Porque ustedes son todos hijos de la luz e hijos del día. No pertenecemos a la noche ni a las tinieblas. De modo que no deberíamos estar durmiendo como todos los demás, sino que debemos permanecer despiertos y mantener nuestra mente lúcida. Porque en la noche es cuando la gente duerme; y es en la noche que se emborrachan. Pero como nosotros pertenecemos al día, debemos mantener nuestras mentes limpias, ceñidos con la coraza de fe y amor, y usando como casco la esperanza de la salvación. Porque Dios no nos ha puesto en sitio de castigo, sino que nos ha reservado para salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo. Él es quien murió por nosotros para que, ya sea que vivamos o muramos, podamos vivir con él. Así que anímense y fortalézcanse unos a otros, como lo han venido haciendo.

Hermanos y hermanas, les pedimos que respeten a los que están con ustedes, a quienes los guían en el Señor y les enseñan. Deben valorarlos grandemente en amor por la obra que hacen. Vivan en paz unos con otros. Los exhortamos, hermanos y hermanas, a que adviertan a los que son perezosos, animen a los que están ansiosos, ayuden a los débiles, y sean pacientes con todos. Asegúrense de que ninguno de ustedes pague mal por mal, sino traten siempre de hacer el bien unos a otros. Estén siempre llenos de alegría, nunca dejen de orar, estén agradecidos en todas las situaciones, porque esto es lo que Dios quiere que hagan en Cristo Jesús. No refrenen al Espíritu, no menosprecien la profecía, asegúrense de comprobarlo todo. Aférrense a todo lo que sea bueno; y manténganse apartados de todo tipo de mal.

Que el mismo Dios de paz los santifique por completo, y que todo su ser—cuerpo, mente y espíritu—permanezca irreprochable para el regreso de nuestro Señor Jesucristo. Aquél que los llama es fiel, y cumplirá. Hermanos y hermanas, oren por nosotros. Saluden a todos los creyentes de allí con afecto. Les pido, por medio del Señor, que esta carta sea leída a todos los creyentes. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con ustedes.

2 Tesalonicenses

Segunda carta de Pablo a los Tesalonicenses

Esta carta viene de Pablo, Silvano y Timoteo, para la iglesia de los tesalonicenses que pertenecen a Dios, nuestro Padre, y al Señor Jesucristo. Tengan gracia y paz de parte de Dios el Padre y del Señor Jesucristo. Seguimos agradeciendo a Dios por ustedes, hermanos y hermanas, pues es lo menos que podemos hacer. Es lo que debemos hacer porque su fe en Dios está floreciendo, y el amor que todos ustedes tienen unos por otros aumenta cada vez más.

Hablamos con orgullo de ustedes entre las iglesias de Dios por su ánimo perseverante y fe en Dios, en medio de toda la persecución y las dificultades que han sufrido. Porque esta es la evidencia de que Dios es justo en sus decisiones, que ustedes merecen el reino de Dios por el cual sufren. Puesto que Dios hace lo recto, él se encargará apropiadamente de aquellos que les causan dificultad. Él los libertará de su sufrimiento—y a nosotros también—cuando el Señor Jesús aparezca del cielo con fuego consumidor, con sus ángeles poderosos, y trayendo juicio sobre aquellos que rechazan a Dios y se niegan a aceptar la buena nueva de nuestro Señor Jesús. Ellos recibirán las consecuencias justas de la perdición eterna, separados de la presencia del Señor y de su glorioso poder, el día que él venga a recibir gloria de su pueblo, admirado por todos los que confían en él. Esto los incluye a ustedes, porque ustedes se convencieron de lo que les predicamos.

Por eso seguimos orando por ustedes, para que nuestro Dios los haga dignos del llamado que nos ha hecho. Que Dios cumpla poderosamente cada deseo que tienen ustedes de hacer el bien, y cada acción que nace de la fe en él, a fin de que el nombre de nuestro Señor Jesús sea honrado en lo que ustedes hacen, y a la vez ustedes sean honrados por él mediante la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo.

En cuanto a la venida de nuestro Señor Jesucristo y la manera como nos reuniremos con él, hermanos y hermanas, por favor, no se inquieten ni se preocupen por ninguna revelación espiritual, o mensaje, o supuesta carta de parte de nosotros que les haga creer que el día del Señor ya ha llegado. No permitan que ninguno los engañe de ninguna forma, porque la Rebelión debe venir primero, y el hombre de anarquía debe ser revelado. Aquél cuyo fin es la destrucción. Él es el enemigo de Dios, y con arrogancia se coloca por encima de todo lo que se llame Dios y reciba adoración. Incluso se instala en el Templo de Dios, y afirma que él es Dios. ¿No recuerdan que les dije todo esto cuando todavía estaba con ustedes?

Ahora bien, ustedes saben qué lo mantiene bajo control, porque él será revelado como lo que es en su debido momento. Pues los caminos secretos de esta anarquía ya están obrando; sin embargo, el que detiene esta anarquía seguirá haciéndolo hasta que se quite de en medio. Entonces el hombre de anarquía será revelado, ese a quien el Señor Jesús destruirá, arrasando con él, aniquilándolo con el resplandor de su venida. Él (el hombre de anarquía) viene a hacer la obra de Satanás, y tendrá todo tipo de poderes, usará milagros, y llevará a cabo sorprendentes pero engañosas manifestaciones. Usando todo tipo de trucos malvados engaña a aquellos que van camino a la destrucción, porque se negaron a amar la verdad y ser salvos. Por esto Dios les envía un engaño que los convencerá a fin de que crean en la mentira. Como resultado, todos los que no creyeron en la verdad serán condenados, pues prefirieron el mal.

Pero nosotros no tenemos más que agradecer a Dios por ustedes, hermanos y hermanas amados por el Señor, porque Dios los escogió desde el principio para ser salvos mediante el Espíritu que los justifica al creer en la verdad. A esto los llamó Dios por medio de la buena nueva que compartimos con ustedes, para que pudieran ser partícipes de la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos y hermanas, permanezcan firmes, y aférrense a lo que han aprendido, ya sea por lo que han oído, o por medio de cartas nuestras. Quiera nuestro Señor Jesucristo mismo y Dios el Padre (quien por medio de su gracia nos dio seguridad eterna y fiel esperanza), animarlos y fortalecerlos para que puedan decir y hacer todo lo que es bueno.

Finalmente, hermanos y hermanas, les rogamos que oren por nosotros, para que el mensaje del Señor pueda esparcirse y ser aceptado en verdad, como lo aceptaron ustedes, y que podamos permanecer a salvo de los hombres inmorales y malvados, pues no todo el mundo cree en Dios. Pero el Señor es fiel y los fortalecerá, y también los protegerá del maligno. Tenemos la gran seguridad en el Señor de que ustedes están haciendo y seguirán haciendo lo que les dijimos. Quiera el Señor guiarlos a una comprensión más profunda del amor de Dios por ustedes y de la paciencia de Cristo.

Ahora queremos decirles, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que no se asocien con ningún creyente que no quiera trabajar por su sustento, esos que no siguen las enseñanzas que aprendieron de nosotros. Sin duda alguna, ustedes saben que deben seguir nuestro ejemplo, porque mientras estuvimos con ustedes no fuimos perezosos, pues no comimos de la comida de nadie sin pagar por ella. Por el contrario, trabajábamos arduamente día y noche para no ser carga para ninguno de ustedes. No porque no tuviéramos el derecho de hacerlo, sino porque queríamos ser un ejemplo para ustedes, a fin de que pudieran imitar lo que nosotros hacíamos. Incluso cuando estuvimos con ustedes les dimos instrucciones estrictas de que todo aquél que no trabaje no coma. Pero ahora hemos oído que hay muchos perezosos entre ustedes que no trabajan en absoluto. Nosotros les ordenamos a tales personas, exhortándolos en el Señor Jesús, que se dispongan a trabajar para pagar su sustento.

Hermanos y hermanas, no dejen de hacer el bien. Tomen nota de los que no hacen lo que les estamos diciendo en esta carta, y asegúrense de no asociarse con ellos, para que sean avergonzados. No los consideren como enemigos, sino háganles la advertencia como quien habla con un hermano y hermana.

Quiera el mismo Señor de paz darles paz en todas las situaciones y en todas las formas. El Señor esté con

todos ustedes. Noten el saludo que les mando, con mi propia letra. Este es mi firma en cada carta que escribo. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos ustedes.

1 Timoteo

Primera carta de Pablo a Timoteo

Esta carta viene de Pablo, un apóstol de Jesucristo designado por la autoridad de Dios, nuestro Salvador, y Cristo Jesús, quien es nuestra esperanza. Esta carta la envío a Timoteo. Tú eres mi hijo por causa de tu fe en Dios. Recibe gracia, misericordia y paz de Dios el Padre y de Cristo Jesús, nuestro Señor.

Cuando iba de camino a Macedonia, te pedí que te quedaras en Éfeso, para que pudieras hablar con los que enseñan falsas ideas y les insistieras en que dejaran de hacerlo. Ellos no deberían preocuparse por leyendas ni obsesionarse interminablemente en cuanto a linajes. Tales ideas solo conducen a debates sin sentido, y no a una comprensión de Dios mediante la fe en él.

La razón por la que insisto en esto es para que podamos tener el amor que nace de un corazón puro, de una conciencia limpia y de la fe sincera en Dios.

Algunos se han desviado de estas cosas, y han terminado predicando cosas sin sentido. Tienen ambición por ser maestros de la ley, pero no tienen idea de lo que dicen ni de lo que anuncian con tanta vehemencia.

Ahora bien, reconocemos que la ley es buena si las personas la usan de manera adecuada. También sabemos que la ley no se instituyó por causa de los que son justos, sino por causa de los que son rebeldes e ignoran la ley. Se aplica a personas que no sirven a Dios, que son pecadoras, que no respetan la santidad de las cosas y que son completamente profanos. Es para los que matan a padres y madres, para los asesinos, para los que son sexualmente inmorales, para los homosexuales, para los secuestradores, para los mentirosos, para los que son falsos testigos, y para todo aquello que se oponga a las buenas enseñanzas que han sido determinadas por la maravillosa buena nueva de nuestro Dios bendito, y que él me encomendó.

Estoy tan agradecido con Cristo Jesús, nuestro Señor, por la fuerza que me ha dado, y porque me ha considerado fiel, designándome para trabajar para él. Aunque yo solía insultar a Dios, y perseguía y abusaba de su pueblo, él me mostró misericordia por causa de mi ignorancia e incredulidad. Nuestro Señor, en su gracia, me llenó hasta la saciedad con la fe y el amor que provienen de Cristo Jesús.

Este es un dicho confiable que todos deberían aceptar: "Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores", y yo soy el peor de ellos. Por esta razón se me mostró misericordia, pues ya que soy el peor pecador, Jesucristo pudo mostrar su paciencia infinita como ejemplo para aquellos que eligen creer en él y obtener vida eterna.

La honra y la gloria sean por siempre y para siempre para el Rey eterno, el inmortal, invisible y único Dios. Amén.

Estas son las instrucciones que quiero darte, Timoteo, mi hijo, siguiendo las profecías que te han traído hasta aquí, para que puedas pelear la buena batalla. Mantén tu fe en Dios y asegúrate de tener una conciencia limpia. Algunos no han querido hacerlo y por eso su fe en Dios ha naufragado. Himeneo y Alexander son ejemplo de ello, y yo los he "entregado a Satanás" para que aprendan a no dar una mala imagen de Dios.

En primer lugar quiero animarte a orar por todos: haz peticiones y agradece en nombre de ellos. De este mismo modo ora por los reyes y por todo tipo de líderes, para que podamos tener una vida tranquila y pacífica, siempre pensando en Dios y tomando la vida con seriedad. Esto es bueno, y es lo que agrada a Dios, nuestro Salvador. Porque él desea que todos seamos salvos y comprendamos la verdad.

Pues hay un Dios, y un mediador entre Dios y la humanidad, el hombre Cristo Jesús. Él se entregó a fin de que todos pudiéramos ser rescatados nuevamente, demostrando la evidencia a su debido tiempo. Fui designado para compartir este mensaje y ser su mensajero, ser un maestro para los extranjeros sobre la fe en Dios y la verdad (no miento, digo la verdad).

Lo que realmente quiero es que los hombres en todas partes oren a Dios con sinceridad. ¡Sin enojos ni discusiones! Del mismo modo, las mujeres deben vestir con prudencia, con modestia y apropiadamente. Deben ser atractivas pero no por su corte de cabello o por el uso de oro, perlas o ropas costosas, sino por las cosas buenas que hacen, como es apropiado en las mujeres que dicen seguir a Dios. Las mujeres deben aprender en silencio, respetando su lugar. Yo no permito que las mujeres sean instructoras, o que dominen a los hombres; háganlas permanecer en silencio. Pues Adán fue creado primero, y luego Eva. Adán no fue engañado, pero Eva sí fue engañada por completo, y cayó en pecado. No obstante, las mujeres serán salvadas por convertirse en madres, siempre y cuando sigan con fe y amor, y vivan vidas prudentes en santidad.

Esta es una declaración fiel: "Si alguno aspira a ser un anciano, es un buen trabajo el que quiere hacer". Un anciano debe ser irreprochable, casado con una mujer, debe tener dominio propio, ser equilibrado, sensible, hospitalario, y con capacidad de enseñar. Debe abstenerse de emborracharse o ser violento, más bien debe ser manso y no debe buscar contienda o codiciar dinero. Debe manejar bien su propia familia. Sus hijos deben respetar lo que él les ordena. (Pues si un hombre no sabe manejar a su propia familia, ¿cómo podrá manejar la iglesia de Dios?) No debe ser un creyente nuevo, pues en caso de volverse ególatra caerá bajo la misma condenación del diablo. La gente que está fuera de la iglesia también debe hablar bien de él para que no traiga desgracia sobre sí mismo y caiga en la trampa del diablo.

Del mismo modo, los diáconos deben ser respetables y no hipócritas. No deben ser adictos a la bebida, y no deben tratar de enriquecerse de manera deshonesta. Deben apegarse a la verdad revelada sobre Dios, confiando en él con una conciencia pura. Deben ser probados primero, y si no se halla en ellos ninguna falta, entonces permítanles servir como diáconos. Sus esposas también deben ser respetables. No deben andar difamando a las personas con chismes, y deben tener dominio propio y ser fieles en todo lo que hagan.

El diácono debe estar casado con una sola mujer, siendo buen administrador de sus hijos y sus hogares. Los que sirven bien como diáconos adquieren una buena reputación y ganan mucha credibilidad en cuanto a su fe en Cristo Jesús.

Aunque espero verte pronto, te escribo sobre todas estas cosas para que si me demoro sepas cómo deben comportarse las personas en la casa de Dios. Esta es la iglesia del Dios viviente, el pilar de apoyo de la verdad. No hay duda alguna sobre ello: la verdad revelada sobre Dios es asombrosa. Él se nos fue dado a conocer en forma humana, fue vindicado por el Espíritu, visto por ángeles, declarado a las naciones, creído por el mundo, y recibido en gloria.

Sin embargo, el Espíritu explica muy claramente que en los últimos tiempos algunos abandonarán su fe en Dios, y escucharán espíritus engañadores y creencias que provienen de demonios. Estos mentirosos hipócritas, cuyas conciencias han sido cauterizadas, dicen a la gente que no deben comer ciertos alimentos que fueron hechos por Dios y que deben ser aceptados con agradecimiento por parte de quienes creen y conocen la verdad. Todo lo que Dios creó es bueno, y nada debe ser rechazado sino recibido con agradecimiento, pues viene a ser sagrado gracias a la palabra de Dios y la oración.

Si enseñas estas cosas a los hermanos y a las hermanas, serás un buen ministro de Cristo Jesús. Te fortalecerás por la fe en la verdad, y en la buena enseñanza que has seguido. Rechaza lo profano y los cuentos supersticiosos. Asegúrate de fortalecerte en el ejercicio espiritual, porque aunque el ejercicio físico es útil hasta cierta medida, el ejercicio espiritual es más útil aún. Pues “trae consigo promesa para la vida presente y para la vida venidera”. Puedes creer en esta afirmación que debe ser aceptada por todos. La razón por la cual trabajamos y hacemos lo mejor posible es porque nuestra esperanza está puesta en el Dios viviente. Él es el Salvador de todo el mundo, especialmente de los que creen en él.

Y esto es lo que debes enseñar. Diles a todos que sigan tus instrucciones. No permitas que nadie te menosprecie por ser joven. Sé un ejemplo para aquellos que creen en Dios, en tu manera de hablar, en tu estilo de vida, en amor, en fe y en pureza. Hasta que yo vaya, asegúrate de leer las Escrituras a la iglesia, y de animarlos con tu predicación y tu enseñanza. No descuides el don de la gracia de Dios que tienes y que te fue dado por inspiración profética cuando los ancianos de la iglesia impusieron sus manos sobre ti. Considera cuidadosamente estas cosas, y dedícate por completo a ellas para que todos puedan ver tu progreso. Enfócate en lo que estás haciendo y en lo que estás enseñando. Continúa tu obra, porque al hacerlo te salvarás tú y los que te escuchan también.

No reprendas a un hombre que es mayor que tú. Por el contrario, anímalo como si fuera tu padre. Trata a los hombres más jóvenes como hermanos, a las mujeres mayores que tú como madres; a las más jóvenes como hermanas, con los estándares más altos de decencia. Ayuda a las viudas que no tienen familia. Pues la responsabilidad cristiana de los hijos o nietos de una viuda es cumplir con las obligaciones que exige su familia, y pagar a sus padres ayudándolos. Esto es lo que agrada a Dios. Ahora pues, una verdadera viuda, que no tiene familia, que está sola y sin apoyo de nadie, pone su esperanza en Dios y ora pidiendo ayuda día y noche. Pero una viuda que solo se concentra en agradarse a sí misma, ya está muerta, aunque esté viva físicamente. Da estas instrucciones a la gente para que estén por encima de cualquier crítica. Pero los que no cuidan de sus parientes, especialmente de su propia familia, han negado sus creencias, y son peores que los incrédulos. Solo las viudas mayores de sesenta años que han sido fieles a sus esposos deben estar en la lista. La viuda debe tener reputación de hacer el bien. ¿Crió a sus hijos apropiadamente? ¿Ha sido hospitalaria? ¿Ha lavado los pies de otros miembros de la iglesia? ¿Ha ayudado a aquellos que estaban en dificultad? ¿Ha procurado hacer el bien en todas las formas?

No anoten a las viudas que son más jóvenes, porque cuando sus deseos físicos les despierten el deseo por casarse, abandonarán su dedicación a Cristo. En esto ellas son culpables de quebrantar su compromiso anterior. Además ellas se acostumbran a una vida de pereza, donde simplemente se visitan unas a otras en sus casas. No solo son perezosas, sino que andan en chismes y se entrometen hablando de cosas que no deberían. Así que mi mejor consejo es que las viudas que son más jóvenes se casen y tengan hijos y se ocupen del hogar. Así no habrá oportunidad para la crítica que proviene del Enemigo. Sin embargo, algunos ya se han ido por el camino de Satanás. Toda mujer cristiana que tenga viudas en la familia debe ayudarlas, para que la iglesia no reciba la carga de tal responsabilidad y pueda ayudar a las viudas que realmente están en necesidad.

Los ancianos que dirigen la iglesia deberían ser considerados como doblemente valiosos, especialmente aquellos cuya obra es la predicación de la palabra y la enseñanza. Como dice la Escritura: “No le pondrás bozal al buey cuando está trillando el trigo”. También dice: “El obrero merece su pago”. No consideres ninguna acusación en contra de un anciano a menos que existan dos o tres testigos que la apoyen. Censura frente a todos los demás a los que pecan, como una advertencia para los otros también.

Ante Dios y Cristo Jesús, y ante los santos ángeles, yo te instruyo con estas indicaciones sin prejuicio alguno. No actúes con favoritismo. No te apresures a imponer tus manos sobre ninguno; y no participes en los pecados de los otros. Mantente puro.

No bebas solamente agua, sino añade un poco de vino, por tu mal de estómago, pues te enfermas muy seguido.

Los pecados de algunas personas son muy evidentes, y sin duda alguna son culpables, pero los pecados de otros no se logran ver hasta después. Del mismo modo, algunas buenas obras son evidentes, e incluso las que están ocultas no seguirán así por mucho tiempo.

Todos los que están sujetos bajo esclavitud deben considerar a sus amos como dignos de respeto, para que el nombre de Dios y las creencias cristianas no sean difamados. Los esclavos que tienen amos cristianos no deben irrespetarlos porque son hermanos. Por el contrario, deberían servirles aún mejor, porque los que se están beneficiando de su servicio son hermanos

creyentes a quienes deben amar. Enséñales a las personas estas instrucciones, y anímalas a seguirlas.

Aquellos que enseñan creencias distintas, y no escuchan el buen consejo, especialmente las palabras de nuestro Señor Jesucristo y las verdaderas enseñanzas de Dios, son arrogantes y no entienden nada. Ellos están obsesionados con la especulación y los debates filosóficos que solo conducen a celos, discusiones y chismes malintencionados y desconfianza maligna, y esas son las discusiones constantes de personas cuyas mentes están completamente corrompidas y que han perdido la verdad, creyendo que pueden sacar provecho financiero de la religión…

¡Pero conocer y seguir a Dios es tan satisfactorio! Pues nosotros no trajimos nada al mundo, y tampoco podemos llevarnos nada. Pero si tenemos alimento y vestimenta, entonces tenemos suficiente. Aquellos que están determinados para volverse ricos, caen en la trampa de la tentación, siguiendo muchos impulsos necios y destructivos. Pues el deseo de ser ricos conduce a muchas clases de malos resultados. Algunos de los que anhelaban esto se han apartado de la verdad, y se han causado daño a sí mismos, experimentando gran dolor.

Pero tú, como hombre de Dios, debes alejarte de tales cosas. Debes procurar hacer lo recto, practicar la verdadera religión, y confiar en Dios. Que tu objetivo sea amar, ser paciente y manso. Pelea la buena batalla confiando en Dios. Aférrate completamente a la vida eterna a la cual fuiste llamado. Esto fue lo que prometiste hacer delante de muchos testigos.

Mi encargo hacia ti, delante de Dios, el Dador de la vida, y delante de Cristo Jesús, quien dio testimonio de la buena nueva ante Poncio Pilato, es que sigas fielmente lo que se te ha enseñado para que estés libre de toda crítica hasta que aparezca nuestro Señor Jesucristo. En el momento apropiado Jesús será revelado, el bendito y único Soberano, el Rey de reyes y Señor de señores. Él es el único inmortal, y vive en la luz inaccesible. Nadie lo ha visto nunca, ni puede hacerlo. ¡El honor y el poder eterno son suyos! Amén.

Advierte a los que son ricos en el mundo presente para que no se vuelvan orgullosos. Diles que no pongan su fe en la riqueza que es tan efímera, sino en Dios, quien nos da gratuitamente todo para nuestro deleite. Díles que hagan el bien, y que se vuelvan ricos en buenas obras, prestos para compartir lo que tienen, y ser generosos. De este modo, acumulan tesoros que les proveerán una base sólida para el futuro, a fin de que puedan aferrarse a la vida verdadera.

Timoteo, cuida lo que se te ha encomendado. No prestes atención a la habladuría sin sentido y a los argumentos basados en supuesto “conocimiento”. Algunos de los que promueven estas ideas se alejaron de su fe en Dios. Que la gracia esté contigo.

2 Timoteo

Segunda carta de Pablo a Timoteo

Esta carta viene de parte de Pablo, apóstol de Cristo Jesús y escogido por Dios, y es enviada con el fin de contar sobre la promesa de una vida real, es decir, en Cristo Jesús. Te la envío a ti, Timoteo, mi querido Hijo. Ten gracia, misericordia, y paz de parte de Dios el Padre y de Cristo Jesús, nuestro Señor.

Siempre pienso en ti y estoy muy agradecido con Dios, a quien sirvo así como lo hicieron mis ancestros, con una clara conciencia. Nunca te olvido en mis oraciones. ¡Recuerdo cuánto llorabas y deseo tanto verte! Eso me haría realmente feliz. En mi mente siempre está el recuerdo de tu fe sincera en Dios, la misma fe que tenían tu abuela Loida y tu madre Eunice, y sé que esa misma fe sigue viva en ti.

Por eso quiero recordarte que debes revitalizar el don de la gracia de Dios que recibiste cuando puse mis manos sobre ti. Dios no nos dio un espíritu de temor, sino un espíritu de poder, de amor y de cordura. Así mismo no se avergüencen de contar a otros sobre nuestro Señor, ni se avergüencen de mí. En lugar de ello, estén listos para participar del sufrimiento por causa de la buena noticia a medida que Dios los fortalece. Él es el que nos ha salvado y nos ha llamado para vivir una vida santa, no por medio de lo que hacemos, sino por medio del propio plan de Dios y por medio de su gracia. Él nos dio esta gracia en Cristo Jesús antes del principio de los tiempos, y ahora está revelada en la aparición de nuestro Salvador Cristo Jesús. Él destruyó la muerte, dejando en evidencia la vida y la inmortalidad por medio de la buena noticia. Fui designado como predicador, apóstol y maestro de esta buena noticia. Esa también es una razón por la cual sufro todas estas cosas, pero no me avergüenzo, porque sé en quién he confiado. Estoy seguro de que él puede cuidar de lo que le he confiado hasta el Día de su regreso.

Deberían seguir el modelo del buen consejo que aprendieron de mí, con una actitud de fe y amor en Cristo Jesús. Guarden la verdad que les fue confiada por medio del Espíritu Santo que vive en nosotros.

Ustedes ya saben que todos los de Asia me abandonaron, incluso Figelo y Hermógenes. Que el señor sea bondadoso con la familia de Onesíforo, porque a menudo me cuidó y no se avergonzaba de que yo estuviera en la cárcel. Cuando estuve en Roma, se tomó la molestia de buscarme y me encontró. Que el Señor le otorgue su bendición en el Día del Juicio. (Timoteo, tu eres muy consciente de cuántas cosas Onesíforo hizo por mi cuando estuve en Éfeso).

Así que, hijo mío, sé fuerte en la gracia de Cristo Jesús. Toma todo lo que me escuchaste decir delante de muchos testigos y compártelo con personas fieles, que luego también las enseñen a otros. Sufre conmigo como un buen soldado de Cristo Jesús. Un soldado activo que no se enreda con los asuntos de la vida diaria. Uno que quiere agradar a quien lo reclutó. Del mismo modo, los atletas que compiten en los juegos no ganan un premio si no siguen las normas. El granjero que hace todo el trabajo duro debe ser el primero en beneficiarse de la cosecha. Considera todo lo que te digo. Y el Señor te ayudará a comprender todas estas cosas.

Fija tu mente en Jesucristo, descendiente de David, que fue levantado de los muertos. Esta es mi buena noticia y estoy sufriendo en la cárcel como si fuese un criminal, pero la palabra de Dios no está en una cárcel. A pesar de todo esto, estoy dispuesto a continuar por la causa del pueblo de Dios para que puedan recibir la salvación de Cristo Jesús, que es su gloria eterna. Este decir es sabio: "Si morimos con él, también viviremos con él; si persistimos, también reinaremos con él; si lo negamos, él también nos negará. Si somos infieles, él sigue siendo fiel, porque él no puede ser infiel consigo mismo".

Esas son las cosas que debes recordarle a la gente, diciéndoles ante Dios que no tengan discusiones vanas en cuanto a las palabras. Porque hacer esto solo hace daño a quien escucha.

Esfuérzate arduamente en poder presentarte ante Dios y ser aprobado por él. Sé un obrero que no tenga nada de qué avergonzarse, usando correctamente la palabra de verdad. Evita las conversaciones inútiles, pues los que hacen esto están lejos de Dios en su caminar. Sus enseñanzas son destructivas como la gangrena que destruye la carne que está sana. Así son Himeneo y Fileto. Ellos se han desviado de la verdad al decir que la resurrección ya ocurrió, y esto ha destruido la fe de algunos.

Pero el fundamento sólido y fiel de Dios se mantiene firme, con esta inscripción: "El Señor conoce a los que son suyos", y "Todo el que invoque el nombre del Señor está apartado de todo mal". Una casa majestuosa no solo tiene copas y tazas de oro y plata. También tiene algunas de madera y barro. Algunas son para uso especial; otras para funciones más comunes. Así que si te despojas de lo malo, serás una vasija especial, que es santa y única, útil para el Señor, lista para hacer lo bueno.

Huye de todo lo que incite tus deseos juveniles. Busca las cosas justas y rectas, busca el amor y la paz así como a los que son cristianos y verdaderos. Evita las discusiones inmaduras y necias, pues tú sabes que esto solo conduce a contiendas. Porque el ministro del Señor no debe entrar en contiendas, sino ser amable con todos, capaz de enseñar, paciente, mansos para corregir a los que se oponen. Porque puede ser que a esos Dios les ayude a arrepentirse y entender la verdad. Así podrán entrar en razón y escapar de la trampa del diablo. Porque él los ha capturado para que hagan su voluntad.

Debes saber que habrá momentos difíciles en los últimos días. Habrá personas amadoras de sí mismas y del dinero. Serán jactanciosas, arrogantes, abusivas, desobedientes a sus padres, ingratas, y con ausencia de Dios en sus vidas. Con crueldad y sin perdón calumniarán y carecerán de dominio propio. Serán personas despiadadas que odian el bien, y engañarán a otros, con total desconsideración. Son personas absurdamente vanidosas, que viven con tanto interés por el placer

que no se preocuparán por amar a Dios. Estas personas podrían dar una impresión externa de piedad, pero realmente no creen en su eficacia. ¡Aléjate de tales personas!

Esa es la clase de personas que sutilmente entra a los hogares y toman el control de esas mujeres vulnerables que cargan con la culpa del pecado y se distraen con todo tipo de deseos. Estas mujeres siempre están intentando aprender pero nunca pueden entender la verdad.

Así como Janes y Jambres se opusieron a Moisés, estos maestros también se oponen a la verdad. Son personas con mentes corruptas cuya supuesta fe en Dios es una mentira. Pero estas personas no llegan muy lejos. Su estupidez será evidente para todos, así como la de Janes y Jambres.

Pero tú conoces mi enseñanza y mi conducta, así como mi objetivo en la vida. Conoces mi fe en Dios y mi amor. Sabes lo que he tenido que soportar, y cuánto he sufrido y he sido perseguido. Ya sabes lo que me sucedió en Antioquía, en Iconio y Listra, y las persecuciones que tuve y cómo el Señor me rescató de todas esas cosas.

Sin duda, todos los que quieren vivir una vida de devoción a Dios en Cristo Jesús experimentarán persecución, mientras que las personas malas y los fraudulentos prosperen, siendo malos y después peores, engañando a los demás y engañándose ellos mismos también. Pero tú mantente fiel a las cosas que has aprendido y que sabes que son verdaderas. Porque sabes quién te las enseñó. Desde tu niñez has conocido las Escrituras que pueden darte entendimiento para la salvación por la fe en Cristo Jesús. Toda la Escritura inspirada por Dios es útil para enseñar, para confrontar lo que está mal, para enderezar nuestro camino, y para enseñarnos lo recto. Así es como Dios provee una preparación completa para aquellos que trabajan para él, para lograr todo lo que es bueno.

Te pido, ante Dios y ante Cristo Jesús, que juzgará a los vivos y a los muertos cuando venga a establecer su reino: Que prediques la palabra de Dios, sea conveniente o no, y dile a las personas lo que están haciendo mal; dales consejo y ánimo. Y enséñales esto con mucha paciencia.

Pues viene el tiempo cuando las personas no se interesarán en escuchar la verdadera enseñanza. Sino que tendrán curiosidad por oír algo diferente, y se rodearán de maestros que les enseñen lo que quieren oír. Dejarán de escuchar la verdad y andarán errantes, siguiendo mitos. Debes mantenerte alerta todo el tiempo. Haz frente a las dificultades, trabaja en la predicación de la buena noticia, y cumple tu ministerio.

Pues estoy a punto de ser sacrificado, y se aproxima la hora de mi muerte. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, y he mantenido mi fe en Dios. Ahora tengo un premio reservado, la corona de la vida, conforme a lo que es justo. El Señor, (que es el juez que siempre hace justicia), me dará ese premio ese Día. Y no solo a mí, sino a todos los que anhelan su venida.

Por favor, procura venir a visitarme tan pronto como puedas. Demas me ha abandonado porque tiene más amor por las cosas de este mundo, y se fue a Tesalónica. Crescente se fue a Galacia, y Tito a Dalmacia. Solamente Lucas está aquí conmigo. Trae contigo a Marcos, porque él puede ayudarme en mi obra. Envié a Tíquico a Éfeso. Por favor, cuando vengas, trae el abrigo que dejé donde Carpo en Troas, y los libros, especialmente los pergaminos. Alexander, el herrero, me causó muchos problemas. Que Dios lo juzgue por lo que hizo. Cuídate tú también de él, porque ejerció gran oposición a lo que decíamos.

La primera vez que tuve que defenderme, nadie estuvo allí acompañándome, sino que todos me abandonaron. Ojalá no se les tenga en cuenta. Pero el Señor estuvo conmigo y me dio fuerzas para declarar todo el mensaje, de modo que los extranjeros pudieron oírlo. ¡Fui rescatado de la boca del león! El Señor me rescatará de todas las cosas malas que me han hecho, y me llevará salvo a su reino. Porque suya es la gloria por siempre y para siempre. Amén. Mis saludos a Prisca y a Aquiles, y a la familia de Onesíforo. Erasto se quedó en Corinto, y dejé a Trófimo en Mileto porque se enfermó. Por favor, procura venir antes del invierno. Eubulo te envía sus saludos, así como Pudente, Lino, Claudia y todos los hermanos y hermanas también. Que el Señor esté contigo. Que su gracia esté con todos ustedes.

Tito

Carta de Pablo a Tito

Esta carta viene de parte de Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo. Fui enviado para edificar la fe del pueblo escogido de Dios y para compartir el conocimiento de la verdad que conduce a vidas dedicadas a Dios. Esto les da la esperanza de una vida eterna que Dios (quien no puede mentir) prometió desde edades atrás, pero que a su debido tiempo reveló por medio de su palabra, en el mensaje que se me encomendó predicar, siguiendo el mandato de Dios, nuestro Salvador. Esta carta va dirigida a Tito, mi verdadero hijo por medio de la fe en Dios que tenemos en común. Ten gracia y paz de Dios el Padre, y de Cristo Jesús, nuestro Salvador.

La razón por la cual te dejé en Creta fue para que organizaras lo que era necesario y para designar ancianos en cada ciudad, como te dije. Un anciano debe tener una buena reputación, ser esposo de una mujer, y tener hijos creyentes y de los cuales no se diga que son rebeldes y desobedientes. Como líder de Dios, un anciano líder debe tener una buena reputación y no ser arrogante. No debe tener un mal carácter ni embriagarse; no debe ser violento ni tener avaricia por el dinero. Debe ser hospitalario, amar el bien y hacer lo recto. Debe vivir una vida dedicada a Dios, tener dominio propio, y consagrarse al mensaje fiel, tal como se le enseño. De esta manera podrá animar a otros por medio de la enseñanza correcta, y convencer a los que se oponen.

Pues hay muchos rebeldes por ahí que predican engaños sin sentido, especialmente los del grupo de la circuncisión. Toda su habladuría debe parar. Pues ellos causan inestabilidad en las familias, enseñando cosas que no son correctas, por interés de ganar dinero. Tal como ha dicho uno de su propio pueblo, un profeta: “Todos los cretenses son mentirosos, bestias del mal, perezosas y avaras”. ¡Esto es muy cierto! Por ello, repréndelos con severidad para que puedan llegar a tener una fe sana en Dios, dejando de atender los mandamientos humanos y mitos judíos de aquellos que se desvían de la verdad. A los que tienen mentes puras, todo les parece puro; pero para los que son corruptos y se niegan a creer en Dios, nada es puro. Porque tanto sus mentes como sus conciencias están corrompidas. Ellos dicen conocer a Dios, pero con sus actos demuestran que es mentira. Son aborrecibles y desobedientes, y no sirven para hacer nada bueno.

Sin embargo, tú enseña lo que está acorde a las creencias sanas. Los hombres de mayor edad deben ser respetables y sensatos, con una fe sana en Dios, amorosos y pacientes. Del mismo modo, las mujeres de mayor edad deben comportarse de una manera que demuestre que tienen vidas dedicadas a Dios. No deben destruir la reputación de la gente con su hablar, y no deben ser adictas al vino. Deben ser maestras de lo bueno, y enseñar a las esposas más jóvenes a amar a sus esposos y a sus hijos. Deben ser sensatas y puras, hacendosas, hacedoras del bien y tener oídos prestos a lo que sus esposos les dicen. De este modo, no habrá nada malo que decir de la palabra de Dios. Del mismo modo, enseña a los hombres jóvenes a ser sensatos. Tú debes ser ejemplo de cómo hacer el bien en todas las áreas de la vida: muestra integridad y seriedad en lo que enseñas, compartiendo creencias sanas que no puedan ser cuestionadas. Así, los que se oponen, se avergonzarán de sí mismos y no tendrán nada malo que decir acerca de nosotros. Enseña a los siervos a que siempre obedezcan a sus amos. Enséñales que siempre deben procurar agradarles y no hablar mal a sus espaldas. Diles que no deben robar cosas para sí, sino demostrar que son completamente fieles y que pueden representar correctamente la verdad acerca de Dios, nuestro Salvador, en todas las formas.

Pues la gracia de Dios ha sido revelada, otorgando salvación a todos. Nos enseña a rechazar el estilo de vida impío junto a los deseos de este mundo. Por el contrario, debemos vivir con sensatez, vidas de dominio propio que sean rectas ante Dios, en presencia del mundo mientras aguardamos la maravillosa esperanza de la aparición gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Pues él se entregó a sí mismo por nosotros, para podernos libertar de toda nuestra maldad, y para limpiarnos para él, como un pueblo que le pertenece, y que está dispuesto a hacer el bien.

Tales cosas debes enseñar. Pues tienes autoridad para animar y corregir en cuanto sea necesario. No permitas que nadie te menosprecie.

Recuérdales que deben seguir lo que los gobernantes les dicen, y que deben obedecer a las autoridades. Siempre deben estar listos para hacer el bien. Diles que no deben hablar mal de nadie, y que no deben estar en contiendas. Enséñales a mostrar bondad con todas las personas. Pues hubo un tiempo en que nosotros también fuimos necios y desobedientes. Éramos engañados y andábamos como esclavos de diversos deseos y placeres. Vivíamos vidas de maldad, llenas de celos. Estábamos llenos de odio los unos por los otros.

Pero cuando la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador fueron revelados, nos salvó, no porque hubiésemos hecho algo bueno, sino por su misericordia. Lo hizo por medio de la limpieza del nuevo nacimiento y renovación del Espíritu Santo, el cual derramó sobre nosotros abundantemente por medio de Jesucristo nuestro Salvador. Ahora que estamos justificados por su gracia, nos hemos convertido en herederos por la esperanza de la vida eterna.

Puedes confiar en lo que te digo, y quiero que hagas énfasis en estas instrucciones para que los que creen en Dios tomen su vida con seriedad y sigan haciendo el bien. Ellos son excelentes personas y siempre están prestos a ayudar a todos. Evita las discusiones insensatas sobre linajes. No entres en contiendas y evita las discusiones sobre las leyes judías, pues tales discusiones son vanas y no sirven para nada. A aquella persona que cause división, adviértele una vez, y después no le prestes atención, entendiendo que es una persona perversa y pecadora que ya ha traído su propia condenación.

Tan pronto envíe a Artemas o a Tíquico donde ti, procura venir a visitarme a Nicópolis, pues tengo planes de pasar el invierno allí. Haz todo lo que puedas por ayudar a Zenas, el abogado, y a Apolo cuando vayan de camino para que puedan tener lo que necesitan. Ojalá nuestro pueblo aprenda el hábito de hacer el bien, proveyendo para las necesidades diarias de los demás. ¡Necesitan ser productivos! Todos los que están aquí conmigo envían sus saludos. Envía mis saludos a quienes nos aman, los que tienen fe en Dios. Que la gracia esté con todos ustedes.

Filemón

Carta de Pablo a Filemón

Esta carta es enviada por Pablo, prisionero de Jesucristo, y de nuestro hermano Timoteo, a Filemón, nuestro buen amigo y compañero de trabajo; a nuestra hermana Apia, a Arquipo, quien lucha junto con nosotros, y a nuestra iglesia que está en tu casa. Recibe gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Siempre le doy gracias a Dios por ti, al recordarte en mis oraciones, pues escucho sobre tu fe en el Señor Jesús y tu amor por todos los creyentes. Oro para que esa generosidad que caracteriza tu fe en Dios puedas ponerla en acción al reconocer las cosas buenas de las que participamos en Cristo. Tu amor, mi querido hermano, me ha causado mucha felicidad y ánimo. ¡Has reanimado los corazones de nosotros, los que somos creyentes!

Por eso, aunque soy suficientemente valiente en Cristo para darte orden de hacer tu trabajo, prefiero pedirte este favor en nombre del amor. El viejo Pablo, ahora también prisionero de Cristo Jesús, te ruega en nombre de Onésimo, que ha venido a ser como mi hijo adoptivo durante mi encarcelamiento. En el pasado él no fue útil para ti, ¡pero ahora es útil tanto para ti como para mí! Lo envío, pues, con mis más sinceros deseos. Habría preferido que se quedara aquí conmigo para que me fuera de ayuda como me habrías ayudado tú mientras estoy encadenado por predicar la buena noticia. Pero decidí no hacer nada sin tu permiso. No quería obligarte a hacer el bien, sino que lo hicieras de buen agrado. ¡Quizás lo perdiste por un tiempo para ahora tenerlo para siempre! Ya no es más un siervo, porque es más que un siervo. Es un hermano especialmente amado, principalmente para mí, e incluso más para ustedes, tanto como persona y también como hermano creyente en el Señor.

Así que si me consideras un compañero de trabajo en el Señor, recíbelo como si me recibieras a mí. Y si ha cometido algún error, o te debe algo, cárgalo a mi cuenta. Yo, Pablo, escribo esto con mi propia mano: Te pagaré. Sin duda no diré lo que me debes, ¡incluyendo tu propia vida! Sí, hermano, espero este favor de tu parte en el Señor; por favor, dame esa alegría en Cristo.

Te escribo sobre esto porque estoy convencido de que harás lo que te estoy pidiendo. ¡E incluso sé que harás más que eso! Mientras tanto, por favor, prepara una habitación para mí, pues espero poder regresar a verte pronto, como respuesta a tus oraciones. Epafras, que está aquí conmigo en prisión, te envía su saludo, así como mis colaboradores Marcos, Aristarco, Demas, y Lucas. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos ustedes.

Hebreos

Carta a los Hebreos

Dios, que en el pasado habló a nuestros padres por medio de los profetas en distintas épocas y de muchas maneras, en estos días nos ha hablado por medio de su Hijo. Dios designó al Hijo como heredero de todo, e hizo el universo por medio de él. El Hijo es la gloria radiante de Dios, y la expresión visible de su verdadero carácter. Él sostiene todas las cosas con su poderoso mandato. Cuando hizo provisión para limpiar el pecado, se sentó a la diestra de la Majestad del cielo. Y fue puesto en un lugar más elevado que los ángeles porque recibió un nombre más grande que ellos. Dios nunca le dijo a ningún ángel: "Tú eres mi hijo; hoy me he convertido en tu Padre", o "Seré su Padre, y él será mi Hijo".

Además, cuando trajo a su Hijo primogénito al mundo, dijo: "Adórenlo todos los ángeles de Dios". En cuanto a los ángeles, él dijo: "Él transforma a sus ángeles en vientos, y a sus siervos en llamas de fuego", pero respecto al Hijo, dice: "Tu trono, oh Dios, perdura por siempre y para siempre, y la justicia es el cetro de tu reino. Tú amas lo recto, y aborreces el desorden. Es por eso que Dios, tu Dios, te ha puesto por encima de todos los demás, ungiéndote con el aceite del gozo".

"Tú, Señor, pusiste los fundamentos de la tierra en el principio. Los cielos son producto de tus manos. Un día se acabarán, pero tú seguirás. Se desgastarán como se desgasta la ropa, y los enrollarás como un manto. Los cambiarás como cambiar la ropa, y tu vida no cesa jamás". Pero nunca le dijo a ningún ángel: "Siéntate a mi diestra hasta que sujete a tus enemigos debajo de tus pies". ¿Qué son los ángeles? Son seres que sirven, que han sido enviados para ayudar a los que recibirán la salvación.

Por lo tanto deberíamos estar aún más atentos a lo que hemos aprendido para no descarriarnos. Si el mensaje que los ángeles trajeron es fiel, y si cada pecado y acto de desobediencia trae su propia consecuencia, ¿cómo escaparemos si no atendemos esta gran salvación que el Señor anunció desde el principio, y que después nos confirmó por medio de quienes lo oyeron? Dios también dio testimonio por medio de señales y milagros, por actos que demuestran su poder, y por medio de los dones del Espíritu Santo, que repartió como quiso.

No serán los ángeles los encargados del mundo venidero del cual hablamos. Sino que, como se ha dicho: "¿Qué son los seres humanos para que te preocupes por ellos? ¿Quién es el hijo de hombre para que cuides de él? Lo hiciste un poco inferior a los ángeles; lo coronaste con gloria y honra, y lo pusiste por encima de toda tu creación. Le diste autoridad sobre todas las cosas". No quedó nada por fuera cuando Dios le dio autoridad sobre todas las cosas. Sin embargo, vemos que no todo está sujeto a su autoridad todavía.

Pero vemos a Jesús, puesto en un lugar un poco inferior al de los ángeles, coronado de gloria y honra por el sufrimiento de la muerte. Por medio de la gracia de Dios, Jesús experimentó la muerte por todos.

Era conveniente que Dios, quien crea y sostiene todas las cosas, preparara por medio del sufrimiento a Aquél que los lleva a la salvación, para llevar a muchos de sus hijos a la gloria. Pues tanto el que santifica como los que son santificados pertenecen a la misma familia. Por eso no vacila en llamarlos "hermanos" al decir: "Anunciaré tu nombre a mis hermanos; te alabaré entre tu pueblo cuando se reúna". Y también dice: "Pondré mi confianza en él", y "Aquí estoy, junto a los hijos que Dios me ha dado".

Y como los hijos tienen en común carne y sangre, él participó de su carne y sangre del mismo modo, para así destruir por medio de la muerte a aquél que tiene el poder de la muerte—el diablo— y liberar a todos los que habían estado esclavizados toda la vida por miedo a la muerte.

Sin duda alguna, los ángeles no son su preocupación; él se preocupa por ayudar a los hijos de Abraham. Por ello le fue necesario volverse como sus hermanos en todo, para poder llegar a ser un sumo sacerdote, misericordioso y fiel, en las cosas de Dios, para perdonar los pecados de su pueblo. Y como él mismo sufrió la tentación, puede ayudar a los que son tentados.

Así que, mis hermanos y hermanas que viven para Dios y participan de este celestial llamado: necesitamos pensar con cuidado acerca de Jesús, el que decimos que fue enviado por Dios, y quien es el Sumo Sacerdote. Él fue fiel a Dios en la obra para la cual fue elegido, así como Moisés fue fiel a Dios en la casa de Dios. Pero Jesús es merecedor de mayor gloria que Moisés, del mismo modo que el constructor de una casa merece más crédito que la misma casa. Cada casa tiene su constructor; Dios es el constructor de todo. Y como siervo, Moisés fue fiel en la casa de Dios. Él nos dio evidencia de lo que sería anunciado después. Pero Cristo es un hijo, a cargo de la casa de Dios. Y nosotros somos la casa de Dios siempre y cuando nos aferremos con confianza a la esperanza en la cual decimos que creemos con orgullo.

Por eso el Espíritu Santo dice: "Si oyen lo que Dios les está diciendo hoy, no endurezcan sus corazones como en aquél tiempo en que se rebelaron contra él, cuando lo pusieron a prueba en el desierto. Los padres de ustedes me pusieron a prueba, y probaron mi paciencia, y vieron la evidencia que les mostré durante cuarenta años.

"Tal generación despertó mi enojo y por ello dije: 'Siempre se equivocan en su manera de pensar. No me conocen ni saben lo que estoy haciendo'. Por ello, en mi frustración hice un juramento: 'No entrarán a mi reposo'".

Hermanos y hermanas, asegúrense de que ninguno de ustedes tenga un pensamiento malvado y alejado de la fe en el Dios de la vida. Anímense unos a otros cada día mientras dure el "hoy", para que ninguno de ustedes pueda ser engañado por el pecado ni se endurezcan sus corazones. Porque somos socios con Cristo siempre y cuando mantengamos nuestra confianza en Dios de principio a fin.

Como dice la Escritura: "Si oyen lo que Dios les dice hoy, no endurezcan sus corazones como aquél tiempo en que se rebelaron contra él". ¿Quién se rebeló contra

Dios aun habiendo oído lo que él dijo? ¿No fueron acaso los que fueron sacados de Egipto por Moisés? ¿Contra quienes estuvo enojado Dios durante cuarenta años? ¿No fue contra aquellos que fueron sepultados en el desierto? ¿De quién hablaba Dios cuando hizo juramento de que no entrarían en su reposo? ¿No fue de los que lo desobedecieron? Así vemos que ellos no pudieron entrar, porque no confiaron en él.

Por lo tanto seamos cuidadosos y asegurémonos de no perdernos la oportunidad de entrar a su reposo, aunque Dios ya nos dio la promesa. Porque hemos oído buenas noticias tal como ellos lo hicieron, pero eso no fue suficiente porque ellos no aceptaron ni creyeron lo que oyeron. Sin embargo, los que creen en Dios ya han entrado al reposo mencionado por Dios cuando dijo: "En mi frustración hice un juramento: 'No entrarán a mi reposo'". (Esto es así aunque los planes de Dios ya estaban completos cuando creó el mundo). En cuanto al séptimo día, hay un lugar en la Escritura que dice: "Dios reposó el séptimo día de toda su obra". Y como lo afirmaba el pasaje anterior: "Ellos no entrarán a mi reposo".

El reposo de Dios aún está disponible para que entremos en él, aunque aquellos que habían oído antes la buena noticia no lograron entrar por su desobediencia. Así que Dios una vez más coloca un día—hoy—diciéndonos mucho tiempo después por medio de David, como lo hizo antes: "Si oyen lo que Dios les dice hoy, no endurezcan sus corazones". Porque si Josué hubiera podido darles reposo, Dios no habría dicho nada después sobre otro día. De modo que el reposo del Sábado todavía permanece para el pueblo de Dios. Porque todo el que entra al reposo de Dios también descansa de su labor, así como Dios lo hizo.

En consecuencia, debemos esforzarnos por entrar al reposo de Dios para que nadie caiga al seguir el mismo ejemplo de desobediencia. Pues la palabra de Dios es viva y eficaz, y más afilada que espada de dos filos, que penetra hasta separar la vida y el aliento, así como los tendones y los tuétanos, juzgando los pensamientos y las intenciones de la mente. No hay ser vivo que esté oculto de su vista; todo está expuesto y es visible ante aquél a quien hemos de rendirle cuentas.

Y como tenemos tal sumo sacerdote que ha ascendido al cielo, Jesús, el Hijo de Dios, asegurémonos de mantenernos en lo que decimos creer. Pues el sumo sacerdote que tenemos no es uno que no pueda entender nuestras debilidades, sino uno que fue tentado de la misma forma que nosotros, pero no pecó. Así que deberíamos acercarnos confiados a Dios, en su trono de gracia, para recibir misericordia, y descubrir la gracia que nos ayuda cuando realmente la necesitamos.

Todo sumo sacerdote es elegido dentro del mismo pueblo y está designado para trabajar por el pueblo en cuanto a su relación con Dios. Él presenta a Dios tanto sus dones como sus sacrificios por sus pecados. El sumo sacerdote comprende cuán ignorantes y engañadas se sienten las personas porque él también experimenta las mismas debilidades humanas que ellos. En consecuencia, él tiene que ofrecer sacrificios por sus pecados así como por los del pueblo. Nadie puede tomar la posición de sumo sacerdote por sí mismo, sino que debe ser elegido por Dios, como lo fue Aarón. Del mismo modo en que Cristo no se atribuyó honra a sí mismo convirtiéndose en sumo sacerdote. Sino que fue Dios quien le dijo: "Tú eres mi hijo. Hoy yo me convierto en tu Padre". Y en otro versículo, Dios dice: "Eres un sacerdote por siempre, siguiendo el orden de Melquisedec". Jesús, mientras estuvo aquí, en forma humana, oró y clamó a Dios con grandes gemidos y lágrimas, al único que tenía el poder de salvarlo de la muerte. Y Jesús fue escuchado por su respeto hacia Dios. Aunque era el Hijo de Dios, Jesús aprendió de manera práctica el significado de la obediencia a través del sufrimiento. Y cuando su experiencia culminó, se convirtió en la fuente de salvación eterna para todos los que hacen su voluntad, habiendo sido designado por Dios como sumo sacerdote, conforme al orden de Melquisedec.

Hay mucho que decir acerca de Jesús, y no es fácil explicarlo porque ustedes parecen no entender. Para esta hora, ustedes ya han tenido suficiente tiempo para ser maestros, pero todavía necesitan de alguien que les enseñe los fundamentos, los principios de la palabra de Dios. ¡Es como si necesitaran volver a beber leche en lugar de comida sólida! Los que beben leche no tienen la experiencia para vivir de manera correcta, pues apenas son bebés. La comida sólida es para los adultos, para los que han aprendido siempre a usar su cerebro para poder decir la diferencia entre el bien y el mal.

Así que no nos estanquemos en las enseñanzas básicas acerca de Cristo, sino progresemos a un entendimiento más maduro. No necesitamos volver una y otra vez a los conceptos sobre el arrepentimiento de lo que solíamos hacer, o sobre la fe en Dios, o enseñanzas acerca del bautismo, la imposición de manos, la resurrección de los muertos, y el juicio eterno. Avancemos en la medida que Dios nos lo permite.

Es imposible que los que una vez comprendieron y experimentaron el don celestial de Dios—que participaron del recibimiento del Espíritu Santo, que habían conocido la palabra de Dios y el poder de la era que está por venir— y luego abandonaron por completo a Dios, vuelvan al arrepentimiento una vez más. Ellos mismos han crucificado al Hijo de Dios una y otra vez, y lo han humillado públicamente. La tierra que ha sido regada por la lluvia, y produce cosecha para quienes la trabajan, tiene la bendición de Dios. Pero la tierra que solo produce monte y espinas no sirve para nada, y está condenada. Y al final lo único que puede hacerse es quemarla.

Pero queridos amigos, nosotros deseamos cosas mejores para ustedes, y también su salvación, aunque les hablemos así. Dios no hubiera sido injusto como para olvidarse de lo que ustedes han hecho y del amor que le han demostrado mediante el cuidado que han brindado a los hermanos creyentes, lo cual es algo que todavía siguen haciendo. Queremos que cada uno de ustedes demuestre el mismo compromiso y confianza en la esperanza de Dios, hasta que sea cumplida. No sean espiritualmente perezosos, sino sigan el ejemplo de los que por medio de su fe en Dios y paciencia son herederos de lo que Dios ha prometido. Cuando Dios le dio su promesa a Abraham, no pudo jurar por alguien superior, así que hizo un juramento consigo mismo, diciendo: "Sin duda alguna te bendeciré, y multiplicaré

tus descendientes". Y así, después de esperar pacientemente, Abraham recibió la promesa.

Las personas juran por cosas que son superiores a ellas, y cuando tienen alguna discusión, hacen un juramento como la última palabra sobre tal asunto. Es por ello que Dios quería demostrar más claramente a los que heredarían la promesa, que él nunca cambiaría su decisión. De modo que por estas dos acciones que no pueden cambiarse, y, como Dios no puede mentir, podemos tener plena confianza en que al huir buscando seguridad, podemos aferrarnos de la esperanza que Dios nos presentó. Esta esperanza es nuestra ancla espiritual, es segura y confiable, y nos lleva más allá de la cortina, a la presencia de Dios. Allí entró Jesús en nuestro favor, porque tenía que convertirse en un sumo sacerdote conforme al orden de Melquisedec.

Melquisedec fue rey de Salem y sacerdote del Dios Supremo. Conoció a Abraham, quien venía de regreso después de haber derrotado a los reyes, y lo bendijo. Y Abraham le dio diezmo de todo lo que había ganado. El nombre Melquisedec significa "rey de justicia" mientras que el rey de Salem significa "rey de paz". No tenemos información sobre su padre o su madre, o sobre su genealogía. No sabemos cuándo nació ni cuándo murió. Así como el Hijo de Dios, sigue siendo sacerdote para siempre.

Consideremos la grandeza de este hombre ante los ojos de Abraham, el patriarca, que incluso le entregó diezmo de lo que había ganado en la batalla. Sí, pues los hijos de Leví, que son sacerdotes, tienen mandato por la ley de recibir diezmo del pueblo, que son sus hermanos y hermanas, y que son descendientes de Abraham. Pero Melquisedec, sin pertenecer a esta descendencia, recibió diezmos de Abraham, y bendijo al que tenía las promesas de Dios. No existe duda de que quien recibe bendición es inferior a quien bendice. En el primer caso, los que reciben el diezmo son hombres mortales, pero en el otro caso, se dice que los recibió uno que sigue viviendo. Entonces podríamos decir que Leví, el que recibe los diezmos, ha pagado diezmos por ser descendiente de Abraham, pues aún no había nacido de su padre cuando Melquisedec conoció a Abraham.

Ahora, si hubiera sido posible lograr la perfección por el sacerdocio de Leví (pues así fue como se recibió la ley), ¿Por qué había necesidad de otro sacerdote que siguiera el orden de Melquisedec, y no del orden de Aarón? Si se cambia el sacerdocio, la ley necesitaría cambiarse también. Pero este de quien hablamos viene de otra tribu, una tribu que nunca ha provisto sacerdotes que sirvan en el altar. Está claro que nuestro Señor es descendiente de Judá, y Moisés nunca hizo mención sobre sacerdotes que provinieran de esta tribu. Y esto queda aún más claro cuando vemos que aparece otro sacerdote similar a Melquisedec, que no llegó al sacerdocio por virtud de su ascendencia, sino por el poder de una vida que no puede ser destruida. Por eso dice: "Tú eres sacerdote para siempre, conforme al orden de Melquisedec".

De modo que la norma anterior ha sido anulada porque era débil e inútil, (porque la ley nunca perfeccionó nada). Pero ahora ha sido reemplazada por una esperanza mejor, por la cual podemos acercarnos a Dios. Esto no se hizo sin un juramento, aunque los que se convierten en sacerdotes lo hacen con un juramento. Pero él se convirtió en sacerdote con un juramento porque Dios le dijo: "El Señor ha hecho un juramento solemne y no cambiará de opinión: Tú eres sacerdote para siempre". Es así como Jesús se convirtió en la garantía de un acuerdo de una relación con Dios que es mucho mejor.

Ha habido muchos sacerdotes porque la muerte les impidió continuar su sacerdocio; pero como Jesús vive para siempre, su sacerdocio es permanente. En consecuencia, tiene el poder para salvar por completo a los que se acercan a Dios por medio de él, viviendo siempre para rogar su caso a favor de ellos.

Él es justamente el sumo sacerdote que necesitamos: santo y sin falta, puro y apartado de los pecadores, y con un lugar en lo más alto de los cielos. A diferencia de los sumos sacerdotes humanos, él no necesita ofrecer sacrificios diarios por sus pecados y los de las personas. Él lo hizo una vez, y por todos, cuando se dio a sí mismo como ofrenda. La ley designa hombres imperfectos como sumos sacerdotes, pero después de la ley, Dios hizo un juramento solemne, y designó a su hijo, que es perfecto para siempre.

El punto principal de lo que estamos diciendo es este: tenemos tal sumo sacerdote que está sentado a la diestra de Dios, que está sentado en majestad sobre su trono en el cielo. Él sirve en el santuario, el verdadero tabernáculo que fue establecido por el Señor y no por seres humanos. Como es responsabilidad de todo sumo sacerdote ofrecer dones y sacrificios, este sumo sacerdote también tiene algo que ofrecer.

Ahora bien, si él estuviera aquí en la tierra, no sería un sacerdote en absoluto, porque ya hay sacerdotes para presentar las ofrendas que exige la ley. Pero el lugar donde ellos sirven es una copia, una mera sombra de lo que hay en el cielo. Y eso fue lo que Dios le dijo a Moisés cuando iba a construir el tabernáculo: "Ten cuidado de hacer todo conforme al modelo que se te mostró en la montaña".

Pero a Jesús se le ha dado un ministerio mucho mejor, pues él es el único mediador de una relación mejor entre nosotros y Dios. Una relación basada en mejores promesas. Si el primer pacto hubiera sido perfecto, no se habría necesitado un segundo pacto. Y hablando sus fallos, Dios le dijo a su pueblo: "Estén atentos, dice el Señor, porque vienen días en que haré un nuevo pacto en relación a la casa de Israel y la casa de Judá. No será como el pacto prometido que hice con los ancestros cuando los llevé de la mano fuera de la tierra de Egipto. Porque ellos no cumplieron con su parte en la relación que habíamos acordado, y por eso los abandoné, dice el Señor".

"Esta es la relación que le prometo a la casa de Israel: Después de ese tiempo, dice el Señor, yo pondré mis leyes en sus mentes, y las escribiré en sus corazones. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Nadie tendrá que enseñarle a su prójimo, y nadie necesitará enseñar en su familia, diciendo: 'Debes conocer al Señor'. Porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande. Y yo seré misericordioso cuando se equivoquen, y me olvidaré de sus pecados".

Al decir “pacto de una nueva relación”, Dios abandona el primer pacto. Ese pacto que ya está obsoleto y desgastado, y que casi ha desaparecido.

El antiguo sistema tenía instrucciones sobre cómo adorar, y un santuario terrenal. En la primera sala del tabernáculo estaba el candelabro, la mesa, y el pan sagrado. A este lugar se le llamaba el Lugar Santo. Al pasar el segundo velo, se encontraba la sala que se llamaba el Lugar Santísimo. Dentro de este lugar estaba el altar de oro del incienso, y el “arca del pacto”, cubierta de oro. Dentro del arca se encontraba una taza de oro que contenía maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las inscripciones del pacto sobre piedras. Y encima del arca estaba el ángel querubín protegiendo el lugar de la reconciliación. Pero ahora no podemos hablar de esto en detalle.

Cuando todo esto estuvo establecido, los sacerdotes ya podrían entrar con regularidad a la primera sala para llevar a cabo sus labores. Pero solo el sumo sacerdote entraba a la segunda sala, y solo una vez al año. Incluso en ese momento tenía que hacer un sacrificio que incluyera sangre, el cual era ofrecido por sí mismo y por los pecados que el pueblo hubiera cometido por ignorancia.

Con esto, el Espíritu Santo indicaba que el camino al verdadero Lugar Santísimo no se había revelado mientras aún existía el primer tabernáculo. Esta es una ilustración para nosotros en el presente, demostrándonos que los dones y sacrificios que se ofrecen no pueden limpiar la conciencia del adorador. Pues esos son solamente requisitos religiosos, que tienen que ver con la comida y la bebida, y diversas ceremonias que implican el lavamiento, las cuales fueron impuestas hasta que llegó el tiempo en que Dios estableció una nueva forma de relacionarnos con él.

Cristo ha venido como sumo sacerdote de todas las buenas experiencias que ahora tenemos. Entró a un tabernáculo más grande y completo que no fue hecho por manos humanas, ni es parte de este mundo creado. Él no entró por medio de la sangre de cabras y becerros, sino por medio de su propia sangre. Entró una sola vez y por todas, en el Lugar Santísimo, liberándonos para siempre.

Pues si la sangre de cabras y toros, y las cenizas de vaca rociadas sobre lo que está ritualmente impuro pueden hacer que el cuerpo esté ceremonialmente puro, ¿cuánto más la sangre de Cristo, quien se ofreció a Dios teniendo una vida sin pecado por medio del Espíritu eterno, puede limpiar sus conciencias de sus antiguas vidas de pecado, para que puedan servir al Dios vivo?

Por eso él es el mediador de una nueva relación de pacto. Puesto que la muerte ha ocurrido para liberarlos de los pecados cometidos bajo la relación del primer pacto, ahora los que son llamados pueden recibir la promesa de una herencia eterna. Pues para que se cumpla un testamento, quien lo hace debe morir primero. El testamento solo es válido cuando hay muerte, y nunca se cumple mientras la persona aun esté viva. Por eso el primer pacto fue establecido con sangre.

Después que Moisés presentó todos los mandamientos de la ley a todo el pueblo, tomó la sangre de cabras y becerros junto con agua y roció el libro y también a todo el pueblo, usando lana escarlata e hisopo. Y les dijo: “Esta es la sangre de la relación de pacto que Dios les ha dicho que quiere tener con ustedes”. Del mismo modo, Moisés roció la sangre en el tabernáculo y en todo lo que se usaba para el culto. Conforme a la ley ceremonial, casi todo se purificaba con sangre, y sin derramamiento de sangre, nada quedaría ritualmente limpio de la mancha del pecado. De modo que si las copias de lo que hay en el cielo necesitaban limpiarse de esta manera, las cosas que están en el cielo necesitaban limpiarse con mejores sacrificios.

Porque Cristo no ha entrado al Lugar Santísimo construido por seres humanos y que es apenas un modelo del original. Él entró al cielo mismo, y ahora aparece en representación de nosotros, hablando a nuestro favor en presencia de Dios. Esto no tiene como fin ofrecerse repetidas veces, como un sumo sacerdote que tiene que entrar al Lugar Santísimo después de un año, ofreciendo sangre que no es suya. De otro modo, Cristo habría tenido que sufrir muchas veces desde la creación del mundo. Pero no fue así: fue solo una vez al final de la era presente que él vino a eliminar el pecado al sacrificarse a sí mismo. Y así como los seres humanos mueren una sola vez, y luego son juzgados, del mismo modo ocurre con Cristo. Pues al haber sido sacrificado una sola vez para quitar los pecados de muchos, vendrá otra vez, no para hacerse cargo del pecado, sino para salvar a quienes lo esperan.

La ley es apenas una sombra de las cosas buenas que vendrían, y no de la realidad como tal. De modo que no podía justificar a los que venían a adorar a Dios por medio de sacrificios repetitivos que se ofrecían cada año. De otro modo ¿no se habrían detenido los sacrificios? Si los adoradores hubieran sido limpiados una vez y para siempre, nunca más habrían tenido conciencias culpables. Pero tales sacrificios, en efecto, le recuerdan a la gente los pecados año tras año, porque es imposible que la sangre de toros y cabras quite los pecados.

Por eso, cuando Cristo vino al mundo dijo: “Tú no querías sacrificios ni ofrendas, sino que preparaste un cuerpo para mí. Las ofrendas quemadas y los sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ‘Dios, considera que he venido a hacer tu voluntad, tal como se dice de mí en el libro’”. Como se menciona arriba: “No quisiste sacrificios ni ofrendas. Las ofrendas quemadas y los sacrificios por el pecado no te agradaron”, (aunque eran ofrecidos conforme a los requisitos de la ley). Entonces él dijo: “Mira, he venido a hacer tu voluntad”. Entonces él abandona el primer pacto para establecer el segundo, por medio del cual todos somos santificados a través de Jesucristo, quien ofrece su cuerpo una vez y para siempre.

Todos los sumos sacerdotes ofician en los servicios cada día, una y otra vez, ofreciendo los mismos sacrificios que no pueden quitar los pecados. Pero este Sacerdote, después de ofrecer un solo sacrificio por los pecados, que dura para siempre, se sentó a la diestra de Dios. Y ahora espera hasta que todos sus enemigos sean vencidos, y vengan a ser como banquillo para sus pies. Porque con un solo sacrificio él justificó para siempre a los que están siendo santificados. Tal como nos dice el Espíritu Santo, por haber dicho: “Este es el pacto que haré con ellos más adelante, dice el Señor.

Pondré mis leyes en sus corazones, y las escribiré en sus mentes". Entonces añade: "Nunca más me acordaré de sus pecados e iniquidades". Después de estar libres de tales cosas, las ofrendas por el pecado ya no son necesarias.

Ahora tenemos esta seguridad, hermanos y hermanas, de poder entrar al Lugar Santísimo por la sangre de Jesús. Por medio de su vida y muerte, él abrió a través del velo que nos lleva hacia Dios, una nueva forma de vivir. Siendo que tenemos este gran sacerdote que está a cargo de la casa de Dios, acerquémonos a Dios, con mentes sinceras y plena confianza. Nuestras mentes han sido rociadas para purificarlas de nuestros malos pensamientos, y nuestros cuerpos han sido lavados y limpiados con agua pura. Así que aferrémonos a la esperanza de la cual les hablamos a otros, y sin dudar, porque el Dios que prometió es fiel. Pensemos en cómo podemos animarnos unos a otros a amar y hacer el bien. No deberíamos desistir en cuanto a reunirnos, como algunos lo han hecho. De hecho, deberíamos animarnos unos a otros, especialmente cuando vemos que el Fin se acerca.

Porque si seguimos pecando deliberadamente después de haber entendido la verdad, ya no hay sacrificio para los pecados. Lo único que queda es el temor, la espera de un juicio inminente y el fuego terrible que destruye a los que son rebeldes con Dios. Quien rechaza la ley de Moisés es llevado a muerte sin misericordia, ante la evidencia de dos o tres testigos. ¿Cuánto más merecedores de castigo creen que serán quienes hayan pisoteado al Hijo de Dios, siendo que han menospreciado la sangre que selló el pacto que nos santificaba, considerándolo como ordinario y trivial, y que han abusado del Espíritu de gracia? Conocemos a Dios, y él dijo: "Me aseguraré de hacer justicia; le daré a la gente lo que merece". También dijo: "El Señor juzgará a su pueblo". ¡Cosa terrible es caer en manos del Dios vivo!

Recuerden el pasado, cuando después de entender la verdad, experimentaron gran sufrimiento. En ocasiones fueron mostrados como espectáculos, siendo insultados y atacados. En otros tiempos ustedes se mantuvieron siendo solidarios con los que sufrían. Mostraron compasión con los que estaban en la cárcel, y entregaron con alegría sus posesiones cuando les fueron confiscadas, sabiendo que cosas mejores vendrán para ustedes, cosas que realmente perdurarán.

Así que no pierdan su fe en Dios, porque será recompensada con abundancia. Es necesario que sean pacientes, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, reciban lo que él ha prometido. "En poco tiempo vendrá, tal como lo dijo, y no tardará. Los que hacen lo recto vivirán por su fe en Dios, y si se retractan de su compromiso, no me agradaré de ellos". Pero nosotros no somos la clase de personas que se retracta y termina en la perdición. Nosotros somos los que creemos en Dios y su salvación.

Ahora bien, nuestra fe en Dios es la seguridad de lo que esperamos, la evidencia de lo que no podemos ver. Los que vivieron hace mucho tiempo, creyeron en Dios y eso fue lo que les hizo obtener la aprobación de Dios. Mediante nuestra fe en Dios comprendemos que todo el universo fue creado por su mandato, y que lo que se ve fue hecho a partir de lo que no se puede ver.

Por la fe en Dios Abel ofreció a Dios mejor sacrificio que Caín, y por eso Dios lo señaló como alguien que vivía rectamente. Dios lo demostró al aceptar su ofrenda. Aunque Abel ha estado muerto por mucho tiempo, todavía Dios nos habla por medio de lo que él hizo. Por fe en Dios Enoc fue llevado al cielo para que no experimentara la muerte. Y no pudieron encontrarlo en la tierra porque fue llevado al cielo. Y antes de esto, a Enoc se le conocía como alguien que agradaba a Dios.

¡No podemos esperar que Dios se agrade de nosotros si no confiamos en él! Todo el que se acerca a Dios debe creer que él existe, y que recompensa a quienes lo buscan.

Noé creyó en Dios, y él mismo le advirtió sobre cosas que nunca antes habían sucedido. Y como Noé atendió lo que Dios le dijo, construyó un arca para salvar a su familia. Y por fe en Dios, Noé mostró que el mundo estaba equivocado, y recibió la recompensa de ser justificado por Dios.

Por la fe en Dios Abraham obedeció cuando Dios lo llamó para ir a la tierra que él le daría. Y partió sin saber hacia dónde iba. Por fe en Dios vivió en la tierra prometida, pero como extranjero, viviendo en tiendas junto a Isaac y Jacob, quienes participaron con él al ser herederos de la misma promesa. Porque Abraham buscaba una ciudad construida sobre fundamentos duraderos, siendo Dios el constructor y hacedor de ella.

Por su fe en Dios, incluso la misma Sara pudo concebir un hijo aunque fuera muy vieja para hacerlo, pues creyó en Dios, que había hecho la promesa. Por eso, los descendientes de Abraham, (¡que ya estaba a punto de morir!), se volvieron numerosos como las estrellas del cielo e innumerables como la arena del mar.

Y todos ellos murieron creyendo aún en Dios. Aunque no recibieron las cosas que Dios prometió, todavía las esperaban, como desde la distancia y lo aceptaron gustosos, sabiendo que eran extranjeros en esta tierra, pasajeros solamente.

Quienes hablan de esta manera dejan ver que esperan un país que es de ellos. Porque si les importara el país que habían dejado atrás, habrían regresado. Pero ellos esperan un mejor país, un país celestial. Por eso Dios no se defrauda de ellos, y se alegra de llamarse su Dios, porque él ha construido una ciudad para ellos.

Abraham creyó en Dios cuando fue puesto a prueba y ofreció a Isaac como ofrenda a Dios. Abraham, quien había aceptado las promesas de Dios, incluso estuvo listo para dar a su único hijo, como ofrenda aun cuando se le había dicho: "Por medio de Isaac se contará tu descendencia". Abraham consideró las cosas y concluyó que Dios podía resucitar a Isaac de los muertos. Y en cierto modo eso fue lo que sucedió: Abraham recibió de vuelta a Isaac de entre los muertos.

Por la fe en Dios, Isaac bendijo a Jacob y a Esaú, considerando lo que el futuro traería. Confiando en Dios, Jacob, casi a punto de morir, bendijo a los hijos de José, y adoró a Dios apoyado en su bastón. Por fe en Dios, José, cuando se acercaba su hora de muerte también, habló sobre el éxodo de los israelitas, e instruyó sobre lo que debían hacer con sus huesos. Por fe en Dios, los padres de Moisés lo ocultaron durante tres meses después de nacer. Reconocieron que era un niño especial. Y no temieron ir en contra de la orden que se había dado.

Por fe en Dios, Moisés, siendo ya adulto, se rehusó a ser conocido como el hijo adoptivo de la hija del Faraón. Sino que prefirió participar de los sufrimientos del pueblo de Dios antes que disfrutar los placeres pasajeros del pecado. Y consideró que el rechazo que experimentaría por seguir a Cristo sería de mayor valor que la riqueza de Egipto, porque estaba concentrado en la recompensa que vendría.

Por fe en Dios, salió de Egipto y no tuvo temor de la ira del Faraón, sino que siguió adelante con sus ojos fijos en el Dios invisible. Por fe en Dios, Moisés observó la Pascua y la aspersión de la sangre en los dinteles, para que el ángel destructor no tocara a los israelitas. Por fe en Dios, los israelitas cruzaron en Mar Rojo como si caminaran por tierra seca. Y cuando los egipcios quisieron hacer lo mismo, murieron ahogados. Por la fe en Dios, los israelitas marcharon alrededor de los muros de Jericó durante siete días, y los muros cayeron. Por fe en Dios, Rahab, la prostituta, no murió junto a los que rechazaban a Dios, porque había recibido a los espías israelitas en paz.

¿Qué otro ejemplo podría mostrarles? El tiempo no me alcanza para hablar de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté; o sobre David, Samuel y los profetas. Ellos, por su fe en Dios conquistaron reinos, hicieron lo recto, recibieron las promesas de Dios, cerraron la boca de leones, apagaron incendios, escaparon de la muerte por espada, eran débiles pero se volvieron fuertes, lograron grandes cosas en guerras, y dirigieron ejércitos.

Muchas mujeres recibieron a sus familiares con vida por medio de la resurrección. Otros fueron torturados, al negarse a rechazar a Dios para ser perdonados, porque querían ser parte de una mejor resurrección. E incluso otros recibieron insultos y latigazos; y fueron encadenados y encarcelados. Algunos fueron apedreados, tentados, muertos a espada. Algunos fueron vestidos con pieles de corderos y cabras: destituidos, oprimidos y maltratados. Les digo que el mundo no era digno de tener a tales personas errantes en los desiertos y montañas, viviendo en cuevas y en huecos debajo de la tierra.

Todas estas personas, aunque tenían la aprobación de Dios, no recibieron lo que Dios había prometido. Él nos ha dado algo aún mejor, para que ellos no llegaran a la plenitud sin nosotros.

Por eso, siendo que estamos rodeados de tal multitud de personas que demostraron su fe en Dios, despojémonos de todo lo que nos detiene, del pecado seductor que nos hace tropezar, y sigamos corriendo la carrera que tenemos por delante. Debemos seguir con la mirada puesta en Jesús, el autor y perfeccionador de nuestra fe en Dios. Pues por el gozo que tenía delante, Jesús soportó la cruz, sin importarle su vergüenza, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Piensen en Jesús, quien soportó tal hostilidad de un pueblo pecador, y así no se cansarán ni se desanimarán.

Hasta ahora, la lucha contra el pecado no les ha costado su sangre. ¿Acaso han olvidado el llamado de Dios cuando les habla como a hijos suyos? Él dice: “Hijo mío, no tomes con ligereza la disciplina de Dios, ni te des por vencido cuando te corrige. Porque el Señor disciplina a los que ama, y castiga a todos los que recibe como sus hijos”. Así que sean pacientes cuando experimenten la disciplina de Dios, porque quiere decir que los está tratando como a sus hijos. ¿Qué hijo no experimenta la disciplina de su padre? Si no reciben disciplina, (la cual todos hemos recibido), entonces son ilegítimos, y no son hijos de verdad. Porque si respetábamos a nuestros padres terrenales que nos disciplinan, ¿cuánto más deberíamos estar sujetos a la disciplina de nuestro Padre espiritual, que nos conduce a la vida? Ellos nos disciplinaron por un tiempo, en lo que ellos consideraban inapropiado, pero Dios lo hace por nuestro bien, a fin de que podamos participar de su carácter santo. Cuando la recibimos, la disciplina nos parece dolorosa, y no sentimos que traiga felicidad. Pero después produce paz en los que han sido entrenados de esta forma para hacer lo recto.

Así que fortalezcan sus manos cansadas, y sus rodillas débiles. Tracen un camino recto sobre el cual caminar, para que los que son inválidos no se descarríen, sino que sean sanados. Esfuércense por estar en paz con todos y buscar la santidad, pues de lo contrario no verán al Señor. Asegúrense de que no les falte la gracia de Dios, en caso de que surja alguna causa de amargura y tribulación y termine corrompiendo a muchos entre ustedes. Asegúrense de que ninguno sea sexualmente inmoral o profano como Esaú. Él vendió su primogenitura por una sola comida. Recuerden que incluso quiso recibir la bendición después que le fue negada. Y aunque lo intentó, y lloró amargamente, no pudo cambiar lo que había hecho.

Ustedes no han llegado a una montaña de verdad que pueda tocarse, ni a un lugar que arda con fuego, ni tampoco a un lugar de tormenta u oscuridad, donde se haya escuchado una trompeta o voz que habla, y quienes oyeron esa voz rogaron no volver a oírla nunca más. Porque no pudieron obedecer lo que se les dijo, como por ejemplo: “Incluso si un animal toca la montaña, será apedreado hasta la muerte”. Semejante panorama era tan aterrador, que el mismo Moisés dijo: “¡Tengo tanto miedo que estoy temblando!”

Pero ustedes han llegado al Monte de Sión, la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, con sus miles y miles de ángeles. Han venido a la iglesia de los primogénitos cuyos nombres están escritos en el cielo; a Dios, el juez de todos, y donde están las personas buenas, cuyas vidas están completas. Han venido a Jesús, quien participa con nosotros de esta nueva relación de pacto; han venido a la sangre esparcida que tiene más valor que la de Abel. ¡Asegúrense de no rechazar al que les está hablando! Si ellos no pudieron escapar cuando rechazaron a Dios en la tierra, sin duda alguna nosotros tampoco podremos escapar si volvemos nuestra espalda a Dios, quien nos advierte desde el cielo. En ese tiempo la voz de Dios agitó la tierra, pero ahora su promesa es: “Una vez más voy a agitar no solo la tierra sino también el cielo”. La expresión “una vez más”, indica que toda la creación será agitada y removida para que solo permanezca lo inconmovible.

Siendo que estamos recibiendo un reino inconmovible, tengamos una actitud llena de gracia, para que sirvamos a Dios de una manera que le agrade, con reverencia y respeto. Porque “nuestro Dios es fuego consumidor”.

¡Que siempre permanezca el amor que tienen unos por otros como hermanos y hermanas! No olviden mostrar amor por los extranjeros también, porque al hacerlo muchos han recibido ángeles sin saberlo. Acuérdense de los que están en la cárcel, como si ustedes estuvieran presos con ellos. Acuérdense de aquellos que son maltratados, como si ustedes sufrieran físicamente con ellos.

Todos deben honrar el matrimonio. Los esposos y esposas deben ser fieles unos a otros. Pues Dios juzgará a los adúlteros. No amen el dinero. Estén contentos con lo que tienen. Dios mismo dijo: "Nunca te defraudaré; nunca te abandonaré". Por eso podemos decir con toda confianza: "Es Señor es mi ayudador, por lo tanto no temeré. ¿Qué puede hacerme cualquier persona?" Recuerden a los líderes que les enseñaron la palabra de Dios. Miren nuevamente los frutos de sus vidas, e imiten su fe en Dios. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y para siempre.

No se distraigan con distintas clases de enseñanzas extrañas. Es mejor que la mente esté convencida por gracia y no por leyes en lo que concierne a los alimentos. Los que seguían tales leyes no lograron nada. Tenemos un altar del cual no pueden comer los sacerdotes del tabernáculo. Los cuerpos muertos de animales, cuya sangre es llevada por el sumo sacerdote al lugar santísimo como ofrenda para el pecado, son quemados a las afueras del campamento. Del mismo modo, Jesús, murió también fuera de las puertas de la ciudad para santificar al pueblo de Dios por medio de su propia sangre. Así que vayamos a él, fuera del campamento, y experimentemos su vergüenza. Pues no tenemos una ciudad permanente en la cual vivir aquí, sino que esperamos un hogar que está por venir. Ofrezcamos, pues, por medio de Jesús, un sacrificio continuo de alabanza a Dios, es decir, hablando bien de Dios, y declarando su carácter. Y no olviden hacer lo bueno, y compartir lo que tienen con otros, porque Dios se agrada cuando hacen tales sacrificios. Sigan a sus líderes, y hagan lo que ellos les piden, porque ellos cuidan de ustedes y darán cuenta. Actúen de tal manera que ellos puedan hacerlo con alegría, y no con tristeza, pues eso no sería bueno para ustedes.

Por favor, oren por nosotros. Pues estamos seguros de que hemos actuado bien y con buena conciencia, procurando siempre hacer lo correcto en cada situación. De verdad quiero que oren mucho para que pueda ir pronto a verlos.

Ahora pues, que el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran pastor de las ovejas, y lo hizo con la sangre de un pacto eterno, provea todo lo bueno para ustedes a fin de que puedan cumplir su voluntad. Que obre en nosotros, haciendo su voluntad, por medio de Jesucristo, a él sea la gloria por siempre y para siempre. Amén.

Quiero animarlos, hermanos y hermanas, a que pongan cuidado a lo que les he dicho en esta pequeña carta. Sepan que Timoteo ha sido liberado. Si llega pronto aquí, iré con él a verlos. Envíen mi saludo a todos sus líderes, y a todos los creyentes que hay allá. Los creyentes que están aquí en Italia envían sus saludos. Que el Dios de gracia esté con todos ustedes. Amén.

Santiago

Carta de Santiago

Esta carta viene de parte de Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo. Es enviada a las doce tribus dispersas en el extranjero. ¡Mis mejores deseos para ustedes!

Amigos míos, elijan estar felices aun cuando se atraviesen todo tipo de problemas en su camino, porque ustedes saben que la paciencia surge al enfrentar desafíos en cuanto a su fe en Dios. Que su paciencia se fortalezca tanto como sea posible, para que estén completamente maduros, sin ningún defecto.

Si alguno de ustedes necesita sabiduría, pídala a Dios, que da a todos generosamente y sin retenciones. Pero cuando pidan, recuerden confiar en Dios. Háganlo sin dudas. Porque quien duda es como las olas del mar que son llevadas de un lado al otro por el viento. Y ninguna persona que sea así debe pensar que podrá recibir algo del Señor, porque sus mentes van errantes, y son inestables en todo lo que hacen.

Los creyentes que han nacido en la pobreza deben enorgullecerse en la posición de grandeza que se les ha dado, mientras que los ricos deberían "jactarse" en la humilde posición que ahora tienen, pues se marchitarán como flores en el campo. Porque el sol se levanta junto al viento devastador y chamusca la hierba. Las flores se caen y su belleza muere. Del mismo modo, todo lo que el rico obtiene se marchitará.

Feliz es quien soporta con paciencia la tentación, porque cuando haya demostrado que es fiel, recibirá la corona de vida que Dios promete a los que le aman. Cuando alguien es tentado, no debe decir: "Estoy siendo tentado por Dios". Porque Dios no es tentado por el mal, ni él tienta a nadie. Las tentaciones vienen de nuestros propios malos deseos que nos descarrían y nos atrapan. Tales deseos nos llevan al pecado, y el pecado, al haberse desarrollado en plenitud, causa la muerte.

Mis queridos amigos, no se dejen engañar. Todo lo que es bueno, todo don perfecto, viene de arriba, y desciende del Padre que hizo las luces del cielo. A diferencia de ellas, él no cambia, él no varía ni arroja sombras. Él eligió darnos una nueva vida por medio de la palabra de verdad, para que de toda su creación nosotros fuésemos muy especiales para él.

Recuerden esto, mis queridos amigos: todos deberían ser prontos para escuchar, pero lentos para hablar y lentos para enojarse, porque el enojo humano no refleja el verdadero carácter de Dios. Así que despojémonos de todo lo que es sucio y maligno. Acepten humildemente la palabra que ha sido implantada en ustedes, porque esto es lo que puede salvarlos. Hagan, más bien, lo que dice la palabra. No escuchen solamente ni se engañen ustedes mismos. Si solo oyen la palabra y no la ponen en práctica, es como si miraran sus rostros en un espejo. Ahí se ven a sí mismos, pero luego se van, y de inmediato olvidan cómo se veían. Pero si miran la ley perfecta de la libertad, y la siguen, no como quien solo escucha y olvida, sino como quien la pone en práctica, entonces serán bendecidos en lo que hagan. Si piensan que son piadosos, pero no controlan lo que dicen, se están engañando a ustedes mismos y su religión no tiene sentido. Ante los ojos de nuestro Dios y Padre, la religión pura y genuina consiste en visitar huérfanos y viudas que sufren, y guardarse de la contaminación del mundo.

Mis amigos, como creyentes con fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo, ustedes no deben mostrar favoritismo. Imaginen que a su sinagoga llega un hombre usando anillos de oro y ropas finas, y luego entra un hombre pobre vestido de harapos. Si atienden de manera especial al hombre bien vestido y le dicen: "Por favor, siéntate aquí en esta silla de honor", mientras que al pobre le dicen: "Siéntate allá, o siéntate en el piso, a mis pies;" ¿acaso no han discriminado y juzgado con razones equivocadas? Escuchen, mis queridos amigos: ¿Acaso Dios no eligió a los que el mundo considera pobres para que fueran ricos en su fe en él, y para que heredaran el reino que prometió a quienes lo aman? Pero ustedes han tratado al pobre de manera vergonzosa. ¿No son los ricos quienes los oprimen y los arrastran a las cortes? ¿Acaso no son ellos quienes insultan el honorable nombre de Aquél a quien pertenecen y los llamó?

Si ustedes realmente observan la ley real de la Escritura: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", entonces hacen bien. Pero si demuestran favoritismo, están pecando. La ley los condena como culpables de su incumplimiento. Quien observa todo lo que está en la ley pero incumple una sola parte, es culpable de incumplirla toda. Dios les dijo que no cometan adulterio, y también les dijo que no maten. De modo que si no cometen adulterio pero matan, de igual modo son quebrantadores de la ley. Deben hablar y actuar como personas que serán juzgadas por la ley de la libertad. Todo aquél que no muestra misericordia, será juzgado sin misericordia. ¡Sin embargo, la misericordia triunfa sobre el juicio!

Amigos míos, ¿qué de bueno hay en decir que tenemos fe en Dios si no hacemos lo correcto? ¿Puede salvarnos tal "fe"? Si un hermano o hermana no tiene ropas, o comida para el día, y tú vas y le dices: "¡Que Dios te bendiga! ¡Mantente cálido y disfruta de la comida!" pero no provees lo que esta persona necesita para sobrevivir, ¿qué de bueno hay en eso? Porque la fe basada en la confianza en Dios por sí misma está muerta y no sirve para nada si no haces lo recto.

Hay quien podría debatirme: "Tú tienes tu fe en Dios pero yo tengo mis buenas obras". Pues bien, ¡muéstrame tu fe en Dios sin buenas obras, y yo te mostraré mi fe en Dios con mis buenas obras! ¿Tú crees que Dios es un solo Dios? Eso es bueno, pero los demonios también creen en Dios, ¡y se aterran de él! ¡Ustedes son necios! ¿No saben que la fe en Dios sin hacer lo recto no tiene sentido? ¿No fue nuestro Padre Abraham justificado por lo que hizo al ofrecer a su hijo Isaac en un altar? Sepan que su fe en Dios iba de la mano con lo que hizo, y por medio de lo que hizo su fe en Dios fue completa. De este modo, se cumplió lo que dice la Escritura: "Abraham creyó en Dios, y esto fue considerado como él haciendo el bien, y fue llamado amigo de Dios".

Vemos entonces que somos justificados por lo que hacemos y no solo por nuestra fe en Dios. Del mismo modo, ¿no fue justificada Rahab, la prostituta, por lo que hizo cuando cuidó de los mensajeros y los envió luego por un camino distinto? Así como el cuerpo está muerto sin el espíritu, la fe en Dios está muerta si no obramos con justicia.

Mis amigos, no muchos de ustedes deberían ser maestros, porque ustedes saben que quien enseña tiene una responsabilidad mayor ante el juicio. Todos cometemos errores de muchas maneras. El que no comete errores en lo que dice es realmente una persona buena que puede mantener todo su cuerpo bajo control. Nosotros ponemos frenos en nuestra boca como los caballos para que nos obedezcan, y así poder dirigirlos hacia donde queremos. Miremos también los barcos: aunque son muy grandes y son impulsados por vientos fuertes, son conducidos por un pequeño timón hacia la dirección que el piloto quiere ir.

Del mismo modo, la lengua es una parte del cuerpo muy pequeña, ¡pero hace grandes alardes! ¡Piensen cuán grande incendio puede provocar una pequeña llama! Y la lengua es una llama. Es una espada del mal en medio de las partes del cuerpo. Puede estropearte por completo como persona, y puede derrumbar toda tu vida, pues la enciende el fuego de Gehena. La gente puede dominar todo tipo de animales, ya sean aves, reptiles, y criaturas del mar, pero nadie puede dominar la lengua. Porque es maligna, difícil de controlar, llena de veneno mortal. La misma lengua que usamos para bendecir a nuestro Señor y Padre, la usamos para maldecir a otras personas que están hechas a imagen de Dios. ¡Emanan bendiciones y maldiciones de la misma boca! Amigos, ¡esto no debe ser así! ¿Acaso puede brotar de la misma fuente agua dulce y amarga a la vez? Amigos míos, así como una higuera no puede producir olivas, y una viña no puede producir higos, una fuente de agua salada no puede producir agua dulce y fresca.

¿Quién entre ustedes tiene sabiduría y entendimiento? Pues permita que su buen vivir demuestre lo que hace, actuando rectamente, con sabia bondad y consideración.

Pero si tienes celos amargos y ambición egoísta en tu corazón, no te jactes de ello ni quieras mentirle a la verdad. Esta clase de "sabiduría" no viene de arriba, sino que es terrenal, carente de espiritualidad, y demoníaca. Dondequiera haya celos y ambición egoísta, también habrá confusión y todo tipo de prácticas malas.

Sin embargo, la sabiduría que viene de arriba es pura sobre todas las cosas, y también trae paz. Es noble y abierta a la razón. Está llena de misericordia y produce cosas buenas. Es genuina y no hipócrita. Los que siembran paz recogerán la paz de lo que es recto en verdad.

¿De dónde surgen las contiendas y discusiones que hay entre ustedes? ¿Acaso no son por las pasiones sensuales que luchan dentro de ustedes? Están ardiendo de deseo, pero no reciben lo que quieren. Son capaces de matar por lo que anhelan con lujuria, pero no encuentran lo que buscan. Pelean y discuten pero no logran nada, porque no lo piden en oración. Oran, pero no reciben nada, porque oran con motivos equivocados, queriendo gastar lo que reciban en placeres egoístas. ¡Adúlteros! ¿No se dan cuenta que la amistad con el mundo es enemistad contra Dios? Los que quieren ser amigos del mundo se convierten en enemigos de Dios.

¿Creen que la Escritura no habla en serio cuando dice que el espíritu que puso en nosotros es celoso en gran manera? Pero Dios nos da todavía más gracia, como dice la Escritura: "Dios está en contra de los arrogantes, pero da gracia a los humildes". Colóquense, pues, bajo la dirección de Dios. Confronten al enemigo, y él huirá de ustedes. Acérquense a Dios y él se acercará a ustedes. Laven sus manos, pecadores. Purifiquen sus corazones, ustedes que tienen lealtades divididas. Muestren algo de remordimiento, lloren y laméntense. Cambien su risa por lamento, y su alegría por tristeza. Sean humildes ante el Señor y él los exaltará.

Amigos, no hablen mal unos de otros. Todo el que critica a un hermano creyente y lo condena, critica y condena la ley. Si ustedes condenan la ley, entonces no la están cumpliendo, porque están actuando como jueces. Hay un solo dador de la ley y juez, el único que puede salvarnos o destruirnos, así que, ¿quién eres tú para juzgar a tu prójimo?

Atiendan, ustedes los que dicen: "Hoy o mañana iremos a tal y tal ciudad, pasaremos un año allí haciendo negocios y obtendremos ganancia". ¡Ustedes no saben qué pasará mañana! ¿Acaso qué es su vida? Es apenas una niebla que aparece por un poco tiempo y luego se va. Lo que deberían decir es: "Si Dios quiere, viviremos de esta manera, y haremos planes para hacer aquello". Pero ahora están solo llenos de ideas vanas. Y toda esta jactancia es maligna. Porque es pecado si sabes hacer lo bueno y no lo haces.

¡Ustedes, ricos! Deberían llorar y lamentar todos los problemas que les vienen encima. Toda su riqueza está podrida, y sus ropas han sido devoradas por polillas. Su oro y su plata están corroídos, y la corrosión hablará en contra de ustedes, devorando sus carnes como fuego. Ustedes han amontonado riquezas en los últimos días. Miren, los salarios de sus obreros del campo que han estafado ahora claman contra ustedes, y los lamentos de los obreros han llegado a los oídos del Señor Todopoderoso. Han disfrutado una vida de lujos aquí en la tierra, llenos de placer y autocomplacencia, engordándose para el día del sacrificio. Han condenado y han asesinado al inocente que ni siquiera les opuso su resistencia.

Amigos, sean pacientes y esperen el regreso del Señor. Consideren al agricultor que espera con paciencia la preciosa cosecha de la tierra mientras crece con la lluvia temprana y tardía. Ustedes también necesitan ser pacientes. Manténganse fuertes porque el regreso del Señor está cerca. Amigos míos, no se quejen unos de otros, para que no sean juzgados. ¡Miren, el juez está justo a las puertas! Tomen como ejemplo a los profetas, amigos míos. Miren cómo hablaban en nombre del Señor mientras sufrían y esperaban con paciencia. Observen que siempre decimos que son benditos los que perseveran. Han oído hablar de la paciencia de Job, y han visto cómo el Señor condujo todo a un fin positivo, porque el Señor está lleno de compasión y misericordia.

Por encima de todo, amigos, no juren. No juren por el cielo, ni por la tierra, ni hagan ningún otro

tipo de juramento. Simplemente digan sí, o no, para que no caigan en condenación. ¿Está sufriendo alguno entre ustedes? Ore. ¿Hay alguien alegre entre ustedes también? Cante canciones de alabanza. ¿Está alguno enfermo? Llamen a los ancianos de iglesia para que oren y le unjan con aceite en el nombre del Señor. Porque tal oración, con fe, sanará a los enfermos, y el Señor los hará estar bien. Y si ha cometido pecados, le serán perdonados. Admitan unos delante de otros los errores que han cometido, y oren unos por otros para que sean sanados. La oración sincera de los justos es eficaz. Elías era un hombre que tenía la misma naturaleza humana que nosotros. Él oró con sinceridad para que no lloviera, y no llovió en la tierra durante tres años y medio. Luego oró una vez más, y el cielo envió la lluvia sobre la tierra, y la tierra dio su cosecha.

Amigos míos, si alguno de ustedes se descarría de la verdad y alguien le trae de vuelta, háganle saber que todo el que rescata a un pecador del error de su camino lo salvará de la muerte y ganará perdón de muchos pecados.

1 Pedro

Primera carta de Pedro

Esta carta viene de Pedro, apóstol de Jesucristo, y es enviada al pueblo escogido de Dios: a los exiliados que están dispersos por todas las provincias de Ponto, Galacia, Capadocia, Asia, y Bitinia. Ustedes fueron elegidos por Dios, el Padre, en su sabiduría, y son un pueblo santo por el Espíritu, que obedece a Jesucristo y que está rociado con su sangre. Tengan gracia y paz cada vez más.

¡Alabado sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo! Por su gran misericordia hemos nacido de nuevo y se nos ha dado una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. Esta herencia es eterna, y nunca se daña ni se desvanece, y está ahí segura para ustedes. Por la fe de ustedes en él, Dios los protegerá con su poder hasta que venga la salvación. La salvación que está lista para ser revelada en el último día.

Así que estén felices por esto, aunque estén tristes por un poco de tiempo, mientras soportan distintas pruebas. Estas demuestran que su fe en Dios es genuina —aunque también puede ser destruida—y esa fe es más valiosa que el oro. De este modo, su fe en Dios será reconocida y ustedes recibirán alabanza, gloria y honra cuando Cristo aparezca.

Ustedes lo aman aunque nunca lo han visto. Aunque no pueden verlo ahora, creen en él y están llenos de una felicidad maravillosa e indescriptible. ¡Y por creer en él, su recompensa será la salvación! La salvación que buscaban y de la cual investigaban los profetas cuando hablaban de la gracia que estaba preparada para ustedes. Trataron de descubrir cuándo y cómo esto sucedería, porque el Espíritu de Cristo dentro de ellos hablaba de manera clara sobre los sufrimientos de Cristo y la gloria que vendría. A ellos se les explicó que lo que hacían no era para ellos mismos, sino para ustedes, pues aquello de lo que ellos hablaron, ustedes lo han aprendido de aquellos que compartieron la buena noticia con ustedes por el Espíritu Santo que el cielo envió. ¡Hasta los ángeles quieren saber sobre esto!

Asegúrense de que sus mentes estén alerta. Tengan un pensamiento claro. Fijen su esperanza exclusivamente en la gracia que les será dada cuando Jesús sea revelado. Vivan como hijos obedientes. No se permitan a ustedes mismos ser moldeados por sus antiguos deseos pecaminosos, cuando no conocían algo mejor. Ahora necesitan ser santos en todo lo que hagan, así como Aquél que los llamó es santo. Tal como dice la Escritura: “Sean santos, porque yo soy santo”.

Puesto que ustedes le llaman Padre, y reconocen que él juzga a todos de manera imparcial, basado en sus obras, tomen en serio su vida aquí en la tierra, guardando reverencia hacia él.

Ya saben que no fueron liberados por su vana forma de vivir que heredaron de sus antepasados, por cosas que no tenían valor duradero, como el oro o la plata. Sino que fueron liberados con la preciosa sangre de Cristo, que fue como un cordero sin mancha ni defecto.

Él fue elegido antes de la creación del mundo, pero fue revelado en estos últimos días para beneficio de ustedes. Por medio de él, ustedes creen en Dios, quien lo levantó de los muertos, y lo glorificó, para que ustedes puedan confiar y tener esperanza en Dios. Ahora que se han consagrado a seguir la verdad, ámense unos a otros con sinceridad, como una verdadera familia. Ustedes han nacido de nuevo, no son el producto de una “semilla” mortal, sino inmortal, por la palabra viva y eternal de Dios. Porque: “Todas las personas son como la hierba, y su gloria es como flores del campo. La hierba se seca y las flores se marchitan. Pero la palabra de Dios permanece para siempre”. Esta palabra es la buena noticia de la que les hablaron antes.

Así que renuncien a las malas obras que hacen: la deshonestidad, la hipocresía, el hablar mal de los demás. Deben volverse como bebés recién nacidos que solo quieren leche espiritual pura, para que puedan crecer en la salvación ahora que han probado cuán bueno es el Señor. Cuando se acerquen a él, la piedra viva que la gente rechazó como si fuera inútil, - pero que es elegida por Dios y preciada para él – ustedes también se convierten en piedras vivas, edificadas en una casa espiritual. Ustedes son sacerdocio santo que ofrece sacrificios espirituales y que Dios recibe con agrado por medio de Jesucristo. Como dice la Escritura: “¡Miren! Yo establezco en Sión su piedra angular, una piedra escogida de manera especial y valiosa. Todo el que crea en él no será defraudado”. Él es muy valioso para todos ustedes los que creen. Pero para los que no creen, “La piedra que los constructores rechazaron, y que llegó a ser la piedra angular del fundamento”. es “La piedra que hace tropezar y los hace caer”. La gente tropieza con este mensaje porque se niegan a aceptarlo, lo cual es completamente predecible en cuanto a ellos.

En cambio, ustedes son una familia elegida de manera especial, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo que pertenece a Dios. Por eso, pueden revelar las cosas maravillosas que él ha hecho, al sacarlos de la oscuridad a su luz admirable. En el pasado, ustedes no eran nadie, pero ahora son el pueblo de Dios. En el pasado carecieron de misericordia, pero ahora la han recibido.

Amigos míos, les ruego como si fueran extranjeros en este mundo, que no se rindan ante los deseos físicos que están en oposición a lo espiritual. Asegúrense de actuar apropiadamente cuando estén en compañía de quienes no son cristianos, para que incluso si los acusaran de hacer lo malo, ellos puedan ver sus buenas obras y glorifiquen a Dios cuando venga.

Obedezcan a la autoridad humana, por causa del Señor, ya sea al rey, como autoridad suprema, o a los gobernantes que Dios designa para castigar a los que hacen el mal y dar reconocimiento a los que hacen el bien. Dios quiere que al hacer el bien ustedes hagan callar las acusaciones ignorantes de los necios. ¡Sí! ¡Ustedes son un pueblo libre! Así que no usen la libertad para disimular la maldad, sino vivan como siervos de Dios. Respeten a todos. Muestren su amor por la comu-

nidad de creyentes. Reverencien a Dios. Respeten al rey. Si eres un siervo, entonces mantente sujeto a tu amo, no solo a los que son buenos y nobles, sino también a los que son duros. Porque en esto consiste la gracia: soportar el dolor de la vida y el sufrimiento injusto, pero manteniendo la mente enfocada en Dios. Sin embargo, no hay crédito si eres castigado por hacer el mal. Pero si sufres por hacer lo recto, y lo soportas, entonces la gracia de Dios está contigo.

En efecto, a esto han sido llamados, porque Cristo sufrió por ustedes y les dio un ejemplo, para que siguieran sus pasos. Él nunca pecó, ni mintió; y cuando fue maltratado, no replicó. Cuando sufrió, no amenazó con venganza. Simplemente se puso en manos de Aquél que juzga siempre con justicia. Tomó las consecuencias de nuestros pecados sobre sí mismo en su cuerpo en la cruz para que nosotros pudiéramos morir al pecado y vivir en justicia. "Por sus heridas, somos sanados". En un tiempo ustedes eran como ovejas que habían perdido su camino, pero ahora han regresado al pastor, al que cuida de ustedes.

Esposas, acepten la autoridad de sus esposos de la misma manera, para que si ellos se niegan a aceptar la palabra, puedan ser ganados sin palabras, por la conducta de ustedes, reconociendo que su conducta es pura y reverente. No se concentren en el atractivo físico, ni en el corte de cabello, ni en las joyas de oro, o en las ropas elegantes; sino por el contrario, que el atractivo sea interior, que sea el de un espíritu manso y pacífico que nace desde el interior. Porque eso es lo que Dios estima. Así es como en el pasado, las mujeres santas que ponían su fe en Dios, se embellecían, con la ternura que brindaban a sus esposos, como Sara, que obedecía a Abraham, y lo llamaba "señor". Ustedes son sus hijas si hacen lo recto y sin temor.

Esposos, del mismo modo, sean considerados con sus esposas en su vida diaria juntos. Aunque tu esposa no sea tan fuerte como tú, debes honrarla, porque ella heredará en igual proporción junto a ti el don de la vida de Dios. Asegúrense de hacer estas cosas para que nada estorbe sus oraciones.

Finalmente, tengan todos un mismo propósito. Sean amables y amorosos unos con otros. Sean compasivos y humildes. No paguen mal por mal, ni reclamen cuando otros sean abusivos, sino bendíganlos, porque a eso fueron llamados, para que puedan recibir bendiciones ustedes mismos también. Recuerden: "Los que quieren amar sus vidas y ver días felices, deben abstenerse de hablar el mal, y no decir mentiras. Aléjense del mal y hagan el bien; ¡busquen la paz y síganla! Porque Dios está atento a los justos y escucha sus oraciones, pero aborrece a los que hacen el mal".

¿Quién les hará daño si la intención de ustedes es hacer el bien? Porque incluso si experimentan sufrimiento por hacer lo recto, ustedes están mucho mejor. No teman las amenazas de la gente, no se preocupen por esas cosas, solo tengan en su mente a Cristo como Señor. Estén siempre listos para dar explicaciones a todo el que pregunte la razón de su esperanza. Y háganlo con mansedumbre y respeto. Asegúrense de tener una conciencia limpia, para que si alguno los acusa, sean avergonzados por hablar mal sobre la buena manera de vivir de ustedes, en Cristo. Sin duda alguna, es mejor sufrir haciendo el bien, (si eso es lo que Dios quiere), que sufrir haciendo el mal. Y Jesús murió por culpa de los pecados, una vez y para siempre, el Único que es completamente verdadero y justo, por aquellos que somos malos, para poder llevarnos a Dios. Fue llevado a muerte en su cuerpo, pero vino a la vida en el espíritu.

Él fue a hablar a los que estaban "presos" y que se negaban a creer, siendo que Dios con paciencia esperó, durante los días de Noé, cuando estaban construyendo el arca. Apenas unos cuantos—de hecho, ocho personas —se salvaron "por el agua". Esta agua simboliza el bautismo que los salva ahora, no limpiando la suciedad de sus cuerpos, sino como una respuesta positiva a Dios, que surge de una conciencia limpia. La resurrección de Jesús es la que posibilita la salvación. Después de haber ascendido al cielo, él está en pie a la diestra de Dios, con ángeles, autoridades, y poderes puestos bajo su control.

Y como Cristo padeció sufrimiento físico, ustedes deben prepararse con la misma actitud que él tuvo, porque los que sufren físicamente, han abandonado el pecado. Ustedes no vivirán el resto de sus vidas siguiendo los deseos humanos, sino haciendo la voluntad de Dios. En el pasado vivieron mucho tiempo siguiendo los caminos del mundo: inmoralidad, complacencia sexual, orgías, fiestas, borracheras, e idolatría abominable. La gente piensa que es extraño que ustedes ya no participen con ellos de este estilo de vida lleno de excesos, y por eso los maldicen. Pero ellos tendrán que dar cuentas de lo que han hecho contra Aquél que está listo para juzgar a los vivos y a los muertos. Por eso, la buena noticia fue compartida con los que ya murieron, para que aunque hayan sido juzgados correctamente según la justicia humana y pecaminosa, ellos puedan vivir en el espíritu según la justicia de Dios.

¡Todo llegará a su fin! Así que piensen con claridad y manténganse vigilantes cuando oren. Por encima de todo, ámense unos a otros con amor profundo, porque el amor cubre muchas de las faltas que la gente comete. Muestren hospitalidad unos con otros y no se quejen. Cualquiera sea el don que hayan recibido, compártanlo con otros entre ustedes, como un pueblo que demuestra sabiamente la gracia de Dios, en todas sus formas. Todo el que hable, hágalo como si Dios hablara a través de él. Todo aquél que quiera ayudar a otros, hágalo por medio de la fuerza que Dios le da, para que en todo Dios sea glorificado por medio de Jesucristo. Que la gloria y el poder sean suyos por siempre y para siempre. Amén.

Amigos míos, no se sorprendan ante las "pruebas de fuego" que están experimentando, como si estas fueran algo inesperado. Estén contentos en la medida que participan del sufrimiento de Cristo, porque cuando aparezca en su gloria, ustedes serán muy felices. Si alguien los maldice en el nombre de Cristo, en realidad son bendecidos, porque el espíritu glorioso de Dios reposa sobre ustedes. Y si sufren, no será como asesinos, como ladrones, como criminales o como chismosos, sino que si es como un cristiano, entonces no tendrán de qué avergonzarse. Más bien, oren para que sean llamados cristianos.

Porque el tiempo del juicio ha llegado, y comienza por la casa de Dios. Y si comienza por nosotros, entonces ¿cuál será el fin de los que rechazan la buena noticia de Dios? "Si ya es difícil salvarse para los que son justos,

¿qué será de los pecadores que aborrecen a Dios?" De modo que los que sufren conforme a la voluntad de Dios, del Creador fiel, deben asegurarse de que están haciendo el bien.

Quiero animar a los ancianos que están entre ustedes. Pues yo también soy un anciano, un testigo de los sufrimientos de Cristo, y participaré de la gloria que está por venir. Cuiden del rebaño que se les ha encomendado, no porque estén obligados a vigilarlos, sino con agrado, como Dios quiere que sea. Háganlo de buena gana, sin buscar beneficio de ello. No sean arrogantes, enseñoreándose de aquellos que están bajo su cuidado, sino sean un ejemplo para el rebaño. Cuando aparezca el Pastor supremo, ustedes recibirán una corona de gloria, que nunca se dañará.

Jóvenes, hagan lo que los ancianos les dicen. Sin duda deberían todos servirse unos a otros con humildad, porque "Dios aborrece a los orgullosos, pero obra en favor de los humildes". Humíllense ante la mano poderosa de Dios, para que los exalte en su debido tiempo. Entreguen todas sus preocupaciones a él, porque él tiene cuidado de ustedes. Sean responsables, y estén vigilantes. El diablo, su enemigo, anda por ahí, como león rugiente, buscando a quién devorar. Manténganse firmes contra él, confiando en Dios. Recuerden que sus hermanos creyentes en todo el mundo están viviendo dificultades similares. Pero después de que hayan sufrido un poco, el Dios de toda gracia, que los llamó a su gloria eterna en Cristo, él mismo los restaurará, los sostendrá, los fortalecerá y les dará un fundamento sólido. El poder sea suyo, por siempre y para siempre. Amén.

Esta carta se las envío con ayuda de Silvano, a quien considero como un hermano fiel. En estas pocas palabras que les he escrito, quiero animarlos y testificar que esta es la verdadera gracia de Dios. ¡Manténganse firmes en ella! Los creyentes de aquí, de "Babilonia", escogidos junto a ustedes, les envían su saludo, así como Marcos, mi hijo. Salúdense unos a otros con un beso de amor. Paz a todos ustedes que están en Cristo.

2 Pedro

Segunda carta de Pedro

Esta carta viene de parte de Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, quien la envía a los que participan con nosotros de la preciosa fe en nuestro Dios y Salvador Jesucristo, el único que es verdaderamente justo y bueno. Reciban todavía más gracia y paz a medida que crecen en el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor. Por su poder divino hemos recibido todas las cosas necesarias para una vida cuyo centro es Dios. Esto sucede al conocerlo a él, quien nos llamó a sí mismo por su propia gloria y bondad.

De este modo él nos ha entregado promesas maravillosas y preciosas. Por medio de estas promesas podemos participar de la naturaleza divina, deshacernos de la corrupción que producen los deseos malos de este mundo. Por esa misma razón, ¡hagan todo lo que puedan! A su fe en Dios agréguenle bondad; a la bondad, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, reverencia; a la reverencia, aprecio por los hermanos creyentes; y a este aprecio, amor.

Cuanto más desarrollen estas cualidades, tanto más productivos y útiles serán en su conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Porque quien no tenga estas cualidades, es como si estuviera mal de la vista, o ciego. Olvidan que han sido limpiados de sus pecados pasados. Así que, hermanos y hermanas, estén todos cada vez más determinados a ser verdaderamente los "llamados y escogidos". Y si hacen esto, nunca caerán. Recibirán una gran bienvenida al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Por eso siempre les recuerdo estas cosas, aunque ya ustedes las saben, y están firmes en la verdad que tienen. Pero aun así yo creo que es bueno animarlos y recordarles estas cosas mientras viva. Sé que se acerca la hora en que tendré que partir de esta vida, pues nuestro Señor Jesucristo me lo ha dicho. Así que haré mi mejor esfuerzo para que aunque me vaya, ustedes puedan siempre recordar estas cosas.

Nosotros no seguimos mitos inventados cuando les hablamos sobre la venida poderosa de nuestro Señor Jesucristo, pues nosotros mismos vimos su majestad. Él recibió honra y gloria de Dios el Padre, cuando la voz de majestuosa gloria le habló y anunció: "Este es mi Hijo, al que amo, y que verdaderamente me complace". Nosotros mismos oímos esta voz que habló desde el cielo cuando estábamos con él en el monte santo.

También tenemos la palabra de confirmación de la profecía que es completamente fiel, y será bueno para ustedes que le presten atención. Porque es como una lámpara que brilla en la oscuridad, hasta que el día termina, y se levanta la estrella de la mañana en sus corazones. Sobre todas las cosas, deben reconocer que ninguna profecía de la Escritura está sujeta a una interpretación basada en los caprichos de un individuo, pues ninguna profecía tuvo su origen en las ideas humanas, sino que los profetas hablaron por Dios, siendo movidos por el Espíritu Santo.

Pero así como había falsos profetas entre el pueblo en ese entonces, habrá falsos maestros entre ustedes. Y sutilmente introducirán enseñanzas destructivas, incluso negando al Señor que los redimió, y trayendo rápida destrucción sobre sí mismos. Muchos seguirán sus perversiones inmorales, y por causa de ellos la gente condenará el camino de la verdad. Pues con avaricia los explotarán a ustedes con historias falsas. Sin embargo, ellos ya están condenados: su sentencia ha estado colgando de sus cuerpos hace mucho tiempo, y su destrucción no tardará. Porque Dios no perdonó ni siquiera a los ángeles cuando pecaron. Sino que los lanzó al Tártaro, manteniéndolos en pozos de oscuridad, listos para el juicio. Dios tampoco perdonó al mundo antiguo, pero protegió a Noé, quien le predicó a la gente sobre el Dios justo. Él fue una de las ocho personas que se salvaron cuando Dios envió un diluvio sobre un mundo de personas malvadas.

Dios condenó a las ciudades de Sodoma y Gomorra a la destrucción total, quemándolas hasta las cenizas, como un ejemplo de lo que sucederá a los que llevan vidas de maldad. Pero Dios rescató a Lot, porque era un buen hombre, indignado por la abominable inmoralidad de sus vecinos. (Lot vivía entre ellos, pero hacía lo bueno y lo recto. Ese día vio y escuchó lo que ellos hicieron, y la maldad de ellos lo atormentaba).

Como pueden ver, el Señor puede rescatar de las dificultades a quienes lo respetan, y puede mantener a los malvados hasta el día del juicio, cuando complete su castigo. Esto también aplica a los que siguen los deseos humanos corruptos, y que con desprecio ignoran la autoridad. Son arrogantes y orgullosos, y no temen difamar a los seres celestiales. En cambio, los ángeles, aunque son más fuertes y poderosos, no se atreven a difamarlos ante el Señor.

Estas personas son como bestias sin razón, que nacen para ser capturadas y destruidas. Condenan cosas que no conocen, y serán destruidos como animales. Recibirán su pago por el daño que han hecho. Se divierten al satisfacer sus deseos perversos a plena luz del día. Son como manchas y defectos en su comunidad. Pues ellos se complacen en sus placeres engañosos incluso cuando comparten la comida con ustedes. Siempre están en búsqueda de relaciones adúlteras, y no pueden dejar de pecar. Seducen a quienes son vulnerables, y se han entrenado en la codicia; son una descendencia maldita. Han abandonado el camino recto y se han descarriado, siguiendo el camino de Balaam, el hijo de Beor, a quien le gustaba recibir pago por hacer lo malo. Pero se le reprendió por sus acciones malvadas, y hasta un asno mudo le habló con voz humana para detener la necedad de este profeta.

Las personas así son como fuentes secas, nieblas llevadas por el viento. Están destinadas para siempre a la más negra oscuridad. Se jactan de sí mismos con alardes sin sentido, incitan a los deseos sexuales pervertidos, y así atraen a la inmoralidad a los que apenas acaban de escapar de una vida de error. Les prometen libertad, aunque ellos mismos son esclavos de la depravación. Pues somos esclavos de todo lo que nos domina. Si las personas logran escapar de la influencia malvada

del mundo al conocer al Señor y Salvador Jesucristo, y luego quedan atrapadas nuevamente en el pecado y son vencidas por él, son peor de lo que eran al principio. Mejor sería que nunca hubieran conocido el camino recto de la verdad, que haberlo conocido y luego apartarse de las sagradas instrucciones que se les dieron. Este proverbio aplica justamente a ellos: “El perro ha vuelto a su propio vómito, y el cerdo recién bañado ha vuelto a arrastrarse en el barro”.

Amigos míos, esta es mi segunda carta para ustedes. En ambas he tratado de despertarlos y recordarles que deben tener un pensamiento limpio y puro. No olviden las palabras que los profetas dijeron en el pasado, y lo que el Señor y Salvador ordenó por medio de los apóstoles. Y sobre todo, sepan que en los últimos días habrá personas burlonas, que se mofarán y seguirán sus propios deseos malvados. “¿Qué sucedió entonces con la venida que prometió?” preguntan. “Desde que murieron nuestros ancestros, todo ha seguido igual, desde la creación del mundo”. Pero ignoran deliberadamente el hecho de que por orden de Dios fueron creados los cielos hace mucho tiempo atrás. La tierra llegó a existir a partir del agua, y estaba toda rodeada de ella. Por el agua, el mundo que existía en ese entonces fue destruido, inundado por ella. Pero por medio de esa misma orden divina, los cielos y la tierra que existen ahora están reservados para la destrucción con fuego en el día del juicio, cuando sean destruidos los malvados.

Sin embargo, amigos míos, no olviden esto: Que para el Señor un día es como mil años, y mil años es como un día. El Señor no demora el cumplimiento de su promesa, como algunos definen la demora, sino que está siendo muy paciente con ustedes. Pues no quiere que ninguno se pierda, sino que todos se arrepientan.

Sin embargo, el día del Señor vendrá, y será inesperadamente, como la venida de un ladrón. Los cielos explotarán con un rugido atronador, y los elementos se destruirán al ser consumidos. La tierra y todo lo que hay en ella se desvanecerá. Y como todo quedará destruido de esta manera, ¿qué clase de gente debemos ser? Debemos vivir de manera pura, consagrados a Dios, esperando con ilusión y deseo la venida del día del Señor. Ese día los cielos arderán en llamas, y los elementos se fundirán. Pero en lo que a nosotros concierne, buscamos nuevos cielos y nueva tierra que Dios ha prometido, y donde hay justicia.

Así que, amigos míos, puesto que ustedes esperan estas cosas, asegúrense de estar puros e irreprochables, y en paz con Dios. Recuerden que esta es la paciencia de nuestro Señor, que nos da oportunidad para la salvación. Eso es lo que nuestro querido hermano Pablo les estaba explicando en todas sus cartas, con la sabiduría que Dios le dio. Él habló sobre estas cosas, aunque algunas de las que escribió son difíciles de entender. Algunas personas ignorantes y desequilibradas han tergiversado lo que él escribió según su conveniencia, como lo hacen con otros escritos. Mis amigos, puesto que ya saben esto, asegúrense de que estos errores de los malvados no los descarríen, y no tropiecen de su firme posición. Deseo que crezcan en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. ¡A él sea la gloria, ahora y por siempre! Amén.

1 Juan

Primera carta de Juan

Esta carta trata sobre la Palabra de vida que existía desde el principio, que hemos escuchado, que hemos visto con nuestros propios ojos y le hemos contemplado, y que hemos tocado con nuestras manos. Esta Vida nos fue revelada. La vimos y damos testimonio de ella. Estamos hablándoles de Aquél que es la Vida Eterna, que estaba con el Padre, y que nos fue revelado. Los que hemos visto y oído eso mismo les contamos, para que también puedan participar de esta amistad junto a nosotros. Esta amistad con el Padre y su Hijo Jesucristo. Escribimos para decirles esto, a fin de que nuestra felicidad sea completa.

Este es el mensaje que recibimos de él y que nosotros les declaramos a ustedes: Dios es luz, y no hay ningún vestigio de oscuridad en él. Si decimos ser sus amigos, y seguimos viviendo en oscuridad, estamos mintiendo, y no vivimos en la verdad. Pero si vivimos en la luz, así como él está en la luz, entonces somos amigos unos con otros, y la sangre de Jesús, su Hijo, nos limpia de todo pecado.

Si decimos que no pecamos, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Pero si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de todo lo malo que hay dentro de nosotros. Si decimos que no hemos pecado, estamos llamando a Dios mentiroso, y su palabra no está en nosotros.

Queridos hijos míos, les escribo esto para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos a alguien que nos defiende ante el Padre, a Jesucristo, que es verdaderamente justo. Por él son perdonados nuestros pecados, y no solo los nuestros, sino los de todo el mundo. Podemos estar seguros de que lo conocemos si seguimos sus mandamientos. Todo el que dice: "Yo conozco a Dios", pero no hace su voluntad, es mentiroso, y no tiene la verdad. Pero los que siguen la palabra de Dios permiten que su amor llene sus corazones por completo. Así es como sabemos que vivimos en él. Todo el que dice vivir en él, debe vivir como Jesús vivió.

Amigos, no les escribo para darles un nuevo mandamiento, sino un mandamiento antiguo que ya teníamos desde el principio. Este mandamiento antiguo ya lo han escuchado. Pero en cierto sentido les estoy dando un nuevo mandamiento. Su verdad se revela en Jesús y en ustedes, pues viene el fin de la oscuridad y la luz verdadera ya está brillando. Los que dicen que viven en la luz pero aborrecen a un hermano cristiano todavía tienen tinieblas dentro de sí. Los que aman a sus hermanos cristianos viven en la luz, y no hacen pecar a otros. Los que aborrecen a un hermano cristiano están en oscuridad. Tropiezan en la oscuridad, sin saber hacia dónde van porque la oscuridad los ha cegado.

Queridos amigos, les escribo a ustedes, hijos, porque sus pecados han sido perdonados por el nombre de Jesús. Les escribo a ustedes, padres, porque ustedes lo conocen a él, que ha existido desde el principio. Les escribo a ustedes, jóvenes, porque han vencido el mal. Les escribo a ustedes, pequeñitos, porque ustedes conocen al Padre. Les escribo a ustedes, Padres, porque conocen al que ha existido desde el principio. Les escribo a ustedes, jóvenes, porque son fuertes. Porque la palabra de Dios vive en ustedes, y han vencido al maligno.

No amen al mundo, ni anhelen las cosas que hay en él. Si aman al mundo, no tendrán el amor del Padre en ustedes. Porque todas las cosas de este mundo, nuestros deseos pecaminosos, nuestro deseo por todo lo que vemos, nuestra jactancia por lo que hemos logrado en la vida, ninguna de esas cosas viene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus malos deseos acabarán, pero los que hacen la voluntad de Dios vivirán para siempre.

Queridos amigos, esta es la última hora. Como han escuchado, el anticristo viene. Y ya han venido muchos anticristos. Así es como sabemos que esta es la última hora. Ellos se fueron, pero no eran parte de nosotros, porque si así hubiera sido, habrían permanecido aquí. Pero cuando se fueron demostraron que ninguno de ellos hacía parte de nosotros.

Pero ustedes han sido ungidos con la bendición del Espíritu Santo, y todos ustedes saben lo que es verdad. No les escribo porque no conozcan la verdad, sino precisamente porque la conocen, y porque no hay engaño en ella. ¿Quién es el mentiroso? Todo aquél que niega que Jesús es el Cristo. El anticristo es todo aquél que niega al Padre y al Hijo. Todo aquél que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre; y todo el que reconoce al Hijo, tiene al Padre también. En cuanto a ustedes, asegúrense de que lo que oyeron desde el principio siga vivo en ustedes. Si lo que oyeron desde el principio vive en ustedes, también vivirán en el Hijo y en el Padre. La vida eterna. ¡Eso es lo que nos ha prometido!

Escribo esto para advertirles contra las cosas que quieren descarriarlos. Pero el ungimiento que recibieron de él por medio del Espíritu vive en ustedes, y no necesitan que nadie los enseñe. El ungimiento del Espíritu les enseña todas las cosas. Esa es la verdad. No es una mentira. Así que vivan en Cristo, como se les ha enseñado.

Ahora, mis queridos amigos, sigan viviendo en Cristo, para que cuando aparezca, podamos estar seguros y no tengamos vergüenza delante él en su venida. Si ustedes saben que él es bueno y justo, entonces también deben saber que todo el que hace lo justo ha nacido de Dios.

¡Miren el amor que tiene el Padre para con nosotros! Por eso podemos ser llamados hijos de Dios, ¡porque eso es lo que somos! La razón por la que el mundo no nos reconoce como hijos de Dios es porque no lo reconocen a él. Amigos míos, ya somos hijos de Dios, pero lo que llegaremos a ser no se ha revelado todavía. Pero sabemos que cuando él aparezca seremos como él, porque lo veremos como él es realmente. Todos los que tienen esta esperanza en él, asegúrense de ser puros, como él lo es. Todos los que pecan son violadores de la ley de Dios. Pero desde luego ustedes saben que Jesús vino para eliminar los pecados, y en él no hay pecado. Todos los que viven en él, ya no pecan más; todos los que siguen pecando es porque no lo han visto y no lo han conocido.

Queridos amigos, no dejen que nadie los engañe: los que hacen justicia son justos, así como Jesús es justo. Los que pecan son del diablo, porque el diablo ha estado pecando desde el principio. Por eso vino el Hijo de Dios, para destruir lo que el diablo ha hecho. Y todos los que son nacidos de Dios ya no pecan más, porque la naturaleza de Dios habita en ellos. Y no pueden seguir pecando porque han nacido de Dios. Así es como podemos distinguir a los hijos de Dios y los hijos del diablo: todos aquellos que no obran con justicia, no pertenecen a Dios, ni aquellos que no aman a sus hermanos cristianos.

El mensaje que han escuchado desde el principio es este: debemos amarnos unos a otros. No podemos ser como Caín, que pertenecía al maligno, y mató a su hermano. ¿Por qué lo mató? Porque Caín era malo, pero su hermano era justo. Así que no se sorprendan si este mundo los aborrece.

La razón por la que sabemos que hemos ido de la muerte a la vida es porque amamos a nuestros hermanos y hermanas en la fe. Porque el que no ama sigue muerto. Los que odian a sus hermanos cristianos son asesinos, y ustedes saben que los asesinos no tendrán vida eterna con ellos. Así es como sabemos qué es el amor: Jesús entregó su vida por nosotros, y nosotros debemos entregar nuestras vidas por nuestros hermanos en la fe. Si alguno de ustedes vive cómodamente en este mundo, y ve a su hermano o hermana en Cristo padeciendo necesidad, pero no tiene compasión, ¿cómo podemos decir que el amor vive en ustedes? Queridos amigos, no digamos que amamos solo con palabras, sino mostremos nuestro amor en lo que hacemos y en la manera como demostramos la verdad. Así es como sabremos que pertenecemos a la verdad, y pondremos nuestras mentes en paz con Dios cuando pensemos que estamos en error. Dios es más grande de lo que creemos, y lo sabe todo. Así que, queridos amigos, si tenemos la tranquilidad de que no estamos en el error, podemos tener confianza ante Dios. Pues recibiremos de él cualquier cosa que le pidamos, porque seguimos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Y esto es lo que él manda: que debemos confiar en el nombre de su Hijo Jesucristo, y amarnos unos a otros, así como él nos mandó. Los que guardan sus mandamientos siguen viviendo en él, y él vive en ellos. Y sabemos que él vive en nosotros por el Espíritu que nos ha dado.

Queridos amigos, no confien en todos los espíritus, sino pruébenlos para saber si son o no de Dios, porque hay muchos falsos profetas en este mundo. ¿Cómo pueden reconocer el Espíritu de Dios? Pues todo espíritu que acepta que Jesús vino en carne humana, es de Dios; pero todo espíritu que no acepta a Jesús, ese espíritu no es de Dios. De hecho, es el espíritu del anticristo, del cual oyeron que vendrá, y que ya está en el mundo.

Pero ustedes pertenecen a Dios, mis amigos, y los han vencido, porque el que está en ustedes es más grande que el que está en el mundo. Ellos pertenecen al mundo, y hablan como personas del mundo, y el mundo los oye. Sin embargo, nosotros pertenecemos a Dios y todo el que conoce a Dios, nos escucha; pero los que no pertenecen a Dios, no nos escuchan. Así es como podemos distinguir el espíritu de verdad del espíritu de engaño.

Queridos amigos, sigamos amándonos unos a otros, porque el amor viene de Dios. Todos los que aman son nacidos de Dios y conocen a Dios. Los que no aman, no conocen a Dios, porque Dios es amor. ¿Cómo nos fue demostrado el amor de Dios? Dios envió a su único Hijo para que viviéramos por él. ¡Eso es amor! No es que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó y envió a su Hijo para ser la reconciliación por nuestros pecados.

Amigos, si esta es la manera como Dios nos ama, debemos amarnos unos a otros de esta misma manera. Nadie ha visto a Dios. Sin embargo, si nos amamos unos a otros, entonces Dios vive en nosotros, y su amor se cumple en nosotros. ¿Cómo podemos saber que él vive en nosotros? En que nos ha dado el poder de amar por su Espíritu.

Porque somos testigos de lo que hemos visto y testificamos que el Padre envió al Hijo como Salvador del mundo. Dios vive en todos los que declaran que Jesús es el Hijo de Dios, y ellos viven en Dios. Hemos experimentado y creído en el amor que Dios tiene por nosotros. Dios es amor, y los que viven en amor, viven en Dios, y Dios en ellos. Es así como el amor se completa en nosotros, para que podamos estar seguros en el día del juicio: por el hecho de que vivimos como él en este mundo. Donde hay amor no puede haber temor. Y Dios nos ama por completo, y este amor echa fuera todos nuestros miedos. Si tememos, es porque tememos ser castigados, y eso muestra que no hemos sido plenamente transformados por la plenitud del amor de Dios. Nosotros amamos porque él nos amó primero. Los que dicen: “Yo amo a Dios”, pero odian a su hermano o hermana en la fe, son mentirosos. Los que no aman a un hermano al que pueden ver, no pueden amar a Dios, a quien no ven. Este es el mandamiento que nos dio: los que aman a Dios, amen también a sus hermanos.

Todo el que cree que Jesús es el Cristo nacido de Dios, y el que ama al Padre también ama a su hijo. ¿Cómo sabemos que amamos a los hijos de Dios? Cuando amamos a Dios y seguimos sus mandamientos. Amar a Dios quiere decir que seguimos sus mandamientos, y sus mandamientos no son una carga pesada. Todo el que nace de Dios vence al mundo. La manera como obtenemos la victoria y vencemos al mundo es por la fe en Dios. ¿Quién puede vencer al mundo? Solo los que creen en Jesús, creyendo que él es el Hijo de Dios. Él es el que vino por agua y sangre, Jesucristo. No solo vino por agua, sino por agua y sangre. El Espíritu prueba y confirma esto, porque el Espíritu es la verdad. Asó que hay tres que dan evidencia de ello: el Espíritu, el agua, y la sangre, y los tres están de acuerdo como si fueran uno.

Si aceptamos la evidencia que dan los testigos humanos, entonces la evidencia que da Dios es más importante. La evidencia que Dios da es su testimonio sobre su Hijo. Los que creen en el Hijo de Dios han aceptado y se han aferrado a esta evidencia. Los que no creen en Dios, llaman a Dios mentirosos, porque no creen la evidencia que Dios da sobre su Hijo. Y la evidencia es esta: Dios nos ha dado vida eterna por medio de su Hijo. Todo el que tiene al Hijo tiene vida; y quien no tiene al Hijo no tiene vida. Escribo para decirles a los que entre ustedes creen en el nombre del Hijo de

Dios, para que puedan estar seguros que tienen la vida eterna. Podemos estar seguros de que él nos escuchará siempre y cuando pidamos conforme a su voluntad. Si sabemos que él oye nuestras peticiones, podemos estar seguros de que recibiremos lo que le pedimos. Si ves a tu hermano en la fe cometiendo un pecado que no es mortal, debes orar y Dios le otorgará vida al que ha pecado. (Pero no por un pecado mortal. Porque hay un pecado que es mortal, y no quiero decir que la gente deba orar por eso. Sí, todo lo que no es recto es pecado, pero hay un pecado que no es mortal).

Reconocemos que los que nacen de Dios no siguen pecando más. El Hijo de Dios los protege y el diablo no puede hacerles daño. Pues sabemos que pertenecemos a Dios, y que el mundo está bajo control del maligno. También sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha ayudado a entender, para que podamos reconocer al que es verdadero. Vivimos en él, que es verdadero, en su Hijo Jesucristo. Él es el verdadero Dios, y es vida eterna. Amigos queridos, aléjense del culto a los ídolos.

2 Juan

Segunda carta de Juan

Esta carta viene de parte del anciano a la dama escogida y a sus hijos, a quienes amo en la verdad. No solo de mi parte, sino de parte de todos los que conocen la verdad, porque la verdad vive en nosotros y estará con nosotros para siempre. Que la gracia, la misericordia y la paz sigan con nosotros, de parte de Dios el Padre y de Jesucristo, el Hijo del Padre, en verdad y en amor.

Me alegré al saber que algunos de tus hijos están siguiendo la verdad, como el Padre nos mandó. Ahora te digo, apreciada hermana, no como una instrucción, sino siguiendo lo que entendimos desde el principio, que debemos amarnos unos a otros. Y esto es el amor: que sigamos los mandamientos de Dios. Y el mandamiento, como oíste desde el principio, es que debemos vivir en amor.

Te digo estas cosas porque han salido muchos engañadores al mundo. Personas que no aceptan que Jesucristo ha venido como ser humano. Y cualquiera que sea así es un engañador y anticristo. Ten cuidado de no perder aquello por lo que hemos trabajado tanto, y que recibas lo que te corresponde.

Todos aquellos que se vuelven extremistas y no siguen la enseñanza de Cristo, ni tienen a Dios. Los que siguen la enseñanza de Cristo tienen tanto al Padre como al Hijo en ellos. Si la gente se acerca a ti y no dan evidencias de la enseñanza de Cristo, no los recibas no los aceptes, porque si los animas, participas de sus malas obras.

Tengo tantas cosas que decirte pero que no las escribiré más con tinta, porque espero visitarte y hablar contigo cara a cara. ¡Eso nos haría muy felices! Saludos de los hijos de tu hermana escogida.

3 Juan

Tercera carta de Juan

Esta carta viene de parte del anciano a Gayo, mi querido amigo, a quien amo en la verdad. Amigo mío, por encima de todas las cosas oro para que estés bien y tengas buena salud, pues sé que espiritualmente estás bien.

Me alegré cuando vinieron algunos hermanos creyentes y me hablaron sobre tu compromiso con la verdad, y sobre cómo sigues viviendo conforme a ella. Nada me alegra más que escuchar que mis amados hermanos siguen la verdad. Querido amigo, tu fidelidad se demuestra en lo que haces al cuidar de los hermanos, incluso los que no conoces. Ellos han dado buen testimonio de tu amor ante la iglesia. Por favor, al enviarlos de camino, trátalos de un modo que agrade a Dios, pues viajan en su nombre, y no aceptan nada de los que no son creyentes. Debemos apoyarlos para juntos ser partícipes de la verdad.

Le escribí sobre esto a la iglesia, pero Diótrefes, a quien le gusta hacerse cargo de las cosas, se niega a aceptar nuestra autoridad. Así que si logro ir a visitarlos, dejaré claro lo que él ha estado haciendo. Pues ha estado acusándonos falsamente. Y no satisfecho con eso, se niega a recibir a algún otro hermano. Tampoco permitirá que otros los reciban, y expulsa de la iglesia a quienes lo hacen.

Amigo mío, no imites el mal, sino el bien. Los que hacen el bien le pertenecen a Dios; los que hacen el mal no lo conocen.

Todos hablan bien de Demetrio, ¡y la verdad también habla bien de él! Nosotros también hablamos bien de él, y ustedes saben que decimos la verdad. Tengo mucho que decirte, pero no quiero hacerlo escribiendo con tinta. Espero verte pronto para que hablemos cara a cara. ¡Que la paz esté contigo! Los amigos que están aquí te envían sus saludos. Te ruego que saludes personalmente, y por nombre, a nuestros amigos de allá.

Judas

Carta de Judas

Esta carta viene de parte de Judas, siervo de Jesucristo, y hermano de Santiago. Escribo a los que son llamados y amados por Dios, el Padre, y que son guardados a salvo por Jesucristo: ¡Que la misericordia, la paz y el amor de Dios aumente en su experiencia!

Amigos, desde antes ya anhelaba la oportunidad de escribirles acerca de la salvación de la cual somos partícipes. Pero ahora necesito escribirles urgentemente y animarlos a defender enérgicamente la verdad acerca de Dios, que fue dada una vez y para siempre al pueblo santo de Dios. Pues algunos se han infiltrado entre ustedes. Ya antes se escribió acerca de ellos y fueron condenados, porque son personas malvadas que pervierten la gracia de Dios, convirtiéndola en una licencia para la inmoralidad, mientras que también niegan a nuestro Señor y maestro Jesucristo.

Aunque esto ya lo saben, quiero recordarles que aunque el Señor salvó a su pueblo de la tierra de Egipto, después destruyó a los que eran incrédulos. Incluso a los ángeles que estaban inconformes con las posiciones que Dios les había dado y que abandonaron sus debidos sitios, él los ha puesto eternamente en cadenas de oscuridad hasta el gran Día del Juicio. Del mismo modo, Sodoma y Gomorra, y las naciones cercanas que practicaban la inmoralidad y perversión sexual, son presentadas como ejemplo de aquellos que experimentan el castigo del fuego eterno.

Del mismo modo, estos soñadores contaminan sus cuerpos, desprecian la autoridad, e insultan a los seres celestiales. Incluso el arcángel Miguel, cuando discutía con el diablo sobre el cuerpo de Moisés, no se animó a condenarlo con insultos difamatorios, sino que dijo: "Que el Señor te reprenda". Pero estas personas ridiculizan lo que no comprenden; y lo que entienden, eso siguen, por instinto, como animales que no tienen razón. Esto es lo que los destruye. ¡Cuán grande problema tienen! Pues han seguido el camino de Caín. Así como Balaam y su engaño, ellos se han dejado llevar por el afán de lucro. Como la rebelión de Coré, se han destruido a sí mismos. Estas personas participan con ustedes de las comidas de compañerismo y las echan a perder, porque son pastores egoístas que no tienen el mínimo sentido de vergüenza, pues solo se preocupan de ellos mismos. Son como nubes llevadas por el viento y que no producen lluvia. Son árboles sin hojas ni frutos, muertos doce veces y extraídos desde las raíces. Son olas violentas del océano, que arrojan la espuma de su propia desgracia. Son estrellas falsas, condenadas para siempre a la más negra oscuridad.

Enoc, quien vivió siete generaciones después de Adán, profetizó sobre estas personas: "¡Miren! El Señor viene con miles y miles de sus santos para juzgar a todos, para revelar las cosas malas que han hecho, y todas las cosas terribles que los pecadores hostiles han dicho contra él". Tales personas son gruñonas, que siempre están quejándose. Siguen sus propios deseos malos, y hablan con jactancia de sí mismos, y halagan a otros para lograr sus propios fines.

Pero ustedes, mis queridos amigos, recuerden, por favor, lo que les dijeron los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. Porque ellos les explicaron que en los últimos tiempos vendrían mofadores, que seguirían sus propios deseos malvados. Ellos causan divisiones, son personas mundanas que no tienen el Espíritu.

Pero ustedes, amigos míos, deben edificarse a sí mismos por la fe en Dios. Oren en el Espíritu Santo, manténganse a salvo en el amor de Dios, y esperen la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, que otorga vida eterna. Muestren bondad con los que dudan. Salven a todos los que puedan, arrebatándolos del fuego. Muestren misericordia, pero con mucho cuidado, aborreciendo incluso las "vestiduras" contaminadas por la naturaleza pecaminosa de los humanos.

Ahora, a Aquél que puede guardarlos sin caer,

y que puede llevarlos a su gloriosa presencia sin falta, y con gran gozo,

al único Dios, nuestro Salvador, por medio de Jesucristo nuestro Señor, sea la gloria, la majestad, el poder y la autoridad, desde siempre, ahora, y para siempre.

Amén.

Apocalipsis

Apocalipsis de Juan

Esta es la revelación de Jesucristo, la cual Dios entregó para mostrar a sus siervos lo que sucederá pronto. Él envió a su ángel para revelarla a su siervo Juan, quien confirmó todo lo que vio respecto a la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo.

Bendito es todo aquél que lee esto, así como los que escuchan estas palabras proféticas y prestan atención a lo que está escrito, porque el tiempo está cerca.

Esta carta viene de parte de Juan y es enviada a las siete iglesias en la provincia de Asia. Tengan gracia y paz de Aquél que era, es, y vendrá, y de los siete Espíritus que están delante de su trono, y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el gobernante de los reyes de la tierra. A Jesús, quien nos ama y nos libertó de nuestros pecados por medio de su sangre, quien nos hizo entrar a su reino, y nos hizo sacerdotes ante su Dios y Padre. A Jesús sea la gloria y la autoridad por siempre y para siempre. Amén.

Miren que viene rodeado de nubes, y todos lo verán, incluso quienes lo mataron. Todos los pueblos de la tierra se lamentarán por él. ¡Que así sea! Amén.

"Yo soy el Principio y el Fin", dice el Señor Dios Todopoderoso, que era, que es, y que vendrá.

Yo soy Juan, hermano de ustedes, partícipe en el sufrimiento y en el reino, y en la paciente espera que experimentamos en Jesús. Fui detenido en la isla de Patmos por compartir la palabra de Dios y la verdad tal como fue revelada por Jesús. Fui lleno del Espíritu en el día del Señor, y escuché una voz fuerte detrás de mí, que sonaba como una trompeta. Y me dijo: "Escribe en un libro lo que ves y envíalo a las siete iglesias: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia, y Laodicea".

Me di vuelta para ver quién me hablaba. Y cuando di la vuelta vi siete candelabros de oro, y en medio de los candelabros estaba en pie alguien que parecía como un Hijo de hombre. Usaba una túnica que llegaba hasta sus pies, con un cinto dorado que cruzaba su pecho. Su cabello lucía como lana blanca, y sus ojos como fuego ardiente. Sus pies lucían como metal que ha sido refinado en una caldera. Y su voz como el estruendo de las aguas de una cascada.

Sostenía siete estrellas en su mano derecha y de su boca salía una espada de doble filo. Su rostro brillaba como el sol en su esplendor. Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Pero él me tocó con su mano derecha y dijo: "No tengas miedo, yo soy el primero y el último. Soy el que vive. Estuve muerto, pero mírame, ahora estoy vivo por siempre y para siempre, y tengo las llaves de la muerte y del sepulcro.

"Así que escribe lo que has visto, lo que está sucediendo en el presente y lo que sucederá en el futuro. Este es el significado de las siete estrellas que viste en mi mano derecha, y los siete candelabros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candelabros son las siete iglesias.

"Escribe esto al ángel de la iglesia de Éfeso: Esto es lo que dice el que sostiene las siete estrellas en su mano derecha, el que camina en medio de los siete candelabros de oro: Conozco tus logros, tu trabajo arduo y tu perseverancia. Sé que no puedes tolerar a las personas malas, y cómo investigaste a los que decían ser apóstoles y no lo eran, y descubriste su fraude. Conozco tu paciencia, y lo que soportaste por mi causa, y sé que nunca te rendiste.

"Pero tengo algo contra ti: has descuidado tu primer amor. Así que recuerda de dónde has caído, arrepiéntete y vuelve a lo que hacías al principio. De lo contrario vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar, a menos que te arrepientas. Sin embargo, tienes esto a tu favor: aborreces los actos de los Nicolaítas, tal como yo también lo hago. Si tienen oídos, oigan lo que el Espíritu le dice a las iglesias. A los que sean victoriosos yo les daré el privilegio de comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de Dios.

"Escribe esto al ángel de la iglesia de Esmirna: Esto es lo que dice el primero y el último, el que estaba muerto y volvió a la vida: Conozco las dificultades que afrontas, y cuán pobre eres (pero eres rico), y también conozco el abuso de los que dicen ser judíos y no lo son, sino que pertenecen a la sinagoga de Satanás. No tengas miedo respecto a las cosas que vas a sufrir. Sí, el diablo llevará a muchos de ustedes a la cárcel, y sufrirán persecución durante diez días. Solo mantente fiel, incluso si esto implica la muerte, y yo te daré la corona de la vida. Si tienes oídos, oye lo que el Espíritu dice a las iglesias. La segunda muerte no hará daño a los victoriosos.

"Escribe esto al ángel de la iglesia de Pérgamo: Esto dice el que sostiene la espada de doble filo: Yo sé que vives donde Satanás tiene su trono, y que has permanecido fiel a mí. No has negado tu fe en mí, incluso cuando mi fiel testigo Antipas fue asesinado justo en medio de ustedes, justo allí, donde vive Satanás.

"Pero tengo unas cuantas cosas contra ti: Hay algunos entre ustedes que guardan las enseñanzas de Balaam, quien enseñó a Balac a engañar a los hijos de Israel por medio de alimentos sacrificados a ídolos y por medio de pecados sexuales. Del mismo modo, tienes a algunos que guardan las enseñanzas de los Nicolaítas. Así que arrepiéntete, o vendré pronto a ti y pelearé contra ellos usando la espada de mi boca. Si tienes oídos, escucha lo que el Espíritu dice a las iglesias. A los que sean victoriosos les daré del maná escondido. Les daré una piedra blanca con un nombre nuevo escrito en ella, el cual nadie conoce sino solo quienes la reciben.

"Escribe esto al ángel de la iglesia de Tiatira: Esto es lo que dice el Hijo de Dios, el que tiene ojos como fuego ardiente y pies como metal refinado. Yo conozco tus logros, tu amor y fidelidad, tu servicio y perseverancia, y que ahora estás trabajando más que cuando comenzaste a creer.

"Pero tengo algo contra ti: estás dejando que la mujer llamada Jezabel, que se llama a sí misma profetisa, enseñe a mis seguidores, conduciéndolos a la perdición de pecados sexuales, y a comer alimentos sacrificados a ídolos. Yo le di tiempo de arrepentirse de sus pecados sexuales, pero ella no está dispuesta a hacerlo. Por lo tanto yo la arrojo en una cama junto a sus compañeros

de adulterio, y sufrirán en gran manera a menos que se arrepientan de lo que han hecho con ella. Yo enviaré a muerte a sus hijos. Entonces todas las iglesias sabrán que yo soy el que examina los pensamientos y las motivaciones. Yo recompensaré a cada uno conforme a sus obras.

"Para el resto de ustedes que están allá en Tiatira y que no siguen esta enseñanza, que no han aprendido la 'profunda depravación' de Satanás, como les llaman, yo no les colocaré ninguna otra carga. Sino que les digo: 'Mantengan lo que tienen hasta que yo venga'. A los que sean victoriosos y obedezcan lo que yo ordeno hasta el fin, les daré autoridad sobre las naciones. Él gobernará las naciones con una vara, quebrantándolas en pedazos como vasijas de barro. Del mismo modo que yo recibí autoridad de mi Padre, yo les daré la estrella de la mañana. Si tienen oídos, escuchen lo que el Espíritu dice a las iglesias".

"Escribe esto al ángel de la iglesia de Sardis: Esto es lo que dice el que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas: Yo sé lo que has logrado, y que tienes la apariencia de estar vivo, pero en realidad estás muerto. Despierta, y trata de revivir lo que queda y está a punto de morir. Pues yo he descubierto que desde la perspectiva de mi Dios, no has terminado lo que empezaste.

"Así que acuérdense de cómo recibieron este mensaje, y lo que escucharon. Observen lo que se les enseñó, y arrepiéntanse. Si no están alerta, vendré inesperadamente, como un ladrón, y no sabrán a qué hora vendré.

"Pero hay algunos entre ustedes que han dañado sus ropas, y caminarán conmigo vestidos de blanco, pues así lo merecen. Los que sean victoriosos serán vestidos de blanco. Y sus nombres no serán borrados del libro de la vida, y hablaré en favor de ellos en presencia de mi Padre y de sus ángeles. Si tienen oídos, escuchen lo que el Espíritu dice a las iglesias.

"Escribe esto al ángel de la iglesia de Filadelfia: Esto es lo que dice el Santo y Verdadero, el que tiene la llave de David. Él puede abrir y nadie puede cerrar; él puede cerrar y nadie puede abrir: Yo conozco tus logros. Mira, he abierto para ti una puerta que nadie puede cerrar. Sé que tienes apenas poca fuerza, pero hiciste lo que yo te pedí, y no me negaste. Desde la sinagoga de Satanás traeré a los que dicen ser judíos, (pero no lo son, son mentirosos), haciéndolos venir a adorar a tus pies, para que reconozcan que yo te amo. Y como has perseverado como te lo dije, cuidaré de ti durante el juicio que viene sobre el mundo, cuando todos los habitantes de la tierra serán juzgados.

"¡Vengo pronto! Retén lo que tienes para que nadie quite tu corona. A los victoriosos los convertiré en pilares para el Templo de mi Dios. No tendrán que irse nunca. Escribiré sobre ellos el nombre de mi Dios, el nombre de la ciudad de mi Dios, llamada Nueva Jerusalén, que desciende del cielo, de mi Dios, y mi propio nombre nuevo. Si tienen oídos, escuchen lo que el Espíritu dice a las iglesias.

"Escribe esto al ángel de la iglesia de Laodicea: Esto es lo que dice el Amén, el testigo fiel, el máximo gobernante de la creación de Dios: Yo conozco tus logros, que no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero como eres tibio, y no eres frío ni caliente, te escupiré de mi boca. Tú te dices a ti mismo: 'Soy rico, tengo riquezas, y no necesito nada'. Pero no sabes que eres un miserable, pobre, ciego y desnudo. Yo te aconsejo, pues, que de mí compres oro refinado por fuego para que seas rico; y consigas ropas blancas para que te vistas bien y no muestres tu vergüenza y desnudez; y ungüento para tus ojos, para que puedas ver.

"Yo corrijo y disciplino a los que amo. Así que sé sincero y arrepiéntete. Mira, yo estoy tocando a la puerta. Si alguno oye mi llamado y abre la puerta, entraré y comeré con él, y él conmigo. A los que sean victoriosos los haré sentarse conmigo junto a mi trono, así como yo fui victorioso y me senté junto a mi Padre, que está en su trono. Si tienes oídos, escucha lo que el Espíritu dice a las iglesias".

Después de esto vi una puerta que se había abierto en el cielo. Y la voz que yo había escuchado antes, la que sonaba como una trompeta, me dijo: "Sube aquí, y te mostraré lo que ocurrirá después".

E inmediatamente fui lleno del Espíritu y vi un trono en el cielo, y había alguien sentado sobre él. El que estaba sentado allí brillaba como joyas, como jaspe y cornalina, y había un arcoíris que rodeaba el trono, brillante como una esmeralda. Alrededor del trono había otros veinticuatro tronos, y veinticuatro ancianos sentados sobre ellos, vestidos de blanco y usando coronas de oro en sus cabezas. Desde el trono salían relámpagos y se escuchaban truenos. Frente al trono iluminaban siete antorchas, que son los siete Espíritus de Dios. Y frente al trono se extendía un mar de vidrio, transparente como el cristal. En el centro, y alrededor del trono había cuatro criaturas vivientes cubiertas de ojos, por delante y por detrás. La primera criatura parecía un león, la segunda parecía un novillo, la tercera tenía rostro humano, y la cuarta parecía como un águila que volaba. Cada una de las cuatro criaturas vivientes tenía seis alas, que también estaban cubiertas de ojos. Día y noche decían sin parar: "Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso, que era, es y vendrá".

Y cada vez que las criaturas vivientes glorifican, honran y agradecen al que está sentado en el trono, y que vive por siempre y para siempre, los veinticuatro ancianos se inclinan ante el que está sentado en el trono. Ellos lo adorarán por siempre y para siempre, y tirarán sus coronas delante del trono. Y dicen: "Nuestro Señor y Dios, tú eres digno de gloria, honra y autoridad, pues tú lo creaste todo. Por tu voluntad la creación llegó a existir".

Vi al que estaba sentado en el trono, sosteniendo un rollo en su mano derecha. El rollo estaba escrito por ambos lados y tenía puestos siete sellos. Entonces vi a un ángel poderoso, gritando a gran voz: "¿Quién es digno de abrir el rollo y romper sus sellos?" Y nadie en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra era capaz de abrir el rollo y leerlo. Lloré mucho porque no podían hallar a nadie que fuera digno de abrir el libro y leerlo. Entonces uno de los ancianos me habló y me dijo: "No llores. El León de la tribu de Judá, el Descendiente de David, ha ganado la batalla y puede abrir el rollo y sus siete sellos".

Entonces vi a un Cordero que parecía como si lo hubieran sacrificado. Estaba en pie en el centro, junto al trono y las cuatro criaturas vivientes, en medio de

los ancianos. Tenía siete cuernos y siete ojos que son los siete Espíritus de Dios que son enviados a toda la tierra. Él fue y tomó el rollo de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Cuando tomó el rollo, las cuatro criaturas vivientes y los veinticuatro ancianos cayeron postrados delante del Cordero. Y cada uno tenía un harpa y tazas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los creyentes. Ellos cantaban un cántico nuevo: "Tú eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos, pues tú fuiste inmolado y con tu sangre redimiste para Dios gentes de toda tribu, lengua, pueblo y nación. Los convertiste en un reino y en sacerdotes para nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra".

Y mientras veía, escuché las voces de millones de ángeles alrededor del trono, junto con las criaturas vivientes y los ancianos, diciendo juntos, a gran voz: "El Cordero que fue inmolado es digno de recibir autoridad, riqueza, sabiduría, fuerza, honra, gloria y bendición".

Entonces oí a cada criatura en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y en el mar—todas las criaturas, en todas partes—respondían: "Bendito Aquél que está sentado en el trono, y el Cordero, a ellos sea la honra, la gloria y la autoridad, por siempre y para siempre". Y las cuatro criaturas vivientes dijeron: "¡Amén!" y los ancianos se postraron y adoraron.

Y miré cuando el Cordero rompió el primero de los siete sellos. Escuché que una de las cuatro criaturas vivientes gritó con voz estruendosa: "¡Ven!" Entonces miré y vi un caballo blanco. El que lo cabalgaba sostenía un arco. A él se le dio una corona, y se fue cabalgando, conquistando y ganando victoria.

Cuando abrió el segundo sello, escuché a la segunda criatura decir: "¡Ven!" Y salió otro caballo, que era rojo. Al que lo cabalgaba se le dio una espada grande, y el poder de quitar la paz de la tierra para que las personas se matasen unas a otras.

Y cuando abrió el tercer sello, escuché a la tercera criatura viviente decir: "¡Ven!" Entonces miré y vi un caballo negro. El que lo cabalgaba sostenía una balanza en su mano. Y escuché lo que parecía una voz de entre las cuatro criaturas vivientes, que decía: "Dos libras de trigo cuestan el salario de un día, y tres libras de cebada cuestan lo mismo. Pero no dañen el aceite ni el vino".

Cuando abrió el cuarto sello, escuché a la cuarta criatura viviente decir: "¡Ven!" Entonces miré y vi un caballo amarillo. El que lo cabalgaba se llamaba Muerte, y lo seguía el Hades. Ellos recibieron autoridad sobre una cuarta parte de la tierra para matar gente a filo de espada, con hambre, plagas y por medio de bestias salvajes.

Cuando abrió el quito sello, vi debajo del altar a los que habían sido llevadas a muerte por causa de su dedicación a la palabra de Dios y su fiel testimonio. Y clamaban, diciendo: "¿Hasta cuándo, Señor, que eres santo y verdadero, harás juicio y traerás justicia sobre aquellos en la tierra que derramaron nuestra sangre?" Y a cada uno de ellos se les dio una bata blanca, y se les dijo que esperaran un poco más hasta que el número estuviera completo, el de sus hermanos creyentes que habían muerto igual que ellos.

Cuando abrió el sexto sello, hubo un gran terremoto. El sol se puso negro como tela de silicio y toda la luna se volvió roja como la sangre. Las estrellas del cielo caían sobre la tierra como higos verdes que caen del árbol cuando es sacudido por el viento.

El cielo desapareció como cuando un pergamino se enrolla, y todas las montañas e islas fueron removidas de su sitio. Y los reyes de la tierra, los grandes líderes, los ricos, los poderosos, y todas las personas, esclavos o libres, se ocultaron en cuevas y entre las rocas de las montañas. Y gritaban a las montañas y a las rocas: "¡Caigan sobre nosotros! Escóndannos del rostro del que está sentado en el trono, y del juicio del Cordero. Porque el día terrible de su juicio ha venido, y ¿quién podrá resistirlo?"

Entonces vi cuatro ángeles que estaban en pie en las cuatro esquinas de la tierra sosteniendo los cuatro vientos, para evitar que alguno de ellos golpeara la tierra, el mar, o algún árbol. Y miré a otro ángel levantarse desde el Este, sosteniendo el sello del Dios vivo. Y gritó a gran voz a los cuatro ángeles a quienes se les había dado el poder de destruir la tierra y el mar: "¡No le hagan daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos puesto un sello en las frentes de los verdaderos seguidores de Dios!"

Y se me dijo el número de los que fueron sellados: ciento cuarenta y cuatro mil. Los que fueron sellados provenían de cada una de las tribus de los hijos de Israel: doce mil de la tribu de Judá, doce mil de la tribu de Rubén, doce mil de la tribu de Gad, doce mil de la tribu de Aser, doce mil de la tribu de Neftalí, doce mil de la tribu de Manasés, doce mil de la tribu de Simeón, doce mil de la tribu de Leví, doce mil de la tribu de Isacar, doce mil de la tribu de Zabulón, doce mil de la tribu de José, doce mil de la tribu de Benjamín.

Después de esto mire y vi una gran multitud que nadie podía contar, compuesta de toda nación, tribu, pueblo y lengua. Estaban en pie frente al trono y el Cordero, vestidos con túnicas blancas, con ramas de palmeras en sus manos. Y gritaron fuertemente: "La Salvación viene de nuestro Dios que está sentado en el trono, y del Cordero".

Y todos los ángeles que rodeaban el trono, y los ancianos, así como las cuatro criaturas vivientes, cayeron postrados con sus rostros a tierra ante el trono, adorando a Dios. "¡Amén!" decían. "La bendición, la gloria, la sabiduría, la gratitud, la honra, el poder y la fuerza sean para Dios por siempre y para siempre. Amén".

Entonces uno de los ancianos me habló, preguntándome: "¿Quiénes son los que están vestidos con túnicas blancas, y de dónde han venido?" Y yo respondí: "Mi Señor, tú sabes la respuesta". Entonces me dijo: "Estos son los que han pasado por gran persecución. Y han lavado sus túnicas, blanqueándolas por medio de la sangre del Cordero. Por eso ellos pueden estar en pie frente al trono de Dios, y le sirven día y noche en su Templo. Aquél que está sentado en el trono los protegerá con su presencia. Y nunca más volverán a tener hambre o sed; el sol no los quemará ni sufrirán de calor abrasador, porque el Cordero que está en medio del trono será su pastor, y los guiará a fuentes de agua viva, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos".

Cuando abrió el séptimo sello, hubo silencio en el cielo como por media hora. Y vi a los siete ángeles que están delante de Dios. A ellos se les dieron siete trompe-

tas. Entonces vino otro ángel y se puso en pie en el altar. Tenía un incensario de oro y se le dio una gran cantidad de incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que está frente al trono. Y de la mano del ángel, el humo del incienso subía junto a las oraciones de los santos ante Dios. Entonces el ángel tomó el incensario y lo llenó con fuego del altar, y lo lanzó sobre la tierra; y se oyó el sonido de un trueno, con rayos y relámpagos, y un gran terremoto. Entonces los siete ángeles que sostenían las siete trompetas se prepararon para hacerlas sonar.

Y el primer ángel hizo sonar su trompeta. Y llovía fuego y granizo mezclado con sangre sobre la tierra. Una tercera parte de la tierra se quemó, y una tercera parte de los árboles se quemó también.

Y el segundo ángel hizo sonar su trompeta. Y sucedió que algo semejante a una gran montaña de fuego ardiente fue lanzada al mar. Y una tercera parte del mar se convirtió en sangre, y una tercera parte de las criaturas que vivían en el mar murieron, y una tercera parte de las embarcaciones quedaron destruidas.

Entonces el tercer ángel hizo sonar su trompeta. Y una gran estrella cayó del cielo, brillando con mucho esplendor. Y cayó sobre una tercera parte de los ríos y fuentes de agua. Y el nombre de la estrella es Ajenjo, y una tercera parte del agua se volvió amarga, y muchas personas murieron al beber de esa agua porque se había vuelto venenosa.

El cuarto ángel hizo sonar su trompeta, y fueron heridas una tercera parte del sol, la luna y las estrellas, de modo que una tercera parte de ellos quedaron en oscuridad, y una tercera parte del día no tendría luz, igual que una tercera parte de la noche.

Entonces vi y escuché a un águila que volaba en medio del cielo y gritaba a gran voz: “Desastre, desastre, desastre viene sobre los habitantes de la tierra por lo que sucederá cuando los últimos tres ángeles hagan sonar sus trompetas”.

Entonces el quinto ángel hizo sonar su trompeta. Y vi una estrella caer del cielo hasta la tierra. A él se le dio la llave que abre el Abismo. Y abrió la puerta del Abismo, y salía humo de allí, como el humo de una caldera enorme. El sol y la atmósfera se oscurecieron por el humo que salía del Abismo. Salieron langostas del humo hasta la tierra, y se les dio poder como de escorpiones. Se les dijo que no hicieran daño al pasto, ni a la vegetación, ni a los árboles, solo a aquellos que no tenían el sello de Dios sobre sus frentes. Y no tenían permiso de matar, pero podían torturar a estas personas durante cinco meses. Y la tortura era como el aguijón de un escorpión.

Durante ese tiempo, la gente andará buscando la muerte, pero no la hallarán; querrán morir, pero la muerte huirá de ellos. Las langostas parecían caballos de guerra. Usaban algo que parecía como coronas de oro sobre sus cabezas, y sus rostros eran como de humanos. Tenían cabello largo como mujeres y dientes como de leones. Sus pectorales parecían haber sido hechos de hierro, y el ruido que hacían con sus alas era como el sonido de muchos caballos y carruajes que corrían hacia la batalla. Y tenían colas como de escorpiones, con aguijones. Tenían el poder de herir a la gente por cinco meses con sus colas. Y quien los lideraba como su rey era el ángel del Abismo que se llama Abadón en Hebreo y Apolión en griego. El primer Desastre ha terminado, pero aún faltan dos más.

Entonces el sexto ángel hizo sonar su trompeta. Y escuché una voz que venía desde los cuernos del altar de oro que está frente a Dios y hablaba con el sexto ángel que tenía la trompeta: “Libera a los cuatro ángeles que están atados junto al Río Éufrates”.

Los cuatro ángeles que habían sido reservados especialmente para esta hora, día, mes y año fueron liberados para matar a una tercera parte de la humanidad. Se me dijo el número de los soldados del ejército a caballo: era 200 millones.

Y en mi visión vi a los caballos y a sus jinetes, que usaban pectorales rojos como el fuego, también azul oscuro y amarillo. Las cabezas de los caballos parecían de leones, y de sus bocas salía fuego, humo y azufre.

Y por estas tres plagas murió una tercera parte de la humanidad, por el fuego, humo y azufre que salían de sus bocas. El poder de los caballos estaba en sus colas y en sus bocas, pues sus colas eran como cabezas de serpientes que usaban para herir a la gente.

Pero el resto de la humanidad que no murió por estas plagas no se arrepintió de lo que estaba haciendo. No dejaron de adorar demonios ni ídolos de oro, plata, bronce y piedra, que no pueden oír ni caminar. Tampoco se arrepintieron de sus asesinatos, su brujería, sus pecados sexuales, ni sus hurtos.

Entonces vi a otro ángel descendiendo del cielo, con una nube que lo envolvía y un arcoíris sobre su cabeza. Su rostro lucía como el sol, y sus pies como columnas de fuego. Y sostenía un pequeño rollo que ya había sido abierto. Colocó su pie derecho sobre el mar, y su pie izquierdo en la tierra. Y dio un grito, que se oía como el rugir de un león. Cuando gritó, contestaron los siete truenos. Cuando los siete truenos hablaron, estuve a punto de escribir lo que habían dicho, pero de repente escuché una voz del cielo que me dijo: “Mantén en secreto lo que dijeron los truenos. No lo escribas”. El ángel que vi en pie sobre el mar y la tierra elevó su mano derecha hacia el cielo. E hizo un voto sagrado en nombre de Aquél que vive por siempre y para siempre, de Aquél que creó los cielos y todo lo que hay en ellos, la tierra y todo lo que hay en ella, y el mar y todo lo que hay en él. “¡No más demora!” dijo. Pero al mismo tiempo, cuando habla el séptimo ángel, cuando hace sonar su trompeta, entonces estará culminado el misterio de Dios: la buena noticia que anunció mediante sus siervos los profetas.

Entonces oí nuevamente la voz del cielo que me decía: “Ve y toma el rollo que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre la tierra y el mar”. Entonces fui donde el ángel, y le pedí que me diera el rollo. Y me dijo: “Tómalo y cómelo. Será amargo en tu estómago, pero dulce como la miel en tu boca”. Así que tomé el pequeño rollo del ángel y me lo comí. Y en mi boca fue dulce como la miel, pero fue amargo en mi estómago. Y se me dijo: “Debes profetizar nuevamente sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reinos”.

Y se me dio una vara de medir y me dijeron: “Levántate y mide el Templo de Dios, y el altar, y cuenta a los que están adorando ahí. No midas el patio que está fuera del Templo, déjalo, porque ha sido entregado a

las naciones. Ellas pisotearán la ciudad santa durante cuarenta y dos meses.

"Le daré poder a mis dos testigos, y profetizarán durante 1.260 días, vestidos de silicio". Ellos son los dos árboles de olivo y los dos candelabros que están frente al Señor de la tierra. Si alguno intenta hacerles daño, saldrá fuego de sus bocas y quemarán a sus enemigos. Así morirá cualquiera que intente herirlos. Y estos dos testigos tienen el poder de cerrar el cielo para que no llueva durante el tiempo que ellos profeticen. Además tienen poder para convertir las aguas en sangre, y para herir la tierra con todo tipo de plagas, cuantas veces quieran. Cuando terminen su testimonio, la bestia que sale del abismo los atacará, los desafiará y los matará. Sus cuerpos muertos yacerán a las afueras de la gran ciudad, que se llama Sodoma y Egipto, en simbología espiritual, también es el sitio donde el Señor fue crucificado. Durante tres días y medio, los pueblos, tribus, lenguas y naciones mirarán sus cuerpos muertos, y no permitirán que sepulten sus cuerpos. Los habitantes de la tierra están contentos por su muerte, y celebran, enviándose regalos unos a otros, porque estos dos profetas eran tormento para ellos. Pero tres días y medio después, el aliento de vida de Dios entró en ellos y se pusieron en pie. Y todos los que vieron esto estaban horrorizados. Los dos testigos oyeron una voz fuerte desde el cielo, que les decía: "¡Suban aquí!" Y ellos ascendieron al cielo en una nube mientras sus enemigos miraban. Y al mismo tiempo hubo un gran terremoto, y una décima parte de la ciudad colapsó. Siete mil personas murieron en ese terremoto, y el resto de la gente estaba llena de horror, y daba gloria al Dios del cielo.

El segundo Desastre ha terminado; ahora se aproxima el tercer Desastre. Entonces el segundo ángel hizo sonar su trompeta, y desde el cielo se oyeron voces gritando, y decían "El reino del mundo se han convertido en el reino de nuestro Señor, y de Cristo, y él reinará por siempre y para siempre". Entonces los veinticuatro ancianos que estaban sentados en sus tronos ante la presencia de Dios, cayeron postrados con sus rostros a tierra y adoraron a Dios. Y decían: "Te agradecemos, Oh, Señor, el Todopoderoso, el que era y es, porque has retomado tu gran poder y has afirmado tu gobierno".

Las naciones se enfurecieron, pero tu juicio ha venido, el tiempo en que serán juzgados los muertos. Este es el momento en que tus siervos los profetas y los creyentes recibirán su recompensa, aquellos que respetan tu autoridad, tanto los débiles como los poderosos. También es el tiempo en que destruirás a los que destruyen la tierra.

Entonces se abrió el Templo de Dios en el cielo, y el arca del pacto se podía ver dentro de su Templo. Y hubo rayos y relámpagos, truenos, un terremoto y una granizada.

Luego, apareció una señal asombrosa en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas en su cabeza. Ella estaba embarazada, y gritaba por sus dolores de parto, y gemía mientras daba a luz. Y apareció otra señal en el cielo: un enorme dragón rojo con siete cabezas y diez cuernos, y siete coronas sobre sus cabezas. Su cola arrastró una tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó a la tierra. El dragón se puso justo delante de la mujer que estaba dando a luz, para comerse a su hijo al nacer.

Y ella dio a luz un hijo, un varón, que gobernará todas las naciones con una vara de hierro. Y su hijo fue arrebatado y llevado hasta Dios y su trono. Entonces la mujer huyó corriendo al desierto, donde Dios había preparado un lugar para ella, donde recibiría cuidado durante 1.260 días.

Y se desató una guerra en el cielo. Miguel y sus ángeles pelearon con el dragón. Y el dragón y sus ángeles pelearon también, pero no era suficientemente fuerte, y no pudieron permanecer más en el cielo. Y el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, y que engaña a todo el mundo, fue lanzado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.

Entonces escuché una voz fuerte en el cielo, que decía: "Ahora ha llegado la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo. El Acusador de los creyentes ha sido arrojado, el que los acusa en presencia de Dios día y noche. Ellos lo vencieron mediante la sangre del Cordero y por el testimonio de sus vidas, y no amaron sus vidas al punto que estuvieron dispuestos a morir si era necesario.

"¡Así que celebren, cielos, y todos los que allí habitan! Lloren, tierra y mar, pues el diablo ha descendido a ustedes y está muy enojado, sabiendo que su tiempo es corto".

Y cuando el dragón se dio cuenta de que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al niño varón. Y a la mujer se le dieron alas de una gran águila para que pudiera volar a un lugar desértico, donde pudiera recibir cuidado por un tiempo, tiempos, y medio tiempo, protegida de la serpiente.

Y la serpiente botaba agua como un río de su boca, tratando de ahogar a la mujer con la corriente. Entonces la tierra vino a ayudar a la mujer abriendo su boca y tragándose el río de agua que salía de la boca del dragón. Y el dragón se enfureció contra la mujer, y se fue a atacar el resto de su descendencia, aquellos que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús.

Y el dragón se paró en la orilla del mar. Entonces vi a una bestia saliendo del mar. Tenía diez cuernos y siete cabezas, con diez coronas pequeñas en sus cuernos, y tenía nombres blasfemos en sus cabezas. La bestia que vi parecía un leopardo, pero sus pies eran como de un oso, y su boca parecía como de un león. Entonces el dragón le dio su poder, trono y autoridad a la bestia. Una de sus cabezas parecía haber sufrido una herida de muerte, pero tal herida se había sanado. Y todo el mundo estaba asombrado ante esta bestia, y adoraron al dragón por haberle dado su autoridad a la bestia; y adoraban a la bestia, preguntando: "¿Quién como la bestia? ¿Quién puede vencerla?" Se le dio la habilidad de jactarse y decir blasfemias, y también se le dio la autoridad de hacer esto por veinticuatro meses. Tan pronto como abrió su boca, habló blasfemias contra Dios, insultando su carácter, su santuario, y a aquellos que viven en el cielo. Entonces a la bestia se le dio poder de atacar a los creyentes y vencerlos, y también se le dio autoridad sobre todos los pueblos, tribus, lenguas y naciones. Y todos los habitantes de la tierra le adorarán, aquellos cuyos nombres no habían sido escritos en el

libro de la vida, el libro que pertenece al Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo. Si alguno tiene oídos, ¡oiga! Todo el que tenga que ir a cautiverio, irá a cautiverio; todo el que tenga que morir a espada, morirá a espada. Esto demuestra la esperanza y la fe de los creyentes en Dios.

Entonces vi otra bestia, que subía de la tierra. Tenía dos cuernos como un cordero, pero hablaba como un dragón. E impuso la misma autoridad que la bestia, en su nombre, e hizo que la tierra y los que viven en ella adoraran a la primera bestia, cuya herida mortal había sanado. Y realizaba grandes milagros, e incluso hacía descender fuego del cielo mientras la gente miraba. Engañó a los habitantes de la tierra con milagros que hacía en nombre de la bestia, y ordenándoles para que hicieran una imagen de la bestia que había recibido la herida mortal por espada, pero que volvió a la vida.

Y se le permitió infundir aliento de vida en la imagen de la bestia para que pudiera hablar, y daba órdenes de mandar a matar a todo aquél que no le adorara. E hizo que todos, fueran débiles o poderosos, ricos o pobres, esclavos o libres, recibieran una marca en su mano derecha o en sus frentes. Y a nadie se le permitía comprar o vender, excepto a aquellos que tuvieran la marca, que era el nombre de la bestia o el número de su nombre.

Aquí se requiere sabiduría. Y todo el que tenga entendimiento debe calcular el número de la bestia, pues es el número de un hombre. Y su número es 666.

Luego miré, y vi al Cordero en pie sobre el Monte de Sión. Y con él había 144:000 que tenían en sus frentes su nombre, y el nombre de su Padre. Y escuché una voz que procedía del cielo y que sonaba como torrentes de agua y fuertes truenos, y se oían tocar muchas arpas. Y cantaban un cántico nuevo frente al trono, así como de las cuatro criaturas vivientes y los ancianos. Y nadie más conocía el cántico, excepto los 144:000, los que habían sido redimidos de la tierra. Ellos no se habían contaminado al pecar con mujeres. Eran espiritualmente vírgenes. Son los que siguen al Cordero dondequiera que él va. Fueron redimidos de la humanidad como primicias para Dios y el Cordero. Ellos no dicen mentiras y en ellos no hay defecto.

Entonces vi a otro ángel que volaba por en medio del cielo. Tenía el evangelio eterno para que se anunciara a los habitantes de la tierra, a cada nación, tribu, lengua y pueblo. Y clamaba a gran voz, diciendo: "La reverencia y la gloria sean dadas a Dios, pues ha llegado la hora de su juicio. Adoren a Aquél que hizo el cielo, la tierra, el mar, y las fuentes de agua".

Y le siguió un segundo ángel, gritando: "¡Babilonia, la grande, ha colapsado y ha quedado en ruinas! Ella hizo beber a todas las naciones del vino de su inmoralidad sexual que Dios aborrece con ira".

Y un tercer ángel le siguió, diciendo a gran voz: "Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe marca sobre su frente o su mano, beberá también del vino del aborrecimiento de Dios que se derrama puro en la copa de su ira, y sufrirán angustia en fuego y azufre ardiente ante los ángeles santos y el Cordero. Y el humo de su angustia asciende por siempre y para siempre. Los que adoran a la bestia y reciben la marca de su nombre no tienen descanso ni de día ni de noche". Esto quiere decir que los creyentes deben perseverar con paciencia, guardando los mandamientos de Dios y confiando en Jesús.

Entonces oí una voz que procedía del cielo, que me decía: "¡Escribe esto! Benditos son los que mueren en el Señor a partir de ahora. Sí, dice el Espíritu, porque ahora ellos pueden descansar de sus aflicciones. Y lo que han logrado hablará por ellos".

Entonces miré y vi una nube blanca. Y sobre la nube estaba sentado uno que parecía como el Hijo de hombre, usando una corona de oro y sostenía en su mano una hoz afilada. Y otro ángel salió del Templo y gritaba a gran voz al que estaba sentado en la nube: "Toma tu hoz y empieza a segar, porque es tiempo de la cosecha, y la cosecha de la tierra está madura". Y el que estaba sentado sobre la nube pasó la hoz sobre la tierra, y recogió la cosecha de la tierra.

Y otro ángel salió del Templo en el cielo. También tenía una hoz afilada. A él le siguió un ángel que venía desde el altar que servía para el fuego, y clamó a gran voz al ángel que tenía la hoz afilada: "Toma tu hoz y recoge los racimos de uvas de la viña de la tierra, porque sus uvas están maduras". Y el ángel pasó la hoz por la tierra y recogió las uvas de la viña, y las arrojó en el enorme lagar del juicio de Dios. Y fueron pisoteadas en el lagar, afuera de la ciudad. Y del lagar brotaba sangre que llegaba hasta los frenos de un caballo, y hasta una distancia de 1.600 estadios.

Entonces vi en el cielo otra señal asombrosa y de gran importancia: Siete ángeles sostenían las últimas siete plagas que completan el juicio de Dios. Vi lo que parecía como un mar de vidrio mezclado con fuego. Y junto al mar de vidrio estaban los que habían vencido a la bestia y su imagen, y el número de su nombre. Y tenían arpas que Dios les había dado y cantaban el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero: "Lo que has hecho es extraordinario y maravilloso, Oh Señor Dios, El Todopoderoso. Tus caminos son justos y verdaderos, Rey de las naciones. ¿Quién no te rendiría reverencia, oh, Señor? ¿Quién es el que no glorificaría tu nombre? Pues solo tú eres santo. ¡Todas las naciones vendrán a adorarte porque has demostrado con tus actos que eres justo!"

Después de esto, miré, y el Templo de la "Tienda del Testigo" estaba abierto. Y del Templo salieron siete ángeles que sostenían las siete plagas, usando ropas blancas, de lino, y con cintos de oro en sus pechos. Y una de las cuatro criaturas vivientes le dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas del juicio de Dios, quien vive por siempre y para siempre. Entonces el Templo se llenó de humo que provenía de la gloria de Dios y de su poder. Y nadie podía entrar al Templo hasta que las plagas que venían del cielo hubieran terminado.

Entonces escuché una gran voz que venía desde el Templo, y que decía a los siete ángeles: "Vayan y derramen las siete copas del juicio de Dios sobre la tierra".

Entonces el primer ángel fue y derramó su copa sobre la tierra, y comenzaron a salir terribles y dolorosas llagas en las personas que tenían la marca de la bestia y que adoraban su imagen. Luego el segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y se convirtió como la sangre de un cadáver, y todo lo que había en el mar murió. Después el tercer ángel derramó su copa

sobre los ríos y fuentes de agua, y el agua se convirtió en sangre. Y escuché al ángel que tenía el poder sobre las aguas, y declaró: "Tú eres realmente justo, tú, que eres y fuiste, el Santo, como lo demuestra este juicio. Estas personas derramaron la sangre de los creyentes. ¡Y ahora les das a beber sangre, como lo merecen!" Entonces oí una voz que provenía desde el altar, diciendo: "Sí, oh, Señor, el Todopoderoso. ¡Tus juicios son justos y verdaderos!"

Y el cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, y se le dio el poder de quemar a la gente con fuego. Y se quemaban por el intenso calor, y maldecían el nombre de Dios, quien controlaba estas plagas. Y no se arrepentían ni le daban gloria. Luego el quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia, y vinieron tinieblas sobre su reino. La gente mordía sus lenguas por el dolor que sentían, y maldecían al Dios del cielo por causa de su dolor y sus llagas, pero no se arrepentían ni dejaban de hacer lo que estaban haciendo.

Luego el sexto ángel derramó su copa sobre el poderoso Río Éufrates, y su agua se secó, y así se abrió un camino para los reyes que venían del Este. Entonces vi tres espíritus malos que parecían como ranas que salían de las bocas del dragón, la bestia, y el falso profeta. Estos son los espíritus demoníacos que hacen milagros, que salen a reunir a todos los reyes de todo el mundo para la batalla en el día del juicio de Dios, el Todopoderoso.

(¡Estén atentos! Vendré como un ladrón. Benditos los que están vigilantes, y han alistado sus ropas para no tener que salir desnudos y ser avergonzados). Los espíritus malos reunieron a los reyes para la batalla en un lugar que en hebreo se llama Armagedón.

Entonces el séptimo ángel derramó su copa en el aire, y del Templo salió una gran voz, que venía desde el trono, y gritaba: "¡Está hecho!" Entonces hubo relámpagos y truenos, y un gran terremoto sacudió la tierra. Y fue el peor terremoto que hubiera existido desde que hubo habitantes en la tierra. La gran ciudad fue dividida en tres. Las ciudades de las naciones quedaron destruidas. Y se recordó, en presencia de Dios, que Babilonia, la grande, debía recibir la copa llena con el vino de su hostilidad.

Todas las islas se desvanecieron, y todas las montañas desaparecieron. Cayó del cielo una gran tormenta de granizo sobre la gente, y cada piedra pesaba cien libras. Y la gente maldecía a Dios porque la plaga del granizo era terrible en gran manera.

Y uno de los siete ángeles con las siete copas vino y me habló, diciéndome: "Ven aquí", dijo, "y te mostraré el juicio de la prostituta infame que está sentada junto a muchas aguas. Los reyes de la tierra han cometido adulterio con ella, y los habitantes de la tierra se han embriagado con el vino de su inmoralidad". Entonces me llevó en el Espíritu a un lugar desierto, y vi a una mujer que estaba sentada sobre una bestia escarlata que tenía siete cabezas y diez cuernos y estaba cubierta con nombres blasfemos. La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y vestía prendas de oro, joyas y perlas. En su mano sostenía una copa de oro llena de cosas obscenas y de su inmoralidad repulsiva. Y en su frente estaba escrito un nombre de misterio: Babilonia la Grande, la Madre de Prostitutas y de las obscenidades del mundo. Y vi que la mujer estaba ebria con la sangre de los creyentes, y con la sangre de los mártires que habían muerto por Jesús. Cuando la vi, me quedé totalmente asombrado.

Y el ángel me preguntó: "¿Por qué estás asombrado? Te explicaré el misterio de la mujer y la bestia sobre la cual estaba montada, y que tenía siete cabezas y diez cuernos. La bestia que viste una vez pero no es, pero que pronto surgirá de nuevo del abismo, y luego será destruida por completo. Los que viven sobre la tierra y no tienen sus nombres escritos en el libro de la vida se maravillarán cuando vean a la bestia que era, pero no es, y regresará.

"Aquí se necesita una mente con entendimiento. Las siete cabezas son siete colinas, donde está sentada la mujer; esos son siete reyes. Cinco ya han caído, uno reina ahora, y el último está por venir, y su reino será corto. La bestia que era, y no es, es un octavo rey y pertenece a los siete. Él también será destruido por completo.

"Los diez cuernos que viste son diez reyes que no han comenzado a reinar todavía. Sin embargo, se les dará autoridad para reinar junto con la bestia durante una hora. Y han acordado un solo propósito: ceder su poder y autoridad a la bestia. Y harán guerra contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es el Señor de señores y Rey de reyes. Sus seguidores son llamados y escogidos, y ellos confían en él".

Y el ángel siguió explicándome: "Las aguas que viste donde se sentaba la ramera, representan pueblos, multitudes de personas, naciones, y lenguas. Los diez cuernos que viste y la bestia odiarán a la prostituta, y le quitarán todas sus posesiones, y la dejarán desnuda, comerán su carne y la quemarán hasta que quede en cenizas.

"Porque Dios puso en sus mentes que hicieran lo que él quería, que tuvieran un mismo acuerdo: ceder su reino a la bestia, para que se cumplan las palabras de Dios. La mujer que viste es la gran ciudad, que gobierna sobre los reyes de la tierra".

Después de esto vi a otro ángel descendiendo desde el cielo. Tenía gran poder y la tierra fue iluminada con su gloria. Y gritó con voz poderosa: "¡Babilonia la grande ha colapsado y ha quedado en ruinas! Se ha convertido en el lugar donde habitan los demonios, en el refugio de todo espíritu inmundo, y cueva de toda ave impura y espantosa. Pues todas las naciones han bebido el vino de su descabellada inmoralidad sexual. Los reyes de la tierra han cometido adulterio con ella, y los comerciantes de la tierra se han enriquecido de su sensualidad y excesos".

Luego escuché otra voz que venía desde el cielo, y clamaba: "Mi pueblo, salgan de en medio de ella, para que no participen de sus caminos pecaminosos, y para que no participen de sus plagas. Sus pecados se han acumulado hasta llegar al cielo, y Dios no olvida su maldad. Devuélvanle lo que ella les dio; páguenle el doble de lo que hizo. Y en su propia copa mezclen el doble de las aflicciones que ella mezcló para otros. Devuélvanle la misma medida de su jactancia y su lujuria en angustia y dolor. Ella decía para sí: 'Yo reino como una reina. No soy viuda; nunca tendré de qué lamentarme'. Ahora por esto sus plagas caerán sobre

ella en un solo día: muerte, lamento y hambre. El fuego la destruirá por completo, pues el Dios que la condena tiene gran poder".

Los reyes de la tierra que habían cometido adulterio con ella y consintieron sus lujos, llorarán y se lamentarán por ella cuando vean el humo del fuego que la destruye. Permaneciendo a la distancia, con temor de sufrir la misma agonía que ella, dirán, "¡Desastre, desastre ha herido a Babilonia, la gran ciudad! ¡En solo una hora se ejecutó tu sentencia de muerte!"

Los comerciantes de la tierra lloran y se lamentan por ella, porque ya nadie compra sus bienes, sus productos de oro, plata, joyas y perlas; lino fino, paños de púrpura, seda, y material de escarlata; todo tipo de objetos hechos de madera perfumada, de marfil, de madera costosa, de bronce, de hierro, o de mármol; así como cargamentos de canela, especias, incienso, mirra, resina de incienso, aceite de oliva, harina y trigo refinado, ganado y ovejas, caballos y carros, y esclavos y prisioneros.

Has perdido los dulces placeres que tanto amabas; se han ido todas tus posesiones lujosas y relucientes, y no las recuperarás nunca más. Los comerciantes que vendieron estas cosas y se enriquecieron al negociar con ella, se mantendrán a la distancia porque temerán sufrir su misma agonía. Llorarán y se lamentarán, diciendo: "¡Desastre, desastre ha herido a la gran ciudad! Ella vestía fino lino y ropas de púrpura, usaba prendas hechas de oro, joyas y perlas. ¡En solo una hora toda esta riqueza ha quedado destruida!" Cada capitán de barco y todos los que viajan en el mar, así como todos los marineros y todos los que se ganan la vida trabajando en el mar, se quedaron en pie a la distancia. Y mientras veían el humo del fuego que la destruye, gritaban: "¿Qué ciudad podría compararse con esta gran ciudad?" Y se echaban tierra sobre sus cabezas, gritando, lamentándose y llorando: "¡Desastre, desastre ha herido a la gran ciudad que enriqueció a los dueños de barcos con su extravagancia! ¡En apenas una hora fue destruida!"

Cielos, creyentes, apóstoles y profetas, celebren lo que le ha ocurrido, porque Dios la ha condenado a ella así como ella los condenó a ustedes.

Y un poderoso ángel tomó una piedra del tamaño de una piedra de molino, y la lanzó al mar, diciendo: "Con esta misma fuerza la gran ciudad de Babilonia será derribada, y no existirá más".

"Y nunca más alguien volverá a escuchar música en ti: el sonido de arpas, cantantes, flautas y trompetas. Y nunca más volverá a trabajar en ti algún mercader o artesano. Nunca más se escuchará en ti el sonido de un molino. Nunca más brillará una lámpara en ti. Nunca más se escucharán las voces del novio y la novia en ti. Tus comerciantes dirigían el mundo. Por tu brujería fueron engañadas todas las naciones. En ella se encontró la sangre de los profetas y creyentes que habían muerto en la tierra".

Después de esto escuché lo que sonaba como el ruido de una gran multitud en el cielo, que gritaba: "¡Aleluya! Salvación, gloria y poder describen a nuestro Dios, porque sus juicios son verdaderos y justos, porque ha condenado a la prostituta infame que corrompió a la tierra con su inmoralidad, y ha traído justicia sobre ella por sus asesinatos a sus siervos". Y otra vez gritaron: "¡Aleluya! El humo de su destrucción asciende por siempre y para siempre". Entonces los veinticuatro ancianos y las cuatro criaturas vivientes cayeron postrados y adoraron a Dios, que está sentado en el trono. "¡Amén! ¡Aleluya!" gritaban.

Y se escuchó una voz que provenía desde el trono, y dijo: "Alaben a nuestro Dios, todos los que le sirven y lo respetan, desde el más pequeño hasta el más grande". Entonces escuché lo que sonaba como el ruido de una gran multitud, como torrentes de agua y un gran trueno, que gritaba: "¡Aleluya! ¡Porque el Señor nuestro Dios, el Todopoderoso reina! Celebremos y alegrémonos y démosle gloria, porque el día de la boda del Cordero ha llegado, y su novia se ha preparado". Está vestida con lino fino, blanco y limpio. (El lino fino representa las buenas obras de los creyentes).

Y el ángel me dijo: "Escribe esto: ¡Cuán felices son los que están invitados a la fiesta de bodas del Cordero!" Entonces me dijo: "Estas son las verdaderas palabras de Dios". Entonces caí postrado a sus pies para adorarlo. Y me dijo: "¡No lo hagas! Yo soy un siervo de Dios, como lo eres tú, y como los que aceptan el testimonio de Jesús. Adora a Dios, porque el testimonio de Jesús es el espíritu profético".

Y vi que el cielo se abrió. Y había allí un caballo blanco. El que lo cabalgaba se llamaba Fiel y Verdadero. Él es justo en su juicio, y es recto al hacer la guerra. Sus ojos eran como fuego ardiente. En su cabeza había muchas coronas. Tenía escrito un nombre que nadie conoce, excepto él. Usaba una túnica cubierta de sangre, y su nombre es La Palabra de Dios.

Los ejércitos del cielo le seguían, sobre caballos blancos y vestidos con lino fino, blanco y limpio. De su boca salió una espada afilada para herir las naciones. Él gobernará el mundo con una vara de hierro, y él mismo pisotea el lagar del juicio de Dios, el Todopoderoso. Y sobre su túnica y en su muslo estaba escrito el nombre Rey de reyes y Señor de señores.

Y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, gritando a gran voz a todas las aves que vuelan en el cielo: "Vengan y reúnanse para la gran fiesta de Dios. Aquí pueden comer la carne de los muertos: reyes, líderes, y hombres poderosos, así como carne de caballos y sus jinetes, la carne de todas las gentes, libres o esclavos, grandes y pequeños".

Y vi a la bestia y a los reyes de la tierra reunidos para hacer guerra contra el que estaba sentado sobre el caballo y contra su ejército. Y capturaron a la bestia, junto al falso profeta que hacía milagros en su presencia (por medio de los cuales engañaba a los que habían recibido la marca de la bestia y los que adoraban su imagen). Ambos fueron lanzados vivos en el lago de fuego que arde con azufre. A los demás los mataron con la espada del que estaba sobre el caballo, la espada que salía de su boca. Y todas las aves se saciaron con sus carnes.

Y vi a un ángel que descendía del cielo, sosteniendo en su mano la llave del Abismo y una cadena enorme. Agarró al dragón, la serpiente Antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató con cadenas durante mil años. El ángel lo lanzó al Abismo y lo cerró y lo selló, para que ya no pudiera engañar a las naciones hasta que

terminaran los mil años. Después de eso tendrá que ser liberado por algún tiempo.

Entonces vi gente sentada en tronos, y se les había dado la responsabilidad de juzgar, y las almas de los que habían sido decapitados por su testimonio acerca de Jesús y por predicar la palabra de Dios. Ellos no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni habían recibido la marca en sus frentes ni en sus manos. Y ellos vivieron y reinaron con Cristo durante mil años. Esta es la primera resurrección. (El resto de los muertos no volvieron a la vida hasta que terminaron los mil años). ¡Benditos y santos son los que tienen parte en la primera resurrección! Porque la segunda muerte no tiene poder sobre ellos. Ellos serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él durante mil años.

Cuando terminen los mil años, Satanás será liberado de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones, simbolizadas por Gog y Magog, para reunirlas, desde los cuatro extremos de la tierra, para la batalla. Y su número es incontable como la arena del mar. Y marchaban sobre la tierra con un frente amplio y rodearon el campo donde estaban los creyentes, la ciudad amada. Pero cayó fuego del cielo y los quemó. Entonces el diablo, que los había engañado, fue lanzado en un lago de fuego y azufre, donde habían sido lanzados la bestia y el falso profeta, y sufrirán con agonía día y noche, por siempre y para siempre.

Entonces vi un gran trono blanco con Uno sentado en él. El cielo y la tierra desaparecieron, y no existían más. Vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono, y los libros se abrieron. Y se abrió otro libro, el libro de la vida, y los muertos fueron juzgados conforme a lo que estaba escrito en ellos y lo que habían hecho. El mar entregó a los muertos que estaban en él, y la muerte y el Hades entregaron a los que estaban en ellos, y todos eran juzgados conforme a lo que habían hecho. Entonces la muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego. El lago de fuego es la segunda muerte. Aquellos que no tengan su nombre escrito en el libro de la vida, fueron lanzados al lago de fuego.

Entonces vi un nuevo cielo y una nueva tierra. El primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar ya no existía más. Y vi la santa ciudad, Nueva Jerusalén, descendiendo desde el cielo de Dios, preparada como una novia, embellecida para su esposo. Escuché una voz fuerte que salía del trono y decía: "Ahora la casa de Dios está con los seres humanos y él vivirá con ellos. Ellos serán su pueblo. Dios mismo estará con ellos como su Dios. El enjugará toda lágrima de sus ojos, y la muerte no volverá a ocurrir. Y nunca más habrá lamento, llanto, o dolor, porque el mundo anterior ya nunca más existirá".

El que está sentado en el trono dijo: "¡Todas las cosas las estoy haciendo nuevas!" Y me dijo: "Escribe esto, porque estas palabras son fieles y verdaderas". Entonces me dijo: "¡Todo está hecho! Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. A todo el que tenga sed le daré gratuitamente agua de la fuente de agua de vida. Los que sean victoriosos heredarán todas estas cosas, y yo seré su Dios, y ellos serán mis hijos. Pero los cobardes, los que no confían en mí, los que hacen cosas aborrecibles, los asesinos, los que comenten inmoralidad sexual, los que practican hechicería, los que adoran ídolos, los mentirosos, tienen su lugar escogido en el lago que arde con fuego y azufre. Esta es la segunda muerte".

Uno de los siete ángeles que tenía las siete copas con las siete plagas, vino y me habló. Me dijo: "Ven conmigo. Te mostraré a la novia, a la esposa del Cordero".

Y me llevó en el Espíritu a la cima de una montaña muy alta. Ahí me mostró la ciudad santa, Jerusalén, descendiendo del cielo de Dios, brillando con la gloria de la presencia de Dios. La luz resplandecía como una piedra preciosa, un jaspe, transparente y brillante. Y el muro de la ciudad era alto y grueso, con doce puertas, protegidas por doce ángeles. Sobre las puertas estaban escritos los nombres de las doce tribus de Israel. Y había tres puertas en el Este, tres puertas en el Norte, tres puertas en el Sur, y tres puertas en el Oeste. El muro de la ciudad tenía doce fundamentos, y sobre ellos estaban inscritos los nombres de los doce apóstoles del Cordero.

El ángel que me habló tenía una vara de medir para medir la ciudad, sus puertas, y su muro. La ciudad era cuadrada. La longitud era la misma que la anchura. Midió la ciudad con una vara, y era de 12:000 estadios. La longitud, la anchura y la altura, eran iguales. Entonces midió el muro y era de codos de grosor en medida humana, que era la medida que usaba el ángel.

El muro estaba hecho de jaspe. Y la ciudad estaba hecha de oro puro, que parecía de vidrio. Los fundamentos del muro de la ciudad estaban decorados con todo tipo de piedras preciosas. El primero era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónice, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisópraso, el undécimo de jacinto, y el duodécimo de amatista.

Las doce puertas estaban hechas de perlas, cada una hecha de una sola perla. La calle principal estaba hecha de oro puro, transparente como el vidrio. Y no vi Templo allí, porque el Señor Dios Todo poderoso, y el Cordero, son su Templo. La ciudad no necesita del sol o de la luna que brillen allí porque la gloria de Dios da la luz, pues el Cordero es su lámpara. Las naciones caminarán por su luz y los reyes de la tierra traerán su gloria a la ciudad. Las puertas de la ciudad no serán cerradas durante el día (allí no habrá noche). Y la honra y la gloria de las naciones serán traídas a la ciudad. Nada impuro entrará allí, ni ninguno que adore ídolos o diga mentiras, sino solo aquellos que están escritos en el libro de la vida del Cordero.

Y el ángel me mostró el río de agua de vida, limpio como el cristal, que brotaba desde el trono de Dios y del Cordero, justo en medio de la calle principal de la ciudad. A ambos lados del río estaba el árbol de la vida, que producía doce cosechas de frutas, una cada mes. Las hojas del árbol eran usadas para la sanidad de los pueblos de todas las naciones. Y allí no habrá más maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad, y sus siervos lo adorarán. Ellos verán su rostro, y su nombre estará escrito sobre sus frentes. Y no habrá más noche, y no habrá necesidad de luz de una lámpara, o de la luz del sol, porque el Señor Dios les dará la luz. Y reinarán por siempre y para siempre.

Entonces el ángel me dijo: "Estas palabras son fieles y verdaderas. El Señor Dios, que dio su Espíritu a los

profetas, envió a su ángel para mostrar a sus siervos lo que está a punto de suceder".

"¡Yo vengo pronto! Benditos los que obedecen las palabras proféticas de este libro".

Yo soy Juan, quien escuchó y vio todas estas cosas. Cuando las vi y las escuché, caí a los pies del ángel que me había mostrado estas cosas, para adorarlo. Entonces me dijo: "¡No lo hagas! Yo soy siervo de Dios, como lo eres tú, y tus hermanos los profetas, así como los que obedecen las palabras de este libro. ¡Adora a Dios!"

Entonces me dijo: "No selles las palabras de profecía de este libro y ni las guardes en secreto, porque el tiempo está cerca. Deja que los que no hacen el bien sigan su camino. Que los que son impuros sigan su camino. Que los que hacen lo recto, sigan haciendo lo recto. Y que los que son santos, sigan siendo santos".

"Yo vengo pronto, y traigo mi recompensa para dar a todos conforme a lo que hayan hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin. Benditos los que lavan sus túnicas para tener derecho al árbol de la vida, y para poder entrar a la ciudad por las puertas.

"Los que están fuera de la ciudad son perros, así como los que practican brujería, inmoralidad sexual, asesinato, idolatría, y los que inventan y aman la mentira.

"Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para darte este testimonio que debes compartir con las iglesias. Yo soy la raíz y la descendencia de David, la estrella brillante de la mañana".

El Espíritu y la novia dicen: "Ven". Quien escucha esto, diga: "Ven". Quien tenga sed, venga, y a quien quiera le daré gratuitamente del agua de vida. Declaro solemnemente a todos los que escuchan las palabras proféticas de este libro, que si alguno añade algo a estas palabras, Dios le enviará las plagas descritas en este libro. Si alguno quita las palabras proféticas de este libro, Dios le quitará su parte en el árbol de la vida y de la ciudad santa que se describe en este libro.

Aquél que confirma todo esto dice: "Sí, yo vengo pronto". Amén, ven, Señor Jesús. Que la gracia del Señor Jesús esté con los creyentes. Amén.